

Corona de Estrellas 2

de

El Príncipe de los perros



Kate Elliott

Lectulandia

Sanglant, el príncipe de los perros, hijo bastardo del rey Henry, permanece preso en la ciudad de Gent. Ha perdido la esperanza de que lo rescaten, pues todos le dan por muerto. Solo Liath, convertida en águila del rey, le echa de menos, pero ahora está ocupada tratando de librarse del acoso de quienes desean apropiarse de sus saberes secretos.

Por su parte, Alain ha sido proclamado heredero del conde y está a punto de ser enviado a la guerra con los Eika. Mientras el monarca continúa avanzando en un reino cada vez más inestable, Sanglant, Liath, Alain y el Quinto Hijo, que prepara un ejército con el que cumplir con la voluntad de su padre, libran sus propias batallas contra los embates del destino.

Lectulandia

Kate Elliott

El príncipe de los perros

Corona de estrellas-2

ePub r1.0

Titivillus 17.11.17

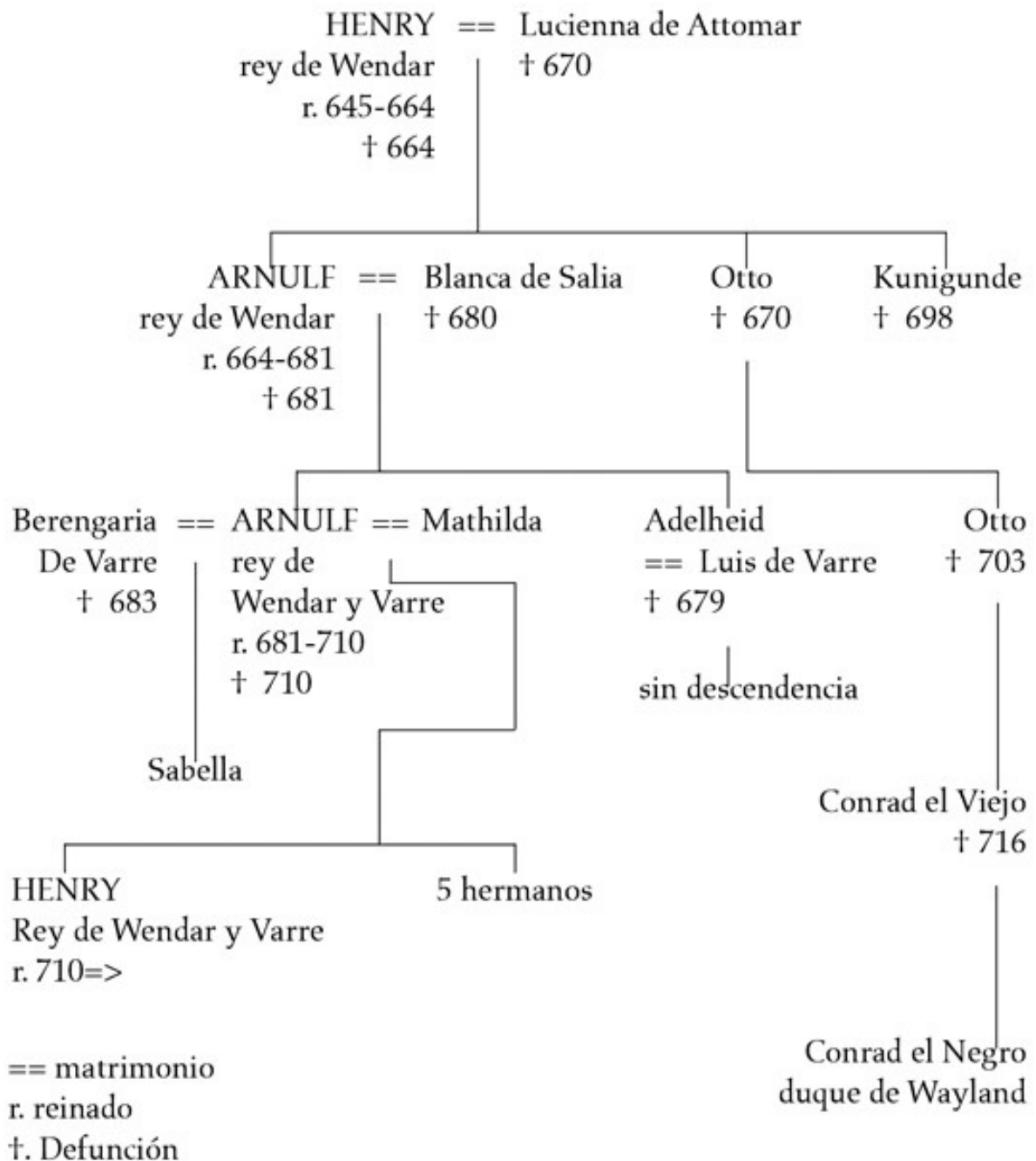
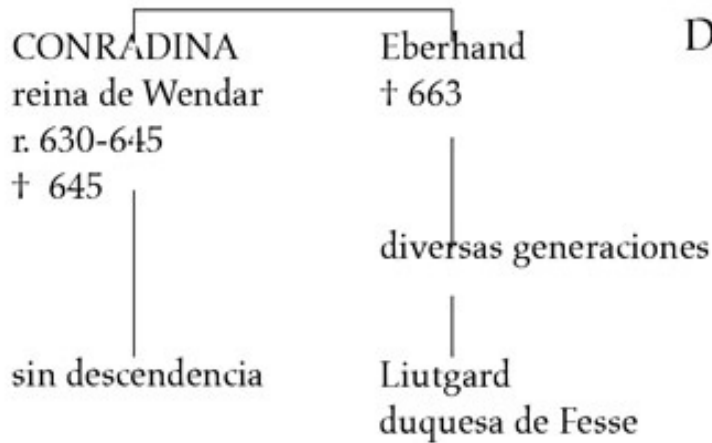
Título original: *Prince of Dogs*
Kate Elliott, 1998
Traducción: Isabel Notario Matey
Ilustración de cubierta: Jody A. Lee

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



RECIENTES SOBERANOS DE WENDAR Y VARRE



Hay espíritus ardiendo en el aire

Se mueven con los vientos que soplan por encima de la esfera de la luna con alas de fuego y ojos tan brillantes como cuchillos, y una y otra vez, su mirada desciende hasta la tierra como el azote de un relámpago, donde abrasa todo lo que toca. Sus voces tienen el chasquido del fuego y sus cuerpos son la unión del fuego y del viento, el aliento del sol fusionado en la mente y la voluntad.

Ella ve todo esto en la imagen que forma el fuego. Aquí corre igual que si fuera un ratón, en silencio, y observa desde la sombra lo que pasa. Se aventura por pasadizos desconocidos y por enormes salas escondidas por las que merodean otras criaturas.

Necesita ayuda desesperadamente y no sabe adónde dirigirse.

A través de las interminables e intrincadas salas busca la entrada que la conduzca hacia el viejo brujo Aoi.

¡Ahí! En la oscuridad, en un pasillo árido y seco de muros de piedra, ve a dos hombres andando, buscando igual que ella.

¡Allí! Un niño duerme con seis compañeros, sus cabezas están acomodadas sobre la piedra, tienen los pies y las rodillas cubiertos de montones de tesoros, brazaletes de oro bruñido, anillos, joyas, vasijas sacadas de la plata de la luz de luna, y suaves cuentas coloradas que son la sangre de los dragones endurecida al contacto con el aire.

¡Allá! Las criaturas se mueven y reptan entre las galerías, sus nudillos deformes aprietan contra el suelo la suciedad arañada de las húmedas y frías paredes. Como los Eikas, parecen estar hechos de metal y tierra más que de otras sustancias orgánicas, atrapados para siempre por el peso de la tierra, que corre por su sangre y endurece sus huesos.

Cuando, por fin, encuentra la piedra ardiendo que marca la entrada que lleva al viejo brujo, él ya no está a su lado. Ha dejado ese lugar y no sabe dónde buscarlo.

Un leve soplo toca la parte trasera de su cuello. Se estremece. Le pica la espalda como si solo con acercarse, la criatura le hiciera ampollas con su intención envenenada.

Ella comienza a correr por las salas. Sin embargo, en este lugar la criatura es más fuerte que ella, conoce estos caminos y está buscándola.

—Liath.

Sabe su nombre...

PRÓLOGO

Todas las primaveras conseguían sobrevivir escondidos en el barrio abandonado de la curtiduría, de donde salían solo por la noche para conseguir comida. Después de unas cuantas noches escapando de los perros, escondiéndose en los fosos, se acostumbraron a tener un olor nauseabundo. Matthias le dijo a su hermana que era mejor apestar, como los curtidores, que ser despedazado por los perros.

Anna se quedó en silencio pensando en esto. Estaba contenta en cierta medida al saber que en el caso de que los salvajes eikas los cogieran, si les dieran caza los perros y les desgarraran los brazos de los hombros, las piernas de las caderas, al menos olerían tan mal a estiércol de pollo que probablemente ni siquiera esos espantosos perros se los comerían. O incluso si se los comieran los perros, quizá al haber estado su carne sumergida tantas veces en taninos de corteza de roble, la piel habría empezado a desarrollar una corteza dura que envenenaría a aquellas criaturas. Después, desde la Cámara de la Luz, en la que su espíritu descansaría después de la muerte en paz bendita, ella podría verles cuando murieran desesperada y estremecedoramente.

Todas las primaveras se podía conseguir comida, porque los que habían huido de la ciudad lo habían hecho sin tiempo para coger nada y los que no habían escapado estaban muertos. O al menos es lo que parecía. Había cadáveres medio comidos esparcidos en las calles y en los caminos, y muchas casas apestaban a carne podrida. Pero en las bodegas de las casas particulares encontraron verduras almacenadas y barriles de cerveza. En una ocasión, sin tenerlo previsto, hicieron una incursión en las cocinas del palacio del alcalde donde encontraron dulces, lo cual hizo que Anna se atiborrara, se pusiera mala y vomitara. Matthias la obligó a correr, aún vomitando, tapándose la boca con una mano para no arrojar más, lo que le produjo tal dolor que pensaba que el estómago iba a explotarle, para volver a las curtidurías donde podría vomitar en los fosos de los vertidos, en los que había una mezcla de estiércol de pollo mezclado con agua, donde él confiaba que se camuflaría el olor a vómito humano reciente.

Al cabo de un buen rato, ningún perro merodeaba por las curtidurías. Quizá los eikas habían renunciado a cazar su presa humana o habían creído que en la ciudad vacía no quedaba nadie que mereciera la pena cazar. A lo mejor se habían ido navegando río abajo para cazar en los pastos más verdes. Sin embargo, ningún niño

se atrevía a trepar por los muros de la ciudad hasta el parapeto para ver cuántos barcos eikas quedaban anclados en el margen del río. De vez en cuando, oían los lamentos y aullidos de los perros y, en una ocasión, los gritos de un humano, no sabían si eran de un hombre o una mujer. Solían esconderse en guaridas conocidas y, sobre todo, en el pequeño cobertizo en el que Matthias había dormido cuando fue aprendiz de tintorero el invierno previo al ataque de los eikas. Apartado, olvidado, en la confusión del ataque y la defensa desesperada de la ciudad calle por calle, al ver a los perros cazando por la ciudad, tuvo la excelente idea de refugiarse con su hermana pequeña en los fosos infectos de la curtiduría. Gracias a ello, habían sobrevivido mientras otros habían muerto.

Pero llegó el verano, agotaron sus últimas reservas y tuvieron que cavar en los jardines abandonados en busca de verduras que estaban creciendo entre las malas hierbas. Aprendieron a cazar ratas, porque en los edificios vacíos había miles de ellas, bien gordas, alimentadas a base de los cuerpos secos. Anna descubrió que también tenía habilidad para lanzar piedras, con las que abatió gaviotas, palomas demasiado confiadas y, en una ocasión, un gato asilvestrado.

Llegó el verano, vinieron más eikas y estos trajeron consigo esclavos humanos que había en una tierra de cosecha lejana.

Cuando una agradable mañana de verano, los eikas volvieron al barrio de las curtidurías con esclavos para que trabajasen en ellas, los dos chicos huyeron a un desván y se agacharon detrás de unos cueros teñidos que estaban colgados en las vigas para secarse. Cuando oyeron voces, el crujido y el chirrido de un cuerpo que subía por la escalera, Matthias levantó a Anna hasta una de las vigas grandes. A continuación, el terror le dio fuerzas para impulsarse y, al avanzar por la pared de tablones desiguales y con la ayuda de Anna, consiguió subir al lado de ella. Allí se acurrucaron, aferrados a la viga y temblando de miedo. El mal olor de la curtiduría ya no los protegía. En la otra punta del desván, la trampilla se abrió.

Al oír las primeras palabras pronunciadas en voz baja por un eika en un idioma que no podían entender, Anna se tragó un sollozo. Afuera, un perro aullaba y gruñía. Se oyó una voz humana, como en tono de respuesta, que provenía de la parte baja, cerca de los fosos de los vertidos, que aullaba de dolor, después comenzó a gritar y a suplicar, inútil e ininteligiblemente, y volvió a gritar hasta que al final, gracias a Dios, los gritos finalizaron con un gorjeo. Matthias se mordió los labios para evitar gritar. Los ojos de Anna se llenaron de lágrimas que cayeron por sus mejillas; agarró el Círculo de la Unidad de madera que llevaba colgado de un cordón de piel en su delgado pecho, era el regalo que le hizo su madre al morir, y fue siguiendo con el dedo el perfil del suave círculo, rezando en silencio como había visto hacer a su madre muchas veces, aunque su oración sin palabras no le había servido a su madre para salvarse de la enfermedad mortal que acabó con su vida.

Unos pasos hicieron temblar los travesaños. Un cuerpo, mitad metal, mitad tela, chirriaba mientras subía con esfuerzo al suelo del desván. Un hombre gruñó, era un

sonido humano, cortante, pero familiar por lo que tenía de humano.

Los eikas hablaron de nuevo, esta vez en un idioma reconocible aunque chapurreado, el wendiano.

—¿Cuánto va a tardar esto en estar preparado?

—Tendré que echarlas un vistazo.

El hombre habló, pronunciando cada palabra con especial cuidado.

—Lo más probable es que, si han estado aquí desde entonces, estén todas preparadas. —Se calló y después suspiró, estremeciéndose. ¿Acababa de presenciar esa matanza o solo lo había escuchado como ellos?

—Desde la primavera.

—Yo cuento estas —dijo el eika—. Yo cuento estas pieles antes de que vengas. Si cuando estén listas me traes menos de las que yo he contado, por cada piel que cuente de menos mato a un esclavo, y empiezo por ti.

—De acuerdo —dijo el hombre.

Pero los niños no podían verle, solo oírle y en su voz notaron algo que no podían interpretar.

—Me lo traes cuando esté listo —dijo el eika.

La escalera crujió y esta vez reconocieron el débil sonido del tintineo de la malla cuando el eika salió del desván, bajó y se marchó adonde fueran los eika cuando no estaban cazando y matando.

Los chicos seguían allí subidos, rezando para que el hombre se marchara.

Pero en lugar de eso, se desplazaba despacio por el desván, moviendo las pieles, frotándolas, probándolas. Contándolas. Un tablón suelto crujió bajo sus pies. El suave crujido de una piel deslizándose contra otra delataba su deambular y el golpe y el movimiento del aire empapado de olor a cuero en la oscura habitación, que se extendía a medida que él se desplazaba, cambiaba y giraba a su alrededor como el olor de la muerte cercana, porque ser descubiertos significaría la muerte.

Definitivamente, aquello era demasiado para Anna que tenía tres inviernos menos que Matthias. Antes de que pudiera contenerlo, el sonido salió de su garganta como el gemido de un perrito. El lento desplazamiento del hombre cesó, pero todavía oían su respiración irregular en la penumbra.

—¿Quién anda ahí? —susurró el hombre y después dijo entre dientes una bendición a Nuestra Señora.

Anna cerró los labios, cerró los ojos apretándolos y lloró en silencio, agarrando el Círculo con la mano que le quedaba. Matthias buscó a tientas en su cinturón el cuchillo, pero le daba miedo desenfundarlo porque incluso ese leve sonido los delataría.

Ninguno de los niños se atrevió a contestar. Al final, gracias a la Señora, se marchó.

Esperaron un rato y después bajaron de la viga.

—Tengo que hacer pis —dijo Anna gimoteando mientras se limpiaba la nariz.

No se atrevían a salir del desván, pero, aun así, más tarde o más temprano, tendrían que salir o se morirían de hambre. Orinó en la esquina más oscura y lejana, y confió en que se secara antes de que volviera a aparecer alguien. En la curtiduría, los esclavos nuevos tenían otras tareas que realizar, lavar cueros y arrancar la carne y el pelo adheridos, llenar nuevos fosos para echar los vertidos o para la maceración, colocar cueros en capas en cortezas de roble, empapados en ácido tánico o, una vez teñidos, escurrirlos y alisarlos antes de secarlos. Había otros desvanes en los que los cueros esperaban y se secaban en una silenciosa oscuridad, hasta que estaban listos para el tintorero. No había razón alguna para que ese día apareciera alguien por allí.

Sin embargo, esa tarde oyeron ruidos en la escalera. Esta vez no tuvieron tiempo de subirse a la viga. Se agacharon detrás de la pared más lejana y se envolvieron en una piel de vaca.

En lugar de palabras, oyeron el suave golpecito que hacía algo al ser colocado sobre la madera. Después, la trampilla se cerró y los pasos bajaron ruidosamente por la escalera. Al cabo de un momento, Matthias se atrevió a salir.

—¡Anna! ¡Silencio! —susurró.

Salió sigilosamente y encontró a su hermano con un pedazo de queso de cabra en una mano y una rebanada pequeña de pan oscuro en la otra. Al lado de la trampilla había un tosco cuenco de madera vacío. Se quedó mirando aquellos tesoros fijamente y con temor.

—Si nos lo comemos, sabrán que estamos aquí.

Matthias cortó un trozo de queso, lo olió y se lo metió en la boca.

—Nos comeremos ahora un pedazo —dijo.

—¿Y qué más da? Si no salimos de aquí esta noche, nos descubrirán más pronto o más tarde. Guardaremos lo demás para cuando consigamos escapar.

Ella asintió con la cabeza. Sabía cuándo había que discutir y cuándo debía quedarse callada porque no tenía sentido discutir. Él le dio un trozo de queso; tenía un sabor salado y amargo. El pan estaba seco como la avena entera y su textura áspera hizo que sintiera sed. Dividió el resto de la comida en dos porciones y le dio la mitad a ella. Ambos llevaban morrales de cuero atados al cinturón, para esas ocasiones. Ese tipo de cosas abundaba en la ciudad en ruinas, ya fuera en las casas vacías y tiendas o, si eran de mucho valor, se les podían robar a los muertos. No les faltaban agua, ropa, cuchillos o cucharas, o incluso toda una casa de madera provista de muebles y ropa de cama de primera calidad, pero la comida y la seguridad escaseaban.

Esperaron hasta que por los tablones de las paredes no entrase ningún resquicio de luz que se proyectase sobre las tablas alabeadas del suelo, hasta que la sombra gris no pudiera distinguirse del negro. En ese momento, Matthias abrió con suavidad la trampilla y deslizó el extremo con toda la suavidad que pudo.

—¡Nuestra Señora!

Habló un hombre que no era Matthias. Anna se quedó inmóvil. Matthias gruñó y se tiró al suelo.

—Quieto —dijo el hombre—. No me amenes con el cuchillo. No te haré daño. Por la Señora, no creí que hubiera sobrevivido nadie en este osario. Solo eres un niño.

—Lo suficientemente mayor para ser aprendiz —refunfuñó Matthias, emocionalmente herido como lo estaba siempre, porque la voz de este hombre era como la de su tío y su tía unidas.

Anna pensó, *si este hombre ha llamado «niño» a Matthias, quizá lo ha hecho conmovido por la pena, sin desprecio*. Tuvo la sensación repentina de que se podía confiar en él, a diferencia de su tío, y en cualquier caso, si a Matthias no lo capturaban, era mejor morir con él que seguir librando una batalla que ella sola no ganaría nunca. Sacó las piernas balanceándose y bajó rápidamente y en silencio por la escalera.

Matthias la insultó entre dientes. El hombre lanzó un grito ahogado, se tapó la boca con la mano y miró a su alrededor con disimulo, pero seguían solos. A esas horas no había nadie más en la curtiduría. La luna en cuarto creciente les iluminaba y esa luz dividía los fosos en delgadas sombras de formas fantasmagóricas. Anna agarró la mano a su hermano y apretó con fuerza.

—¡Ay, Señora, y hay una todavía más pequeña! —dijo finalmente el hombre—. Pensaba que eras un gato. ¿Sois más?

—Solo somos dos —dijo Matthias.

—¡Señor de los Cielos! ¿Cómo habéis conseguido sobrevivir?

Matthias señaló los fosos y después se dio cuenta de que quizá el hombre no se hubiera dado cuenta de su indicación.

—Hasta ahora hemos tenido suficiente comida para coger. Nos escondimos aquí porque los perros no podían olemos.

El hombre miró a Anna entreabriendo los ojos en aquella luz tenue. De repente, dio un paso adelante y cogió su mejilla con la mano. Matthias se adelantó blandiendo el cuchillo que llevaba en el cinturón, pero Anna dijo:

—No.

Y él se detuvo y esperó.

Al momento, el hombre dejó que se fuera y se retiró, frotándose los ojos con un dedo.

—Una niña. Eres una niña y no mucho mayor que mi hija Mariya. La Señora es misericordiosa por haber salvado a una.

—¿Dónde está su hija? —preguntó Anna, en esta ocasión con atrevimiento.

El hombre no la había asustado.

—Muerta —dijo de forma cortante—. En la incursión que los eikas hicieron en mi pueblo hace algo menos de un mes. Mataron a todos.

—A usted no le mataron —dijo Anna con toda la razón, ni observar que él parecía bien vivo y no tenía en absoluto el aspecto de un muerto. No porque ella hubiera presenciado algo así nunca, sino porque había oído historias sobre ellos como la de que en la noche de *Halloween* volvían al mundo de los vivos.

—Sí, muchacha, me mataron —dijo amargamente—. Mataron todo menos esta capa exterior. Ahora soy solo un cuerpo sin alma, un esclavo suyo para hacer todo lo que quieran hasta que se cansen de mí y me echen a los perros.

Aunque hablaba como si vivir lo agotara, se estremecía cuando hablaba de los perros.

Anna analizó lo que el hombre la había dicho y pensó que había entendido casi todo.

—¿Qué vas a hacer con nosotros? —preguntó—. Si los eikas nos encuentran, ¿no nos matarán?

—Lo harán —dijo el hombre—. Nunca dejan vivos a los niños. Solo quieren esclavos mayores con la suficiente fuerza para realizar su trabajo. Pero he oído decir a uno de los otros esclavos que en Gent no hay niños, no hay cuerpos de niños, sencillamente no hay ningún niño. Por las noches, en la oscuridad se cuenta una historia, se dice que el santo que protege la ciudad llevó a los niños a un lugar seguro o a la Cámara de la Luz, no sé exactamente adónde.

—Es verdad —masculló Matthias—. Todos los niños se han ido, pero no sé adónde fueron.

—Entonces, ¿dónde están vuestros padres? —preguntó—. ¿Por qué no os llevaron a vosotros a un lugar seguro y a los demás sí?

Anna se encogió de hombros, pero vio que su hermano se encorbaba como siempre hacía, porque el sufrimiento todavía le atenazaba, aunque ella no recordaba a sus padres lo suficiente para llorar su muerte.

—Murieron hace cuatro veranos —dijo Matthias—. Nuestro padre murió ahogado cuando salió a pescar y nuestra madre murió unos meses más tarde, de unas fiebres. Ambos eran buenos. Después fuimos con nuestro tío, que huyó cuando llegaron los eikas. Nunca pensaba en nosotros. Yo volví corriendo a la casa y cogí a Anna, pero en ese momento había enfrentamientos por todas partes. No se podía llegar ni a la catedral adonde la mayoría de la gente huyó, así que nos escondimos aquí. Y aquí nos hemos quedado.

—Es un milagro —murmuró el hombre.

De repente, en el silencio de la noche, se oyó un ruido, ladridos de perros y una sola llamada con un tono áspero, una palabra que ninguno de los niños comprendió. El hombre se sobresaltó un poco.

—A mitad de la noche vienen a contarnos —dijo—. Tengo que volver. No os delataré. Lo juro por el Crisol de Nuestra Señora. Que Nuestro Señor se abata sobre mí con su espada celestial si lo hago. Si puedo, mañana os traeré más comida.

Entonces, adentrándose en la noche se marchó.

Orinaron rápidamente en uno de los fosos pestilentes llenos de estiércol y agua y entonces se pararon para contemplar aquel cielo, sorprendentemente nítido; la noche era tan oscura que contemplar las estrellas casi dolía. Oyeron otra vez a los perros y Matthias aupó a Anna a la escalera. Ella volvió a subirse como pudo y él detrás de

ella cerrando la trampilla a su paso. Después de dudarlo un momento, pero en silencio, devoraron el resto del queso y del pan y esperaron al día siguiente.

La noche siguiente, bastante tiempo después de la puesta de sol, el hombre volvió, llamó con suavidad a la puerta y dijo:

—Soy vuestro amigo.

Matthias abrió la trampilla con precaución y miró hacia abajo. Al instante, bajó y Anna lo siguió. El hombre les dio pan y los miró en silencio mientras comían. Ella podía verle un poco mejor que la noche anterior, la luna estaba creciendo y la parte que crecía aumentaba poco a poco hacia la luna llena. No era especialmente alto, tenía los hombros anchos de un granjero y la cara redonda.

—¿Cómo te llamas? —preguntó vacilante finalmente.

—Me llamo Matthias y esta es Anna, que es la abreviatura de Johanna. Nuestra madre nos puso estos nombres por los discípulos de Daisan *el Bendito*.

El hombre asintió con la cabeza como si lo hubiera sabido desde siempre, o quizá solo para demostrar que lo había entendido.

—Me llamo Otto. Siento haber podido traer solo pan. No nos dan bien de comer y no me atrevo a pedir a los demás que compartan su ración. No sé si puedo confiar en ellos, porque no son parientes míos. Y además, cualquiera de ellos podría contar a los eikas que estáis aquí a cambio de alguna recompensa, quizá a cambio de más pan.

—Es muy amable por su parte ayudarnos —dijo Anna con alegría, porque se acordaba de que su madre siempre le había dicho que había que ser educada y agradecer los regalos que recibía.

El hombre sollozó y a continuación, con un gesto vacilante le tocó el pelo. De repente, se separó de ella.

—O quizá, como yo, los demás estarían encantados de ayudar, si por lo menos eso significase encontrar una forma de liberar a dos más de los salvajes. No es lo mismo que si los eligieran favoritos. Nunca los he visto poner en contra a unos esclavos frente a otros por dar un trato especial a alguno de ellos. Nos desprecian a todos. Todos son tratados de la misma forma, o trabajan o los matan.

—¿Solo han traído esclavos aquí, a las curtidurías? —preguntó Matthias.

—También se han cargado a los herreros, aunque no tienen a nadie que sepa hacer su trabajo. Pero somos esclavos y prescindibles —dijo con voz firme—. A mí me mandaron aquí a las curtidurías por casualidad, aunque nunca había percibido un olor

tan pestilente como este. Se dice que todos los días queman hombres en la forja y que los eikas son capaces de cortar la garganta de un hombre quemado para dejar que cicatrice, si no se puede levantar y seguir trabajando. He visto a esos eikas. Vi cómo lanzaban a uno al fuego y no se quemaba. El calor no le dejó ninguna cicatriz en el cuerpo. No tienen piel, no son como nosotros. Es un tipo de piel parecido a las escamas de las serpientes, pero más dura y gruesa. Es como la de los dragones.

Carraspeó y escupió, como queriendo extraer de su boca el sabor de aquellas palabras.

—La progenie de los dragones y las mujeres humanas, eso es lo que dicen ellos, pero yo no comprendo cómo puede producirse una unión tan antinatural. En cualquier caso, no deberíamos hablar de esto así, delante de la niña.

—Yo no he visto nada que ella no haya visto —dijo Matthias en voz baja.

Sin embargo, Anna se dio cuenta enseguida de que el hombre, al decir eso con la intención de protegerla, confiando en el muchacho, se había ganado la confianza de su hermano.

Terminó su pan y deseó haber tenido más, pero sabía que era mejor no preguntar. Era probable que les hubiera dado toda su ración. No sería de buena educación pedir más.

—El azar —susurró el hombre con amargura—. El azar me habría sido más propicio si me hubiera dejado morir con mis hijos, pero no.

Hizo un gesto de incredulidad con la cabeza, moviéndose, mirando hacia atrás por encima del hombro con nerviosismo, porque tenía toda la *razón* para estar nervioso, como lo estaban todos.

—Todo tiene su por qué. A mí me dejaron libre para poder encontraros.

Dio un paso hacia delante, cogió a Matthias por la mano y con la otra tocó el pelo de Anna con suavidad.

—Encontraré una forma de que salgáis de aquí, lo juro. Ahora debo irme. Todas las noches a esta hora, les digo que voy al baño, así que tengo que volver. Los eikas son criaturas extrañas. Son salvajes, eso seguro, pero son maniáticos; eso quizá demuestra que el «sendero que conduce al enemigo está bien pavimentado con piedras bien lavadas, porque las aguas que las limpian son las lágrimas de los malvados». Solo podemos hacer nuestras necesidades en un sitio, no se puede orinar en ningún otro sitio excepto en el que ellos nos dicen o sobre las pieles nuevas. Por eso tenemos algunos momentos de libertad para salir hacia aquí, incluso de noche, porque ellos no pueden soportar la peste de nuestros cuerpos humanos cerca de los suyos, pero no me atrevo a quedarme más tiempo.

La noche siguiente volvió otra vez y la siguiente, y la otra. Les llevó migajas, pero solo lo suficiente para que no murieran de hambre. También les llevó cerveza y en una ocasión, vino en una jarra, porque en los fosos de la curtiduría y en sus alrededores, había poca agua y, la que había, tenía un sabor nauseabundo.

Descubrió rápidamente que Matthias sabía más sobre la curtiduría y su

procedimiento que ninguno de los esclavos que trabajaban allí; en tres meses de aprendizaje, Matthias había asimilado las nociones elementales de curtido y teñido, lo suficiente para conocer lo que se hacía en cada paso y qué herramienta se necesitaba. Su trato con él era educado, incluso amable, pero a Anna la adoraba de verdad. Ella se sentaba en su regazo y él le acariciaba el pelo. En una o dos ocasiones se distrajo y le llamó Mariya.



En su desván nadie entraba a tocar las pieles. Otto les explicó que él era el encargado de vigilarlas y ningún esclavo tenía tiempo de meterse en asuntos de otros. Al cabo de varias noches, empezó a traer más comida.

—Los eikas han aumentado nuestras raciones. Han traído más esclavos para trabajar en las panaderías, pero también, hijo mío, lo que me dijiste y lo que les he dicho a los otros nos está ayudando a trabajar. Están satisfechos con nosotros así que nos alimentan mejor.

Ahora, la luna estaba llena y Anna podía ver su expresión, que era, como siempre, adusta.

—No les espera nada bueno a aquellos a quienes llevan a las herrerías, o al menos eso es lo que he oído. Salen tantos muertos como vivos entran ¡Serán animales!

Ella se tapó los ojos con una mano, pero podía ver la angustia de su expresión.

—Las pieles pronto estarán secas y se las llevarán, y ya no tendréis sitio donde esconderos.

—Colgarán más pieles, ¿no? —preguntó Anna.

—¡Ah! Muchacha.

La abrazó con fuerza contra su pecho.

—Lo harán, pero yo no puedo esconderos aquí siempre. He preguntado a varios y no sé cómo sacaros de la ciudad, a menos que...

—¿A menos qué? —preguntó Matthias porque Anna sabía que él, también, había estado hablando con ella sobre la posible forma de escapar de la ciudad.

Si no hubieran estado tan asustados, quizá pudieran haberlo hecho en primavera, pero sí lo habían estado y los perros habían merodeado todas las noches por la ciudad. Ahora, con esclavos en la ciudad y las puertas vigiladas, o al menos eso suponía él, sería más difícil escapar.

—No sé. Solo es una historia y no sé si creérmela.

Pero él agarró a Anna, tocó su pelo con los labios, y le dio un beso paternal.

—He oído decir a algunos que hay una criatura, un daimon, que está preso en la catedral. Dicen que el mago eika lo bajó del cielo donde viven esas criaturas y lo encerró en un cuerpo como el nuestro. Lo mantiene encadenado a su trono.

Anna se estremeció, pero en el regazo de Otto se sentía segura, él la abrazaba con tanta seguridad.

—Estoy pensando —continuó el hombre hablando despacio— que los magos dicen que los daimones conocen secretos que escapan al conocimiento de los humanos. Si es verdad, el santo bendito de esta ciudad salvó a los niños, y si es verdad que los sacó de la catedral para llevarlos por caminos ocultos a un lugar seguro, entonces, ¿es posible que este daimon sepa el camino oculto? ¿No es cierto que los daimones pueden ver tanto el pasado como el futuro más allá de lo que los ojos humanos ven? Si le ofrecéis algún regalo a la criatura y odia a los eikas tanto como nosotros, ¿no podría decirte ese camino secreto? La probabilidad es pequeña, seguro, pero no se me ocurre otra. Las puertas están vigiladas día y noche y los perros vagan por las calles.

Al pensar en los perros se estremeció, todos los hicieron.

—Vosotros sois niños. El santo os sonreirá como lo ha hecho con los demás.

—Tú vendrás también, ¿verdad papá Otto? —Anna recostó su cabeza sobre su pecho.

Él gimió, pero en silencio, las lágrimas le corrían por el rostro.

—No me atrevo —dijo—. No me atrevo a intentarlo.

—Podrías escapar con nosotros —dijo Matthias—. Dios se apiadará de ti por lo amable que has sido con nosotros sin ser parientes tuyos.

—Puede que Dios lo haga pero los eikas no lo harán. No los conoces. Son salvajes y tan astutos como las comadreas. Marcan a cada esclavo, y si les falta uno, ponen a otros delante de los perros y los sueltan. Así pues, si un esclavo intenta escapar, sabe lo que les pasará a los que quedan detrás. No haré que maten a aquellos con quienes trabajo. No pude hacer nada por salvar a mi familia. No voy a salvarme yo y por hacerlo, matar a otros que son inocentes como mis queridos niños. Pero vosotros dos podríais escapar si podéis encontrar a ese daimon y hablar con él.

—Pero ¿qué podríamos llevarle? —preguntó Matthias—. No tenemos nada.

Entonces, se calló y por su mirada astuta, Anna supo que había pensado en algo. Miró en su bota y sacó la pieza más valiosa de su amplia colección de cuchillos, escondidos en varias partes del cuerpo, que robaron del cuerpo de un hombre robusto lujosamente ataviado, con el tipo de ropas que solo lleva un comerciante rico o un noble. Tenía una buena hoja y una empuñadura cincelada finamente con la forma de una cabeza de dragón y esmeraldas embutidas en el hueco de los ojos. Con ello, Anna se dio cuenta de que Matthias confiaba plenamente en Otto; el cuchillo era demasiado valioso para mostrárselo a alguien que pudiera codiciarlo y quitárselo por la fuerza a un chaval y a su hermana pequeña.

Los ojos de Otto se abrieron más porque, incluso a la luz de la luna, la calidad del cuchillo era obvia.

—Es una pieza bonita —dijo—. Y un regalo de valor, si puedes llegar hasta él.

—Pero ¿cómo vamos a poder entrar en la catedral? —preguntó Matthias—. El

jefe eika vive allí, ¿no? ¿Sale alguna vez?

Mientras pensaba, el pelo de Otto se movió empujado por la suave y tranquila brisa de verano, la brisa nocturna que venía del río. En las puntas del pelo, Anna percibió el olor penetrante del hierro y la forja, un olor natural comparado con el hedor que salía de los fosos de la curtiduría tan cercanos. Al final, el hombre suspiró y llegó a una conclusión.

—Es hora de confiar en otros. Esta información no puedo conseguirla yo solo. Muchachos, roguemos a Nuestra Señora y a Nuestro Señor, pidámosles que nosotros, débiles mortales, podamos unirnos frente a nuestros enemigos paganos, porque ahora debemos confiar en otros con los que no tenemos ninguna relación de parentesco, excepto que somos humanos y estamos juntos frente a los salvajes.

Dicho esto, se fue.

La noche siguiente trajo una mujer, encorvada, con cicatrices, cansada. Se quedó mirando a los chicos fijamente un buen rato y al final dijo:

—Es un milagro que hayan podido sobrevivir a la matanza. Es una señal de Santa Kristine.

Se marchó de nuevo y él les dio su ración nocturna de comida.

La noche siguiente vino con un hombre joven que tenía los hombros anchos, pero con tanto peso sobre ellos, que parecía tener el doble de edad que un hombre de sus características. Sin embargo, al ver a los niños, se irguió y volvió a tener el aspecto de un hombre orgulloso de su juventud y su fuerza.

—Se van a enterar esos malditos salvajes —dijo en voz baja—. Nunca dejaremos que los cojan. En esta ocasión los venceremos. Eso nos dará fuerza en los días venideros.

La noche siguiente, Otto trajo a una mujer robusta que todavía llevaba sus ropajes de diaconisa aunque ahora estaban manchados, rotos, y sucios. Sin embargo, al ver a los niños saludó con la cabeza, sin mostrar sorpresa porque seguramente ya había oído hablar de ellos. Bajó la cabeza sujetándola entre las manos.

—Recemos —susurró.

Hacía mucho desde que Anna rezó por última vez. Se le habían olvidado las oraciones, pero iba rodeando con la mano el Círculo de la Unidad, siguiendo el círculo con el dedo por la suave madera con mucha atención mientras la diaconisa susurraba la Palabra Sagrada de Dios, porque esa era la oración que mejor sabía. Otto la miraba como siempre, con lágrimas en los ojos.

—Esta es una señal de Dios —dijo la diaconisa después de su oración—. Así juzgarán nuestra capacidad para escapar de esta plaga, si podemos salvar a estos niños que aunque no son parientes nuestros, son nuestros niños, que nos han sido entregados, como todos aquellos que viven dentro del Círculo de la Unidad son hijos de Nuestra Señora y Nuestro Señor.

Otto asintió con la cabeza con solemnidad.

La diaconisa puso una mano sobre el hombro de Matthias, como si lo bendijera.

—Los que recogen agua del río y la traen aquí han hablado con los que recogen agua para los herreros, y de los que están con los herreros, algunos llevan armas a la catedral, donde el jefe ocupa su silla y lo ve todo. Otros esclavos que barren y limpian la catedral se reúnen a veces con los que llevan las armas de los herreros y nos han dado la siguiente información.

Al oír un ruido, se calló. Solo era el viento que golpeaba una contraventana que estaba suelta.

—El jefe sale de la catedral cuatro veces al día para sacar a sus perros a hacer sus necesidades...

—¿Sus necesidades? —preguntó Anna.

La pregunta hizo que las caras de los esclavos esbozaran una sonrisa que fue el primer atisbo de sonrisa que Anna había visto, incluso en la cara de Otto.

—Fosos. Agujeros cavados en el suelo donde dichas criaturas se alivian, porque incluso ellos son esclavos de sus cuerpos, como lo somos todos nosotros, esclavos de las necesidades de los humanos. Ahora calla, niña. Aunque esa ha sido una buena pregunta, debes escuchar atentamente mis palabras. Una vez cada día, todos los eikas salen de la catedral, con sus perros y con los pocos esclavos que allí tienen. Van al río por la noche a asearse.

Ella levantó una mano para anticiparse a la pregunta de Anna.

—A darse su baño. En ese momento, que es cuando se cantan las Vísperas todas las tardes, la catedral está vacía.

—Sin contar con el daimon —dijo Otto.

—Si esa criatura existe de verdad. Eso dicen los esclavos que allí limpian, pero es posible que por estar cerca de los salvajes, estén algo trastornados, porque a nadie le han permitido acercarse a esta criatura, que se dice que está encadenada con hierro al altar sagrado. Por su descripción, parece que es más como un perro que como un hombre. Alguien dijo que habla como los humanos, pero otro dijo que solo sabe aullar, gruñir y ladrar. Según esto, si el santo nos concede un milagro, debemos confiar. ¿Lo entiendes?

Dirigió la pregunta a Matthias y lo observó detenidamente a la pálida luz de la luna mientras asentía con la cabeza una vez, para demostrar que lo había entendido. Anna también asintió con la cabeza y cogió a Matthias de la mano porque estaba muy asustada.

—Esta noche —dijo la diaconisa.

Miró a Otto y asintió con la cabeza apretando las manos.

—¿Esta noche? —preguntó Anna susurrando—. ¿Tan pronto?

Se echó impulsivamente hacia delante y apretó los brazos rodeando el cuerpo de Otto. La ropa le quedaba muy holgada, en su día fue un hombre robusto, pero había adelgazado a causa del hambre y la pena, aunque para ella todavía era fuerte. La abrazó con fuerza y ella notó cómo caían las lágrimas de él en sus mejillas.

—Debemos ponernos en marcha inmediatamente —dijo la diaconisa—. Os

pueden descubrir en cualquier momento. Es un verdadero milagro que no os hayan encontrado antes.

Frunció el ceño y la luz de la luna iluminó su rostro marcando las líneas de su expresión que mostraba dolor.

—No sabemos si algún idiota nos puede delatar a todos, para ganarse el favor de los eikas. Pero de los salvajes no se puede obtener ningún favor. No son parientes nuestros. No sienten misericordia por su especie así que no van a sentirla por nosotros, de modo que nosotros no debemos sentirla por ellos. Ahora, despedíos chicos. Ya no volveréis a ver a Otto.

Anna gimió. Era demasiado duro dejarlo atrás, la única persona, aparte de Matthias, que había sido amable con ella desde que murieron sus padres.

—Contad lo que aquí ocurre —dijo Otto.

Todavía tenía abrazada a Anna, pero ella sabía que se lo decía a Matthias.

—Informad a otros de que todavía hay gente viva en esta ciudad, que nos tienen como esclavos. Diles que los eikas están agrupándose y haciéndose fuertes, que están utilizándonos para hacerles armas y escudos.

—Volveremos a buscaros —dijo Matthias, con la voz quebrada por las lágrimas.

Anna no podía hablar, solo agarrarse a él. Otto apestaba a los fosos de los vertidos, pero todos apestaban al olor de la curtiduría; en aquel momento, ese olor era para ella como un perfume, un olor conocido que relacionaba con estar a salvo. Fuera, lejos de los fosos, se abría un mundo que ella no conocía, ni confiaba en él.

—Señora —susurró Otto.

Besó a Anna en el pelo por última vez.

—Quizá sea peor así; que me hayas hecho concebir esperanza. Os esperaré siempre que pueda. Si vivís, si yo sobrevivo, si nos volvemos a reunir, seré vuestro padre.

—Venid chicos —dijo la diaconisa cogiendo sus manos después de separar con suavidad a Anna de Otto.

Anna lloró mientras se la llevaban. Miró hacia atrás para ver cómo Otto les veía marchar, con las manos a los lados del cuerpo diciendo adiós, abriéndolas y cerrándolas hasta que ella perdió de vista su cara en la oscuridad de la noche.

La diaconisa los llevó al extremo de la fétida trinchera donde los esclavos se aliviaban.

—Esperad aquí —dijo ella—. Vendrá a recogeros un hombre.

Ella se marchó y volvió al edificio en el que dormían los esclavos. Al poco tiempo, llegó el hombre al que acababan de conocer.

—Ven —dijo subiéndose a Anna a la espalda. Tenemos que ir corriendo hasta la forja.

Corrieron, se escondieron en una ocasión para que el hombre recuperara el aliento y en otra porque oyeron los aullidos de los perros en los alrededores, aunque no llegaron a ver nada. Por la noche, los fantasmas eran los únicos que merodeaban por

la ciudad. Había pasado mucho tiempo sin que Anna saliera a las calles en ruinas, pues los espacios abiertos y las sombras angulares, el vacío, le provocaban escalofríos que subían y bajaban como arañas bajo la piel.

Al llegar a otra zanja que también apestaba a pis y diarrea, el hombre joven los dejó sin contemplaciones. Sin embargo, ese olor era bueno, era un olor humano, no como el áspero hedor metálico de los salvajes.

Allí se reunieron con una mujer. Primero, se quedó mirándolos fijamente, después los palpó, tocando sus labios, su pelo, sus ojos.

—Sois de verdad —dijo—. Niños de verdad. A los míos los asesinaron, venid, no hay tiempo.

Los condujo aprisa por el laberinto de la ciudad, pasando por otra trinchera, otro grupo de esclavos. Así, de trinchera en trinchera atravesaron la ciudad.

—Esta es la única libertad que tenemos —dijo el hombre que por fin les llevó ante la catedral, aunque por el horizonte, al este, se veían las primeras luces del amanecer.

—Los eikas son salvajes, pero no pueden soportar el más mínimo hedor humano a orín o mierda cerca de ellos. He visto matar a un hombre por hacer de vientre donde no debía hacerlo, aunque no lo pudo evitar. Nos dejan salir a aliviarnos uno por uno y si decimos que tenemos retortijones, nos dejan salir alguna vez más. Bueno, ni yo ni ninguno de nosotros puede llevaros más lejos. Escondeos aquí, bajo estos harapos, cerca de la trinchera porque los eikas nunca se acercan a estas trincheras. Nos os mováis, no hagáis ruido aunque oigáis a los perros. Quizá os descubran y os maten. Todos rezaremos para que eso no ocurra. Tened paciencia. Esperad a que amanezca. Cuando bajen al río, sabréis que son ellos por la luz, por el cuerno que tocan y por el tamaño de la procesión. En cualquier caso, tened cuidado, porque no vienen todos, algunos se quedan detrás para vigilar a los esclavos que duermen en ese edificio que hay en el camino, al que llaman la casa de la moneda. Por lo que yo sé, puede que algunos se queden también aquí detrás, en la catedral. No sé lo que hay dentro de la catedral, eso lo tenéis que descubrir por vosotros mismos. Que Dios os acompañe.

En señal de hermandad, cogió con sus manos las de ellos, primero las de Anna y luego las de Matthias y les dijo que se tumbaran del todo tapándolos con los mugrientos y asquerosos harapos. Anna oyó cómo se alejaban los pasos. Notó que algo se arrastraba por su mano. Dio un grito ahogado, no se atrevió a moverse, casi ni a respirar. Pero por primera vez en tantos días y semanas sintió una extraña y ligera sensación en su corazón. Tardó bastante tiempo en descubrir lo que era y finalmente recordó las últimas palabras de Otto:

—Me habéis devuelto la esperanza.

Sorprendentemente, casi asfixiada por el olor nauseabundo del montón de harapos, se quedó dormida.

Los aullidos la despertaron. Se levantó de golpe y de inmediato Matthias la empujó hacia abajo para que se tranquilizara. No emitió ningún sonido.

Los harapos se movieron, lo cual le permitió ver las escaleras de la catedral y la avenida. Un hombre se detuvo a menos de cinco pasos de ella, de espaldas al montón de trapos, y orinó en la trinchera. Después, dirigiéndose a los trapos, se acercó y se agachó. De todos los esclavos que había visto, parecía el que estaba en mejor estado; su túnica no estaba llena de suciedad, aunque tampoco precisamente limpia. Jugaba con la cuerda que hacía las veces de cinturón que colgaba de sus delgadas caderas y de vez en cuando miraba hacia atrás por encima del hombro en dirección a los escalones de la catedral. A través de un hueco entre los trapos, Anna pudo ver que venía otro esclavo. Esta persona, no podía distinguir si era hombre o mujer, lavaba los escalones relucientes de piedra blanca con trapos y un cubo de agua.

El hombre se aclaró la garganta y habló con rapidez.

—En cuanto todos hayamos bajado por la calzada, entrad corriendo en la nave. Quedaos escondidos si podéis e id hasta el final, donde encontraréis el altar. Allí encontraréis al daimon. Acercaos a él con cuidado, puede ser violento o al menos eso es lo que hemos observado. Ninguno de nosotros ha hablado con él. Está prohibido.

Se puso de pie y se marchó. Eso fue lo último que supimos de él, porque primero desapareció de nuestro reducido ángulo de visión y después volvimos a verle en los escalones hasta que, de repente, le asaltaron los perros.

Sonó un cuerno, un sonido agudo y doloroso. Bajando por las escaleras apareció una nube de perros gruñendo, ladrando, aullando y bramando como locos. Anna gimió y después se metió una mano en la boca, mordiendo fuerte para evitar gritar. Eran monstruos, seres enormes, descomunales, que la llegaban al hombro, con largas y delgadas grupas y grandes paletillas, ojos amarillos que brillaban con el fuego del demonio. Tenían la boca siempre abierta para mostrar sus enormes dientes y la lengua colgando.

Se lanzaron sobre los dos esclavos, aplastándolos hasta que lo único que vieron fue una manada de perros, provocándose, saltando y mordiéndose entre ellos y Dios sabe qué más. Cerró los ojos y buscó a tientas su Círculo. Matthias contuvo un sollozo agarrando con más fuerza a su hermana. Ella no quería mirar, no quería ver.

Una voz bramó, un grito fuerte y poderoso. Ella apretó los ojos con todas sus

fuerzas, pero Matthias le pegó un tirón y abrió los ojos. Entonces, algunos eikas bajaron a zancadas por las escaleras, seres horribles con la piel de escamas. No obstante, aunque todos eran salvajes, sin ninguna característica humana, tenían la fuerza bruta y el brillo de la inteligencia animal en su comportamiento y su espantosa cara. Cogieron a los frenéticos perros por las patas traseras y los lanzaron lejos, propinándoles fuertes golpes con sus zarpas o con las empuñaduras de sus lanzas. Los eikas aullaban y gruñían a los perros como si fuesen de su misma raza y pudieran entenderse en la lengua de las bestias.

Tras ellos aparecieron un par de eikas que ya había visto. El primero era una criatura enorme y musculosa con cadenas de oro y plata incrustadas con brillantes gemas; a su lado, un eika tan esquelético como los esclavos humanos y vestido con un solo trapo atado en la cadera. Del cinturón colgaba una bolsa de piel, llevaba un arcón de madera pequeño apretado contra su escuálida cadera. El eika enorme se metió entre el agitado grupo de perros y empezó a atacar él mismo, rugiendo y riéndose, mientras apartaba a los perros de su presa y los golpeaba.

Finalmente, un perro se apartó y saltó bajando por las escaleras. Una buena parte de los guerreros eikas lo persiguieron. Como si esta deserción significase su derrota, los demás perros se batieron en retirada alejándose de la ira o del mal talante del jefe eika porque, ¿por qué otra razón habría colocado esclavos en los escalones justo en ese momento, sabiendo lo que previsiblemente les harían los perros; y bajaron trotando por las escaleras para después seguir a los otros hacia el río? A medida que dejaban los escalones libres, a su paso, se veían los estragos que habían causado, montones rojos de...

Esta vez cerró con fuerza los ojos y no miró, obligándose a sí misma a no mirar y solo oyó a Matthias tragando saliva entre dientes e intentando no hacer ruido porque cualquier ruido los condenaría.

Al final susurró:

—Se han ido. Se han llevado a dos. Vamos, Anna. No te desanimes ahora que ya estamos muy cerca.

Escarbó entre los harapos, consiguió liberarse, se puso de pie y tiró de ella para levantarla. Él corrió y ella corrió detrás, tambaleándose, respirando entrecortadamente por lo asustada que estaba y porque casi había olvidado cómo correr, porque sus piernas estaban rígidas por estar tantos días sin moverse. Llegaron hasta la sombra que dejaba el muro de la catedral y subieron corriendo por las escaleras. La sangre todavía corría por la piedra cerca de un cubo de agua que estaba tirado y por los escalones caían riachuelos de agua rosa hasta llegar a la avenida. Había harapos manchados de sangre desparramados por todos lados.

Las grandes puertas permanecían abiertas, pero como el sol se estaba poniendo por detrás de la catedral, por ese lado entraba poca luz al interior; era la entrada este. Entraron agachados, Matthias inmediatamente corrió a esconderse en una pared y tiró de Anna para que se agachara a su lado. Puso el dedo sobre los labios de ella y se

quedaron en la sombra escuchando.

Y oyeron... La música de las cadenas, desplazándose, susurrando porque alguna criatura estaba comprobando sus cadenas y notó que estaban más inflexibles que nunca.

Matthias avanzó arrastrándose para esconderse detrás de uno de los grandes pilares de piedra en los que se apoyaba el enorme tejado. Allí, en el pasillo lateral permanecieron en la sombra. La nave en sí, el inmenso pasillo central de la catedral era más luminoso gracias a las ventanas abiertas en lo alto de los muros elevados que daban al norte y al sur. Lo más luminoso era el altar, al cual llegaba un haz de luz proveniente de siete grandes ventanales colocados en un semicírculo al fondo de la iglesia que formaban el Crisol.

Al lado del altar había un montón de desechos.

Matthias se deslizó hasta la siguiente columna para esconderse mientras se acercaba al altar. Anna le siguió. Quería agarrarse a su cinturón para retenerle, pero no lo hizo. Ella había aprendido que ambos debían tener libertad para moverse rápidamente.

No había ruido. La piedra amortiguaba el ruido y en aquel lugar el mundo exterior parecía lejano, había sido un paraíso y ahora era un campamento de salvajes. Ella notaba el olor a humedad que desprendían, igual que las cosas secas que se pegan a la piel causan hormigueo en las puntas de los dedos y el cuello; lo olió de la misma forma que se reconoce la cercanía de una tormenta por ese olor característico que se percibe en el aire mucho antes de que se oiga el primer trueno y el azote del primer relámpago se vea en el cielo oscuro. Un lugar que en su momento fue sagrado para Dios, ahora estaba gobernado por ellos.

Se acercó a Matthias y se apoyó sobre la piedra fría y punteada. Él la tocó brevemente y después se movió rápidamente hasta la siguiente columna.

El montón de residuos del altar se movió y cobró vida.

No eran harapos, sino perros, despertándose, moviéndose, poniéndose en guardia.

—Corre —gimió Matthias.

La empujó hacia atrás, hacia la puerta, pero ya era tarde, la puerta estaba demasiado lejos. Nunca podrían correr tanto como los perros, solo esconderse de ellos. Y allí no había lugar donde esconderse.

Los perros echaron a correr hacia ellos. Anna, corrió, se tambaleó y los perros se abatieron sobre ella.

—No —gritó ella, porque Matthias había salido corriendo hacia la nave, hacia los perros para intentar distraerlos y que ella pudiera escaparse.

—Vete, vete —gritó él.

Pero ella corrió hacia él. Era mejor morir con él, despezada por los perros que vivir si él estaba muerto. Señora Nuestra, ¿qué importaba eso? En esta ciudad no se podía vivir de otra forma que no fuera siendo esclavo de los eikas, si es que a eso se le podía llamar vivir.

Lo alcanzó justo antes de que lo hicieran los perros, los horribles perros. Se abrazó a su hermano y él la abrazó a ella esperando el impacto, la muerte. Por favor, Señora que sea rápido.

Un grito ronco, no humano, no había ninguna palabra que ella pudiera identificar, proveniente del altar, interrumpido por ruidos que sonaban como gruñidos y aullidos. Los perros armaron un gran estrépito hasta que se detuvieron, con las uñas resbalando sobre el pavimento de piedra y se pararon a la distancia de un cuerpo de los niños, gruñendo y mirando con los ojos amarillos centelleantes. En ese momento, al oírse más palabras roncadas, se escabulleron con el rabo escondido, todavía gruñendo, pero ya sometidos a la criatura que salió del montón de harapos del altar, un montón que no eran harapos, sino el daimon en persona.

Definitivamente no era humano, no lo era. Anna lo pudo comprobar con la escasa luz que penetraba en la nave de la catedral. Era alto y con forma humana, pero los eikas tenían forma humana y no guardaban ningún parentesco con los humanos. Se había tapado recatadamente con ropas, aunque las ropas y la túnica estaban hechas trizas por marcas de dientes y tan harapientas como si se hubieran arrancado tiras al azar. En sus antebrazos llevaba telas doradas, también rotas y rasgadas por muchos sitios como si los perros las hubieran roído y hubieran jugueteado con ellas; en el cuello llevaba una cadena de hierro gruesa y esa cadena estaba atada a un bloque grueso de piedra que era la piedra del altar, el Crisol de Nuestra Señora.

Se quedó mirándoles fijamente con los ojos de un verde tan inhumano como las esmeraldas que estaban incrustadas en la daga de Matthias, y como si esa mirada le recordara el regalo elegido, Matthias sacó la daga de su bota y se la enseñó, con la empuñadura hacia él en señal de ofrenda.

—Ven —dijo el daimon con su voz ronca.

No se atrevieron a desobedecer porque hablaba con el tono de una criatura acostumbrada a la obediencia y, además, controlaba los perros por medio de algún poder demoníaco mágico. ¿Y por qué no? No era humano, era una criatura etérea, algo que volaba sin cuerpo a través de los enormes cielos impenetrables más allá del mundo mortal, por encima de la Luna en constante transformación; no iba a temer a niños humanos ni a dudar en darles órdenes.

Se arrastraron acercándose un poco más y esta vez Anna se agarró con fuerza al cinturón de Matthias con una mano y a su Círculo con la otra, mordiéndose el labio inferior. Se tragó las lágrimas, pero no se estremeció mientras los perros les rodeaban, oliéndoles los pies y lanzando mordiscos a la espera de recibir las severas palabras del daimon para lanzarse.

Aún más cerca, tan cerca que Matthias pudo estirarse y dar el cuchillo al daimon. Lo cogió y con una repentina y sospechosa prisa, echó una mirada a la nave en sombras, deteniendo la mirada en las columnatas, y se metió la valiosa arma entre los asquerosos harapos que utilizaba para taparse. Se quedó así en silencio, escuchando y ellos también se quedaron callados, pero Anna no oía nada y Matthias no hizo ningún

ruido.

Anna se quedó mirando fijamente. Pensó que quizá, cuando el mago había hecho bajar al daimon de los cielos y cuando la magia lo había encerrado en un cuerpo hecho de tierra, el daimon había intentado, dado que no tenía otra alternativa, adoptar forma humana, porque era muy parecido a un humano: tenía los ojos humanos aunque ambos eran de un color verde fuerte y algo rasgados, como si estuvieran deformados; la piel era humana y color bronce como si los metales escondidos en la tierra se hubieran filtrado a la superficie; su cara era humana aunque con los pómulos prominentes y anchos; no había rastro de barba, aunque evidentemente era un hombre. Sin embargo, ¿no había hecho Dios a los humanos hombres y mujeres? ¿Por qué no habría de hacer a los daimones de la misma forma?

Y hablaba el idioma de los humanos, aunque despacio, como si no tuviera demasiada soltura. A los perros los hablaba en esa otra lengua de las bestias en la que hablaba con más fluidez.

—¿Por qué me habéis dado este cuchillo? —preguntó.

Anna pensó: Su voz es igual, es una voz humana, pero con un punto de ronquera como si no estuviera bien definido.

Matthias bajó la barbilla para conseguir encontrar el valor necesario con el que enfrentarse a la criatura como es debido.

—Buscamos el secreto de Santa Kristine que llevó a los demás niños a un sitio seguro.

—Que los llevó a un sitio seguro —contestó, como un eco.

Se quedó mirándolos durante un tiempo que pareció eterno, hasta que Anna se dio cuenta de que no había entendido lo que Matthias había dicho, sino que había imitado los sonidos. Los perros le olisquearon los pies y cientos de espinas le subieron y bajaron por la espalda como criaturas ponzoñosas. La procesión de los eikas volvería en cualquier momento.

La criatura levantó la cabeza como lo haría un perro ante un ruido repentino.

—Rápidamente —dijo—. Pasada la escalera de la torre hay una puerta que conduce a la cripta. En ella está el sendero que buscáis. Escapad.

Así de rápido, se transformó ante sus ojos en un ser enloquecido. Cogió la pesada cadena que lo ataba y tiró con violencia. Echó la cabeza hacia atrás y aulló, y los perros contestaron con tal fuerza con aullidos, gruñidos y ladridos que ensordecieron a Anna.

Matthias cogió su mano. Juntos corrieron hasta la sombra de la columnata y después volvieron sobre sus pasos por la nave mientras el daimon agitaba la cadena contra la piedra del pavimento, como una bestia salvaje y los perros saltaban y ladraban a su alrededor, algunos mordisqueaban su cuerpo recibiendo por tanto un golpe del codo o la muñeca.

—Que Dios ayude a la pobre criatura —murmuró Matthias.

Llegaron al final de la columnata, al largo camino de entrada que discurría

perpendicular a la nave, que ahora estaba cubierto de sombras porque afuera el sol ya se había ocultado y el interior oscurecía. El pobre daimon loco abandonó por fin sus esfuerzos frenéticos e inútiles por liberarse. Puede que fuera mágico para controlar a los perros, pero no lo suficiente para liberarse del mago de los eikas.

Estaban ante la puerta que daba paso al hueco de la escalera que llevaba a la cripta, era de madera oscura, sombría, marcada por rasguños profundos como si alguien la hubiera arañado, intentando entrar. Matthias puso una mano sobre el pestillo, moviéndolo tímidamente para asegurarse de que no estaba atascado y de que no chirriase.

En medio del silencio que volvió a imperar, Anna fue la primera en oír el ruido, el roce de un paso sobre la piedra. Se volvió y en ese momento, sin poder evitarlo, dejó escapar un suave gemido de miedo. Matthias miró hacia atrás por encima de su hombro. Ella notó cómo él se quedaba rígido y buscaba a tientas el cuchillo que siempre llevaba en el cinturón.

Demasiado tarde.

En las sombras, a menos de diez pasos de ellos, había un eika, cerca de las puertas enormes. Salió de su escondite y se les quedó mirando. Era alto, como la mayoría de los salvajes, pero más delgado que gordo; su cuerpo parpadeaba y deslumbraba al recibir la luz del último rayo de sol que se colaba por los ventanales, porque llevaba un cinturón de una inmensa belleza con cadenas de oro y plata entrelazadas, ribeteado con joyas como si llevara cientos de ojos que estuvieran mirándolos a ellos, a quienes finalmente habían atrapado.

Estaba tan aterrorizada que no podía ni gemir. Aflojó un poco su mano del Círculo y fue pasando el dedo a su alrededor por la suave veta de la madera, el Círculo de la Piedad de Dios, como su madre la había enseñado hacía muchos años, era la única oración que sabía.

La criatura no se movió, ni para avanzar, ni retroceder ni cargar contra ellos.

Sin embargo, Anna vio lo más extraño que había visto en toda su vida, más extraño que la matanza y la muerte y que los terribles perros y las ratas alimentándose de un cadáver hinchado. La criatura llevaba un collar, una sencilla correa de piel atada en varios sitios como si se hubiera roto más de una vez y la hubieran atado de nuevo y de esa correa, sobre su pecho de escamas de color cobre brillante, colgaba un Círculo de la Unidad de madera, el símbolo de la Iglesia, exactamente igual que el suyo.

No se movió, ni levantó la cabeza, ni dio ningún grito de alarma, sino que, como ella, se limitó a levantar un dedo y a seguir la forma redondeada del Círculo, igual que había hecho ella.

Matthias se movió como si estuviera despertando de un sueño. Levantó el pestillo, cogió a Anna por el brazo.

—No mires —dijo—. No mires atrás, límitate a seguirme.

Tiró de ella hacia dentro, cerrando la puerta tras ellos a pesar de que allí no había

luz para ver. Juntos bajaron las escaleras tambaleándose hasta la oscura cripta.

Nadie, nada, ninguna criatura, ningún ruido que indicase que los estuvieran persiguiendo, que vinieran detrás de ellos.

—Es un milagro —susurró, y después al bajar otro escalón se tambaleó al darse cuenta de que no había más y el impacto sacudió todo su cuerpo.

Perdió a Matthias y anduvo a tientas desesperadamente, lo encontró otra vez, y le agarró la mano con tanta fuerza que él gruñó de dolor, pero ella no dejó de apretar. No veía nada, ni siquiera se veía su mano delante de la cara.

—Mira —susurró Matthias, y su voz se perdió en la oscuridad, y ella oyó cómo se perdía en un gran espacio desconocido y vacío.

Ella lo vio primero, como un reflejo, una luz débil y brillante. En ese momento, mientras sus ojos se adaptaban a la falta de luz, empezó a respirar entrecortadamente y a sentir náuseas porque la cripta estaba llena de esqueletos, todos en el mismo estado de descomposición aunque ya no apestaban a carne podrida.

—Mira aquí —susurró Matthias.

Señaló y ella pudo ver su brazo levantado en la oscuridad y más allá la luz palpitante tan débil como lo sería la respiración del alma si fuese visible al ojo humano.

—¡Ven! —dijo con premura y se dispusieron a la horripilante tarea de abrirse paso entre la basura de cuerpos muertos.

—Estos fueron hombres luchadores —dijo—. Mira. Algunos todavía tienen escudos, lo que queda de ellos.

Era verdad, algunos tenían escudos de oro con el emblema del dragón negro. Anna no sabía cuál era su significado, solo sabía que esta no era la única vez que vio pasar una procesión, que llevaba un estandarte que indicaba el paso de un noble, señor o señora, en él no aparecía un dragón, sino alguna otra criatura, quizá un sabueso, o un caballo. Ella desconocía este misterio, ¿quiénes eran aquellos soldados? ¿Habían muerto en la última batalla en la que la ciudad fue arrasada? ¿Cómo los habían dejado allí en esta cripta sagrada que tanto odiaban?

Enormes cráneos los miraban sonriendo, pero a Anna ya no le daban miedo. Estaban muertos. Habían luchado por su especie, sus hermanos y hermanas humanos, y ahora no la molestarían ni a ella ni a su hermano. Así podía abrirse paso entre los cuerpos, empujándolos con suavidad si fuera necesario. Una vez, al ver un cuchillo que sobresalía del pecho de uno, de una costilla, tiró de él con cuidado y se lo quedó, agradeciendo al alma del muerto que lo hubiera guardado para ella. Nunca sabes cuándo puedes necesitar otro cuchillo.

Dejaron atrás a los soldados muertos, y siguieron la luz adentrándose en la cripta, más allá de las tumbas de los santos, que habían sido obispos o diáconos y buenos hombres y mujeres que trabajaron por la iglesia, hasta que llegaron a una esquina secreta y encontraron lo que el daimon les había prometido: una escalera que les llevaba a la tierra, iluminada por el haz de luz que les había conducido hasta allí.

Anna sintió cómo su corazón se llenaba de esperanza, de luz frente a la oscuridad de la desesperanza y el terror.

Matthias dudó y después, sin mirar atrás, comenzó a bajar por las escaleras, comprobando bien cada escalón antes de dejar caer todo el peso, ya que él todavía la tenía cogida de la mano porque temía perderle más que nada en el mundo, tenía que seguirle. Ella todavía miraba por encima del hombro, aunque tras de sí no veía nada excepto oscuridad e hizo una promesa solemne:

—Volveremos a por ti papá Otto; a por ti y a por todos, pero sobre todo a por ti.

Había un buen tramo de escaleras que bajar y todo a oscuras. Siguieron bajando, a tientas, palpando la pared con las palmas de las manos y cuando por fin terminaron las escaleras y la pared describía una curva y después volvió a enderezarse, en sus labios notó una brisa, algo extraño, algo que no había probado durante meses, aire fresco no contaminado por la muerte de la ciudad, y cosas verdes que crecían sobre tierra fértil llana, no sobre las grietas entre las piedras caídas.

Anduvieron un buen rato, descansando algunos minutos cada poco tiempo, pero nunca durante demasiado rato seguido.

Cuando salieron del túnel ya estaba amaneciendo.

Al salir por la entrada de la cueva, vieron un campo de cebada y unos cuantos edificios que parecían abandonados. Detrás de la estrecha entrada de la cueva se alzaba un cerro al cual se subió Matthias, y Anna detrás de él. Desde el cerro, volvieron la vista al campo vacío de la ciudad que estaba a sus pies, descansando como una joya en una isla en medio del amplio río. Desde la distancia, uno no podía imaginarse lo que había dentro. Tenía el aspecto de una maqueta perfecta de una ciudad, intacta, reluciente con la primera luz de la mañana.

—Debería haberlo matado —dijo Matthias.

—¿Matar a quién? —preguntó—. ¿Al eika?

Sin pensarlo, agarró con fuerza el Círculo de la Unidad. No podía parar de pensar en el Círculo de la Unidad que él tenía colgado en su pecho.

—El daimon —dijo—. Debería haberlo matado con el cuchillo. Así se habría liberado de su cuerpo mortal y habría podido irse a casa, al cielo. ¿No habría sido mejor eso?

Anna negó con la cabeza.

—No creo que ningún humano pueda matar a ningún daimon. No son como nosotros, no tienen la misma sangre que nosotros y puede que ni siquiera tengan sangre. Solo hubiéramos conseguido enfadarle.

Suspiró.

—Puede, pero me da pena esa pobre alma. Si es que la tiene.

Ella dudó, pero entonces preguntó:

—¿Tienen alma los eikas?

—¡Por supuesto que no!

—Pero ese nos vio y nos dejó irnos. Llevaba un Círculo de la Unidad, Matthias.

Si llevaba un Círculo, ¿no es pariente nuestro solo por el hecho de creer en Dios?

—Se lo robó a un cuerpo y lo lleva como un trofeo. No sé por qué nos dejó ir. Puede que Santa Kristine nos estuviera protegiendo y le cegase la vista.

Se volvió de espaldas a la ciudad y empezó a bajar de la colina.

—Vamos Anna. No sé cuánto tendremos que caminar hasta que veamos a alguien.

No obstante, Santa Kristine, aunque seguramente les salvó, no cegó los ojos del eika. Anna lo sabía. Él la había visto tocar su Círculo y había imitado el movimiento. Les dejó ir deliberadamente. Igual que todos los esclavos humanos de la ciudad que se habían puesto de acuerdo para liberarles, lo mismo que habrían hecho ellos también por sus parientes.

Era un hermoso día de verano y caminaron libres por los bosques iluminados, bebieron de un arroyo de agua corriente y comieron con cuidado unas cuantas bayas húmedas. Al anochecer, Matthias vio una hoguera. Los leñadores que estaban en el bosque para cazar y vigilar la comida frente a las incursiones de los eikas, sorprendidos, les ofrecieron comida gustosamente a cambio de uno de los cuchillos que les sobraban y les dejaron dormir acurrucados junto al carbón. Por la mañana, un leñador los acompañó hasta el pueblo más cercano.

—Permitidme que os dé un consejo —dijo el leñador, que era pequeño, enjuto, nervudo y alegre, y al que en la mano izquierda faltaba un dedo—. En estos momentos, hay poco espacio en Steleshame con tantos refugiados. Pero la información que tenéis en vuestro poder os puede ayudar a conseguir quedaros allí, así que no la vendáis barata. Muchacho, pregunta por una escuela de aprendizaje y por algún sitio en el que tu hermana pueda entretenerse y en el que puedan encargarse de ella hasta que tenga la edad necesaria para contraer matrimonio. ¡Por la sangre de la Señora! Es un milagro. Nunca pensamos en ver a nadie más vivo fuera de la ciudad. ¿Cómo conseguisteis sobrevivir? ¿Cómo conseguisteis liberaros?

Matthias les contó una breve versión de la historia, pero cuando llegó al final, no mencionó al eika porque este no formaba parte de su historia. Y además a Anna, la historia del eika, la desconcertaba. Pero ella se quedó callada. Todos los humanos odiaban al eika. Tenían toda la razón para hacerlo porque los eikas eran salvajes y sus perros eran las criaturas vivas más espantosas.

—Muchacha, sin duda tu hermano encontrará trabajo con un curtidor, ¿sabes hacer algo?

Ella no quería decirlo. Salió de forma espontánea.

—Cuando tenga la edad suficiente, viajaré como lo hacen los *traten*. Llevaré a los eikas la Palabra Sagrada y el Círculo de la Unidad. Su destino no puede ser el de ser salvajes.

Él se rio, pero no por mala educación, sino solo negando con la cabeza como hacían los adultos cuando los niños decían algo que consideraban absurdo. Matthias se calló y puso mala cara.

Pero el día era muy bonito y eran libres y quizá, si llevaban noticias de que en la

ciudad todavía había esclavos vivos, algún noble, señor o señora, podría hacer una expedición para salvar a los otros. Si papá Otto y los demás pudieran esperar tanto tiempo.

Ella pensó un buen rato mientras andaba por el bosque. Matthias y ella habían perdido a su padre y a su madre, y les habían dejado bajo el cruel cuidado de su tío. Sin embargo, no fue su tío, su único pariente vivo, quien les salvó. Solo había tratado de salvarse a sí mismo y ella pensó que nunca sabría si él todavía estaba vivo o estaba entre los muertos olvidados. Fueron papá Otto y los demás esclavos quienes les salvaron. Si ellos, que no eran parientes de verdad, podían actuar como si lo fueran, ¿no era posible que incluso un eika pudiera convertirse en pariente suyo? Ella conservaba este pensamiento en su corazón como un regalo. Matthias le había dado al daimon el cuchillo que podía utilizar para defenderse o para liberarse si eso era posible y a cambio él les había dado la libertad.

Pero, al final, después de todo lo que había pasado, fue el eika solitario quien se había puesto de su parte y les había dejado ir.

PRIMERA PARTE

ADIVINACIÓN
POR LOS
TRUENOS



CAPÍTULO 1



LA MÚSICA DE LA GUERRA

Percibió que la tormenta se acercaba antes de que se oyera el primer trueno. Los perros se movían sin descanso y le mordisqueaban, pero él los pegaba apartándolos hasta que gemían y se agachaban a sus pies.

Parecía que Corazón Sangriento no había oído el trueno en la distancia. El jefe eika estaba en su trono, a la distancia necesaria para estar a salvo de las cadenas de su preso, y midió los huesos de la pierna y del brazo que habían sido despojados de la carne. Apartando aquellos que no quería, cortó con la sierra las coyunturas huesudas de los extremos hasta que tuvo media docena de huesos blancos y suaves de varios tamaños en su regazo. Con un palo afilado vació los huesos de la médula. Después, con un buril de piedra engarzado en un palo, perforó agujeros a lo largo de los huesos huecos. Lo hacía en silencio, a excepción del ruido de la sierra de obsidiana, el roce de las rascaduras de madera y sus débiles resoplidos mientras daba vueltas al palo entre sus manos para perforarlo.

Al fondo, otros sonidos servían de contrapunto a la tarea de Corazón Sangriento. El viejo sacerdote se agachó en el suelo de mármol mientras esparcía aleatoriamente huesos de los dedos y los apartaba a un lado; afuera, los soldados eikas jugaban en los escalones de la catedral con una cabeza que había en un saco; a lo lejos se oían truenos, y el río Vesper, un leve rugido, demasiado débil para que lo percibieran los oídos humanos, emitía su canto familiar invariable.

Los perros, al escaparse, roían los desechos de los huesos, tronchándolos para comerse la médula. Los más fieles devolvieron unos cuantos huesos para dejarlos caer a sus pies, su ración por ser su señor. Dios sabía que ahora él siempre estaba hambriento, pero nunca dejó que se dijera que había llegado a comer restos humanos.

Luchaba contra la demoledora desesperación. Llegó hasta él a oleadas, como procedente de la nada, de las sombras o del encantamiento de Corazón Sangriento que le hacía estar encadenado aquí, atado por algo más que el hierro. En medio de un repentino ataque de temblor incontrolable, agarró las cadenas con las manos y las rozó con violencia contra el suelo de mármol hasta que se le peló la piel y las cadenas quedaron brillantemente pulidas pero sin que los pesados eslabones se viesen debilitados en absoluto.

Solo entonces, cuando los perros empezaron a gruñir a su alrededor, notando su debilidad, cuando su sangre goteó sobre el pálido mármol formando pequeños

rosetones de agonía contra la piedra fría, se acordó, los sometió y levantó la vista.

Enseñando los dientes, Corazón Sangriento sonrió desde su silla.

—Príncipe de los perros —dijo susurrando en voz tan baja como el aleteo de los pájaros en los tejados—. ¿Me haré una flauta con tus huesos cuando estés muerto?

—Nunca me matarás —contestó con su voz ronca. Algunos días, esas eran las únicas palabras que recordaba cómo se decían.

Pero Corazón Sangriento ni siquiera estaba escuchando. En lugar de ello, el jefe eika levantó hasta ponerse en los labios los suaves tubos blancos uno por uno, para comprobar el tono. Algunos sonaban altos, algunos bajos y con ellos, cambiando de uno a otro, tocó una melodía irregular, cuando por fin se vio un relámpago a través de las ventanas de la gran catedral y en lo alto se oyó un trueno y los soldados eikas que estaban afuera rieron a carcajadas bajo la lluvia torrencial siguiendo con su juego.

—Dos meses. —El rey Henry caminaba bajo el toldo mientras fuera del alero lloviznaba, goteaba por los lados de la tienda y bajaba serpenteando por los palos de la tienda en lentos arroyuelos.

—¡He perdido dos meses a causa de esos malditos nobles cabezotas Varren cuando ya podríamos haber llegado a Gent!

Liath se había cobijado bajo un vagón; en espera de la vigilancia nocturna, la habían dejado echarse una siesta. Gracias a la Señora, la lluvia no había empapado el terreno. Todavía estaba seca y ahora escuchaba cómo los consejeros de Henry se congregaban a su alrededor para suavizar su carácter.

—No podíais haberos olvidado de Varre rápidamente —dijo su clériga más favorecida, la hermana Rosvita, con su característica voz tranquila—. Majestad, ha hecho usted lo correcto, lo único que podía hacer. Su enfado con los eikas está justificado y en el momento propicio sufrirán su ira.

—¡Nunca habrá un momento adecuado!

Henry estaba de ese humor avinagrado extraño. Liath solo podía ver piernas y torsos desde este ángulo, y mientras que cualquiera habría conocido a Henry por el cinturón que llevaba, repujado y pintado con las insignias de los seis duques cuyos príncipes le debían lealtad por ser el actual rey, este día también se le podía reconocer por el carácter irritable que proyectaba mientras paseaba de una esquina de la alfombra a la otra.

—Hemos sitiado ya cinco veces en los últimos dos meses.

—Nunca más de cinco días —dijo la margrave Judith con desdén—. Ninguno de estos nobles Varren tuvo valor para luchar una vez que *lady* Sabella fue derrotada.

—Majestad.

Entonces intervino Helmut Villam, y los demás se callaron para escuchar con respeto las palabras de un hombre cuya edad y experiencia en campañas duras eclipsaban incluso las del rey.

—Una vez que *lady* Svanhilde se rinda ante su autoridad, podemos ir en dirección al este. Ha enviado todos los Águilas que podía a los duques y nobles wendianos para dar la voz de alarma. Pero no olvide que después de la batalla que libramos cerca de Kassel, sus fuerzas están muy debilitadas para atacar a los eikas en Gent. Tardaremos en formar un nuevo ejército.

—Maldita Sabella —dijo Henry—, fui demasiado indulgente con ella.

—Es nuestra hermana, Henry —dijo la obispa Constance. Aunque la reprimenda fue suave, solo una de las hermanas más jóvenes y poderosas de Henry se habría atrevido a pronunciar una sola palabra.

—Medio hermana —murmuró el rey, pero había dejado de pasear de un lado a otro.

—Está a buen recaudo bajo mi autoridad en Autun, adonde volveré pronto —añadió Constance, quien a pesar de su juventud tenía la autoridad de una mujer mucho mayor. Él gruñó, en reconocimiento de que esto era verdad.

Empezaron a hablar sobre la forma de llevar a cabo este último asedio, comenzado la víspera por la tarde, y sobre el camino que seguirían cuando por fin marcharan hacia el este a través de Arconia septentrional para volver a Wendar.

La lluvia amainó y Liath salió arrastrándose del vagón, se sujetó la espada y el carcaj, se colocó las alforjas sobre el hombro y se fue a cazar para comer. En las últimas semanas las raciones habían sido escasas. Por difícil que fuera alimentar el progreso del rey, aún era más difícil hacerlo en aquellos días de verano antes de cosechar. El hecho de que marcharan atravesando tierras hostiles al rey no ayudaba nada. Aunque el anterior reino de Varre estaba por derecho de sucesión bajo el mandato de Henry, el número de nobles recalcitrantes y dirigentes de la iglesia reacios en Varre sorprendió incluso a Liath, que hacía tiempo que se había acostumbrado a ser alguien extraño.

Sin embargo, a pesar de las dificultades, estaba todo lo contenta que podía estar. Tenía comida, la mayor parte del tiempo, y se podía permitir esconderse en un vagón o en el toldo de una tienda. Era libre y, por ahora, eso era suficiente.

El campamento se extendía en un semicírculo desigual alrededor de una empalizada de madera. Las dos máquinas de guerra y las tres ballestas estaban situadas fuera del alcance de un tiro de flecha desde el muro zanjado cavadas con precipitación protegían sus flancos y un muro de manteletes protegían a los hombres que custodiaban y manejaban las máquinas. En cada lado de los manteletes había una valla hecha con estacas que protegían el campamento de la carga de una caballería. La primera línea de tiendas con bandas de barro, algunas de las cuales, escoradas por el peso de los charcos que dejaba la lluvia en la lona, se apartaba algo de las estacas, mientras que las tiendas de los nobles y del rey estaban aún más lejos, casi en los árboles. El mosaico de tiendas y vagones dejaba muchos huecos y tramos anchos de terreno libre, pero Henry había tenido cuidado para evitar pisar los campos que estaban cultivados. Necesitaba el grano para alimentar a su séquito.

Algunos de los seguidores del campo habían instalado puestos o habían traído mercancías de los pueblos cercanos para venderlas. En realidad, el campamento del ejército tenía el aspecto de un gran mercado otoñal desorganizado, más desorganizado que Liath había visto nunca.

En Arethousa, imperaba una orden precisa de marcha y cada tienda tenía su lugar

específico, estaban organizadas por orden de proximidad al emperador.

En Andalla, el kalif tenía su barracón hecho con estructuras parecidas a los manteletes cubiertos con tejido brillante. Solo se permitía la entrada al barracón a unos pocos privilegiados y el kalif, desde su lugar de aislamiento, daba las órdenes a los generales que dirigían sus tropas para que fueran a luchar.

En aquel viaje casi fatídico por los desiertos al oeste de Kartiako, hace tantos años, ella recordó un ejército silencioso y mortífero cuyas ropas eran del color de la arena y que parecía moverse a la velocidad del viento y con repentinos cambios de dirección como en ráfagas. Ella y papá y una docena más, eran los únicos que habían sobrevivido de los cien que habían empezado a andar en una enorme caravana. Ella había tenido tanta hambre y era demasiado joven para comprender por qué no había habido comida al final de aquel terrible viaje.

Ahora, miraba fijamente, atrapada por el atractivo olor a carne de cerdo asándose. La robusta mujer que estaba vigilándolo la miró.

—¿Tienes alguna moneda? —preguntó. Su acento tenía la cadencia de los que eran de Varre—. ¿Qué tienes para cambiar?

Liath se encogió de hombros e hizo ademán de irse. No tenía nada excepto su condición de Águila del rey.

—Aquí, amiga. —Un León se paró a su lado. Aunque la túnica que llevaba puesta estaba muy gastada y con los bordes rotos, esbozaba una sonrisa amable—. No te vayas. Somos fieles al rey y como iguales, debemos alimentar a sus criados.

La mujer escupió en el suelo.

—Si doy de comer todo lo que tengo a los criados del rey, a cambio de nada, entonces no tendré nada con lo que alimentar a mi familia.

—Tú vienes a sacarnos dinero, buena mujer —dijo el León con una carcajada—, así que no te quejes si tienes que alimentar a los que no tenemos dinero. Solo venimos aquí porque nuestros caballeros varren se han rebelado contra la autoridad del rey. Si no, no hubiésemos tenido que ver tu hermosa cara.

Eso fue demasiado. En un primer momento su halago la hizo sonreír, pero después recordó su enfado.

—No es culpa mía que los nobles se peleen. Y tampoco lo fue de *lady* Svanhilde que siguió a la hermana del rey; fue de su imprudente hijo mayor, *lord* Charles. Pobre mujer. Solo tenía chicos y los quería demasiado.

—Mi madre solo tuvo niños —contestó el León— pero ninguno de nosotros le dio motivos para estar avergonzada. Venga ahora, dale a esta Águila fiel algo de comer.

A regañadientes, lo hizo, le dio un pedazo de cerdo fresco asado en una ramita. El León le dio un trozo de pan, harina fuerte mezclada con una pasta de bayas secas, las raciones que tomaban habitualmente cuando no quedaba nada más. Todavía estaba caliente después del horneado.

—Gracias —dijo ella, sin saber cómo responder a su amabilidad de otra forma

que no fuera presentándose—. Me llamo Liath.

—Me llaman Thiadbold. Tú eres el Águila que llegó de Gent —añadió—. Nos acordamos de ti. Aquellos de nosotros que servimos al rey, y que no tenemos parientes nobles —sonrió. Tenía una mata de pelo pelirrojo y le faltaba parte de una oreja, de un corte limpio en el lóbulo y ahora al curarse había quedado un hoyuelo—, debemos ocuparnos unos de otros como podemos. ¿Tomas algo con nosotros?

El campamento de los Leones, ubicado cerca de la tienda del rey, se había reducido. El primero que el rey Henry había puesto en servicio hacía diez siglos desde la existencia de los Leones. En aquellos días, por lo menos cinco de aquellas centurias sirvieron en las zonas fronterizas orientales, protegiendo las ciudades mercado y los fuertes clave de las incursiones de los bárbaros. Dos banderines de Leones ondeaban en este campamento, que indicaban las dos centurias que marchaban con el rey. Pero aun teniendo en cuenta los hombres que vigilaban a esa hora, Liath no podía imaginarse que de más de doscientos hombres hubieran sobrevivido más de sesenta a la batalla final con *lady Sabella*.

—No puedo —dijo ella con algo de arrepentimiento.

No estaba acostumbrada a sentarse y charlar en compañía de soldados, ni de nadie más en realidad. Incluso algunos de los otros Águilas pensaban que era distante y se lo habían dicho, ya que ellos eran por naturaleza un grupo independiente de personas que no eran nada reacias a hablar, cuando estaban acompañados por parientes.

—Hoy tengo guardia.

Él asintió con la cabeza y la dejó marchar.

En el bosque, más allá, escuchó el balido y mugido del ganado, y se mantuvo bien alejada de los hermosos campos. Algunos soldados también habían sido reclutados entre aquellos caballeros Varren recalcitrantes que habían huido a casa después de la derrota de Sabella y confiaban en evitar la llamada del rey. Estos se quedaron tristes en sus campamentos, vigilados por los hombres del rey. Unos cuantos jóvenes nobles sin importancia y un puñado de sus hermanas más impulsivas también habían ido, algunas como rehenes, otras con la esperanza de la guerra y el botín en Gent o más al este en la zona fronteriza. Por lo menos algunos de ellos tenían equipo y caballos, pero, en general, el ejército de Henry había perdido gran parte de su fuerza.

Cuando ella volvió a la tienda del rey, se había quitado ya todas las manchas de grasa chupándose los dedos. El rey se había ido a la cama y sus compañeros nobles se habían retirado a sus tiendas.

Hathui le había dado un pellejo lleno de cerveza.

—Vas a necesitar esto —dijo—. Si no tomas esta maldita ciudad mañana, nos veremos obligados a beber agua. Ahora me voy a la cama.

Por ser el Águila favorita del rey, durmió en la parte interior de la entrada de su tienda, junto con los demás criados personales.

Liath eligió vigilar de noche porque veía muy bien, pero también porque le permitía pensar en soledad. Aunque algunas noches sus pensamientos no eran la

compañía adecuada.

Gent.

No podía soportar pensar en Gent y en lo que había ocurrido allí. Algunas veces, por la noche, todavía soñaba con los perros de los eikas. Si podía, era mejor permanecer despierta por la noche.

Con el cielo nublado, no podía observar el firmamento. En lugar de ello, paseó por la ciudad de la memoria. Únicamente estando sola de noche, libre de Hugh y nunca más vigilada por Wolfhere, se atrevió a exponerse a la intensa concentración que requería poner en orden su ciudad y recordar.

La ciudad se extiende sobre una colina que a su vez es una isla. Siete muros rodean la ciudad, cada uno con una puerta. En lo alto, en una meseta, está la torre.

Pero en este viaje al interior de la ciudad, cruza bajo el umbral de la tercera puerta, que está coronada por la Copa de las Aguas Infinitas. Entra en la cuarta casa a la izquierda, atravesando el pasadizo abovedado del cuerno.

Aquí está su recuerdo de los sueños de Artemisa, y aquí entra en la primera sala y en la segunda cámara, primer libro, segundo capítulo. ¿Por qué la atormentan esos sueños de los perros eikas? ¿Significan algo que deba interpretar o solo son el recuerdo de aquel último día horrible en Gent?

Pero Artemisa no le da ninguna respuesta, una vez que ha leído los diferentes símbolos inscritos en la pequeña cámara, cada uno de los cuales es el disparador de una parte de las palabras escritas en el libro.

«Déjame decirte que si quieres que tu sueño tenga sentido, debes recordarlo desde el principio al fin o no podrás interpretarlo. Solo si recuerdas todo, puedes examinar el punto al cual conduce la revelación».

No obstante, ella nunca recordó el comienzo ni el fin de los sueños, solo la repentina locura de los perros que comían entre las pálidas tumbas de los muertos, en la oscuridad de la cripta en la catedral de Gent.

El viento susurraba entre los árboles. Se desentumeció y se movió. Le dolían las rodillas de estar de pie con tanta rigidez. En la zona de las máquinas de guerra ardían varias hogueras. Las figuras se movían, había cambio de guardia. Vio a un hombre que se agachaba a echar más leña, se enderezaba y se movía hacia la oscuridad. Empezó a lloviznar, después llovió con fuerza y finalmente sobrevino una calma nocturna absoluta, más pegajosa que calurosa. Uno de los criados salió de la tienda, tambaleándose de sueño, se alivió y volvió a entrar.

Poco a poco las nubes comenzaban a abrirse. Las estrellas brillaban aquí y allá por entre ellas, unas formas irregulares se ocultaban antes de que ella pudiera reconocer lo que eran. Por un agujero, apareció la luna, pálida y creciente y después

se esfumó. En lo alto, la rueda del firmamento giró y apareció el cielo de invierno, el cielo que se veía en las tardes de finales del otoño y principios del invierno, que aquí significaba la llegada de los albores del verano. El primer rayo de luz iluminó las tiendas y el muro de la empalizada, de color gris oscuro, volviéndose más fuerte el color a medida que las estrellas empezaban a dejar de verse.

La figura de un hombre se movía al fondo cerca de las máquinas de guerra correteando por el muro de manteletes. Apagaron una de las hogueras. Se dirigió hacia allí sorprendida y después vio a media docena de figuras enigmáticas subirse encima de los manteletes y saltar a la zona que había detrás.

Asaltantes de la fortaleza.

—¡Hathui! —gritó, y después sacó su espada y se lanzó por la ladera, dando el grito de alarma mientras corría.

Sonó un cuerno y los hombres empezaron a gritar.

—¡A las armas! ¡A las armas!

Mientras corría por entre las tiendas más destacadas, los soldados formaron filas a su lado o se apresuraron, todos corriendo a proteger el frente. Más abajo, un hombre gritaba de dolor. Las espadas resonaban al entrechocar y con el batir de las hojas contra el escudo. En la máquina de guerra situada más a la izquierda surgió un fuego repentino y por la luz que daba vio cómo comenzaba la escaramuza y se extendía mientras los hombres saltaban hacia delante para apagar las llamas; otros cogían teas encendidas para buscar al enemigo o para encender más fuegos.

El amanecer oscurecía el horizonte. Como respondiendo a la llamada a las armas que ahora se oía en el campamento, las puertas de la fortaleza se abrieron. Más de una veintena de jinetes a caballo, con banderines en lo alto de sus lanzas levantadas, galopaba atravesando la enorme puerta y se dirigía hacia las máquinas.

Liath los vio venir, oyó las voces que sobresalían por encima de sus gritos de aviso y el sonido estridente de los cuernos del campamento del rey Henry mientras atronaba el grito de aviso, pero se enfrentaba a asuntos más urgentes.

Los asaltantes habían colocado una ballesta en la antorcha con un extremo encendido que se resistía a ser apagada con agua o con una manta. Un León solitario, al que reconoció solo por su tabardo, defendía otra ballesta de tres de los asaltantes. Con una antorcha y una espada los mantuvo a raya. A sus pies, otro asaltante yacía muerto, casi decapitado. Todavía no habían atrapado al León frente a la ballesta, pero en breve lo harían.

—Los Águilas no luchan, solo observan.

Eso decía Hathui. Pero iba a morir sin su ayuda.

Ella cayó, esquivando golpes, y ocupó una posición a su izquierda. Él la saludó con un desganado.

—Buenos días.

Contra todo pronóstico, ella notó que él estaba sonriendo. Los asaltantes dudaron, se enfrentaban a dos donde siempre había habido uno. Ella se movió, amagó para

atacar, cuando el León cambió de posición, se puso a su lado y su cara estuvo al alcance de la vista de ella. Su mejilla estaba partida por un latigazo; por entre la sangre que chorreaba se veía una mueca permanente que dejaba ver los dientes. Por un momento que pareció eterno la horrible mueca atrajo su atención. Uno de los atacantes la acometió por la izquierda. Ella se volvió parando el golpe con la empuñadura, pero el peso de su envite la hizo caer de rodillas. Se levantó con esfuerzo, oponiéndose en un ejercicio de fuerza mientras el hombre intentaba hacerla bajar. El León herido lanzó su antorcha encendida a la cara del segundo jinete, aturdiéndolo, y, entonces, aparecieron dos Leones más.

Uno era Thiadbold. Ella lo reconoció por su pelo pelirrojo; no había tenido tiempo de ponerse un escudo. Con la misma rapidez, dirigió su espada por la empuñadura y atravesó el abdomen del atacante, quien forcejeó con ella. Permanecieron abrazados por encima de ella, el hombre atravesado por la espada rojo de ira y moviéndose, con el brazo de la espada enganchado en el cuerpo del hombre que le había matado. Thiadbold había estrechado con fuerza su presa con su brazo libre, sujetándolo como si fuera un escudo, hasta que estuvo seguro de que había dejado de luchar. La espada del atacante cayó de su mano sin vida. Thiadbold dio un paso atrás para que cayese el muerto, retorciendo su espada para dejarla libre.

Liath rodó para quitarse de en medio y que el cuerpo no cayese encima de ella, y después se levantó mientras dos jinetes que quedaban se replegaban, pero no lo suficientemente rápido. Les asestó un golpe de muerte y cayeron gritando, quedándose al final inmóviles.

El León herido se volvió para asestar un nuevo golpe al fuego que quemaba la ballesta. Por su tabardo goteaba la sangre.

—¡Replégate! —gritó Thiadbold, sus palabras se vieron subrayadas por el golpeteo de fuerte vibración, el golpe de los cascos y la llamada omnipresente y grave del cuerno.

—¡Por el campamento! ¡Por el rey!

Se dio cuenta de la estratagema inmediatamente. La incursión sobre las máquinas de guerra había distraído su atención de la empalizada de estacas que protegía los flancos del campamento. Los jinetes de la fortaleza avanzaron cargando hacia adelante con las lanzas replegadas. Ahora que las estacas estaban arrancadas o tiradas, tenían el campo libre para entrar en el campamento.

—¡Tenemos pocos efectivos para repeler la carga! —gritó Thiadbold—. ¡Águilas! ¡Replegaos!

Ella obedeció y ellos abrieron un hueco para que se metieran ella y todos los hombres que merodeaban por allí entre los restos de la fuerza atacante, replegándose para fijar una posición frente a la carga de los caballos; ella era la única que no tenía ningún tipo de armadura.

El León herido había conseguido saetas de las ballestas y se las entregó a sus compañeros.

—Preparaos con estas —gritó, con la voz poco clara—. Es nuestra única oportunidad de detener la carga, ¡Águila! —La saludó con la cabeza, de su mejilla todavía goteaba la sangre.

—Disparad a la cara de los caballos. Eso podría perjudicar su ataque.

Los hombres avanzaban a trompicones a la luz del amanecer, formando una fila donde antes estaban las estacas. En las máquinas, que ahora nadie defendía, se apostaron nuevos asaltantes envalentonados por la postura defensiva de las tropas del rey.

—¡El rey! —oyó gritar lejos, a su espalda—. ¡El rey avanza!

Ella se encorvó detrás de la fila de los Leones y los hombres de armas, unos cuantos que tenían las largas saetas de las ballestas inclinadas hacia delante como lanzas. Mientras otros se preparaban, con los extremos de las lanzas clavados en el suelo, ella envainó su espada y preparó el arco. Su mente estaba tranquila y en blanco. Tensó y disparó, pero perdió de vista la flecha en la penumbra. Los golpes de los cascos la ensordecían, ni siquiera podía oír a los Leones que estaban a su lado hablando. A lo lejos, la fortaleza estaba en calma. Ningún lacayo ni arquero había seguido la carga del señor fuera de las puertas. Tensó otra flecha, tiró...

Tenían a los lacayos encima. Solo tuvo tiempo para registrar sus tabardos, cosidos con el emblema de un cisne. El lacayo principal, que brillaba por su reluciente malla, su yelmo brillante y la cota de malla de su caballo, los apartó de un gran salto. Sus compañeros penetraron en las defensas enemigas, algunos de los caballos saltaron, algunos solo rompieron la fila con su peso. Solo un caballo se tambaleó, relinchando de dolor al recibir una lanzada en su pecho, y se desplomó. Un León apartó al jinete del caballo.

Ella siguió a los jinetes atacantes con su flecha tensada, pero no pudo soltarla por miedo a herir a los que iban con el rey. En ese momento, todo era caótico en el campamento. El señor que dirigía el ataque tenía poco interés en la infantería que salió corriendo hacia delante. Sus milicias iban tras él mientras se dirigía a la tienda en la que ondeaba el banderín del rey, un enorme banderín de seda roja con un águila, un dragón y un león bordados en oro. Su ataque le llevó por todo el campamento, dispersando las desorganizadas tropas que quedaban a su paso.

El rey Henry no había esperado a sus caballeros. Había montado con una chaqueta guateada y un gorro de acero, empuñando la lanza sagrada de Santa Perpetua y ahora, con no más de una docena de jinetes a caballo tras él, se apresuraba a luchar. El rey apareció de un grupo de tiendas a una pequeña formación que separaba la alta nobleza del resto del campamento. Henry cargó con el caballo, con la lanza replegada y fue al galope con tanta furia que si hubiera estado ardiendo tanto tiempo, al final habría estallado en llamas. Estos jinetes sentirían la ira que no había demostrado hacia Sabella por ser familiar suya.

Desde el extremo opuesto de la formación, se acercaron el señor y su séquito, también al galope. Cuando pasaron delante de la última tienda del campamento

inferior, la pierna derecha de la montura del señor cogió la soga del tipo, derribando la tienda y lanzando al señor y al caballo al suelo con una terrible fuerza.

—¡Tú, arriba! —gritó Thiadbold, tirando a Liath al suelo. Unos cuantos hombres se quedaron protestando en el suelo a su alrededor. El jinete, al que habían tirado de su caballo, estaba muerto.

Ella subió por la colina con los otros.

Henry apenas tuvo tiempo de detener su ataque mientras los compañeros del señor se dispersaron desordenadamente. El rey espetó su lanza contra el pecho del hombre. La cara del señor estaba escondida tras la malla que le cubría desde la nariz de su yelmo adornado con oro.

—¡Ríndete! —gritó el rey, cuya voz resonó en todo el campo, lo cual sirvió para apaciguar repentinamente la batalla. El hombre no se movió, sino que, de uno en uno, sus compañeros fueron asesinados, desarmados u obligados a rendirse.

—¡Liath! ¡A mí! —Liath corrió hacia Hathui y se quedó jadeando a su lado—. Las Águilas no luchan —añadió Hathui en voz baja—. Son testigos. Pero lo hiciste bien, camarada.

Henry no se movió, se limitó a hacer sentar a su paciente caballo con la punta de la lanza apretando con fuerza hacia arriba bajo la malla, en la vulnerable garganta del señor.

Así esperó mientras sus caballeros wendianos se apresuraban a formar filas a su alrededor, entre los cuales estaba el jefe Villam inmovilizado. La margrave Judith dirigía la operación de limpieza: los prisioneros en un grupo, los caballos atados, los fuegos apagados, aunque dos ballestas ya se habían convertido en montones de cenizas.

Al amanecer, las puertas de la fortaleza volvieron a abrirse. Una gran señora, a lomos de una yegua marrón cuyos arreos estaban tejidos con tanto oro y tanta plata como la estola de un obispo, cabalgaba entre dos diáconos vestidos solo de blanco y dos hermanos sagrados vestidos de marrón apagado. Todo su séquito iba desarmado tras ella. En la parte de atrás de las filas se oyeron gemidos, lamentos y duelo.

Henry hacía gestos con la mano que tenía libre y sus hombres se apartaron para dejar pasar a *lady* Svanhilde. Ella se acercó, uno de sus ayudantes la ayudó a descabalgarse y se arrodilló ante el rey.

—Os suplico, majestad —dijo con la voz afectada por la pena—. Permitidme saber si mi hijo vive todavía. Os lo suplico, concedédmelo. Esto no me lo imaginaba. Es un joven impetuoso y ha escuchado demasiado a los poetas cantar la música de la guerra.

—Os habrían atendido mejor si hubierais venido ayer, nada más llegar nosotros —dijo el rey, pero apartó su lanza del cuerpo.

Lady Svanhilde se desabrochó el yelmo y se lo quitó. Su repentino grito entrecortado hizo patente lo que todavía no habían notado los demás. El joven estaba muerto aunque en su cuerpo no había señales de guerra. Había muerto al caer de su

caballo. Su madre empezó a llorar, pero con dignidad.

—Esto no es agradable para mí —dijo el rey súbitamente con una voz que era ronca al recordar su pena—. Yo también he perdido a un hijo muy querido.

Ella se puso una mano en el pecho, al lado del corazón, y se quedó mirando fijamente durante un rato la cara relajada del joven. Era una mujer mayor, frágil, de huesos delgados. Cuando se ponía de pie, necesitaba ayuda para levantarse. Pero su cara brillaba de orgullo al mirar al rey que estaba sentado a mayor altura que ella, todavía a caballo, cuya lanza sagrada había sido entregada a Helmut Villam para que la cuidara.

—Él estaba de lado de *lady* Sabella, aunque yo le aconsejé que no lo hiciera.

—¿Y sus leales? —preguntó la obispa Constance, quien se había presentado ahora que había terminado la pelea.

—Excelencia. —La señora Svanhilde inclinó la cabeza, mostrando un mayor respeto a la obispa del que mostraba hacia el rey.

—Nos inclinamos ante el rey.

La margrave Judith resopló.

—Ahora que se ve obligada.

—De la necesidad nacen buenas elecciones —dijo la señora sin inmutarse—. Haré lo que me han ordenado porque debo hacerlo.

—Déjalo estar —dijo Henry de repente—. Denos de comer esta noche, *lady* Svanhilde, dadnos el diezmo que pido y por la mañana nos iremos.

—¿De qué diezmo habla?

Varios caballeros wendianos emitieron un grito ahogado para escuchar cómo un noble derrotado preguntaba por las condiciones.

—Necesito hombres, caballos y armaduras para volver a tomar la ciudad de Gent, que ha caído en manos de los eikas. Este es el tributo que os impongo a vos y a todos los demás nobles de Varren que siguieron a Sabella. Su batalla me costó gran parte de mi poder, que vos y vuestro pueblo me vais a devolver.

Lady Svanhilde echó el vino del rey y le sirvió con sus manos en la fiesta. Los hijos de ella sirvieron a los de él, las dos margraves, la obispa y algunos otros pertenecientes a la alta nobleza cuya posición social requería el mismo tratamiento que los demás. Liath, de pie, con Hathui detrás de la silla del rey, intentó no escuchar el ruido que hacía su estómago. Como al resto de los más afortunados, le darían las sobras de la fiesta que habían preparado para los nobles.

Como era habitual *lady* Tallia tenía el orgullo de sentarse al lado de su tío, el rey Henry, pero la joven princesa se limitaba a picotear, conformándose con tan poco que Liath se preguntaba si podría mantenerse en pie.

—Como puedes comprobar —le dijo Henry a *lady* Svanhilde, señalando a Tallia —, el único hijo de Sabella cabalga a mi lado.

Él miró detenidamente a los tres niños que servían en el banquete. Uno era una niña de unos doce años, con la cara pálida de llorar, quien como heredera de su tía,

servía a los hijos del rey, Theophanu y Ekkehard. Los dos hijos de Svanhilde servían a los otros nobles de alta alcurnia. Uno era un niño de no más de ocho años, tan nervioso que un criado andaba a su alrededor, ayudándole a colocar las fuentes sin romperlas y a servir sin derramar nada. El otro era un chico algo más mayor que Ekkehard, pero que todavía no había alcanzado su mayoría de edad. Sus modales eran perfectos y su expresión denodadamente seria.

—¿Estos son los chicos que le quedan? —preguntó Henry.

Svanhilde hizo un gesto a un criado para que trajera más vino.

—Tengo a un niño en el monasterio que fundó mi abuela. Se llama Constantine... —señalando al mayor de los chicos— va a ir a la escuela de Mainni la próxima primavera cuando cumpla quince años.

—Permitidle que se incorpore a mi escuela en su lugar —dijo el rey—. La hermana Rosvita supervisa a los jóvenes clérigos y los asuntos de la corte. Estaría encantada de encargarse de su educación.

—Eso sería un gran honor —dijo la señora sin demostrar ninguna emoción, mirando a *lady* Tallia, quien como todos los que estaban allí, entendió que su hijo era ahora un rehén por el buen comportamiento de ella y su continuo apoyo...

Hathui se aclaró la garganta, moviéndose para estirar la espalda.

—Ya lo creo —murmuró para que solo pudiera oírla Liath—, en los dos últimos meses ha aumentado enormemente el número de asistentes a la escuela del rey, se han incorporado muchos caballeros y damas jóvenes de Varre. Casi cubren la falta de la princesa Sapientia.

Estos arrebatos de sarcasmo ocasionales y repentinos de Hathui nunca dejaban de sorprender a Liath. Pero como Hathui casi sonrió después de hablar con ellos, Liath no podía estar segura de si le disgustaban los nobles o solo le parecían divertidos.

Liath siguió los movimientos del joven Constantine mientras le llevaban ante el rey para arrodillarse y ser presentado a Henry. Incluso se le permitió besar la mano del rey. ¿Habría deseado ella tener una vida así? ¿Ser entregado a la escuela del rey, donde podría estudiar, escribir y leer todo lo que quisiera, y encima ser elogiada por ello? Si papá no hubiera muerto...

Pero papá había muerto, lo habían asesinado.

Ella se tocó el hombro izquierdo, en el que, cuando no estaba cabalgando, se colocaba la alforja. Se sintió ligera, casi desnudo, sin ella, pero tuvo que dejar sus arreos envueltos en su capa en los establos de la fortaleza. Odiaba dejar la bolsa en cualquier sitio, por miedo a que alguien robara, tanto la bolsa como, y más importante, el valiosísimo libro que escondía en su interior, pero no tenía más remedio. Por lo menos, esta vez, uno de los Águilas se había podido quedar mientras los otros marcharon para estar pendientes del rey y recordar a aquellos caballeros Varren la magnificencia del rey y su fuerza trascendental.

Los Leones están ahí también, alineados en los muros. Vio a Thiadbold, cerca de la puerta por la que se salía de la gran sala al patio y a las cocinas. Estaba charlando

con uno de sus camaradas.

Por encima del murmullo de la conversación escuchó a la margrave Judith dirigirse al rey. La impresionante condesa aterrizó a Liath, aunque estaba segura de que Judith no podía saber quién era ella y no había motivo para que relacionase a un Águila anónimo con su hijo. Ahora Hugh era el abad de Firseburg, que quedaba al oeste de allí, en Varingia del norte. Él no tenía razón alguna para prestar atención al avance del rey. Al principio, había temido que el avance de Henry por el Varre pudiera llevarles hasta allí, pero no había sido así porque en este viaje, Henry no tenía que visitar un lugar que le era leal.

—Cogeré mi parte y me iré cabalgando en dirección este hacia mis zonas fronterizas —estaba diciendo Judith—. Pondré todos los impuestos que pueda, majestad, pero dentro de poco se cosechará, y después llegará el invierno y luego en primavera la siembra, hasta el próximo verano no podré marchar sobre Gent.

—¿Qué hay del matrimonio del que os he oído hablar? —preguntó el rey—. ¿Os retrasará eso?

Arqueó las cejas. Una mujer poderosa más o menos de la misma edad que Henry, había dado a luz cinco hijos, de los cuales todavía vivían cinco y había sobrevivido a dos maridos. Al contrario que *lady Svanhilde*, estos trabajos no la habían debilitado, y todavía podía ir a la guerra, aunque ahora tenía hijos y yernos que lo podían hacer por ella. A su pesar, Liath tenía que admirar la fuerza de Judith y estar agradecida de que la fuerza no se volviera contra ella.

—Un marido joven siempre está deseoso de mostrar su valía en el campo de batalla —dijo.

Esta afirmación produjo carcajadas y abundantes buenos deseos, a los cuales ella respondió, de forma majestuosa.

—No encuentro razón alguna para que él no pueda luchar en Gent, una vez que lleguemos. Pero yo debo volver a Austrá para casarme y prometí que recogería a mi novio esta pasada primavera.

Sus labios se encogieron y parecía estar más satisfecha con la perspectiva de que aquello que Liath pensaba que era lo correcto.

—El retraso que causó la rebelión de Sabella fue inesperado. Espero que sus parientes no me hayan fallado.

—Aquí dentro hace calor —murmuró Liath.

—Y no solo por la conversación —replicó Hathui con una sonrisa—. Sal afuera un rato. No te necesitaremos.

Liath asintió con la cabeza y se movió apartándose de la gran mesa. Se apartó siguiendo la pared y se vio metida en un torbellino de criados que traían el siguiente plato, faisanes asados colocados en bandejas, con las plumas abiertas como un abanico detrás de ellos. Desde esta posición podía oír la conversación de la mesa más cercana a la cual estaba sentada la hermana Rosvita con sus clérigos.

—Espero que él sea tan guapo como todos dicen que era su primer marido —dijo

una mujer.

—Su primer marido no era tan guapo, querida hermana Amabilia —dijo el jovencito recordando que estaba sentado a su lado—. Era el heredero de importantes tierras y riquezas porque su madre sobrevivió a sus hermanas y no dio a luz a ninguna hija. Era la famosa concubina albana de la margrave la que era tan hermosa. ¿No es cierto, hermana Rosvita? En esa época estaba usted en la corte, ¿verdad?

—Concentrémonos en temas religiosos, hermano Fortunatus.

Pero después de proferir este sentimiento tan pío, la hermana Rosvita sonrió. Era famosa en la corte por sus grandes conocimientos y sabio consejo y por no haber perdido nunca la compostura. Después de dos meses siguiendo el avance del rey, Liath no podía evitar admirarla desde la distancia, sobre todo después de haber oído a Ivar hacer elogios de ella en el Descanso del Corazón.

—Ahora no me acuerdo de su nombre, pero, a decir verdad, él era encantador, el tipo de cara que uno nunca olvida.

—¡Que Dios te bendiga, hermana Rosvita! —dijo la que se llama Amabilia—. Aunque lo recuerdes todo.

Dejaron de pasar fuentes y faisanes. Liath se apresuró y se dirigió hacia la puerta.

—Thiadbald —se detuvo al lado del León de pelo pelirrojo—. ¿Qué ha pasado del hombre de esta mañana que tenía ese corte tan horrible en la mejilla? ¿Vivirá?

—Vivirá, aunque no podrá cautivar a ninguna mujer con su bonita cara, desgraciadamente para él.

—¿Podrá seguir sirviendo como un León? ¿Qué le ocurrirá si no puede? —Ella sabía muy bien lo que significaba no tener parientes ni casa.

—Un León que no puede servir a causa de una herida de guerra puede contar con recibir una buena recompensa del rey, un terreno en zona fronteriza o pantanosa.

—¿Esos sitios no son peligrosos y difíciles de cultivar?

—En cierta medida, pero no tienes servidumbre hacia los jóvenes caballeros que piden diezmos y trabajo. El rey solo exige que te ocupes de los puestos de vigilancia de la zona fronteriza. Incluso un hombre con tantas cicatrices como el pobre Johannes podría encontrar una mujer si tiene tierras para que sus hijas hereden. Siempre se puede encontrar una mujer fuerte, una hermana más joven, quizá, que se quiera independizar y pase por alto una fea cicatriz —dudó y después la tocó un segundo en el codo—. Pero recuerda, Águila, que nosotros los Leones recordaremos que fuiste en su ayuda.

Detrás de ellos, en la mesa, el rey se levantó y alzó su copa, pidiendo silencio.

—Por la mañana, cuando vayamos hacia el este, hacia Wendar —anunció el rey. Varios jóvenes caballeros le animaron, contentos ante la perspectiva de caminar hacia tierras más cercanas a aquellas en las que podía haber guerra—. Pero no nos alegremos cuando todavía estamos de luto. Recordemos la lección de Santa Katina.

Desde que Santa Katina había estado atormentada por visiones de grandes problemas que se cernían sobre su pueblo de la misma forma que una bestia del

bosque espera a un cervatillo inocente, Liath se extrañaba de que el rey Henry quisiera recordarle su historia a su séquito. Pero este era su día de fiesta y sus visiones habían sido constatadas.

—No dejes que el miedo ciegue tu vista —dijo la obispa Constance.

—No olvides lo que te atormenta.

El rey se quedó mirando más allá de su copa a una imagen que solo él podía contemplar.

—Han pasado sesenta y siete días desde que me enteré de la muerte de...

En ese momento se le entrecortó la voz. Ya no podría decir más el nombre en voz alta. *Será mejor que no lo haga nunca*, pensó Liath amargamente, *para no sacar de su corazón ese dolor tan reciente*.

—Desde que los Dragones fueron vencidos en Gent.

Algunos de los jóvenes caballeros de la parte trasera de la sala pidieron un brindis por la valentía de los legendarios Dragones. Algunos, sin duda, tenían esperanzas de que Henry nombraría un nuevo capitán y formaría un nuevo escuadrón de Dragones, pero él no había hablado de algo así en la vista de Liath. Bebieron, brindando por los Dragones muertos, aunque Henry solo tomó un sorbo de su copa de vino.

Villam cambió de tema de repente, para hablar de nuevo sobre su viaje. Cabalgarían hacia el sudeste hasta que se cruzaran con el Hellweg, el Camino Claro, que empezaba en el extremo más oriental de Arconia, y luego acortarían por el noroeste de Fesse y desde allí al centro de Saonia.

—Es demasiado tarde para confiar en llegar a Quedlinhame aproximadamente para la misa de Matthias —dijo el rey— porque la cosecha ya habrá finalizado. Pero podemos llegar a tiempo de celebrar la Fiesta de Valentinus con mi madre y mi hermana.

Quedlinhame. ¿No era allí donde habían mandado a Ivar? Liath miró a la hermana Rosvita, que sonreía por un comentario que le había hecho la hermana Amabilia. Al pensar en Ivar, se acordó de Hanna. ¿Dónde estaba ahora Hanna?

¿Cómo le habría ido en su viaje, a ella y a Wolfhere? Una vez, Hanna había hablado de Darre como si fuera una ciudad hecha de una poesía, todo aire y ninguna sustancia. Ahora Hanna lo vería por sí misma.

—Entonces —decía el rey— iremos hacia el sur para cazar.

—¿Qué vamos a cazar? —preguntó Villam.

—Escuadrones y provisiones —dijo el rey Henry con pena—. Si no es este año, será el próximo.

La idea de Gent nunca estuvo tan lejos de mi cabeza.

Anna tuvo que caminar más que nunca por el bosque para encontrar algo que pudiera cosechar. Los refugiados de Gent habían arrasado los bosques cercanos a Steleshame. A Matthias no le gustaba que ella fuera al bosque sola, sobre todo porque los límites del bosque se reducían cada vez más debido a que los refugiados lo esquilaban de bayas y raíces todo lo que podían, y dejaban que el ganado pastase en la maleza y después cortaban los árboles para hacer cobertizos y como combustible.

Ella y Matthias habían sobrevivido solos en Gent durante mucho tiempo. Sin duda, ella sería capaz de sobrevivir a unas cuantas excursiones al bosque, donde los peores predadores eran los lobos y los osos, si es que quedaba alguno deambulando por allí. Las fieras habían sido exterminadas por los leñadores que vigilaban los caminos frente a las incursiones de los eikas y se encargaban de suministrar carne fresca a la señora Gisela y a los refugiados de Steleshame.

Pero no había para todos. Nunca había bastante para todos.

Utilizó un palo para avanzar por un camino entre las hojas y la maleza. Los abrojos se pegaban a sus faldas. Los afilados cardos le pinchaban los pies. Tenía una señal en una mejilla y su mantón desgarrado por una rama. Para no perderse, marcó una línea en los árboles por los que pasaba y así seguir el camino de vuelta; ella y Matthias tenían muchos cuchillos, cuatro de los cuales los habían cambiado hacía mucho tiempo por telas y por un suministro permanente de huevos. Pero al pararse para marcar cada tres o cuatro árboles avanzaba muy despacio y los pies le dolían al contacto con las piedras y los pinchos.

Ante ella tenía un matorral cuyas bayas brillaban, de color rojo fuerte y las bolas no eran mayores que la punta de su dedo meñique. Mordió una con cuidado, su sabor agrio la hizo estremecerse, un sabor muy fuerte le quemó la lengua. Aun así, cogió absolutamente todas las bolas, echándolas en el morral que llevaba. Puede que fueran venenosas, pero algunas mujeres sabías del campamento sabían cuáles se podían comer crudas y cuáles se comían después de cocinarlas, cuáles se podían utilizar como tinte y cuáles no valían para nada. Abriéndose paso entre los matorrales en busca de más bayas, encontró el verdadero tesoro. Un árbol había caído y había dejado espacio y luz suficiente para que creciera una huerta de cebollas silvestres.

Se puso a gatas para arrancarlas. Matthias estaría orgulloso de ella.

Cuando la ramita se rompió, sus antiguos reflejos hicieron que se quedase quieta,

no se atrevió ni a levantar la cabeza. Solo esa inmovilidad la salvó. Pasaron por el lado opuesto del matorral y cuando se susurraron el uno al otro, ella supo por el tono aflautado de sus voces y por sus palabras ásperas e ininteligibles, que los eikas acechaban en estos bosques.

¡Ay, Señora! ¿Iban a cazar a Steleshame? ¿Nunca dejarían descansar a los refugiados? ¿La encontrarían? Ella sabía lo que hacían a los niños.

Sin embargo, mantuvo sus manos enterradas en la tierra, con el olor de las cebollas en sus fosas nasales, y rezó al Señor y a la Señora, moviendo los labios en silencio. Si pudiera estarse quieta y escondida, pasaría sin verla y entonces podría salir corriendo y avisar a Matthias y a los otros.

Escuchó el corte, como el sonido de una uña al arañar una tetera, oyó el silbido que hacía en el aire y después un gruñido repentino. Un aullido de rabia atravesó el aire a menos de diez pasos de ella, a su espalda. No se atrevió a moverse. Contuvo un sollozo, agarrando las cebollas y la tierra con las manos, mientras, detrás de ella, los leñadores se encontraron con los eikas y a continuación se enzarzaron en una violenta pelea.

—No corras —le había aconsejado Matthias—. Si corres te verán.

Y en cualquier caso, si corriese, probablemente nunca volvería a encontrar su tesoro oculto.

Un hombre chilló. Se oyó el ruido de algunas ramas que se rompieron y astillaron y algo pesado que golpeaba el suelo al caer, tan fuerte y cerca de ella que notó el temblor en sus rodillas. Una flecha se clavó en la madera. Se oyó el sonido que hacía el metal al chocar con otra hoja. Un hombre gritó advirtiendo de algo. Muchos pies atravesaron la maleza y alguien soltó una imprecación.

Entonces, se oyeron muchas voces a la vez, pies que corrían, la maleza que se desgarraba y se rompía y el resonar de muchos golpes al retumbar sobre la tierra, o sobre algún objeto.

Silencio.

No se atrevió a levantar la cabeza. Un líquido poco espeso encharcó su mano izquierda, extendiéndose y mojando su dedo meñique. Le dolió como el agujón de una abeja. Movié la cabeza una milésima y se aventuró a echar un vistazo por encima de su hombro.

Apareció una mano que intentó agarrarla. Sus ojos se clavaron en ella y sus labios se replegaron dejando ver los afilados dientes, una boca se abrió del todo en su última mueca. Todo lo que no era físico en su cuerpo se levantó y huyó, gritando de terror, pero lo que había vivido la hizo quedarse. No se movió y, después de un instante de tanto terror que su estómago le ardía, se dio cuenta de que el eika había caído muerto casi en el mismo lugar donde ella se escondía.

A lo lejos oyó hablar a los leñadores.

—Solo he visto tres.

—Van de dos en dos.

—¿Dónde están sus perros?

—Ay, Señor, ¿has visto alguna vez a sus perros, compañero? Busca con perros y todo el mundo sabrá por dónde vas. Nunca van acompañados de sus perros y con nosotros pasa lo mismo. Juro que los perros son más difíciles de matar que los malditos salvajes.

—¿Qué hacemos con estos dos ahora?

—Déjalos ahí para que se los coman los gusanos y las moscas, si es que esos bichos pueden comer eikas.

Estremecida, se recuperó, se limpió los dedos del líquido verde que había salido de la herida que una flecha había causado al clavarse en la garganta del eika. Tenía que recoger la cosecha. Las cebollas salían con facilidad, pero ella temblaba mientras las sacaba, aunque sabía que el eika ya no podía hacerla daño.

—¡Eh! ¡Allí! ¿Qué es esto?

Los hombres se revolcaban por la maleza y ella levantó la vista y vio a dos cortando el matorral y después mirando detenidamente las hojas rotas y aplastadas, mirándola a ella.

—Ay, yo te conozco —dijo uno de los leñadores—. Tú eres la niña que vino de Gent a principios del verano —no le preguntó lo que hacía, no tenía que hacerlo—. Por la sangre de Dios, pero muchacha, has estado a punto de que te cortaran la garganta. Será mejor que vuelvas a la ciudad —hizo señas a su compañero para que se fuera—. ¿Qué has encontrado ahí, muchacha?

—Cebollas —dijo, y de repente tuvo miedo de que él se las quitara.

Pero se limitó a asentir con la cabeza, se sacó un palo de color del cinturón y lo colocó delante del árbol para señalar el lugar.

—No te las llesves todas hoy. Ese es el problema con vosotros, que os lleváis todo y no dejáis nada para que al año siguiente sirva de semilla. Hay que dosificar lo que se encuentra, como hacen los granjeros que guardan la semilla para sembrarla y no la utilizan para comer...

Ella se le quedó mirando fijamente, esperando que se fuera y él suspiró y dio un paso atrás.

—No, niña, no voy a quitarte nada. Aquí vivimos mejor que vosotros, pobres huérfanos que vivís cerca de la ciudad. Esa Gisela es una dueña astuta y te contratará como aprendiz si tiene sitio. Sigue a lo tuyo.

Se levantó y se escabulló rápidamente, agarrando las valiosas cebollas con fuerza. Cuando perdió de vista a los leñadores se detuvo para hacer un pliegue en su falda, dejando las cebollas en el pliegue y las tapó subiendo la tela para engancharla con su cinturón, un morral improvisado para su nuevo tesoro. Levantó la vista hacia el cielo por entre las hojas. Hacía un calor moderado, era bastante más tarde del mediodía, hora de empezar a volver para que no se le hiciera de noche por el camino. Se colocó el mantón pasándolo por la espalda para taparse un hombro y lo cruzo por la cadera opuesta. Con un movimiento estudiado hacia atrás, llenó este cabestrillo con leña,

todo lo que pudo encontrar desperdigado, seco y no demasiado pesado para llevarlo.

Así, cargada, llegó al campamento a última hora de la tarde. Colocó el cabestrillo con la leña sobre el bulto de su falda, escondiendo el tesoro oculto de las cebollas mientras atravesaba el campamento camino de la curtiduría. Este tramo de camino también había sido bosque, cosechado con la supervisión de Gisela, señora de las tierras de Steleshame situadas en la colina que quedaba en lo alto. Donde una vez hubo un bosque de matorrales, Anna solo veía tocones. Las cabras se habían comido los últimos retazos de vegetación excepto las zonas que estaban cuidadosamente valladas y protegidas donde se cultivaban verduras. Hacía tiempo que todas las semillas dispersas se las habían comido los pollos y los gansos y hasta la más mínima ramita se había utilizado en los fuegos para cocinar. Cuando vinieron las lluvias, el barro arrasó todos los caminos convirtiéndolos en un río de porquería que serpenteaba entre el laberinto de cobertizos y cabañas.

Aquí, en Steleshame, habían acampado la pasada primavera muchos refugiados de Gent, arrastrados hasta aquí por la corriente como ocurre con los palitos y las hojas tras una inundación. Las noticias de la existencia de tantos niños habían suscitado la preocupación o la avaricia de la gente que vivía al oeste de las tierras y se habían llevado a las ciudades y pueblos alrededor de un tercio de los huérfanos, algunos a lugares con buenas condiciones y otros, sin duda a otros con malas condiciones.

Pero atrás quedaban todavía cientos. La mayoría no tenía a dónde ir. Algunos se negaron a irse de los alrededores de Gent, mientras otros estaban sencillamente demasiado débiles para intentar caminar hacia otros poblados. Ni siquiera el desagrado de la señora Gisela podía obligarles a irse.

Anna y Matthias habían llegado a este campamento después de mediados de verano. Matthias había tenido suerte al cambiar lo que sabía sobre Gent por un empleo en la curtiduría, que estaba a las afueras de la empalizada de Steleshame, cerca del campamento de refugiados que estaba creciendo descontroladamente.

Ahora que a finales del verano volvía el calor sofocante, los más débiles del campamento enfermaban. Algunas mujeres sabias lo llamaban disentería, una maldición que había traído un grupo abundante de ayudantes malévolos del enemigo. Otros decían que era un hechizo invocado por el mago eika, mientras otros echaban la culpa a la presencia de los *malefici*, hechiceros del diablo, que estaban escondidos en su campamento. Todos los días, unos cuantos grupos de almas desesperadas se iban a buscar su suerte en otro sitio. Sin embargo, por cada persona que se marchaba, más tarde o más temprano probablemente entraría otra en el campamento para contar las atrocidades que cometían los eikas en algún otro pueblo cerca del río Vesper.

En la curtiduría, donde Anna y Matthias dormían en un rudimentario refugio colgado detrás de las naves de secado, la enfermedad todavía no se había cobrado sus víctimas. Sin embargo, tenían sidra, pan y huevos para comer todos los días, y Anna pensó que el hedor de la curtiduría ahuyentaría a los espíritus malignos.

Mientras correteaba por el campamento, rezaba para que el olor acre de la tierra y las cebollas no delatara su secreta buena suerte. No era lo suficientemente mayor para luchar con nadie que no fuera un niño más pequeño que ella, si tuviera que hacerlo.

—Sentaos, chicos. Sentaos, sentaos. Desgraciadamente, mi voz no es la que era, pero si estáis todos callados, os contaré el cuento de Helen.

Anna se quedó quieta a pesar de saber que debía salir corriendo para reunirse con Matthias. Un hombre mayor avanzó, con ayuda de un sólido bastón, y se sentó con dificultad en un taburete que una niña colocó detrás de él. Muchos niños pequeños se arremolinaron en torno a él con sus demacradas caras mirando hacia arriba. Ella lo reconoció, igual que reconoció a los niños. Ellos también eran refugiados de Gent, los únicos que habían escapado al ataque de los eikas. No había ningún otro niño sentado allí; habían asumido, como Matthias, las responsabilidades de los adultos o habían sido adoptados por granjeros del oeste. Trabajaban en las curtidurías y las armerías, ayudaban a los herreros, cortaban y transportaban madera, construían cabañas, convertían zonas de bosque virgen en tierras aradas, sembraban y se ocupaban de los campos y acarreaban agua del arroyo. Los encargados de vigilar a los más pequeños eran niños de la edad de Anna o incluso más jóvenes, hasta niños que estaban dando sus primeros pasos cuyas madres tenían que trabajar todo el día para conseguir comida y refugio.

El hombre mayor había sido un invitado de honor del palacio del alcalde de Gent, era un poeta, eso decía él, acostumbrado a cantar en presencia de los nobles. Sin embargo, si eso fuese cierto, ¿por qué no se lo había llevado con él el alcalde de Gent cuando cambió parte de la riqueza que había conseguido rescatar de Gent para dársela a la señora Gisela a cambio de permitirle establecer su vivienda dentro de la empalizada de Steleshame? Había dejado abandonado al hombre para que se las arreglase por sí mismo. Estaba demasiado lisiado para trabajar, por lo que contaba cuentos con la esperanza de ganarse una migaja de pan o los posos de una copa de sidra.

Se aclaró la garganta para empezar. Su voz era más vigorosa que la que le correspondería por su edad.

—Se trata de un cuento de una batalla y una mujer. Condenada al exilio no solo una vez, sino dos, primero lejos de su querido Lassadaemon y después de su segundo hogar, Ilios de las puertas rojas. Sufrió la ira de la cruel Mok, la majestuosa reina de los cielos, y trabajó duro bajo el yugo de aquella gran furia de la reina. Pero al final consiguió fundar su ciudad y, con el tiempo, a salvo de aquellas tribulaciones, crecieron sus grandes muros y el noble imperio de Dariya.

El poeta dudó, viendo que su audiencia crecía y comenzó de nuevo, esta vez sin la rigurosa cadencia del comienzo.

—Helen era heredera al trono de Lassadaemon. Acababa de heredarlo cuando llegaron los usurpadores. Ay, el despiadado Mernon y su hermano Menlos entraron con sus terribles ejércitos en aquella pacífica tierra y obligaron a la pobre Helen a

casarse con el asqueroso jefe, Menlos.

—¿Eran como los eikas? —preguntó un niño.

—¡Ah! ¡Peor! ¡Mucho peor! Provenían de la tribu de los dorias, cuyas mujeres tenían tratos con los repugnantes bwrmen.

Tosió, miró hacia la multitud y se dio cuenta de que había captado su atención. A Anna le gustaba mucho más la historia contada de esta forma.

—Tuvieron presa a Helen en su palacio mientras Mernon se fue a conquistar, bueno eso no importa. Así que Helen se escapó y con sus leales sirvientes huyó hacia el mar, donde se embarcó. Salieron hacia Ilios, donde los parientes de la madre de su madre habían llegado hacía muchos años y habían construido una ciudad grande y hermosa con puertas rojas y torres doradas bajo la protección de la inteligente Somorhas. Pero Mernon y Menlos rezaron a la cruel Mok, la implacable reina de los cielos, y como estaba celosa de la bella Somorhas, engatusó a su hermano Sujandan, el dios del mar, para que enviara tormentas que hicieran naufragar el barco de Helen. «¡Que la noche venga deprisa a tapar al sol! ¡Que los vientos giren a su alrededor! ¡Que las olas suban y bajen, hundiendo primero la proa del barco y que luego se hunda tan abajo que se vea el fondo del mar!».

Por encima del hombro del viejo, Anna vio bien la empalizada y las pesadas puertas de Steleshame. Siempre estaban cerradas, incluso durante el día. Algunos en el campamento se quejaban de que era más para evitar que entraran los refugiados que para protegerse de un ataque de los eikas, porque todos en el campamento sabían que dentro de Steleshame comían judías y pan todos los días, incluso los sirvientes. Entonces, una de las puertas que daban a este remanso de abundancia, se abrió y aparecieron cinco jinetes. Salieron del camino del sudeste, a lo largo del cual se había establecido de forma dispersa parte del asentamiento de los refugiados.

La historia del poeta, incluso cuando el barco agitado por la tormenta encalló en una isla llena de monstruos, no podía competir con un acontecimiento tan poco habitual. Anna siguió a los otros que corrían para ponerse en fila en la calzada, esperando noticias.

—¿Adónde vais? —gritaron los chicos a los jinetes mientras atravesaban el campamento—. ¿Os marcháis?

—No —contestó una mujer joven vestida con un abrigo de pechera rígida que hacía las veces de armadura, con una pequeña lanza pegada a su estribo y dos cuchillos largos metidos en el cinturón—. Nos dirigimos al fuerte de la duquesa Rotrudis, a Osterburg donde se dice que recibe a la corte con ocasión de la misa de Matthias.

—¿Va a venir a rescatarnos? —preguntaron varios niños a la vez.

Los otros jinetes habían seguido, pero la joven se entretuvo, miró a los niños frunciendo el ceño y negando con la cabeza todo el rato.

—No sé lo que hará, pero tenemos que pedirle ayuda. Cada día se avistan más exploradores eikas, se queman más pueblos. Están ampliando cada vez más su

círculo. Pronto nos rodearán a todos nosotros. Aquí ya hay demasiada gente. La señora Gisela no puede ayudar a todos.

Sus camaradas la llamaron y ella espoleó a su caballo para que siguiera, dejando atrás el campamento.

La mayoría de los niños volvieron caminando hacia donde estaba el viejo poeta y le dijeron lo que les había dicho el jinete.

Él gruñó.

—Como si la señora Gisela ayudase a alguien que no sea sirviente o pariente suyo y a los que la pagan para obtener comida y protección. Desgraciadamente, aquí no hay ningún obispo para alimentar a los pobres.

De repente, Anna se dio cuenta de lo delgado que estaba. Una fina película blanca cubría parte de su ojo izquierdo y sus manos temblaban levemente de forma constante.

—¿Quién es la duquesa Rotrudis? —preguntó.

Formado tanto para ser oyente como cantante, la encontró entre la multitud y señaló con la cabeza dónde estaba, acusando recibo de su pregunta.

—Rotrudis es la duquesa de Saonia. Es la hermana pequeña del rey Henry. Desgraciadamente, los Dragones cayeron. Ese día fue terrible.

—Pero ¿por qué no viene el rey a rescatarnos? —preguntó un niño.

—No, muchacho, debes recordar que el mundo es un lugar muy grande y está lleno de peligros. Yo he viajado recorriendo muchos de sus caminos y senderos. Se tardan meses en llevar las noticias de un sitio a otro. —Al ver que las expresiones de los niños cambiaban de la esperanza al miedo, se apresuró a decir—. Pero no tengo dudas de que el rey Henry sabe que Gent ha caído y lo lamenta.

—¿Y entonces por qué no viene?

Se limitó a encogerse de hombros.

—Puede que el rey esté en otro sitio. Puede que esté de camino ahora mismo. ¿Cómo vamos a saberlo?

—¿Has visto alguna vez al rey? —preguntó Anna.

Estaba sorprendido y quizá desconcertado por la pregunta.

—No —contestó, con voz temblorosa y con las mejillas enrojecidas—. Pero he cantado ante su hijo, el que fue el capitán de los Dragones.

—Cuéntanos más de la historia —dijo un niño.

—Cuéntanos algo que te haya pasado a ti, amigo —dijo Anna de repente, sabiendo que tendría que volver a la curtiduría y no podría quedarse allí escuchando.

—Algo que me haya pasado a mí —dijo en voz baja.

—¡Sí! ¡Sí! —gritaron los otros niños.

—¿No queréis que os cuente más de la trova de Helen?

—¿Te pasó a ti? —preguntó Anna—. ¿Estabas en el barco?

—¿Por qué? No, muchacha —dijo casi riéndose— ocurrió hace mucho tiempo...

—¿Tú eras un niño?

—No, muchacha. Pasó mucho antes de que Daisan recibiera la palabra sagrada de Dios, predicase la verdad de las Unidades y llevara luz a la oscuridad. Ocurrió hace mucho, mucho tiempo, incluso antes de que se construyeran los viejos muros de piedra que veis en Steleshame.

—Nunca he entrado en Steleshame —señaló Anna—. Y si pasó hace tanto tiempo, ¿cómo sabes que es verdad?

—Porque la historia ha ido pasando de poeta en poeta, línea a línea, incluso fue escrita por los antiguos escribas para que fuera recordada.

Entonces, él sonrió en voz baja. Sorprendentemente, todavía tenía la mayor parte de los dientes, pero quizá un poeta cuidara más su dentadura, sabiendo que en ella y en lo que fuera capaz de recordar residía su fortuna.

—Sin embargo, voy a contaros una historia que me ocurrió a mí cuando era joven. ¡Ay, Señora! ¿Alguna vez habéis oído hablar de las Montañas Alfar? ¿Podéis imaginaros, chicos, unas montañas tan altas que acarician el cielo? ¿Cuyas cumbres permanecen cubiertas de nieve incluso en los días más calurosos del verano? Si uno se sale del reino de Wendar en dirección sur hacia el reino de Aosta, hay que cruzarlas. En Aosta se encuentra la ciudad santa de Darre, en la que reside la skopos, la que es la madre de la Santa Iglesia.

—Si las montañas son tan altas —preguntó Anna—. ¿Cómo consigues atravesarlas?

—Callad ahora —dijo quejumbrosamente—. Vamos a dejar de hacer preguntas. En las montañas solo hay unos cuantos senderos. Esas pistas alcanzan una altura tan elevada por el terreno escarpado que al anochecer, un hombre puede llegar a tocar las estrellas. Pero cada paso es peligroso. No importa que al amanecer el día sea claro, todos los días se puede desencadenar una tormenta cegadora, incluso a mitad del verano, porque el verano es la única estación en la que se pueden cruzar.

—Aun así, algunos intentan atravesarlas a final del verano. Algunos, como yo, llegamos a intentarlo hasta en octubre. Lo necesitaba de verdad... —levantó una mano anticipándose a una pregunta—. Fue por una mujer. ¡Con saber eso tenéis bastante! Me advirtieron que no intentara cruzar, pero yo era un joven impetuoso. Creía que podía hacerlo todo. Y en efecto, subí, el tiempo fue bueno y no tuve ningún problema...

Se inclinó hacia delante, su voz se convirtió en un susurro que aun así llegaba a toda la multitud. Todos los chicos se callaron y se inclinaron hacia delante, imitándolo.

—La tormenta de nieve llegó sin avisar. Fue a pleno día, el día era espléndido, cálido, y mientras andaba, de un paso a otro, me vi envuelto por la tormenta. No veía nada excepto un huracán de viento blanco. El frío me atravesaba como una espada, me tambaleé y caí de rodillas. ¡Pero no me iba a dar por vencido! No, sabiendo que en el lejano Darre me esperaba ella. Me tambaleé hacia delante, cuando ya no podía andar más, gateé y la tormenta todavía azotaba a mi alrededor. El frío me cegaba y no

sentía los pies. Tropecé, me caí, fui rodando cuesta abajo y creí que iba a matarme.

Entonces se calló otra vez. Anna se acercó, apretando con fuerza el montón de las cebollas. Nadie hablaba.

—Pero lamentablemente, al caerme no me había matado. Intenté abrir los ojos, estaban hinchados. Mientras avanzaba a tientas, noté que bajo mis manos había hierba. A una distancia menor del cuerpo de un hombre, corría un arroyo, fui gateando y bebí aquella agua clara hasta saciarme, me mojé la cara y poco a poco recuperé la vista. Encima de mí, más allá de la empinada cuesta por la que había caído, todavía azotaba la tormenta. Unos cuantos copos de nieve se movían zarandeados por la brisa y me mojaban la cara. Sin embargo, en el valle, la temperatura era cálida, primaveral, había violetas y los árboles florecían.

—¿Dónde estabas? —preguntó Anna, que no podía estarse quieta.

Pero entonces recordó algo que le hizo bajar la vista. Sus viejos hombros se encorvaron mientras suspiraba profundamente, como si le doliese recordar esta historia.

—Nunca lo supe. De verdad, fue un milagro que aquel día no muriese. Había árboles, sobre todo abedules, dispuestos en un círculo y una pequeña pradera cubierta de hierba, pero nunca conseguí ver nada más que eso. Al borde de la pradera había una cabaña, en la que me quedé dormido y recuperé fuerzas. Todas las mañanas encontraba comida y bebida en la puerta, pan dulce, sidra fuerte, un guiso de judías, tartas de manzana. Pero por mucho que intentaba mantenerme despierto para ver quién traía la comida nunca lo conseguí. Nunca vi a ninguna criatura. Cuando estuve lo suficientemente fuerte, supe que era el momento de irme, así que me fui.

—¿No volviste a encontrarlo nunca? —preguntó Anna. Otros niños asintieron con la cabeza, sorprendidos al pensar que pudiera haber un lugar encantado en el que, milagrosamente, todas las mañanas aparecía la comida.

—No, aunque volví a atravesar ese puerto otras tres veces más. Busqué, pero el camino estaba cerrado. Ahora, a veces, me pregunto si solo fue un sueño.

—¿Podríamos acogerle? —le preguntó al anochecer mientras Matthias y ella se daban su festín particular con guiso de cebolla y huevos al horno—. Solo es un viejo débil. No puede comer mucho y no tiene a nadie que se ocupe de él. Aquí hay sitio para que duerma.

Claro que había sitio en su pequeño cobertizo para que durmiera uno más, aunque un poco apretado. Tenían la portezuela bajada y ajustada para protegerlos del viento y la lluvia.

—Pero, Anna, ¿de qué nos va a servir? —Matthias engulló su ración como lo hubiera hecho un porro, no un niño, comiéndose primero el huevo y luego el guiso. Después, limpió los lados del cacharro ennegrecido con un pedazo de pan seco que le había sobrado de la comida del mediodía.

—No nos portamos muy bien con papá Otto —contestó ella—. ¡Ah! Matthias, conoce las historias más maravillosas.

—Pero no son verdad. —Matthias se pasó la lengua por los labios para comerse las últimas migas y observó el viejo cacharro con ansiedad, deseando que hubiera más. Después cogió a Anna por la muñeca y la zarandeo.

—Solo son historias que se ha inventado. Es bueno en la medida en que es un sueño, ¡si es que la historia llegó a ocurrir! Así es como los narradores hacen que sus historias parezcan verídicas, fingiendo que les han ocurrido de verdad —negó con la cabeza, hizo una mueca y la dejó marchar—. Pero si no tiene ningún otro sitio donde dormir, puedes traerle con nosotros. Tienes toda la razón cuando dices que papá Otto y los otros esclavos de Gent nos ayudaron sin esperar nada a cambio. Deberíamos ayudar a otros si está en nuestras manos. Y en todo caso, si tienes que ocuparte de él, puede que no deambules por el bosque y te salves de que te mate un eika.

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo sabes que sus historias no son verdad? Nunca has visto esas cosas ni has viajado tan lejos.

—¡Montañas tan altas que las cumbres tocan el cielo! ¡Nieve todo el año! ¿Tú te crees eso?

—¿Por qué no debería creérmelo? Todo lo que conocemos es Gent y ahora Steleshame y un poco de bosque. —Se pasó la lengua por los labios chupando el último resto de huevo de los labios—. Apuesto a que hay todo tipo de lugares extraños tan fantásticos como las historias que el poeta cuenta. Ya lo verás. Le traeré mañana. Seguro que hay lugares de los que nunca nadie ha oído hablar. Los poetas tienen que hacerlo ¿no? Puede que sepa cómo son las tierras de los eikas. Puede que él haya visto el mar que Helen cruzó. Puede que haya cruzado las grandes montañas.

Matthias se limitó a resoplar y, mientras se desvanecía la última luz del día, se enrolló en la manta. Agotado por el trabajo que había realizado durante el día, recogiendo cenizas y agua y limo, se quedó dormido rápidamente.

Anna se acurrucó junto a él, pero no pudo dormirse con tanta facilidad. Cerró los ojos y soñó con el mundo, con un lugar lejos de la inmundicia del campamento y las sombras acechantes de los eikas.

CAPÍTULO 2



A LA SOMBRA DE LAS MONTAÑAS

En lo alto, el halcón volaba dando vueltas, era una mota frente a las tres cumbres montañosas que dominaban el paisaje. Cayó, cogió una corriente ascendente y subió, con las alas extendidas al máximo, hacia el intenso azul del cielo. Aquí, donde los senderos humanos se juntan acercándose al misterio enorme e impenetrable de los cielos, Hanna podía imaginar que todo era posible. Imaginaba que el pájaro lejano, que se mantenía suspendido, no era un halcón, sino un hombre o una mujer con forma de ave, o un espíritu, un ángel disfrazado con plumas, que contemplaba la tierra desde las alturas.

O quizá solo era un halcón cazando su presa para cenar.

Una delicada brisa llegó a sus oídos y creyó haber oído la aguda llamada del pájaro; este seguía describiendo una lenta espiral sin inmutarse. Mientras esperaba, el cielo fue cambiando del azul fuerte de la tarde al intenso azul grisáceo del inminente crepúsculo. La sombra trepaba por las blancas cumbres mientras el sol se ocultaba por el oeste.

¿Adonde había ido Wolphere y por qué tardaba tanto en volver?

El sendero serpenteaba subiendo a través del brezo y las aulagas, delimitado en sus bordes por montones de rocas afiladas y el margen elevado de una pared del acantilado. A lo lejos, el camino de tierra se perdía en un estrecho desfiladero. Wolphere le había pedido que se quedara allí mientras él continuaba adentrándose por la estrecha puerta de piedra y el desmoronado acantilado hacia el valle que se abría a sus pies. A través del hueco, Hanna vio cómo ondeaban las copas de los árboles, a través de las cuales se veía un tramo de tierra con vegetación exuberante de plantas que crecían en primavera. Ella ya había visto ese tipo de valles en estas montañas, gargantas inesperadas y valles asombrosamente verdes medio escondidos por el paisaje irregular. Entre el perfume de las aulagas, se filtraba el olor de las hogueras y el olorcillo de la forja.

¿Por qué había querido Wolphere que ella le acompañara solo hasta aquí?

—Quédate aquí y vigila —la había dicho—, pero bajo ningún concepto me sigas ni dejes que otros me sigan.

¿Qué escondía? ¿Quién esperaba que le siguiera hasta aquí, por este camino de cabras que él llamaba sendero? Se volvió para mirar por dónde habían venido. Al principio pensó que habían estado siguiendo un camino de cabras por las cumbres

que se elevaban más allá del antiguo camino empedrado que señalaba el Puerto de Santa Barnaria. Pero en ningún camino de cabras podría haber una estrecha huella de ruedas de carro, no llegaba a entender cómo habían podido colocar un carro allí arriba.

Era muy raro.

Unos cuantos pasos más atrás, desde una elevación del terreno pudo ver bien el puerto que había más abajo. Durante el imperio dariyano, sus ingenieros, de una inteligencia sorprendente, habían construido la calzada. En los cientos de años que habían transcurrido desde entonces, ni las tormentas de invierno habían conseguido destruirlo aunque muchas piedras estaban rotas o levantadas por el peso de la nieve, la fuerza del deshielo o simplemente por la pertinaz hierba. Su resistencia la dejó estupefacta.

El halcón se dejaba llevar por el aire perezosamente. Ella contenía las lágrimas mientras su mirada captaba el último retazo de sol visible en el anochecer. Ante sus ojos vio algunas motas y se dio cuenta de que junto al primer pájaro había dos más.

Le dolía el cuello de mirar hacia arriba durante tanto tiempo, pero a sus diecisiete años aproximadamente nunca habría podido imaginarse que iba a estar en un lugar como ese. Conocía el mar y las marismas, los ríos y las colinas y el manto oscuro del bosque. No había visto la corte del rey ni el centelleante desfile de nobles avanzando. Había visto a los jinetes eikas y sus temibles perros tan cerca que podía escupirles encima.

Pero ¡ver tan cerca montañas como esas! Las cumbres eran espíritus en sí mismas, criaturas imponentes encorvadas en su letargo, con los hombros y las cabezas inclinadas, cubiertas por ventisqueros más profundos de lo que nunca Hanna había visto. El invierno pasado se habría reído de cualquiera que fuera lo suficientemente tonto para suponer que ella, Hanna, hija de los posaderos Birta y Hansal, viajaría sola por estas montañas llevando la insignia de un Águila. El invierno pasado, su madre y su padre habían organizado su compromiso con el joven Johan, propietario y granjero, un hombre de gustos sencillos y sin curiosidad, con la mirada puesta en la tierra.

Ahora que las flores de verano empezaban a florecer en el elevado puerto de montaña, ella, un agente del rey —felizmente no comprometida— iba de camino al sur por las montañas Alfar, con un encargo importante para la skopos. En realidad, su vida había dado un giro sorprendente y repentino. ¡Que lejos parecía estar ahora el Descanso del Corazón!

Desde la elevación del terreno podía ver la calzada y, más allá, parcialmente escondido por el pronunciado borde de una arista, el albergue en el que su grupo se había detenido a pasar la noche. Los edificios de piedra quedaban ocultos por el borde de la arista. Bajo la protección de la skopos, el albergue lo llevaban los monjes de la Orden de San Servitius. Según Wolphere, estos monjes seguían en estas cumbres inhóspitas durante el invierno. En un terrible invierno, un mercader de su grupo se

había quedado aislado, o al menos eso decía él, y había tenido la deferencia de deleitarles con una terrible historia de salamandras de fuego, canibalismo y espíritus vengadores. La historia parecía tan verídica cuando la contó, pero aquella noche Wolfhere había permanecido a la sombra de una fogata negando con la cabeza y frunciendo el ceño.

Ella había visto montones de nieve en los márgenes de umbría de la calzada y extensiones enormes de hielo y nieve en las laderas superiores, lo cual daba crédito a la historia, pero también había visto muchas flores, de color azul pálido, amarillo mantequilla, rojas y naranjas, que crecían en la hierba dispersa y los arbustos bien enraizados. Había visto un cielo de un azul tan intenso que se fundía con el violeta como si hubieran cepillado una mancha de jugo de remolacha. Se rio de sí misma. Su grupo llevaba un bardo para viajar a Darre a hacer fortuna y nunca utilizó ese tipo de comparaciones tan prosaicas como el zumo de remolacha para describir el cielo.

Nadie viajaba solo a las montañas, ni las Águilas del rey. Habían encontrado un grupo que se reunía en la ciudad de Genevie y se unieron a él. Eran el bardo y sus compañeros, siete *fraters*; un presbítero de alta alcurnia y poderoso, que volvía para llevar a la skopos un importante cartulario, y su cortejo de clérigos y sirvientes; una variopinta colección de mercaderes, carros y esclavos; más los dos prisioneros a los que escoltaban ella, Wolfhere y diez Leones del rey Henry hasta el palacio de la skopos en Darre.

De las cumbres bajó un soplo de brisa y el sol se escondió detrás de una cresta baja. El disco pálido de la Luna brillaba con luz tenue en el cielo del atardecer. El anochecer. Se estremeció.

¿Dónde estaba Wolfhere? ¿Cómo iba a volver ella por el camino a oscuras? ¿Y si él se hubiera caído y estuviera herido?

Se dio la vuelta y allí, posado sobre la punta de una roca que sobresalía del precipicio que delimitaba uno de los lados del estrecho desfiladero, había un halcón. Dejó escapar una risita nerviosa y se abanicó, se puso colorada de golpe a pesar de que estaba refrescando muy deprisa. El halcón no se movió. Asombroso, con los ojos tan oscuros como el ámbar, se quedó mirándola sin pestañear hasta que ella notó escalofríos en la espalda que subían y bajaban.

Y había algo más..., un indicio de que algo estaba rondando justo donde el camino desaparecía. Algo que estaba allí y, sin embargo, no lo estaba, una imagen que se alcanzaba a ver por el rabillo del ojo, una criatura femenina pálida cuya piel tenía el color y la textura del agua. Pero cuando miró directamente, no vio nada, solo sombras que se deslizaban por las rocas como las ondas del agua desaparecen sobre los guijarros en un arroyo.

El halcón se lanzó revoloteando. Se agachó instintivamente y oyó un grito. ¿Era suyo o de alguien más que estaba escondido?

El halcón había desaparecido. Se vio una luz. Apareció Wolfhere, silbando, por el sendero que iba por el margen del desfiladero.

—¡Por Nuestra Señora! —juró ella—. Pensaba que ya no volverías.

Él se paró y miró a su alrededor, después arqueó una ceja y decidió pasar delante de ella y seguir bajando por el camino hacia el albergue. Para seguir teniendo luz, tuvo que echar a correr detrás, la luna todavía no era lo suficientemente grande como para ofrecer la luz necesaria para sortear el camino de la ladera.

—¿Dónde has conseguido ese farol? —preguntó ella, enfadada por haber esperado tanto rato y pidiéndole una explicación.

—¡Ah! —dijo él, levantando un poco más el farol.

No tenía intención de contestarla. Ella bajaba por el camino siguiéndole, iba que echaba chispas, tropezándose una y otra vez con su ropa o con un espeso montón de hierba, que había crecido en mitad del camino fuera de época. A sus pies, empezó a verse el albergue, parecía solo una mancha negra respecto a la cadena montañosa mucho más oscura; en la entrada al recinto había un único farol. Permanecía encendido toda la noche, todas las noches, como una almenara para acoger a cualquier viajero perdido que intentase conseguir un refugio seguro, como ocurre cuando después de que un cuerpo muere, su alma se afana por subir a la Cámara de la Luz, o eso es lo que el bardo decía, en términos poéticos.

—¿Dónde has ido? —preguntó Hanna, sin esperar una respuesta.

Wolfhere no le dio ninguna. Ella le miró la espalda, su andar confiado, el brillo del gris plateado de su pelo en el crepúsculo, su vieja mano, agrietada sujetando con fuerza el asa del farol.

Hanna no desconfiaba de Wolfhere, pero tampoco confiaba en él precisamente. Mantuvo sus secretos a buen recaudo, porque evidentemente tenía secretos. Empezando por el que nunca había respondido. ¿Cómo había llegado por casualidad esta pasada primavera al refugio del Descanso del Corazón justo a tiempo de liberar a su amiga Liath de la esclavitud? Había liberado a Liath y la había sacado del pueblo, convirtiéndola en Águila del rey, igual que él. Semejante a una hoja a la que arrastra la estela de un barco, Hanna también había sido arrastrada. También ella se había convertido en Águila del rey, había dejado el pueblo donde nació para emprender grandes aventuras. Wolfhere no era un hombre de quien uno pudiera obtener respuestas con facilidad, pero Hanna estaba decidida a asegurarse de que Liath seguía a salvo así que le hizo preguntas, lo cual era más de lo que Liath estaba dispuesta a hacer. ¿Cómo había sabido que Liath estaba en el Descanso del Corazón y en peligro? ¿De qué la estaba protegiendo? Wolfhere nunca se había ofendido por esas preguntas, por supuesto, tampoco las había contestado nunca.

Salieron del estrecho desfiladero y del misterioso valle y, enseguida, el camino de la ladera los llevó a la suave piedra del antiguo camino de Dariya a unos cientos de pasos de la entrada al recinto. El cielo se llenó de estrellas, una repentina cosecha de flores brillantes, y al fondo un farol brillaba mientras la brisa lo balanceaba de atrás hacia delante.

En un banco junto a la entrada había un monje sentado, con hábito marrón de

capucha. Le iluminaba el foco de luz tenue de un farol que colgaba de un palo. Cuando se acercaron, levantó una mano, áspera por el frío, y sin hablar abrió la puerta. Vio a pocos monjes porque era una mujer y no podían dejarla entrar al claustro interno. Solo parecían dispuestos a hablar con los visitantes el monje encargado de la bodega, que se ocupaba de las provisiones, y al encargado de los huéspedes, y solo a ellos dos les estaba permitido hacerlo. Por supuesto, muchos monjes y monjas tenían voto de silencio. Se decía que los hermanos de la Cabeza de Cordero no hablaban más, una vez que habían pasado la fase de novicios, y se comunicaban solo mediante señas.

Wolfhere abrió su farol y sopló para apagar la llama. Juntos, caminaron con dificultad bajo la pálida luz de la luna dejando atrás el montón de estiércol de olor fuerte. Una valla rozó su muslo y mientras caminaba junto al jardín, percibió el olor penetrante de las plantas. Fuera de este recinto había media docena de colmenas achaparradas. Al final llegaron a los edificios anexos: los establos, la cocina, la panadería, el horno y la forja, oscura y vacía a esa hora a excepción de una persona que estaba junto a los carbones de color rojo pálido, que atendía el fuego. Wolfhere le había dicho que el albergue de los monjes de San Servitius era famoso, no solo porque algunos pasaron allí el invierno a pesar de la nieve y el hielo y el terrible frío, sino porque todavía tenían un herrero.

Cuando subían a la casa de huéspedes, un monje joven, sin capucha, salió corriendo por la puerta y se marchó por la derecha, hacia la enfermería. Su pelo de color pelirrojo pálido y su modo de andar como un potrillo, le hizo recordar a Hanna de repente, y con mucho dolor, a su hermano de leche Ivar.

¿Estaría bien? ¿La habría olvidado por haber elegido quedarse con Liath en lugar de ir con él?

De repente, Wolfhere suspiró y se enderezó. Hanna, absorta en sus pensamientos, reaccionó al escuchar gritos que provenían del camino de entrada. Subieron los escalones de madera hasta la sala de la entrada, que ahora estaba iluminada por cuatro velas, y entraron justo en medio de una discusión.

Esta casa de huéspedes está reservada —dijo un hombre cetrino que Hanna identificó inmediatamente como el insoportable criado del presbítero— para los que llegan a caballo. Es bastante poco probable que estos soldados rasos se puedan quedar aquí.

—Pero los prisioneros... —Esta objeción, hecha por el inofensivo jefe de invitados fue acallada súbitamente por el presbítero, que en ese momento salía de las sombras.

—No dejaré que mi descanso se vea perturbado por sus movimientos y murmullos —dijo el presbítero, en un wendiano mediocre por su marcado acento.

Tenía una voz débil, aristocrática, tan imperiosa como la de los nobles que ella había visto durante las semanas que estuvo siguiendo el avance del rey Henry. Pero, por supuesto, él también era un hombre de noble linaje, con el labio inferior permanentemente curvado hacia abajo, las manos blancas, suaves y el porte corpulento e imponente de un hombre que se da festines un día sí y otro también, al que nunca han confundido con un granjero o con un artesano trabajador.

—Hay que retirar a los dos guardas que vigilan a los prisioneros. Si eso significa que hay que sacar a los prisioneros, pues se hace.

Wolfhere contestó de manera insulsa.

—¿Propone que la obispa Antonia y el hermano Heribert se alojen en los establos con los sirvientes?

Los ojos del presbítero se iluminaron, y miró extraordinariamente irritado, como si sospechara que Wolfhere estaba amenazándolo.

—Yo propongo, Águila, que tú y aquellos que sean responsables no interrumpas mi descanso.

—Su señoría, su descanso es de extrema importancia para mí —dijo Wolfhere sin aparente ironía—, pero prometí al rey Henry de Wendar y Varre que llevaré a la obispa Antonia y al clérigo al palacio de la skopos, su santidad Clementia. Este edificio —señaló los muros de piedra y las ajustadas contraventanas— me garantiza la seguridad. Por supuesto, sabe que la obispa Antonia está acusada de hechicería y sería capaz de cualquier acto abyecto.

El presbítero gruñó.

—Mayor razón para sacarla de esta casa de huéspedes.

Le hizo una seña a su criado, se dio la vuelta moviendo su vestimenta de rica

hechura y subió los escalones adentrándose en la penumbra donde otro criado esperaba para alumbrarle hasta llegar a su cámara.

Wolfhere se giró hacia el jefe de invitados.

—Mis disculpas por molestarle de nuevo, buen hermano. ¿Tienes otra cámara que nos pueda servir?

El jefe de invitados miró al criado del presbítero, quien resoplaba cruzando las manos y poniendo los dedos hacia arriba, golpeando un pulgar contra otro con impaciencia.

—A veces ocurre que un hermano o un viajero es molestado por los espíritus malignos que se han introducido en su mente; en esos momentos hay que aislarlos en una cámara cerrada con llave dentro de la enfermería hasta que una infusión de hierbas o una curación puedan sacar a la criatura de su cuerpo. No es lo que elegiría para un obispo, incluso uno al que se le acuse de dichas, *ehem...* cosas, aunque... — dudó, quizá temiendo que la reacción de Wolfhere fuera tan explosiva como la del presbítero, pero al final miró otra vez al criado. Hanna se recordó a sí misma que era peor insultar a un presbítero que a un Águila del rey Henry, sobre todo teniendo en cuenta que ahora no estaban en el reino de Henry.

—Eso estará muy bien —dijo Wolfhere con soltura—. Pero ¿le molestará al hermano enfermero?

—No lo creo. En estos momentos solo hay un hermano mayor descansando aquí y está muy débil para nuestras rondas diarias.

—Hanna, —Wolfhere la saludó con la cabeza—, ve a buscar a los otros Leones. Una vez que el hermano enfermero haya preparado todo, cambiaremos a los prisioneros a su nueva celda.

Satisfecho, el criado subió corriendo por las escaleras para decírselo al encargado. El encargado de los huéspedes hizo una mueca, y rápidamente suavizó su expresión mientras se retiraba de la puerta. Hanna se movió para seguirle, pero Wolfhere pronunció su nombre con suavidad. Ella se dio la vuelta para ver cómo abría la portezuela de cristal del farol y metía la mano dentro. Murmuró una palabra entre dientes y al tocar con sus dedos la mecha negra prendió. Se echó hacia atrás, sorprendido, pero se limitó a entregarle el farol encendido a ella y a decirle adiós. Fuera, Hanna levantó el farol para iluminar el camino a los establos.

Los guardas ya se habían acostado en la paja del desván, envueltos en sus mantas. Se levantaron con bastante facilidad. Todos los Leones del rey estaban acostumbrados a las alarmas nocturnas y a levantarse rápidamente para hacer una marcha temprana por lo que la siguieron a la casa de huéspedes otra vez sin refunfuñar. Servían al rey, no se quejaban de las tareas que se les encomendaban obligados por los juramentos que habían hecho a Henry.

Al entrar Hanna, el encargado de los huéspedes agitó con nerviosismo el aro de llaves y la condujo al pasadizo en el que había dos Leones guardando la puerta cerrada con llave. Dentro de la cámara, estaba sentada la obispa Antonia, totalmente

despierta, en la única silla que había mientras el hermano Heribert estaba sentado en el borde de una de las dos camas, pasando los dedos por el Círculo de la Unidad dorado que colgaba de su pecho con una cadena. Una alfombra, extendida en señal de cortesía, cubría el suelo de tablones, las ventanas estaban cerradas y con las contraventanas echadas, con barrotes por la parte exterior.

—Su eminencia —dijo Wolfhere—. Perdone que le moleste, pero es necesario que los conduzcamos a otra sala.

La obispa Antonia, una mujer robusta de una edad respetable, llevaba su dignidad episcopal con moderada autoridad y una expresión benévola.

—Ninguna penuria insoportable aflige al que cree —dijo con suavidad—, porque en los Versos Sagrados se dice: «Que tus hijas e hijos no sucumbieron en las fauces de las serpientes».

Wolfhere no respondió, sino que se limitó a hacerle una seña a ella y al clérigo para que salieran por la puerta antes que él. Heribert se levantó y salió el primero.

Era un hombre tranquilo, atractivo, arreglado, tenía las manos blancas y delicadas de un aristócrata de nacimiento, alguien que nunca ha trabajado con ellas excepto para recaudar impuestos y rezar, doblar la ropa o escribir de vez en cuando alguna hazaña o una capitulación real. Todos los monjes que había en el albergue de San Servitius, como Hanna, tenían las manos ásperas por el trabajo, pero Heribert era un clérigo cuyas obligaciones eran rezar, leer y hacer de escriba en la cancillería episcopal o la capilla del rey. Con las manos juntas delante, Antonia le siguió despacio, sonriendo y saludando con la cabeza primero a Wolfhere y después a Hanna.

La única mirada suave que dirigió a Hanna hizo que el Águila se sintiera terriblemente incómoda. La obispa Antonia se mostraba tan amable y sabía tanto como una vieja abuela que había vivido en perfecta armonía con el *Dios de las Unidades* y había sido bendecida con una familia próspera y muchos nietos que todavía vivían. Pero estaba acusada de vil brujería, del tipo que la Iglesia no podía tolerar, y Hanna había oído a la obispa pronunciar palabras tan despreciables en la negociación antes de la lucha entre el rey Henry y su hermana Sabella que ella sabía que el semblante amable de Antonia escondía algo oscuro y desagradable.

Con ese tipo de gente lo mejor es pasar desapercibido. O, como se decía en el Descanso del Corazón: «No te metas en camisas de once varas y no levantes una sola piedra a menos que quieras saber lo que hay debajo».

Pero, después de una mirada, no parecía que Antonia se diera cuenta de que Hanna estaba allí. Mientras los guardas los escoltaban cuando salían del edificio y bajaban por el sendero de piedra hasta la enfermería, ella mantuvo una conversación unilateral con Wolfhere.

—He estado reflexionando sobre las palabras de santa Tecla, en su *Carta a los dariyanos*, cuando habla de la ley del pecado. ¿No es la ley de Dios más importante que la ley del pecado?

Wolfhere gruñó. Sus labios se movieron como si estuviera conteniendo las palabras. Se giró para que la luz del farol escondiera su expresión en las sombras.

—¿Y aun así, en nuestra ignorancia, como humanos, no somos esclavos de la ley del pecado? —continuó—. ¿Cómo juzgan aquellos que no se han identificado completamente con la ley vivificadora del Dios, de las Unidades y la palabra sagrada?

Wolfhere no dio ninguna respuesta. Volvieron a los escalones de la enfermería. Allí se reunió con ellos el hermano enfermero, con el farol en la mano, y les mostró una pequeña celda en la que había montado apresuradamente una cama cerca del camastro. Se inclinó varias veces, moviéndose hacia arriba y hacia abajo para que la luz del farol subiera y bajara de forma exagerada. Era evidente que desconfiaba de la idea de encerrar a una obispa sagrada en aquellas despreciables salas, pero obedecía las órdenes de sus superiores, y Wolfhere llevaba cartas tanto del rey Henry como de la obispa Constance, en prueba de su autoridad para llevar a cabo su misión.

Antonia y Heribert entraron a la celda. Cuando pasaron ellos, el Hermano enfermero cerró y echó la llave y se la colgó en un aro que llevaba en su cinturón. En cada lado de la puerta se colocaron dos Leones. Wolfhere mandó a dos Leones más a dormir afuera sobre el suelo, al lado de la ventana con barrotes y con la contraventana echada por la que entraba aire en la celda.

—Bajo ningún concepto —Wolfhere terminó, mirando severamente al enfermero— entrará nadie a esta celda sin que yo entre con él.

Después, él, Hanna y los otros seis Leones volvieron a los establos. En el desván, Hanna hizo una montaña de heno amontonándolo con el pie, tiró su capa encima de aquel montón que producía sensación de picor, y se quitó las botas antes de tumbarse y de taparse con la manta. Wolfhere se acomodó en el heno que había a su lado. Enseguida empezó a oír los ronquidos de los soldados que estaban en el otro extremo del pajar.

Esperó un buen rato, pero no sentía sueño. La puerta del pajar permanecía abierta para que entrase el aire y, través de ella, vio la sombra negra de la montaña, un manchón en medio de la noche, y un único trozo de cielo en el que brillaban las estrellas.

—No te cae bien —susurró finalmente, pensando en que Wolfhere tampoco dormía.

Hubo una prolongada pausa y empezó a pensar que en realidad el viejo estaba despierto, que había confundido su respiración.

—No.

—Pero si yo no sabía de lo que la acusaban, si no la hubiera oído hablar aquella vez, en la negociación con lord Villam, nunca habría sospechado qué era... —dudó. Wolfhere no hizo ningún comentario así que siguió—. Es duro imaginar que ella pudiera hacer esas cosas tan terribles —asesinar a un tonto a sangre fría para poder reclutar criaturas que controlasen la voluntad del conde Lavastine, embrujar al guivre

para someterlo a su poder y enviar a sus criados a coger hombres vivos para continuar alimentándolo. Es que parece... un alma tan generosa y buena, tan dulce y compasiva. Y además es obispa. ¿Cómo pueden el Señor y la Señora permitir que una persona con un corazón tan malvado forme parte de su Iglesia?

—Eso es un verdadero misterio.

Esta respuesta no satisfizo a Hanna, que frunció el ceño y se removió en su camastro improvisado. Bajo la capa, el heno asomaba por entre la tela y la producía pequeños pinchazos en la espalda. Limpió el polvo del viejo heno y se quitó la paja del verano anterior de sus labios secos.

—Pero debes de tener alguna idea.

—Ella está emparentada por parte de madre con la actual reina de Karrone, y su familia por parte de padre tenía tierras cerca de la ciudad de Mainni, donde hace algunos años ocupó la silla episcopal. ¿Crees que la skopos solo propone a los más respetables?

—Creía que los hombres y las mujeres que entraban en la iglesia lo hacían para servir a Dios, no a sus deseos y ambiciones. La diaconisa Fortensia cuida religiosamente de nuestro pequeño pueblo aún que ella viva a medio día de camino hacia el norte, en la iglesia de San Sirri. Los monjes del monasterio de la Cabeza de Cordero son, eran, si los eikas no hubieran matado a todos, famosos por su devoción a Nuestra Señora y Nuestro Señor.

—Algunos entran en la Iglesia para servir a Dios y lo siguen haciendo religiosamente a lo largo de sus vidas. Algunos encuentran en la Iglesia una oportunidad para el ascenso. Otros son llevados a la Iglesia en contra de su voluntad.

Como le había pasado a Ivar.

—¿Todos los que sirven en la Iglesia son fieles solo a Dios? —continuó Wolfhere—. ¿Qué ocurre con el *frater* Hugh? Creo que estabas relacionado con él.

Hanna cerró los ojos y volvió la cara, avergonzada al tener un recuerdo tan vivo y sentir todavía el calor de la traición en su garganta. Solo la llegada no anunciada de Wolfhere había salvado a Liath de toda una vida de servidumbre hacia Hugh, al hermoso Hugh.

Wolfhere gruñó, pero puede que solo fuera porque se estaba acomodando sobre el heno. No dijo nada más y por una vez, ella no quiso preguntar más. Él tenía una forma extraña, quizá deliberada, de devolver las preguntas a quien se las había hecho. Colocó su mejilla sobre los pliegues de su capa y cerró los ojos. Los leves ronquidos de los soldados, el crujido de los ratones correteando en sus rondas nocturnas y los tranquilos ruidos de los caballos que estaban estabulados abajo le ayudaron a dormir.

Las ratas salieron por la noche a roer los huesos. El roce de sus mandíbulas sobre la piedra lo alertó, sacándolo de su sueño por un instante. La mayoría de los perros dormía, uno gimió en un sueño y golpeó su cola contra el suelo de la catedral. Los eikas dormían tumbados sobre la piedra como si fuese la cama de plumas más blanda del mundo. Les gustaba la piedra como un niño ama el pecho de su madre y se acurrucaban sobre ella siempre que podían.

Solo él permanecía despierto. Nunca dormía, solo se echaba pequeñas siestas, pequeños momentos de sueño tras los cuales se despertaba de golpe, cuando un hocico lo golpeaba suavemente, probando, o cuando los eikas reían y le daban con sus lanzas o al oír una voz humana gritar de agonía y suplicar inútilmente. Eso era lo peor, los esclavos, porque él sabía que al llegar el verano los eikas habían traído esclavos humanos a la ciudad y que no podía hacer nada por ayudar a aquellas pobres almas.

Gent había caído, y él habría muerto protegiéndola, solo, si no fuera porque él no podía morir. Esa era la maldición que su madre hizo recaer sobre él al nacer: «Ninguna enfermedad conocida le afectará, ninguna herida infligida por ninguna criatura, masculina o femenina le ocasionará la muerte».

No podía dormir, y cuando estaba lúcido, se preguntaba si los periodos de locura, el temblor, los ataques de insensibilidad que le sobre vendrían súbitamente —el último lo había tenido al amanecer—, eran una señal de compasión que le había concedido la mano de Nuestra Señora. Un hombre culto habría conocido pautas psicológicas con las que luchar contra esta prisión que era tanto mental como física. Pero él había sido educado solo para la guerra. Esa era su suerte, el hijo bastardo del rey, el hijo cuyo nacimiento le dio a Henry el derecho a ser nombrado heredero al trono de Wendar y Varre: convertirse en un luchador y defender el reino de su padre.

Siempre había sido un hijo obediente.

¿Enviaría su padre soldados a rescatarle? Sin embargo, su padre seguramente creería que estaba muerto. Lo que debían rescatar era Gent. Ningún rey dejaría una ciudad tan importante en manos de los bárbaros.

E incluso si le rescataran. ¿Y si su padre ya no deseara reconocerle, al ver el tipo de criatura en la que se había convertido?

Recordaba vagamente un sueño en el que dos niños le habían visitado, excepto

que en Gent ya no había ningún niño. Hace tiempo, *Ella* los había conducido a un lugar seguro.

Una vez, unos niños habían acudido a él, pero estos dos niños tenían miedo de él. No habían visto un príncipe, sino un animal, él había visto su reacción en los ojos. ¿Eran solo imágenes creadas por su mente? ¿Una imagen a través de la cual él podía verse y darse cuenta en lo que se había convertido? ¿O habían estado allí de verdad?

Las ratas correteaban entre los huesos. Sacó lentamente el cuchillo de su rasgada y andrajosa túnica. Había sido un regalo, si se le puede llamar regalo, un intercambio, si bien él les habría dicho a los niños el secreto del túnel del santo, aunque no le hubieran regalado nada. Se lo habría dicho porque era su deber ayudarles, ayudar a todos los súbditos del rey. Era capitán de los Dragones del rey y, por su juramento de obediencia al rey, su padre, estaba obligado a proteger y defender sus posesiones, y todo y a todos los que gobernaba.

Las ratas no eran súbditas del rey.

Los huesos estaban al alcance de sus cadenas y se movía silencioso y con rapidez teniendo cuidado con el roce de las cadenas, golpeando a una y cogiendo a otra por el rabo. Chillaba como loca y patinaba sobre sus dedos inútilmente. Las mató. Los perros se movieron, despertándose. El eika seguía dormido.

Gruñó a los perros y ellos se sometieron. Se alimentaban mejor que él porque no desdeñaban la carne humana. Él pelaba las ratas y como no tenía fuego, se las comía crudas.

No mejor que el eika, menos que un hombre, más que un perro, él habría llorado por su salvajismo, pero no tenía lágrimas. Nunca podía beber lo suficiente. Algunas veces, el sacerdote se acordaba de ponerle agua. Una vez lo había hecho un esclavo y le habían matado por tomarse la molestia.

El eika seguía dormido. Serró las cadenas con el cuchillo, pero solo consiguió quitarle el filo a la hoja. Al final, la pulió de nuevo y se acurrucó entre las cadenas. El collar de hierro del cuello irritaba su piel, se movió para aliviar el fuerte dolor. Notaba la frialdad de la insignia del Águila pegado a su piel, cerca del corazón.

Ay, Señora, si pudiera dormir una sola noche, profundamente y sin soñar, sin interrupción. Si pudiera dormir. Pero los perros jadearon, ya despiertos oliendo la muerte.

Despierto.

Ocurría algo. Hanna lo supo al momento, pero tuvo que respirar tres veces para saber qué. Un viento muy frío entró en el desván dispersando el heno y haciendo que sus extremidades tiritasen, notó algo suave y frío que se posaba en sus labios. Sin pensarlo, lo lamió. Nieve.

A su cara llegó más nieve, empujada por el viento que soplaba entre las vigas. La puerta del pajar, que no estaba cerrada con pestillo, golpeaba sin parar. Un perro ladró. A lo lejos se oían voces que avisaban de algo, y entonces el viento sopló tan fuerte que agitó las vigas de los establos y despertó a los Leones.

Se puso en marcha, a gatas, buscando a tientas sus botas en la oscuridad. Encontró la manta de Wolfhere con la mano.

Se había ido.

Comenzó a tañer una campana, un sonido monótono que retumbó en todo su cuerpo. Parecía decir en un tono agobiante: ¡Fuego! ¡Tormenta! ¡Ataque! ¡Despertad! ¡Despertad!

Localizó sus botas y se las puso, después gateó, encontró la trampilla y la escalera al tacto y lentamente consiguió ponerse encima y bajar. Arriba, uno de los soldados la llamó, pero afuera el viento aullaba y bramaba con tal fuerza que no pudo escuchar sus palabras. Llegó al suelo y se puso de pie agarrada a la escalera intentando orientarse. Los caballos estaban enloqueciendo por el miedo, la voz del monje que estaba a cargo de los establos era como un rumor entre el rugido de la tormenta mientras intentaba, en vano, calmarlos. La campana seguía tañendo como si llamaran a cien nuevas almas a atravesar las siete esferas del cielo hasta la Cámara de la Luz.

—Hanna.

Se movió a su alrededor, pero no vio a Wolfhere, porque dentro todo estaba completamente negro.

—Estoy en la puerta —dijo.

Con cuidado se acercó a él. Por las rendijas de la puerta de tablones de madera se colaba el aire helado. Con cada ráfaga, la puerta se estremecía, se agitaba e incluso, en una ocasión se dobló hacia adentro, como si el viento estuviera intentando tirarla abajo. Wolfhere tuvo que apoyarse con fuerza contra la puerta para mantenerla cerrada. Repentinamente, escalera arriba, la puerta del pajar dejó de dar portazos.

Un objeto pesado golpeó con fuerza la puerta del establo. La madera se rompió y se astilló, pero la puerta no cedió, aunque ella notó que Wolfhere presionaba con más fuerza para mantenerla cerrada. Después, como el susurro de los ratones andando por las paredes, oyó una voz que venía de afuera.

—Por favor, se lo suplico, si hay alguien ahí dentro, dejadme entrar —era el encargado de los huéspedes.

Inmediatamente, Wolfhere corrió el pestillo. El viento abrió la puerta y aplastó a Hanna, quien, aturdida por el dolor que sentía en el lado derecho de su cuerpo, se tambaleó hacia atrás. Entonces la puerta se abrió del todo y golpeó el muro interno con tanta fuerza que la bisagra superior saltó. Una figura con capucha entró tambaleándose, empujada por el terrible viento.

Este no era ni el tipo de viento, ni el tipo de tormenta que había visto antes. Medio conmocionada, Hanna miraba sin dar crédito a lo que veía. Afuera no se veían ni siquiera las sombras de los otros edificios ni el claustro. No podía ver ni el cielo ni la luna. El mundo era de un espantoso color blanco grisáceo. Se quedaron de pie aislados en medio de una ventisca huracanada.

Ya no oía la campana.

La nieve entraba en espiral en los establos, golpeándola en la cara. En la oscuridad del interior se soltó un caballo. Oyó los juramentos del encargado del establo mientras luchaba con el animal para volver a estabularlo.

—¡Hanna! —Wolfhere tenía que gritar para que su voz fuera audible por encima del vendaval—. Ayúdame. —Agarraron la puerta destrozada y juntos volvieron a encajarla en la bisagra para empujarla y cerrarla luchando contra la presión que ejercía el viento. A pesar del frío, estaba sudando por el miedo y el esfuerzo. Su mano resbaló en la madera erosionada y se pinchó con una astilla mientras Wolfhere gruñía y echaba el pestillo.

—No puedo arriesgarme a encender ninguna luz —dijo, mientras se daba la vuelta—. Un farol roto en esta tormenta incendiaría este lugar con nosotros dentro.

El encargado de los huéspedes se había agachado en el suelo y ahora Hanna podía distinguir débilmente su figura, que era más evidente, por la capa de nieve que tenía sobre su ropa y por su capa que por el cuerpo en sí. Estaba murmurando una oración en dariyano, el idioma de la Iglesia. Ella no entendía lo que decía. Sonaba casi como si estuviera delirando, como un hombre que delira por la fiebre.

Abajo, un hombre maldecía, uno de los soldados, una sombra voluminosa con armadura bajaba por la escalera, juramentando con tal sarta de palabrotas que ella tardó unos segundos en darse cuenta de que no maldecía porque estaba enfadado, sino porque estaba aterrorizado.

—¿Lo has visto? —preguntó mientras caía contra el suelo. Afuera el viento bramaba, y el granizo acribillaba las paredes como guijarros lanzados a ráfagas; los establos, la estructura en sí, crujían con las sacudidas.

—Eran seres —dijo el encargado de los huéspedes con voz aterrorizada mientras

el viento aporreaba los establos y el granizo golpeaba el tejado y las paredes—. ¡Ay, Señora misericordiosa, protégenos de estas imágenes, protégenos de esas criaturas! Esas criaturas que han sido concebidas en la inmundicia y sacadas de su maldita carne sucia en la más absoluta oscuridad. Así vinieron de las montañas. Así las trajo el viento. Y ese hedor que expelían, que me puso los pelos de la nuca de punta, y mi cuerpo tembló de terror y los huéspedes salieron corriendo de sus cámaras gritando y sollozando, y, de hecho, uno solo era capaz de balbucear como si fuera un chiquillo; y brillaba como si le hubieran prendido fuego.

—Hermano, contrólese —dijo Wolfhere con severidad—. Dígame lo que vio.

—¡Ya se lo he dicho! Eran seres vivos, pero no se parecían a ninguna otra criatura que yo haya visto nunca. No tenían extremidades, sino un cuerpo oscuro, espeso como si estuvieran hechos de material no corpóreo y con una corteza por fuera como toda mi pobre carne. Cantaban con voces graves, pero en un idioma que sonaba repugnante, si es que era un idioma. El viento los trajo de las montañas y la tormenta vino con ellos como si ellos la hubieran atraído con trucos de magia inmundos, porque no se parece a ninguna tormenta de las que yo he visto y he vivido en este albergue durante casi veinte años, y he servido al dios de la Unidad fielmente, así que ayúdame. ¡Ay, Señor de los Cielos! Nunca debía de haber tenido esta terrible visión porque no tengo fuerza...

—Silencio —dijo Wolfhere. Se movió—. León, vigila al hermano. Hanna. ¿Te atreves a salir conmigo?

Notaba punzadas en el hombro y la cadera por el dolor del golpe de la puerta empujada por el viento. Al mover su pierna derecha sintió un dolor punzante tan fuerte que hizo que su rostro dejase ver una mueca de dolor.

—¿Hanna?

—Puedo seguir —dijo ella.

Primero, Wolfhere encontró una cuerda que colgaba de la pared y se la ató alrededor de la cintura y después, al tacto, se la ató también alrededor de la de ella. El León se apoyó contra la puerta mientras Wolfhere descorría el pestillo, pero, incluso así, el viento lanzó al soldado hacia atrás y se resbaló arrastrando los pies sobre el suelo sucio. Wolfhere tiró de Hanna después de él. Juntos siguieron adelante adentrándose en la ventisca.

La resistencia que ofrecía el viento les hizo tambalearse. No habían avanzado seis pasos cuando Wolfhere empezó a gritarla, aunque casi no podía oírle por el viento. Miró hacia atrás. No podía ver los establos, estaban inmersos en la oscuridad de la noche y la tormenta. El pánico se apoderó de ella. No podía respirar. Sus manos se hicieron un ovillo rápidamente, tan apretadas y frías que ya no las sentía.

El viento arreció. Tuvo que apoyarse, se encorvó para que no la tumbase la fuerza del viento y de la nieve y de algo inris, algo que acribillaba su piel, algo que pinchaba y era áspero como si el vendaval estuviera despicaoando a las montañas de toda su tierra, arañando el suelo y las rocas para dejar visibles los restos que había debajo.

Algo la rozó. Gritó. No pudo evitarlo. *Algo*, alguna criatura, pero no como las que ella podía haber visto o con las que podía haber soñado. Después desapareció, se esfumó en la noche, pero había otra, y otra más que pasó a su lado, llevada por el vendaval. Montañas de oscuridad, más negras que la noche, como una visión del abismo, el foso del enemigo al que los malvados caen eternamente, sin llegar nunca al fondo. El hedor del hierro ardiente giraba en torno a ellos, con ellos, salía de ellos. Hanna oyó sus voces como un golpeteo de campanas con el impresionante viento, sin palabras y, aun así, sensible.

De la oscuridad surgió un rugido, como un ruido sordo atenuado, que fue aumentando hasta convertirse en un trueno estremecedor que retumbaba con estrépito y siguió sonando interminablemente.

La cuerda de su cintura se tensó cuando Wolfhere fue tirando de ella para volver a los establos.

—¡Vamos! —gritó él—. No debemos atrevernos...

Tropezó. A tientas encontró la puerta, temblando, intentó torpemente abrir el pestillo y al final se abrió y entraron. El soldado cerró la puerta de golpe y echó el pestillo tras ellos. El estruendo la ensordeció e inundó el aire como si formara parte del mismo. Después, lentamente, perdió intensidad hasta que el viento volvió ser el único sonido que les acompañaba, el eterno viento desgarrador y la lluvia de agua, nieve y guijarros que caían sobre las paredes de madera.

Dentro hacía calor y estaba oscuro. Los caballos, nerviosos, pateaban el suelo y el encargado de los establos los hablaba con voz tranquilizadora. Hanna oyó también a otros Leones moviéndose por dentro del establo, calmando a los animales. El encargado de los huéspedes sollozaba débilmente.

—¿Qué era ese ruido? —preguntó mientras el edificio chirriaba y crujía y el viento agitaba las vigas del techo y la vibración de las campanas la dejaba completamente atontada. Le dolían la cadera y el hombro. Se frotó una mano contra otra para calentarlas.

—Una avalancha —dijo el encargado de los huéspedes entre lágrimas—. Ay, Señora, conozco muy bien ese sonido porque he vivido en estas montañas desde hace veinte años. Y estuvo cerca. Me temo que el claustro... —No pudo seguir hablando y empezó a gemir otra vez.

—¿Qué criaturas eran esas? —preguntó.

Wolfhere la desató.

—Galla —dijo. La palabra sonaba mal, fuerte, extraña, la «g», era como una «gh» gutural.

—¿Qué son galla? —preguntó ella.

—Algo de lo que ahora no deberíamos hablar, porque ellos están afuera y podrían oír pronunciar su nombre una tercera vez y pedirnos que les digamos lo que sabemos de ellos —dijo con un tono en el que ella reconoció que no diría nada más—. Debemos esperar a que acabe la tormenta.

Fue una noche larga. Ni ella ni Wolfhere pudieron dormir aunque quizá alguno de los Leones sí pudiera. Se enteró de que el encargado de los huéspedes durmió de manera irregular porque su llanto por fin disminuyó.

Por fin, la tormenta amainó. Bajaron, Wolfhere se aventuró a salir con Hanna justo detrás de él. Era una mañana despejada, el cielo era de un color azul pálido suave. Las montañas estaban ahí con todo su esplendor, las cumbres blancas brillaban bajo el nuevo y pálido sol. No había nada de viento. Si no fuera por los escombros esparcidos por todos lados, la puerta, y una buena parte del recinto vallado que estaban derribados, la pila de leña destrozada y esparcida, las contraventanas arrancadas de las bisagras y las cabras arremolinadas, confusas, en medio del jardín, ella nunca habría sabido que había habido una tormenta. Curiosamente, las colmenas no habían sufrido ningún daño.

Pero la enfermería había desaparecido.

Por allí correteaban los monjes y los mercaderes, una multitud de ellos trajinaba sobre el enorme montón de rocas y tierra que cubría lo que había sido la enfermería. Fue construida con piedra y madera, y ahora estaba totalmente destruida, mezclada con el enorme terraplén de la montaña que se había derrumbado sobre ella.

Llegaron corriendo. Los monjes habían conseguido sacar de los escombros los cuerpos de su viejo hermano y de dos Leones. De los otros dos soldados, Hanna reconoció en ellos a los dos que habían colocado afuera, en el muro que había detrás de la celda en la que habían encerrado a Antonia y Heribert, uno tenía una pierna rota y el otro estaba en el suelo, gimiendo, con la piel intacta, pero con algo roto en su interior. El hermano enfermero estaba arrodillado a su lado, palpando su abdomen con suavidad. Por la cara del monje corrían las lágrimas.

—Ocurrió tan rápido —dijo el monje mirando hacia arriba cuando Wolfhere se arrodilló a su lado—. Salí corriendo afuera al oír el ruido y vi, bueno, no lo vi pero lo sentí, noté su fuerza. Y entonces llegó la avalancha. Señora, perdóname, pero salí corriendo. Solo cuando me di cuenta de que era demasiado tarde, solo cuando me di cuenta de que el enfermero estaría desbordado, me acordé del pobre hermano Fusulus, que estaba demasiado débil para salvarse.

—Tú estás vivo —dijo Wolfhere— porque todavía tienes trabajo que hacer en este mundo. ¿Qué hay de ese hombre?

El enfermero negó con la cabeza.

—Dios decidirá si tiene que vivir.

Wolfhere se levantó y anduvo por el extremo de la zona afectada por la avalancha. Hanna lo siguió, pero se mantuvo alejada, sin querer acercarse demasiado. Bajo la roca vio los huesos del enfermero y los escombros, trozos de argamasa arrancados de cuajo, tablones desparramados como si fueran basura acumulada, una cama del revés, pero su somier estaba intacto, un taburete de tres patas con una pata rota, hierbas secas atadas en manojos que ahora estaban esparcidas cada una por un lado sobre la hierba arrancada.

—¿Qué pasa con los prisioneros? —preguntó Wolfhere cuando se volvió hacia los otros.

Se presentó el abad. Había estado tranquilizando al presbítero, que ya había enviado a sus criados a los establos para prepararse para irse.

—No podemos encontrar sus cuerpos —dijo—. Esto es angustioso. Las rocas los han enterrado. Intentaremos desenterrarlos, pero...

—No hay forma.

Wolfhere inspeccionaba las huellas, el rastro de la avalancha, que ahora marcaba la ladera de la cresta. Algo se movió en el escombros y unos cuantos guijarros cayeron al suelo a sus pies. Él se apartó con nerviosismo.

—Solo podemos buscar si estamos a salvo. Ahora damos por desaparecidos a los prisioneros.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó el abad—. ¿Qué pasa con los dos hombres heridos? El hermano enfermero dice que este pobre hombre no se puede mover y el otro no podrá andar durante varias semanas.

—¿Pueden quedarse aquí hasta que estén curados?

—Por supuesto.

El abad ordenó a sus monjes que movieran a los hombres heridos.

—Ven, Hanna —dijo Wolfhere. Volvió caminando a los establos, dejando a los Leones para que ayudaran.

—¿Por qué has dicho eso? Que damos por desaparecidos a los prisioneros.

Él la miró con curiosidad.

—¿Crees que están muertos? ¿Crees que está ahí entre las rocas? ¿Que algún día, si los monjes pueden desenterrar el edificio, encontrarán dos cuerpos aplastados o sus huesos desperdigados?

—Por supuesto que deben de estar muertos. Estaban encerrados en la celda. ¿Cómo podrían haber escapado...? —Al ver la expresión de su cara, se calló—. No crees que estén muertos.

—Yo no. Esa no fue una tormenta normal.

No fue una tormenta natural. Una ventisca que de repente se levanta en un verano suave. Criaturas antinaturales extrañas, que él había denominado «galla» vagando por ahí, apestando al hedor de la forja.

—¿Adónde irá ella, Hanna? Esa es la pregunta a la que ahora debemos dar respuesta. ¿Adónde irá? ¿Dónde va encontrar cobijo?

—No sé.

—Sabella podría, si pudiera llegar hasta ella. Pero está en prisión, así que Wendar y Varre están, por ahora, cerrados para Antonia. —Suspiró profundamente y se detuvo a la puerta del establo, volviéndose para mirar hacia las montañas, tan tranquilas, tan claras en su cumbre—. Debería haberlo sabido. Debería haberme preparado para esto. Pero subestimé su poder.

—¿Adónde iremos?

Pensó en ello.

—Desgraciadamente, tenemos que dividirnos. Uno de nosotros debe continuar hasta Darre para presentar ante la skopos los cargos contra la obispa Antonia. De esa forma estaremos preparados haga lo que haga Antonia. Otro de nosotros debe volver hasta donde está Henry para prevenirle, y espero que nos crea —sonrió repentinamente y con una expresión irónica que hizo que Hanna se acordara de lo mucho que le gustaba—. Mejor que eso lo hagas tú Hanna. Tú te llevarás a cuatro Leones y yo me iré con los otros dos y cuando vuelva a pasar por aquí, recogeré a los dos que se quedan aquí, si es que sobreviven.

Había crecido acostumbrada a estar con Wolphere y ahora, de golpe, tenía miedo de viajar sin él.

—¿Cuánto tardarás en volver? ¿Cuándo volverás a Wendar?

Él se encogió de hombros.

—No puedo saberlo. Puede que vuelva a cruzar el puerto este otoño, pero lo más probable es que no pueda volver hasta el próximo verano. Debes convencer a Henry, muchacha —tocó ligeramente la insignia de Águila, recién hecha y todavía tan brillante como si el recuerdo de la muerte de Manfred la iluminara—. Te lo has ganado, Hanna. No pienses que no eres merecedora de un encargo como este —se metió en los establos.

Hanna se quedó afuera, observando los tres grandes picos, tan hermosos, tan silenciosos, tan en paz con su inmenso poder, el poder intrínseco de su existencia, que parecía imposible creer en ese instante que tres breves vidas humanas habían desaparecido en las sombras a sus pies. ¿Cómo las llamó el bardo?, la Joven esposa. La cresta del Monje. Pánico. Se tapó los ojos para que el sol que estaba saliendo no la cegase y buscó al halcón, pero esa bonita mañana no había en el cielo ningún pájaro volando.

Volvería a Wendar, a seguir el séquito del rey, sin ver la ciudad de Darre y el palacio de la sagrada skopos. Sin poder ver, quizá a unos cuantos elfos u otras extrañas criaturas no humanas. Y aun así, esto también significaba que volvería antes con Liath.

Al pensar en Liath recordó a Hugh, aunque no quería pensar en él, en el hermoso Hugh. Y al pensar en Hugh se acordó de lo que había hecho él y también de Ivar. ¡Ay, Señora!, ¿dónde estaba ahora Ivar? ¿Había llegado a Quedlinhame sano y salvo? ¿Le gustaba aquello? ¿Estaba resignado a su destino? ¿O todavía luchaba contra él?

CAPÍTULO 3



EL CLAUSTRO

Ivar odiaba Quedlinhame. Odiaba el monasterio, la ronda diaria de oración monótona y, sobre todo, odiaba el dormitorio de los novicios, que era un cuartel estrecho de un edificio en el que pasaba todas las noches y gran parte del día en deprimente silencio junto con los otros novicios. Lo que es peor, por el minucioso cálculo de días y misas y en los libros de oración, sabía exactamente cuántos días llevaba allí encerrado.

Hace ciento setenta y siete días, el día de santa Bonfilia, se había arrodillado ante la puerta de atrás bajo la fría lluvia y después de una noche de absoluta desdicha fue admitido en Quedlinhame. Ni siquiera le enseñaron la famosa iglesia. Todo lo contrario, sus nuevos cuidadores lo condujeron inmediatamente al noviciado y lo encerraron con el resto de las pobres almas relegadas al purgatorio.

Las pobres almas masculinas, por supuesto. Quedlinhame era un monasterio mixto; la abadesa, la madre Escolástica, dirigía tanto a monjes como monjas, los cuales vivían separados, pero rezaban juntos. El dormitorio de los novicios daba a un pequeño claustro, un patio delimitado por esbeltas columnas. Una valla alta de madera iba por el centro de este claustro, dividiéndolo en dos patios pequeños, uno para los novicios y otro para las novicias cuyo dormitorio estaba en el lado opuesto.

Ivar rezaba brevemente todos los días en aquella valla a menos que el tiempo fuera horrible, una vez por la mañana justo antes del servicio de las Tercias y una vez por la tarde antes de las Vísperas. O, al menos, parecía que estaba rezando. En realidad, en aquellos únicos momentos del día en los que no estaba vigilado, estudiaba las tablas de madera del suelo. En los últimos cinco meses, él y otros tres novicios de primer año habían examinado la valla, midiendo cuidadosamente el ancho con los dedos, cada tablón vertical, cada viga horizontal, cada rendija y alabeo y nudo erosionado. Pero no pudieron encontrar ninguna grieta a través de la cual se pudiera ver el otro lado.

¿Eran jóvenes las novicias? Casi seguro que sí. Como a él, a la mayoría, al llegar a la adolescencia, sus familias los habrían hecho ingresar en la iglesia, a una gran parte voluntariamente y a otra contra su voluntad.

¿Eran guapas? Quizá. Al poco tiempo de su llegada su objetivo era identificar a cada novicia por su nombre y su cara. Eso le ayudó a no volverse loco, aunque sabía que estaba mal e iba contra las normas. O quizá porque iba contra las normas.

Su compañero novicio de primer año, Baldwin, ya había dejado de sacarse

porquería de las uñas con la navaja de afeitarse y la había metido en un hueco que había entre dos tablones alabeados. Movía la hoja hacia delante y hacia atrás en lo que Ivar imaginaba sería un intento en vano de abrir un hueco más grande para mirar por él. Baldwin, sin embargo, no se daba por vencido. En el fondo, el rubio Baldwin, sabía que al final lo conseguiría.

Ermanrich avanzó pesadamente y se dejó caer al lado de Ivar. El frío viento de otoño que a él le hacía temblar, a Ivar le agradaba después de un verano tan caluroso recluido entre paredes, pero Ermanrich, aunque de los cuatro era el más robusto, era también el más proclive a tener fiebre y mocos. Tosía y le lloraban los ojos y miraba entrecerrando los ojos el trabajo manual que estaba haciendo Baldwin.

—Debe de haber un hueco más grande en algún sitio —susurró Ermanrich.

Él se hurgaba las uñas, que estaban sucias de revolver la tierra del jardín después de haber recogido todas las verduras.

—Hathumod dice que todos los de los primeros años piensan que Baldwin es muy guapo.

Hathumod era prima de Ermanrich y estaba en su segundo año de novicia. Ella y Ermanrich tenían misteriosas formas de comunicarse cuya naturaleza Ivar no había adivinado todavía.

—¿Qué piensa Hathumod de nuestro Baldwin? —preguntó Ivar—. No lo va a decir.

Baldwin les miró y sonrió y se fue a seguir con su trabajo.

Tenía todas las razones para estar orgulloso de su aspecto, pero por supuesto, según él, fue precisamente su aspecto el que hizo que acabara en el monasterio. Indiscutiblemente era el compañero más guapo que Ivar había visto nunca... a excepción del *frater* Hugh.

¡Ay, Señora! Incluso al pensar en el desgraciado de Hugh, Ivar se sintió enfadado otra vez toda la noche, atrapado por su furia inútil. Había intentado liberar a Liath, pero había quedado como un tonto y encima por si fuera poco había sido condenado a esta vida. Todo era culpa de Hugh, aquel maldito desgraciado arrogante y guapo. ¿Qué le había pasado a Liath? ¿Todavía era la concubina de Hugh? Al menos, si la información era verdad, Hanna estaba con ella.

Ivar no podía envidiar la elección de Hanna, de servir al lado de Liath en lugar de a su lado. Liath necesitaba a Hanna más que él y, en cualquier caso, en Quedlinhame no le permitían hablar con ninguna mujer excepto con la madre Escolástica. Se había llevado con él a dos criados que se encargaban de su ropa y su cama y con los otros criados ordenaban el dormitorio y en general hacían todo tipo de trabajo manual que él mismo no tuviera tiempo de realizar, dado que como novicio sus principales obligaciones eran rezar y estudiar. Si se hubiera llevado a Hanna, la habrían enviado a trabajar, para lavar o cocinar y nunca la habría visto. Era mejor que se hubiera quedado con Liath.

Dio un suspiro profundo.

Ermanrich le tocó el codo con una mano, aunque los novicios no deben tocarse, ni crear vínculos afectivos o de empatía. Se suponía que estaban dedicados solo a Dios.

—Otra vez estás pensando en ella —dijo el robusto chico—. ¿De verdad era tan guapa como Baldwin?

—Totalmente distinta —dijo Ivar, pero entonces sonrió, porque Ermanrich siempre le hacía sonreír—. Era morena...

—¿Morena como el duque Conrad el Negro? —preguntó Baldwin sin levantar la vista de su trabajo en la valla—. Yo lo vi una vez.

—No sé si se parecían —dijo Ivar—. Yo nunca vi al duque Conrad. ¿Cómo podía ser tan moreno?

—Su madre era del este. Era una princesa del país de Jinna —Baldwin tenía un tesoro escondido de las familias nobles de Wendar y Varre—. Fue un regalo que uno de los sultanes del este hizo a uno de los Arnulf, no me acuerdo de a quién. Conrad el Viejo, que era duque de Wayland, se encaprichó de ella y como el duque Arnulf le debía un favor, le pidió la chica. Entonces era solo una niña, pero todo el mundo decía que era muy hermosa. Conrad la hizo crecer como una buena daisanita, porque ella procedía de los adoradores paganos del fuego. Cuando tuvo la edad adecuada, la tomó como concubina, pero de todas sus mujeres y concubinas, la única que concebía con él era ella así que quizá conociera alguna brujería oriental, porque se extendió el rumor de que Conrad era infértil debido a una maldición que le hizo uno de los Perdidos a los que él violó cuando era joven.

Ermanrich tosió de nuevo y ladeó una ceja.

—¿No me crees? —preguntó Baldwin, con la mejilla subida tratando de no sonreír.

—¿Qué parte quieres saber que yo me creo? —preguntó Ermanrich.

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó Ivar, intentado imaginar cómo era esta niña jinna, pero en su mente solo aparecía Liath. Al pensar en ella su corazón se resintió.

—Dio a luz a un varón, el segundo Conrad, a quien se conoce como Conrad el Negro. Sucedió a su padre en el ducado cuando este murió, la mujer jinna vive todavía. No sé cuál era su nombre anterior, el pagano, pero fue bautizada con un nombre daisanita, Mariya o Mirvam o algo parecido.

—¿Permitieron que un bastardo heredase? —preguntó Ermanrich, con escepticismo.

—No, no. Cuando al final de su vida, llegó el momento de nombrar a su heredero, Conrad el Viejo reclamó que había estado casado con ella todo el tiempo. El primer diácono sumiso llegó a decir que ella estuvo en la ceremonia y después resultó que solo tenía diez años cuando se suponía que el matrimonio se había formalizado. Así que al final Conrad dejó un enorme legado de tierra al obispo local y ella aceptó que Dios había santificado la unión antes del nacimiento del niño. ¡Mira! ¡He abierto una rendija!

Se inclinó y pegó su nariz de proporciones perfectas a la madera, cerró un ojo y

miró con el otro por el minúsculo agujero. Después, se retiró, negando con la cabeza.

—Todo lo que veo son verrugas. Sabía que tendrían verrugas.

—Mi querido Baldwin, sentenciadas a pasar su vida en el monasterio por las verrugas —dijo Ermanrich en tono sentencioso—. Ahora quítate y déjame mirar a mí —se cambiaron los sitios.

—Calla —dijo Ivar—. Ahí llegan *lord* Reginar y sus perros.

Lord Reginar tenía un grupo de cinco «perros» —los otros novicios de segundo año— y su delgada cara le hacía parecer enfermo, sobre todo por su expresión avinagrada habitual.

—¿Qué es esto? —dijo, parándose delante de los tres chicos de primer año—. Tocó un pedacito de lino blanco muy fino con los labios como si el hedor de los primeros años le ofendiera.

—¿Estás haciendo tus oraciones diarias?

Era evidente que pretendía insinuar algo, aunque no parecía estar tan claro lo que quería decir.

Ivar contuvo una risita. Encontraba la presunción de Reginar tan patética, sobre todo comparada con la de Hugh, que siempre tenía ganas de reírse. Pero el hijo de un conde nunca jamás se reía del hijo de una duquesa y sobre todo si llevaba torques de oro en el cuello que simbolizaba su procedencia de sangre de familia real y —aunque lejano— su derecho al trono.

Ermanrich se agarró con fuerza las manos y se apoyó en la valla, cubriendo las señales que mostraban el corte. Comenzó a murmurar un salmo cantándolo como cuando rezaba.

Baldwin sonrió alegremente al mirar al joven caballero.

—Qué amable por su parte dignarse a venir a vernos hoy, *lord* Reginar —dijo sin señal alguna de sarcasmo.

Ermanrich hizo un ruido como si se estuviera atragantando.

Reginar tocó de nuevo el lino con los labios, pero incluso él, el hijo más joven de la duquesa Rotrudis y del sobrino de ambos, la madre Escolástica y el rey Henry, no era inmune a los encantos de Baldwin.

—Es verdad —dijo— que es poco probable que dos propietarios de tierras fronterizas y un hijo de un conde de segunda categoría reciban atenciones de alguien como yo todos los días, pero entonces tú tienes derecho a dormir a mi lado, como lo tienen estos otros —dijo señalando a sus aduladores, una colección inconfundible de chicos de buena familia que habían tenido la desgracia de ser consagrados al monasterio el año pasado, junto con Reginar y por necesidad, o por la fuerza, habían llegado a su estar a su lado.

—Os ruego —dijo Baldwin con dulzura— que no olvidéis a nuestro buen camarada Sigfrid, el favorito de la madre Escolástica. Estoy seguro de que a él tampoco le es indiferente el trato de favor que nos cuentas.

Ermanrich empezó a toser frenéticamente. Uno de los chicos que estaban al lado

de Reginar echó una risita, y el joven caballero se volvió y le propinó un fuerte golpe. Después se dio media vuelta y se fue, y sus perros marcharon correteando tras él.

Como era de esperar, en ese momento Sigfrid salió corriendo del dormitorio, con la cara alargada enrojecida, sus ropas de novicio torcidas. No se dio cuenta de que estaba Reginar, no llegó a darse cuenta en ningún momento. Y ese fue el peor insulto de todos, aunque Reginar nunca comprendió que Sigfrid no se enterara de nada que no fueran sus estudios, sus oraciones y, en ese momento, sus tres amigos.

—He oído las noticias más sorprendentes —dijo Sigfrid mientras se paraba junto a ellos. Se arrodilló con la facilidad que le daba la práctica de alguien que se ha pasado años levantándose y arrodillándose constantemente, como siempre admitía él mismo con alegría, desde que a los cinco años encontró su vocación de monje interno.

—Eso ha sido cruel —dijo Ermanrich.

—¿Qué era? —preguntó Sigfrid.

Baldwin sonrió.

—Pobre Reginar, ni siquiera puede soportar que su tía, la madre Escolástica, tenga como favorito al hijo de un encargado y se prodigue en favores, además de sus clases privadas, con esa criatura de humilde cuna en lugar de con su sobrino.

—Ay, querido —de repente pareció preocupado—, no pretendo que nadie me envidie, yo no he luchado por atraer la atención de la madre Escolástica y además... —se quedó mirando extasiado— tener el privilegio de estudiar con ella y con el hermano Methodius...

—Sabes lo que se dice —Baldwin intervino antes de que Sigfrid pudiese comenzar a recitar, por supuesto de memoria, algún espantoso texto matrístico escrito hace siglos de los que había estudiado hoy en la clase con la madre Escolástica.

—¿Por qué no? —dijo Ermanrich—. ¿Qué dicen?

—Que a *lord* Reginar le metieron en el monasterio solo porque su madre le detesta. Si ella le hubiera permitido ordenarse como *frater* y después ser elevado al rango de presbítero, habría tenido que visitarla cada tres años como es costumbre, mientras viva, y decidió que era mejor meterlo en el monasterio, donde nunca tendría que volver a verlo si no quería.

Ermanrich gruñó, tragó y empezó a reír sin poder evitarlo. Sigfrid miró con pena a Baldwin y se limitó a negar con la cabeza como para recordarle al otro chico que el Señor y la Señora ponían mala cara a aquellos que hablaban con rencor de otros.

—Me lo creo —murmuró Ivar.

—Lo siento Ivar —dijo Baldwin rápidamente—. No pretendía recordarte tu situación.

—No importa —dijo Ivar—. Déjalo estar. ¿Qué noticias tenías, Sigfrid? —El rey Henry viene hacia aquí, a Quedlinhame, para la fiesta de san Valentinus. ¡Esperan que llegue hoy o mañana!

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ermanrich—. Ni siquiera lo sabe Hathumod,

porque si lo supiera, me lo habría dicho.

Sigfrid se ruborizó. Su cara delataba todo, sus expresiones eran interesantes por el conflicto que existía entre su naturaleza de estudioso y su alma solitaria, por una parte, y la auténtica simpatía que había cogido por sus compañeros de promoción, por otra parte.

—Desgraciadamente, les oí. Fue un error por mi parte ¡Lo sé, pero no podía esperar a contároslo, porque sabía que te gustaría saberlo! ¡Imaginaos! ¡El rey! Baldwin bostezó. —Ah, sí. Yo ya he visto al rey.

—¿De verdad lo has visto? —preguntó Ermanrich sonriendo.

Al aparecer el maestro bajo la columnata, se pusieron en pie de un brinco y, con caras de arrepentimiento por su culpabilidad, se fueron poniendo en fila. Como novicios de primer año, se colocaron al final de la fila, por parejas. Ante ellos pasaron Reginar y sus aduladores, y delante de él, aunque odiaba que alguien caminara delante, estaban de pie, humildes, los de tercer año.

Mientras salían del dormitorio y se dirigían por el camino que les llevaba a la iglesia, Ivar estiró el cuello cuando aparecieron las novicias con hábitos de color marrón. Por hacerlo, le dieron un fuerte porrazo en los hombros con la vara de arce del maestro. Le escoció, pero el dolor le ayudó. El dolor le ayudó a recordar que era Ivar, hijo del conde Harl y *lady* Herlinda. En realidad no era monje, no lo era por vocación como Sigfrid, ni estaba resignado a su destino como Ermanrich, el sexto de siete hijos de una condesa de zonas fronterizas que, para su desgracia, nunca había dado a luz a una niña; por ello, había tenido que nombrar heredero a su hijo mayor y después, a toda prisa, enviar a los demás chicos a la iglesia para que no pudieran impugnar el ascenso de su hermano a la categoría de conde después de la muerte de ella. Al contrario que Baldwin, no había huido de un matrimonio no deseado suplicando ingresar en la iglesia.

No. Había sido obligado a ponerse la capucha de novicio. Obligado porque amaba a Liath y ella lo amaba, y él la habría apartado de Hugh y esta era la forma que tenía Hugh de vengarse de Ivar.

No. No le importaban el dolor o los rigores de la vida de novicio. El dolor, incluso el de la vara de sauce, recordaban diariamente a Ivar quede alguna manera se vengaría de Hugh y liberaría a Liath de las garras de Hugh. No importaba que, aunque fuera un bastardo, Hugh estuviese por encima del hijo pequeño de un conde. No importaba que la madre de Hugh, una poderosa margrave, fuera una favorita reconocida del rey Henry.

Al odiar Quedlinhame, Ivar se mantenía lo suficientemente fuerte para odiar a Hugh. De alguna forma, de alguna manera, Ivar se vengaría.

Corazón Sangriento tenía hijos. Con el tiempo, Sanglant aprendió a reconocerlos por los adornos que llevaban. Solo los hijos de Corazón Sangriento podían incrustarse gemas en los dientes, las faldas de malla que llevaban, más complicadas que las puntillas, eran doradas con oro y plata y tejidas con piedras brillantes y joyas que destellaban, una punta de flecha estilizada de ocre rojizo, símbolo de la hegemonía de su padre, ocupaba un lugar prominente en el modelo de la pintura llena de colores con la que decoraban sus torsos.

Cuando llegó el otoño y la enorme nave de la catedral se hizo cada vez más fría, los hijos iban y venían de su lugar privilegiado delante de la pesada silla de Corazón Sangriento. Emprendieron las expediciones de las que trajeron oro, ganado, esclavos y una cosecha de interminables y fascinantes artículos pequeños: una pluma hecha con una pluma de águila, un largo de pieza de seda azul cielo, una espada con una empuñadura de oro decorado, floreros hechos con cuernos o con mármol, una flecha adornada con las plumas de color gris acero de un grifo, un colgante de turquesa grabado con estrellas de seis puntas con incrustaciones de oro, una patena de plata, un anillo con un camafeo de heliotropo, un mantel de lino bordado en seda, astillas de fuego de dragón osificado, afiladas para conseguir delgadas hojas, un conjunto de cuentas verdes, lágrimas de ángel translúcidas pulidas y ensartadas en forma de collar, cortinas de seda para doseles y almohadas forradas de seda. Corazón Sangriento lanzó una de las almohadas a Sanglant, pero los perros la destrozaron y durante el resto del día flotaron en el aire trozos del relleno de pluma.

Uno de los hijos frecuentaba la catedral más que los otros y Sanglant no sabía si era por ser favorito o por estar en desgracia. Se le distinguía muy bien de los otros porque llevaba en su pecho un Círculo de la Unidad de madera, del cual no cabía duda que se trataba de un trofeo que le había arrebatado a un muerto, y una vez al día se había impuesto a sí mismo la rara costumbre de supervisar al esclavo que llevaba el cubo y los trapos para limpiar el lugar en el cual Sanglant se aliviaba en el límite que le permitían las cadenas.

Sanglant soportaba esta humillación en silencio. De alguna manera, era una deferencia que no tuviera que llegar a algo peor que lo que ya soportaba.

Pero Corazón Sangriento era caprichoso, o quizá le venía bien minar así.

Día a día llegaban más eikas hasta que hubo tantos que inundaron la catedral.

Eran como una multitud de langostas, todos molestándolo con las puntas de las lanzas, con escupitajos, enviando a los perros a luchar contra él hasta que la túnica que se había envuelto en los antebrazos quedaba hecha trizas en el suelo y su piel era un cúmulo de roces y mordiscos sangrantes. Algunos perros morían, y se los comían los otros y, al final, él también comía; no podía desperdiciarlo porque tenía muy poco. Los perros que huyeron los mataron sus compañeros de manada.

En aquellas batallas, los eikas lo vitoreaban, llamándole y gritando para animarle. Dado que él entendía tan poco de su idioma, no podía saber si lo que querían era que muriera o que el hecho de que viviera les proporcionaba diversión. Cantaban hasta altas horas de la noche y no parecía que necesitasen dormir, ni siquiera que pudieran dormir, con los perros poniéndole a prueba y los más curiosos acercándose a mirarle, señalarle y aullar riéndose al ver al príncipe semihumano entre los perros.

Corazón Sangriento se sentó y miró desde su trono, y su sacerdote se agachó a su lado, raspándose las cicatrices de su pecho esquelético una y otra vez, haciendo rodar huesos para leer el futuro, acariciando el pequeño arcón de madera que siempre llevaba consigo.

Pero al final, un día que era cálido por el calor que irradiaban los cuerpos y frío por la sombría luz que se colaba por las ventanas, Corazón Sangriento se levantó y aulló para que le atendieran.

—¿Quién de vosotros me ha traído el mayor tesoro? —gritó, o eso es lo que le pareció a Sanglant, porque de golpe los hijos se adelantaron con impresionantes tesoros, algunos de los cuales ya los había visto Sanglant; otros eran nuevos, como cálices de oro, un collar de esmeraldas, una espada tan impresionantemente bella y de una elegancia arrolladora que debía de proceder de las forjas del este; un velo de una mujer, tejido con tanto talento que podría haber sido una tela de araña descolgada de una rama y adornada con plata y perlas; anillos llamativos con piedras preciosas; un relicario de marfil, oro y perlas; un estuche qumano con flechas.

Sanglant cerró los ojos. Tuvo que echarse hacia adelante y apoyarse sobre sus manos al sobrevenirle un vivo recuerdo de Liath paseando delante de él por los establos con su cuerpo engalanado con un estuche de flechas en el que tenía grabado un grifo devorando a un ciervo. El recuerdo fue tan vivo que le hizo temblar. Los perros, que siempre estaban atentos a cualquier señal de debilidad, gruñeron. Corazón Sangriento espetó algunas palabras, y Sanglant se puso de pie, listo para luchar. Que nunca se dijera que no luchaba hasta agotar sus últimas fuerzas.

Pero la atención de Corazón Sangriento estaba centrada en otra cosa. Llamó a uno de sus hijos para que se presentara ante él, el que llevaba el Círculo. Este, joven y erguido, no era tan corpulento como sus hermanos, pero aun así tenía algo que era distinto, algo que Sanglant reconocía pero no sabía cómo llamarlo, a menos que fuera inteligencia.

Corazón Sangriento señaló los tesoros esparcidos a sus pies como si fueran hojas. Habló, señalando a este último hijo suyo. ¿Qué había traído?

El otro eika aulló y los perros empezaron a ladrar y a aullar respondiéndole. Nunca se le había permitido salir de la ciudad, por lo que este hijo eika difícilmente podría encontrar y traer tesoros. Pero quizá estaba castigado y este era, finalmente, el momento que Corazón Sangriento había elegido para decírselo.

El joven eika estaba de pie, tranquilo, ante el escándalo de aullidos e irrisión. Al final, al ver que no le habían acobardado, se callaron. No habló inmediatamente, esperó y cuando habló, solo lo hizo dirigiéndose a su padre y sorprendentemente en un buen wendiano.

—Te traigo el tesoro más preciado —dijo, con la voz tan suave como el sonido de las flautas hechas con huesos que Corazón Sangriento tocaba todos los días—, la sabiduría.

—¡Sabiduría! —Corazón Sangriento sonrió, dejando ver sus gemas brillando—. ¿Qué puede ser eso?

—¿Cuál de tus hijos puede hablar la lengua de los humanos?

—¿Por qué deberían hacerlo? ¿De qué nos valen a nosotros los humanos? Son débiles y como tales morirán. Les robaremos lo que queramos y seguiremos nuestro camino.

—Todavía no han muerto —no miró a Sanglant—. La humanidad es tan numerosa como las moscas en un muerto. Aunque somos más fuertes, somos menos.

Murmurando, los otros estaban inquietos al escuchar una conversación que pocos entendían.

—¿Y qué importa si somos menos? —dijo Corazón Sangriento—. ¿Si somos más débiles? —Pero todavía hablaba en wendiano para sorpresa de Sanglant—. ¿Qué importa eso mientras podamos matar a veinte por cada uno de nosotros que muere?

—¿Por qué tenemos que matar a tantos si pudiésemos ganar más con menos muertos?

La risa de Corazón Sangriento resonó durante un buen rato, como un eco en la nave. De repente, escupió a los pies del joven eika.

—Vuelve al fiordo de Rikin. Eres demasiado joven para quedarte aquí más tiempo. Tu cautividad te ha debilitado, y no tienes la fuerza suficiente para luchar en esta guerra. Ve a casa y descansa con las madres. Demuestra allí tu valía en las tierras de los fiordos, somete a las otras tribus y ponías bajo mi mando, y quizá te deje volver. Pero mientras me contraríes, no dejaré que ninguno de mis otros hijos hable contigo en la lengua de la gente de verdad, solo en la lengua de los débiles. He dicho.

Se dio la vuelta, escupió hacia Sanglant y se sentó en su trono. El sacerdote tradujo sus palabras con voz temblorosa, y después empezó el alboroto, a un volumen tan alto, con aullidos, risas y palabras ásperas, con el roce y el estrépito de las empuñaduras de las lanzas sobre la punirá y las patadas sobre el suelo que Sanglant ensordeció.

El principillo eika se mantuvo firme, ajeno a los insultos y los improperios. Cuando por fin Corazón Sangriento empezó a repartir regalos a sus soldados

favoritos, salió, solo, sin hacer ruido, sin mirar atrás, hacia el mundo iluminado más allá de la cárcel de madera y piedra. Un soplo de viento tocó los labios de Sanglant, lo saboreó, la humedad de la lluvia casi dolía al caer sobre su lengua seca.

Libre de marcharse, aunque estaba castigado.

La locura volvió cuando las nubes taparon el sol. Pero esta vez luchó contra ello, luchó para no sucumbir a ella. No quería caer en ella delante de tantos, un animal de verdad. Pero los perros se pusieron alrededor de él, y la nube negra bajó, y él olvidó todo excepto su miedo a estar encadenado allí para siempre.

Una brillante luz otoñal entró a través de las ventanas de la *schola*, sumiendo a Ivar en un calor tan soporífero que cabeceaba, después se volvió hacia atrás para atender cuando el maestro pasó por su lado.

—*Mundus, munde, mundi, mundo, mundum, mundo*, Ivar. Por cierto, si lo intenta con denuedo, podría hablar dariyano fácilmente. Ermanrich, atienda. Ah, sí, Baldwin, por supuesto que va usted bien, solo necesita practicar más. Verá, aquí es *mundi*, no *mundo*, en genitivo.

El maestro se dirigió a los novicios de segundo año, cuyo estudio del dariyano, el idioma del antiguo imperio y ahora el de la Iglesia daisanita era más avanzado que el de los primeros años, todos menos Sigfrid, que hablaba y leía dariyano con fluidez.

Ivar bostezó y estampó minuciosamente la palabra sobre la tablilla de cera. Escribía y leía con lentitud, y aprendió el alfabeto cuando dejó el mundo y entró en el monasterio. *Mundus*, el mundo, Ivar deseaba con todas sus fuerzas estar en el mundo en ese momento. Se movió, intentando acomodarse en el duro banco de madera, pero por supuesto era imposible. Se suponía que en el monasterio uno no iba a estar a gusto, sino al contrario, siempre se tenía una sensación de incomodidad por la falta de mérito de uno mismo ante la majestuosidad de Dios.

Sin embargo, si se deslizaba hacia delante, podía inclinarse algo más hacia la luz del sol que daba sobre la mesa. El calor del sol se notaba en el tejido áspero de su hábito. Durante un rato el calor fue indescriptible. Ivar se quedó dormido encima de la tablilla mientras el maestro, enseñando a la fila de los novicios de tercer año, siguió con la perorata del estilo elegante de la *Ciudad de Dios* de santa Agustina.

Algo empujó suavemente el pie de Ivar, y él gruñó y se despertó, soltando la pluma. Cayó al suelo de piedra y el sonido de su impacto en la silenciosa habitación resonó en sus oídos con tal estruendo como si los enormes pilares de piedra de la iglesia se hubieran derrumbado.

Pero ese día, la fortuna le acompañaba porque ayer, cuando le cogieron mirando a las novicias, ella no estaba. Ermanrich, que era quien le había despertado, le hizo una señal con la mano que tenía libre:

—Mira.

El maestro se había dirigido a la puerta y en ese momento estaba hablando en voz baja con el hermano Methodius, prior de la mitad monástica de Quedlinhame y el

delegado de la madre Escolástica. Al final, se volvió para vigilar a sus alumnos y dijo:

—Levantaos.

Obedientes, se levantaron. Ivar se agachó para recoger la pluma del suelo y la colocó al lado de la tablilla, y esta vez quedó exento del castigo que normalmente le correspondería por su descuido.

—Venid —el Hermano Methodius dio unos pasos hacia delante—, os van a conceder el honor de asistir a la llegada del rey Henry. Permaneced en silencio, os lo ruego, y con la cabeza inclinada en señal de humildad —sus ojos brillaban y a Ivar le pareció que el hermano evitó sonreír—. Sin duda, nuestro Señor y Señora os perdonarán que miréis una sola vez el esplendor del avance del rey cuando pase, si no sois lo suficientemente fuertes para resistir la tentación.

Se comunicó por señas en el lenguaje de signos que todos los monjes conocían.

—Venid.

Los novicios formaron filas rápidamente, porque ya tenían bastante práctica en obedecer. Pero incluso los ojos de Sigfrid estaban abiertos con sobrecogimiento al pensar en ver al rey.

Por supuesto, Ivar nunca había visto al rey. El Descanso del Corazón y la Marca Norte de Wendar estaban demasiado al norte, demasiado lejos y eran demasiado pobres para que el rey se interesase mucho por ellas; se dejó a los condes de la Marcha Norte que gobernasen como quisieran, a menos que ese gobierno entrase en conflicto directo con la autoridad del rey. A lo largo de la vida de Ivar eso no había ocurrido, pero su padre, el conde Harl, era capaz de recordar débilmente una expedición de los Dragones del rey, su caballería de élite, para aplastar una rebelión del norte en la época del joven Arnulf, hace muchos años.

Aquí, en Quedlinhame, por supuesto, podía confiar en ver al rey con frecuencia. El rey Henry prefería pasar la Semana Santa en la fundación gobernada por su hermana, la madre Escolástica, y habitada por su madre viuda, la reina Mathilda, que ahora era monja. En otoño, época actual, a menudo el rey y su corte descansaban aquí camino de los pabellones reales de caza del bosque de Thurin.

¡El rey! Incluso Ivar, que intentó con gran denuedo que no le gustara nada de Quedlinhame excepto sus nuevos amigos, no podía evitar estar entusiasmado. Mientras bajaban los escalones de la clase y salían del dormitorio, se dio cuenta, como si fuera la primera vez, de que el gran monasterio se había convertido en un lugar que bullía de actividad.

Los criados barrían el suelo o encalaban los muros exteriores. Las mujeres ventilaban las mantas y las camas de plumas de las casas de huéspedes. En las cocinas, había carros colocados en filas ordenadas esperando, con el fondo lleno de verduras, barriles de cerveza, cestas de trigo y centeno molido, y vasijas de miel. Al lado del foso de sacrificio, había jaulas de pollos amontonados y media docena de criados trabajaban febrilmente, cortando cabezas, mientras que otros llevaban los

pollos muertos a enormes tanques de agua hirviendo y los lanzaban para escaldarlos y desplumarlos. Había cerdos y ganado bovino escurriendo, colgados de las vigas del cobertizo del matadero. Los fuegos de la panadería crepitaban y el olor de la cocina impregnaba el aire.

La fila de novicios se unió a la de los monjes reunidos y caminaron juntos bajo el gran arco que había en la entrada. Hasta la época del primer Henry, Quedlinhame había sido una fortaleza, parte de la enorme herencia que su esposa, Lucienna de Attomar, había llevado a su matrimonio. Juntos, habían dedicado la fortaleza y su única hija Kunigunde a la iglesia y a los dieciséis años se había convertido en primera abadesa, primera madre, del convento de Quedlinhame. Durante su largo mandato, la fundación se había ampliado y habían llegado monjes, cuya desafortunada ambición había hecho, al final, que llevaran a Ivar a esta prestigiosa fundación contra su voluntad.

Ni siquiera estos pensamientos perturbadores podían hacerle perder su entusiasmo mientras la comunidad entera salía del recinto en un obediente silencio y bajaba de la colina por la avenida de piedra que atravesaba el pueblo. Salieron, traspasando los muros de la ciudad y siguieron por la calzada al menos un kilómetro y medio. Pasaron por delante de los vecinos, que estaban en los márgenes de la calzada y habían interrumpido sus tareas para acudir con sus hijos a presenciar la llegada del rey. Allí fuera, los campos recién plantados con el trigo de invierno, tenían el aspecto típico del otoño, la tierra era marrón y en los surcos se veían los brotes verdes tiernos.

Detrás se elevaba la gran colina sobre la cual se erigía la antigua fortaleza que ahora era el monasterio; las torres de la iglesia se alzaban atravesando el intenso azul del cielo, hacia Dios. Se pararon a ambos lados de la calzada, dos filas de hermanos y hermanas de la iglesia con vestimentas sencillas y los numerosos criados seculares que les servían y, Dios sabe, quizá doscientas almas en total.

Antes de ver llegar el avance del rey, Ivar lo oyó llegar por el murmullo producido por muchos pies, cascos y ruedas desplazándose; notó una sutil vibración como un temblor que surgía por las suelas de los pies; sus cantos, muchas voces unidas en un alegre salmo.

La fuerza de sus voces unidas, su poder, le hizo temblar de alegría; un servicio religioso o la salmodia y el canto de los monjes y monjas al unísono en Quedlinhame no le había hecho sentir esa repentina fuerza que le separaba de su persona y le hacía convertirse en otro, alguien que podría unirse a la *concordia*, la fuerza que se reunió allí por la presencia del rey.

Canto a la lealtad y a la justicia.

A vos elevo este salmo,

Nuestro Señor y Señora, que sois el Dios de la Unidad

Seguiré un camino sabio y sin mácula

Me ocurra lo que me ocurra

*Me dirigiré a mí casa con el corazón puro
No me dedicaré a ningún propósito miserable.
Odiaré la deslealtad.
Acallaré a aquellos que hablen a espaldas de los hombres.
No me sentaré a la mesa con aquellas que sean orgullosos y presuntuosos.
Elegiré a los más leales como compañeros;
Mis criados serán personas cuyas vidas sean intachables.
Una mañana tras otra acallaré a todos los hombres malvados
Y me alegraré inmensamente de todo lo bueno que hay en la tierra de
Dios.*

El maestro siempre instaba a sus alumnos a que mantuvieran la *cabeza* inclinada y los ojos mirando al suelo, porque así parecían más pequeños y daban a entender su insignificancia. Pero cuando la cabalgata se acercó lo suficiente para oír los débiles ruidos que hacían cien o más almas desplazándose, Ivar no lo pudo evitar. Tuvo que mirar.

Ermanrich se revolvió a su lado y Baldwin contuvo un fuerte suspiro de sorpresa. Solo Sigfrid mantuvo su cabeza inclinada con obediencia.

Un Águila del rey cabalgaba delante como mensajero. Llevaba la capa bordada en rojo y el emblema de bronce de un Águila, y miraba fijamente de frente al camino; tenía una expresión dura, interesante, los hombros anchos y la mirada de una persona segura del puesto que ocupa y de su nombre en el mundo. En la mano derecha llevaba un asta, con el mango metido en su bota. De dicha asta colgaba el estandarte del rey que caía ondulándose hasta taparle casi la mano, pues no hacía viento que pudiera moverlo.

Detrás de ella venían seis jóvenes nobles, quienes ese día habían tenido el honor de ocupar la cabeza del desfile. Ellos también llevaban banderines, uno por cada uno de los ducados que estaban bajo el mandato de Henry. Saonia, Fesse, Avaria, Varingia, Arconia y Wayland. Ivar pensó que los cuatro chicos y las dos chicas tendrían la misma edad que él; la chica que llevaba el estandarte de Arconia tenía el pelo tan rubio como el trigo y los dedos tan delicados que no comprendía cómo podía coger el mango del banderín. Se preguntaba de quién era la hija. Si le hubieran dejado ir a la corte, en lugar de a Quedlinhame, podría haber cabalgado con orgullo inherente de una *adventus*, una llegada como esa. Volvió a mirar a los jinetes que iban detrás de los banderines.

En este grupo de nobles, cada uno iba ataviado esplendorosamente con túnicas de finos bordados y adornos de lino, con botas de piel refinada, con bonitas capas adornadas con piel o capas de lana de un bello colorido, sus ojos pasaron inmediatamente a mirar al rey Henry. Ivar nunca lo había visto antes, pero supo al instante que el hombre de mediana edad que cabalgaba en el centro era el rey, aunque no llevaba corona. No la necesitaba. El peso de su autoridad era como un manto que

cubría sus hombros. La ropa que llevaba no era ni más sencilla ni más opulenta que la de los demás, un príncipe entre muchos, pero el cinturón de piel que rodeaba su cintura, grabado con los símbolos de cada uno de los ducados que formaban el reino de Wendar y Varren, y los abundantes y sutiles gestos de respeto de los demás hacia él, le proclamaban *prima íter pares*, el primero entre iguales. A lomos de una bonita yegua zahína, observaban a los monjes con capucha y a las monjas, muchos de los cuales seguían mirando fijamente al suelo en señal de firme aprobación de su humildad.

Nada más pasar las filas de los novicios, se percató de la mirada de Ivar. Una ceja real se arqueó, en señal de intriga o de censura. Ivar se puso rojo y bajó la mirada.

Vio cómo pasaban ante él pies con botas, oyó las voces renovadas de muchos hombres que se unían al cántico. Los Leones del rey tenían que gozar del privilegio de ir justo detrás del rey. Se pararon súbitamente y su canción se interrumpió, solo se percibía la tranquilidad de un bonito día de otoño, el crujido de la piel, la inquietud de los caballos en la fila, el ladrido de un perro.

Ermanrich se puso al lado de Ivar y susurró a Baldwin:

—Ojalá estuviera más cerca.

Asustado, Ivar levantó la vista al mismo tiempo que lo hizo Sigfrid. Su visión estaba parcialmente tapada por las filas de Leones, hombres robustos vestidos con atuendos de guerra y tabardos dorados marcados con un león negro, pero más allá de las *milites*, los luchadores, y los nobles, el rey había seguido cabalgando con un solo Águila para ir a saludar a la madre Escolástica.

También iba montada, como corresponde a una mujer de sangre real que va a saludar a su hermano, en una mula cuya malla era de un gris tan sutil que parecía casi blanco. Con sus vestiduras de azul oscuro, adornadas solo con el Círculo de la Unidad dorado que colgaba de su pecho, con el pelo recogido hacia atrás con una bufanda blanca y su cara cándida y tranquila, tenía un aspecto tan regio como su hermano mayor. Por supuesto, no era adecuado que una mujer de su posición eclesiástica desmontara para saludar a nadie excepto a la skopos pero tampoco iba a desmontar el rey para saludarla. Así pues, el rey había seguido adelante con su yegua para saludarla y ahora, con los dos animales, uno al lado del otro, los hermanos se inclinaron y se dieron un beso familiar, uno en cada mejilla como saludo.

—Y si —continuó Ermanrich susurrando— cogieras la vara de sauce del profesor Labios Fruncidos...

Baldwin empezó a reírse.

—... y le dieras un golpe rápido a la yegua en los cuartos traseros, ¿qué crees que pasaría?

Sigfrid resopló y se tapó la boca con la mano. Ivar estaba tan aterrorizado con la idea de Ermanrich de que la madre Escolástica o el rey hiciesen el ridículo al echar a correr el caballo, que empezó a reírse.

Esa misma vara de sauce atizó su trasero y dio un grito. Entonces Ermanrich dio

un grito ahogado mientras a él también lo llamaban al orden.

—Estaos callados —susurró el maestro, colocándose él mismo detrás de los cuatro chicos. Por supuesto no vareó ni a Baldwin ni a Sigfrid, y el pobre Sigfrid parecía terriblemente culpable porque ¿no se había reído él también con la broma de Ermanrich? Ivar se mordió el labio evitando llorar, le dolía el trasero. Ermanrich tenía la sonrisa picara de siempre. Tenía bastante autocontrol y raras veces dejaba ver ninguna señal de dolor. El maestro se aclaró la voz e Ivar se apresuró a bajar la vista mientras el rey y su hermana se iban, y la mula de ella la dirigía un esclavo para que la abadesa y el rey pudieran continuar su camino de subida juntos hasta el monasterio.

Los Leones fueron pasando por delante de donde estaba Ivar, después el resto del séquito, una marcha de pies y cascos y el estruendo de los carros. Al fondo, en la ciudad, la gente gritaba y exclamaba elogios al rey.

A Ivar todavía le dolía el trasero. Casi podía sentir al aliento del maestro en su cuello, aunque ya se había ido. Una súbita sensación como el susurro de un disparo de elfo hizo que le picase el cuello. Levantó la vista, porque si no, se la hubiese perdido.

—¡Liath! —Casi se cae hacia delante. Los otros tres chicos levantaron de golpe la cabeza y se quedaron mirando. Baldwin silbó entre dientes.

—¡Liath!

Nunca podría confundirla por alguien distinto: morena, piel morena de color dorado, su altura y su cuerpo esbelto. Llevaba la capa y el emblema de un Águila del rey. *¡Llevaba la insignia de un Águila del rey! De alguna forma se había liberado de Hugh.*

Un sentimiento horrible, la envidia, le consumía. *¿Quién la había ayudado?* No quería compartir esa historia, compartir su gratitud con nadie. ¿Se había liberado ella misma? Seguramente no. Hugh nunca la habría dejado irse. Quizá Hugh estuviese muerto; pero ni siquiera ese pensamiento le satisfizo. Él, Ivar, hijo de Harl y Herlinda, debe ser el único que mate a Hugh, o mejor, le humille.

Al pasar los carros retumbando, solo podía mirar su espalda mientras la perdía de vista, sus trenzas que colgaban en una densa línea hasta la cintura. Miró detenidamente las filas de los monjes con capucha, que tenían la cabeza inclinada en señal de modestia para que nadie pudiera verles la cara. Ella sabía que él estaba allí, ¿verdad? Seguramente se acordaba de que le habían enviado a Quedlinhame, solo porque había tratado de ayudarla.

Mientras veía cómo se alejaba cabalgando, casi lloró, aunque estaba tan alegre que creyó que en su cara debía notarse. Cuando pasaba la última fila de criados seculares, dejó de mirar y desvió la mirada al frente, fija en algún punto, quizá en las torres de la iglesia cuyos tejados dorados destellaban con el sol del mediodía. La perdió mientras el avance del rey entró en Quedlinhame y el séquito formado por carros, productos alimenticios, criados, caballos de repuesto, tiendas, mobiliario, toda

la larga y pesada cabalgata que necesitaba el rey, avanzaba, haciendo que se le metiera el polvo hasta en los dientes.

Todavía seguía mirándola fijamente, mantenía su cabeza levantada mientras pasaba el largo séquito, el último cortesano y sus criados al final. Los miró a todos buscando a Hanna. Hanna había jurado quedarse cerca de Liath. Pero no había ni rastro de ella.

La vara de sauce le sorprendió. Esta vez le golpeó en los hombros y gritó muy fuerte porque le dolió mucho.

—Es indecoroso mirar —dijo el maestro con frialdad—. Te haces notar.

Ivar se mordió los labios para no contestar. *Ahora no puedo enfadarme. Ahora debo hacer planes.* Liath había venido a Quedlinhame y aunque los novicios raramente salían de su dormitorio y del patio, a pesar de que siempre estaban bajo una estrecha vigilancia, él encontraría una forma de que Liath supiera que él estaba allí. Encontraría una forma de verla, de hablar con ella, de tocarla.

Incluso pensar algo así ya era pecado.

Pero no le importaba.

La última parte del séquito pasó. Los monjes y las monjas se colocaron detrás. Las campanas sonaron en Quedlinhame. Algunos de los que iban a la cabeza de la procesión empezaron a comunicarse por señas, y los demás hicieron lo mismo mientras volvían caminando a la ciudad, siguiendo al rey.

*Oh, Dios, da al rey tu justicia y
da tu rectitud al heredero del rey para
que pueda juzgar a tu pueblo con justicia
y repartir justicia a los pobres y a los que sufren.*

A esas alturas, la calzada era una asfixiante masa de polvo que se arremolinaba y al que en nada contribuían las gentes del lugar histéricas que se aglomeraban detrás de la fila de monjes y monjas. Su entusiasmo constituía en sí mismo un ser enorme, peligroso, y alegre. ¿No era este el rey? Después habría una ceremonia, una vez que el rey se hubiera lavado y hubiera saludado a su santa madre en habitaciones más tranquilas. Después, en la iglesia del pueblo habría una misa cantada y entrarían todos los vecinos que cupiesen para ver al rey vestido y coronado con el esplendor real, su presencia sagrada serviría como recuerdo de la gracia divina de Dios y del poder terrenal de Henry. Después de la fiesta de san Valentinus de mañana, las gentes del pueblo podrían presentar sus quejas que atendería personalmente el rey, porque se quedaría en la ciudad para la noche de *Halloween* y los días sagrados de Todas las Almas y Todos los Santos que vendrían después. Solo entonces podrían continuar cabalgando al bosque de Thurin, en el que cazarían. Ivar los envidiaba por su libertad para cazar.

Pero él también tenía que cazar algo. De alguna forma, en algún momento, en

medio del entusiasmo de los tres días siguientes, el profesor Labios Fruncidos relajaría su atención. Se le olvidaría vigilar tan estrechamente. De alguna forma, Ivar encontraría la forma de ponerse en contacto con Liath.

Liath había buscado entre la fila de monjes que estaba en el borde de la calzada pero seguían con la cabeza inclinada. Así que siguió su camino hacia Quedlinhame, atravesando la ciudad y subiendo por una calzada que serpenteaba y llevaba a la cumbre de la colina en la que había espesos muros que protegían a los monjes y las monjas de las tentaciones del mundo, eso le había dicho su padre. ¿Habría sido él en algún momento un hermano?

Más allá de la puerta del monasterio, los criados seculares cogieron a los caballos y los llevaron a los establos. Ella fue tras ellos, le quitó la silla de montar al caballo y se la colocó el hombro. Entonces escuchó a alguien pronunciar su nombre por encima del clamor de caballos y carros.

—¡Liath! —Hathui la saludó.

Liath se abrió paso entre la muchedumbre, evitando a un galgo inglés de caza que estaba mordiendo el extremo de una correa, y pisando un montón de excremento de caballo reciente, mientras esperaba a una dama noble que todavía estaba montada en un bello caballo gris castrado que estaba cruzado delante de ella.

—Ven. Tenemos que ayudar al rey —Hathui se estiró la túnica y enderezó la insignia de latón que tenía prendida en su capa. Después miró a Liath torciendo el gesto—. Deberías haber dejado los aperos con el caballo. En un convento estarán a salvo, ¡faltaría más!

Liath esbozó una sonrisa.

—Lo hice sin pensar, los cogí sin más.

Hathui enarcó una ceja. No era una mujer a la que se pudiera engañar fácilmente ni que se creyera las tonterías.

—¿Qué llevas ahí que tiene tanto valor para que nunca te separes de la bolsa?

—¡Nada! —Respondió con demasiada rapidez. Liath se colocó la alforja sobre los hombros, apartando el morral de la espalda, donde se había enganchado con el carcaj del arco.

—Nada especial para nadie, pero para mí sí que lo es. Algo que papá me dejó. Lo único que me queda de él.

—Sí, eso me has dicho otras veces —contestó Hathui con el tono de alguien que no cree lo que está escuchando—. Pero si a Wolphere no le importa, entonces a nadie debe importarle. Puedes arreglar este asunto con él cuando vuelva.

Lo cual, con la ayuda de la Señora, podría ocurrir dentro de algunos meses. Aunque echaba muchísimo de menos a Hanna, Liath no lamentaba que no pudiera ver a Wolphere hasta el próximo año, cuando él y Hanna volvieran a cruzar las montañas de Darre y volvieran a estar en el avance del rey. Le gustaba Wolphere pero no podía confiar en él.

Los monjes pasaron por la puerta. Ella buscó la cara pálida y conocida de Ivar.

—Ven, ven Liath. Somos nosotros los que esperamos al rey, no él a nosotros. ¿Qué estás mirando con tanta atención?

Liath soltó la mano de la vieja mujer y siguió a su lado mientras cruzaban el campo. Al frente, el rey y unos cuantos criados en los que tenía mayor confianza se reunieron en las escaleras que llevaban al pórtico de la iglesia.

—Conozco a un novicio aquí...

—Ivar, el hijo del conde Harl y de *lady* Herlinda.

Liath la miró con acritud.

—¿Cómo lo sabías?

—Hanna me lo dijo. Me contó todo sobre Ivar, su hermano de leche.

Dolía que Hanna hubiera forjado una amistad así con esa mujer ruda de la zona fronteriza, daba envidia. A Liath le gustaba Hathui, pero nunca se sentiría cómoda con ella. No se atrevía a confiar en nadie que hubiera encontrado después de la muerte de papá. Ya no confiaba en nadie excepto en Hanna. Probablemente excepto en Ivar, en caso de que lo encontrara.

Nadie, excepto Sanglant, y él estaba muerto.

—Nunca llegué a saber ni siquiera si había sobrevivido —masculló entre dientes.

—¿Qué? —preguntó Hathui. Liath negó con la cabeza, sin responder—. Hanna dijo que Ivar te quería. —Añadió Hathui con un tono de voz distinto—. ¿Todavía te sientes culpable de que Hugh lo condenase a ser monje de por vida aunque esa no fuera su voluntad en absoluto? ¿Solo porque a Hugh le estorbaba?

—Hanna te contó muchas cosas —dijo Liath con la voz entrecortada por la emoción.

—Somos amigas, como lo somos tú y yo, pero tú eres una criatura distante, rara, más parecida a un espíritu fantasioso que a una mujer.

Hathui se calló, no porque deseara evitar ofender a Liath, ella dijo lo que quiso y lo hizo sin mala intención, sino porque habían llegado a donde estaba el rey. El rey Henry se dio cuenta de que estaba Hathui y con un gesto le indicó que caminase detrás de él mientras procedían a entrar en la iglesia. Liath tropezó con sus pies y se levantó rápidamente, sin saber hacia dónde caminar excepto detrás de Hathui. En medio de tantos nobles, podía consolar su dolor en privado porque para los caballeros y damas nobles, ella era un moro apéndice del rey, como lo eran la corona, el cetro o el trono, no una persona en la que tuvieran que reparar. Era solo un Águila, un mensajero al que se podía enviar a alguna misión ni antojo del rey.

Hanna tenía todo el derecho a decirle a Hathui lo que quisiera, a contar con

Hathui como amiga. Wolfhere y Hathui y el pobre Manfred que estaba muerto, las tres Águilas que la salvaron de Hugh, seguramente sabían o suponían cómo era su relación con Hugh, sabían que había estado en su cama a pesar de que él era un *frater* sagrado y como tal su vida estaba dedicada a la Iglesia, de que había pasado la noche con ella cuando era una niña y de que por desobedecerle casi la mata a golpes, y después de eso ella había tenido un aborto. Al final, agotada por el cansancio y el miedo, le había dado el *Libro de secretos* y todo lo que eso significaba: su sumisión a él.

Solo la llegada de Wolfhere y sus dos compañeros Águilas la había salvado. En realidad la rescataron, no se había escapado ella. Liath levantó la vista para mirar la robusta espalda de Hathui, que se había puesto a andar justo detrás del rey. Hathui nunca había tratado a Liath con falta de respeto ni la había despreciado, a pesar de saber que había sido esclava y concubina de un hombre de la iglesia. Hathui podría ser solo la hija de un propietario, pero los propietarios de las zonas fronterizas tenían fama de ser orgullosos. El rey se había dignado concederle su favor a Hathui. Durante los cuatro meses en los que Hathui había seguido el avance del rey, había visto cómo habían llamado a Hathui con frecuencia para que estuviera al lado del rey, cómo de vez en cuando él la pedía consejo sobre algún asunto. Eso era un símbolo de honor para alguien que era hijo de granjeros corrientes.

Sí, Hanna tenía todo el derecho de considerar a Hathui una amiga. Pero ese miedo constante molestaba a Liath. ¿Y si Hanna prefería a Hathui? ¿Y si quería menos a Liath porque quería más a Hathui? Era un sentimiento malo y débil hacia Hanna y Hathui. Ahora Liath podía incluso oír lo que papá diría si viviera al oír una confesión de ese tipo: «Un rosal puede florecer más de una vez cada temporada».

Pero papá estaba muerto. Asesinado. Y Hanna era lo único que le quedaba. No quería perderla de ninguna manera.

Papá habría dicho: «No tiene sentido preocuparse por el burro si está seguro dentro del cobertizo y tienes pollos que poner a salvo del zorro».

En ese momento, miró hacia atrás y le lanzó una sonrisa tranquilizadora. Entraron en la iglesia. Dentro de la nave había una claridad sorprendente, un gran espacio con el techo de madera de vigas transversales que formaban un tablero de ajedrez. La luz entraba por una fila doble de ventanas en forma de arco que había en lo alto del muro, bastante por encima de las columnas decorativas que cubrían la nave. El grupo iba avanzando con solemnidad para que Henry y su hermana pudieran arrodillarse ante el Descanso. Liath miraba las filas de columnas paralelas, dos redondas y una cuadrada que constituían la nave central. Los capiteles estaban adornados con águilas, dragones y leones, talladas con delicadeza en la piedra, estos símbolos de poder servían para recordar a los visitantes y a postulantes de ese tipo quién reinaba aquí, por encima del cual solo estaba el Dios de la Unidad. El pavimento del suelo era de granito amarillo y pardo pálido. Como superstición, intentó no pisar ninguna de las grietas que había entre las losas.

El rey subió los escalones que había en el extremo de la nave y se arrodilló ante el Descanso. Liath se arrodilló junto a los otros, a muchos de los cuales no les quedaba otro remedio que arrodillarse como podían. Su rodilla estaba sobre el extremo de la capa de Hathui de forma que la pobre mujer no pudo arrodillarse cómodamente, pero la iglesia estaba tan en silencio que Liath no se atrevió a moverse lo suficiente para liberar la capa de su peso.

La madre Escolástica rezó una oración por el Descanso del Corazón, a la que los nobles allí reunidos contestaron murmurado respuestas que sabían de memoria. Liath no podía dejar de mirar el Descanso, donde al lado de la mano de la madre Escolástica había un relicario que brillaba, realizado sobre una pieza de cristal de roca en forma de halcón. Al lado del relicario había un libro con gemas incrustadas y cubierto con una lámina de oro que parecía emitir luz por sí mismo.

Bendecido y santificado, el rey Henry se levantó, se quitó la capa con la ayuda de un sirviente e hizo una seña a Hathui y a dos de sus consejeros más leales: el margrave lisiado, Helmut Villam y la clériga Rosvita de Korvei. Hathui hizo una seña a Liath, y los dos Águilas se apresuraron a seguir a estos personajes, mientras bajaban por las escaleras y salían de la iglesia por una puerta más pequeña que llevaba a las habitaciones reservadas para la madre abadesa y sus criados.

El rey Henry se arrodilló en una habitación de dimensiones mínimas nada más salir del claustro privado de la abadesa, al lado de la cama baja en la que estaba su madre. Le besó las manos en señal del respeto que la debía, como habría hecho cualquier hijo.

—Madre —le tocó los ojos con suavidad.

—Has estado llorando, hijo mío. ¿Por qué sientes esta profunda pena? ¿Todavía lamentas la pérdida del chico?

Escondió la cara incluso de ella, pero no por mucho tiempo. Las peticiones de una madre deben ser respondidas. Al final, se tapó la cara con la manta de lana áspera, adecuada para una monja corriente pero seguramente no para una reina, y lloró su pena libremente mientras los demás apartaban las miradas.

Todos se habían arrodillado emulando al rey. Liath, desde atrás, estudiaba sus caras. Hathui miraba fijamente el áspero suelo de piedra de la celda, con una expresión que era una mezcla de piedad y respeto. El viejo margrave, Helmut Villam, se limpió una lágrima de la mejilla con la mano que le quedaba. La madre Escolástica frunció el ceño al ver aquello, no por ver a un hombre adulto llorando, porque por supuesto la capacidad para mostrar pena con facilidad y compasión era una virtud digna de un rey, sino por la excesiva pena que Henry acumulaba todavía desde la muerte de su hijo, quien, después de todo, solo era un bastardo.

La cara de la clérigo no dejaba entrever ningún gesto que Liath pudiera descifrar, pero miró los ademanes de Liath, como si hubiera sentido que la miraba y Liath bajó la vista de golpe.

Papá siempre decía: «No permitas que noten tu presencia. La seguridad se basa en

pasar desapercibido».

—Ahora, muchacho —le decía la vieja reina a Henry. Aunque su cuerpo era débil y su voz temblorosa, su espíritu no temblaba por el peso de su enfermedad—, enjugarás estas lágrimas. Ha pasado medio año desde que el chico murió y tuvo una muerte honorable ¿verdad? Ya es hora de olvidar. ¿No es hoy la noche de *Halloween*? Déjale marchar para que su espíritu pueda ascender, como debe ser, a través de las siete esferas para encontrar el merecido descanso en la Cámara de la Luz sagrada. Con tu pena atas su alma a este mundo.

—Estas palabras son paganas —dijo la madre Escolástica repentinamente.

—Es un día sagrado pagano, ¿no lo es aunque le hemos puesto un nombre daisanita? —contestó la reina.

Esta mujer se casó joven, antes de tener la edad de Liath había dado a luz diez niños, o al menos eso es lo que Liath había calculado. Como mucho, tendría catorce años más que Henry, su hijo mayor. En su pelo que en la privacidad de su celda estaba sin cofia, se veían algunos cabellos morenos entre las canas. Fuera cual fuera la enfermedad que había hecho estragos en ella, el paso del tiempo no era la única causa, sino más bien una enfermedad física.

—Todavía hablamos de la noche de *Halloween* y pedimos a todos los santos en estos días en los que las grandes corrientes de los cielos reúnen a vivos y muertos, que los acerquen tanto que podríamos incluso tocarlos, si tuviéramos los ojos abiertos.

Liath se tragó un sollozo. Mientras oía hablar a la vieja reina, recordó a papá con tanta nitidez que fue casi como si pudiera verle delante de ella, como si alcanzara a verle por el rabillo del ojo.

—Es una forma de respeto —continuó la vieja mujer—, que no creo que a Dios le moleste.

La madre Escolástica inclinó la cabeza en señal de obediencia porque aunque era señora de Quedlinhame y madre de todas las monjas, incluida Mathilda, al mismo tiempo era la hija de esta mujer. Mathilda había sido reina y todavía era una mujer poderosa, reina por derecho aunque ya no ocupaba el trono.

—Henry, debes dejarle ir, o vagará por ahí para siempre, atrapado por tu pena.

—¿Y qué pasa si no puede morir como nosotros? —preguntó Henry con voz áspera—. ¿Y si la sangre de su madre le prohíbe la entrada a la Cámara de la Luz? ¿Estará sentenciado a vagar siempre por la tierra? ¿Nunca podremos volver a reunirnos en la paz bendita de la Luz?

—Eso deben juzgarlo Nuestro Señor y Señora —dijo la madre Escolástica con severidad— y nosotros no debemos preocuparnos por ello. Los antiguos escribieron muchos libros sobre este tema, pero no es momento ni lugar de debatir ese asunto. Ven Henry. Estás cansando a tu madre.

—No —dijo la vieja reina—. No estoy cansada. Si me hablas de tu pena, Henry, quizá la alivies. —Levantó la vista, su mirada era más intensa de lo que Liath

esperaba de una mujer postrada en una cama—. Villam está aquí.

Liath se dio cuenta de que Helmut Villam era tan viejo como la reina Mathilda y eso la hirió profundamente. A pesar de su horrible herida, tenía mucha más fuerza, la energía de una persona mucho más joven. El margrave se adelantó, le besó la mano, y después se retiró hasta la puerta. La reina saludó a continuación a Rosvita, cogió las manos de la clériga entre las suyas en señal de lealtad.

—¿Mi historia? —preguntó con una dulce sonrisa—. ¿Cómo va?

La sonrisa que la clériga le dedicó fue breve, pero dulce.

—Espero terminar el primer libro este año, majestad, para que se lo puedan leer y pueda enterarse de las hazañas ilustres del primer Henry y su hijo, el mayor Arnulf.

—No os demoréis mucho, hermana, porque vuestras palabras me interesan mucho, y me temo que no me queda mucho tiempo en la tierra.

Rosvita inclinó la cabeza, poniendo la frente en las manos arrugadas de la vieja reina. Después, se levantó y se retiró.

—¿Quiénes son? —preguntó la vieja mujer, mirando a los dos Águilas.

Henry volvió la vista atrás. Al principio pareció sorprendido y después se dio cuenta de que estaba Hathui.

—Mi leal Águila —dijo con ironía. Miró más allá de donde estaba Hathui—. Liath se estremeció cuando su poderosa mirada se fijó en ella. Durante un instante fue como la mirada de Hugh, penetrante, firme; como el golpe de un relámpago, podía destruirla. Pero Henry solo detuvo su mirada en ella y luego la retiró sin mayor interés.

—Este otro Águila estaba en Gent. Junto con Wolfhere presencié la destrucción de los Dragones y la muerte de... —su voz se quebró, incapaz de pronunciar el nombre de su hijo muerto.

—Junto con Wolfhere —dijo la reina pensativamente, como si el nombre significase algo para ella. Liath se quedó mirando fijamente la piedra gris, su superficie desigual y su rugosa textura. Esta celda de una monja corriente no era de mármol pulido ni de bloques de delicado granito—. Adelante, muchacha.

No se desobedecía a una reina, ni siquiera a una que ahora era monja, no cuando utilizaba ese tono de voz. Liath metió un pie bajo su cuerpo, se puso de pie, dio siete pequeños pasos hacia delante y se arrodilló de nuevo. Solo entonces levantó la vista.

Los ojos eran de un gris tan frío como las nubes de una tormenta de invierno y aun así su mirada transmitía una profunda calma.

—¿Eres quizá familiar de Conrad el Negro? —preguntó la reina Mathilda—. Nunca he visto un color de ojos como ese, excepto a lo mejor en...

Hizo un leve gesto con una mano, como haciendo las tijeras con los dedos y rápidamente lo retiró. La madre Escolástica se levantó y salió de la celda. Henry todavía agarraba la otra mano de su madre, la que tenía puesta sobre la áspera manta de lana. Mathilda tenía las muñecas más delicadas que Liath había visto en un adulto. Sus pequeñas manos estaban deterioradas por el trabajo, porque la reina Mathilda era

famosa por trabajar como las otras monjas, era enormemente humilde.

—¿No sois parientes?

Liath negó con la cabeza, sin fiarse de sí misma para hablar.

—¿Estuviste en Gent?

Liath asintió con la cabeza. Señora de los Cielos, por favor deja que se sienta satisfecha con lo que sabe, no dejes que pida que Liath cuente otra vez todo el horrible cuento destroza corazones, para que tenga que volver a recordar esa última visión del fuego. Ver cómo Sanglant es abatido por un eika y cómo Corazón Sangriento se regodea sobre su cuerpo caído, levantando con una sola y sangrienta mano la torques dorada que expresaba el parentesco regio del príncipe.

En ese momento, Liath se dio cuenta de que la reina Mathilda no llevaba la torques dorada, aunque su hijo e hija sí la llevaban. Pero su procedencia no era de linaje real de Wendar y Varre. Ella había entrado en la familia mediante el matrimonio. En ese momento, bajo la mirada gris tranquila, pero totalmente penetrante. Liath no podía recordar cuál era la procedencia de Mathilda, de que familia, de qué país, solo que había gobernado como reina junto a Arnulf el Joven, su segunda mujer, y que ella ahora miraba a Liath con sumo interés y con no poca comprensión.

—Conocías a Sanglant —dijo.

Liath asintió con la cabeza, sin atreverse a dar ninguna respuesta. *Amaba a Sanglant*. Pero el príncipe no era para ella, hasta Wolphere le había advertido de que se alejara de ella «No debo aventurarme por ese camino» —le había dicho Sanglant, porque, ¿no era un hijo obediente?—. «Siente, como yo lo hago, que estás unida al destino que otros han decidido para ti. De esa forma estarás a salvo».

Pero el destino que había atado a Sanglant, capitán de los Dragones del rey e hijo bastardo de un rey, no tenía nada que ver con el destino contra el que ella luchaba, cuyos vínculos ni siquiera podía reconocer. *Al igual que tampoco podía reconocer, pensó amargamente, que fue asesinado. Solo era seguro amar a alguien que ya estaba muerto.*

Su expresión la traicionó.

—El último —dijo la reina, comprendiéndolo todo—, pero no el primero. Lo bastante guapo para que cualquiera pueda entender porqué estuvo tentado. Es suficiente, niña. Puedes irte.

Liath estaba abochornada. ¡Ser descubierta, ser desenmascarada tan fácilmente y por una mujer que ni siquiera la conocía! Henry estaba mirando fijamente con aire taciturno la pared, dando vueltas el sello de su mano derecha para pasar el rato sin prestar atención. Villan había salido a ver el sol. Solo Hathui y Rosvita estaban allí. Quizá la reina había hablado en voz demasiado baja para que la escucharan. Liath agachó la cabeza con obediencia y se retiró, todavía de rodillas, a la seguridad que le proporcionaba la puerta y la sombra de Hathui.

Pero una reina, una niña traída de otras tierras puro casarse con un hombre más

mayor y probablemente indiferente, probablemente deba aprender a estudiar las caras y a descifrar las maniobras que se esconden detrás de cada gesto y palabra. Después de todo, ella había puesto a su hijo en el trono de Wendar y Varre, a pesar del derecho de su hermanastra mayor, la única hija viva de Arnulf de su primer y, según algunos, más legítimo matrimonio. No sería bueno subestimar a una mujer como Mathilda, aunque ahora pareciera débil.

Dejaron a Liath que se fuera, aunque Hathui se quedó con el rey y él parecía decidido a quedarse un rato más con su madre. Fuera, nadie le pidió que hiciera ningún recado o que llevara un mensaje insignificante. Por supuesto no podía entrar en los claustros más recónditos, pero una vez que el avance del rey había llegado hasta Quedlinhame era imposible impedir a los visitantes que paseasen por las tierras y jardines del monasterio. Trepó al muro exterior y encontró una posición estratégica desde la que mirar los cimientos.

Todos los monasterios, ya sean de monjes o monjas, estaban contruidos siguiendo el mismo esquema, uno realizado hace tres siglos, por santa Benedicta, fundadora de la norma. Liath había visto los planos de varios monasterios y una vez vio algo que grabó en su memoria, y en solo un momento lo recordó. *Mathilda*. Buscó en la ciudad de la memoria. Más allá de la puerta coronada por el Trono de la Virtud, se encontraban las salas de los reinos. Encontró la que estaba grabada con el dragón, el león y el águila de Wendar y entró. Ahora que Henry estaba solo en el trono, que su reina, Sophia había muerto. Detrás de él, a través de una cortina, estaba la cámara de Arnulf el Joven, flanqueado a la derecha por su primera mujer, Berengaria de Varre, y a la izquierda por Mathilda. Esta estatua de Mathilda sentada sostenía en su mano derecha un pergamino con los nombres de sus nueve hijos y en la izquierda, expresando su ascendencia, un pequeño banderín bordado con el sello del reino de Karrone.

Liath retrocedió hasta la sala de Karrone. Allí, junto a los muertos y los nobles vivos de la casa real reunidos, todos tallados en piedra, encontró a Mathilda. Nieta de Berta, princesa y después reina de Karrone, el primer príncipe karronés que desafió a sus caciques salianos y se hizo llamar reina. Hija del único hijo de Berta, príncipe y más tarde rey Rodulf, el último de los cinco hijos de Berta, todos los cuales habían ocupado el trono, por orden de sucesión. Dado que había visto la crónica de los monjes de San Galle, Liath podía recordar incluso las fechas de sus reinados y sus muertes. Rodulf había reinado desde el 692 hasta el 710. Su muerte había suscitado la llegada de dos pretendientes al trono de Karrone: su nieta Marozia y su nieto Henry. Marozia se había apoderado del trono por derecho de proximidad y Henry, recientemente coronado rey de Wendar y Varre, era demasiado joven para poder impugnarlo. En lugar de ello, había casado a su hermano menor, Benedicto, con su hija, también llamada Marozia, quienes ahora eran los soberanos del reino de las montañas de Karrone como reina y rey consorte.

Liath recordaba todo esto y mucho más. Solo había una puerta que ella no podía

abrir y estaba en la torre central, el punto más alto de la ciudad, detrás de la cual residían los *secretos de papá*, todo lo que él la había ocultado. Movi6 la cabeza con impaciencia y escudri6 el monasterio, buscando un peque6o edificio con su claustro, apartado de los otros, el edificio de los novicios.

En alg6n momento, tendrían que salir del edificio en el que estaban los novicios para rezar, para hacer sus necesidades humanas, para desempe6ar su trabajo de cada día. La norma imponía que todas las monjas y monjes tenían que pasar una parte del día trabajando, porque *solo cuando viven gracias al trabajo que realizan con sus manos, son verdaderos trabajadores dedicados a Dios*.

Se agach6 para esperar, buscando un cálido rayo de sol de oto6o y ci6ndose la capa alrededor del cuerpo. Al notar en su cuello el repentino viento frío de oto6o, se estremeci6, y de repente, se apoder6 de ella un pánico irracional, el coraz6n latía con fuerza, la respiraci6n se interrumpía en su garganta y sus manos temblaban como si tuviera una parálisis. Pero Hugh no estaba allí. *No estaba allí*. Todavía tenía el libro, y otras armas. Para calmarse, los toc6 uno por uno, como si fueran talismanes: le reconfortaba sentir en la espalda la espada corta que seguía colocada en la cadera izquierda, el cuchillo de comer que estaba envainado, el peso del arco, del carcaj y las flechas.

¡Ay, Se6ora! Seguramente ahora estaba a salvo de Hugh.

La puerta del edificio del noviciado se abri6 y sali6 una doble fila de novicios vestidos de marr6n, con la cabeza inclinada en se6al de humildad que iban perfectamente alineados por caminos pavimentados primero y despu6s de tierra hacia los jardines. Liath salt6 para seguirles. Algunos caballeros y damas nobles, holgazaneaban ociosamente en la marchita hierba oto6al o admiraban las últimas flores del herbario, y al contrario que Liath no hacían caso a los novicios; a ninguno, excepto a la ni6a de pelo rubio como el trigo que Liath reconoci6 como *lady Tallia*.

Cuando la fila de novicios rebas6 a Tallia, ella se arrodill6 sobre la desigual hierba e inclin6 su cabeza para rezar. Liath not6 que la devoci6n de la ni6a era crispante y excesiva, pero otros la alababan por ello. Liath había recorrido caminos durante demasiado tiempo como para pensar que era admirable que Tallia estropease sus vestidos por usarlos para lavar los crisoles de las iglesias, dejándose en carne viva sus pálidas y delicadas manos en el intento. Eso estaba muy bien para una mujer noble que podía sustituir esos delicados tejidos, pero era distinto para aquellos a los que les sobraba poco. Tallia podía ayunar siempre que quería y rechazar exquisitas carnes, tiernos panes y sabrosos platos salados, pero al menos podía rechazar la comida porque la tenía. Ella había visto caras demacradas por la inanici6n porque la última cosecha había sido escasa; había visto ni6os que escarbaban en la tierra en busca de los valiosos granos de trigo, centeno y avena.

Algunos novicios no ignoraban a los nobles. Algunos levantaban la vista, curiosos, como lo habría hecho ella en su lugar. El maestro vigilante corri6 por la fila y les dio en los hombros con su vara de sauce. Caminaron pesadamente para salir a

los jardines donde había un motón de tierra, que por una parte estaba seca y desmoronada al haber estado un verano al calor del sol y por la otra, fresca y húmeda ya que los novicios la habían removido el día anterior. Con azadones, palos acabados en punta y palas, empezaron a cavar la tierra que no estaba removida.

Liath bajó con extremo cuidado por las escaleras de piedra empinadas y fue por un camino tortuoso a través de los jardines. *Lady Tallia* se había aventurado a ir al extremo del jardín y Liath vio cómo le suplicaba a la maestra, porque en ese momento del día, en los jardines trabajaban tanto novicios como novicias, aunque como es debido, en extremos separados. Después de un rato, la maestra transigió y le dio a la niña un palo. Con él en la mano, rápidamente se subió a la pequeña valla de piedra que servía para evitar que los bichos se comieran las verduras y con más entusiasmo que habilidad empezó a cavar al lado de las otras novicias, sin hacer caso a las manchas que ahora se acumulaban en el dobladillo y las rodillas de su traje de lino dorado.

Liath las rodeó y adoptó una posición al este de las novicias, desde donde pretendía examinar las torres de la iglesia. Se entretuvo con su capa, mostrando su ribete encarnado.

De repente le vio, mirándola con cara de asombro y su azada se quedó clavada en la tierra. Empujó suavemente al chico que estaba a su lado. ¡Ay, Señora! Incluso desde lejos, Liath pudo darse cuenta de que su amigo era muy guapo. El chico, bien parecido, le dio un codazo al otro y ese otro al siguiente así hasta cuatro caras que se quedaron mirándola mientras ella les devolvía la mirada.



¡Ivar! Se quedó boquiabierto mirándola, aturdido durante unos segundos, y después se enderezó, tiró de su azada para sacarla de la tierra como si quisiera salir corriendo a saludarla y de repente se encorvó de nuevo para introducirla otra vez en la tierra. Todos hicieron lo mismo como novicios que, conscientes de sus deberes, realizan su trabajo cuando el maestro pasa por delante de ellos con la vara de sauce en la mano, fulminándolos con la mirada primero a ellos y después brevemente al Águila que estaba haciéndose notar tan cerca de las novicias vigiladas.

Sería imposible hablar con Ivar.

Imposible.

En ese momento, se dio cuenta de que fuera, apartado del claustro, había un cobertizo estrecho y largo con muchas puertas de tablones de madera: el *necessarium*. Hasta los miembros sagrados de la iglesia tenían necesidades humanas. Volvió a mirar a Ivar, que estaba golpeando la tierra con la azada en una mano, sin conseguir ningún resultado aparente, solo lo suficiente para aparentar que estaba trabajando, y

con la otra mano haciendo señas. Aunque papá le había enseñado el lenguaje de los signos que utilizaban los monjes, estaba demasiado lejos de Ivar para descifrar lo que estaba diciendo y no se atrevía a acercarse más porque el maestro ya le había Humado la atención. En vez de eso, y como sabía que Ivar la miraba, estiró un brazo hacia arriba por encima de la cabeza de forma muy evidente, y lo bajó lentamente hasta que su mano señaló el *necessarium*. Se puso de espaldas a los jardines y se dirigió hacia el largo cobertizo.

Eligió una puerta al azar, que no estaba ni al final ni en el medio, la abrió y estuvo así un momento para que Ivar tuviera tiempo de darse cuenta de cuál era, y entró. El suelo era desigual, estaba hecho con tablones de madera. Cerró la puerta quedando en penumbra.

¡Por Nuestra Señora! Apeataba a pis y a excrementos. Pero había suficiente sitio para moverse y también, por la condición regia de este monasterio, un banco de madera pulida con un agujero en el medio para sentarse. Se sentó en el extremo del banco poniendo especial cuidado de asegurarse de que ningún borde de la capa se metiera en el agujero que acababa en el foso que había debajo, y se tapó la nariz y la boca con un extremo de la capa. Esperó así, protegida de alguna manera del fuerte olor a excrementos por el aroma de la lana pura.

Esperó mucho rato, tanto, que en realidad el olor ya no la molestaba mucho y los ruidos que hacían los monjes, las monjas y las gentes distinguidas yendo y viniendo a hacer sus necesidades en el largo cobertizo se convirtieron en un sonido monótono y adormecedor. De repente, una mano rozó el tirador de cuerda. Cuando la puerta se abrió, ella retrocedió hasta la esquina.

Rápidamente, una figura vestida de marrón se deslizó en su interior y cerró la puerta tras él. Ella se levantó y se tambaleó, tanto porque el espacio entre el banco y la puerta era estrecho como porque se le había dormido el pie izquierdo. Él la abrazó, tranquilizándola, y la apretó con fuerza. Se le cayó la capucha. Ella se quedó de pie, rígida y muda, y él empezó a decir su nombre entre dientes una y otra vez como si no supiera ninguna otra palabra y la besó primero en el cuello y después poco a poco la besó también en la oreja, la mejilla y finalmente en la boca.

—Ivar —ella interpuso una mano entre los dos. Él era más alto de lo que recordaba, rellenito, más ancho de hombros. Su abrazo, tan extraño por una parte y aun así totalmente familiar, le hizo recordar noches pasadas en el Descanso del Corazón cuando ella, él y Hanna escapaban corriendo de un temporal de lluvias y consiguieron entrar juntos a refugiarse en los establos de la posada. Pero tenían tan poco tiempo—. ¡Ivar! —dijo con urgencia, soltándose.

—Di que te casarás conmigo —dijo en voz baja, con los labios húmedos contra su piel—. Di que te casarás conmigo, Liath, y nos escaparemos de aquí de alguna forma a algún sitio. Nadie nos detendrá. —Tomó una fuerte inspiración para pronunciar palabras aún más apasionadas y gruñó.

—¡Ay, Señor! ¡Que peste!

Ella amortiguó las risas con el áspero tejido de su vestimenta y se tapó la cara con el pelo. Durante unos instantes, lloró en silencio y él también. Pasó sus brazos por el torso de él y le abrazó con fuerza. No tenía a nadie, solo le quedaban Ivar y Hanna.

—Ay, Liath —susurró—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué haremos?

Como siempre, llegó la noche, no sabía si era la noche de este día o la del día siguiente. Había perdido la noción del tiempo, solo sentía la piedra bajo su cuerpo; la lluvia, o la falta de ella, sobre el tejado; los perros gruñendo a su alrededor; los esclavos corriendo de aquí para allá a hacer sus tareas, concentrados y atemorizados y los eikas saliendo y entrando en la catedral, siempre moviéndose. Algunas veces le dejaban solo durante días y noches que ya no podía contar, porque afuera todavía existía un mundo aunque hacía tiempo que había olvidado cómo era. La mayor parte de los perros se habían ido con ellos en ese momento, aunque algunos se habían quedado con él. En realidad nunca estaba solo. Sin los perros, habría olvidado que existía.

Algunas veces, cuando le dejaban, no podía hacer otra cosa más que quedarse mirando fijamente al infinito o a los puntos de la piedra de mármol, cuyas vetas no iban a ninguna parte. O a las cicatrices que tenía en brazos y piernas, que estaban en todos los estados por los que puede pasar una herida: unas curadas, algunas goteando sangre, otras estaban rosas, otras con costras y otras blancas como una herida bien curada.

Algunas veces, se sentía preso de un arranque de tal energía irrefrenable, que caminaba por el semicírculo que le permitían las cadenas, o embestía, o corría dando vueltas sin llegar a ningún sitio, o se entrenaba con una espada o lanza imaginaria contra su oponente ficticio. Eran los ejercicios que había aprendido a hacer tan bien que su cuerpo se los sabía de memoria aunque no podía poner palabras a sus movimientos. Solo le entorpecían las cadenas, el collar de hierro, las pesadas esposas que le rozaban las muñecas y los tobillos.

—¿Por qué no te has muerto ya? —le preguntaría Corazón Sangriento con irritación cuando regresara, o por las mañanas cuando el interior se llenaba de la luz que entraba por las puertas abiertas y las ventanas pintadas con historias de los Versos Sagrados: Daisan *el Bendito* y los siete milagros; el testimonio de santa Tecla; la visión del abismo de san Matthias; la revelación de santa Johanna: «Afuera hay perros y asesinos, fornicadores y brujos, y todos los que aman el engaño; solo aquellos cuyas ropas estén limpias tendrán derecho a entrar por las puertas de la ciudad santa».

Ahora era un perro. Un día la madre de un joven noble que se había rebelado

contra la autoridad del rey y había pagado por aquella rebelión con su vida y las vidas de sus seguidores, le había llamado asesino. Sin duda, las familias de los bárbaros que habían invadido las fronteras de Wendar y habían sido asesinados por sus Dragones en un combate justo pensarían lo mismo, pero ellos nunca vinieron a la corte a enfrentarse con él o con su rey. Fornicador, también había sido, no podía lamentar haber dormido con ninguna de las mujeres con las que lo había hecho y nunca había oído que tampoco ellas lo lamentasen.

Habría usado la brujería para escapar de ese tormento si hubiese sabido cómo. Pero ese don, que se decía corría por las venas de los parientes de su madre, tampoco lo tenía. Ella le había abandonado y él, en su lugar, había adoptado el derecho de primogenitura de la familia de su padre. Educado para la lucha y para morir con valor, no sabía nada más. No tenía nada más.

Cuando se movía para conseguir encontrar una postura cómoda y que las cadenas no le dejaran la piel en carne viva, la insignia de latón le producía dolor al apretarle en la articulación del hombro.

La insignia de Águila. Su imagen venía a su mente con tanta nitidez como si la hubiera visto ayer mismo. Recordaba su nombre, a pesar de que había olvidado todo lo demás: *Liath*.

«*Mi corazón no descansa dentro de mí, sino de otro, y ella está muy lejos de aquí*». ¿Era verdad? ¿O había pronunciado esas palabras solo en tono de desafío, como una protección frente al hechizo de Corazón Sangriento? ¿Y qué si era verdad? ¿Y si pudiera ser verdad?

Más allá de esta prisión, existía un mundo. Ojalá pudiera imaginárselo. Pero cuando se imaginaba la vida, se imaginaba la guerra, la batalla, sus valientes Dragones a su alrededor. Esa imaginación siempre le llevaba allí, encadenado a la piedra del altar en esta catedral. ¿Cómo se llamaba la ciudad?

Ella lo sabía.

Gent. Era en Gent, donde esperaba, encerrado, rozando a veces sus cadenas, serrándolas con el cuchillo cuando se iban los eikas, pero no podía liberarse.

Igual que el hombre sagrado se libera del mundo mediante la contemplación de Dios, seguramente podía liberar por fin su mente de esta prisión al contemplar el mundo exterior. Él no era un hombre sagrado, para meditar con Nuestro Señor y Señora, aunque seguramente debería. Estaba demasiado impaciente para esa paz sagrada y no tenía formación en las disciplinas de la mente.

Afuera, el mundo cambiaba de estación, del otoño al invierno. Hacía frío. El sol mortecino renacería, mientras cantaban en la Antigua Fe, y después volvería la primavera. Y él todavía seguiría encadenado.

Ella había llevado a otros a alcanzar la libertad. Ojalá pudiera imaginarse caminando a su lado por un campo de avena y que Corazón Sangriento ya no pudiera tocarle.

La joven Tallia, con el pelo y el vestido del color del trigo aparecía pálida, arrodillada sobre el duro suelo de piedra ante la silla de la madre Escolástica. La niña había evitado ponerse sobre la alfombra que había en el suelo, como si no quisiera sucumbir al lujo de tener algo acolchado bajo sus muy maltratadas rodillas.

—Os lo suplico —lloró—. No quiero nada más que dedicar mi vida a la Iglesia en recuerdo de la mujer cuyo nombre llevo, la obispa Tallia de Pairri, la que era hija del gran emperador Taillefer. Si me permitieseis comprometerme como novicia aquí en Quedlinhame, serviría fielmente. Me acercaría con humildad como corresponde a una buena monja. Serviría a los pobres con mis manos y lavaría los pies de los leprosos.

El rey, que estaba paseando, se volvió al oír esto.

—Tengo varias propuestas de matrimonio para vos, pero en este momento no voy a tomar ninguna determinación...

—¡Os lo suplico, tío!

Tallia tenía la discutible capacidad de provocarse el llanto en cualquier momento. Pero Rosvita no creía que esto fuese totalmente falso porque la niña sentía una cierta devoción atormentada, sin duda como consecuencia de su vida con su madre Sabella y su padre, un pobre idiota, el duque Berengar.

—Permitid que me case con Nuestro Señor en lugar de con un hombre.

Henry levantó los ojos al cielo como si implorase a Dios que le concediera paciencia. Rosvita había oído esgrimir este argumento una docena de veces en los últimos seis meses... Tallia *parecía* haberse aprendido de memoria el discurso y la clériga sabía que Henry estaba cansado de escucharlo y de la devoción conmovedora de la niña.

—No me opongo a tu vocación —dijo el rey, volviéndose finalmente y hablando con aparente paciencia—, pero eres una heredera, Tallia y por lo tanto no puedes desaparecer del mundo tan fácilmente.

La niña lanzó una mirada en tono de súplica a la reina Mathilda, que estaba recostada en un sofá, y después se puso las manos en el pecho, cerró los ojos y empezó a rezar.

—Sin embargo —dijo la madre Escolástica antes de que la niña pudiera empezar a rezar un salmo—, el rey Henry y yo hemos acordado que por ahora te quedes con las novicias de Quedlinhame. Pero solo hasta que se decida que haremos contigo.

De esa forma, por supuesto, Henry y Escolástica colocaron a Tallia como rehén virtual en el centro del ducado más fuerte de Henry. Por su parte, Tallia lloraba lágrimas de gratitud y finalmente, gracias a la Señora, se la llevó la maestra.

En medio del silencio, la reina Mathilda dijo:

—Parece tener una fuerte vocación.

—Ya lo creo —dijo Henry con el tono de un hombre que ha sufrido demasiada presión—. Hace ya tiempo que viene sufriendo privaciones voluntarias.

La madre Escolástica enarcó una ceja. Examinó su pluma de lechuza, la pluma de escribir que tenía en la mano derecha, tocando brevemente las plumas, acariciándolas con la punta del dedo, y miró a su madre.

—La devoción excesivo puede ser en sí misma una forma de orgullo —dijo con brusquedad.

—Cuando eras joven —dijo la vieja reina sonriendo lo imprescindible—, tú oras así.

—Incluso yo misma era así —dijo la madre Escolástica sin sonreír.

Aquí, en su estudio privado, con la única audiencia de su familia y los clérigos, había dejado caer su bufanda blanca para que se viera el pelo, algo más claro que oí de Henry, que estaba salpicado de canas. Solo tres años más joven que Henry, y parecía quizá diez años más joven. Se hablaba bastante sobre esta contradicción en las escrituras matrísticas. Las mujeres, bendecidas con la capacidad de sangrar y dar a luz, sufrían por ese nacimiento si se aprovechaban de esa bendición, mientras que aquellas que comprometían su vida y su fertilidad a la Iglesia, y vivían sus vidas como vírgenes sagradas, a menudo vivían más tiempo. Mathilda, que había dado a luz diez hijos y había enviudado a los treinta y ocho años, parecía más mayor y débil que la madre Otta, la abadesa del convento de Korvei, pero la madre Otta tenía noventa años y la reina solo cincuenta y seis.

Ese mismo día, más tarde, aquellos pensamientos volvieron a la cabeza de Rosvita mientras estaba arrodillada junto con la congregación de la iglesia de la ciudad de Quedlinhame. A lo lejos se oía un trueno mientras la madre Escolástica entonaba las últimas palabras de su homilía.

—La Señora no reparte sus bendiciones gratuitamente. Así Dios enseña una lección a la humanidad. Aunque el don de tener hijos es en realidad una bendición por la cual nosotros, como mortales, podemos en cierta medida conocer la inmortalidad, todos los seres terrenales están contaminados con los granos infinitesimales de la oscuridad primigenia, que por azar se mezcló con los elementos puros de la luz, el viento, el fuego y el agua. Esa mezcla fue el origen del mundo. Y aquellos que vivimos en el mundo estamos por tanto, señalados por la oscuridad. Solo mediante las enseñanzas de Daisan *el Bendito*, solo mediante la gloria cegadora de la Cámara de la Luz, podemos limpiarnos y alcanzar un lugar al lado de Nuestro Señor y Nuestra Señora. Así finaliza el aprendizaje.

Los hermanos, monjes y monjas de Quedlinhame, cantaron el *Te Deum*, el himno

para la gloria de Dios. Sus voces se fusionaban con la delicada precisión de un coro. Con esta música como acompañamiento, el rey Henry entró en la iglesia en una procesión ceremoniosa.

Rosvita contuvo un bostezo. Hacía tanto bochorno para estas alturas del año, y ya no era tan joven. Ya no era fácil estar de pie o arrodillarse durante todo el oficio. ¿Cuántos años había seguido el avance del rey? ¿Con qué frecuencia había visto los estandartes que representaban los seis ducados que participaban y representaban los símbolos del poder terrenal del rey? ¿Cuántas veces había observado la ceremonia de la unción, vestiduras y coronación del rey en los días festivos? Incluso ahora mientras el rey Henry subía los escalones que conducen a la piedra del altar y al Crisol, en su garganta sentía el temblor conocido del sobrecogimiento.

Con la cabeza descubierta, pero vestido con una túnica tejida con tela de oro y los zapatos decorados con trenzados de oro, el rey Henry se arrodilló ante su hermana, la madre Escolástica, en señal de ofrecimiento ante el Crisol de la Señora. Todos se arrodillaron junto con el rey. La abadesa le peinó el pelo recién cortado con un peine de marfil con incrustaciones de oro y minúsculas gemas. Lo ungió con aceite, en la oreja derecha, desde la frente a la oreja izquierda, y sobre la corona que tenía en la cabeza.

—Que Nuestro Señor y Señora os coronen con la corona de la gloria. Te ungen con el aceite de su favor —dijo.

Ayudado por algunos nobles de la zona distinguidos por su honor, se colocó la toga de estado por los hombros; la capa, adornada con armiño, tejida con la lana más delicada, llevaba los emblemas de cada ducado totalmente bordados: un dragón por Saonia, un Águila por Fesse, un león por Avaria, un semental por Wayland, un halcón por Varingia, y un guivre por Arconia.

—Los bordes de esta capa que arrastran por el suelo —continuó la abadesa—, os recordarán que deberéis ser fervientes en la fe y en el mantenimiento de la paz.

Rosvita se estremeció, al pensar en el guivre, la terrible criatura con apariencia de basilisco, con cuya presencia casi gana la batalla de Kassel para Sabella.

Pero Sabella no había ganado. Un monje y un chico habían matado al *guivre*, seguramente una señal del desagrado de Dios por el intento de Sabella de usurpar el poder de su hermanastro. La suerte de Henry, la suerte del legítimo rey, sigue vigente.

Entonces la madre Escolástica dio a Henry el cetro real, un gran báculo tallado en madera de ébano con joyas incrustadas, el mango tallado en forma de cabeza de dragón con brillantes rubíes en el lugar de los ojos.

—Recibe este báculo de la virtud. Que gobiernes bien y con prudencia.

Con este báculo, el rey se inclinó, mientras la madre Escolástica lo coronaba ante todos los que estaban presentes.

—Dios, corónale con justicia, gloria, honor e importantes hazañas.

Entre la multitud se alzó un fuerte suspiro, una mezcla de sobrecogimiento y placer al ver a su rey coronado e investido ante Dios y su pueblo.

Los anfitriones reunidos gritaron al unísono:

—¡Larga vida al rey!

Otras voces procedentes de la multitud contestaron con las mismas palabras hasta que la aclamación se convirtió en una sonora aprobación.

Desde su posición en los escalones que había a los pies del Crisol, Rosvita examinó a los allí congregados, gentes distinguidas, hermanos y nobles locales que habían venido desde sus propiedades para ver la ceremonia y festejar después con el rey y su séquito. Intentaba descifrar en sus caras alguna pista que revelase lo que pensaban. Pocos nobles de los allí presentes albergarían alguna simpatía por la recién encarcelada Sabella. Pero en otros ducados la postura del rey no era tan fuerte. Por eso tenía que viajar por su reinado constantemente, para que su gente lo viera, para que se les recordara a sus nobles en ceremonias como esta que él era el rey y por lo tanto tenía autoridad para gobernar, y para que Henry, al aparecer ante ellos, pudiera pedir tropas y provisiones para estas guerras, en este caso, para asaltar Gent.

El ruido del trueno retumbó, agitando los cristales de las ventanas y haciendo que alguno de los niños que estaba al final de la nave comenzara a llorar.

¿Qué presagiaba el trueno? Los fugurales decían que podían adivinar el futuro mediante la observación del sonido y el aspecto de las tormentas y la dirección del trueno y el relámpago. Esta demostración, con grandes estruendos de truenos retumbando en la iglesia y relámpagos que producían destellos brillantes en un cielo que al final de la tarde se encapotaba cada vez más, parecía poner de relieve el poder de Henry, como si Dios en su Unidad recordara a los allí reunidos que habían recibido la gracia de Dios.

Pero quizá presagiaba otras cosas. La adivinación por medio de los truenos estaba condenada por la Iglesia como lo estaban todas las demás formas de adivinación, porque las mujeres y los hombres deben confiar en Dios y no intentar adivinar el futuro. Solo pensar en las prácticas paganas era un sacrilegio.

El viento azotaba las ventanas. Las puertas de los lados estaban abiertas para permitir que los pobres entrasen en una fila ordenada. Nadie se quejaba de que, por esperar afuera, la lluvia los empapara. Esperaban con gratitud su oportunidad de ser bendecidos y tocados por el rey Henry, porque ¿no era verdad que la unción del rey podría significar la curación?

Rosvita bostezó de nuevo. Debería estar observando las bendiciones sagradas, pero ya había visto tantas veces esta misma escena, si bien en raras ocasiones con el espectacular escenario de la tormenta y el trueno, en el eterno progreso itinerante del rey. ¿Podrían los infieles predecir el futuro de los sonidos y las direcciones del trueno? Seguramente no. Solo los ángeles y los daimones del aire superior podían ver el futuro y el pasado ya que no viven en el mismo tiempo que los humanos. Pero, desgraciadamente, ella no podía evitar pensar en esas cosas por muy sacrílegas que fueran. Sería condenada por su curiosidad, la madre Otta del convento de Korvei se lo había dicho muchas veces, aunque con una sonrisa.

El sonido del trueno retumbó por el noroeste, y la lluvia amainó mientras el último de los pobres y enfermos iba pasando por delante del rey Henry para la bendición ritual. Los nobles se agitaban impacientemente, igual que el tiempo o que sus temores de que Henry les pidiera un aumento de los impuestos para la siguiente temporada de guerra.

Por fin cantaron el himno final. Un murmullo de voces felices llenaba la iglesia mientras el rey iba al frente de la procesión que salía de ella. La fiesta de Todos los Santos se celebraría en el salón real. Rosvita siguió al rey junto con el resto del séquito, los nobles y las gentes del lugar se agolpaban detrás, todos estaban deseosos de ser partícipes de alguna forma de la comida, aunque fuera solo llevando el pan. Al oír que su estómago hacía un ruido suave como el eco de un relámpago, se rio.



Por la mañana, acosada todavía por los pensamientos del trueno y los presagios, aprovechó la excelente biblioteca de Quedlinhame. Debería estar trabajando en su *Historia del pueblo wendiano*, pero sabía por su dilatada experiencia que hasta que no satisficiera su mordaz curiosidad, no podría pensar en otra cosa.

Rosvita se dirigió primero a la gran enciclopedia de Isidora de Seviya, las *Etimologías*, que contenía descripciones de varias formas de brujería y magia. Pero el libro de Isidora solo hacía una referencia breve a los fugurales.

Descontenta, Rosvita volvió a colocar el volumen en su armario y echó el pestillo. La sala en la que en un principio estaba la biblioteca se había quedado pequeña y ahora había varias salas más pequeñas en las que estaban los libros que no cabían allí. Ahora estaba en una de las cámaras pequeñas; las *Etimologías* se habían guardado aquí no porque la obra no fuera importante, nada más lejos, sino porque, en opinión de Rosvita, y sin ser muy dura, la biblioteca de Quedlinhame era deficiente y estaba desorganizada. No había un orden lógico de colocación de los libros y para poder encontrar alguno en los armarios, había que consultar el catálogo, ubicado en un facistol en la sala central de la librería. Rosvita suspiró. *Cuando sientas ira, recuerda la clemencia*. Sin duda, tenía más defectos que el bibliotecario.

Mientras volvía atravesando la maraña de habitaciones oscuras, vio una figura con capa iluminada por la luz tenue que entraba por la rendija de una ventana en lo alto de un muro de piedra, uno de los Águilas del rey.

Se detuvo en la sombra y se quedó mirando, no a la joven, porque reconoció inmediatamente a este Águila por su altura y color, sino a lo que estaba haciendo. Los clérigos no hacían mucho caso a los Águilas, a quienes reclutaban entre los niños de los administradores, los propietarios, artesanos o mercaderes. Los clérigos escribían las cartas, los capitularlos y cartularios que se entregaban, sellados, a los mensajeros

del rey. Los Águilas llevaban esos mensajes, no los leían.

Solo unos pocos, como Wolphere, de triste fama, habían recibido una educación tan buena como, evidentemente, la de este extraño joven.

El joven Águila estaba de pie leyendo un libro y con una luz probablemente demasiado tenue para que cualquier ojo humano pudiera ver la delicada caligrafía. Iba pasando el dedo por los renglones mientras movía los labios, quedando su perfil marcado por las motas de polvo que se veían caer a través del rayo de luz. Leía con tanto interés que no percibió la presencia de Rosvita.

En el silencio del convento de Korvei, en el que las monjas se comunicaban por señas, Rosvita había aprendido el truco de leer los labios. Había utilizado esta habilidad incluso para aprender cosas prohibidas de las novicias. Ahora, movida por la curiosidad, intentó descifrar las sílabas y el sonido por los movimientos de los labios de la joven...

... y su intento se vio frustrado. El Águila no leía en wendiano ni en dariyano, sino en otro idioma que Rosvita no podía «entender» solo con la mirada. ¿Dónde había aprendido a leer? ¿Qué demonios estaba leyendo?

Rosvita salió con cuidado de la sala, atravesó un arco, y apareció en la sala de la biblioteca, parpadeando por el repentino cambio de luz. Allí estaban leyendo varias monjas en cubículos independientes. En las paredes había armarios, cerrados con pestillo. El catálogo estaba en un atril tallado con búhos que miraban desde unos robles. Estaba abierto. Rosvita le echó una ojeada a los títulos que aparecían en la página: la *geometría eterna* de San Pedro de Aron, *De principius* de Origen, *Tetrabiblos* de Ptolomania, *Zlj al-hazarat* de Abu Ma'shar.

Rosvita contuvo su asombro. ¿Podría ser este el libro que leía la niña? Reconoció el idioma, que aquí estaba escrito con caracteres dariyanos, aunque ella no sabía leer el jinna. ¿Afirmaba la niña tener ascendentes jinna, lo cual era evidente por su complexión? ¿Le habían enseñado a leer el idioma jinna? Eso era un verdadero misterio. La joven Águila seguía mirando.

Por el lugar en que estaba el libro, parecía tratar de asuntos de astronomía. Seguramente, incluso la bibliotecaria, con sus defectos, catalogaría los libros sobre el tiempo atmosférico, que tenía lugar en el cielo, cerca de los que eran sobre lo que acontecía en los cielos. Rosvita iba pasando páginas ociosamente, buscando no sabía qué, pero no encontró nada que se pareciera a lo que quería.

Distraída, se encogió de hombros, se estiró y examinó la sala. Desde aquí pudo ver el *scriptorium*, en el que los monjes trabajaban en silencio escribiendo correspondencia y haciendo copias de misales y de textos antiguos. El monasterio había recibido recientemente de una institución de la misma orden seis rollos antiguos de papiro escritos en dariyano y arethousano y los estaban copiando en pergamino y encuadernándolos.

Atraída por la luz que entraba por las ventanas y por el tranquilo murmullo que salía del *scriptorium*, Rosvita fue pasando por delante de los armarios y al atravesar

un muro con arcos entró en él. Allí, algunos novicios se habían reunido para ver a los escribas trabajando, desempeñando un trabajo que ellos mismos harían cuando se convirtieran en monjes.

Un chaval impaciente, con la capucha echada hacia atrás para que se viera su pelo de rizos rubios y pelirrojos y su cara pálida con pecas se acercó sigilosamente al maestro y le hizo una seña con la mano de que necesitaba ir al *necessarium*. Con evidente disgusto el maestro hizo una seña de conformidad. Sin duda el pobre chico había sido llevado al monasterio contra su voluntad y ahora le irritaban las disciplinas. Rosvita había visto a ese tipo de novicios en su época en Korvei.

De repente, reconoció al chico. Ivar no había nacido todavía cuando ella entró en el convento de Korvei, y en realidad solo le había visto en dos ocasiones. Quizá estaba equivocada, quizá no era Ivar, sino un chico del norte del país que se parecía a él por el color de su piel. Pero su padre, el conde Harl, la había escrito hacía menos de seis meses diciéndola que Ivar iba a comprometerse como novicio en Quedlinhame. Tenía que ser él.

Ivar salió corriendo del *scriptorium*, sin darse cuenta de la presencia de Rosvita. Pero siguió hasta la biblioteca en lugar de salir. Y mientras tanto, otros tres novicios distrajeran al maestro, preguntándole por un pergamino que había en uno de los pupitres. Evidentemente, querían que no se diera cuenta de adónde se había ido Ivar.

Así que Rosvita lo siguió. Pasó corriendo por la sala de la biblioteca y desapareció en la maraña de salas oscuras que había al fondo. Ella entró con prudencia y rápidamente se encontró reconfortado por el sonido de las voces, tan bajo que si no hubiera estado escuchando podría haber pensado que era el susurro del viento entrando por las ventanas. Al escuchar de donde venía el sonido, como a los fugurales se les decía que observaran el movimiento de las tormentas, consiguió trepar lo suficiente para escuchar sin que la vieran.

—Pero tus votos...

—¡No me importa mi promesa! Tú lo sabes, mi padre me obligó a convertirme en un novicio solo porque... —se calló para evitar decir algo.

—Yo no soy como Sigfrid, no tengo vocación. Y no seré como Ermanrich que hace tiempo que se resignó...

—¿Pero es fácil liberarse de aquella promesa? ¡Ay, Señora! Ivar, me siento halagada...

—¡No quieres casarte conmigo!

Rosvita casi se cae y se descubre, pero tuvo el aplomo suficiente para poner la palma de la mano en la puerta tallada de uno de los armarios, el mismo, esbozó una sonrisa al darse cuenta, en el que estaban las *Etimologías* de Isidora.

Reconoció la imagen tallada en la puerta de roble. Era santa Donna de Pens, la afamada bibliotecaria del primer convento fundado por santa Benedicta, con un rollo y una pluma. Ojalá el bibliotecario de Quedlinhame hubiese seguido el ejemplo de la santa y así esta exquisita colección de libros no estaría tan desordenada.

¡Señor y Señora! ¡Su hermano pequeño, que ahora era novicio, quería casarse con alguna mujer desconocida y no identificada! Su acento era suave, pero peculiar.

—Ivar, escúchame. Sabes que no tengo nada, no tengo familia... —¡Lo que faltaba, que se encaprichara de una mujer sin familia! No era extraño que el conde Harl le hubiera enviado al monasterio para evitarle problemas—... ni nadie que me conozca. Con los Águilas estoy segura... ¡Los Águilas! Seguramente entenderás que no puedo casarme a menos que me ofrezcas ese tipo de seguridad.

¡El Águila al que Rosvita había visto anteriormente holgazanear en esta sala había estado esperando aquí para este trabajo! En ese momento, andando a tientas como si estuviera buscando una piedra, Rosvita no podía recordar el nombre de la joven. En lugar de ello, la clériga se recostó sobre las puertas del armario tallado y se preparó para una larga espera mientras escuchaba cómo su hermano se lanzaba a susurrar una apasionada petición de amor, matrimonio, en definitiva, de todo lo que había jurado renunciar para siempre cuando entró en Quedlinhame hacía seis meses.

—Dejaré el monasterio —concluyó Ivar—. Viajaremos hacia el este y encontraré trabajo en las tierras fronterizas. Siempre hacen falta soldados en el este...

—¿Pero no lo entiendes? —dijo ella indiferente ante su sinceridad. ¿No creía que pudiera hacer lo que prometía? ¿No entendía que haría lo que fuera por ella?—. Hasta que no tengas ese puesto, hasta que no sea seguro, no puedo dejar los Águilas. ¿Cómo me puedes pedir eso?

—Porque te quiero.

Suspiró, rozándose los labios con la mano, respirando por entre los dedos. Él quería besar esos dedos, pero no se atrevía. Después de su primer abrazo, en los retretes, no era más fría, pero sí más distante.

—Yo también te quiero, pero como a un hermano. No puedo amarte... —dudó— ... de esa forma. —Su segunda duda fue más larga y profunda—. Amo a otro hombre.

—¡Amas a otro! —enfadado, dijo el primer nombre que le salió—: ¡Hugh!

Ella se quedó quieta, fría y rígida como un muerto.

—¡Ay, Señor!, perdóname, Liath. No quería decir eso. Sé...

—No importa —se soltó. La tenue luz se filtraba por los armarios repletos de libros, libros sobre libros, tantos que notaba su peso como un montón de piedras que le aplastaban, como lo habían hecho las palabras de Liath—. Este hombre está muerto. Te lo aseguro, Ivar, pero si llegaran a vencerse todos los obstáculos y nos casamos debes entender que nunca te amaré de la forma que le amé a él.

Si. «Si» no le sonaba bien a Ivar.

—¡Señora! —puso una mano, muy brevemente, sobre su hombro. El calor de su cuerpo le quemó a través de sus ásperas ropas—. Parece que soy muy egoísta. Pero estoy sola en el mundo. Tengo que protegerme.

—No, yo estoy aquí —con su mano cogió la de ella, el abrazo del parentesco—. Siempre estoy aquí. Y seguramente Hanna está contigo.

En los servicios, no tuvo tiempo de preguntarle por Hanna, solo tuvo tiempo de conseguir que se vieran, solo de besarla. Había soñado con Liath la noche anterior y en su sueño se avergonzó, pero los otros, Baldwin, Ermanrich y Sigfrid le habían ayudado a esconder las pistas.

—Hanna fue enviada al sur con Wolfhere a escoltar a la obispa Antonia... —agitó

la cabeza, impaciente consigo misma—. Yo no te he dicho nada. Te lo suplico, Ivar, comprende que no solo necesito estar a salvo de Hugh. Es..., son otros seres, seres que nos persiguieron a papá y a mí durante años hasta que finalmente le cogieron y le mataron, y no sé quiénes eran. ¡Ay, Señora! —se inclinó hacia delante, apoyándose en él, pero no para abrazarle como él deseaba, sino para susurrarle como si temiese que las paredes, los libros en su espera silenciosa, pudieran escuchar—. ¿Lo entiendes?

Hace un año, Ivar habría conseguido deshacerse de todas estas preocupaciones en un abrir y cerrar de ojos, con grandilocuentes planes que no hubieran llegado a nada. Pero ahora era más mayor y, sorprendentemente, había aprendido algo.

—De acuerdo entonces —dijo, con toda la calma que pudo, porque ella todavía estaba apoyada en él—. No te casarás con nadie excepto conmigo.

Esbozó una sonrisa entrecortada, más bien un sollozo.

—Nunca podría haberme casado con él. Y si no es con él, entonces contigo, porque en ti puedo confiar. —Pero lo dijo con nostalgia, como si todavía sintiera pena por ese hombre cuyo nombre no se atrevía a pronunciar en voz alta.

Ivar sintió que podría flotar de lo feliz que estaba. Ella confiaba en él.

Con el tiempo, pensó, olvidaría al otro hombre. Amaría solo a Ivar y solo recordaría como un sueño confuso que había hablado de esa forma sobre otro hombre, un hombre muerto. Un hombre muerto no era un rival de uno vivo. Y, porque había aprendido, por primera vez, que más que actuar pensaba impulsivamente. Ellano tenía parientes, así que necesitaba parientes, un clan, una familia. Hugh estaba ahí, pero Ivar quería vengarse de Hugh y le comprendió lo suficientemente bien como para saber que si Ivar tenía a Liath, más pronto o más tarde aparecería Hugh. Solo quedaba saber cómo salir del monasterio. Debía encontrar una forma de escaparse. Pero esto requeriría planificación.

—Llevará tiempo —dijo él al final con renuencia—. ¿Me esperarás?

Sonreía con tristeza.

—Seguiré siendo un Águila. Solo te puedo decir eso. Ellos son ahora mis parientes.

—Calla —dijo repentinamente, apartándola de él. Procedente de una esquina recóndita de la habitación se oyó un susurro más parecido al que hacían los ratones que al del viento—. ¿Quién está ahí? —preguntó Ivar.

Ella salió tranquilamente de detrás de una fila de armarios. Ivar tardó un poco en reconocerla en la oscuridad de la habitación, y cuando lo hizo se quedó boquiabierto.

—¿Eres mi hermana Rosvita? —preguntó.

—¡Ay, Señora! —juró Liath. Se apartó hacia atrás.

—Sí, Ivar. —En cuanto habló la clériga, supo que era verdad—. Mi hermano —continuó, con la expresión anodina, los ojos brillaban de... ¿risa?, ¿enfado? No la conocía lo suficiente para deducirlo—. Hermano novicio —continuó señalando su áspera vestimenta marrón—, esto va totalmente contra las normas. Tendré que

informar a la madre Escolástica.

Pero al oír esas palabras, Ivar se regocijó.

—Muy bien —dijo irguiéndose—. Iré yo voluntariamente —si lo llevaban ante la madre Escolástica por tener trato con una mujer, seguramente, la madre abadesa le expulsaría de Quedlinhame para siempre.



Era una infracción demasiado grave como para que Ivar solo tuviera que esperar a la Sexta, la oración del mediodía, y arrodillarse como un penitente en el suelo de piedra delante de la silla de la madre Escolástica, vacía y por lo tanto impresionante, antes de que la puerta se abriera detrás de él y la abadesa entrara en su estudio. Rosvita entró con ella. Ivar no podía descifrar la expresión de su hermana. Ojalá la hubiera conocido para averiguar lo que le había dicho a la abadesa, para adivinar si Rosvita era favorable u hostil a su causa. Pero no lo sabía y no se atrevía a adivinar.

—No te he dado permiso para levantar la vista, hermano Ivar —dijo la madre Escolástica.

Se estremeció y bajó la mirada, vio como los pies se movían, un movimiento cuyo alcance y pasos no podía seguir. Para espanto suyo, Rosvita salió de la habitación para dejarlo solo con la temible abadesa. Juntó sus manos apretándolas, sujetándose una mano con otra con fuerza y se mordió el labio inferior para encontrar valor. Le dolían las rodillas. Había una alfombra, pero tenía prohibido terminantemente arrodillarse sobre algo que amortiguase su castigo.

La madre Escolástica se sentó en su silla. Durante un buen rato, aunque no se atrevió a levantar la vista, sabía que ella lo examinaba. Un bulto, un montículo irregular en la piedra, se le clavó en la rodilla derecha. Le dolía tanto que creyó que iba a gritar, pero temía quejarse.

—Gobierna con mano de hierro —decían todos. Era la hermana pequeña del rey. ¿Por qué habría pensado en aquel momento liberador de la biblioteca, que podía hacerla frente?

Se aclaró la voz antes de hablar.

—Según nuestra experiencia, cuando el rey visita Quedlinhame con su corte, detrás de él, como la estela de un barco en el agua, un escalofrío de agitación alcanza a aquellos novicios y algunos hermanos que en ese momento no están contentos con sus votos. Siempre hay unos pocos que, seducidos por los colores brillantes, la panoplia y el entusiasmo, lamentan su pérdida de contacto con el mundo y quieren seguir al rey. Nuestro deber es rescatar esas frágiles almas de su locura, porque es una tentación fugaz, peligrosa, pero a mi entender no imprevisible.

—Pero no fue mi intención...

—No te he dado permiso para hablar, hermano Ivar.

Se encorvó, mordiéndose las uñas hasta los nudillos. No tuvo que levantar la voz para hacerle sentir humillado y aterrorizado.

—Pero tengo la intención de dejarte hablar. No somos bárbaros como los eikas o los jinetes qumanos como para esclavizarte por tu enriquecimiento terrenal. Nos preocupamos por tu alma, Ivar, que nos ha sido encomendada. Es una pesada carga y una fuerte responsabilidad. —Se calló—. Ahora puedes hablar, hermano.

Cuando tuvo permiso para hablar, aprovechó la oportunidad para mover la rodilla derecha apartándola del bulto de la piedra. Entonces, tomó aire. Una vez que empezó ya no pudo esconder su pasión.

—¡No quiero estar aquí! Dejadme ir con el rey. Dejadme ser un Dragón...

—Los Dragones han sido destruidos.

—¿Destruídos? —la noticia le sacó de su inquebrantable ira.

—Fueron aplastados por la fuerza de los eikas, en Gent.

Destrozados. Intentando que todo esto cobrase sentido, levantó la vista hacia ella. En realidad, nunca había mirado a la madre Escolástica desde tan cerca; solo un novicio raro, como Sigfrid entraba en contacto con la abadesa. Era guapa, tenía el pelo recogido en un pañuelo de hilo sencillo y doblado sobre la cabeza, rizado en mechones arreglados que le caían por los hombros. Iba vestida de color azul oscuro para distinguirla de las otras monjas, un Círculo de Unidad de oro con gemas incrustadas que colgaba de una cadena de oro hasta la mitad de su pecho y la torques dorada en el cuello que denotaba su parentesco real. Su mirada seguía siendo fría, no era alguien que se pusiera nervioso por una reunión o por las circunstancias que le habían llevado a él allí. De repente le vino a la cabeza la terrible idea de que ya había juzgado a muchos chicos y chicas cuyos motivos eran similares a este.

¡No se iba a dejar intimidar por su trascendencia! También él era hijo de padres nobles, cuando no de un rey.

—Entonces... entonces necesitarán más dragones —espetó—. Permitid que me vaya, por favor. Dejadme servir al rey.

—No es una decisión mía.

—¿Cómo me vais a detener si renuncio a tomar los votos como monje cuando acabe mi noviciado? —preguntó.

Ella enarcó una ceja.

—Ya te has comprometido a entrar en la Iglesia, un juramento que se hizo fuera de aquí.

—No tuve elección.

—Pronunciaste las palabras. Yo no las pronuncié por ti.

—¿Es válido un voto que se hace bajo coacción?

—¿Te pusimos yo o alguien un puñal en la espalda? Fuiste tú quien hizo el juramento.

—Pero...

—Y —dijo, levantando una mano pidiendo silencio, una mano en la que había dos bellos anillos, uno solo con baño de trenzado de oro, y el otro un delicado ópalo engarzado en oro— tu padre ha entregado una buena dote por ti. No nos comprometemos a la ligera, ni para casarnos con alguien... —cuando ella se calló, él se estremeció—, ni con la Iglesia. Si un voto se puede romper tan fácilmente como se puede partir una pluma en dos... —Levantó su pluma de la mesa hecha con una pluma de búho y se la enseñó—. Entonces, ¿cómo podemos fiarnos unos de otros? —Bajó la pluma—. Nuestros juramentos son lo que nos hace respetables. ¿Qué hombre o mujer que ha renunciado a su caballero o dama nobles, puede recuperar la confianza? Hiciste una promesa a Nuestros Señores. ¿Quieres renunciar a ese juramento y vivir fuera de la Iglesia el resto de tus días?

Dicho así, sonaba mucho más serio. Ningún hombre o mujer que hubieran hecho un voto y después lo hubiera roto recuperaba su honor. Le dolían las rodillas, la espalda. Se le había caído la capucha y el dobladillo de la ropa se había retorcido bajo su pantorrilla izquierda y le apretaba fastidiosamente la carne.

—No, yo... —titubeó.

¿Se había imaginado hace escasas horas que iba a salir bien parado de una discusión con la madre Escolástica?

—¿Por qué ahora, Ivar? —Ella también se movió en la silla, como si le doliera la espalda, y por un momento deseó que fuera así—. Eres un buen chico y nunca te has rebelado, nunca como hoy. ¿Ha sido por la llegada del rey?

Enrojeció. Por supuesto ya debía de saberlo.

—Estás tentado por la presencia de tantas mujeres que no están obligadas por sus votos —continuó, como si estuviera jugueteando con él, aunque su voz seguía sin alterarse y su expresión nítida y calmada—. No sientas vergüenza por admitirlo delante de mí, Ivar. Entiendo que los que nos hemos comprometido con la Iglesia tenemos que luchar contra las tentaciones de la carne para ser dignos. Los que viven en el mundo también tienen su tarea, pero su camino es distinto. Nosotros en la Iglesia nos esforzamos por dejar atrás la oscuridad, por convertirnos en una cámara inmaculada, por dejar a un lado la mancha de oscuridad que reside en cada uno de nosotros, eso forma parte de todos. ¿No predicó Daisan *el Bendito* que aunque estamos atados a nuestra condición, la bondad de Dios con la humanidad consistió en darnos libertad?

—«Mantente alejado de todo mal —contestó Ivar diligentemente, porque a los novicios les habían inculcado estos dichos— que no quieras que nos ocurra a nosotros».

—Hacemos el bien de forma natural. Cuando actuamos correctamente estamos contentos. Como dijo Daisan *el Bendito*: «El mal es obra del enemigo y por lo tanto hacemos cosas malvadas cuando no somos dueños de nosotros mismos».

—Pero... pero yo no quiero seguir por este camino. Por este no, quiero... ¿Se puede estar seguro?

—No son las mujeres... simplemente es cualquier...

—¿Una mujer?

Se traicionó a sí mismo, pero seguro mente oso no importaba. Ya lo sabía. De repente se quedó sin aire, sintió una punzada de dolor en los pulmones. ¿Qué le había pasado a Liath? ¿Y si la habían expulsado de los Águilas?

—Una mujer que viajó siguiendo el avance del rey —continuó la madre Escolástica con la misma voz exenta de emoción. No sin emoción, no... Habló sin dejar que la emoción la afectara, sin los sentimientos violentos que a él le rompían en pedazos.

¡Ay, Señor! El recuerdo del abrazo de Liath... aunque fue en los retretes...

—Esto también pasará, Ivar. Ya lo he visto tantas veces.

—¡Nunca! —se puso de pie—. ¡Siempre la amaré! ¡Siempre! La quería antes de que viniera aquí. Le prometí que me casaría con ella...

—Ivar. Te lo suplico, contrólate y recuerda la dignidad.

Jadeando de enfado y frustración, se arrodilló de nuevo.

—Como dijo Daisan *el Bendito*: «Ya que el deseo es algo distinto del amor y la amistad no es lo mismo que unirse con malas intenciones, debemos darnos cuenta con facilidad de que el amor falso se llama lujuria y de que aunque eso proporcione una paz temporal, hay un abismo entre eso y el amor verdadero, cuya paz dura hasta el final de los días, sin problemas ni pérdidas».

No podía hablar. Se quedó mirando fijamente cómo se balanceaba una de las ventanas de cristal movida por el viento, y la última hoja que estaba a punto de caerse.

—Para casarte debes obtener el permiso de tu padre. ¿Lo tienes?

No hacía falta contestar. Quería llorar de vergüenza. Nada había salido como él lo había planeado.

—No creas que estoy tomando esto a la ligera, muchacho —dijo. Se arriesgó a levantar la mirada en busca de alguna compasión en su cara. Sí, la expresión de su cara dejaba entrever algo que podía llamarse comprensión—. Veo que eres firme en tu decisión y apasionado en tu compromiso. Pero no tengo la libertad de dejarte marchar. Tu padre y tu familia te dejaron para que te cuidara, pronunciaste tus votos voluntariamente, supongo..., y te trajeron a este monasterio. No sería sensato por mi parte dejar a una persona joven que se vaya al primer impulso.

—¡Esto no es un impulso!

Levantó su mano ensortijada pidiendo silencio.

—Quizá no. Si esto no es un impulso, como tú dices, entonces el tiempo no lo calmará. Enviaré un mensaje a tu padre y esperarás su respuesta. Lo que propones no es una tarea fácil, al igual que no lo es el que nosotros entremos en la Iglesia a la ligera —le echó una suave reprimenda—. También tendremos que tener en cuenta a la joven. ¿Quién es? He descubierto que tiene un nombre... un nombre poco corriente, arethousano. ¿Quiénes son sus parientes?

—No sé nada de ella —reconoció al final—. De verdad que no. Nadie en el Descanso del Corazón sabía nada.

—¿Es de noble linaje?

Parpadeó. Quizá el silencio era la mejor elección. Liath y su padre habían sido herméticos con sus secretos. Y su padre había muerto..., aunque solo Liath alegó que había sido asesinado; el mariscal Liudolf decretó que la muerte se produjo por causas naturales.

—Contéstame, muchacho.

No le gustaba que la severa mirada de la madre Escolástica se fijase en él.

—Yo... eso creo. Su padre era culto.

—¿Y su madre?

Se encogió de hombros.

—No tiene madre. Bueno... nunca supo nada de su madre.

—¿Su padre era culto...? ¿Quizá fue un monje que dejó la iglesia? Ah, sí, lo leo en tu cara.

—No sé quién era. Pero todos creemos que debía de haber sido monje alguna vez, o quizá un *frater*...

—Si dejó la iglesia, no lo iría pregonando por ahí. Fue educado en la Iglesia y luego huyó. ¿Estás seguro de que era hija suya?

—¡Sí! —exclamó, indignado en nombre de Liath.

—¿No era ni su concubina ni su criada?

—¡No! Por supuesto que eran padre e hija.

—Eso lo explicaría todo —dijo la madre Escolástica reflexionando, parecía haberse olvidado de que Ivar estaba allí, y en realidad le importaba poco su indignación—. ¿Por qué sabía leer jinna?

¿Leer jinna? ¿Quemas le había ocultado Liath que nunca había compartido con él? De repente, tuvo la terrible intuición de que el *frater* Hugh podría no haber estado interesado por Liath solo por su belleza y juventud.

—Rasgos oscuros. Un hombre de la Iglesia caído en desgracia. Quizá mi madre tenía razón. Un *frater* puede viajar como misionero a las cuatro partes del mundo, incluso llegar hasta los infieles jinna que veneran al dios del fuego Astereos. Un hombre así podría haber sido seducido con las pociones y los perfumes del este, un hombre así podría haber renunciado a su juramento de la Iglesia y tener un niño con una mujer oriental y después como un honorable daisanita, negarse a que la niña fuese criada como pagana. Eso explicaría su complexión y su capacidad para leer. Bien, Ivar —el cambio de tema le sobresaltó, su repentina pérdida de interés hacia él—, es bueno que me hayas contado esto. Vuelve al noviciado. Estudiarás. Obedecerás. Con el tiempo, si cumples con tu deber y eres dócil y humilde, te volveré a llamar y te diré lo que tu padre ha contestado.

La entrevista había terminado. Hizo un gesto de despedida con la mano y él sabía que no merecía la pena protestar. Pero no podía irse sin obtener respuesta a una

pregunta, aunque le castigaran por ello.

—¿Qué le pasará a Liath? Por lo que yo hice.

Se dignó a concederle una súbita sonrisa y su fuerza, su aprobación, le impactó como si le hubiera dicho que podía mirar la Cámara de la Luz en todo su esplendor a través de una rendija de las puertas.

—Es la primera vez que en esta entrevista has hablado de sus necesidades y no de las tuyas. Ella sirve como Águila del rey y no he oído ninguna queja al respecto. Continuará. Eso es todo.

Inclinó la cabeza con las manos juntas, pudo besar su anillo de ópalo y salió de la habitación, dando un traspié y cayendo hacia atrás al traspasar el umbral.

El profesor Labros Fruncidos estaba esperando afuera, con el ceño tan fruncido como una nube de tormenta que se avecina. Gracias a Dios, no utilizó la vara de sauce.

—Puedes estar seguro —dijo el maestro con su desagradable voz—, de que tú y tus compañeros, de cuya complicidad en este asunto se ha tomado buena nota estaréis recluidos en el noviciado mientras dure la visita del rey y seréis vigilados estrechamente. Quítate de la cabeza la idea de escapar y salir corriendo detrás de ellos. Ya hemos tenido otros casos parecidos.

Las amenazas del maestro, pronunciadas de forma inquietante, resultaron ciertas. El séquito del rey se fue al día siguiente y aunque los otros novicios pudieron salir del cuartel y ponerse a los lados de la calzada para cubrir de pompa y dignidad la salida del rey y su corte, Ivar, Baldwin, Ermanrich y Sigfrid se quedaron sin asistir. Durante ese deprimente paréntesis esperaron en el patio haciendo turnos en la valla con sus cuchillos.

—¿Está realmente enamorada de ti? —preguntó Baldwin.

—¿Por que debería sorprenderte? ¿Tan feo soy? —Ivar quería pegar una bofetada a su amigo.

Baldwin le miró con cara de circunstancia y se encogió de hombros.

—No.

—Pero si es un Águila —puntualizó Ermanrich—, no puede ser de noble linaje. ¿Por que iba a dejarte tu padre casarte con una mujer corriente?

—Pero su padre estuvo en la Iglesia y era culto —protestó Ivar—. ¡Debe de proceder de linaje noble!

Pensar en ello empeoró las cosas, pero no podía evitarlo. La madre Escolástica había prometido enviarle un mensaje a sus padres. Él tendría que tener paciencia... y Liath había prometido esperar.

Sigfrid le había pasado el turno del cuchillo de Baldwin y estaba intentando agrandar el pequeño agujero, para que se pudiera ver a través de él. Miró por encima del hombro al patio vacío y después lo pasó hacia los otros.

—Mientras esperaba la reprimenda —dijo en voz baja—, oí que la hija de *lady* Sabella iba a quedarse aquí hasta que el rey Henry decida entregarla en matrimonio o

dejar que sea novicia.

—¡Ah! —dijo Baldwin—. La joven *lady* Tallia. Una vez la vi. Ermanrich gruñó.

—¡Oh! —dijo Sigfrid con el tono de un hombre que ha abierto la puerta solo para ver que en su habitación hay una serpiente—. No creía que funcionaría.

—Calía —dijo Baldwin—. Ven aquí, Ermanrich. Ivar, ponte de rodillas como si estuvieras rezando. Ven aquí.

Sigfrid lo había logrado. La presión había hecho que una delgada plancha se deslizase bajo la otra y ahora quedaba un hueco a través del cual podían ver una estrecha franja del otro lado del patio.

Baldwin se agachó y aplastó su cara contra la valla. Dio un grito ahogado y se echó hacia atrás.

—¡Ahí hay alguien! —susurró—. ¡Una novicia!

—¿Tiene verrugas? —preguntó Ermanrich.

—¡En serio! —Baldwin pegó su ojo derecho al hueco otra vez, cerrando el izquierdo y encogiendo la cara para ver mejor. Hizo una pausa, se echó hacia atrás y habló susurrando—. Está arrodillada justo enfrente de nosotros. Creo que es *lady* Tallia.

Ermanrich silbó entre dientes.

Incluso Ivar estaba impresionado.

—Déjame mirar —pidió.

Baldwin se retiró rápidamente e Ivar apretó su cara contra la valla. La madera le rozó la piel. El aliento de Ermanrich le dio en el cuello, como si, con suficiente fuerza de voluntad, el otro chico pudiera ver a través de los ojos de Ivar.

Ella se había quitado la capucha y la reconoció enseguida. Era la chica de pelo rubio como el trigo que llevaba el estandarte de Arconia, el ducado de su padre, al frente de la procesión el día que el rey Henry llegó a Quedlinhame. ¡Hace solo tres días! Cuánto ha pasado desde entonces.

Ella rezaba con sus delgadas manos apretadas contra el pecho, los labios pálidos tocaban los nudillos. Entonces, de repente, sus ojos se abrieron y lo miró de frente. Tenía los ojos del azul más pálido posible como una túnica añil lavada varias veces, con el color tan descolorido que solo se distinguía el azul en los hilos.

—¿Quién eres tú? —susurró.

Ivar se retiró de la valla.

—¡Ha dicho algo! —exclamó Ermanrich. Pegó la cara contra la valla—. ¿Eres *lady* Tallia? —susurró.

Baldwin apartó a Ermanrich de la pared y se metió él mientras Ermanrich gruñó protestando.

—No debes mirarme —dijo con ese mismo tono de voz, tan suave como el viento que movía el pelo de Ivar. Se le había caído la capucha y rápidamente se la subió para taparse la cabeza, mirando con culpabilidad hacia el cuartel. El criado seglar que habían dejado para que les cuidase no estaba por allí. Continuó hablando—. No es

correcto que me mires de esa forma —en el silencio del patio podían oír las palabras con claridad. Dudó, y después siguió—, pero hemos tenido esta oportunidad de hablar y eso, seguramente, es obra de Dios ¿verdad?

—Ah, por cierto —dijo Baldwin con alegría, aunque, haciendo caso a lo que ella la había dicho, se había retirado del agujero de la valla—. ¿Vas a ser monja?

Sigfrid hizo un ruido entrecortado y adoptó inmediatamente una posición de rezo. El criado seglar se había dado la vuelta para mirar, un hombre hosco, robusto, enfadado sin duda por haber tenido que vigilar a cuatro novicios desobedientes en lugar de ver la sugerente partida del rey y la corte. Los cuatro chicos se agacharon adoptando acritudes de rezo con arrepentimiento.

Desde el refugio en la columnata, el criado seglar no podía oír la débil voz de Tallia, pero los cuatro chicos sí podían.

—Es mi más ferviente deseo convertirme en monja. A menos que pueda ser diaconisa, no me dejarán volver a salir al mundo, excepto para casarme con algún noble avaricioso.

—¿Por qué te gustaría ser diaconisa? —preguntó Sigfrid—. En el claustro, podemos dedicar todas las horas al estudio y la contemplación.

—Pero un diácono que vive en el mundo puede llevar la Palabra verdadera de Dios a aquellos que viven en la oscuridad. Si fuera ordenada diaconisa, podría predicar la palabra sagrada del redentor como si me la enseñara el *frater* Agius, al que le fue concedido el favor de Dios y un martirio santo.

Se oyó un retumbar de trueno en la distancia, como si fueran tambores que sonaban para la partida del rey. Ivar olió la lluvia en el viento. Las nubes se deslizaban por el cielo.

—¿Quién es el Redentor? —preguntó Ermanrich, tornando su insulsa y simpática cara, en una expresión de confusión.

—Eso es una herejía —susurró Sigfrid, pero no se movió.

Baldwin no se movió.

Ivar no se movió. Quería oírla hablar otra vez. Su voz era monótona, fascinante, pura y discretamente entusiasta. Y era una mujer, y joven.

—Porque Daisan *el Bendito* no era hijo de un mortal, sino de Nuestra Señora, que es Dios. Solo él nació exento de oscuridad. Por eso sufría. Por orden de la emperatriz Thaisannia, la de la máscara, fue desollado vivo por lo que predicaba, como solía hacer con los criminales y con aquellos que predicaban la traición al imperio dariyano y su gobernante. Le sacaron el corazón y donde cayó su sangre florecieron rosas.

Sigfrid hizo la señal del Círculo para protegerse contra lo prohibido... contra la más errónea y peligrosa herejía. Pero no se fueron. Ninguno de ellos se movió. Se quedaron allí, embelesados, mientras el trueno sonaba más cerca y las primeras gotas de lluvia oscurecían la tierra que estaba a su alrededor.

—Pero con este sufrimiento, con este sacrificio, nos redimió de nuestros pecados. Nuestra salvación llega mediante esa redención. Porque aunque murió, resucitó. Dios

en su sabiduría le redimió, porque, ¿no era hijo suyo?

Ella habría seguido, quizá siguió, pero se levantó el viento y el trueno resonó en lo alto. El escozor que producía la lluvia al golpear su cuerpo les condujo a refugiarse en la columnata. Ivar no sabía si ella entró corriendo también pero se la imaginó, arrodillándose tranquila, empapada y golpeada por la lluvia mientras rezaba sus oraciones herejes. Durante las noches siguientes, esa imagen fue motivo de gran inquietud.

CAPÍTULO 4



EN LAS ALAS DE LA TORMENTA

El rey y su séquito cabalgaron en dirección sur desde Quedlinhame. Liath cabalgó hacia el nordeste atravesando zonas boscosas dispersas entre colinas con un mensaje para la duquesa Rotrudis, la hermana del rey. Ella siguió el Osterwaldweg, una pista de hierba que iba hacia el norte desde Quedlinhame y giraba al este-nordeste en la confluencia de los ríos Ailer y Urness, afluentes del Vesper. Por la mañana, la pista crujía por la escarcha, brillaba con el frío como si un ángel hubiera soplado su dulce aliento por encima del camino lleno de surcos. Por la tarde, el tráfico de los carros, el sol y el paso de una tormenta de otoño habían transformado el sendero en lodo, que volvería a congelarse durante la noche.

Siempre hacía viento y algunas veces era helador, pero a última hora de la tarde, normalmente lucía el sol con fuerza. En aquellos días, Liath solía encontrar un hueco en el que daba el sol mientras su caballo se alimentaba del forraje del borde del camino. Algunas veces, si el camino seguía vacío, abría el *Libro de secretos* y leía algunas palabras que hacía tiempo había memorizado o daba vueltas a las breves glosas arethousanas de lo más avanzado del libro, el texto antiguo más secreto. Desgraciadamente, sin tiempo de estudiar ni preceptor que siguiera formándola, ya había olvidado mucho del poco arethousano que había aprendido de Hugh. Pero quizá si olvidaba todo lo que él la había enseñado, se liberara de él de verdad.

En otros momentos, frustrada por su ignorancia, se limitaba a cerrar los ojos e imaginar que papá estaba a su lado en el silencioso camino. El calor del sol era como sentir su presencia, tranquilizadora y relajante; curiosamente, nunca imaginaba que estaba con ella en días nublados. Quizá su espíritu la miraba desde la Cámara de la Luz en la que ahora residía en paz, y podía verla a través de las siete esferas solo cuando el día estaba despejado.

Imaginaba que él la preguntaba:

—¿Piensas que las almas ven? ¿O que ese sentido está reservado para los que tienen un cuerpo terrenal?

Y ella contestaría:

—Estás intentando engañarme, papá. Los ángeles y los daimones no tienen cuerpos terrenales. Sus cuerpos están hechos de elementos puros, fuego y luz, y viento y aire, y aun así, su vista es mejor que la de la humanidad. Pueden ver tanto el pasado como el futuro. Pueden ver las almas de las estrellas.

Algunos dicen que son las almas de las estrellas fijas.

Así, finalizaría la discusión sobre la libre voluntad y el destino y la ley natural. Y si no era ese razonamiento, sería otro, porque durante sus largos años de estudio papá había adquirido un acervo impresionante de sabiduría, a pesar de que su ciudad de la memoria no estaba tan a punto como la de Liath, porque él le había proporcionado sus habilidades memorísticas al final de su vida. Sabía mucho y todo quiso enseñárselo a su hija, especialmente los secretos de los *mathematici*, el conocimiento de las estrellas y de los movimientos de los planetas en el cielo.

Un vendaval repentino agitó las páginas del libro que tenía abierto sobre las rodillas. Pasó un remolino de nieve, pero en el cielo no había nubes. El viento frío la hizo recordar.

Hay alas que se van quedando en los aleros. Aunque no era invierno, una ráfaga repentina de nieve blanca entró por la chimenea.

Dormida y consciente, obligada a guardar silencio. Despierta pero incapaz de moverse y por lo tanto todavía dormida. La oscuridad impedía que se moviera, como si estuviera lastrada.

Se oyó un sonido de campanas como si estuviera en el viento. Sonaron dos fuertes golpes, producidos por las flechas que golpean la madera.

—Tus débiles flechas no te valen de nada —dijo la voz de las campanas—. ¿Dónde está ella?

—No puedes encontrarla en ningún sitio —dijo papá.

—Liath —dijo una voz de campanas que procedía a la vez de todas partes y de ningún sitio.

Su corazón latía desenfrenadamente, no se atrevió a moverse, pero tenía que mirar. La nieve pasaba por delante de ella girando en remolino como si fuera el final de una tormenta, los copos se disolvían con el sol. Un suave reflejo iluminó el camino justo donde giraba hacia el norte, un aire turbio como el revoloteo de alas translúcidas tan pálidas como el aire.

Algo que bajaba por el camino se acercó a ella.

El miedo era tan fuerte como el pico de un grifo que se acercaba a su garganta, que no podía coger aire. En realidad, no podía correr. Creyó oír la voz de su padre: «La seguridad consiste en quedarse escondido».

No se movió.

Liathano.

Lo escuchó con claridad, los ecos de las campanas resonaban a lo lejos en una noche sin fin. Aunque no era un ser terrenal, ella lo vio. No caminaba por el sendero, sino que flotaba sobre él, como si no pudiera poner su ser etéreo completamente en contacto con la densa tierra del mundo mortal. Bajó por el sendero desde el norte, no tenía cara, solo sus miembros se parecían a los de los humanos y tenía forma de cuerpo humano y las alas de un ángel para darle forma.

La llamó, seductor, poco melodioso, con un tono de bajo vibrante. Quería que

contestara. La obligó a contestar.

Pero papá la había protegido contra la magia. En silencio, tan callada como una piedra, no se movió. Contuvo la respiración. Una hoja llevada por el viento cayó sobre sus brazos y se quedó sobre el libro abierto, y después una segunda, como si la tierra la ayudase a esconderse.

La criatura pasó por delante de ella asediándola, llamándola y subió por la calzada hacia el sur perdiéndose de vista por fin. Una única pluma blanca giraba en el remolino que quedó al pasar y cayó sin rumbo al suelo. Era tan pálido que brillaba como el cristal más puro. Notaba que la pluma de oro que la dejó el brujo Aoi, que tenía atada a un cordón de piel colgada del cuello, quemaba su piel como si la avisara.

Siguió sin moverse. Estaba demasiado aturdida para moverse, sentada, tan quieta que al final un trío de cerdos casi salvajes con los colmillos, las cerdas y las patas brillantes se aventuró a entrar en el sendero para investigar a este brillante intruso. Pero en cuanto el cerdo que iba primero empujó suavemente la pluma blanca con el hocico, la punta de la pluma chisporroteó, brilló con un remolino de humo y se disipó en el aire. Los cerdos gruñeron dispersándose.

A Liath le dio un ataque de risa, pero, en cuanto se le pasó, se enfadó tanto que de lo que se le movían las manos casi no podía volver a meter el libro en la silla de montar. ¿Fue esa criatura la que asesinó a papá? ¿Esa misma? En su interior se debatía entre el enfado y el terror, pero ganó el enfado. No había sido ella. La magia de papá todavía la protegía, fuera cual fuera el hechizo que él había sufrido hace tiempo no había muerto con él.

El enfado le hizo darse cuenta. Todos aquellos años había creído que era un brujo fracasado cuando en realidad había utilizado ese poder para conseguir esconderla.

—Te juro papá —susurró, de pie al lado de su caballo con los ojos mirando al cielo, donde quizá su alma la vigilara a ella que estaba atrapada en la tierra mortal—, que averiguaré lo que te mató.

«No Liath, debes tener cuidado», *imaginó que contestaría*. Él siempre tenía tanto miedo.

Y por una buena razón. ¿Fue el daimon etéreo el que les acechó o un hechicero humano, un *maleficus*, que aquel había traído de su esfera situada más allá de la Luna y a quien me obligó a hacer esta declaración?

—Seré como un ratón —murmuró—. Nunca me dejaré ver, te lo prometo papá. Nunca les dejaré que me cojan. —Parecía contenta al imaginárselo.

A lo lejos, un rebaño de ovejas subió por un altozano y desapareció de su vista, un cuerpo amorfo protegido por perros ocultos y un solo pastor. No quería quedarse aquí, donde la criatura se había acercado tanto. Ahora estaba inquieta y todavía nerviosa por la visión de aquella criatura de otro mundo y por el horrible y morboso miedo que la había atenazado al oír a esa voz inhumana pronunciar su nombre. Pero montó y siguió cabalgando. En su tercer día fuera de Quedlinhame, podía confiar en

llegar al palacio de Goslar al anochecer, como le había dicho Hathui. Y por la Señora que lo hizo, no quería dormir sola esta noche. Desde Goslar, si el tiempo la acompañaba, todavía tenía que cabalgar otros cuatro días sin parar para llegar a Osterburg, la ciudad y la fortaleza que tenía la protección de la duquesa Rotrudis.

Pero cuando llegó cabalgando a Goslar esa noche, se encontró con que allí ya estaba alojado un gran séquito. Un mozo de cuadra cogió su caballo y la llevaron enseguida a la sala grande. Allí, sentada en una silla tallada con dragones y cubierta con almohadas de oro bordadas con dragones negros cuya forma enroscada y comportamiento fiero recordaban a los de los Dragones del rey, la esperaba la duquesa Rotrudis.

—¿Qué mensaje me envía Henry? —preguntó sin preámbulos en cuanto Liath se arrodilló ante ella. No se parecía a los otros hermanos que Liath había visto: Henry, la madre Escolástica y la obispa Constance; no era guapa ni elegante en sus movimientos. Era baja, robusta, con las manos tan grandes y rojas como las de un granjero, tenía una nariz que parecía que se la hubieran roto varias veces y en sus mejillas había cicatrices de viruela. Incluso así, nadie la habría confundido con alguien que no fuera uno de los grandes príncipes de la zona.

—El rey Henry pronunció estas palabras, mi señora —comenzó Liath diligentemente—: «Henry, rey de Wendar y Varre, a Rotrudis, la duquesa de Saonia y Attomar y querida familiar, suplica. Ahora que ha llegado el invierno, es hora de pensar en la campaña del próximo verano. Debemos expulsar a los eikas de Gent, pero para ello necesitamos un gran ejército. Más de la mitad de mis efectivos murieron en Kassel. He cogido todo lo que he podido de Varre y he pedido más, pero vos, también, debéis compartir esta carga con los demás. Enviad mensajes a vuestras damas y caballeros nobles para que aumenten sus impuestos y envíen tropas a Steleshame después de la fiesta de san Sormas. Desde este punto, atacaremos Gent. Cúmplase. Estas palabras, pronunciadas en presencia de nuestra santa madre, representan mis deseos al respecto».

Rotrudis gruñó, bebió un trago de vino y pidió que echaran más leña al crisol.

—Bonitas palabras —dijo con indignación— cuando es mi ducado el que ahora asolan los eikas. No están contentos con Gent. ¡Osterburg, mi ciudad ha sido atacada!

¡Atacada! El recuerdo de la caída de Gent golpeó a Liath tan fuerte como la embestida de una espada y se echó hacia atrás horrorizada.

—Los ahuyentamos —dijo la duquesa rotundamente—. Solo eran diez barcos de malditos salvajes. —Dio la copa de oro a su escanciadora, una mujer bastante joven vestida con una sencilla túnica de lino blanco. Se levantó y pasó por delante para mirar por encima del hombro a Liath. Con la punta de su bastón presionó bajo el mentón de Liath y levantó la cabeza del Águila para examinar su cara.

—¿Eres familia de Conrad el Negro? —preguntó—. ¿Su hija ilegítima quizá?

—No, mi señora. No soy familia del duque Conrad.

—Bien dicho, ya veo —dijo la duquesa—. Demasiado mayor para ser su

bastarda.

Tenía cojera y un pie hinchado y al dejarse caer en la silla, las almohadas exhalaban un suspiro ante su peso. Un sirviente se adelantó rápidamente y recostó el pie sobre un taburete almohadillado. En las paredes había bellos tapices que representaban un conjunto de jóvenes damas que iban de caza, primero detrás de un ciervo, luego una pantera y por último un grifo.

—Le vas a decir esto a mi querido hermano Henry. Dios bendito, ¿dónde estará ahora? ¿Puedo preguntar?

—Él y su corte han ido cabalgando hacia el sur.

—¡Para cazar en el bosque de Thurin sin duda!

—Sí, mi señora.

—¡Mientras mis pueblos arden con las incursiones de los eikas! Ah, bien, sin duda dirá que debe reunirse y molestar a todos los caballeros del sur con el fin de conseguir que dediquen tropas para la guerra del próximo verano. Una guerra todos los veranos, eso es Henry para ti. —Alargó la mano y su escanciador colocó la copa de oro en ella. La duquesa examinó su contenido y después frunció el ceño—. Aquí, niña, mi copa está vacía. Apareció un chico vestido con una bonita túnica de lino blanco, se llevó la copa y volvió con una llena. Un clérigo se inclinó y susurró algo al oído de la duquesa.

Liath deseó que los caballeros nobles se plantearan colocar alfombras o almohadas delante de las sillas para poder aliviar las rodillas.

—Totalmente cierto —comentó Rotrudis al clérigo antes de mirar a Liath—. Dile a Henry que espero más ayuda por su parte. Estos eikas son como las moscas que revolotean alrededor de la carne fresca. ¿Y qué pasa si no puedo esperar al próximo verano?

—No tengo más mensajes del rey, mi señora. Pero... —dudó.

—¿Pero? ¡Pero! Sigue. No soy tonta para pensar que los Águilas no se enteran de lo que a otros les pasa desapercibido.

—Es verdad, mi señora, que los efectivos de Henry sufrieron un fuerte varapalo en Kassel. Su grupo de Leones se vio reducido a sesenta hombres, de unos cien que iban y aunque ha enviado a pedir más centurias de las zonas fronterizas no hay garantía de que esos hombres puedan marchar tan lejos y tan rápido o de que los caballeros de esas zonas puedan dejarles ir.

—¿Qué? Los qumanos no han asaltado desde hace años. Creo que allí no hay ninguna amenaza. Continúa. ¿Y qué hay de los caballeros Varren?

—Ellos también sufrieron en Kassel, aunque en el bando de Sabella. Pero el rey les ha cobrado impuestos y espera que le manden más en primavera.

—¡Y con eso no tiene bastante! He tenido que enviar a mi hijo Wichman y su grupo de jóvenes provocadores y temerarios a Steleshame para restaurar el orden. ¿Qué ha arriesgado Henry?

Aquello fue el colmo. Furiosa, Liath levantó la mirada directamente a la duquesa.

—¡El rey Henry perdió a su hijo en Gent!

Los cortesanos murmuraron, impresionados por su tono, pero la duquesa se limitó a reírse.

—¡Vaya ocurrencia! Bueno, entonces, es verdad que el príncipe Sanglant murió en Gent con los Dragones, pero el pobre niño fue criado para eso, ¿no?

—¿Criado para eso? —dijo Liath, consternada.

—¡Silencio! Ya has hablado bastante. Ahora vas a escuchar lo que yo te diga y se lo vas a contar palabra por palabra a mi querido hermano. Necesito más ayuda y la necesito pronto. Según mis informes, no queda ningún pueblo en pie a un día de camino a caballo desde Gent, y han robado la mitad del ganado de los pueblos que se encuentran a tres días de camino de aquí; mi gente ha sido masacrada, atemorizada y subsisten con una cosecha escasa que les alimentará este invierno, y no podrán sembrar en primavera si no echamos a los eikas. Estos eikas arrasaron el Vesper a su antojo, aunque el hielo del invierno puede embotar sus remos en el agua y ninguna vía fluvial es segura, ni lo será hasta el deshielo de la primavera. Di a Henry que sé dónde está nuestra hermana Sabella. Si él no puede ayudarme lo hará ella... y me traerá a los caballeros que le juraron lealtad si Henry no puede.

Hizo una pausa, bebió un trago de vino e hizo un gesto de dolor al mover el pie sobre el taburete.

—Bueno, ¿has entendido todo?

Liath casi no podía hablar, se quedó atónita al oír hablar de Sabella.

—¿Es ese el mensaje que quiere que lleve al rey Henry?

—¿Lo habría dicho si no fuera lo que quisiera que le dijeras? Tu deber no es hacer preguntas, Águila, sino cabalgar. Ve, pues. Ya he terminado contigo.

Liath se levantó, se echó hacia atrás y se retiró a la esquina más apartada de la sala. ¿Se suponía que debía salir inmediatamente con el crepúsculo? ¿Hacia un lugar en el que era probable que nada ni nadie la esperara? Pero un camarero la llevó a una mesa que estaba situada al fondo de la sala mientras los nobles empezaban su fiesta vespertina. Allí, junto con algunos sirvientes, comió magníficamente, una exquisita comida compuesta de ganso, perdiz, pescado estofado con salsa agria, pastel hecho con picadillo de frutos secos, grasas y especias, todo el pan que fuera capaz de comer y sidra seca. La fiesta de los nobles duró una eternidad, con canciones, bailes y cuentos e incluso al retirar la última bandeja seguían bebiendo tanto que Liath estaba sorprendida de que no hubieran vaciado ya las bodegas.

Por fin se fue de la mesa arrastrándose y se acurrucó en la esquina; aun así, durante la larga noche se despertó a ratos cuando les oía reír. Cada vez que se despertaba, veía a través de la nube de humo y la luz de la antorcha que los nobles seguían bebiendo, cantando, los más jóvenes luchaban y fanfarroneaban mientras daban vueltas por el suelo y bebían más. Solo al amanecer dejaron la juerga de la noche y se fueron a la cama.

Cuando entró cabalgando en el amplio recinto que constituían los pabellones de caza reales de la parte más septentrional del bosque de Thurin, el rey Henry y su corte estaban cazando. Había tardado siete días en llegar hasta allí a una buena marcha y cambiando de caballo en Quedlinhame. Esta vez, en el monasterio, la habían dejado sola en los establos; no había tenido ninguna posibilidad de ponerse en contacto con Ivar. Por el camino, no había visto rastro de la misteriosa criatura que había pasado tan cerca de ella.

El pabellón de caza estaba compuesto por una gran sala y cuarteles, cocinas, herrería, almacenes, establos y unas cuantas casas de huéspedes. Un gran campo de hierba rodeaba estos edificios, delimitados por una parte por un estrecho río de lecho profundo y por la otra, por una pared de empalizada. Los sirvientes salían disparados de un lado a otro por el pabellón. Liath escuchó los chillidos de los cerdos que llevaban a sacrificar para la fiesta de la noche. Un verdadero ejército de sirvientes pululaba por el edificio de las cocinas, que estaba bien separado del gran salón por si había un fuego, y más allá, en una ladera cubierta de hierba que daba al río, aireaban la ropa de cama, las camas de plumas y la ropa lavada.

Cuando cruzó bajo la puerta de empalizada, un mozo de cuadra cogió su caballo y le informó de que ese día el rey se había ido. Liath se alegró de perderse la cacería. No encontraba ningún placer en cazar a alguna pobre criatura aterrorizada, porque la recordaba demasiado su vida.

Colocó su silla y arnés en el mismo compartimento vacío en el que encontró los aperos de Hathui, las alforjas y la manta de lana enrollada. Hathui había salido con el rey. Se agachó para abrir la bolsa, colocó su mano en el libro que estaba dentro... y dudó. ¿Había aparecido el daimon?... ¿la había seguido?... ¿porque había abierto el libro en el camino? ¿O porque se había acordado de la muerte de papá en sus pensamientos? ¿O solo había sido coincidencia que la criatura hubiera aparecido entonces? Cerró la solapa y ató el morral, metió la alforja bajo la silla y salió.

Era un bonito día otoñal, borrascoso, con muchas nubes y el aire impregnado del aroma de las hogueras. Alrededor de las botas de Liath, volaban frágiles hojas de color amarillo apagado y naranja, agitadas por el viento en remolinos. Las cabras pastaban al otro lado del río, vigiladas por un pastor solitario. Nadie se dio cuenta de que estaba allí. Todos estaban demasiado ocupados.

El sol de la mañana que antes la iluminaba ahora había desaparecido, envuelto en las alas de una tormenta que se acercaba. Esta era la época de las tormentas, que llegaban una detrás de otra. Tembló al pensar en los eikas, quienes traían consigo una tormenta procedente del norte; el recuerdo de la caída de Gent todavía la dolía.

Sin embargo, desde aquí, en lo más profundo del bosque, el mundo parecía demasiado lejano. Aquí no vivía nadie, no había propietarios ni campesinos que trabajaran en la hacienda de una dama ni tierras de la iglesia que cultivar en las escarpadas colinas y los valles de una gran densidad boscosa. El bosque de Thurin seguía siendo una zona boscosa sin explorar y aquí cazaba el rey casi todos los otoños.

El fuerte frío del día la obligó a buscar refugio en el gran salón. Pero para su sorpresa y consternación, los clérigos eran los inquilinos del gran salón, media docena iban vestidos con atuendos muy cuidados. Ella había pensado que también ellos estarían cazando.

En vez de eso, estaban sentados tranquilamente en las largas mesas en las que por las tardes el rey y su corte celebraban sus festejos. Ellos se ocupaban de los asuntos del rey mientras el rey se ocupaba de disfrutar. Las plumas de ganso se movían de modo constante, con un toque de tinta, inclinando las letras de un margen a otro del pergamino o la vitela.

Liath dio un paso atrás, pero era demasiado tarde. En la silla que estaba al lado de la puerta estaba sentada la hermana de Ivar, Rosvita. Levantó la vista, vio a Liath y le hizo una seña. En la mesa que estaba delante de ella había un libro atado, con las páginas de pergamino dobladas en una mano, algunas de las cuales no estaban cortadas todavía. Sus dedos estaban manchados de tinta.

Cautelosamente, Liath se atrevió a acercarse más.

—Has vuelto, Águila —dijo la clériga.

—Soy yo, hermana. Traigo un mensaje de la duquesa Rotrudis para el rey.

—Te fuiste de Quedlinhame rápidamente —observó Rosvita— y no debes de haberte entretenido mucho allí para volver.

¡Ay, Señora! Con todo lo que ha pasado desde entonces, Liath casi no había pensado en el pobre Ivar. ¿Qué decía papá siempre? «Cuando el lobo tiene tu brazo en sus fauces, utiliza el otro para hacerle cosquillas en la tripa».

—¿Qué escribes? —preguntó Liath, pero, atraída por las palabras escritas con tinta fresca leyó en alto:

Entonces Henry, hijo de Kunigunde, duquesa de Saonia y su marido, Arnulf de Avaria, se convirtió en duque a la muerte de su madre, porque sus hermanas mayores habían muerto antes él. Pero la reina Conradina, que había probado a menudo el valor del nuevo duque, temía encomendarle todo el poder de su madre. La reina, con esta actitud, atrajo la indignación de todo el ejercito wendiano. Entonces, pronuncio muchas palabras para alabar al

nuevo y más noble duque, prometiendo conceder a Henry grandes responsabilidades y ensalzarle con honor. Pero no engañaron a los soldados wendianos. La reina, al ver que estaban más hostiles que de costumbre, y al darse cuenta de que no podía aniquilar al nuevo duque abiertamente, intento encontrar una forma de que lo asesinaran por traición.

Envió a su hermano con un ejército a Wendar para que lo arrasara. Pero cuando volvió a la ciudad llamada Gent, se dice que afirmó con fanfarronería que el mayor problema que esperaba era que los wendianos no se atrevieran a darse ver ante las murallas para que él pudiera luchar con ellos. Todavía estaba alardeando cuando llegaron los wendianos, se abalanzaron sobre él y una vez entablada la batalla mataron a su ejército de arconianos, salianos y varingianos con tal saña que, según cuentan los bardos, el Abismo debe ser un lugar verdaderamente grande si pueden entrar tantos caídos.

Eberhard, el hermano de la reina se libro de su temor de que los wendianos no aparecieran, porque literalmente los tuvo delante de él y escapo.

—¡Vaya historia! —exclamó Liath. Volvió su mirada a Rosvita para comprobar que la anciana mujer la miraba fijamente con una sonrisa de mal agüero en sus labios. Todos los demás clérigos habían dejado de escribir para mirar a ese bicho raro, un Águila del rey que podía leer el idioma de la gente culta de la iglesia, el dariyano.

Ay, Señora. Se había vuelto a traicionar a sí misma, y esta vez delante de la *schola* del rey, su séquito de clérigos eruditos.

—Estoy trabajando en una historia del pueblo wendiano —confirmó Rosvita sin ninguna muestra de asombro, al contrario que los otros—. Estoy contando la historia de cómo el primer Henry, duque de Saonia, se convirtió en rey de Wendar a la muerte de la reina Conradina.

—¿Qué vas a escribir a continuación? —preguntó Liath, confiando en distraerla.

Rosvita tosió educadamente y los demás clérigos volvieron apresuradamente a sus tareas. Colocó su pluma, una magnífica pluma de águila, que seguramente era un regalo del rey o de su madre por algún favor importante, al lado del libro.

—La reina Conradina resultó herida en la batalla, encontrándose así con el peso de la enfermedad y la pérdida de su, hasta ahora, buena suerte, llamó a su hermano Eberhard para que acudiera a su lado y le recordó que su familia tenía todos los recursos que la dignidad de un gobierno requiere, todos los recursos excepto la buena suerte. Le dio a Eberhard la insignia de sus antepasados regios, la lanza sagrada, el cetro, la torques dorada y la corona, y le dijo que cogiera la insignia y se la entregara al duque Henry junto con su lealtad. Al poco tiempo, ella murió, una mujer valiente y valerosa, sobresaliente tanto en casa como en el campo, muy conocida por ser liberal...

—Tanto dentro como fuera de la cama —dijo uno de los clérigos, ante lo cual los

demás se rieron hasta que Rosvita hizo una señal de silencio y se callaron.

—Eberhard se ofreció a Henry en persona y con sus tesoros, hizo un tratado de paz con él y creó vínculos de amistad. Esa amistad la mantuvo fielmente hasta el final. Después, en la ciudad conocida como Kassel, en presencia de todos los grandes príncipes del reino, convirtió a Henry en rey.

—Por supuesto —dijo Liath—. Y ahora el primer bisnieto de Henry, nuestro Henry, es rey de Wendar y Varre. —Se inclinó levemente, apoyándose—. Os ruego me perdonéis que os haya molestado, hermana. Os dejaré seguir a vos y a los demás con vuestro trabajo.

Se dio la vuelta y salió a toda prisa, después se apoyó en la pared y dio las gracias al Señor y la Señora por haber escapado a este examen. El débil aroma de lima del yeso recién lavado ardía en sus senos nasales y con él un resquicio de envidia. Si en aquel sombrío día hace nueve años los hechos hubieran sido otros, podría haber tomado ella misma los votos y haberse convertido en clérigo. Podría haber estado sentada al lado de otros como ella, y haber escrito y leído y hablado. Qué raro que a Ivar le irritara lo que para ella podía haber sido la felicidad. Pero no lo iba a ser.

Aun así, al ver a los clérigos se había puesto nostálgica... y atrevida. Volvió a los establos, sintiendo una repentina necesidad de tocar otra vez el libro, aunque el mero hecho de tocarlo la pusiera en peligro.

La tenue luz de los establos la cubría como si tuviera una capa sobre los hombros que la infundiera valor. Sacó el *Libro de secretos* de la alforja y lo abrió con cuidado. Esperó un momento, pero no había ningún viento frío que enturbiara la tranquilidad de los establos. Incluso para sus ojos de salamandra, estaba demasiado oscuro para leer, por lo que en lugar de ello se limitó a tocar la cubierta, el veteado de la piel, las hojas de pergamino y el delicado relieve de la parte más recóndita del libro, la tinta sobre el papiro.

Puso su mejilla junto a él, respirando su perfume seco. El libro de papá. Todo lo que la quedaba de él y todo lo que él la había dado. Ay, Señora. Le había dado literalmente todo lo que tenía; todo el poder que tenía. Solo le había puesto en duda porque no le entendía.

Nunca estaba lo suficientemente segura. Ya no se preguntaba por la excesiva vigilancia de papá, su maniático recelo, su atención a cada detalle de todas las casas de huéspedes de los monasterios, a cada refugio aislado o cobertizo de granjero en el que habían dormido. Ya no más.

Parecía que Hugh había entendido el poder de papá mejor que ella. El viento agitó las puertas de los establos y empezó a ponerse en guardia, pero era un viento normal. Podía oler la lluvia, aunque todavía no había caído una gota, podía oír el ruido de las ramas afuera cuando el aire que traía la tormenta agitaba los árboles antes de que llegara. *Hugh*.

Así, de repente, como si el nombre tuviera magia, se estremeció, temblando con fuerza, y cogió el libro apretándolo contra su pecho como si intentara contener las

lágrimas. No podía, no debía ceder ante el miedo de siempre. Había huido de él.

—Águila. Liath.

Dio un bote, se asustó y se dio la vuelta, pero era demasiado tarde. Ya la habían tirado al suelo, acorralado y cortado la retirada.

Rosvita la había seguido.

Rosvita sabía que la maldecirían por su curiosidad, así que había dejado de intentar evitar sucumbir a la atracción que sentía por ello.

Había secado la tinta fresca con esmero dejando el libro abierto para que se secara, había retirado la silla y se había levantado para seguir al Águila. Desde aquel incidente en la biblioteca de Quedlinhame, no había podido dejar de pensar en la joven Águila.

Una vez afuera, en el patio vio a la joven desaparecer en el interior de los establos, así que la siguió, siguió su pista hasta un compartimento vacío en el que estaba sentada sola en la oscuridad.

—Águila, Liath.

En cuanto pronunció las palabras, vio el objeto que la joven apretaba contra su pecho como un niño atemorizado. Era un libro. Sorprendida y confundida, Rosvita actuó sin pensar. Dio un paso adelante y se lo arrancó de las manos. La niña dio un grito ahogado y se levantó, pero Rosvita no tuvo más remedio que seguirla afuera como un perro hambriento se coloca a los pies de una señora que está royendo una succulenta costilla de cerdo.

—Te suplico... —dijo la niña tartamudeando, con la cara pálida por el miedo. Era bastante alta, pero tan esbelta que parecía frágil.

De repente, al ver esa expresión de lamentable sufrimiento y terror, Rosvita transigió. Le devolvió el libro y cuando la joven cerró el libro bajo su brazo izquierdo, lamentó su acto de generosidad inmediatamente. La pequeña se perdió en los pliegues de la capa de Águila. ¿Qué diablos hacía un Águila con un libro? ¿Y qué tipo de libro era? Pero Rosvita era demasiado inteligente para intentar asaltarla directamente.

—No puedo evitar preguntarme por qué una mujer como tú aprendió a hablar dariyano con tanta fluidez —dijo—. ¿Has recibido formación eclesiástica?

La chica dudó, bajando la boca con terquedad. Después, con un esfuerzo, suavizó su expresión. Rosvita había estudiado las caras durante años suficientes como para saber cuándo una persona quería pasar desapercibida y sin llamar la atención... aunque no podía comprender cómo esta joven, con una cara tan impactante, pensaba que podía pasar desapercibida.

—Mi padre me enseñó —dijo al final.

—Le mencionaste delante de la reina Mathilda, ¿verdad? ¿Estaba en la iglesia? Se encogió de hombros sin intención de responder.

—Quizá dejó la iglesia después de que tú nacieras —sugirió Rosvita intentando parecer cordial, intentando adentrarse por el resquicio que la joven había abierto en su retaguardia—. ¿Tiene familia? ¿Sabes quiénes son?

—Me han dicho que tiene primos en Bodgeld. Pero ellos renunciaron a su parentesco después de... —se calló.

Rosvita se dio cuenta de que esa era la debilidad de la chica. Una vez que había empezado, se olvidaría de parar.

—¿Después de que te reconociera como hija suya? ¿O ya había dejado la iglesia?

—No sé —dijo la chica, con cierta brusquedad.

—Disculpa. Pero mi madre abadesa me decía con frecuencia que mi curiosidad es imperdonable. —Rosvita sonrió. La chica estuvo a punto de devolverle la sonrisa, pero no lo hizo. El azul intenso de sus ojos, tan brillante como los zafiros o el azul del fuego, brillaba resaltando sobre su piel morena—. ¿Tu madre?

—Murió. Hace muchos años.

—¿Y ahora Wolfhere te ha adoptado como discípula suya? ¿Quizá le conocías ya?

—No, no le conocía... —negó con la cabeza con impaciencia—. Me llevó a los Águilas, me salvó de... —apretó su brazo derecho contra su costado, escondiendo el libro.

¡Señora de los Cielos! ¿Lo habría robado de la biblioteca de Quedlinhame?

Ya era hora de preguntar directamente.

—¿Qué libro es ese?

Rosvita no había visto a nadie que pareciera tan frágil y aterrorizado. ¿Lo había robado? ¿Debía buscar la ayuda de la justicia y obligarla a decir la verdad... o era mejor ser clemente y dejar que confesase a su debido tiempo?

—Me... mi padre me lo dio —dijo la chica al final, a toda prisa—. Es lo único que me queda de él.

El sonido del estruendo de truenos se oyó más cerca. La lluvia rozaba sus mejillas y golpeaba sus manos como si fueran pensamientos que caían del cielo para perturbar la poca paz que había conseguido mantener. Tantos pensamientos la distrajeron, a medida que las gotas de lluvia aumentaban su frecuencia al caer; el viejo hermano Fidelis y su legado, la *Vita de santa Radegundis*, que él la había dado; su último susurro hacía mención a los Siete durmientes, daimones o humanos o alguna otra criatura cuyo poder temía; la terrible y misteriosa desaparición del hijo de Villam, Berthold y sus seis compañeros en el círculo de piedra de las colinas que había sobre Hersford; su *Historia*, en la que en realidad debía seguir trabajando ella para que pueda estar terminada antes de que la vieja reina muera; el libro que esta vulnerable chica apretaba contra ella con tanta fuerza.

El libro, Rosvita supo en ese momento, como si el sonido del trueno lo predijese, que de alguna manera, de alguna forma iba a mirar el interior de ese libro.

De repente, con la luz del relámpago y el restallido y rugido de otro trueno en respuesta, la niña habló.

—¿Sabes leer el arethousano?

Rosvita arqueó una ceja.

—Sí, aprendí de la reina Sophia —la chica se quedó callada, lo cual difería bastante de aquel cielo convulso. Al ver un resquicio Rosvita continuó—. ¿Te gustaría aprender arethousano? Lees muy bien el dariyano.

Se mordió el labio. Se vio tentada.

Tentada. Rosvita se dio cuenta. Sabía como entrar por ahí, aunque seguramente era pecado hacerlo.

—Puedo enseñarte arethousano. Te vi leyendo en la biblioteca una obra en jinna. Creo, que era una de las obras sobre astronomía. Eso fue justo antes de que Ivar...

—Ivar —susurró la chica, sintiéndose violenta.

—Mi hermano Ivar —asintió Rosvita, y vio cómo de repente se abría un resquicio por el que poder entrar en las defensas de la niña—. Creo que le conocías por el Descanso del Corazón antes de que entrara en la iglesia.

—Siempre hablaba de usted con respeto —admitió—, aunque nunca quiso seguir su vocación.

—Eso me hizo entenderlo.

El Águila se sonrojó y retiró la mirada, avergonzada bien al recordar la escena de la biblioteca en su mente o al recordar que otra persona lo había visto todo.

—Él confía en usted.

Rosvita tomó aire, midiendo sus palabras. Era el momento crucial. Aquí podía ganar o perder.

—¡Hermana!

Casi suelta una palabrota, pero consiguió no hacerlo. Miró hacia el lugar de dónde procedía la voz e hizo una mueca. Un hombre de mediana edad de pelo moreno y rasgos indefinidos, un Águila del rey, dirigía su caballo a través de la puerta para entrar en el patio.

—Os lo suplico, hermana, traigo un mensaje importante —siguió adelante con el caballo que cojeaba y se paró ante ella—. Hermana —repitió con respeto.

¡Por la sangre de la Señora! Gracias a esta distracción, la chica escapó, escabullándose como lo hace un animal acosado por perros de caza. Era demasiado tarde para llamarla y que volviera, y en todo caso, Rosvita sabía cuál era su obligación. El hombre parecía extenuado, cansado, como si le dolieran los pies.

—¿De dónde viene? —preguntó educadamente. Después de todo, no era culpa suya, no precisamente suya. Dios le recordaba su deber de esa manera.

—Soy el heraldo de la princesa Sapientia.

—¡Sapientia!

—Yo debía llegar cabalgando medio día antes que ella, para asegurarme de que su alojamiento se preparaba debidamente, pero mi caballo se ha quedado cojo así que...
—se quedó en silencio durante un momento, acallado por el sonido del arnés y la risa y el animado jolgorio de voces que el viento transportaba. Los relámpagos iluminaron el cielo cada vez más oscuro; un trueno, restalló casi encima de ellos y retumbó agitando las contraventanas. Comenzó a llover.

Los jinetes aparecieron en la puerta, riendo sin preocuparse por la tormenta ni la lluvia. Era un pequeño séquito de no más de veinte jinetes con varios carromatos y unos cuantos criados que caminaban a su lado, pero era evidente que se trataba del grupo que acompañaba a una dama noble. Un estandarte empapado de lluvia ondeaba lánguidamente en el viento. Los caballos llevaban bellas gualdrapas y los soldados iban equipados con una buena armadura.

Al frente cabalgaba una princesa. Rosvita calculó que no debía de hacer más de cuatro meses que había salido, dado que solo había estado cabalgando fuera del avance de su heredero desde hacía seis meses, pero la princesa tenía una constitución tan delgada que incluso a través de la pesada túnica de lana de viaje, apreció la reveladora hinchazón de su vientre.

Pero la mirada de la clériga se desvió inmediatamente de la princesa al hombre que cabalgaba a su lado con elegancia.

La boca de Rosvita se abrió de golpe. Sin haber pronunciado una sola palabra, sabía que este hombre era el padre del hijo que Sapiencia esperaba. Lo sabía, como debía saberlo, como todos debían de saberlo, por los leves gestos de complicidad que él y la princesa intercambiaban. A decir verdad, estaba escandalizada a pesar de que después de tantos años en el avance del rey pensaba que se había hecho inmune al escándalo.

El Águila, que todavía estaba a su lado, gruñó, reconociendo su sorpresa.

—No es lo que se podía haber esperado.

Aun así, después de un momento de reflexión, Rosvita se dio cuenta de que no estaba sorprendida en absoluto. La pena de Henry había hecho que no pudiera mandar a su hijo legítimo más mayor al avance del heredero, como era costumbre. Había entregado sus deberes a otro, a Judith, margrave de Olsatia y Austra.

Este era, por supuesto el inevitable resultado.

Introdujo el libro en la alforja, maldiciendo entre dientes. ¿Por qué tenía que traicionarse constantemente? ¿No sería mejor dejar de fingir que era lo que no era, un sencillo Águila sin formación? ¿Por qué no confiaba en la mujer? Parecía suficientemente fiable y era la hermana de Ivar.

Sin embargo, Rosvita había vivido muchos años en el círculo del progreso del rey. No podía ser una mujer normal, sencilla, como Ivar; podía implicarse en muchas intrigas desconocidas, peligrosas para Liath. Como un buen clérigo, seguramente no sería proclive a contar historias de daimones y del saber prohibido de los *mathematici*.

Nunca lo sabré. Nunca podré saber en quién puedo confiar. Por eso papá me dijo: «No confíes en nadie».

Sonó un trueno. Todos los establos temblaron con el tremendo restallido y el estruendo. Ella saltó, se asustó, odiándose a sí misma por estar siempre asustada. Ojalá volviera Hanna, pero no podía esperar a Hanna durante meses. Y con Hanna vendría Wolfhere y sus malditas preguntas y sus ojos vigilantes.

Y además, ¿no era probable que Rosvita fuera más digna de confianza que Wolfhere? A Liath le gustaba Wolfhere, eso era lo peor, pero nunca podía confiar en él. Había conocido a su padre y a su madre. Sabía lo que era y quería algo de ella, como Hugh lo quiso...

Pero no iba a pensar en Hugh. No podía. Hugh parecía alguien en quien se podía confiar. El bello Hugh. Se tocó la mejilla con una mano, recordando el daño que la hizo cuando la golpeó.

—Te has liberado de Hugh —susurró, solo para detener esa especulación eterna que no la conducía a nada.

Los truenos seguían restallando y retumbando justo encima de su cabeza. Se estremeció, presa de un repentino e intenso miedo, como si el miedo fuese un ser humano, un daimon que hubiera clavado sus garras en ella y las apretara, extrayéndole la sangre y las vísceras y succionando su espíritu. La lluvia golpeaba el tejado.

Súbitamente, las puertas de los establos se abrieron y los sirvientes y los caballos entraron. Hablaban todos a la vez, charlando animadamente, eufóricos. Retrocedió al establo en el que estaban juntos sus aperos y los de Hathui. Escondida en la sombra,

escuchó; Sapiencia, enviada al progreso de su heredero después de la batalla de Kassel, había vuelto al progreso del rey triunfalmente embarazada del niño que, si nacía vivo y sano, garantizaría su derecho a gobernar después de su padre.

Los cazadores volvieron pisándoles los talones, huyendo del momento más álgido de la tormenta. Se necesitaban todos los puestos para estabular a los caballos. Liath recogió sus exiguos fardos y los llevó al desván donde los colocó en un lugar seguro. Tardó un rato, durante el cual estuvo apartada de la escena. Parecía un sirviente más, alguien que pasara desapercibido.

Pero, desgraciadamente, no para siempre.

Hathui, empapada, subió por la escalera hasta el suelo de tablones de madera. Escurrió el agua de su capa. Tenía el pelo enmarañado y apelmazado y los mechones caían por el cuello.

—¡Has vuelto! —exclamó sorprendida.

—Sí.

—Deberías haber estado esperando al rey —lo regañó Hathui. Después, distraída por el ruido y el bullicio que había abajo, añadió—. He oído que ha vuelto la princesa Sapiencia aunque no la he visto.

—Yo tampoco la he visto —dijo Liath—. Ella y su grupo deben haber ido cabalgando justo detrás de mí.

—Llegaron por la calzada del oeste. —Hathui recogió sus alforjas y su petate—. Voy a Quedlinhame a llevar las noticias a la reina Mathilda y la madre Escolástica. Tú debes irte ya y ayudar al rey. Inmediatamente.

Liath asintió con la cabeza con obediencia. Empujó suavemente sus alforjas hacia la esquina y lanzó su hatillo encima de ellas para esconderlas. Hathui levantó su hatillo y se lo puso sobre los hombros, y tras un saludo rápido a Liath bajó por la escalera. Liath la siguió.

Afuera, la lluvia arreciaba. Se paró mientras Hathui cogía otro caballo, recién ensillado. Escabullándose por una puerta lateral, dudó bajo los aleros mientras el agua bajaba por el tejado de paja y encharcaba sus pies, y la lluvia aporreaba la tierra seca apelmazada del patio convirtiéndola en un mar de barro poco profundo. Al salir por las puertas principales de los establos, Hathui se subió al caballo y siguió adelante pasando por la puerta abierta a enfrentarse a la tormenta. Liath miró por el patio a la pared encalada de uno de los laterales del gran salón donde la vida, la fiesta y el sueño continuaban. No parecía nada distinto a como estaba hacía una hora, cuando entró con la esperanza de encontrar soledad. Pero ahora, como atraído por la tormenta, sintió de nuevo una ola de miedo tan espantosa que casi le fallan las rodillas.

No debía dejarse llevar por él. Tocó la empuñadura de su espada, su buena amiga y movió los hombros para sentir el reconfortante peso de su arco, Buscador de Corazones, y su carcaj lleno de flechas.

Se preparó, pegada a la pared y después se lanzó a la tormenta, deslizándose tan

rápido como podía por aquel terreno escurridizo. Llegó al otro lado sin estar totalmente empapada y un León que estaba haciendo guardia protegiéndose bajo los aleros la sonrió al ver su esfuerzo y le abrió la puerta. Salió el calor y el humo. Subió por las escaleras para entrar en la sala.

Ahora estaba muy cambiada. Los laboriosos clérigos habían sido arrollados por cortesanos ruidosos, empapados, alegres, fanfarrones, nobles que acababan de llegar de la cacería a caballo. Aunque la sala era grande, parecía estrecha llena de jóvenes damas y caballeros alegres, apestaba al olor de la lana mojada y sudada. Liath se abrió paso a través de ellos hacia la chimenea que estaba al otro extremo del salón, donde estaba la silla del rey. A cada paso, el miedo hacía mella en ella, una mano con dedos rígidos profundizaba en su alma, andando a tientas por las calles pavimentadas de su ciudad de la memoria siguiendo el rastro de su torre hermética. Tenía que esforzarse para dar cada paso, uno detrás de otro.

¿Qué la ocurría? ¿Por qué había vuelto a aparecer este miedo?

Qué fácil sería darse la vuelta y escapar. Pero eso es lo que había hecho papá y al final no le había salvado. Para vivir, iba a hacerlo mejor que papá.

Se separaron a su paso, haciendo hueco al Águila del rey. Henry estaba sentado en su silla, parecía cansado, con una mano jugaba con la correa de un sabueso, atada y enredada y la otra la tenía sobre su muslo; la abría y la cerraba una y otra vez. Parecía distraído, miraba fijamente sin ver a sus dos hijos pequeños que estaban sentados en taburetes ante el fuego. Sapiencia estaba de pie a su lado, moviéndose impacientemente sobre un pie y luego sobre otro, mirando una y otra vez al montón de gente que estaba arrodillada a su izquierda. Estos, sus cortesanos, estaban agachados sobre un arcón delicadamente tallado en el que llevaría su ropa así como sus recuerdos de su sagrado avance, cuyo triunfante resultado indicaba que a la muerte de Henry podía ser reina.

Resonó un trueno que hizo vibrar las vigas y agitó las contraventanas de barrotes, y el segundo, que resonó en toda la sala, apaciguó la charla. Los cortesanos de la princesa se levantaron y se convirtieron en un nuevo modelo, que había conseguido que brillara y llamara la atención el hombre que ocupaba su corazón, el hombre al que Sapiencia miraba fijamente, una mirada ávida y celosa.

Su hermosa cara.

Cuando el trueno cesó, Liath oyó el suave chasquido y susurro del fuego de la chimenea.

Hugh.

SEGUNDA PARTE

CAPUT DRACONIS



CAPÍTULO 5



LA MANO DE LA SEÑORA

El viento erosiona su piel, pero no le importa. Solo el frío y el dolor que la nieve empujada por el viento le producía en la cara no pueden conseguir que caiga por la popa del barco. Navega en las alas de la tormenta, adentrándose camino del norte para arrancar las gargantas de los señores de la guerra que han renunciado a descubrirse ante su padre, Corazón Sangriento. Esta fue la tarea que le encomendaron.

Sus hermanos rieron y gritaron su desdén porque creen que es un castigo. ¿No demostró ser débil cuando le cogieron los Débiles? ¿No sigue mostrando su debilidad porque lleva el círculo en su pecho, el círculo es la señal del Dios de los Débiles?

Él sabe que para Corazón Sangriento este cometido era un castigo. Enviado otra vez al norte, a la tierra de la vieja madre y las madres sabias, no conseguirá botines ni gloria asolando durante todo el invierno las tierras que están cerca de la ciudad que los Débiles llaman Gent, pero que Corazón Sangriento denominó Hundse, «para tratarla como un perro».

Pero la capacidad de reflexión de sus hermanos no va más allá de sus narices. No entienden y él no les cuenta que lleva el Círculo, no porque crea en el Dios de los Débiles, sino porque es una señal de su vínculo con Alain Herrison, el humano que le liberó. No entienden que su hermano, que vuelve, castigado al norte, será el que ponga sus garras en las gargantas de los señores de la guerra rebeldes.

Algún día, de alguna forma, Corazón Sangriento morirá. Así mueren los hombres. Es la forma en que la vieja madre se fortalece y envejece y sube por fin a la montaña de las Madres Sabias. Allí, con sus madres y abuelas y bisabuelas durante varias generaciones, soñará con el pasado y el futuro y con las estrellas que son como pensamientos dispersos en la montaña de los cielos, una subida demasiado empinada para las piernas de los mortales.

Y cuando muera Corazón Sangriento, ¿quién recordará a los señores de la guerra del norte? ¿A los que asolaron y quemaron las tierras del sur, tan lejanas de la tierra natal? ¿O al que entró en sus habitaciones y les quitó su oro, les robó y asesinó a sus esclavos? ¿Ante el que les abrieron la garganta?

El lloriqueo y sollozo de un esclavo le molesta. Los perros están intranquilos, pero ya no les deja alimentarse de los obedientes esclavos. La lección que aprendió de Alain es que no se debe actuar por impulsos. Los otros niños de roca se pelean con

una mirada implacable, quieren desafiarle, pero no se atreven. No lucharon a su manera con un hombre que salió de los polluelos engendrados por Corazón Sangriento. Proceden de otros nidos, otros valles, otras presas. Sirven a Corazón Sangriento y su carnada. No lo rebaten.

Pero siguen mirando. Él no se atreve a mostrar ningún signo de debilidad delante de ellos porque si no, no lucharían por él cuando llegase el momento de reducir a los señores de la guerra rebeldes, los independientes que asolaron como lo hicieron todos los niños de roca ante la hegemonía de Corazón Sangriento; a su antojo, sin ninguna coordinación, sin una gran imagen que les dirija. ¡No son mejores que los perros! El hecho de que al crecer se convirtieran en hombres le desconcertaba algunas veces, pero no se preocupaba por ello. Es una pregunta que solo la vieja madre y las madres sabias pueden responder.

Se baja de la proa y se abre paso por el barco que se balancea. El golpeteo y la subida y bajada de las olas es para él como un soplo de aire renovado. No se tambalea aunque aquí donde los mares cantan con alegría la llegada de la tormenta cercana, las olas son altas. Se para en la popa donde se apiñan los esclavos. Criaturas miserables. Una, con barba como los hombres más mayores, se queda mirándole desafiante durante un momento. Después, recuerda y el hombre baja la mirada rápidamente y encorva sus hombros, esperando el azote de la muerte. Otro mataría al hombre solo por mirarle, pero él es más inteligente.

Educa a los fuertes. Con el tiempo pueden ser útiles.

Se recuesta y aprieta la punta de una garra con suavidad, pero con firmeza en el borde de uno de los suaves ojos del hombre desafiante, como si le dijera: sé que estás ahí.

Después aparta a los otros para encontrar al que gime, lloriquea y gruñe. Este tiene el hedor de la sangre y de las heces a su alrededor. Es una hembra de mediana edad, demacrada, delgada, con la falda manchada de sangre y diarrea, señal de una enfermedad que ha aprendido a reconocer. Todos los Débiles que ha visto despiden una mezcla nauseabunda de pus y peste, y después de uno o tres días de dolor agonizante mueren. Algunos de sus hermanos de Gent harían apuestas sobre cuántos días viviría alguien afectado por la enfermedad. Pero también se ha dado cuenta de que esta enfermedad se puede contagiar a otros si no se erradica rápidamente. ¿De qué sirve que una criatura miserable esté tirada de dolor y revuelta en su porquería?

Por supuesto, no quiere mancharse las garras con sus fluidos teñidos. Coge una lanza, con la punta de hierro convertida en un delicado instrumento de matar y coloca la punta de la lanza contra el pecho de la mujer. Ella lloriquea y solloza, agarrándose la tripa y los otros se retiran, pero nadie intenta detenerle. Le tienen miedo. Seguramente saben que es su destino. Ni las oraciones que reza a su Dios pueden salvarla.

Esa es otra lección que aprendió de Alain, ser piadoso. De un solo empujón la atraviesa el pecho.



Alain se levantó, con las manos apretadas contra el pecho. El dolor que sentía desapareció cuando *Rabia* y *Pesar* se movieron, se despertaron y le lamieron las manos hasta que se calmó. El sueño había sido tan real. Pero todos los sueños del Quinto Hijo parecían así de reales. De alguna manera, la sangre que había intercambiado hace tantos meses les unía ahora irrevocablemente. Veía con los ojos del Quinto Hijo y sabía lo que él pensaba. En esas horas de sueño vivía en la piel de duro metal del Quinto Hijo.

Temblando, dejó que los dos perros negros le acariciaran hasta que pasó el momento de repugnancia. Al despertarse, después de la repugnancia llegó la vergüenza. ¿Qué derecho tenía a juzgar a otra criatura, incluso aunque fuese un eika?

De repente, se encendió una llama, la vio a través del velo de gasa que separaba su lado de la tienda de la de su padre.

Mi padre.

Apartaron el velo. El conde Lavastine miró, con una vela en un soporte en una mano y la otra sujetando la delgada tela de la pared de la tienda.

—¿Alain? Te he oído gritar.

Alain sacó las piernas fuera de la cabaña y miró a su padre. Si se ponía de pie, sacaba media cabeza a Lavastine por lo que, en ese momento vulnerable de la noche, estando el conde vestido solo con camisa y calzones de lino, se quedó sentado. Lavastine dejó caer la tela de la pared tras él y se puso al otro lado de Alain.

—¿Estás bien? —Colocó el reverso de la mano en la mejilla del chico. No fue la ternura del gesto, ya que Lavastine no mostraba ternura, sino la muestra de preocupación lo que conmovió profundamente a Alain.

—Estoy bien. He tenido un mal sueño.

Pánico entró desde la otra habitación y mordisqueó a *Rabia*. Lavastine le dio un suave coscorrón, casi distraídamente, y ambos se acomodaron juntos, una temblorosa masa de perros negros.

—Estás preocupado por la batalla.

Ay, Señora, el sueño era tan real que Alain se había olvidado del trabajo que tenían que hacer al amanecer.

—No —dijo con sinceridad—. Estoy preocupado por los sueños del príncipe eika.

Lavastine empezó a pasear de un lado a otro. *Pánico* bostezó, se estiró, hizo como si se fuera a levantar y a colocarse detrás de su dueño, y entonces, enseñando los dientes, mordisqueó otra vez medio dormido a *Rabia* y se recostó para dormir.

—No temas mi enfado, Alain. Has sido honesto conmigo y te he perdonado por dejar libre al salvaje. ¿Es a los eikas a quienes tienes miedo? ¿Quizá tengas miedo a

que el príncipe al que dejaste marchar esté entre ellos y no sabes si puedes matarle si llega el caso?

—No está entre ellos. Está navegando hacia el norte. Su padre lo envió de vuelta a su país para reducir a los señores de la guerra que no han aceptado todavía a Corazón Sangriento como jefe de todos los eikas o rey, supongo que podríamos decir.

En cuanto habló, Alain se dio cuenta de lo extraña que debía de sonar esta afirmación. Lavastine se dio la vuelta y, a la cálida luz de la vela, sonrió con una mueca característica suya, que no era precisamente una expresión de calidez ni de diversión.

—Hijo —durante los últimos meses, siempre saboreaba esta palabra—, si es verdad que tienes sueños que también son imágenes reales, ojalá no tengas que hablar de ellos con nadie excepto conmigo. Nunca con un diácono ni con alguien perteneciente a la iglesia.

—¿Por qué no?

—Podrían alegar que has sido bendecido por Dios e intentar separarte de mí. Como rey, mientras viva, no te dejaré ir.

Alain tembló.

—No digas eso —susurró—. No hables de la muerte.

Lavastine se estiró, dudó, y tocó la cabeza morena del niño, dejando la mano casi con ternura, casi con un ademán posesivo.

—No te dejaré ir nunca, Alain —repitió. Moviendo la cabeza como un perro que se sacude el agua, se soltó y cruzó al otro lado de la tienda, enganchando la tela de la pared en un poste—. Ya huelo el amanecer —dijo—. Vamos, hijo. Es hora de prepararse para la batalla.

Al levantarse los perros se levantaron los sirvientes, que se apresuraron a traer al rey faroles encendidos y ropas. Vistieron al conde y a su heredero con chaquetas acolchadas para proteger sus cuerpos del peso de su escudo. Alain había pasado el verano entrenándose con armadura, para acostumbrarse a su peso y sentir en su cuerpo una pesada cota de malla, una capucha de piel suave por encima de la cual un criado deslizó y apretó una almófar de malla, encima de la cual colocó un casco cónico con adornos de bronce. Otro sirviente ató sus pantorrillas con tiras de cuero desde el tobillo hasta la rodilla. Este era el mejor escudo que podía llevar un hombre de armas.

Mientras el sirviente le colgaba de las caderas el cinturón y la espada corta, no pensó en la batalla, si llegaba a tener lugar. Afuera, cogió una lanza del estante que había al lado de la tienda. El largo mango de roble estaba reforzado por un lazo enroscado de piel azul que estaba atado desde el extremo a la agarradera, proyectando las «alas» por cada lado justo debajo de la hoja. Los mozos de cuadras trajeron los caballos. Sin demasiado temor, Alain se subió al suyo. Era un jinete nato, Lavastine había dicho más de una vez, enfatizándolo como siempre hacía, que esto era una señal de que Alain tenía sangre noble. Podría haber nacido para la silla de montar,

pero en realidad aprendió a cabalgar a raíz de aquel día en el mes de Sormas cuando Lavastine lo reconoció como hijo y heredero. Era una persona que no se había puesto a prueba y no tenía experiencia, especialmente cuando llegara el momento de cabalgar para participar en una escaramuza en la que podía ver luchar de verdad. Pero el hijo de un conde no iba andando a una batalla. Así que tendría que cabalgar.

Lavastine montó en su caballo castrado, *Graymane* y mirando a Lavastine, asintió con la cabeza como diciendo:

—¿Estás listo?

Alain le respondió asintiendo también con la cabeza. No iba a decepcionar a su padre.

¿No era ir a la guerra cabalgando lo que había soñado toda su vida? Su padre adoptivo, Henry el comerciante, y su tía Bel lo habían entregado a la Iglesia, para que viviera su vida como monje en el monasterio Cola de Dragón. Pero la Dama de las Batallas había aparecido aquel tormentoso día de primavera cuando los eikas quemaron el monasterio y asesinaron a todos los monjes. Ella le dio una rosa que no se marchitaba nunca y que nunca se podía aplastar, una rosa que él conservó envuelta en una pequeña bolsa de tela que llevaba colgada al cuello con una correa de piel. Ella había recibido una promesa de él:

—Sírvenme.

Él había jurado servirla para poder salvar al pueblo de Osna del ataque de los eikas, pero también porque lo que ella le había prometido era su deseo más ferviente. Por esa razón, sabiendo que el hombre que le crio le había prometido de buena fe a la Iglesia, todavía se sentía culpable.

Los pájaros piaban alegremente y la luz grisácea que dominaba el amanecer se esfumó, dejando ver el borde desnudo de los árboles por todo el horizonte. Por encima de los árboles brillaban las estrellas. Formado como navegante, Alain no podía evitar mirar las estrellas y las constelaciones y preguntarse por sus presagios. Las estrellas errantes se movían por el telón de fondo de la esfera de las estrellas fijas, la más alta de las siete esferas más allá de la cual estaba la Cámara de la Luz. Sus hilos tejían el poder que guiaba el destino y que unas manos entrenadas para esas lides podían ejercer. O al menos eso decían, aunque la Iglesia condenaba esa enseñanza.

El faro rosa pálido de Aturna, el Magus, brillaba junto al cénit en la constelación conocida como Las hermanas, y Mok, el planeta de la sabiduría y la munificencia, la conferían ese aspecto señorial con el León. Más allá de Aturna hacia el oeste, la joya de las siete estrellas que estaban muy juntas y eran conocidas como «la corona» brillaban con tal fuerza que pensó que podía ver a la misteriosa séptima hermana entre sus seis atrevidos hermanos. Arco y Flecha, la flecha con el brillo del azul fuerte de la estrellas Seirios, mirando al Cazador con su cinturón de gemas y el hombro izquierdo con la punta roja, la estrella llamada Vulneris. Pero mientras Alain miraba fijamente recordando lo que le enseñó su padre adoptivo, las estrellas

desaparecían de su vista al amanecer. Pronto la luz del sol naciente borraría esta imagen, igual que Lavastine quería hacer desaparecer el campamento eika.

Lavastine levantó una mano pidiendo silencio. Sus hombres de armas se callaron y se colocaron a su alrededor. Estos constituían la caballería, unos veinte hombres experimentados, los mejores luchadores. La infantería ya estaba en su sitio. Los exploradores, por ahora, seguirían tranquilos en la playa para cumplir con su cometido.

Lavastine no dejaba nada al azar, no si podía evitarlo.

Se pusieron en marcha despacio, cada criado armado sostenía las bridas de un caballo y lo conducía por el terreno agreste. A medida que atravesaban el bosque, cada vez había más luz, siguieron su camino pasando un campo ennegrecido donde hubo en su momento avena madura, y dieron a parar en una colina arenosa desde la que se veía el mar y la costa. Allí, desde un altozano rocoso justo por encima de la desembocadura del río, los eikas habían construido su campamento de invierno.

El mar brillaba con luz trémula por el este al reflejarse el primer rayo de luz en su superficie y después se extendió sobre las olas. En la zona de la playa cerca del río, entre los barcos, como si fuera un reflejo de la luz solar, surgió un fuego.

—Adelante —dijo Lavastine con tranquilidad. Siempre estaba tranquilo.

Alain estaba sudando, por los nervios. Quizá algún día, en los bardos se cante esta batalla. Siguió a su padre y los demás soldados a caballo se colocaron alrededor de ellos protegiéndolos. Ningún noble enviaba a la guerra a sus soldados solos, porque eso, además de desleal, sería deshonesto. Lo mismo debe hacer su hijo bastardo, que había sido proclamado hacía poco heredero legítimo, debe ser capaz de marchar a la guerra y luchar en la batalla.

Lavastine dirigió una sola mirada a Alain, como diciéndole:

—No me falles.

Se oyó un grito de alarma, el aullido de los perros y el sonido de un cuerno, procedente del campamento eika. Como avispones, los eikas salieron corriendo de sus refugios por la empalizada para salvar sus barcos.

Los arqueros que estaban escondidos en la maleza de las empinadas laderas del risco, encendieron flechas con carbones que habían llevado escondidos en tubos huecos y empezaron a disparar al recinto. La infantería, que se había desplegado por la playa, se aproximó a los sorprendidos eikas desde la desembocadura del río. Y por detrás llegó Lavastine con su caballería cerrando filas.

Alain tuvo que hacer uso de todo su ingenio para conseguir que su caballo siguiera cabalgando con los demás, mantener el equilibrio, limitarse a estar con ellos y que no se le cayera la lanza, no ir dando tumbos o que su atención no se dispersase con cien motivos. Los refugios de tela del recinto ardieron chisporroteando con intensas llamas. Los barcos no ardieron con tanta fuerza, pero a su alrededor se veían figuras sofocando las llamas y gritando su rabia mientras los exploradores que llevaban menos armas se escabulleron buscando refugio.

En ese momento, la caballería dio en la primera fila de eikas, que les habían visto venir y se habían dado la vuelta para luchar. Alain pasó con el caballo por encima de uno. Ni siquiera atacó con la lanza, ni esquivó nada, solo se limitó a cabalgar, esperando que el caballo supiera lo que estaba haciendo porque él no lo sabía. En el fondo, sabía que a su lado Lavastine repartía mandobles y atravesaba con su lanza, golpeando en el pecho de un eika, tiraba, abandonaba la lanza y seguía cabalgando. Los soldados se batían detrás de ellos, dejando a su paso una masa de eikas pisoteados. Más allá, un grupo más numeroso de eikas luchaba con la infantería. A pie, los eikas tenían ventaja sobre los hombres más pequeños y débiles. Destrozaban a diestro y siniestro con hachas y escudos que utilizaban como armas, golpeando y pegando. Los eikas arañaban y luchaban abriéndose paso entre los soldados de infantería. Pero incluso en la furia de la batalla algunos se volvieron, alertados por los gritos de sus hermanos y el golpeteo de los cascos.

Él estaba encima de ellos. Tenía la piel de cobre, de bronce, de oro o plata o hierro, parecían criaturas hechas de metal con un molde humano, y aun así no eran humanos. Uno le cortó, el blanco de los dientes brillaba con fuerza, su pelo era del color apagado de un hueso desteñido. Esquivó con su lanza, sintió el corte de la hoja del hacha y cortó el mango de piel. Tiró con desesperación y el eika dejó caer el escudo y sacó su cuchillo. Horrorizado, Alain soltó la lanza y cuando la criatura se tambaleó con los labios congelados en una horrible mueca, desenfundó la espada, la levantó en alto y...

... Y en ese momento, delante del eika que había perdido el equilibrio, viendo que la escaramuza seguía mientras los otros jinetes obligaban a los eikas a replegarse y Lavastine les gritaba animándoles para que siguieran, en ese momento, antes de que su padre mirara a su alrededor, antes de que su padre viera que estaba bloqueado, que era un cobarde, supo que no podía hacerlo.

No podía matar.

El eika dejó a un lado el hacha y la lanza, y se abalanzó con el cuchillo, cuya hoja era de obsidiana de buena calidad. Alain intentó levantar la corta espada para esquivar el golpe, pero estaba paralizado por ese pensamiento.

No podía matar.

No era digno. Nunca podría ser un soldado. Había fallado a su padre.

Iba a morir.

El sol le dio en los ojos, cegándole. ¿O era la muerte que todavía no notaba, un cuchillo que se había hundido en el ojo o la garganta lo que le cegaba? Soltó las riendas e instintivamente levantó una mano para protegerse los ojos del sol. Una sombra descendió sobre él. Una espada ancha de hierro gris cayó delante de él. El eika cayó, cortado en dos, y se desplomó en el suelo.

Alain, jadeando, intentó coger a tientas las riendas antes de que el caballo pudiera notar que él había perdido su control sobre él, pero este caballo estaba entrenado para la guerra. Se adelantó con los demás. ¿Quién se había adelantado? ¿Quién le había

salvado? ¿Quién había presenciado su cobardía?

Se volvió. La mirada de ella fue a la vez distante y totalmente penetrante. La rosa le quemaba en el pecho como un carbón ardiendo.

Ella espoleó a su caballo para que siguiera y el de él no respondió a su lánguido control, sino por alguna razón al de ella, aunque no lo tocó, aunque no sostenía sus riendas.

—Quédate a mi lado —dijo. Él no sabía si eran palabras que ella había pronunciado o era su imaginación—. Soy la Dama de las Batallas. —Era de una tremenda belleza, marcada por la dureza, la agonía y la terrible locura de la guerra. Condujo su caballo blanco y con él a su lado, avanzó entre los eikas, atacando por ambos lados, desplazándose con movimientos tan delicados que él sabía que había cabalgado en la guerra durante tantos años que ya no tenía que pensar para poder matar.

Más lejos que ella iba Lavastine, con la expresión adusta y concentrado en lo que tenía que hacer. No le agradaba la guerra, para él era una obligación. Esquivó un puñetazo y cuando le tocó a él, atacó derribando a un eika de escamas plateadas. En ese momento, mientras los eikas caían ante él, Lavastine miró justo cuando pasó la mujer fijándose en Alain y volvió a la batalla.

La caballería hizo retroceder a los eikas hasta la línea de infantería que estaba esperando. Aplastados, rodeados por todos lados de enemigos, los eikas luchaban con una furia inútil o intentaban liberarse. Pero Alain, con la Dama de las Batallas a su lado, permaneció intacto. Ella venció a todos los salvajes que arremetían contra él o le daban con hachas o lanzas. Él consiguió seguir sentado en su caballo. Por el otro lado, Lavastine luchaba con la misma calma, constante e imperturbable.

Alain tiró de su caballo a la izquierda para evitar pisotear a un soldado de infantería. Por fin se habían encontrado las dos filas. Lavastine se hizo a un lado y dio una orden de que Alain y una docena más se dirigieran a la orilla. Algunos eikas corrían sin fuerzas hacia los barcos, otros luchaban cuando los jinetes aparecían detrás de ellos. Pero ahora los salvajes estaban destrozados. Cada uno luchaba solo por su vida, o por su muerte. En la playa, un barco estaba a medio camino del agua; los eikas se empujaban unos a otros para conseguir entrar en el casco, forcejeando con los remos, empujando para ponerlo dentro de la corriente. Los otros dos barcos ardieron con un humo grasiento que se pegaba a los senos nasales de Alain, haciendo que le lloraran los ojos y con una neblina que le impedía ver.

—¡Detente! —gritó Lavastine.

Alain contuvo las lágrimas y se pasó una mano por los ojos.

—Bien hecho —dijo el conde.

Alain se limpió las lágrimas de las mejillas y miró a su padre sorprendido. *¿Bien hecho? ¿Con quién estaba hablando?*

Los soldados le rodearon, con las armas preparadas. Esperaron donde la arena se convierte en playa cubierta de hierba y observaron un solo barco que empujaban

hacia la corriente, viendo cómo los remos agitaban el agua y el barco llegaba al mar. Dispararon unas cuantas flechas sin conseguir tocar el casco del barco, que solo consiguieron salpicar los bajos o rozar los juncos.

La Dama de las Batallas había desaparecido. En su pecho solo notaba un bulto frío y suave que era el pequeño saco de piel.

Los soldados deambulaban alrededor mientras se liberaban de los últimos coletazos de la escaramuza. Unos pocos eikas se habían lanzado al agua para nadar detrás del barco que se iba. La mayoría estaba agonizando en el suelo. Unos pocos hombres estaban heridos, uno o dos mortalmente, pero las tácticas de Lavastine habían tenido la misma efectividad contundente con la que Lavastine dirigía su vida.

—Bien hecho, hijo mío —repitió Lavastine. Levantó su espada, estaba manchada de un fluido viscoso color cobre oxidado. La levantó y se dirigió a sus soldados.

—Mis leales compañeros, habéis visto a este chico demostrar su valor en la batalla.

Uno de los soldados de la infantería habló:

—Le vi abatir a cuatro con su mano, mi señor. Tenía en su interior la furia de la batalla, se le notaba cómo resplandecía. Estaré encantado de seguir a *lord* Alain.

Para horror de Alain, vio en sus ojos el respeto que el soldado sentía hacia él.

En cuanto dijo esto, otros comenzaron a hablar. Otros también habían visto algo parecido a un brillo no terrenal que envolvía a su compañero.

—Pero no hice nada —protestó—, tenía miedo. Fue la mano de la Dama de las Batallas la que me protegió, la que abatió a los eikas.

En cuanto esas palabras salieron de sus labios, deseó no haber haberlas pronunciado. Fue totalmente malinterpretado. Ninguno de ellos la había visto. Creyeron que sus palabras eran fruto de la modestia y la clemencia. Creyeron que las hazañas eran obra suya cuando en realidad él no había sido valiente y solo le había salvado la intervención de ella.

Algunos de los hombres sacaron el Círculo que llevaban colgado del pecho. Otros murmuraron con sobrecogimiento y sorpresa. Otros inclinaron la cabeza. Lavastine se quedó mirándole con dureza y después, como si no pudiera evitarlo, le hizo una mueca que a él le pareció una sonrisa.

—El Dios de la Unidad te ha tocado con su mano, hijo mío —dijo con orgullo—. Estás destinado a ser un guerrero.

Lavastine y su séquito celebraron la fiesta de san Valentinus en la propiedad de la esposa de *lord* Geoffrey, *lady* Aldegund. Durante todo el verano, Lavastine había estado formando a Alain en el arte de la guerra y las normas de buena conducta, las cuales eran necesarias, más que necesarias, dado el peculiar nacimiento de Alain, para que pudiera impresionar a aquellas familias de nobles u otros criados y sirvientes que eran leales a los condes de Lavas. Alain heredaría la riqueza de su padre, pero había muchas otras virtudes de las que debía hacer gala para poder gobernar como conde a la muerte de él. Lavastine tenía todas esas virtudes en abundancia como para poder compartirlas: sagacidad, destreza militar, audacia, liberalismo y una decisión obstinada y cabezota de defender sus posesiones y prerrogativas.

—¿Te están tratando bien? —preguntó Lavastine esa tarde mientras se preparaban para la fiesta que se celebraría en la gran sala.

—Sí, padre. —Alain estaba muy tranquilo, admirando el delicado brocado que adornaba la túnica de color añil de Lavastine mientras un sirviente envolvía con tiras de lino las pantorrillas de Alain, atando sus calzas que estaban sueltas a la parte inferior de las piernas. Una hebilla de esmalte tabicado intercalado con granates montados en oro abrochaba el estrecho cinturón de piel que llevaba para subirse la túnica a las rodillas, su riqueza todavía le conmocionaba. La túnica, tejida con lana estaba teñida con tintura azul hasta conseguir un bonito azul de atardecer. Reconoció el color de la tela teñida y tejida en el pueblo de Osna por su tía Bel y la vieja señora Garia, que tenían hijas, parientes y criadas en lugares distantes que sabían tejer.

Pero ella no es mi tía Bel, ya no. Solo es la mujer que me crio.

Así lo había decidido Lavastine. Alain no había sabido nada de su familia anterior desde que el conde le había enviado una recompensa de *sceattas* a la tía Bel y a Henry, en concepto de pago por los años que habían alimentado a Alain. ¿Le habían olvidado tan rápidamente, que ni siquiera enviaban una noticia de cómo les iba a ellos, a Stancy, y a Julien y el pequeño Agnes y a los demás?

Guardaba para sí tanto este pensamiento como el ingrato dolor de la pena que producía en su corazón.

Por fin todo estaba listo, con la familia no necesitaban llevar armas. A los perros los habían llevado afuera, porque no era seguro para los otros que los llevaran al interior de una sala desconocida para ellos. Alain siguió a Lavastine bajando por las

escaleras desde el desván en el que, como deferencia por ser los invitados, dormirían con sus sirvientes esta noche. Él y su padre entraron juntos en el gran salón. Habían aireado todos los tapices de las propiedades y ahora estaban colgados para decorar las paredes. En la chimenea central ardía un fuego al lado del cual hacía seis meses que Lavastine, afectado por el hechizo de la obispa Antonia, había lanzado a sus perros contra su pariente, Geoffrey y su joven esposa.

Ahora, Alain sentía que todos los ojos se volvían para examinarle. A Lavastine le habían perdonado por la locura transitoria que le causó el hechizo, pero Alain no pensaba que *lord* Geoffrey y los demás creyeran de verdad que Lavastine tuviera la intención de convertir a este desconocido e ilegítimo niño en su heredero.

Todos fueron tremendamente educados cuando se sentó a la derecha de su padre. Ese lugar, el de mayor honor, se lo concedieron una vez a *lord* Geoffrey, de toda la familia de Lavastine, Geoffrey era su pariente consanguíneo más cercano o lo había sido hasta que llegó Alain.

Lady Aldegund, por ser la anfitriona, estaba sentada a la izquierda de Lavastine. Después de rezar una oración, ordenó a sus criados que sirvieran vino en la mesa de arriba y sidra en las que estaban más abajo. Le entregó a Lavastine la copa que ella, como anfitriona, y él, como invitado de honor, tenían que compartir, inclinó la cabeza y se la ofreció otra vez a ella, para que pudiera beber el primer sorbo.

—Brindemos —dijo *lord* Geoffrey con esa sonrisa educada en su cara— por el hijo recién descubierto y heredero de mi primo, Lavastine. —Bebió y le entregó la copa a Alain.

Los hombres de armas de Lavastine brindaron efusivamente, con vítores. El saludo de la gente de Aldegund y de Geoffrey fue apagado, incluso superficial. Lavastine estudió a la multitud allí congregada, casi cincuenta personas, con una mirada penetrante y su habitual ceño medio fruncido, pero no hizo ningún comentario. No era tonto. Debía de saber que mucha gente no aceptaría alegremente que el hijo ilegítimo pasara por encima del tercer primo legítimo. Los sirvientes trajeron el primer plato, aves variadas, pollos, gansos, pollas de agua y codorniz, todos macerados con tantas especias que Alain temía coger una indigestión.

—¿No encontraste más campamentos de verano? —preguntó *lord* Geoffrey, inclinándose al lado de Alain para dirigirse a Lavastine.

Lavastine se acercó la copa a los labios e hizo un leve gesto con la otra mano.

Alain empezó.

—¿Por qué? No, *lord* Geoffrey —dijo diligentemente, al ver que su padre quería que contestara él—, no encontramos a nadie más. No es habitual que los eikas pasen el invierno en estas tierras.

Geoffrey esbozó una sonrisa.

—Definitivamente no, *lord* Alain. Esta es la primera vez que hemos visto eikas en nuestras costas después de la misa de Matthias, y mis hombres quemaron un campamento de invierno hace un mes. Ahora traéis noticias de que no hace una

semana destruisteis otro. Me pregunto si los eikas tienen intención de empezar una nueva campaña. ¿Y si quieren nuestra tierra y nuestro oro?

—¿Cultivan la tierra? —preguntó Alain.

Geoffrey pestañeó. Aldegund cogió la copa de Lavastine y contestó en vez de su marido. Era uno o dos años más joven que Alain, y su primer hijo estaba dormido en una cuna escaleras arriba.

—Yo diría que los salvajes no saben nada sobre cómo cultivar. Mi familia tiene propiedades en estas tierras desde los tiempos del emperador Taillefer. Todos los eikas siempre quieren apoderarse del oro o de cualquier otra riqueza como esclavos, hierro, monedas, joyas que puedan llevarse.

—Pero ¿por qué iban a querer la tierra si no es para cultivarla? —preguntó Alain—. ¿O para apacentar ovejas y vacas? —Enseguida se dio cuenta de que había hecho la pregunta errónea. Había hecho el tipo de preguntas que tía Bel haría. Los otros nobles alineados en la mesa se volvieron para escuchar, para ver cómo hacía el ridículo.

Se negó a que le vieran hacerlo y a que le hicieran pasar vergüenza por el sentido común que la tía Bel le había enseñado.

—Si los eikas están haciendo ahora campamentos de invierno, debemos preguntarnos por qué lo hacen ahora, este año, y no antes. No es verdad que entre ellos solo haya Uno que sea rey, este Corazón Sangriento. Siempre han sido asaltantes. Cada barco lo gobierna un señor de la guerra. Ahora los eikas reúnen a muchas tribus y han tomado Gent, la misma ciudad en la que el rey Arnulf el Viejo coronó a sus hijos y reivindicó el derecho de ellos a gobernar Wendar y Varre.

Los nobles refunfuñaron, olvidando su desconfianza hacia Alain al acordarse del motivo de su queja hacia el rey Arnulf, abuelo del actual rey, Henry. En una ocasión, como príncipes, condes y damas y caballeros nobles de Varre, coronaron a su soberano y lucharon sus batallas por la influencia en la corte de Varren. Ahora, los desconocidos en una corte dominada por nobles de sangre wendiana, esperaban descontentos. Algunos de ellos habían cabalgado con Sabella en la rebelión contra Henry. Algunas de estas mujeres habían enviado provisiones y oro para aumentar los fondos destinados a la guerra de Sabella y mantener su ejército. Ahora Sabella estaba prisionera y su rebelión había acabado, Lavastine se había comprometido a ser leal al rey Henry y a cambio, Henry había reconocido al hijo bastardo de Lavastine como heredero del conde.

En su opinión, el hijo bastardo que tenía que demostrar su valor.

—Ahora, algunos eikas reconocen a un rey —continuó—, mientras otros construyen campamentos de invierno en tierras Varren. ¿Qué significa esto?

—Ya lo creo —dijo Lavastine—. ¿Qué significa eso, *lord* Geoffrey? ¿Has pensado en este misterio, primo?

Por su expresión se veía que evidentemente Geoffrey no lo había hecho. Tomó un sorbo de vino para que no se le notara que estaba desconcertado y dejó la copa sobre

la mesa con fuerza. Unos cuantos soldados, en una mesa más baja, se estaban riendo, eran los hombres de Lavastine, habían visto a Alain luchando y ahora parecían tan deseosos de seguirle donde fuera como *Rabia* y *Pesar* y los otros sabuesos negros.

No soy digno.

Y aun así, la Dama de las Batallas se le había aparecido a él y no a los otros, ¿no era eso una señal de su valía? ¿No llevaba él la rosa, símbolo de que estaba bajo su protección?

Una criada volvió a llenar la copa de *lord* Geoffrey y se entretuvo lo suficiente para mirar por encima a Alain de forma impertinente, pero con evidente interés. Él se puso rojo, de repente notó mucho calor. ¿Y por qué no debería estarlo? En la sala hacía el suficiente calor para que el corazón más frío se sintiese cómodo.

—¿Tenéis alguna opinión personal sobre las razones que pueden mover a los eikas, *lord* Alain? —preguntó Aldegund con un matiz duro en su voz, como de mala intención. Una mujer de rostro dulce, poco más que una niña, Aldegund, no había aceptado a Alain y, excepto por su matrimonio con Geoffrey, Lavastine no tenía ningún derecho sobre ella. Su familia era propietaria de sus tierras y fincas, su relación con la nobleza Varren y los reyes wendianos. Hizo un gesto y la sierva se fue a llenar otras copas.

—He... —al oír sus palabras enrojeció aún más. Sonaba tan... orgulloso. Pero el hijo de un conde podía ser arrogante, en realidad se esperaba que lo fuera.

—Sigue —Lavastine hizo un gesto con su copa.

Alain bebió un trago de vino para lograr el valor que necesitaba, ese vino tan exquisito, traído de Salia, y una buena cantidad, antes de continuar.

—Creo que Corazón Sangriento pretende convertirse en rey para enfrentarse al rey Henry o el rey Lothair de Salia. Pero cuando se decide un rey o una reina, siempre hay príncipes que se irritan bajo su mando. Puede que a algunos de estos señores de la guerra no les guste estar bajo el mando de otro eikas, incluso uno que diga que es un poderoso mago. Incluso aunque su gente quiera ganarse el favor de Corazón Sangriento, esos señores de la guerra y los hombres leales a ellos podrían ser expulsados de sus tierras porque son rebeldes. Esa quizá sea la razón de que pasen aquí el invierno. Puede que no tengan ningún sitio al que volver.

—Es posible —dijo Geoffrey de mala gana, terminando su copa compartida. Su mujer envió a un criado para que volviera a llenarla inmediatamente.

—¿Y no es probable también —preguntó un hombre mayor a quien Alain identificó como Meginher, uno de los muchos tíos de Aldegund por parte materna, un hombre de lucha que tenía una fama considerable—, que esos campamentos de invierno hayan sido construidos por orden de este Corazón Sangriento?

»¿Por qué supones —preguntó con acritud— que estos eikas se comportan igual que nosotros? Son salvajes, ¿no? ¿Por qué actúan como nosotros? ¿Qué sabemos realmente sobre ellos?

Sé lo que veo en mis sueños. Pero no podía hablar en voz alta de esos sueños. Su

padre se lo había prohibido. Incluyó la cabeza en señal de respeto a su mayor sabiduría, porque, aunque era joven, era una mujer, señora de esta propiedad y formada a semejanza de Nuestra Señora, quien rige el Crisol de Vida. Los hombres estaban formados para un trabajo más duro, y aunque en realidad sus habilidades siempre están por encima de las de las mujeres en el combate y el trabajo duro, todos sabían, y las madres de la iglesia habían escrito a menudo a ese respecto, del mayor potencial de las mujeres para los trabajos de la mente y las artes. Estas bendiciones, como la de poder dar a luz, se les concedían por la gracia de Nuestra Señora, la Madre de la Vida.

—Sabemos poco de los eikas —dijo Lavastine de manera cortante—. Mientras el tiempo sea bueno, sin embargo, mi hijo, yo y estos hombres de armas que nos acompañan, vigilaremos las costas mientras podamos. A continuación, iremos hacia el oeste al estrecho de Osna. Como sabéis, la última y peor incursión de los eikas llegó hace dos primaveras.

—¡Ah! —*Lord* Geoffrey se inclinó hacia delante con interés renovado—. En el estrecho de Osna hay un pueblo. ¿No es donde os acogieron, *lord* Alain? Me acuerdo de cuando llegasteis a la ciudad de Lavas junto con otros trabajadores que tenían que cumplir con su servicio anual.

—¿Os acordáis? —preguntó Alain, sorprendido de que un hombre tan importante como Geoffrey hubiera reparado en un chico tan insignificante como él.

Pero Geoffrey bajó la cabeza rápidamente y Alain echó un vistazo a su padre y vio que la expresión de Lavastine estaba petrificada, y por ello miraba al otro hombre amedrentándolo.

Meginher gruñó y volvió a coger su copa para tomar un sorbo de vino. Los sirvientes se tambalearon por el peso de un jabalí asado y varias patas de venado decoradas con pimienta. Alain no podía evitar pensar en Lackling, que había comido gachas durante toda su vida con unas cuantas judías o nabos si sobraban. Pobre bastardo... igual que Alain, qué diferente había resultado ser el destino de Lackling. Nunca le habrían ofrecido comida tan rica, excepto las últimas migas de una mesa si podía cogerlas antes de que se las echaran a los cerdos.

—Por supuesto —dijo Lavastine, renunciando a la copa nuevamente llena de vino que le daba su anfitriona—, cualquiera se habría dado cuenta de tu valía al instante, Alain, porque estaba escrito que ibas a conseguir un puesto entre los magnates y los poderosos ¿no? Ahora has sido distinguido dos veces en la batalla. —Lo dijo con firmeza y claridad para que todos le oyeran en la sala. Hizo un gesto al capitán de su caballería—. ¿No es cierto, capitán?

El soldado se quedó de pie. Él, como otros, había rendido pleitesía a Alain a los cuatro días de la batalla y no porque Lavastine deseara que lo hicieran.

—He luchado por los condes de Lavas desde que era un niño y nunca he visto algo como esto. Recuerdo cuando el niño mató al guivre en la batalla a las afueras de Kassel. Incluso así, al verlo cabalgar en su primera batalla como un soldado de

verdad, verle atacar a diestro y siniestro sin mostrar miedo, con tanta fuerza, con tal furia que brillaba como si estuviera bendecido por los santos y por Dios, al ver cómo asesinaba eikas con su mano derecha y después con la izquierda, se daba cuenta de que había nacido para ser un guerrero. —Los otros hombres, los soldados de Lavastine que habían sobrevivido a la batalla golpeaban las copas y las empuñaduras de los cuchillos y las bandejas vacías de la mesa mientras voceaban su aprobación.

Alain se levantó.

—Fue la mano de la dama de las Batallas, no la mía —insistió—, la que mató a aquellos eikas.

—Sentaos —dijo Lavastine con delicadeza y obediente como los sabuesos, Alain se sentó.

Los otros murmuraron, pero *lord* Geoffrey no hizo más comentarios relativos al desempeño del puesto como trabajador de la propiedad Lavas y *lady* Aldegund se volvió para hablar de asuntos más baladíes como la cosecha del año, el nuevo arado con ruedas y que el suave verano y el otoño presagiaban una buena temporada de maduración del grano, lo que a su vez repercutiría en una buena recogida de impuestos.

Sirvieron un tercer plato, ternera y cordero especiados con cominos, pimienta y otros sabores y condimentos exóticos. Mientras Alain cogía su comida, un poeta, formado en la capilla de la corte del rey saliano y que ahora cantaba en la cena en cortes de menor importancia de los nobles, cantaba extractos de un panegírico viejo y largo para alabanza del emperador saliano Taillefer.

Como antes hacían los marineros, salí a probar mis cansados miembros a las tormentas marítimas, a probar mi barco en las olas del océano. Me fije en ese faro que brilla desde lo lejos. Esa luz es el nombre de Taillefer, ¡mira!, el sol brilla con una luz que ahora es más brillante que el emperador que ilumina la tierra con su infinito amor y gran sabiduría.

El poeta siguió ensalzando las virtudes del emperador muerto hacía tiempo, mientras Alain se preguntaba cómo los caballeros y las damas nobles podían comer tanto en esta fiesta. A veces había tenido hambre, todos tenían, pero nunca había sufrido. La tía Bel era suficientemente rica como para poder guardar todos los años una ración por si había una cosecha muy mala. Pero había visto a los pobres que vivían sin nada, cuyos niños estaban en estado de necesidad constante, mendigando en la iglesia con las piernas y los brazos tan delgados como palos y las caras sombrías, sin esperanza. Los años buenos, esa gente encontraba trabajo y se arreglaba, pero en los años malos incluso los ricos tenían la cara demacrada por el hambre.

Porque el sol conoce doce horas de oscuridad, Taillefer, brilla como una estrella, eternamente. Entra al frente de su compañía y allana el camino para que todos puedan seguir. Con pesadas cadenas, atrapa a los injustos y con un yugo rígido constriñe a los orgullosos. A los impíos los enseña a amar a Dios con mano dura.

Los sirvientes trajeron el cuarto plato compuesto de una sopa clara junto con un pan tan blanco y exquisito que parecía que se iba a deshacer en la lengua de Alain.

Taillefer es el manantial de toda gracia y honor. Sus logros lo han hecho famoso en las cuatro partes de la tierra. Es generoso, prudente, justo, pío, afable, guapo, excepcional en las armas, sabio en la conciliación, compasivo con los pobres y amable con los débiles. Nunca antes hablo un conferenciante tan elocuente, la dulzura de sus palabras supera a las de Marcia Tullia, la oradora de la antigua Daría. Solo él se adentro en los caminos ocultos del conocimiento y comprendió todos sus misterios, para el cual Dios ha revelado los secretos del universo. Él ha descubierto todos los secretos de los mathematici y las palabras secretas ocultas y las formas de las estrellas en sus caminos y los medios a través de los cuales sus poderes se pueden acercar a las manos de la humanidad. Ningún navegante ha estudiado los cielos con más profundidad.

Después de la sopa llegaron las tartas de manzana, las peras cubiertas de miel y una tarta de crema. La mezcla cremosa de leche, miel y huevos se derritió en los labios de Alain como si fuera néctar y creyó que quizá pudiera soportar otro poema completo acerca de las virtudes del emperador muerto si pudiera conseguir que en su estómago cupiese algún trozo más de tarta de crema. Sin embargo, lo que más le apetecía era irse a dormir. Ya estaba bien entrada la noche, ardían velas y antorchas, que iluminaban la fiesta y las caras de mujeres y hombres mientras comían y bebían hasta saciarse, pasándose las copas de unos a otros, compartiendo bocados o tartas de manzana, levantándose para estirar las piernas. Había un flujo constante de gente que entraba y salía del patio delantero, tan borrachos por beber vino que tenían que ir a aliviarse. Algunos soldados, impacientes por el largo poema cortesano pedían una estrofa del *Cold of the Hevelli*. En lugar de ello, el poeta erudito se dispuso a hacer una larga digresión, que evidentemente formaba parte del poema, en el cual Taillefer supervisaba la construcción de un nuevo palacio en la ciudad de Autun, donde se había quedado más frecuentemente con su corte. Sus obreros trabajaban con entusiasmo, levantando columnas rectas y una alta ciudadela, cavando la tierra para encontrar manantiales de agua caliente para los baños que al emperador le encantaban; los trabajadores que tenían un mayor reconocimiento construyeron una

iglesia adecuada para un rey sagrado.

—Trabajan como las abejas en verano —y en ese momento el poeta hizo una segunda digresión larga, esta vez sobre la naturaleza de las abejas.

Era hora de salir. Alain se disculpó y salió de la sala. Cuando salió, la noche de otoño era fría, tomó un suspiro profundo en el aire limpio. Dentro, el humo de la chimenea y las antorchas había envuelto el aire con un fuerte aroma, estaba mareado por el olor y por el vino que había bebido. ¡La tía Bel nunca había servido un vino así en la mesa! Ni tal cantidad de platos, de tal exotismo que parecían haber sido traídos del fabuloso Este. Sin embargo, se estaba acostumbrando a las fiestas.

De repente, se sintió culpable por su buena suerte y se fue caminando para aliviarse al lado de un árbol. El aire helado agudizaba los sentidos; oyó el crujido de una rama bajo un pie y notó el desgarrón del gran trozo de tela que se había enganchado en las ramitas antes de ver la sombra deslizarse hacia él. Rápidamente, se ató los calzones y dio un paso atrás, dejó escapar un suspiro; solo era una de las siervas que había salido también a aliviarse.

—Mi señor Alain —dijo. Se tambaleó y dio un pequeño grito. Él se adelantó y estiró un brazo para agarrarla. Se arrimó a él. Bajo su larga túnica, notó que tenía el pecho firme y una provocativa ondulación del vientre y la cadera.

—Hace frío esta noche. En el pajar hace mucho más calor que aquí.

De repente tenía más calor del que debía tener en una noche tan fría. Sin saber cómo, sus húmedos labios le acariciaron el cuello, su aliento olía a tarta de crema dulce. Sin saber como, su mano se deslizó por la curva de sus nalgas.

—Mi... mi padre me espera dentro.

—Dentro estaréis, mi señor, si lo deseáis.

El repentino calor que sentía en su cuerpo le asustó, y cuanto más se pegaba ella a su cuerpo más lo notaba, él intentó cogerla de los hombros mientras ella volvía a dirigirle, colocándolo junto al árbol.

—Eres muy guapo —murmuró.

—¿Lo soy? —preguntó sorprendido—. Ninguna mujer aparte de la aburrida Withi ha mostrado nunca interés por mí antes de que me convirtiera en heredero de Lavastine. Pero el pensamiento desapareció como lo hace la niebla bajo el sol cuando ella le besó, moviendo su cuerpo contra el suyo y cogiendo sus manos guiándolas.

Si aquello era el ardor de la lujuria, no era extraño que la gente sucumbiera a ello. Pero al besarla, se imaginó que la sirvienta era Tallia, y la idea de besarla, de ser libre para hacerlo, de encontrársela en la cama de matrimonio...

—¡Ah! —Suspiró la mujer—. Así mejor. No tenéis tan poca experiencia como parece, mi señor. —Hábilmente, ella deslizó sus manos por su cinturón y lo desabrochó—. Tengo un hermano que la próxima primavera estará listo para cumplir el servicio. Es un chico fuerte y bueno. —El cinturón y el trozo de túnica que aquel sostenía, se deslizaron hasta sus rodillas—. Sería un buen hombre de armas.

En ese momento, cualquier cosa que ella le hubiera pedido él se la hubiera dado.

Ella le cogió las manos y le ayudó a levantarle la túnica hasta las rodillas, hasta los muslos, hasta las pálidas piernas desnudas, hasta las caderas...

En las casetas de los perros se armó un alboroto repentino de ladridos y aullidos enfurecidos y de gritos de hombres. Entretanto se oyó un grito. Alain conocía esos aullidos, eran los sabuesos de Lavastine. Sus sabuesos.

—Te suplico —dijo, tan falto de aliento como si hubiera estado corriendo. Intentó separarse de ella, enganchándose la espalda en una rama que estaba clavada justo en la escápula. Se tambaleó, dio un paso, se tropezó con el cinturón que no estaba bien apretado y se cayó de bruces. El golpe le hizo llorar. Tenía la piel ardiendo.

—¡Mi señor Alain! —Ella fue a rescatarlo, ayudándole a levantarse, buscando a tientas el cinturón.

—No pretendía, lo siento. Pero los sabuesos.

Su cara era como un destello de destello de piel pálida y ojos oscuros a la luz de la Luna que estaba en cuarto creciente no completo.

—Por supuesto, debes irte.

Se había acordado de los sabuesos y de quién era él. Ahora le tenía miedo, ella que hace unos momentos había tenido todo el poder en sus manos.

Rápidamente se metió la túnica otra vez por encima del cinturón, para no dejarla caer en toda su extensión y salió corriendo hacia las casetas que estaban afuera, detrás del gran salón, al abrigo de los establos.

Los sabuesos se habían vuelto locos, atacando a un hombre que estaba tirado en medio de ellos como una muñeca hecha jirones. Alain entró y los separó del pobre hombre, que ahora sangraba por la infinidad de mordiscos y desgarrones.

—¡Atrás! ¡Atrás! Con la fuerza que le daban la rabia y el miedo y el tranquilo recuerdo de las caricias de la sierva, Alain levantó al hombre y lo sacó de la caseta; de una patada apartó a *Pánico*; riñó a *Rabia* y *Pesar*, que huyeron juntos a una esquina y se agacharon como si estuvieran avergonzados. ¡Así deberían estarlo! Uno de los cuidadores cerró la puerta de un golpe detrás de él. Dejó al hombre de nuevo en el suelo y examinó sus piernas y brazos, que se habían llevado la peor parte del ataque de los sabuesos. El hombre se retorció en el suelo, gimiendo, llorando y suplicando piedad.

No era uno de los hombres de *lord* Geoffrey.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó, mirando a los otros, un círculo de soldados de Lavastine cuya borrachera era patente.

—Dijo cosas, mi señor —dijo uno, lo suficientemente joven y bebido para hablar con desparpajo—. Dijo cosas sobre usted, mi señor, pero él no os vio en la batalla contra los eikas. Él no os vio matar al guivre y salvar la vida del conde Lavastine. No tenía derecho a decir esas cosas y no nos creía lo que le decíamos así que llegó a...

No eran sombras lo que los soldados tenían en la cara, sino cardenales.

—¿Llegasteis a pelearos?

—Sí, mi señor.

—¿Cómo llegó a entrar en la caseta? Ay, ¡por nuestro Señor! Tú —señaló a uno de los cuidadores—, corre y trae a la curandera que vive aquí. ¿Seguro que hay una? Pregunta en el establo. —El cuidador obedeció y se fue corriendo.

Los soldados no contestaron inmediatamente, pero podía imaginarse cómo había ocurrido todo. Mientras se dejaba seducir, otra escena tenía lugar. Incluso ahora, al ver al hombre llorando de dolor ante él, viendo cómo la sangre caía al suelo, pasando sus manos por la piel de este para encontrar las heridas abiertas, sabía que podía morir. Si no moría por la pérdida de sangre o por el golpe, podía morir de infección.

¡Ay, Señora! En ese momento se odiaba a sí mismo. Lentamente, fue perdiendo el calor de la lujuria del encuentro junto al árbol, y veía todo más nítido. Quizá la mujer le había encontrado realmente guapo. En realidad, él la había encontrado atractiva. Pero ella nunca se habría lanzado si no hubiera sido heredero de Lavastine. Quería algo más de él, un puesto para su hermano en su séquito y a cambio de ello le ofrecía aquello. Había sido sencillito, Alain, el hijo acogido por Henry el mercader, nunca había tenido nada que darle a cambio. No le habría mirado dos veces, como tampoco lo hicieron las niñas en la propiedad de los Lavas en aquella ocasión en un reto. Y este verano, por órdenes estrictas del conde a Cook, que a su vez había dado esas órdenes a todas las siervas de la propiedad Lavas, ninguno se había atrevido a acercársele por miedo a la ira del conde. El hombre que había tenido un bastardo intentaba que ese hijo ilegítimo no tuviera ninguno por su cuenta.

—Mi señor, os lo suplico, perdónanos. —Los tres soldados se arrodillaron ante él. El hedor a hidromiel en su aliento fue suficiente para que Alain se tambaleara desde su posición, agachado al lado del hombre herido—. ¡Pero hizo unas afirmaciones! Dijo que ningún niño podía decir que era un bastardo, que cualquier caballero noble podía revolcarse con una o dos mujeres y pensar que no tenía ninguna importancia...

¡Igual que lo que él había estado a punto de hacer, sin pensarlo!

—... y entonces nosotros dijimos que íbamos a ver lo bien que lo hacía, reclamando que es el heredero de Lavastine.

Alain dejó escapar un suspiro.

—Así que le echasteis a la caseta.

No contestaron, pero tampoco tenían que hacerlo.

Los hombres de los establos acudieron corriendo y hubo empujones y palabras subidas de tono. El hombre que estaba en el suelo dejó de murmurar y se quedó callado.

—Le habéis matado.

—¡Amantes bastardos! Nuestro señor Geoffrey es un verdadero noble.

—No sabrías quién es un noble aunque os picara en el...

—¡Silencio! —gritó Alain poniéndose de pie. Puso una mano en la puerta y la movió haciendo callar así a todos e hizo que *Rabia* y *Pesar* se acercaron a la puerta, jadeando para que les dejaran salir. La abrió, apartó a los otros y dejó que saliera *Rabia*. *Pesar* gimió protestando por haberse quedado y golpeó la madera con el rabo,

dando un ladrido.

—Coge a este hombre y cuida de él. Todos los que lo habéis visto, venid conmigo. Vamos a zanzar esto.

Le siguieron como ovejas, los cuidadores, algunos de Lavastine y otros de Geoffrey, los tres soldados y un par de hombres de armas de Geoffrey que habían sido camaradas del hombre herido y que ahora admitían haberle incitado. Todos estaban borrachos excepto los cuidadores. *Rabia* los condujo a las puertas que daban a la sala. Cuando Alain atravesó el umbral le llegó una súbita bocanada de humo. El fastidioso murmullo de los susurros de las voces era como un trasfondo bajo la voz sonora del poeta.

¡Señora y Señor de los Cielos! El poeta todavía seguía. No era extraño que el rey saliano le hubiera mandado a ganarse la vida a otro sitio.

En el bosque, todas las bestias salvajes hacen su guarida. Por estos claros el admirable héroe, Taillefer, salía con frecuencia a cazar y apresarlas con sabuesos, lanzas y flechas. Al comienzo del día, cuando el sol comienza a iluminar con su luz los campos y la gran ciudad, un grupo de nobles espera en el umbral de la cámara del emperador y con ellos, las hijas nobles del emperador. En la ciudad se alza un clamor, en el aire se oye un rugido, relinchos de un caballo a otro, y un sabueso tensa al máximo la correa. Los jóvenes llevan las pesadas lanzas con puntas de hierro afiladas y las mujeres llevan redes de lino apretadas con malla metálica cuadrada. Una muchedumbre rodea al emperador y él y sus hijas llevan a sus sabuesos negros con correas atadas en el cuello, y en el alboroto muerden a todo el que se acerca excepto a su amo y a sus niños porque, incluso los perros, con su lealtad ciega se inclinan ante tan brillante nobleza...

El poeta fue el último en irse y el último en callarse, por fin.

Lavastine se levantó por detrás de la larga mesa del otro extremo de la sala.

—¿Qué significa esto, Alain?

Alain caminó hacia delante con *Rabia* paseando obediente a su lado. Todos en la sala retrocedieron apartándose del perro que jadeaba con la boca abierta, mostrando sus dientes.

—Ha habido una pelea afuera. Uno de los hombres de armas de *lord* Geoffrey fue enviado a las casetas y resultó herido grave. Puede que incluso muera.

Geoffrey se puso de pie. Un momento después, *lady* Aldegund se levantó como su tío. Ella hizo una señal y Geoffrey se sentó, pero su tío, no. La chica colocó una mano sobre la suya como para recordarse a sí misma que tenía el peso de su brazo para apoyarla.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó ella.

—Creo —contestó Alain con calma— que todos habían bebido demasiado.

—¡Es mi hombre el que puede morir! —estalló *lord* Geoffrey, volviendo a ponerse de pie.

—Sentaos, primo —dijo Lavastine con voz serena. Geoffrey se sentó. Aldegund y su tío no.

—Si muere —dijo Aldegund—, habrá que pagar un precio.

—Los responsables deberán pagar por ello —dijo Alain, parándose justo ante la mesa como un pretendiente. Excepto eso, con *Rabia* a su lado y cada vez más enfadado en su interior, no sintió ni un momento que tuviera que suplicar el perdón de alguien—. Pagarán la multa adecuada al hombre si queda tullido o a su familia si muere. Pero el hombre o su familia también deben pagar una multa.

Geoffrey dio un grito ahogado.

—¿Por qué? —preguntó Aldegund.

En ese mismo momento, esto era para probar las voluntades, y para saber si el hijo ilegítimo se merecía lo que le había sido concedido.

—Todos estos hombres tomaron parte en la batalla o la presenciaron, y jurarán ante tu diácono y los clérigos del conde Lavastine que el hombre implicado pronunció palabras de deslealtad al conde Lavastine, señor de su señor.

En ese momento, *lady* Aldegund se ruborizó porque todos allí sabían qué tipo de cosas podía haber pronunciado alguien con la lengua larga, animado por la ingestión de demasiada hidromiel, no en contra de la persona del conde, pues nadie discutía las hazañas, prerrogativas o virtudes de Lavastine, sino contra su veredicto.

Hubo un largo silencio.

Por fin, *lady* Aldegund inclinó la cabeza, consintiendo en la opinión de Alain a ese respecto. Su tío se sentó y al instante ella también se sentó. Lavastine se sentó y cogió la copa que ella le había ofrecido.

Alain inclinó la cabeza. *Rabia* resopló en la palma de su mano, al oler algo que le parecía interesante, quizá el perfume persistente de la sirvienta. ¡Ay, Señora!, como si el pensamiento hiciera que apareciera ella, allí se quedó de pie al lado de Lavastine, llenando la copa del conde. Levantó la vista brevemente a Alain y después se fue. Ya no volvió a mirarlo. La fiesta siguió sin incidentes, animaron al poeta, cuya dicción y voz eran suficientemente buenas, a cantar algo más popular.



Lavastine no volvió a comentar el incidente hasta que por la mañana se fueron de la propiedad y la dejaron atrás caminando por las colinas y el bosque.

—Me complace tu inteligencia.

—Pero...

Lavastine levantó una mano, lo que quería decir que no había acabado y que no

quería que Alain respondiera todavía. Diligentemente, Alain esperó.

—Pero no debes estar dispuesto a jactarte de tus logros, Alain. Un hombre de tu posición debe mostrarse hábil en la batalla. No debes presumir demasiado, más de lo debido, pero también es malo reivindicar la falsa humildad. La modestia es una virtud de clérigos, no del hijo y heredero de un conde, alguien que dirige a esos mismos hombres, a sus hermanos y primos jóvenes y sus hijos en la batalla. Deben creer en ti y deben creer que tu buena fortuna los mantendrá en un buen estatus y hará que sigan vivos y con prosperidad. Que la Dama de las Batallas, una santa, te haya concedido su favor, eso tendrá mucho peso para ellos. Pero no debes sumirte en la humildad porque no eres un monje, Alain.

—Estaba destinado a serlo —murmuró.

—¡Ya no! Ya no hablaremos más de esto, Alain. Un buen hombre recuerda y honra sus juramentos. Con el tiempo, cuando te hagas mayor y tengas un heredero que esté preparado para asumir tu puesto, quizá puedas irte a un monasterio y vivir el resto de tus días en paz. Pero ese juramento lo hicieron otros por ti, antes de que se supiera quién eras y qué papel tendrías que ocupar. Nunca llegaste a estar delante de la puerta del monasterio y a comprometerte con la Iglesia. Si quieres pensar en esta obligación es cosa tuya. Pero ya no vamos a hablar más de ello. ¿Entiendes?

Alain comprendió.

—Sí, padre —contestó. Los sabuesos caminaban atados por las correas obedientes a su lado.

Lavastine tomó una profunda inspiración del aire otoñal.

—No hace falta apresurarse para llegar al estrecho de Osna. —Se volvió para mirar a su séquito—. No nos ha llegado ninguna información de que los eikas pasen aquí el invierno. Creo que podemos ir unos días a cazar.

CAPÍTULO 6



LOS NIÑOS DE GENT

Las picas se clavaron en la tierra suelta. La tierra lanzada por los sepultureros mientras llenaban la última tumba salpicó a Anna en la mejilla donde se encontraba. Esa mañana de frío glacial, habían enterrado a doce refugiados en una tumba común incluida una joven madre y su bebé recién nacido.

Anna se había ido sola al arroyo, pero era difícil no detenerse y mirar. Unos cuantos espectadores harapientos se apiñaban para protegerse del viento. La lluvia era tan fría que parecía que caían gotas de hielo, se ciñó un poco más su harapienta capa a los hombros. Aquí en el campamento, metían a los muertos desnudos porque los vivos necesitaban sus ropas.

Un niño de no más de dos o tres inviernos gritaba al borde del foso. Su pelo, que parecía haber sido rubio, estaba desordenado, la cara estaba llena de porquería, la túnica sucia y llevaba los pies desnudos. También parecía que iba a caerse al foso con los muertos. Ella soltó los cubos y salió corriendo cuando el chico se escurrió y se cayó de culo por la ladera descarnada.

—Ven, vamos —dijo, agarrándolo por el brazo y tirando de él hacia fuera—. No te caigas adentro, niño. —Miró alrededor y saludó a uno de los enterradores—. ¿Dónde está la familia del chaval?

Él señaló la tumba, en la que estaban la mujer y otro niño atados uno a otro con trozos de ropa vieja, toda la que la gente del campamento pudieron ponerles para asegurarse de que no les separaban después de muertos. Con fuerza, cogió otra palada y la echó a la tumba. Un chaparrón de porquería cayó sobre las caras amarillentas de la madre y el niño.

—¿No hay nadie aquí que lo cuide?

—Estaba llorando cuando llegamos para llevarnos al muerto —dijo— y todavía está llorando. Ah, muchacha —añadió—, quizá fue una bendición que los niños de Gent escaparan de la ciudad, pero ahora la mayoría son huérfanos, como este pobre bebé. ¿Quién va a cuidarles si no podemos cuidarnos nosotros mismos?

El niño, salvado por los pelos, ahora se acurrucaba en su muslo y resoplaba, manchando la túnica de mocos cuando gimoteaba y tosía.

—Pues es verdad, ¿quién? —preguntó Anua en voz baja. Con un dedo tocó el Círculo de la Unidad que colgaba de su pecho—. Ven, pequeño. ¿Cómo te llamas?

No parecía que el niño supiera cómo se llamaba, ni que supiera hablar. Despegó

los brazos de su pierna y al final resolvió, con un poco de mano izquierda, que el niño le ayudara a tirar de uno de los cubos vacíos. Así, con el niño dando sus primeros pasos a su lado, llegaron al arroyo, donde esperaron en fila para meter cubos de madera en el agua.

—¿Quién es este? —preguntó una de las niñas mayores, señalando al niño que se mantenía firme pegado a los talones de Anna como si fuera un perro muerto de hambre—. No sabía que tenías un hermano pequeño.

—Ah, sí claro —dijo un niño mayor—. Ese debe de ser el niño mayor de la viuda Artilde.

—¿Viuda? —preguntó Anna—. Pero era tan joven.

Al oír reírse a los chicos más mayores se dio cuenta de lo estúpido del comentario.

—Su marido era un miliciano de la ciudad. Supongo que murió cuando llegaron los eikas.

—¿La conoces entonces? —Anna intentó sacar al niño de detrás de ella, pero comenzó a berrear de nuevo.

—Ella está muerta —dijo el niño—. Tuvo al niño, ambos enfermaron y murieron.

—¿No quiere nadie a este niño?

Pero una vez que los cubos estuvieron llenos, los otros ya se estaban marchando, transportaban la valiosa agua de vuelta al campamento o a Steleshame. Así que ella dejó que el niño la siguiera en su camino de vuelta al cobertizo que Matthias y ella llamaban hogar. Por descontado, el niño no estaba dispuesto en absoluto a perderla de vista.

—¡Que Dios nos proteja! —exclamó Helvidius cuando ella acomodó al niño en el refugio del toldo de lona. En una rudimentaria chimenea hecha con piedras ardía un fuego vivo, el poeta estaba sentado en su taburete vigilando la cazuela en la que siempre tenía un guiso caliente hecho con algo comestible que conseguían sacar de la basura. Hoy olía a champiñones y cebolla sazonados con los huesos rebuscados de una oca. Los restos del guiso de gachas con bellotas estaban en otro cacharro cerca del fuego. Anna le dio al niño una cuchara y un cuenco. Se le cayó la cuchara de la mano porque no se dio cuenta de que se la habían dado y con los dedos sucios cogió las tibias gachas.

—¿Quién es esta criatura? —preguntó Helvidius.

—¡Alguien más desvalido que tú! —Anna había cogido los cubos de agua por allí para llevarlos a las curtidorías y cambiarlos por tiras de piel—. ¿Puedes ayudarme a hacer algo para ponerle en los pies?

—No vas a quedarte con este mocoso. ¿Verdad? Casi no tenemos sitio para nosotros tres. —Pero Anna se limitó a reírse. El viejo poeta siempre estaba malhumorado, pero ella no le tenía miedo—. Le dejaré dormir enrollado en tus pies. Será como tener un perro.

Él gruñó. El niño había chupado todo el cacharro y lo había dejado limpio y ahora

empezaba a gimotear otra vez.

—Los perros no gimen así —dijo—. ¿Tiene nombre?

—Su madre está muerta y nadie más lo reclamó. Le vigilas tú mientras yo voy a por más agua.

Hizo cuatro viajes al arroyo. En esta época del año, con la matanza de invierno en marcha, en la curtiduría había mucho trabajo con muchas pieles nuevas, así que Matthias se había dado cuenta de que ella podía acarrear agua y ceniza para los fosos de la tintorería o recoger cortezas del bosque. Él tenía un trabajo más preciso, frotando o dando los últimos toques a las pieles que se habían curado durante el verano y el otoño. A ella no le importaba trabajar. La actividad la ayudaba a mantenerse caliente y les daba una seguridad relativa que no tenían muchos otros refugiados, por depender de lo que pudieran recoger del bosque o de la caridad de la señora Gisela.

Aunque la matanza de invierno continuaba y la carne estaba en salazón o ahumada para aguantar hasta la estación venidera, a los refugiados les llegaba poca carne. Una vez al día un diácono distribuía un pan de cebada áspero, pero nunca había suficiente para repartir.

Cuando Anna volvió al refugio de su último viaje al arroyo encontró al bebé gimiendo, al viejo Helvidius cantando en vano alguna melodía absurda con todo el entusiasmo de una mujer que propone en matrimonio a un hombre sin dote y a Matthias inclinado sobre el cacharro del guiso con el ceño fruncido.

—¿Qué es esto? —preguntó Matthias mientras apartaba la tela de lona. El objetivo de la lona no era tanto quitar el frío como evitar que se escapara el calor que proporcionaba el fuego y el de sus cuerpos apiñados. Además, conseguía evitar que la lluvia entrara. No obstante los dedos de sus pies le dolían del frío y moqueaba—. ¿De dónde ha salido este?

—Es un niño, Matthias —dijo.

—¡Ya veo que es un niño!

—No tenía adónde ir. ¡No pude dejarle morir! No después de que Santa Kristine lo salvara de la muerte a manos de los eikas. —El niño gimoteó y balbuceó algo ininteligible, pero no se separó de la rodilla del hombre.

—¡Y apesta! —añadió Matthias.

Es verdad que olía mal.

—Señor Helvidius...

—¡No sabía que él no sabía hacerlo! —Gimió el hombre—. Soy un poeta, no una niñera.

—Bueno, debe aprender cómo cuidar al niño, porque va estar con usted todo el día —dijo ella de manera cortante.

—¡Todo el día a mi cargo! —gritó.

—¿Quieres que nos lo quedemos?

Matthias parecía consternado.

Hubo un silencio repentino.

—Debemos quedárnoslo —dijo Anna—. Subes que debemos, Matthias.

Él suspiró, pero al no contestar, ella supo que había ganado.

—Bueno, entonces —dijo Helvidius a regañadientes—. Si nos lo quedamos tendremos que ponerle un nombre. Podíamos llamarle Achilles o Alexandros, en recuerdo de los grandes príncipes de Arethousa. O Cornelius, el general dariyano que destrozó al orgulloso Kartiako o Teutus de Kallindoia, el famoso hijo de la reina guerrera Teuta.

Había convencido al niño de que fuera con ella y, cerca de la puerta, le estaba despegando el paño sucio que tenía en el culo. De repente, se rio.

—Habrás que buscar un nombre femenino, señor Helvidius. Le llamaremos Helen porque, ¿no fue Helen la que sobrevivió a muchas pruebas?

—Helen —dijo el viejo poeta, suavizando el tono al mirar a la niña—. Helen de pelo rubio, fiel de corazón e inquebrantable en la adversidad.

Matthias gruñó enfadado, pero, como siempre, ponía especial cuidado para racionar equitativamente el guiso del cacharro que compartían.

Afuera estaba anocheciendo, era casi de noche, cuando oyeron gritos procedentes del camino. Anna lanzó a la pequeña Helen a los brazos de Helvidius y salió corriendo con Matthias. Oyeron un gran alboroto y corrieron hacia donde el camino del sudeste corría paralelo a las curtidurías, a tiempo de ver pasar una increíble procesión, caballeros nobles a caballo y más hombres de armas de los que era capaz de contar que marchaban detrás de ellos.

Incluso a la luz del crepúsculo, sus armas y ropa desprendían tal brillo que no pudo evitar quedarse boquiabierto al constatar su belleza. Jóvenes y fuertes caballeros reían, orgullosos, en sus filas cabalgaba un puñado de mujeres y no parecían darse cuenta de la fila de gente harapienta que se había formado para verlos llegar.

Las puertas de Steleshame ya se habían abierto y allí, a la luz de la antorcha, Anna vio a la señora de Steleshame y al alcalde de Gent esperando para dar la bienvenida a sus invitados.

—¿De dónde sois? —gritó Matthias.

Un hombre de armas contestó:

—Somos de Osterburg, de la duquesa Rotrudis.

Cuando volvieron al refugio y lo contaron, Helvidius estaba fuera de sí.

—Serían algunos de los parientes de la duquesa —dijo—. ¡Todos quieren un poeta en sus fiestas y donde hay fiestas hay sobras que recoger!



Por la mañana se levantó con Matthias con la primera luz de la mañana y al frío del

amanecer empezó su transporte diario de agua. El agua glacial del arroyo corría por entre sus dedos desnudos, pero su frío no era nada comparado con la ira que sintió al volver al pequeño refugio.

Helvidius y Helen se habían ido y con ellos el palo del viejo poeta y el taburete y su valiosa bolsa de piel de hierbas secas, cebollas, cuatro nabos marchitos y la última bellota. Antes de que pudiera meter la cabeza bajo la lona para ver qué más se había llevado el viejo, el extremo de una lanza la pinchó en la espalda y una áspera voz le ordenó que saliera.

—Creí que habíamos limpiado este lugar —dijo un soldado a su compañero al ver a Anna enfadada—. Estos niños son tan asquerosos como ratas, todos y cada uno de ellos —miró a los dos soldados, bien alimentados, bien limpios y cálidamente abrigados, que tenía delante.

—Sigue. Entonces niña, o ¿eres un chico?

—¿Que vaya adónde?

—Estamos desmantelando el campamento —dijo—. Te dirigirás al este, donde puedas encontrar hogares para tus huérfanos. Ahora sigue, coge tus cosas o déjalas.

—Pero mi hermano... —Esta vez, el pinchazo con la punta de su lanza no fue tan suave.

—Coge lo que necesites, pero solo lo que puedas llevar. Va a ser un largo camino.

—¿Adónde?

—¡En marcha! —Sus compañeros siguieron andando metiendo una lanza en las casuchas y los demás lastimosos refugios que los refugiados de Gent habían construido más allá de la curtiduría, pero ya estaban vacíos. En realidad, el campamento estaba más tranquilo de lo habitual, pero ahora que estaba escuchando oyó el murmullo de voces que procedía de la calzada del sudeste.

Aunque tenía cinco cuchillos repartidos por toda la ropa, sabía que no tenía sentido resistirse. Intentó volver a entrar en el refugio de lona, cogió la cazuela, el cacharro, metiendo uno dentro de otro, enrolló las mantas, las ató con un cordón de piel y las metió en su chal para hacer un hatillo. Empezó a desmontar el refugio de lona.

—¡Venga ya, deja eso!

—¿Cómo voy a dejarlo? —preguntó, volviéndose hacia él—. ¿Y si llueve? ¡Necesitaremos algo para resguardarnos!

Se quedó cavilando y dudando.

—Tenemos que refugiarnos en las propiedades de la Iglesia, pero sois tantos... quizá lo mejor sea que te lleves algo para que os protejáis vosotros mismos. Si el tiempo se vuelve más frío, o si nieva... —se encogió de hombros.

—¿Se van todos?

Pero ya no contestó más preguntas y ella se dio cuenta de que no quedaba tiempo. La lona enrollada era una carga insoportable, lo que hacía que junto con el peso de los cubos y las mantas fuera tambaleándose.

El hecho de ver a los refugiados la hizo ponerse mala de miedo. Apiñados en una fila desigual a lo largo de la calzada, se dio cuenta de repente de los jóvenes que eran. Por cada veinte niños, había quizá solo un adulto, incluso contando con los soldados, cuyo aspecto era deprimente empuñando las lanzas para evitar que se saliera ningún niño de la fila. El inmenso griterío y gimoteo era como una agresión al oído, un golpe de miedo que partía de los niños que habían escapado de Gent y a quienes ahora apartaban del escaso refugio que habían conseguido en Steleshame.

Anna vio a Helvidius. Se apoyaba con fuerza en el bastón y la pequeña Helen estaba sentada a su lado en el taburete con la valiosa bolsa de comida enrollada en su regazo. Lloraba en silencio y por la nariz le caían mocos amarillo verdosos. La cara del viejo poeta se iluminó cuando vio a Anna.

—¿Dónde está Matthias? —preguntó mientras aparecía a su lado.

—No sé —dijo el viejo—. ¡He intentado decirles que soy un gran poeta, que el joven caballero se enfadaría con ellos por echarme de aquí, pero me sacaron y no escucharon nada! Creo que tienen la intención de llevar a estos cuatrocientos niños a las zonas fronterizas. Supongo que en el páramo siempre hace falta un par de manos que están creciendo.

—Pero aquí no estamos todos.

—No, solo los indefensos y los que suponen una carga. Cuando llegamos a Gent por primera vez la pasada primavera, los granjeros que viven al oeste se llevaron alrededor de un tercio de los niños porque un niño fuerte siempre es una buena ayuda para trabajar la tierra. Y tanto los que ahora trabajan para la señora Gisela, como los herreros... todos se quedarán. Y unas cuantas familias que esperan volver a Gent a tiempo, pero solo los que tienen un adulto que cuide de los niños. No, muchacha, a los demás nos llevarán al este a Osterburg e incluso más lejos, más allá del río Oder y a las zonas fronterizas...

—Pero ¿a qué distancia está? —Helen empezó a llorar en voz alta, y Anna dejó en el suelo la cazuela y levantó a la niña poniéndosela en la cadera.

—Un mes o más, dos meses, tres meses. Señora de los Cielos, ¿cómo creen que estos niños van a andar hasta tan lejos y cómo esperan alimentarlos por el camino?

Tres meses. Anna no podía pensar en tres meses, especialmente con el invierno en ciernes.

—Pero yo no quiero ir —dijo, y comenzó a llorar, a asustarse—. Es mejor quedarse aquí, ¿no?

Alguien había intentado reunir un rebaño de cabras y, en realidad, las cabras daban vueltas sin mejor rumbo que los niños. Los niños pequeños con las caras transidas de dolor, gemían y se retorcían en los brazos de niños mayores de ocho o doce años. Una niña adolescente con el vientre hinchado y con todas sus posesiones atadas en la espalda sujetaba bien amarrados a dos hermanos que no tendrían más de cinco o seis años, que también llevaban patatas atados en sus delgados hombros. Dos niños de la edad de Anna más o menos iban pegados el uno al otro. Una niña ataba un

poco de tela envolviendo los pies de un niño pequeño para protegerlo de la escarcha y el barro. Un niño pequeño pelirrojo estaba sentado solo sobre el frío suelo y sollozaba.

—Salvados por un milagro —murmuró el maestro Helvidius—. ¿Y ahora qué va a ser de nosotros?

El joven caballero y su séquito esperaban al lado de la puerta de entrada a Steleshame. Montados en sus bellos caballos se limitaban a contemplar la escena, pero en su pecho tenía una sensación de quemazón que le hacía sentirse mal. Se limitaban a procurar cumplir la orden de que cualquier niño que saliera corriendo hacia el bosque fuera cazado y traído otra vez. La señora Gisela estaba de pie a su lado. Anna pensó que ella miraba aquel caos con satisfacción. Pronto se libraría de la mayoría de los refugiados que habían sido una carga y si Helvidius tenía razón, se quedaría solo con los que les fueran de mayor ayuda. ¡Ay, Señora! ¿Dónde estaba Matthias?

—¡Tengo que ir a buscar a Matthias! —dijo a Helvidius—. Vigila... —Bajó a Helen y la pequeña empezó a berrear.

—¡No me abandones! —él dio un grito ahogado, de repente se quedó pálido y apoyado en su bastón como si se fuera a caer al instante siguiente—. Si se van... No creo que pueda seguir andando solo hasta tan lejos, yo con la niña...

—¡No te abandonaré! —le prometió ella.

—¡Anna!

Matthias llegó corriendo con uno de los hombres de la curtiduría. Preguntaron a un sargento precipitadamente, quien los despidió volviéndose hacia sus soldados para darles la orden de que se colocaran en formación, un grupo en la vanguardia, otro al final y algunos para marchar en una sola fila a cada lado de los refugiados. Anna no sabía si era para protegerlos o para evitar que se salieran de la fila.

—Vamos, venga compañero —dijo el curtidor frunciendo el ceño, mirando a la muchedumbre de niños y apartándose tan rápidamente, como si no le gustara lo que veía—. Volvamos al trabajo.

Se marchó y Anna fue detrás de él. No la apetecía nada quedarse y mirar.

—¡Anna! —Matthias la volvió a llamar—. Vamos a conseguir una cabaña. Dales la lona a estas pobres almas y la cazuela también. Y también puedes darles la comida, las sobras que queden. Quedamos tan pocos aquí que no necesitaremos demasiado, al menos no hasta mediados del invierno y, en cualquier caso, esas sobras les vendrán mejor a ellos que a nosotros.

Ella se quedó mirando cómo avanzaban los soldados que estaban en la vanguardia. Poco a poco, como una carreta que se desplaza tambaleándose, la fila de niños avanzó y de repente, los gemidos y lloros alcanzaron un volumen insoportable.

—No puedo hacerlo —dijo, sollozando—. ¿Cómo puedes elegir? Lo haces.

A ciegas, lanzó a los brazos de Matthias la lona, la cazuela y el morral de comida, y cogió a Helen y corrió como pudo hacia la zona de las curtidurías. No podía

soportar ver cómo los demás se marchaban camino del peligro y la inseguridad, solo el hecho de imaginarse dirigiéndose hacia allí la aterrorizaba. Ay, Señora, ¿qué comerían? ¿Dónde se cobijarían? ¿Y si los vientos fríos de otoño se transformaban en fuertes tormentos de invierno? ¿Cuántos conseguirían llegar al lejano este y qué les pasaría, después de haber sido salvados de Gent y ahora apartados de este refugio, porque lo era, a causa de la avaricia de un propietario y una duquesa que se habían puesto de acuerdo?

Y además, quizá fue demasiado duro cobijar a tantos aquí sin ninguna posibilidad a corto plazo de poder salvar Gent, porque seguramente nadie esperaba que el joven caballero y su séquito sacaran a los eikas por su cuenta.

Helen había dejado de berrear y ahora estaba callada en sus brazos. Se calló al subir y se volvió a ver cómo la muchedumbre de niños, cientos, comenzaba a andar con renuencia, resignadamente, los pequeños iban tambaleándose tras los más mayores, con las delgadas piernas desnudas sin cobijo frente al frío, acarreando a la espalda, que ya estaba torcida por el peso, sus exiguas pertenencias. Tenían un largo camino por andar.

Las lágrimas la cegaron brevemente cuando un destello de sol se filtró por una rendija entre las nubes e iluminó el centro de la fila de niños. Parpadeó y vio borrosa la imagen de una figura brillante que caminaba entre ellos, una mujer vestida con una túnica blanca de cuyas manos goteaba sangre, y entonces la imagen desapareció. Anna se volvió a mirar al joven caballero que examinaba el éxodo sin emoción alguna.

El maestro Helvidius cojeaba a su lado, tan agotado por el entusiasmo de la mañana que se le doblaban las piernas y tuvieron que llevarle entre ella y Matthias de vuelta a la curtiduría. La pequeña Helen caminaba a su lado cantando una canción poco melodiosa, y cuando colocaron al maestro Helvidius y a Helen en un cobertizo construido junto a la valla de la curtiduría, Matthias volvió al trabajo, y Anna volvió a salir al arroyo para acarrear agua, la fila de refugiados desapareció de su vista.

Solo quedaba el campo desierto.

Anna nunca había visto antes a un caballero noble tan cerca ni se había imaginado que una mesa podía crujir por el peso de tanta comida. Nunca había visto comer y beber como lo hacían aquí *lord* Wichman, el hijo mayor y el segundo niño de la duquesa Rotrudis, su primo *lord* Henry, llamado así por el rey, y su séquito de jóvenes nobles y fornidos hombres de armas. Los nobles jóvenes se jactaban de las batallas en las que próximamente se enfrentarían a los eikas. Los hombres de armas, que bebían con tanta alegría como sus caballeros nobles, acostumbraban a meterse en peleas cuando perdían interés en los largos y complicados poemas del maestro Helvidius.

El alcalde de Gent estaba desesperado intentando encontrar algo divertido para los invitados nobles de la señora Gisela. No había pasado mucho tiempo desde que se fueron los refugiados, cuando recordó que había dejado un poeta de la corte entre los refugiados y se preguntó si el viejo se había quedado atrás.

—¿Acudirás a su llamamiento? —preguntó Matthias la tarde siguiente, sorprendido y horrorizado—. ¿Después de que él te abandonase aquí habiéndose llevado al resto de sus sirvientes al interior de la empalizada?

—El orgullo no ha lugar entre los que se mueren de hambre —dijo el maestro Helvidius. Así que cada tarde se llevaba a Anna con él para que le llevase el taburete y le ayudara a subir el largo camino que llevaba a la corte, y por supuesto Helen también tenía que acompañarle, porque no había nadie que la vigilase, ya que Matthias estaba trabajando todos los días hasta que anochecía. Los curtidores, tintoreros y leñadores trabajaban muchas horas y más duro de lo que lo había hecho hasta ahora, porque ahora tenían más de setenta hombres y treinta caballos que cuidar, alimentar y mantener con armaduras y armas, aparte de los que se habían llevado.

Durante unos cuantos días, el ejército de *lord* Wichman salía todos los días a buscar a los eikas, organizando una escaramuza acá, quemando un barco acullá y cada hazaña de guerra era relatada con gran detalle en la fiesta nocturna. Helvidius se hizo experto rápidamente en cambiar los detalles de estas expediciones de forma que se convirtiera en un himno adulador del coraje y la destreza de *lord* Wichman, que el joven caballero nunca se cansaba de escuchar.

Anna se hizo experta también en recoger huesos medio comidos del suelo antes

de que los perros del señor llegaran a ellos o en mendigar mendrugos de los soldados borrachos. El maestro Helvidius comía en la mesa alta, y le daba comida de la bandeja común, manjares que ella nunca había probado, urogallo asado, pastel de cerdo y otros platos sabrosos. Helen estaba contenta, sentada en una esquina chupándose el dedo, cerca de la chimenea, comiendo lo que la ofrecían; el resto lo guardaba Anna en su morral y se lo llevaba a Matthias por la mañana. Ella, Helen y el poeta tenían que dormir en el salón porque cuando anochecía, las puertas de Steleshame se cerraban.

Dormir en el suelo de una gran sala recién construida en Steleshame constituía la cama más lujosa en la que había dormido nunca. Nunca hacía mucho frío dentro, incluso cuando el otoño acabó y comenzó el invierno y los días se hicieron más cortos y grises. Las mejillas de la pequeña Helen habían engordado y las piernas del maestro Helvidius se hicieron más fuertes, aunque todavía necesitaba ayuda para caminar.

—Han dejado todas las tierras para pastos que rodean Gent, lo juro —dijo *lord* Henry, el hijo de la hermana del padre de Wichman. Era un hombre joven, poco más que un niño, con el pelo moreno, una cicatriz reciente en su mejilla que lucía con tanto orgullo como su espada y un carácter fanfarrón—. ¡Ahí fuera hay suficiente ganado pisoteando buenos campos con los que se podría dar de comer a un ejército de mil hombres!

—¿Por qué no nos han devuelto ninguno a nosotros? —preguntó Gisela.

—Están atendidos por esclavos y vigilados por los eikas.

—¿Tienen los eikas tantos soldados que todavía pasan aquí el invierno? —preguntó nervioso el alcalde.

—No hemos llegado cabalgando tan cerca de la ciudad como para contarlos —dijo *lord* Henry, mirando con reproche a su primo mayor—. Pero podríamos hacerlo todavía, si nos atrevemos.

El joven Wichman se limitó a eructar en respuesta a esta aseveración y llamó a la joven y bella sobrina de la señora Gisela para que le acercase otra copa de vino. Como decía el maestro Helvidius, tenía «una comezón entre las piernas» y aunque ella no lo entendía del todo, solo se daba cuenta de que molestaba a la sobrina, a quien eso no le hacía ninguna gracia, aunque nadie se mostraba dispuesto a impedirlo.

Helen se había quedado dormida ya. Anna se acurrucó a su lado. A su alrededor había neblina, mezcla del humo y el calor. Cerró los ojos mientras el maestro Helvidius seguía hablando monótonamente, con su voz algo nasal entonando la trova de Helen. Ni él ni el joven caballero parecían cansarse del largo poema y el joven caballero tenía lo que quería.

—... ahora que los sirvientes se levantaban de las mesas y mientras traían el segundo plato, entre los invitados al banquete se alzaba tal murmullo que resonaba como un eco en la sala como si fuera el estruendo de la batalla. Pero el rey Sykaeus

levantó su copa y pidió silencio en la sala. Trajeron enormes cuencos y los llenaron de vino hasta el borde, y de estos el rey llenó la primera copa y se la fue pasando a los invitados.

»Así, suplicó a Helen que contara la historia de Ilios: “Mi noble y justa invitada, cuéntanos tu historia desde el principio...”.

Un perro despertó a Anna con el hocico, olisqueándole la cara y lamiendo la salsa seca de carne que tenía en los dedos. Por la sombra gris de luz que había en la sala se dio cuenta de que estaba a punto de amanecer. Helen estaba profundamente dormida sobre un montón de esteras sucias, su respiración era un leve ronquido. Helvidius se había quedado dormido de pie, con la cabeza sobre la mesa, lo lamentaría más tarde cuando los músculos se le quedaran agarrotados.

Tenía que hacer pis.

Se levantó y fue pasando por entre los sirvientes dormidos, caminó de puntillas al lado de los hombres de armas que apestaban a cerveza, pis y sudor. Afuera, en el patio de tierra abierto, fue acercándose adonde había una fila de retretes que se habían excavado en una pared de empalizada, bien alejado del salón y de la casa común. El cielo se volvía gris al llegar el crepúsculo y las últimas estrellas brillaban débilmente hasta desaparecer con la luz cada vez más abundante del amanecer.

La piedra permanecía imperturbable, como un sirviente fiel, su sombra era invariable en un cielo que iba cobrando luz poco a poco. Las edificaciones anexas estaban dispersas; vio un reflejo de carbones, de color rojo brillante en uno de los cobertizos abiertos. Los herreros y los curtidores trabajaban ahora fuera de la empalizada, así que su hedor no molestaría el sueño de la propietaria, de su familia, del alcalde de Gent y su séquito y el noble invitado.

Aquí, cerca de los retretes, era obvio que el invitado noble estaba molestando a la sobrina de la señora Gisela.

—Os ruego *lord* Wichman —dijo la joven retorciéndose para intentar escapar a la seguridad que la ofrecía el salón—. Tengo mucho trabajo.

—¿Qué mejor trabajo que el que yo pueda darte, eh?

—Mi señor —tiró hacia atrás para liberarse de él y se deslizó hacia un lado intentando escapar en la penumbra—. Perdonadme, pero no puedo quedarme.

Enfadado la cogió por la capa, tirando de ella hacia él.

—He oído que pensabas que podías ser para mi sobrino bastardo Sanglant. ¡Seguro que me vales a mí!

Al principio, Anna pensaba que era la sobrina quien había silbado, el sonido previo a un arrebató de ira. Entonces vio un rayo de luz pálido que se extendía por las lejanas copas de los árboles, ondulando en débiles curvas. Una gran bestia dorada se alzó en el cielo y, cuando el último borde del sol atravesaba el horizonte, su rugido estremeció el aire.

La sobrina gritó y echó a correr. El joven *lord* Wichman, que estaba borracho después de una noche entera bebiendo, miró el cielo, buscando a tientas el cinturón

para sacar la espada. Se echó hacia atrás tambaleándose y Anna chilló cuando el dragón con escamas doradas, más cegadoras que el sol, voló directamente sobre la propiedad. Hacia las nubes subían gotas de llamas, el silbido del fuego se encontraba con el hielo. Anna nunca había visto algo tan bello o tan espantoso.

—¡Dragones! —gritaron los vigilantes desde la muralla.

Lord Wichman envainó su espada y echó una maldición. Su cara insulsa de repente se encogió de placer, se volvió y corrió hacia los establos gritando.

—¡A las armas! ¡A las armas!

Sonó la alarma, los cuernos sonaban rompiendo la tranquilidad del amanecer.

—¡Dragones! ¡Dragones! —De nuevo se oyó el grito mientras los hombres de armas salían rápidamente del salón y los sirvientes les traían los caballos de los establos.

Tenía que volver con el maestro Helvidius y Helen. Ay, Señora, tenía que volver con Matthias que, con los otros curtidores y trabajadores, dormía fuera de la empalizada principal en pequeños recintos con sencillas vallas, más adecuados para que el ganado no entrara que para protegerse frente a aterradoras bestias. Pero ¿había algo que pudiera proteger de un dragón?

La enorme criatura se alzó lentamente, cada alerón de sus alas era como una hoja de oro repiqueteando y vibrando en el aire. Se ladeó y se volvió para hacer una segunda pasada. Antes de saber lo que quería hacer, corrió a buscar una escalera y se subió a la muralla para poder ver mejor. Esto era una locura, ¡ay, Señora!, sí, estaba loca y Matthias también lo diría, pero incluso Matthias debía de estar sorprendido con esta imagen. Esto parecía más extraño, más milagroso que el daimon encadenado de la catedral. Tenía que buscar algún sitio para poder ver mejor. Y quizá desde este ángulo pudiera ver la curtiduría.

Tuvo que saltar y trepar, sujetándose con los brazos a lo alto de la empalizada y aferrarse a los troncos para poder ver. Lo que vio la dejó sin aliento.

Los guardas de las puertas volvieron a gritar:

—¡Dragones!

Pero no estaban señalando el cielo.

En el campo desierto, en el que ahora estaban esparcidos los restos de las casuchas, los refugios y la basura, con la tierra revuelta convertida en barro por la lluvia y helada por la escarcha de la última noche, cabalgaban unos cien jinetes. Sus cascos, de acero pulido, resplandecían. Sus tabardos de oro brillaban tanto como las escamas de dragón, cada uno estaba marcado con un dragón negro amenazante, polluelos recién salidos del cascarón en miniatura que se mecían y se movían al acercarse los dragones.

Desde lejos oyó a un hombre gritar con una voz débil e histérica:

—¡No abráis las puertas! ¡No abráis las puertas!

De los cascos de los caballos de los Dragones salían chispas al pasar por el campamento vacío. Allí, cerca del arroyo, el fuego saltó a los edificios dispersos que

delimitaban la curtiduría. Anna gritó, señalando, pero fue inútil. Nadie podía oírla. Nadie la oiría.

No eran Dragones. Ahora veía los enormes agujeros de sus tabardos, el brillo del hueso en el que la malla harapienta se abría para dejar ver una mandíbula esquelética o la carne tenía una marca profunda de una herida en putrefacción. Los ojos huecos miraban fijamente desde debajo de la nariz. Cuando el viento matutino soplaba y levantaba su piel se veía el hueso debajo. No hacían ningún ruido.

Pero avanzaban.

Hacía meses los había visto muertos en la cripta de la catedral de Gent. No eran Dragones, solo los restos, solo el recuerdo de aquel ejército que había luchado contra los eikas. ¿Qué terrible magia los había hecho resucitar de entre los muertos?

Las puertas se abrieron y *lord* Wichman y su séquito salieron de Steleshame. Refulgían tanto como su enemigo y cargaron desenfrenadamente.

—¡Anna!

Se cayó, se contuvo aferrándose al el borde, aunque casi rueda por la escalera.

—¡Anna! —El miedo hizo que el maestro Helvidius pudiera caminar sin ayuda—. ¡Muchacha! ¡Muchacha! ¡Entra! ¡Los eikas están atacando! ¡Ven a refugiarte!

—¿Dónde está Helen?

—En la sala, dormida todavía. —El viejo poeta lloraba de miedo—. Ve a por ella y luego vienes a refugiarte, pero date prisa. ¡Anna! ¡Date prisa! Hay suficiente sitio...

—¡Matthias!

—No podemos hacer nada por él ¡Ve!

Cruzó el patio corriendo. Una bola de fuego pasó rodando a toda velocidad y se metió en la tierra, una antorcha lanzada desde fuera. Ardió con luz parpadeante y cayó, pero oyó cómo lanzaban más antorchas a los tejados. Una gran parte cayó por la pendiente de los tejados, en picado a la tierra, y fueron sofocadas, pero algunas acertaron y empezaron a arder.

Mientras llegaba a las grandes puertas que daban paso a la gran sala, vio a la sobrina de la señora Gisela poniendo una escalera en el lado de la casa. Se subió hasta el final; detrás de ella había otra mujer, a mitad de la escalera; cogió cubos de agua del pozo y la tiró al tejado empapándolo. A la izquierda, medio escondidos en la inmensa sala, Anna vio a gente que intentaba salvar la vieja casa común cuyo tejado de paja se había incendiado.

Para entrar tuvo que empujar y dar codazos porque la gente corría por todas partes, algunos hacia dentro, otros hacia afuera, otros sin saber adónde, pero paralizados por el terror o titubeando en círculos. Se había volcado una mesa y los perros engullían los restos de comida, lamían los charcos de cerveza.

Helen se había retirado a una esquina más allá de la gran chimenea y estaba sentada, sin decir nada, chupándose el dedo. Anna la levantó y se la puso a la cadera. Era tan minúscula y no pesaba nada.

Pero era más difícil salir que entrar. El alcalde y algunos de los sirvientes se

agolpaban en la puerta, buscando refugio y Anna no podía conseguir pasar entre ellos. Su presión hizo que se tambaleara y se cayera sobre una rodilla, y durante un instante terrible, pensó que ella y Helen serían pisoteadas.

El humo se metió en sus senos nasales y de repente se oyó un grito.

—¡Fuego! ¡Fuego!

Encontró un hueco por el que meterse, consiguió llegar hasta la pared y siguió a toda prisa pasando por todo el salón, dejando atrás la chimenea abierta hasta llegar a la pared en la que estaba la única ventana, que ahora como era invierno estaba cerrada. Soltó a Helen, tiró de un baúl y subiéndose en él, abrió las contraventanas. Tiró de la niña para subirla detrás de ella, echó una pierna por encima del alféizar y se quedó colgando. Juntas se dejaron caer al suelo con fuerza, como una lluvia de brasas que cae flotando desde arriba. La pequeña comenzó a llorar. Anna se escabulló por detrás, se levantó rápidamente y se puso a Helen a la espalda.

Así, con Helen agarrada a su cuello con sus delgados brazos que casi la ahogaban, Anna se abrió paso entre el caos del patio para subir a la torre del homenaje de piedra. Dentro, los almacenes despedían un olor acre de los barriles de carne salada, cerveza y vino, cestas de manzanas y avena sin moler y centeno enmohecido. El maestro Helvidius estaba encogido de miedo detrás de un baúl, llorando débilmente. Anna puso a Helen en su regazo y subió por la escalera al segundo nivel. Allí encontró a seis hombres con la expresión adusta apuntando con flechas hacia el muro de cada lado de las seis saeteras.

—Ven, muchacha —dijo uno, haciéndola una seña—. Apila estas con cuidado. — Ella fue sin más y se apresuró a colocar las flechas en una fila, deteniéndose una vez para inclinarse a mirar por la saetera.

Tuvo una perspectiva privilegiada de la zona en donde estaba nada más atravesar las puertas. Allí, en una mezcla parecida al frenesí de la plaza del mercado en el día de otoño de mayor movimiento de Gent, *lord* Wichman, *lord* Henry y los jinetes luchaban contra los eikas, atacando a su alrededor, esquivando golpes de hacha. Una fila de hombres de armas avanzaba luchando, con los escudos en alto sin ceder a la presión. Había eikas por todas partes. Los enormes perros de los eikas se paseaban de un lado a otro por el lugar donde tenía lugar la lucha, moviéndose rápidamente y desgarrando lo que podían. De los horribles Dragones no había señal alguna, ni quedaban restos.

Un hacha se enganchó en el escudo de *lord* Wichman, arrastró, tiró y hubo una súbita lucha titánica mientras el joven caballero forcejeaba con un soldado eika que estaba agarrado a la grupa del caballo. Entonces, resbalándose, agarró, tiró, se cayó desde su caballo y desapareció bajo una lluvia de brazos agitándose.

Anna dio un grito fuerte y se echó hacia atrás, topándose con una fila de flechas. Cayeron con un repiqueteo, pero el sonido se vio ahogado por un aullido que procedía del exterior, los jinetes del joven caballero se habían vuelto locos de furia.

Anna empezó a llorar.

Un hombre la apartó con brusquedad y empezó a colocar flechas otra vez. Una mujer llamaba desde abajo.

—¡La casa común está ardiendo! Aquí está entrando un montón de gente. ¿Qué debo hacer?

—¡Mete a tantos jóvenes y personas débiles como puedas! —gritó el hombre que estaba al lado de Anna—. Pero todos los que puedan deben ir a las murallas. Será una matanza si los eikas consiguen atravesar esas puertas. Todos los que puedan lanzar, todos los que puedan levantar una azada o una pala o puedan tirar con el arco o clavar una lanza... —Se dio la vuelta—. ¡Niña! No seas torpe otra vez. Venga, coloca estas flechas derechas para los que puedan necesitarlas luego.

Bajó por la escalera.

Hizo lo que la habían dicho. Se había armado tal barullo de gemidos y gritos dentro de la propiedad, los graznidos de los pollos, los ladridos de los perros, los relinchos de los caballos y los hombres, que no podía hacer otra cosa que seguir moviéndose pretendiendo que no ocurría nada, que no oía nada en absoluto. Se concentró en cada flecha mientras la ponía totalmente derecha apoyada contra el muro de piedra.

El humo entraba y no podía ni se atrevía a mirar hacia fuera por la saetera. Una enorme mujer embarazada subió por la escalera, sangrando por una herida de la frente. Con un gruñido, consiguió levantar su desgarrado cuerpo, se puso a gatas y se levantó. Se colocó con un arco en una de las saeteras. El hombre al que sustituyó, cayó hacia abajo, desapareciendo.

Enseguida, otras mujeres y un chico adolescente se colocaron en las saeteras cada uno con un arco. El chico jugaba nervioso con una flecha, haciéndola rodar por entre los dedos. Más gente trepó por la escalera y, asustados, algunos lloraban, otros estaban aturridos, pegados a los muros y luego por el suelo hasta que casi no quedó sitio para que nadie se moviera. Algunos más intentaron subir, todavía más. Había tal ruido producido por esta masa de gente aterrorizada y por la batalla que se estaba librando afuera que Anna solo pudo agacharse, ponerse las manos en los oídos y rezar. El hedor de la madera y la paja ardiendo provocaban escozor en sus ojos, y el miedo hizo que su corazón emitiese un ruido sordo en su pecho. Respiraba entrecortadamente.

—Ven, muchacha —dijo una mujer con una voz brusca. Anna levantó la vista para mirar la cara chamuscada por el calor, ennegrecida por el hollín, de la sobrina de la señora Gisela. Docenas de pequeñas quemaduras y agujeros carbonizados hechos por rescoldos lanzados salpicaban su ropa—, dame flechas mientras yo tiro.

Pero la mujer se limitaba a afinar la puntería y soltaba la flecha y Anna sin pensar le daba otra. Ella se limitaba a ajustar la flecha en el arco, afinaba la puntería y disparaba mientras se oían gritos por encima del clamor de la batalla, el fuego rugía, los perros gruñían y el fuerte sonido de un cuerno se extendía y a lo lejos la voz de un hombre gritaba:

—¡Formad a mi izquierda! ¡Formad a mi izquierda!

Una por una, Anna le iba dando las flechas, y a medida que ajustaba una y tiraba, la expresión de la joven flaqueaba, pero no a causa de la fuerte concentración. Solo emitió un gruñido de satisfacción y gimió porque de repente, al ver algo en el patio, se asustó. Pero se tragó el miedo como todos lo hacían para no morir indefensos. Eso era la guerra.

Una por una, Anna le fue dando las flechas hasta que no quedó ninguna.

Al final los eikas se marcharon, pero para entonces en Steleshame ya reinaba el caos, una cuarta del muro de la empalizada estaba ardiendo o destrozado, la casa común en llamas y los edificios externos en ruinas. Solo la sala construida recientemente seguía en pie, aunque estaba chamuscada. Cuando la chimenea se derrumbó hacia el interior algunas tejas cayeron dentro y ambas puertas se habían salido de las bisagras.

Fue un milagro que sobrevivieran. No quedaba rastro de los Dragones, pero todos estaban de acuerdo en que tanto ellos como los dragones volantes eran obra de la magia del mago de los eikas, una imagen falsa que utilizaba para infundir temor en los corazones y hacer que fueran incapaces de luchar.

Esta voz no había funcionado.

—Esa es la debilidad que tienen las falsas apariencias —dijo el maestro Helvidius cuando la gente que estaba escondida en la torre del homenaje se aventuró a salir para presenciar el horrible escenario que se abría ante ellos en el patio—. Cuando lo sabes, es más fácil luchar contra ellas.

Anna sujetaba a Helen con fuerza en su cadera mientras se abría paso hasta la puerta entre los escombros. Iba mirándose fijamente los pies para no mirar los muertos. Había un montón de muertos, humanos y eikas. Si no miraba, era como si no estuvieran.

Los soldados entraban por las puertas tambaleándose, guiando a los caballos heridos, llevando a los camaradas muertos o heridos. Algunos caminaban dispersos por el campo de batalla, atravesando la garganta a los heridos para asegurarse de que no volverían a levantarse. En medio de todos, de repente se oyó un grito cuando una figura con cota de malla, su tabardo desgarrado y sangriento, se levantó del suelo donde había sido inmovilizado por un eika muerto.

Era *lord* Wichman quien, por un milagro, había resultado ileso, excepto por la paliza que habían recibido su malla y casco. Pero no llegó lejos antes de caer de rodillas y llorar sobre el cuerpo de su joven sobrino, Henry, que había caído a las puertas. La señora Gisela apareció a su lado. Conmovido por su aspecto, el señor se levantó y empezó a mandar a los soldados mientras ellos despojaban los cuerpos de los eikas muertos de las armas, escudos y cualquier escudo de malla que estas criaturas llevaran en las caderas, la mayor parte forjados en plata y oro describiendo esmeradas formas.

Anna miraba un cuchillo que había en un charco de estiércol y sangre. Se arrodilló rápidamente, lo cogió y se lo metió en las calzas. Su hoja le pinchaba la pantorrilla, pero siguió.

A lo lejos, las curtidurías y las herrerías ardían. Unos cuantos hombres habían empezado a lanzar los restos a los fuegos.

—Ven, muchacha —dijo un soldado que apareció a su lado—. Entra. No sabes cuánto se han alejado de aquí los eikas. Podrían volver en cualquier momento.

—¿De verdad eran Dragones? ¿Todos los que estaban muertos y podridos?

—No, eran eikas. Mantuvieron el aspecto de dragones hasta que se acercaron. Después, desapareció el encantamiento.

—¿Hemos ganado?

Gruñó, moviendo una mano señalando la destrucción.

—Si a esto se le puede llamar ganar. ¡Ay Señor! No me parece que les hayamos vencido. Más bien, han cogido lo que querían y se han ido.

—Pero ¿qué querían? —preguntó—. A mi hermano... —Titubeó cuando vio las llamas que asolaban la fila de pequeñas cabañas que lindaban con la valla de la curtiduría. Empezó a gimotear y Helen, al notar su miedo, empezó a llorar.

—Ahuyentaron al ganado —el soldado hizo una mueca como si levantara el brazo izquierdo y ella vio un corte profundo en su capa de piel dura, una raja que iba de la cintura hasta la axila. Por debajo, un estrecho hilo de sangre se filtraba a través de la camisa acolchada, pero, exceptuando un corte que tenía en el labio y un hematoma en su mandíbula, parecía ileso—. Lo vi con mis propios ojos. Diría que estaban atacando para conseguir ganado y más esclavos en lugar de para matar a mi buen *lord* Henry, en el nombre del rey, alabados sean ambos —sacó el Círculo de Unidad de su pecho y suspiró profundamente—. Ven, muchacha, entra.

—Pero mi hermano trabajaba en la curtiduría...

Chasqueó la lengua con suavidad y movió la cabeza, y después examinó la escena. Parecía como si un torbellino hubiese arrasado el viejo campamento. Solo había un pollo que estaba entretenido arañando el suelo al lado de una casucha. Dos perros estaban encogidos de miedo bajo un único arbusto disperso.

—Gracias a Dios los refugiados ya se habían ido. Ven entonces, bajaremos a ver, pero atenta, cuando yo te diga que volvamos, volveremos.

Cuando llegaron al arroyo, el fuego de la curtiduría estaba ya bajo control, aunque todavía seguía ardiendo. Vio un cuerpo, carbonizado y ennegrecido sobre el foso de los vertidos, pero era demasiado grande para que fuera Matthias. Este cuerpo estaba solo, de los demás habitantes de la curtiduría no se pudo encontrar a ninguno.

—Aquí no hay nada, muchacha —dijo el soldado—. Vuelve adonde estés a salvo. Yo preguntaré. ¿Dices que su nombre era Matthias?

Ella asintió con la cabeza, incapaz de hablar. Helen se chupaba el dedo con fuerza.

Con este peso sobre ella, el camino de vuelta por la cuesta a la empalizada, que

estaba destrozada parecía de gran dificultad y la agotaba. Helvidius la encontró sollozando justo al pasar la puerta y la llevó a la sala justo cuando empezaba a caer una llovizna fría.

Le llevó sidra muy aguada y la hizo beber, después mimó a Helen, que estaba quejándose todo el rato.

—¡El ganado robado! Las reservas de comida pisoteadas, echadas a perder o quemadas. ¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a pasar el invierno sin tener ni siquiera un refugio para los que han quedado? ¿Qué haremos? Sin comida el joven caballero volverá a casa otra vez y entonces, ¿quién nos protegerá? Deberíamos habernos ido con los demás.

Pero la señora Gisela había reunido un consejo cerca de la chimenea. Era una mujer robusta, agarró un hacha con una mano como si se le hubiera olvidado que la tenía. Su hombro izquierdo estaba manchado de sangre, aunque no parecía que fuera suya. A lo lejos, en el otro extremo de la sala, estaba recostada en la pared jadeando la embarazada que había estado disparando desde la torre del homenaje. Después se puso a cuatro patas mientras varias mujeres mayores se agrupaban a su alrededor. Un niño llevó una cazuela con agua hirviendo, y la sobrina de Gisela llevó corriendo una pieza de tela asombrosamente limpia.

—¡*Lord Wichman!* Os lo suplico —decía Gisela—, si no hay pienso suficiente para vuestros caballos que están...

Pero en los ojos del joven caballero había una expresión de locura. Con el casco quitado y colocado debajo de un bruzo, se calentó la mano que le quedaba en el fuego mientras un hombre de armas limpiaba la sangre de su espada. Tenía una buena barba, tan abundante como su pelo claro.

—¿Habéis visto al dragón? —preguntó—. ¿Era real o era otro encantamiento?

El maestro Helvidius avanzó cojeando, con Helen tirándole de la ropa.

—Mi señor, si me permite hablar...

Pero el joven caballero siguió, haciendo caso omiso.

—No, señora no dejaré que los eikas me echen. ¿No hay aquí ningún sabio que pueda echar unos cuantos hechizos para protegernos? Dádnoslo, señora y les aplastaremos como hacen ellos, como una manada de perros hostigando a sus talones.

—Pero hemos perdido la mitad de nuestro ganado o más. ¡Y ahora los que escaparon al bosque me han dicho que se llevaron a la mitad de mis trabajadores para convertirlos en esclavos!

—¡O se los han comido los perros! —dijo un sargento.

La señora Gisela bajó el hacha y miró a su alrededor buscando apoyo.

—¿No está aquí el alcalde Werner? Él nos aconsejará igual que lo hago yo. ¿Cómo puedo apoyar a mi gente y a la vuestra también, *lord Wichman*?

—El alcalde está muerto, señora —dijo *Wichman*—. ¿O todavía no habéis oído las noticias? ¿Cómo podéis no apoyarme? Soy todo lo que queda entre vos y otra incursión de los eikas. Y dejad que esto sea el final de todo. Le entregó el casco al

sargento, pisando con fuerza con las botas para sacudirse la tierra y se sentó en un banco, haciéndole una seña a la sobrina de Gisela para que le sirviera bebida.

Anna empezó a temblar. De repente, presa del frío, no podía dejar de temblar. Helvidius avanzó cojeando y le echó sobre los hombros una capa manchada de sangre, cuyo borde estaba bordado, trenzado de oro.

—Toma —dijo—, su dueño ya no lo va a necesitar más.

Empezó a llorar. Matthias había desaparecido.

En la esquina opuesta, la mujer embarazada resoplaba a impulsos y de repente exhalaba suspiros de alivio. El suave gemido de un niño recién nacido rompió el silencio y el caos del salón.

—¡Es un niño! —gritó alguien, y, de repente, se dirigieron a *lord* Wichman para pedirle permiso y que la mujer pudiera poner a su hijo el nombre de Henry en honor a su primo muerto.

¡Ay, Señora, Matthias había desaparecido!

No apareció ni ese día ni al otro entre los muertos de los edificios caídos ni entre los vivos que iban saliendo poco a poco de sus escondites. Entre tanto desastre, la pérdida de un niño daba igual.

CAPÍTULO 7



BAJO LA LUNA

A la obispa Antonia se le tenía una consideración especial por su importancia. Nieta de la reina Theodora (ya fallecida) de Karrone, la hija más joven de la duquesa Ermoldia (ya fallecida), hija de dos padres, el príncipe Pepin (ya fallecido) de Karrone que la había engendrado y *lord* Gunther (ya fallecido) de Brixia que la había criado, la clériga más valorada del rey Arnulf (ya fallecido), había sido ordenada hacía veinte años como obispa de Mainni cuando la obispa anterior había muerto súbitamente. A Antonia no le gustaba que la hicieran esperar.

Y ahora le estaba tocando esperar, y además, en la casucha más fea, una pequeña cabaña de pastor con un suelo de tablones de madera desnudo, sin alfombra y con un estrecho banco. Estaba sentada en el banco mientras Heribert estaba de pie al lado de la única ventana y miraba por entre las rendijas de las contraventanas de barrotes. Ni siquiera había un fuego en la chimenea y hacía un frío glacial. Heribert estaba temblando, le temblaban los hombros bajo una capa con borde de armiño y dos túnicas de lana gruesa.

—Apártate de la ventana —dijo ella.

Él dudó, y ella frunció el ceño.

—Se está haciendo tarde —dijo—. Ha empezado a llover otra vez. Parece más hielo que agua. Si alguien quiere venir debe hacerlo pronto o nos dejarán aquí en este lugar abandonado por la señora a pasar la noche.

—¡Heribert!

—Sí, excelencia —nervioso, tocó las reliquias sagradas que llevaba colgadas del cuello en una bolsa y se apartó de las contraventanas.

El tejado era, gracias a Dios, suficientemente sólido. No se colaba nada de lluvia al suelo de tablones. Un único farol que colgaba de un gancho cerca de la chimenea daba luz a la única habitación. Antonia no se había dado cuenta de que había ardido durante horas sin que hubiese ninguna merma en el nivel de aceite. Así que creyó que su cómplice misterioso quería que se dieran cuenta de que ella, o él, conocía artes de magia. Alguien con quien no se jugaba.

¡Por qué están jugando conmigo!

A Antonia no le gustaba que jugasen con olla. Solo la desobediencia de los que estaban obligados a obedecer es lo que más la irritaba. Miró a Heribert, le veía pasear de un lado a otro ante la chimenea apagada, frotándose los brazos. Estornudó y se

limpió la nariz y ella confiaba en que no se estuviera poniendo malo. Esta frustración la superaba. Algunos de los magos conocían artes mediante las cuales un brujo podía hacer que hiciera calor o frío. No dominaba estas artes ni tampoco conocía sus secretos. Lo más molesto de las palabras ocultas era que estaban ocultas, y eran difíciles de sacar de la cueva, manuscrito cifrado o mente cabezota y renuente en las que pudiera encontrarlas.

El viento agitaba la cabaña y la lluvia azotaba las paredes y el tejado. Seguramente nadie se aventuraría a ir a esa ladera con ese tiempo. ¿Por qué había respondido al llamamiento? Durante semanas habían sido dirigidos por el interior de Karrone y la zona más septentrional de Aosta como ovejas bobas. Atraídos por señales tan esquivas como los gorriones, en cada vuelta notó que estos misteriosos mensajes se alejaban aleteando justo cuando ella pensaba que podía agarrarlos. Pero ella no tenía ningún sitio adónde ir. No podía volver a Mainni, todavía no. Las cortes del rey Henry de Wendar y Varre, y de la reina Mathilda (su tía) de Karrone estaban cercanas a ella, solo la detendrían otra vez y la enviarían al sur a Darre para esperar el juicio ante la skopos. Muchos nobles de menor importancia podían alojarla durante un mes o dos, al no saber todavía las acusaciones que pesaban contra ella, pero odiaba vivir a costa de otros.

Si no pudiera eximirse de su pecado, si el falso y equivocado testimonio de otros iba a ser usado contra ella, entonces tendría que aguardar el momento oportuno hasta que pudiera deshacerse de sus enemigos por sí misma. Hasta ese momento, seguía esa quimera que la había llevado hasta allí, a esta cabaña olvidada por la Señora en una árida ladera batida por el viento de las laderas de las montañas Alfar. Habían llegado allí, no sin dificultades, el pobre Heribert había tenido que andar al lado de su mula por el escarpado camino que conducía hasta allí. Estrictamente hablando, suponía que esta cabaña estaba en el reinado de Karrone o quizá en los límites de uno de los principados de Aosta. Pero estaba tan aislada que en realidad aquello no estaba bajo la jurisdicción de ningún principado, solo el del viento y la lluvia y la lejana misericordia del Dios de la Unidad.

El pestillo se abrió. Una ráfaga de viento golpeó la vieja puerta contra la pared con tanta fuerza que una de las tablas se astilló. Heribert dio un grito. Levantó una mano señalando algo.

Ella se levantó despacio. La obispa Antonia, nieta y sobrina de reinas, no dejaba ver que tenía miedo, incluso aunque estuviera asustada.

Algo surgió de la puerta, no era uno de los espíritus oscuros que ella había aprendido a dominar, sino algo distinto, compuesto de viento y luz, que se zarandeaba cuando la lluvia mecía su perfil y el viento desgarraba sus bordes en jirones. Tenía la forma de un ángel, del cual la humanidad no era sino una burda copia sin alas, y no había luz sagrada en sus ojos. Por esto, Antonia supo que la criatura era un daimon ni que habían obligado a bajar de una esfera más alta para vivir en el mundo mortal durante un breve periodo de tiempo.

Si un humano podía controlar algo como esto, entonces seguramente ella pudiera aprender a coaccionar a esas criaturas. Hizo un gesto a Heribert para que se callara, porque estaba farfullando entre dientes oraciones desesperadas mientras agarraba su amuleto sagrado.

—¿Qué quieres? —preguntó—. ¿De parte de quién vienes?

La criatura se estiró como si tuviera una malla oculta de fina red.

—No sirvo a nadie, pero estoy destinado aquí hasta que se cumpla esta misión.

En realidad no tenía boca, sino que estaba como dibujada, era una apariencia, porque su cuerpo era evidentemente más una apariencia que una realidad física. La lluvia ahora caía en menor cantidad, como pasada por un cedazo.

A lo lejos, veía los árboles raquíticos y las aulagas como a través de un cristal grueso, distorsionados por las curvas y las olas de su forma. Era tan impaciente como el viento, irritado por estar en un espacio cerrado. Antonia estaba embelesada. ¿En qué pequeño lugar podría estar confinada esa criatura hasta que gritara de agonía? ¿La haría arder el fuego? ¿La harían desaparecer o la destruirían completamente el hierro y los metales de la tierra? ¿Se la llevaría el agua o, como la lluvia, solo pasaría a través de ella como un río pasa por la red de un pescador?

—¿No sirves a la persona que te ha encerrado? —preguntó ella.

—No estoy hecho para estar atrapado aquí bajo la luna —contestó, pero no con enfado o frustración como ella entendió, como lo sentía la humanidad. De su voz no podía deducirse emoción alguna.

—¡Ay, Señora! —murmuró Heribert detrás de ella, con la voz suavizada por el terror.

—Calla —dijo sin volverse a mirarle. Su sensibilidad la irritaba a veces, y esta era una de esas veces. Algunas veces, los niños heredaban demasiado de la semilla frágil y pasajera de su padre y no suficiente sangre generadora de su madre—. No puede hacernos daño. No pertenece a esta esfera, cualquier tonto puede comprobarlo. Vamos, y quédate a mi lado.

Obedeció. Había pasado mucho tiempo desde que dejara de obedecerla. Sin embargo, tembló. Esas manos pálidas, delicadas, con una manicura perfecta se agarraron a la capa de ella y después, notando su desagrado, se limitó a gimotear y dar vueltas a los anillos de los dedos como si las delicadas gemas que tenían engarzadas en oro, sacadas de la tierra, pudieran protegerlo del ser aéreo.

—¿Cuál es tu deseo, daimon? —preguntó ella a la criatura, y al pronunciar la palabra «daimon» se tambaleó porque todo ser, mortal o del tipo que sea, está coaccionado por otro que sabe su nombre y, por ende, su esencia.

—Deseo liberarme de este lugar —se estiró de nuevo. Ya no llovía y el viento había cesado, pero su forma todavía estaba agitada y movida por vientos ocultos y no perceptibles, quizá no los vientos terrenales, pero sí un recuerdo de su hogar en el aire superior, por encima de la esfera de la Luna. Venid. Os llevaré junto a quien os espera.

—¿Nos atrevemos a ir con él? —susurró Heribert, casi de rodillas por el miedo.

—¡Por supuesto que nos atrevemos!

Así le habían castigado por su único pecado, la única ocasión en la que se sintió débil. Ella había sido más joven y entonces, no era inmune a los deseos de la carne, aunque se había desecho de esos deseos desde aquella vez hace veintiséis años. ¡Y haber sucumbido a sus halagos, a los de todo el mundo! Su concupiscencia no era nueva. Sencillamente no podía apartar las manos de las mujeres de cualquier condición. Ella esperaba que algún día ese deseo fuera su perdición.

Quería demasiado al niño que nació de su unión, lo reconocía, pero también lo despreciaba porque era débil. Pero era suyo y lo cuidaría. Lo había hecho en el pasado y lo haría en el futuro.

—Ven, hijo —dijo con severidad. Solo con un grito, Heribert la siguió atravesando el umbral. El cielo se estaba aclarando rápidamente. El frente se retiraba hacia el este, deshaciéndose frente a las imponentes cumbres de las montañas. Detrás, grupos de nubes blancas altas hechas jirones se extendían por el cielo.

Como la tormenta, el daimon se alejó a su paso. No caminaba, ni volaba. Como el viento, se limitó a desplazarse por la tierra. Su forma humana sobresalía y se encogía por su naturaleza o debido el tiempo de algún clima lejano. Subió por la colina por un sendero embarrado, aunque no dejó ninguna huella de su paso excepto el remolino en el aire. Ella lo siguió, preguntándose qué había sido de la mula y del viejo trabajador que los habían subido a ella y a Heribert a esta cabaña abandonada. Hacía mucho frío, demasiado para quedarse en la cumbre toda la noche. El trabajador, acobardado por la importancia de ella, no había hecho ninguna pregunta y tampoco la había dado ninguna respuesta, aunque ella le había obligado a que la contestara, era tan estúpido como las bestias a las que guiaba.

Caminaron hasta que Heribert tosió al intentar subir e incluso a Antonia le faltaba la respiración. Por supuesto, el daimon, no mostraba ningún síntoma de esfuerzo, podía haberlos adelantado sin problema, pero no lo hizo. Antonia se preguntaba si esa criatura se sentía impaciente. ¿No tenía pecados al contrario que toda la humanidad? ¿O estaba por encima de la salvación, no tenía alma como decían muchos de la iglesia?

Cruzaron un campo de escombros.

—Es un viejo fuerte —dijo Heribert, musitando más que hablando pues, a medida que subía más alto, tosía con más frecuencia. Pero ella oyó el espíritu en su voz. Los viejos edificios eran su pasión, si ella no se lo hubiera prohibido, la habría dejado para formarse como arquitecto y constructor en la escuela de Darre o habría viajado hasta Jellai en Arethousa para ser aprendiz de las escuelas que allí había. Pero si se alejaba tanto de ella, no podría vigilarle. Ahora, por supuesto, nunca la cuestionaba.

Él se calló, e inclinándose sobre la piedra decorada que había por el suelo, examinó las ruinas.

—Es un antiguo fuerte dariyano. Reconozco la forma.

—Ven —dijo ella. El daimon no había esperado. Seguía su camino como un sabueso que ha olido su presa—. Ven, Heribert —tiró de él sacándolo de esta extraña ruina, un viejo fuerte perdido o abandonado en un país tan yermo.

Subieron y, como ocurría en este país, las laderas que parecían tendidas resultaban ser la cima de una colina. Al llegar, vieron en el valle que se abría a sus pies un círculo de piedras erguidas.

—Una corona —suspiró Heribert. Se quedó mirando.

Antonia observaba estupefacta. Había visto muchos círculos rotos; todos eran bien conocidos en el ducado fronterizo de Arconia en cuya frontera más septentrional estaba la ciudad de Mainni, al otro lado del río al oeste de la catedral estaba el reino de Salia. Pero este círculo estaba erguido como si lo acabaran de construir ayer mismo. Tenía un tremendo parecido a una corona de un gigante medio enterrada en la tierra, pero eso era una superstición de los campesinos y Antonia despreciaba la credulidad de la gente corriente.

El daimon se metió entre los helechos. A su paso, las ramas desnudas se movían como si las hubiera atravesado un vendaval. Envió a Heribert a buscar un sendero para bajar al valle. El pobre muchacho tuvo que desbrozar tanta maleza como si el camino no hubiese estado marcado. Abajo, en el valle, el viento amainó hasta que se oía el silencio y la maleza dio paso a un césped de delicada hierba tan podada como si las ovejas hubieran estado paciando hacía poco.

El daimon rodeó las piedras que estaban de pie y se detuvo ante una puerta estrecha construida con dos piedras rectas y otra colocada sobre ellas. El aire bullía donde estaba la criatura como una nube de un hormiguero de insectos translúcidos. Antonia se paró a la distancia suficiente y miró por la puerta plana hacia el centro del círculo de piedra. Sintió en sus huesos un dolor punzante que empezaba en las plantas de los pies, el poder que vibraba en el círculo. El suelo era extremadamente llano, parecía allanado por los hombres o por alguna otra fuerza no humana.

Heribert miró al cielo, después al círculo y susurró:

—Es la puerta de entrada que da al este. ¿Eso significa algo?

—Por supuesto que significa algo —dijo—. Significa que esta entrada mira al sol naciente, quizá a mediados del invierno o del verano.

Se estremeció. A medida que el sol se ponía detrás de las montañas, al oeste de la misteriosa forma arquitectónica de piedras, formaba sombras largas desde las piedras, formas extrañas, una especie de escritura en la hierba podada. La luna estaba saliendo, mostraba su cara pálida al salir por encima de los picos lejanos, presidiendo la noche.

—Entra por esta puerta —dijo el daimon.

—Sí, claro —dijo Antonia gentilmente—. Te seguiré.

—Yo no voy a seguir. No puedo entrar a los salones de hierro. Yo ya he cumplido mi papel trayéndote aquí.

—¿Y si decido no ir?

Desapareció. En un momento, el alboroto se disipó en el aire y en segundos, el sol se puso bajo las montañas y la luz de la luna era más pálida en un paisaje sin viento y sin el movimiento del aire que había marcado la presencia del daimon.

—¿Qué hacemos? —gimoteó Heribert, temblando más—. No sabemos lo que hay ahí. ¿Cómo puede haber subido alguien unas piedras tan enormes hasta estas estribaciones?

—Entremos —dijo Antonia con tranquilidad—. No tenemos fuego, ni comida, ni refugio. Vamos a congelarnos. Hemos elegido ponernos a merced de nuestro misterioso enviado. Debemos seguir adelante.

Y vengarnos por el tratamiento ofensivo que nos han dado, terminó para sus adentros. No podía compartir esos sentimientos con el pobre y débil Heribert.

No esperaba que él pasara primero. Ni en toda la noche él reuniría valor para atreverse.

—Coge mi capa —dijo ella— para que no nos separemos.

—Pero solo es un círculo de piedra. Nos vamos a congelar...

Cuando ella atravesó el umbral, la pesada piedra del dintel casi rozó su *cabeza*, Heribert tuvo que agacharse. Salieron al centro vacío del círculo con el cielo en penumbra y las nubes hechas jirones que pasaban desplazándose junto a la luna que estaba saliendo.

Una vez en el círculo, rodeados de piedra, bajo sus pies, sobre su cabeza, y por la derecha y la izquierda, atravesaron la tierra sin más. Caminaron en la oscuridad atenuada solo por un globo pálido que iba retrocediendo ante ellos, la omnipresente luna, y cuando ella extendía los brazos hacia los lados, tocaba las paredes de piedra, rugosas al tacto. El techo era de piedra y por un pavimento suave fueron avanzando a la oscuridad más profunda.

Heribert contuvo el aliento y se agarró a la capa de ella.

—¡Estamos en un túnel! —dijo un grito ahogado.

—Ven —dijo ella, más impresionada que asustada—. Esta es una magia poderosa. Veamos adonde nos conduce.

Hay espíritus que arden en el aire con alas de fuego y ojos tan brillantes como cuchillos.

Se mueven con los vientos que soplan por encima de la esfera de la luna, y una y otra vez su mirada desciende hasta la tierra como el azote de un relámpago, donde abrasa todo lo que toca. Sus voces tienen el crepitar del fuego y sus cuerpos son la unión del fuego y del viento, el aliento del sol en el que se combinan la mente y la voluntad.

Ve todo esto en la imagen que forma el fuego. Aquí corre igual que si fuera un ratón, en silencio, y observa desde la sombra lo que pasa. Se aventura por pasadizos desconocidas y por enormes salas escondidas por las que merodean otras criaturas. Esta fue la única habilidad que papá no se llevó, la de adivinar a través el fuego o quizá se manifiesta solo porque él ha muerto. Puede que eso sea lo único que la salva, si puede aprender a sacarle partido para espiar a aquellos que la buscan, para esconderse de aquello, de la persona que asesinó a papá.

Puede que incluso sea alguien que también tiene ese poder de ver por el fuego quién la ayude, quién pueda salvarla.

¡Ay, Señora, nadie puede salvarla! Hugh ha vuelto, como prometió que haría. Qué tonta era al pensar que había escapado de él. En este momento pensaba que por fin se había librado, pero ahora no puede y nunca se librará de él en el reino de la tierra, donde el poder de él es grande y el suyo insignificante, solo aquí en la imagen que ve en el fuego, no puede seguirla. Y en la imagen que ve en el fuego, otras cosas la acechan.

Necesita ayuda desesperadamente y no sabe adónde dirigirse.

A través de las interminables e intrincadas salas, busca la entrada que la conduzca hacia el viejo brujo Aoi.

¡Ahí! En la oscuridad, en un pasillo árido y seco de muros de piedra, ve a dos hombres andando, buscando igual que ella.

¡Allí! Un niño duerme con seis compañeros, sus cabezas están acomodadas sobre la piedra, los pies y las rodillas cubiertos de montones de tesoros, brazaletes de oro bruñido, anillos, joyas, vasijas sacadas de la plata de la luz de luna, y suaves cuentas coloradas que son la sangre de los

dragones endurecida al contacto con el aire.

¡Allá! Las criaturas se mueven y reptan por las galerías, sus nudillos deformes aprietan contra el suelo la suciedad arañada de las húmedas y frías paredes. Como los eikas, parecen estar hechos de metal y tierra más que de otras sustancias orgánicas, atrapados para siempre por el peso de la tierra que corre por su sangre y endurece sus huesos.

Cuando por fin, encuentra la piedra ardiendo que señala la entrada de donde está el viejo brujo, él ya no está a su lado. Se ha ido de allí y no sabe dónde buscarlo, pero tiene que seguir buscándole porque es uno de los Perdidos, no es humano y, por lo tanto, seguramente no está sometido a las preocupaciones humanas, a las intrigas ni a las envidias humanas, a los deseos humanos de poder y posesión. Él podría saber la respuesta. Podría saber el plano que debe encontrar.

Quizá papá la dejó aquí un mensaje, escondido en el laberinto de forma que solo ella pueda encontrarlo. Debe haberlo preparado todo, sabiendo que él podía morir y ella sobrevivir. Detrás de la puerta cerrada de la torre en la Ciudad de la Memoria arde un fuego abrasador; ¿es la magia de papá, escondida? ¿Es la manifestación viva del hechizo que él la hizo? Si tuviera la llave, ¿podría abrir la puerta? ¿Escondió papá la llave aquí, en algún lugar de estas salas cuyos caminos no puede rastrear a menos que los explore?

Y además, ¿qué pasará si abre la puerta?

Un leve soplido toca la parte trasera de su cuello. Se estremece. Le pica la espalda como si solo con acercarse, la criatura le hiciera ampollas con su intención envenenada. ¿Es esto lo que sintió papá? ¿Algo que se va acercando cada vez más, algo que va subiendo detrás de él? ¿Sabía que al final lo mataría?

Comienza a correr por las salas que ve en la imagen del fuego, aunque en el reino de la tierra su cuerpo no hace ruido y todavía está delante de una hoguera que crepita. Sin embargo, en este lugar la criatura es más fuerte que ella, conoce estos caminos y está buscándola.

—Liath.

Sabe su nombre...

Ella huye, pero no se puede ir a ningún sitio. Papá utilizó su magia para esconderla de sus ojos en el reino de la tierra, pero aquí es vulnerable a su vista, y allí donde se esconde de ellos, es vulnerable a Hugh.

El miedo salta y arde en su corazón como la pólvora. Está perdida. Respira entrecortadamente, gime, se obliga a parar. Se vuelve para enfrentarse a lo que la acecha, pero no ve nada, no hay ninguna sombra, ninguna criatura, ni ninguna forma humana, pero sabe que la ha localizado y que se acerca. La quiere. El aire transporta el sonido de su respiración, el calor de su ser, a los oídos de quien la escucha.

Esto, una criatura o varias juntas, mataron a papá.

Siente su respiración como el aire que desplaza una flecha, una flecha cuya punta afilada busca su corazón. En este lugar, no tiene ninguna arma.

Mejor dicho, tiene un arma, el veneno que le dio el viejo brujo Aoi.

—¡Ay, Señora! —respira, reza una oración que le dé fuerza. Acerca su mano a la pluma de oro, y escapa del laberinto.

Los caminos que salen a los lados son menos perceptibles que el aliento de un niño moribundo, confunden la visión de Antonia, pero tenía pequeñas visiones de lo que había al final de esos caminos: salas llenas de tesoros; un niño durmiendo; una joven corriendo de miedo; la débil imagen de un monje muy viejo con una mano que reposa con suavidad sobre un libro y la otra levantada para protegerse de las garras incorpóreas de los daimones que tocan su cuerpo para conseguir los secretos que tiene escondidos en su corazón. Un sabueso ladra. Una lechuza ulula y ataca en la profundidad de la noche. Un hombre, no un hombre, sino un príncipe elfo armado al estilo de los antiguos dariyanos, lucha para salvar un fuerte en llamas del asalto de los salvajes brwmen y sus aliados humanos. Un dragón duerme en un sueño encantado bajo un risco de piedra. Un hombre joven está sentado a la luz del sol y observa el mar tranquilo. ¿Le reconoció papá? La visión fue muy breve para que pudiera mirar más de cerca.

¿Eran imágenes del pasado, del futuro o del presente?

No sabía. Estaba totalmente perdida, sabía que existía solo porque tenía a su hijo tirando de la capa. Por lo menos, estaba tan aterrorizado que afortunadamente estaba callado, en lugar de farfullar oraciones y salmos.

Dios se ocuparía de que estuvieran seguros o de que estuvieran muertos.

En el primer caso, seguramente descubriría los secretos de este lugar y sabría cómo coaccionar a los daimones para que bajaran del aire superior y condujeran a las almas confiadas a una prisión tormentosa como esta. Confiaba totalmente en que el abismo se abriera a sus pies en cualquier momento y obtuviera una visión gratificante del castigo de los condenados.

En el segundo caso, estaba alegre al saber que su alma y la de su hijo ascenderían a la Cámara de la Luz más allá de las siete esferas, como lo hicieron las almas de los justos.

Se encontraba ante unas escaleras. El viento le rozaba la cara. La luna pálida y redonda temblaba ante sus ojos, en lo alto, y se dio cuenta, sobresaltada, de que estaba mirando por las escaleras al mundo, a un cielo nocturno real que ahora estaba plagado de estrellas. Detrás de ella, Heribert gimió suavemente como había oído hacer a las mujeres trabajadoras cuando, después de un buen rato, por fin nacía el niño sano y salvo.

Se lo quitó de encima con brusquedad y subió por las escaleras. Subía tan pegado a ella que sus botas le golpeaban los talones, pero esta vez no le reprendió por su falta de tacto. Se dio cuenta de que por fin habían llegado al lugar en el que aprendería lo que necesitaba saber.

Las escaleras los condujeron fuera de la tierra al centro de un pequeño círculo de piedra, siete piedras colocadas equidistantes una de otra sobre el césped. A lo lejos, como bestias descomunales mirando al cielo, se alzaban tres montañas. No habían vuelto al primer círculo de piedra, era evidente, pero Antonia imaginó que todavía caminaban por las montañas Alfar.

Su segundo pensamiento, espontáneo y fuera de lugar, fue que seguramente ya no sería final de otoño. El aire era suave, la noche apacible y casi cálida. Pero la luna estaba todavía llena, había subido mucho más arriba en el cielo de lo que estaba cuando habían entrado en el primer círculo de piedra. Habían caminado bajo la tierra, guiados por la luz de la lejana luna, durante muchas horas, y ahora estaba casi amaneciendo.

El círculo de piedra estaba en una colina baja. Más allá, bajando por la colina y medio escondidos entre los árboles, había varios edificios. La luna se estaba ocultando, pero todavía daba suficiente luz para poder ver el resto del pequeño valle, un bosquecillo de árboles exuberantes, unas cuantas franjas de campo cultivado, un viñedo, colmenas para las abejas, un cobertizo para los pollos y la pared inclinada de un establo situada en la ladera empinada de una montaña. Un único farol alumbraba en la pared que conducía al recinto. A lo lejos se oía un arroyo. Estaban rodeados por altas paredes de acantilado, cubriendo la mitad del cielo nocturno en el que las estrellas deslumbraban, sin atisbo alguno de nubes.

Una mano le rozó la mejilla y se movió.

—Heribert.

Él estaba de pie, a tres pasos por detrás de ella, demasiado lejos para haber sido él quien la había tocado. Parecía que se había quedado mudo.

—Obispa Antonia —el hablante salió de detrás de una de las piedras e hizo un gesto que en el lenguaje del convento significaba bienvenida. No hizo ninguna reverencia—. Estoy contenta de que eligieras seguir a mi mensajero.

—¿Quién eres? —preguntó Antonia, molesta por su falta de deferencia—. ¿Eres quien nos ha hecho venir tan lejos? —Tenía muchas más preguntas, pero pensó que era mejor no hacerlas todas a la vez.

—Soy quien que os ha traído aquí, porque he visto vuestra promesa.

¡Promesa! Gruñó Antonia, pero se contuvo.

—Me puedes llamar Caput Draconis.

—¿La cabeza de un dragón? —Un nombre o un título raro para adjudicárselo.

—Un camino extraño nos ha traído hasta aquí y debemos andar por caminos extraños y más peligrosos si queremos conseguirlo. ¿No tenéis formación como *mathematicus*? —La pregunta era en realidad una afirmación, que esperaba la

aquiescencia de Antonia.

—Sé que la constelación conocida como el Dragón de la sexta casa en el gran círculo del zodiaco, se autoproclama el dragón mundial que une los cielos. —A Antonia no le gustaba que jugaran con ella de esta forma. No le gustaba que le recordaran que los demás podían saber cosas que ella no sabía.

—Así es. Y ejerce su poder. Pero las estrellas no reúnen en sus movimientos tanto poder como lo hacen las siete erráticas que conocemos como planetas: la Luna, Erekes, Somorhas, el Sol, Jedu, Mok y Aturna. Hablo de los nudos ascendentes y descendientes de la Luna, donde ese buque cruza el plano de la eclíptica, y ese es la *Caput Draconis*, la cabeza del dragón. Desciende de norte a sur, y es la *Cauda Draconis*, la cola. Cada veintisiete días, en la esfera que está encima de nosotros, la Luna se mueve desde la *Caput* hasta la *Cauda*, y vuelta otra vez. En cada movimiento que observamos en los cielos, hay energía para que se pueda recoger y utilizar.

—Y, ¿son estos los secretos escondidos por los *mathematici*? ¿Como tú?

La mujer levantó las manos, con las palmas abiertas y hacia arriba, vacías para dejar ver que no necesitaba ninguna arma hecha de metal, ni en bruto ni sacado de la tierra para triunfar sobre sus adversarios.

—Las enseñanzas de los *mathematici* están prohibidas en la Iglesia —añadió Antonia.

—Ibais a ser enviados a Darre para ser juzgados ante la skopos, acusados de brujerías malvadas cuyo uso está prohibido por la Iglesia. Os conozco, Antonia. Conozco vuestras habilidades y las necesito.

—Me aburren estas solemnidades —dijo Antonia sin rodeos—. ¿Trajisteis obligado al daimon? ¿Podéis enseñarme ese poder?

—Claro que puedo y más. Vuestro gran talento es una coacción. Necesito ese talento, porque yo solo lo tengo en menor medida.

—¡Habéis bajado y habéis atrapado un daimon! ¿Y para vos eso es solo tener algo de talento?

—Si me obligan, sí. Al igual que los demás, puedo bajar a dichas criaturas, pero nuestra capacidad para coaccionarlos es profundamente limitada. Al que vosotros habéis conocido solo podíamos encomendarle una tarea, encontraros y guiaros hasta el círculo por el camino que habéis traído. Pero no puedo, al contrario que vos, ordenar a los espíritus y bestias que maten, a menos que ya sea su intención.

—¿Es eso lo que queréis? ¿Matar a alguien?

La otra mujer sonrió sutilmente.

—¿Qué queréis lograr, *Caput Draconis*? —dijo Antonia, ahora con curiosidad. Odiaba ser curiosa, la colocaba en una posición desventajosa.

—Solo quiero que todos podamos acercarnos a Dios —murmuró la mujer.

—Un objetivo terrenal —admitió Antonia. La luna se escondió y tras ella aparecieron las primeras luces del amanecer. Un pájaro cantó. Las estrellas se habían disipado. Las nubes se agolpaban ahora en el segundo de los tres picos cubiertos de

nieve que protegían un lado del pequeño valle. Delgados cúmulos de neblina subían del suelo y parecían fusionarse en formas con miembros, manos y caras humanas a medio formar. Pero eso era seguramente un efecto de la luz.

—Pero debo saber si tenéis la fuerza y la voluntad para ayudarnos —continuó la mujer, obviando a Antonia para fijarse en el que estaba detrás de ella—. Algún ofrecimiento, algún sacrificio...

Antonia supo de inmediato lo que pasaba y de repente comenzó a enfadarse. ¡Qué atrevimiento!

—Eso no —dijo—, él no —evitó mostrar debilidad y no se volvió para ver si Heribert todavía estaba intacto.

Ahora había suficiente luz para que Antonia pudiera ver la cara de la otra mujer: era de compleción débil, tenía algún tipo de familiaridad lejana, pero como pasaba con los gorriones, no lograba saber de qué la conocía. Podía ser tan vieja como Antonia o tan joven como Heribert, no había señal evidente de la edad, o de la juventud. Su pelo seguía recogido en una bufanda de lino dorado. Llevaba una túnica de delicada seda teñida de color añil y zapatos de piel con un borde dorado. En el cuello llevaba la torques dorada, símbolo de su parentesco real con los reinados de Wendar, Varre y Salia. Aunque Antonia era nieta y sobrina de reinas, no tenía derecho a llevar un símbolo de su parentesco real. Karrone tenía un principado aliado de Salia desde hacía menos de tres generaciones, en los tiempos de la reina Berta, la Ingeniosa. Berta había sido la primera de sus gobernantes que se hacía llamar reina. Ni ella ni los insignificantes príncipes de muchos Estados en guerra de Aosta llevaban torques. Tampoco ellos podían encontrar su procedencia de sangre real en los antepasados del legendario emperador Taillefer.

—Muy bien —dijo la mujer—. Él no, pero entonces que esta sea tu primera lección. Por eso no eres ni Caput ni Cauda Draconis, sino la séptima y la menos importante de tu orden. Solo puedes detentar tanto poder como estés dispuesta a dar.

Antonia no estaba de acuerdo, pero era demasiado lista para decirlo en voz alta. Hizo un gesto a Heribert y él se acercó a ella. Notó, alegrándose por ello, que, aunque estaba callado y algo asustado, se mantenía firme y con el orgullo de un hombre que no se inclina ante el miedo. O quizá había enmudecido por un hechizo que esta mujer le había echado. No murmuraba ninguna oración, como hacía siempre que estaba nervioso.

—Entonces, ¿qué quieres de mí? —preguntó Antonia.

—Necesito una séptima. Necesito una persona que tenga poderes de coacción como los que tú tienes. Estoy intentando encontrar a una persona concreta y traerla aquí conmigo.

Antonia pensó en el poder. Imaginaba todo el bien que podría hacer si tuviera más poderes, si fuera capaz de obligar a otros a hacer lo que ella sabía que realmente querían hacer. Podría devolver el orden al reinado, volver a ser obispa y poner a Sabella en el trono, que era la heredera legítima. Incluso podría ir más lejos todavía.

Podría convertirse en skopos y restablecer la norma de Dios como era debido.

—Supongamos que accedo a unirme a ti. ¿Qué pasa entonces?

—Para entrar en nuestra Orden debes dar algo.

—¿Qué es eso?

—No me darías al joven. Así que dame tu nombre, el secreto, el nombre verdadero que tu padre te susurró al oído como hace un padre con un niño engendrado por él.

Antonia enrojció, ahora de ira. Eso era impertinencia, aunque viniera de una mujer con la torques dorada. Aunque Antonia no podía imaginarse con qué derecho llevaba esa torques, ella que conocía los linajes reales de los cinco reinos como si fueran sus nombres.

—Mi padre está muerto —dijo Antonia con frialdad—. Mis dos padres. El que me engendró murió antes de que yo pudiera andar o hablar.

—Pero lo sabes.

Lo sabía.

Y ella quería el poder, quería el conocimiento. Podía hacer tanto con él. Tanto que necesitaba que se hiciera.

Habló finalmente. Después de todo, el príncipe Pepin no había vivido mucho tiempo después. Su maldad no podía perseguirla porque se había ido con él a la tumba.

—Venenia: veneno.

La mujer inclinó su cabeza respetuosamente.

—Así te llamarán Venia, «amabilidad», en recuerdo de aquel nombre y para honrar un nuevo comienzo. Ven, hermana Venia —salió del círculo de piedras. Ellos la siguieron afuera sobre la hierba húmeda por el rocío. Heribert se quedó boquiabierto y se arrodilló sorprendido para tocar una violeta.

—Ven —repitió la mujer mientras salía por un camino muy trillado, que bajaba serpenteando por la ladera suave hacia los edificios que estaban abajo. Un hombre vestido solo con una túnica y calzones salió a la puerta y apagó el farol. Las cabras salieron del cobertizo y se movieron en grupo, Antonia no sabía quién las guiaba mientras subían entre las aulagas y el brezo.

—Es tan bonito —susurró Heribert.

Era bonito ver cómo el sol salía y la luz bañaba el pequeño valle, con verdes y marrones, un arroyo corría borboteando y espumando por los pastos. La mujer sonrió al joven clérigo y después siguió bajando. Heribert se apresuró a seguirla. Antonia se entretuvo mirando las cumbres mientras el sol que salía por el este, hacía brillar los picos cubiertos de hielo, que destellaba como el fuego. Ahora los reconoció. Esas tres grandes cumbres: la Joven Esposa, la Cresta del Monje y Pánico. Nada más pasar la cresta empinada, infranqueable, en la cual las cabras pastaban tan tranquilamente estaba el albergue regido por los monjes de san Servitius, almas hospitalarias que dan cobijo a los viajeros que se atreven a llegar al puerto de Santa Barnaria.

CAPÍTULO 8



LA COSECHA

Alain estaba sentado en la cresta rocosa de la Espalda de Dragón, a mitad de camino de la columna de la Cola de Dragón, observando cómo las olas alcanzaban la playa y se retiraban de nuevo. *Rabia* y *Pesar* estaban sentados a su lado, respirando con la lengua fuera el viento que soplaba procedente de la bahía. Dos hombres de armas holgazaneaban a cierta distancia. En la playa que había abajo, una gaviota daba vueltas sobre el agua y una golondrina andaba con cuidado sobre las olas de la playa de grava. Ala izquierda, siguiendo la curva que describía la playa, donde había más arena, los barcos descansaban durante el invierno, colocados sobre troncos. Más allá, sobre el oleaje, se veían cabezas oscuras entre las olas: focas... o tritones.

Escudriñó las lejanas islas, incrustadas en el horizonte como joyas, donde los pescadores y mercaderes podían refugiarse en caso de que la tormenta los cogiera en mar abierto. Él había sobrevivido a una tormenta que lo sorprendió en esa zona. Aquello cambió su vida.

Después de cazar, Lavastine y su séquito habían cabalgado hasta las ruinas del monasterio de la Cola de Dragón, Alain no podía imaginar lo que su padre esperaba encontrar allí. Seguramente los del pueblo habían recogido de entre los restos hasta el último banco y mesa que el fuego no había consumido, así como pedacitos de tela, panales, piedras de pavimento, cucharas, cuchillos, cacharros, faroles, cera de velas y velas, tazones de sal, piquetas, hachas, hoces, colgadores de cacharros, cestas, guijarros, todas las herramientas del oficio de escribano, hojas de pergamino dispersas de los libros cuyas tapas llenas de joyas habían sido arrancadas o se las habían llevado los asaltantes eikas. Se llevaron y utilizaron todo lo que pudieron o lo enviaron por barco a Medemelacha para venderlo.

Pero al ver el monasterio destruido, Alain se había sentido tan mal que Lavastine lo había dejado seguir. Alain podía haber caminado por el largo sendero de la cresta rocosa hasta el pueblo de Osna, pero ahora, al ver los barcos parados abajo, supo que tenía miedo de encontrar al hombre a quien él había llamado padre durante la mayor parte de su vida.

Cerró los ojos. Los rayos desoí de finales de otoño no daban suficiente calor para calentarse los dedos. Los sabuesos gemían. *Pesar* metió su nariz húmeda en la palma de la mano de Alain y él la colocó sobre la roca descarnada. Según la historia antigua, un emperador dariyano experto en magia había llegado a esta tierra y había

convertido a un dragón en piedra, esta cadena montañosa que comenzaba a ascender en la cabeza y transcurría por una gran espalda bajando hasta la punta de la cola, en la que ahora estaba el monasterio quemado. ¿Había un dragón dormido por un encantamiento bajo esta roca? Si se quedaba totalmente quieto, ¿podía sentir el pulso del corazón del dragón, o solo notaría los pequeños granos de roca molidos por el viento, la lluvia y el tiempo hasta convertirse en gránulos que se rompían cuando la bota de un hombre los pisaba?

De niño, había subido a esta colina muchas veces, buscando una señal de la presencia del dragón. Nunca había encontrado ninguna y la tía Bel le había dicho más veces de las que podía recordar que soñaba tanto que tenía las mismas posibilidades de caerse por el borde del camino al agua que las que tenía de abrirse camino en el mundo sano y salvo.

«El mundo está aquí, Alain —decía, golpeando la mesa con los nudillos, y luego haciendo lo mismo, con energía, en su cabeza—, no aquí, aunque a veces pienso que esta mesa y tu cabeza son iguales —pero sonreía para que sus palabras no sonaran tan duras».

Ojalá tuviera el oído del Quinto Hermano, el afilado sentido que tenían los sabuesos *Rabia* y *Pesar*. ¿No podía oír el aliento del dragón bajo el peso de la tierra? ¿Sentir el perfil de su columna bajo la roca, la textura de sus escamas bajo la tierra? ¿Tocar su mente soñadora, tan parecida a la suya?

La tierra se estremeció y se movió bajo sus pies.

Se puso de pie, zarandeado y asustado. *Rabia* ladró y *Pesar* aulló como si llamara a la luna ausente. Los dos hombres de armas se acercaron rápidamente.

—Mi señor Alain, ¿estáis bien? ¿Qué ocurre? —se mantenían bastante lejos de los sabuesos que resoplaban a la roca y la tierra, sin hacer caso a los soldados.

—¿Lo habéis notado?

—¡Ah! Sí. —Los hombres se dieron la vuelta al empezar a oír el débil tintineo de los arneses, el sonido de los cascos y un murmullo de voces alegres—. Apostaría a que tenéis buen oído, mi señor, tan bueno como el de estos sabuesos. Ahí vienen mi señor conde y los demás.

El conde Lavastine y su compañía surgieron del bosque de invierno y avanzaron por el camino hasta el alto risco. A pesar de llevar dos meses luchando contra los eikas y reduciendo a multitud de grupos de bandidos, y una semana cazando en el espeso bosque a un día de camino a caballo al este de aquí, el conde y su séquito todavía tenían un aspecto impresionante con los banderines al viento, vestidos con tabardos teñidos de azul brillante y bordados con dos sabuesos negros, la marca de los condes Lavas. El conde Lavastine no dejaba que nadie de su guardia personal fuera a la guerra desarmado y cada hombre tenía por lo menos un casco decorado con cintas azules, una lanza y un cuchillo, y un abrigo acolchado bajo el tabardo. Algunos, si se lo podían permitir o habían tenido la suerte de cosechar tales éxitos en el campo de batalla, tenían más escudos, un abrigo de piel rígida o una cota de malla

a escala, una armadura de piel, incluso calzas de piel en brazos y piernas. Como cualquier buen caballero, Lavastine era generoso con sus éxitos y siempre daba a sus hombres de armas un reparto equitativo del botín.

Alain montó en su caballo y cabalgó diligentemente al lado de su padre. Llegaron a la espalda del dragón y comenzaron a bajar por la ladera que marcaba los hombros y el cuello. Encima de un depósito glaciar prominente compuesto de arcilla y rocas en la base de la cresta, que se alzaba a una altura de tres hombres y era conocido como «la cabeza del dragón», había un tejo esquelético y un rastrojo de rosas trepadoras, plantado hace años.

Los habitantes de Osna esperaban cerca de esta roca para saludar al conde Lavastine. Este pueblo era un emporio, un puerto comercial, y como tal necesitaba protección. El conde Lavastine proporcionaba esa protección... pagada mediante impuestos sobre bienes y servicios. Y en todo caso, como decía tía Bel:

—Es más inteligente saludar con educación a aquellos que tienen mejores armas que tú.

Todos se quedaron mirándolo. Avergonzado, fijó su mirada en las riendas que llevaba cogidas con la palma de la mano, pero, aun así, oía susurrar su nombre como un murmullo de fondo.

Atravesaron cabalgando la puerta de la empalizada y los campos, y se pararon delante de la iglesia, que se había adornado con las ayudas de las familias más adineradas de Osna. Pero su riqueza no era nada comparada con la que había visto en el palacio de la obispa Constance y en la corte del rey, o la que él disfrutaba cada día como heredero de un conde.

Las casas comunitarias, toscamente labradas, construidas con troncos sin tratar, pegados unos a otros con barro y palos, parecían ruinosas comparadas con los palacios de la gente de noble cuna. Pero ¿no eran buenas casas construidas con madera de buena calidad por manos voluntariosas de gente buena? Cuando estaba allí siempre había pensado que vivían bien, aunque había olvidado el fuerte olor a pescado.

¿Era el orgullo lo que le hacía contemplar ahora de forma diferente el pueblo de Osna? ¿O solo la experiencia de haber visto más mundo?

La diaconisa Miria hizo una declamación de bienvenida formal. El conde Lavastine desmontó y Alain se apresuró a hacer lo mismo, entregándole las riendas a un mozo, pero manteniendo firmes las correas de los sabuesos. Miró a su alrededor y vio muchas caras familiares, gente con la que había crecido, que conocía bien...

Pero no vio a ningún miembro de su familia.

Ya no son mi familia.

No había ninguno entre el gentío.

—Venid, mi señor —dijo la diaconisa Miria—. Confío en que aquí, en el pueblo de Osna, encontréis alojamiento de la calidad que vos merecáis. —Los sacó de allí... para llevarlos a la casa común de la señora Garia. Los hombres de armas fueron

detrás para que los mandaran a otros hogares.

¿Por qué no estaban honrando con su presencia a la tía Bel?

El sendero le ofreció una vista de la entrada a la casa común de tía Bel. En el umbral había una mujer, con un cazo en una mano y con la otra sujetaba a un niño pequeño en la cadera. No era la tía Bel.

¿Por qué estaba la hija de la señora Garia en la entrada de la casa de tía Bel como si todavía viviera allí?



Tras la tarde, llegó el anochecer. Garia y sus hijas prepararon una fiesta en la que sus hijos y nietos sirvieron al conde, su heredero y sus criados más distinguidos.

Aunque una fiesta de las típicas de Osna, era de menos categoría que la fiesta celebrada en el feudo de *lady* Aldegund. El pan era oscuro, no blanco, y aparte del omnipresente pescado, había solo dos tipos de carne: cerdo y ternera, y estaban especiados con pimienta y las hierbas de la zona; había manzanas asadas con miel, pero no tarta de crema que se derritiera en sus labios. Enrojeció al pensar en la sirvienta y en lo que quería.

Entre un plato y otro, la señora Garia se acercó para ofrecer al conde Lavastine a su nieto mayor como criado, para servir al conde como miembro permanente de su guardia.

—Es verdaderamente duro, mi señor, encontrar oficios para todos mis nietos. Nuestra señora ha bendecido a mi familia con muchos chicos sanos, pero las chicas heredarán el taller y no tenemos los posibles que otros tienen... —por primera vez, echó una mirada a la cara de Alain, y después la retiró— para construir otro barco. Ahora, el chico tiene casi dieciséis años. Espero que nos honre con su proclama.

Su proclama.

Tras todas esas palabras inofensivas, todos los presentes se volvieron para mirar fijamente a Alain.

—Yo... —empezó a hablar.

Lavastine levantó una mano. Alain se calló.

—En primavera sabré cuáles son mis necesidades. Les enviaré el aviso con mi castellana, la señora Dhuoda, cuando venga de su habitual viaje.

Pánico estaba enseñando los dientes y la señora Garia se echó hacia atrás, asustada. Alain tranquilizó al perro y le hizo tumbarse.

Pesarlo empujó suavemente, pegando la cabeza a la mano de Alain para que le hiciera una caricia. La gente volvió a mirar a la mesa.

Después de los platos principales, en lugar de dedicarse a la diversión, el conde Lavastine preguntó a los habitantes de Osna por los eikas.

El verano en el que el monasterio fue saqueado, se vieron dos barcos eikas, otros tres el último verano, pero todos habían partido por el estrecho de Osna, sin entrar más allá de las islas. No había noticias de que hubieran quemado pueblos cercanos, nadie había oído rumores de que hubiera campamentos de invierno. Un leñador, uno de los hijos del primo de Garia que recorría una zona amplia buscando caza y otros sitios donde hubiera madera, no había visto nada en la costa a dos días de camino en todas las direcciones, ni había oído contar historias a ese respecto a los que se encontraba en sus viajes.

Lavastine preguntó a los mercaderes con más detenimiento y le contaron historias más variadas. Nadie había tenido ningún conflicto con los eikas, pero los mercaderes no comerciaban solo con mercancías, sino con cotilleos. Cuatro barcos eikas que estaban colocados en la costa, al norte del rico emporio de Medemelacha, habían virado súbitamente al norte y se habían ido. Un castillo de un noble de Salia había sido el escenario de un ataque atroz; una ciudad había resistido un asedio durante dos meses; los refugiados de un monasterio quemado en el reino de la isla de Alba habían llegado en un barco de piel a Medemelacha a finales de verano con una historia horrible de matanza y saqueo.

Alain estaba sentado diligentemente y escuchaba, pero lo que más quería preguntar no se atrevía a hacerlo: ¿Dónde estaba Henry? ¿Por qué no se había sentado entre los mercaderes de Osna? ¿Qué había pasado con su familia?

Ya no es mi familia.



La cama de la señora Garia, la mejor de la casa, se la dieron al conde y a su heredero para que pasaran la noche. Sus sirvientes pidieron catres o durmieron en el suelo a su alrededor, y en el calor de la casa común, con una chimenea ardiendo en una noche fría de finales del otoño, todos se sentían cómodos. El olor a madera vieja, la espiral de humo que subía hacia las vigas del tejado; el cercano olor de los niños, de la leche agria y del ganado acumulado en el otro extremo de la sala hizo que Alain se sintiera bien, porque le recordaba su niñez. Había dormido en esa casa tantos años y sus sueños habían sido buenos.

Por la mañana, mientras los mozos ensillaban los caballos y los soldados se preparaban para partir, llevó a un sitio apartado a la diaconisa Miria:

—¿Dónde están Bella y Henry? ¿Qué ha sido de ellos y de mi familia?

—¡Alain! —Lavastine había montado ya y ahora hacía gestos impacientes a Alain para que lo siguiera.

—Alain, eres un buen chico por querer cuidar de ellos —respondió con una mirada que denotaba al mismo tiempo simpatía, desagrado y diversión. Entonces se

acordó de con quién estaba hablando—. Mi señor.

—Pero ¿dónde están?

—En la casa de un antiguo sirviente. Vienen todas las semanas a misa, pero muchos otros no pueden perdonarles su buena suerte.

—¡Alain!

—Gracias. —Habría besado a la vieja diaconisa en la mejilla, pero con tanta gente mirando, no sabía si podía hacer ese gesto. Ella inclinó la cabeza con el respeto debido.

Él montó. Mientras el conde y su séquito salían del pueblo; los niños iban trotando detrás de ellos a una distancia razonable para no sufrir daño alguno, riéndose, señalándoles y gritando.

—¿Qué has preguntado? —preguntó Lavastine.

Pasaron cabalgando por delante de donde estaban los cerdos y de los cobertizos de invierno para las ovejas y las vacas. El olor era apestoso. Cruzaron la puerta de la empalizada situada al sur y bordearon el arroyo y el pueblo del matadero, todavía ocupado con las labores de la matanza de los animales que no podían mantenerse durante el invierno. Alain se puso una mano tapándose la nariz y la boca hasta que estuvieron en la misma dirección que el viento. Lavastine no dejó que se notara si el hedor le molestaba; mantenía su atención en Alain.

—He preguntado por la familia que me acogió —dijo Alain por fin, bajando la mano—. He averiguado adonde se han ido.

—¿Se han ido a alguna parte? —Lavastine lo dijo sin demasiada curiosidad, aunque nunca se había oído que una familia ya establecida recogiera sus cosas y se marchara.

—Se han quedado en la casa de los sirvientes —siguió hablando porque Lavastine no sabía lo que quería decir—. Es una casa solariega pequeña. Fue construida durante el reinado del emperador Taillefer para los sirvientes que vigilaban estas tierras en aquel entonces. Eso fue antes de que se construyera el puerto. En ella vivía un hombre mayor. Era el nieto del último sirviente, pero tenía poco que vigilar y no tenía ningún criado... los campos estaban en barbecho. Y no tenía ningún barco que enviar, aunque había un lugar para desembarcar bajo la casa.

—Si quieres hijo, haz algo.

Pero la calzada decidió por Alain: el camino lleno de tierra se bifurcaba. El de la izquierda iba hacia el sur, donde al final giraría al este para unirse a la calzada por la que fue el viajero a la propiedad Lavas.

—El de la derecha lleva a la casa del sirviente, que está en un valle cerca de la bahía.

—¿Y?

Pero Alain sabía que nunca se perdonaría si no los veía.

—Te lo suplico, padre, ¿podemos ir a verlos?

Lavastine pestañeó. Tenía el aspecto que puede tener un hombre al que le acaban

de decir que su mujer ha dado a luz no un niño, sino un perro. Pero tiró de su caballo justo antes del desvío del camino y sus soldados, obedientes, se pararon detrás de él.

La respiración de Alain se hizo superficial mientras intentaba desesperadamente contenerse para no decir nada más, pero no pudo.

—Te lo suplico —estalló—. Solo esta vez.

Alain no sabía cómo entrar en el alma y los pensamientos de Lavastine. Su discurso cortante, sus gestos bruscos, su impaciencia y su eficacia, todos fundidos en un conjunto tan hermético que Alain solo podía suponer, como pensaba la Iglesia, que el aspecto externo era un espejo del interno. Solo el *frater* Agius había predicado algo distinto, decía que una apariencia externa podría enmascarar la parte interna, como le había ocurrido al piadoso Agius, hasta que al final ocultó su creencia en la doctrina herética del cuchillo despellejador y la muerte y redención de Daisan *el Bendito*.

—Muy bien —dijo Lavastine con resolución. Alain no sabía si lo aprobaba o lo desaprobaba, ni siquiera deseaba saberlo. Tenía que ver a la tía Bel y a Stancy, y a Julien y la pequeña Agnes con el niño, si todavía vivía. Tenía que hablar con Henry para estar seguro de que él no...

¿Que no qué?

¿No lo condenó como infractor de juramentos por no entrar en la Iglesia?

Tomó aire y comenzó a andar. Su yegua, una criatura sumisa en el mejor de los casos, se abría paso por el lecho de hojas que cubrían el camino. Lavastine le dejó dirigir su pequeña cabalgata para bajar por el estrecho sendero que serpenteaba entre robles, abedules dorados, arces y hayas. Vio el perfil de los edificios por entre las ramas desnudas, una pequeña hacienda con una casa, establos, cocina y edificios exteriores ubicados alrededor de un patio abierto que podía hacer las veces de corral. Salieron del bosque y se adentraron en la maleza que rodeaba la hacienda. Había tocones que todavía no habían ardidido y estaban arrancados, sotobosque y nuevos semilleros que crecían buscando la luz, franjas de tierra extraídas de la maleza, briznas de trigo de invierno que crecían en filas verdes perfectas, definidas por los caballones de tierra.

Tardó un momento en reconocer al joven que estaba de pie sobre la hierba sin podar en un extremo del tronco colocado en un burro. El tronco, que tenía la fuerza y la flexibilidad necesarias para convertirse en mástil, estaba desprovisto de la corteza y lo estaban desbastando hasta conseguir un círculo. En el otro extremo del tronco, rascando, estaba Henry, de espaldas a la calzada; Alain lo supo inmediatamente. El joven que estaba en el extremo tenía los hombros anchos de un soldado, pero cuando se volvió para mirar, Alain se dio cuenta de que era su primo Julien que había crecido hasta alcanzar la altura de un hombre y era media cabeza más alto que hace dos inviernos.

Julien vio la cabalgata y gritó tan alto que primero los dos niños y después la tía Bel salieron a la puerta de la casa; varios trabajadores a los que Alain no reconoció

salieron del taller. Henry levantó la vista una vez, se encogió de hombros deliberadamente y volvió a su trabajo. Pero los otros salieron, todos, tía Bel, Stancy y la pequeña Agnes que ya era más una mujer que la niña que Alain recordaba. Incluso el niño salió dando sus primeros pasos, con el pelo rubio rizado que le caía por sus delgados hombros. Stancy tenía otro niño en un cabestrillo que llevaba colgando de las caderas. Una mujer vestida con ropas de clérigo fue corriendo para ponerse al lado de la tía Bel. Había una niña pequeña con la boca abierta y con un palo levantado que Alain no reconoció, que se había olvidado de los gansos que le habían encomendado que cuidase. Los pájaros se metieron en el bosque, pero solo se dio cuenta Alain porque todos estaban mirándolo a él.

La tía Bel se adelantó para colocarse entre su familia y el séquito del conde. Dobló las manos respetuosamente ante ella y ella inclinó la cabeza con el mismo respeto, no como un igual, sino como un sirviente.

—Mi señor conde, os doy la bienvenida a esta casa.

—Señora Bella —dijo Lavastine en señal de reconocimiento, una delicada señal de anuncio dado que Alain no se había imaginado que el conde se acordaba de su nombre.

El clérigo murmuró una bendición sobre todos ellos.

Los gansos pasaban desapercibidos por allí metiéndose entre los árboles mientras el niño miraba embozado a los soldados con sus tabardos azules y los banderines que ondeaban movidos por la brisa.

—¡Los gansos! —Espetó Alain cuando perdió de vista al primero. Hubo una gran emoción entre la multitud. La niña encargada de los gansos empezó a sollozar, sin moverse del sitio. Julien corrió hacia el bosque, pero eso solo hizo que se asustasen los gansos y soltasen algunas plumas por todos lados mientras los otros bufaban y mordían, de hecho, uno mordió con fuerza a un trabajador en los dedos.

Alain desmontó y le entregó las riendas a un mozo.

—Atrás —les dijo al trabajador y a los pocos niños que se habían adelantado—. Sentaos —llamó a los sabuesos, que habían empezado a ladrar y tirar de las correas. Obedientes, se calmaron—. Julien —le riñó, poniéndose al lado de su primo—. Sabes que así no vas a conseguir que los gansos vengan.

—Sí, mi señor —farfulló entre dientes con la cara colorada.

Alain enrojeció. ¿Había parecido demasiado orgulloso? Pero los gansos se estaban dispersando y la chica encargada de los gansos se agachó y comenzó a gritar en el acto. Él se agachó al lado de ella.

—Calla, muchacha —se estiró para tocar su sucia mejilla—, con esto no vas a conseguir que vuelvan. Ahora vas a quedarte allí, cerca de la puerta que da al corral y una vez que estén todos dentro, cierras de golpe.

Su delicada ropa y su cara y manos limpias la intimidaron, lo notó en su expresión y por la forma de mirarla desde las manos a la cara y la túnica, y de nuevo de abajo arriba. Dejó de berrear y, aunque todavía corrían lágrimas por sus mejillas,

le obedeció. Él se adentró un poco en el bosque y empezó a intentar convencer a las aturulladas e irritadas ocas para que salieran de los árboles y fueran al corral. Pero hablaba con suavidad y se movía con delicadeza, y poco a poco se acercaron, desconfiadas y enfadadas, pero sin intentar hacerle ningún daño. Iban encorvando sus largos cuellos, todavía bufando a la familia y los soldados, siguieron a Alain al corral y entraron tan sumisos como los gansos pueden llegar a serlo. En la puerta, otro ganso bufaba y se echaba hacia atrás. Alain lo rodeó con cuidado, poniéndose en cuclillas y alargó una mano para coger las patas por detrás, levantando al ave en alto mientras con la otra mano le cogía con fuerza del cuello. Dejó a la furiosa ave que estaba graznando en el corral, saltó afuera mientras, detrás de él, la niña cerraba la puerta. Los gansos se calmaron bufando y moviendo las alas.

Volvió la vista atrás justo a tiempo de ver a tía Bel intentando contener la risa, los soldados y los trabajadores estaban mirando con cara de absoluta estupefacción y su padre miraba con su sonrisa más poco convincente, la que siempre iba unida a una muestra de desaprobación.

—Veo que no has olvidado todo lo que aprendiste aquí —dijo una voz a su lado. Alain se volvió para mirar a su padre, no a su padre, sino a su padre adoptivo, Henry.

La tía Bel levantó la voz.

—Mi señor conde, espero que vos y los vuestros comáis con nosotros. Mis hijas lo prepararán.

Lavastine asintió con la cabeza de manera cortante. Tenían pocas posibilidades de renunciar. Era casi pecado despreciar la hospitalidad, pero, después de desmontar, hizo una señal a Alain de que le hiciera caso.

—Si me lo permite, señor —continuó la tía Bel mientras Stancy, Agnes y la otra mujer se apresuraban a entrar y los trabajadores se retiraban para colocarse a una distancia respetable. Julien siguió a Henry de vuelta a su trabajo en el mástil—. En vez de esperar adentro, quizá pueda mostraros la casa. Fue vuestra generosidad la que hizo posible que mejorásemos nuestras circunstancias y nos estableciéramos aquí.

—Ya lo creo.

La tía Bel se mantenía a una distancia prudente de los sabuesos que la gruñían cuando un cuidador con la debida protección los ataba lejos de la casa. Mientras los soldados llevaban a los caballos a pastar y beber, ella enseñó la casa a Lavastine y Alain. La clériga ayudó a la tía Bel tanto como si ella misma fuese una dama noble. Era una casa magnífica, aunque no tanto como la fortaleza de Lavastine, e incluía una buena porción de terreno con campos, dos talleres, pastizal, bosques, y un camino ancho que llevaba a una playa cubierta en la que se había colocado el barco de la familia sobre troncos y se había cubierto con un tejado de paja durante el invierno.

—Mi hermano Henry es mercader, mi señor, y durante algunos años hemos enviado por barco tanto tela como piedras de moler al sur hasta Medemelacha. Hay una cantera cerca de aquí, en las montanos, de la que sacamos la piedra. Con la generosa cantidad de dinero que nos habéis dado, mi señor, hemos podido ampliar el

negocio además de desplazarnos a esta casa. He contratado trabajadores para extraer esteatita en vasijas para cocinar y guardar cosas que también enviaremos a Medemelacha. Con el tiempo, Henry confía en navegar hacia el norte hasta Gent, aunque en esa dirección hay más riesgo de sufrir ataques de los eikas; el próximo año tiene la intención de realizar su primer viaje al noroeste hasta Alba, al puerto Hefenfelthe en el río Temes.

Lavastine empezó a mostrarse interesado. Él era un buen granjero, era rico en gran medida debido a la meticulosa administración de sus tierras y propiedades.

—Un barco no puede navegar a tres sitios distintos.

La tía Bel sonrió.

—Este invierno estamos construyendo un segundo barco. Hemos colocado a mi tercer hijo Bruno como aprendiz de Gilles Fisher, un hombre de la zona que construye la mayor parte de los barcos de la zona. A cambio, el constructor ayudará a mi hermano con las partes del barco que Henry no sabe cómo construir.

Lavastine examinó el trabajo que seguían haciendo en el mástil. Henry, que estaba sudando a pesar del frío, parecía estar ajeno a la visita del gran señor.

—Pero no es verdad también, según me han dicho mis clérigos por los comentarios de los Versos Sagrados que «el granjero debe guardar algo de grano cuando hace pan, porque si no, no tendrá nada que plantar».

—«Y en los días venideros su estómago no se llenará ni con orgullo ni con avaricia» —terminó la clériga. Era una joven mujer no mayor que Alain, con los dientes torcidos, la cara llena de marcas de la viruela, y la expresión alegre—. Mi señor, vuestra atención a las palabras de Nuestra Señora y Nuestro Señor os otorgan privilegios.

—Ya lo creo —dijo Lavastine—. Ya he recibido sus privilegios. —Miró a Alain. Milagrosamente, Bel pareció no haberse dado cuenta del comentario. Se fue hacia el otro taller, que estaba anexo por un paso elevado cubierto a la casa principal.

—Con el tiempo podemos confiar en tener tres barcos, mi señor —dijo ella—, pero, de momento, los eikas han cerrado para nosotros las rutas marítimas del norte. Como decía, debemos desplazarnos despacio para no ser ambiciosos. En esta habitación tejemos mis hijas y yo. Con el tiempo, la ampliaremos hasta conseguir cuatro telares. También esperamos poder contratar más trabajadores y ampliar la granja. Hemos prometido a nuestra hija Agnes al hijo de un mercader de Medemelacha. Es un marinero experimentado. Con el tiempo se quedará con el tercer barco, si Nuestro Señor y Nuestra Señora bendicen nuestra empresa.

—Pero Agnes es demasiado joven para casarse —dijo Alain impresionado.

Lavastine intentó atrapar una mosca y salió para ir a la tienda del telar, cuya entrada sostenía la clériga, para que pudiera mirar dentro.

—¿Cuántos años tiene esta hija?

—Doce, mi señor. Su prometido vendrá a vivir con nosotros el próximo año, pero no se casarán hasta que ella tenga quince o dieciséis. Si a vos os parece bien.

Alain comenzó a sentirse incómodo al ver que ella se dirigía durante toda la conversación al conde Lavastine y a él no, como si fuera un extraño. Aunque había algunas muestras de familiaridad hacia él por parte de ella, que eran como señales, como comentarios internos que eran demasiados personales para compartírselos con alguien que no la conocía personalmente, como por ejemplo, la ceja arqueada que delataba diversión, el hoyuelo que mostraba irritación, los labios fruncidos con los cuales se tragaba toda muestra de insatisfacción que consideraba indecorosa.

—Hemos comprado más vacas y también exportaremos queso. Espero que con el tiempo podamos traer también a un herrero. Como podéis ver, hemos contratado al herrero de Osna para que venga dos veces por semana y haga el trabajo por nosotros. —Entraron al interior de la casa propiamente dicho, la gran sala estaba llena de mujeres y niñas sirviendo copas y trayendo bandejas de comida de la cocina. Al lado del umbral, Alain vio un escudo de madera sin pintar, un casco y una lanza—. Vamos a enviar a mi hijo mayor Julien con la nueva duquesa de Varingia como hombre de armas, porque ahora podemos permitirnos proporcionarle un equipo.

Ellos le habían ofrecido a la Iglesia cuando él no quería otra cosa que ser un soldado. Herido por los celos, enrojeció de vergüenza, pero nadie se dio cuenta. De hecho nadie le prestaba atención. Por supuesto sería diferente para Julien. Él era el hijo legítimo de la tía Bel, su hijo mayor, y por supuesto querría darle esa oportunidad ahora que podía. Habían hecho lo mejor por él, no era culpa suya que ellos no hubieran sabido quién era realmente... ¿no?

La tía Bel continuó hablando de varias alianzas matrimoniales posibles. Para consternación y profundo desconcierto de Alain, parecía que al conde Lavastine no le entusiasmaban estos debates; hizo preguntas y aconsejó. Es más, trató a la tía Bel con la misma familiaridad distante que a su castellana, Dhuoda, una mujer cuya capacidad para llevar su hogar él respetaba lo suficiente para dejarla hacer sola su trabajo.

—... y ahora que hemos ampliado el negocio, hemos traído a la hermana Corintia de Salia para que escriba, lea cartas y nos lleve las cuentas. También esperamos colocar a la hija de Julien, Blanche en la Iglesia con una dote. Corintia la enseñará para que cuando llegue no sea analfabeta.

La hija de Julien, el bebé, era ilegítima, aunque Julien y su novio habían declarado públicamente que tenían la intención de casarse antes de la muerte de la joven cuando dio a luz.

—Lo habéis hecho bien —dijo el conde Lavastine. Quizá estaba impresionado. Alain estaba muy enfadado. Se sintió utilizado, como si su familia solo le hubiera querido por lo que habían sacado de él, es decir, la generosa recompensa por su manutención.

La tía Bel miró a Alain y después retiró la vista. Sus rasgos eran ahora más serios.

—No es algo que buscáramos o esperáramos mi señor —dijo ella como si hubiera leído los pensamientos de Alain. Quizá lo hubiera hecho al ver su cara. Lo conocía

tan bien. Estaba avergonzado—. ¿Pero en los Versos Sagrados no se dice que «comerás el fruto de tu trabajo»?

—«Serás feliz y prosperarás» —citó la joven clériga, claramente deseosa de mostrar sus conocimientos de los Versos Sagrados— «y vuestras hijas serán como los fructíferos viñedos y vuestros hijos como los ricos trigales. La bendición que tiene guardada será para aquel que tiene la chimenea en la que cada día enciende una vela en recuerdo de la Cámara de la Luz: ¡podrá compartir la prosperidad de los Saïs todos los días de su vida y vivirá para ver a los hijos de sus hijos!».

—Por favor, mi señor conde —la tía Bel hizo un gesto a la única silla de la mesa—. Todos los demás nos sentaremos en bancos. Si tenéis la bondad de sentaros —se volvió a Alain también y le hizo el mismo gesto respetuoso—, y vos, mi señor.

—Tía Bel —empezó, odiaba estas formalidades.

—No mi señor. —Sabía algo mejor que hacer que discutir con ella—. Sois el hijo de un conde y debéis ser tratado como tal. «Dios hace a los pobres y a los ricos. Ellos mismos se encargan de mantenerse abajo o arriba».

—Eso decía la profeta Hanna —añadió la clériga.

La tía Bel se volvió hacia Lavastine.

—Enviaré a uno de mis hijos a que os acompañe en la mesa, mi señor.

—Iré yo —dijo Alain, aunque no le correspondía a él. Él no debería ofrecerse, no sin pedir el permiso de su padre. Pero de repente supo que no tendría oportunidad de hablar con Henry, que no comería con ellos. Nadie de la familia comería con ellos, ellos servirían a sus invitados. Eso era todo.

Los soldados empezaron a entrar, en la puerta había mucha actividad.

Lavastine dijo:

—¡Alain!

Alain se escapó.

Afuera, Julien y Henry todavía estaban trabajando en el mástil. Cuando Henry vio venir a Alain, se enderezó y se despidió de Julien. Después volvió a su tarea.

Alain se paró al lado del viejo. Aquí, fuera de los confines del pueblo de Osna, olía distinto. El olor omnipresente del pescado que estaba secándose, salándose y ahumándose inundaba las calles y el terreno de pastoreo, incluso en el oficio del día de Nuestra Señora. En la casa común, el pescado y el humo, el sudor y el polvo de las piedras, la lana húmeda y las hierbas secándose, la leche agria y el aceite rancio y la cera de las velas se mezclaban en un rico y familiar aroma. En la casa solariega, no había una mezcla tan fuerte como esta porque había bastante espacio donde almacenar los productos alimenticios en el cobertizo al lado de la cocina, para moler la piedra en un taller separado, para tejer en una habitación apartada destinada a tal efecto. Aunque en esta granja quizá vivían treinta personas, solo estaban todos juntos en las noches de invierno cuando dormían todos en la sala grande.

Olió la espuma del mar y oyó los gritos de las gaviotas. Los cobertizos de los animales apestaban, por supuesto, pero el olor de la tierra y el viento y el último frío

del otoño antes de que llegara el invierno, anulaba todo lo demás, hacía que todo lo demás fuera una fragancia de hierbas, el aroma de la vida. El olor de la tierra y las oportunidades, aunque había sido solo una antigua casa de un sirviente desde la época del emperador Taillefer.

—Habéis empleado bien la recompensa que el conde Lavastine os dio —dijo Alain, sin intención de decir algo así.

Henry pulió los lados del tronco para dejarlos curvos.

—Igual que tú —dijo sin levantar la vista del ritmo constante de su trabajo. Las palabras, pronunciadas sin rodeos, se clavaron en el corazón de Alain.

—Yo no lo pedí.

—¿Y cómo has aparecido por aquí?

—No crees... —su voz salió mientras luchaba contra la indignación.

—¿Qué debo pensar? Prometí a la diaconisa en la propiedad Lavas hacerte ingresar en un monasterio cuando llegaras a la mayoría de edad, a los dieciséis años, y ella no me dijo no. Si hubiera sabido quién eras, ¿crees que se hubiera ofrecido tan fácilmente?

—¡Ella no sabía que el conde Lavastine se casaría otra vez! No podía haberlo sabido hace diecisiete años. Crees que yo le habría mentado, engañado, que me habría inventado una historia... ¡Solo para salir de la Iglesia!

—¿Qué se supone que debo pensar? —preguntó Henry. No había levantado la voz ni una sola vez—. Dejaste bastante claro que no querías entrar en la Iglesia, aunque la promesa se hizo al mismo tiempo que te presentaron ante el Círculo como niño recién nacido.

—La hicieron otros —replicó enfadado Alain—. Yo no sabía ni hablar. Era un niño.

—Y después —siguió Henry con la misma tranquilidad—, después de que ardiera el monasterio, fuiste a servir un año en la propiedad Lavas y no supimos nada de ti hasta que llegó esta recompensa, y de repente te nombran heredero del conde. Yo aconsejé a Bel que lo devolviera.

—¡Devolver la recompensa! —Henry igual podía haberle dado un tortazo que decir esas palabras—. ¿La habríais devuelto? —Su voz se quebró como la de un mozalbete.

—Maldita sed de oro, ¿qué delitos no llevaré a cometer a los corazones de los hombres? La clériga, una mujer bien educada, y os aseguro que también muy piadosa, nos ha estado recitando la trova de Helen, que llaman la *Heleniada*. Me tomé esas palabras a pecho y se las repetí a Bel.

—¡No creerás que la tía Bel sea avariciosa!

—¡No! —admitió Henry—. Ni ha actuado en ningún otro beneficio que no sea el de la familia. En realidad, seremos los mejores gracias a su administración. Pero jamás habríamos aceptado lo que nos llegó con pretensiones falsas. El Señor y la Señora no sonrían a aquellos que mienten para conseguir prosperar por sí mismos.

Ahora había hablado sin rodeos. Alain estaba aturdido. Al hablar, su fuerte voz había desaparecido y solo podía susurrar.

—No crees que sea hijo de Lavastine.

—No —dijo Henry con tanta calma como si le hubieran pedido que predijera el tiempo del día siguiente. Pero por primera vez dejó de hacer lo que estaba haciendo y se enderezó, con la rasqueta colgando de una mano para mirar a Alain. Su tranquila mirada fue demoledora.

—¿Y por qué debería creerlo?

Rabia y Pesar ladraron y gimieron desde donde estaban, tirando de las correas, que estaban estacadas en el suelo. Alain, furioso, se dio la vuelta y corrió, demasiado enfadado para pensar, demasiado enfadado para hacer nada que no fuera arrancar el palo en el que estaban atadas las correas y dejarlos libres.

—¡Vamos! —gritó, y ellos se abalanzaron, gruñendo, sobre el hombre que había hecho que su dueño se enfadara tanto.

Apareció Lavastine, cruzando el umbral de la casa.

—Alain —gritó.

Rabia y Pesar corrieron todo lo que podían y saltaron sobre la hierba y las virutas mientras Henry permanecía de pie mirándolos, aunque Alain le vio temblar con la rasqueta levantada como para protegerse. Nada le protegería de los perros. Nada excepto la voz de un heredero de Lavas.

—¡Quietos! —gritó Alain, y los sabuesos, a una distancia de un brazo de Henry, se quedaron totalmente quietos—. ¡Venid aquí! —silbó, gruñeron una vez, deseosos de alcanzar al otro hombre, y después obedientes, giraron la cabeza y volvieron trotando hacia Alain. Temblaba, sus manos temblaban tanto que casi no podía sostener las riendas, volvió a atarlos.

Cuando Lavastine llegó adonde estaba él.

—¿Qué es esto? —El conde miró a Henry, quien no había vuelto a su trabajo, sino que estaba cerca del mástil descuidadamente y como un árbol que se dobla por la acción del viento, se movió para dejar primero una mano y después el peso de su cuerpo sobre el tronco, encorvado como un hombre muy mayor.

—Na..., nada —susurró Alain. Quería llorar, pero no se atrevía.

—Claro —dijo Lavastine—. Si no es nada, debes entrar. No deberías haberte ido así. Es un gran honor para esta familia que comamos en su mesa y dejarles que nos sirvan. —Hizo una seña a uno de los criados—. Trae mi copa.

Alain le siguió al interior. No podía mirar ni a izquierda ni derecha. No podía mirar a ningún sitio, ni encontrarse con la mirada de nadie. Lavastine cogió la copa de nogal que utilizaba cuando viajaba, de la mano de su criado. En la madera estaban tallados cuatro ríos, y habían pulido el grano fino hasta que brillara. Ofreció esta copa gentilmente a la tía Bel, quien hizo que Stancy la llenara con vino y se la devolvió primero a él. Solo después de que el conde hubiera bebido, accedió a sentarse a su derecha y comer ella, aunque el resto de la familia servía la comida.

—Espero que aceptéis esta copa —dijo Lavastine— en recuerdo de la hospitalidad que nos habéis brindado hoy a mi hijo y a mí.

—Nos honráis, mi señor —dijo la tía Bel, y bebió.

La comida no era tan elaborada como la que sirvió la señora Garia, quien, después de todo, recibió el aviso de la llegada de Lavastine con varios días de antelación. Pero había ternera, buen pan, vino y manzanas, y varios pollos recién sacrificados y cocinados, especiados con cilantro y mostaza. Y lo más importante era que la comida la sirvieron con dignidad y orgullo, y había de todo en cantidad.

Henry no entró.

A Alain, callado ante la recién descubierta abundancia de su antigua familia, todo le sabía a cenizas y polvo.

Salieron al amanecer camino del fiordo. Estaban rodeados de acantilados, que brillaban cubiertos de nieve y hielo, con piedra entre gris y negra, la piedra de las Madres. Las olas azotaban la proa, mojando a los remeros con agua helada, tan fría que si una persona se empapara, moriría. Por supuesto, él no, no era de esa clase de seres. Él era como los niños de roca, hechos de tierra y fuego, y lo único que temía era el veneno de los dragones de hielo. Todos los demás destinos conducían solo a la muerte y frente a la muerte eran los más fuertes. El hierro podía matarlos si se empuñaba con suficiente fuerza. Podían ahogarse, pero tanto el calor como el frío derretían su bella piel porque, ¿no tenían ellos la marca de los bellos colores de la tierra oculta, fusionada como en la forja utilizando los mismos metales con los que ellos se adornan?

Levanta su lanza en la mano derecha mientras el barco se mete en las islas de hielo que acaban de pasar y se prepara para saltar cuando el barco entra en la playa rocosa. Este valle, esta tribu, no están preparados para su llegada. Lo lamentarán. Pero se inclinarán ante él.

El casco roza la piedra. Él salta del barco, golpeando el suelo con fuerza y después cae sobre las olas, mientras los perros saltan detrás de él, seguidos por su grupo de guerra. Sus pies tocan el hielo, resbalando sobre los guijarros, mientras los perros luchan por mantenerse a flote y recuperar el equilibrio. Él se apresura a llegar a la playa y corre sobre la nieve. Detrás, escucha el desigual jadeo de los perros y la penetrante respiración de su grupo de guerra.

Ahora creen en él. Es su cuarta tribu esta temporada. El invierno es un buen momento para matar.

Demasiado tarde para que los vigilantes que están al borde del agua den la alarma. Demasiado tarde para que el fuego del humo se eleve para alertar a los que viven en los caminos que conducen a las altas laderas y a la montaña. Escucha el repentino quejido de la vieja madre despertándose de su trance para alertar del peligro. Las hijas veloces salen corriendo de la gran sala con cestas, los nidos de los huevos que no han eclosionado. Azusa los perros contra ellas. Las hijas veloces no son sagradas, aunque la vieja madre

silo es. Los perros las dispersan y las cestas de los huevos caen a la tierra fría, se pierden en la nieve o se rompen con el hielo, las garras, los dientes o el viento. Solo los más fuertes sobrevivirán. Los otros merecen morir.

Ahora los guerreros del fiordo de Hakonin recogen sus armas y corren a luchar como un rebaño de cabras furiosas. Él está orgulloso de su gente. Nunca ha visto a uno de ellos darse la vuelta y correr. Y ese día tienen la astucia y el coraje para ayudarles. Su segundo y tercer barco han llegado a la playa un poco más adentro y sus soldados han salido corriendo desde donde estaban escondidos para rodear a los niños de roca. La muerte ya les acecha, mientras los Dragones y Águilas cogen sus presas desde el cielo. Son fuertes y no tienen miedo, y por ello llama a sus soldados antes de lo que lo hubiera hecho en otro caso, hubiera dejado quizá a la mitad de los guerreros hakonianos en la montaña de los vivos en lugar de enviarlos a los senderos de fría piedra de los muertos.

Les da una oportunidad.

Orgullosos guerreros, cada uno de los que quedan, y criado de forma adecuada. No lanzan sus armas ni siguen luchando cuando es inútil. No se rinden. Comprometen su muerte o su vida a la voluntad de su vieja madre con su cuchillo de la decisión.

Ahora, y por fin, cuando todo está perdido, surge de la gran sala. Es robusta y tan gris y fuerte como una roca, a la que se parece mucho. Sus movimientos son tan rígidos como los de los árboles que no se tumban con las tormentas. Es la belleza peculiar de la vieja madre la que, como las montañas, los acantilados y los prominentes riscos de piedra que rasgan los campos y los pastos, son visiones del interior de la tierra que unen toda la tierra y dan fuerza y solidez al mundo. Las hijas veloces le dejaron que subiera las cestas y recogiera los huevos que no se habían roto, que estaban caídos entre los restos de sus hermanas. Los recogen para formar nuevos nidos, pero hay pocos, mucho menos que de los que una tribu necesita para sobrevivir.

En los corrales que están detrás de la gran sala los esclavos humanos gimen y protestan; hacen un ruido horroroso e irritante, pero él evita matarlos inmediatamente solo para que dejen de lloriquear. Hace una señal. Sus soldados se van, forman un camino de bajada para que los esclavos humanos puedan pasar. Estos esclavos los ha recogido él mismo como las hijas veloces recogen los huevos que no se han roto. Puso a estos esclavos en el fiordo de Valdarmin para que vigilaran a los guerreros y los perros como humillación, porque los guerreros valdarmin lucharon débilmente y algunos incluso se rindieron antes de saber la voluntad de su vieja madre. Pero no humillará a los hakonin; en lugar de ello, deja que sus soldados humanos, como tales, armados solo con armas de madera, vigilen a los esclavos

encerrados. Le han servido bien esta temporada de lucha. Está encantado de haber pensado en utilizar a los fuertes, a los que no tienen miedo de mirarle a los ojos, que están tan deseosos de desafiarlo, y a los que son lo suficientemente inteligentes para saber que su desafío es inútil.

—¿Quién eres? —pregunta la vieja madre hakonina. Espera en el umbral, lo cual indica claramente que ha salido afuera con la escasa luz del sol de invierno, que es menor por las nubes y algunos copos de nieve empujados por el viento.

—Soy del fiordo de Rikin, el quinto hijo de la quinta carnada de la vieja madre rikin. Soy el hijo de Corazón Sangriento y es ante él ante quien debéis inclinaros.

—¿Con qué objeto? —pregunta con una voz que suena como si estuvieran moliendo guijarros en la playa bajo el casco de su barco.

Ninguna de las otras viejas madres ha hecho esta pregunta, solo la suya, la madre de Rikin, antes de que partiera a la caza del invierno.

—Muchos pueden hacer lo que pocos no pueden —responde él.

—Sirves a Corazón Sangriento —dice ella.

—Sí —responde él.

—Algún día, como le ocurre a todo lo que está mezclado con aire y agua, él morirá —dice ella.

—Lo hará —responde—, porque el tiempo solo deja intactas a las madres que no están mezcladas con ningún elemento excepto el fuego y la tierra, durante tanto tiempo como el que tardan las brasas en quemarse y arder bajo su piel.

—Tú armas a los Débiles —no mira a los esclavos humanos. Le son ajenos y, como las aguas heladas, es peligroso que ella les toque.

—Solo con las armas que pueda recoger —contesta él.

—Llevas su señal en tu corazón —dice, y ahora sus hijos y hermanos murmuran, viendo que es verdad, notando el círculo de madera que cuelga de una cadena de hierro recién hecha de su cuello.

—Significa que entiendo cómo hacen las cosas —contesta—. Puedo andar por sus sueños.

—Eres quien ha hablado con las Madres Sabias —dice ella—. Lo noto en tu voz y veo a través de su imagen porque la han compartido en todas las montañas, con el interior de la tierra. Corazón Sangriento es un poderoso mago para que tengas la paciencia de encontrar la sabiduría y que tengas pensamientos más fuertes. Pero no tienes nombre. Ha cogido un nombre, como solo los magos pueden hacer.

Inclina su cabeza en señal de respeto. Sabe hacer algo mejor que impugnar las viejas leyes que gobiernan a los niños de roca. No tiene nombre, como corresponde. ¿No le da un nombre Alain Henrisson? ¿No le llamó un

humano Quinto Hijo, pensando que era un nombre? Esperará con paciencia. La paciencia es la fuerza de las Madres Sabias, como lo es la fuerza de la tierra.

La vieja madre hakonina saca el cuchillo de la decisión del morral de piel que lleva en el muslo.

—Si mis hijos y hermanos luchan contigo —dice—, si dejamos que nuestros perros corran con su ejército y que nuestros esclavos trabajen para conseguir los objetivos de Corazón Sangriento, ¿qué me darás a cambio?

—Te he vencido —contesta él.

—Con este cuchillo, rompo los huevos. —La vieja madre levanta el cuchillo para que el sol refleje y muestre su hoja negra, una esquirola de obsidiana tan suave que no tiene fondo y tan afilada que puede cortar tanto el hueso como la cáscara de los huevos, dura como los huesos—. Con este cuchillo distingo a los débiles de los fuertes como hacen todas mis hermanas al norte y al sur. Este cuchillo es la elección de la vida o la muerte, y tú no puedes vencer a la muerte, porque eres mortal. ¿Qué me darás a cambio?

—¿Qué quieres? —pregunta, ahora con curiosidad.

—He dado a luz a mis hijas —dice—, y una empieza a endurecerse ahora. Sus costillas se están endureciendo y pronto llegará su momento. Has esparcido estos nidos que son mi puesta, y ella tendrá pocos hermanos que se ocupen de sus campos y sus pastos y que peleen por la sala hakonina. No pondré más huevos, pero ella no ha empezado todavía. Prométeme que cuando haya hecho nacer a sus hermanas y llegue el momento de que haga sus nidos, que debe tener muchos para criar un dan fuerte, puedo enviarte a buscar y tú llevarás a cabo el ritual con ella. Los nidos hakoninos serán cosa tuya.

—Solo un varón que tenga nombre puede llevar a cabo el ritual con una Madre Joven —responde él con discreción. Pero sienta en su sangre el entusiasmo. Estas palabras, esta promesa, una vez hecha, no puede retirarse. Es peligroso asumir lo que es la prerrogativa de Corazón Sangriento y de los demás, los pocos varones con nombre. Pero esta vieja madre sabe como él que con el tiempo intentará ser uno de ellos. Solo debe tener paciencia y ser implacable.

—Pasarán muchas estaciones —dice la madre sabia hakonina— antes de que deba empezar mi camino a la montaña y antes de que ella me quite el cuchillo y se siente en mi silla. Prométeme esto y sellaremos nuestro trato: tus crías por nuestros nidos, nuestros hijos y hermanos por tu ejército.

—Hago esta promesa —responde—. Lo rubrico con la sangre de mi hermano. —Silba a uno de los perros para que venga hacia él, lo insulta porque le mordisquea el brazo y le coge del collar para tenerlo cerca. De su boca cuelgan restos de los huevos rotos que se ha comido, golpea su cara

como el aliento de un viento de verano fétido. Corta su garganta y su sangre cae a la tierra en señal de ofrecimiento. Cuando muere, lo deja caer al suelo, en su sangre, le ha salpicado un poco, manchándole el pecho y su delicada cerámica, y el oro y los eslabones de su largo cinturón de metal, mil anillos minúsculos nimios que recorren sus caderas y muslos como el agua.

La vieja madre pide a una de sus hijas veloces que se arrodille ante ella. Entonces coge en su mano la riqueza del abundante pelo rubio de la hija y lo corta con un solo movimiento.

—Con este obsequio sello nuestro acuerdo. Hazlo girar, fórjalo y llévalo cuando te haga venir.

Él asintió con la cabeza, aceptando el trato. Sus hijos y hermanos levantan la garganta y el frío sol de invierno brilla sobre la piel de metal suave, cobre, bronce, oro y plata, y gris hierro. En respuesta, él sonríe, enseñando los dientes y las joyas incrustadas en ellos. Hoy añadirá otro. Porque como dice su pueblo, las joyas son como alardes, difíciles de mantener una vez que se muestran.

La hija veloz le lleva a él el pelo cortado atravesando el patio delantero, pisando con cuidado por encima de sus hermanas muertas y las cáscaras rotas de los huevos, sus hermanos que ya no nacerán. Deja el pelo en sus brazos, que lo estaban desesperando, y tiene cuidado de no tambalearse por el peso. Ya no hay oro tan puro en ningún sitio ni en las minas que el duende travieso de la familia ha excavado en la profundidad de la tierra. Con este oro, tejido y batido, se hará un nuevo cinturón, uno hecho por él, no uno que le den por el poder de su padre.

—¡Alain! —dijo su padre, y él se despertó de la red que tejía el sueño y luchó por liberarse de sus cadenas.

Se levantó para ver como la luz entraba por la contraventana abierta del dormitorio que compartía con su padre y los perros. Otro caballero podía dormir con muchos criados en su cámara, los condes de Lavas no.

—Estabas soñando —dijo Lavastine, que estaba de pie y cruzó para cerrar las contraventanas. Afuera hacía un frío terrible; en la habitación, como un lujo, ardían tres braseros. En cuanto se cerraron las contraventanas, y se oscureció la cámara, Alain se frotó los brazos y se desperezó. Se levantó y empezó a vestirse. Rabia rascó la puerta, gimiendo.

—Estabas soñando —repitió Lavastine.

—Lo estaba. —Alain se ató las pantorrillas con tiras de lino y se puso una túnica de lana encima de la camisa, encima de todo, su gruesa túnica de invierno, con el borde de piel de marta.

—Otra vez los eikas —Lavastine siempre quería noticias de los eikas.

De repente, Alain se rio, una risa breve, fuerte, como la de su padre. Muy

parecida a la de Lavastine.

Todavía sentía dolor al recordar la última mirada de Henry, pero no tanto, no después de dos meses. Estaba demasiado ocupado aquí en la propiedad de Lavas. La vida seguía en la fortaleza a un ritmo más lento en invierno, pero seguía. Se entrenaba con las armas, aunque sabía que era un cobarde, *la próxima vez será diferente, la próxima vez no fallaré en la batalla*. Estaba sentado con su padre mientras Lavastine hablaba con su castellana, con sus criados, con sus clérigos y con los pocos viajeros que llegaban en invierno y se entretenían un día o dos en el cálido salón de la fortaleza Lavas antes de continuar su camino. Alain aprendió lo que significaba ser un gran señor, qué gestos debía hacer, qué frases educadas tenía que pronunciar, cómo juzgar a un visitante y saludarlo según su condición.

—Los eikas —dijo Alain—, el Quinto Hijo. Creo que va a casarse, pero no como nosotros lo entendemos.

Lavastine le miró sin contestar hasta que Alain empezó a incomodarse, como si hubiera dicho algo incorrecto o hecho algún comentario más adecuado a un granjero que para al heredero de un conde.

—¿Padre? —preguntó, porque no le gustaba el silencio del conde. Henry había estado también en silencio.

Pero finalmente Lavastine sonrió, en señal de aprobación.

—Es un presagio. Ya hemos hablado de esto, pero ha llegado el momento de actuar. Enviaremos a mi primo Geoffrey a la corte del rey Henry.

Al hablar de Geoffrey, cuya manifiesta manía a Alain todavía recordaba, hizo que el joven se pusiera nervioso.

—Venid —dijo a los perros. Puso las correas en el cuello a *Rabia y Pesar* y a los viejos *Pánico y Gozo*. A los cuatro les habían dejado dormir en la cámara de la torre con sus amos. Ató los extremos de las correas a un gancho que había en la pared y golpeó la puerta con un bastón. Se abrió de inmediato, los criados entraron, mirando a los perros con el nerviosismo habitual mientras transportaban dos jarras de agua hirviendo perfumada con menta, cuencos y tela para lavarse la cara, y un orinal limpio tapado.

—Ya es hora de que te comprometas, Alain.

—¡Comprometerme! —dejó que sus criados le limpiaran la cara. El agua le calentó la cara, un toque de verano, y se limpió hasta el más mínimo pliegue de la piel de las manos hasta que olieron a hierbas. El aroma de la calidez del verano le hizo pensar en Tallia, y se echó sobre la mesa para protegerse, para que nadie pudiera ver lo que sentía, ni siquiera Lavastine.

—Cuando Geoffrey pida al rey Henry una alianza de matrimonio entre tú y *lady Tallia*, recordará cómo están las cosas ahora en Lavas, porque necesita que se lo recuerden.

Cualquier recuerdo molesto de la visita a la casa solariega de Aldegund desapareció al oír el nombre de Tallia.

—Tallia —musitó Alain—, pero... ella es la hija de un duque y de la hermana de Henry.

—Hermanastra. Alain, hijo mío, debes comprender esto sobre el matrimonio. Henry debe casar a la chica con algún caballero de poca importancia o meterla en el convento. Mientras esté en el convento, siempre existe la posibilidad de que algún caballero la secuestre y se case con ella en contra de la voluntad de Henry. El rey no quiere casarla con un caballero cuyo poder ya sea demasiado grande, o con un caballero o el hijo de una dama en el que no confíe. Me necesita a mí y a ti, porque los condes de Lavas no se inclinan ante ningún duque ni margrave y aun así no son tan poderosos como algunas de las grandes familias de Wendar y Varre. Ni tan débiles como otros. Sería sensato si nos concediera esta alianza. Sobre todo, porque hemos salvado a su ejército, su reino y su vida en Kassel. Creo que *lady* Tallia es un pequeño precio que pagar por ello.

—Igual que el oro y la plata que disteis a mi familia de acogida era para vos un pequeño precio —dijo Alain, de nuevo cortante.

—¿Por acogerte? Ciertamente, un pequeño precio, Alain. Nunca envidies la semilla que plantas en un buen terreno, porque es la cosecha que viene tras esa plantación la que decide si la próxima primavera vivirás o no. No pienses solo en ese día, sino en el que vendrá. Así ha prosperado Lavas y continuará haciéndolo bajo tu administración.

—Sí —susurró Alain, prometiéndolo, decidido a hacer que fuera verdad. No quería fallar a Lavastine ni ahora ni nunca. Ahora, de repente, sentía una necesidad de tener a Tallia a su lado. Era algo más que una apetencia, que una ventaja. Era más sencillo que eso. Quizá no era del todo puro—. Tallia —dijo intentando pronunciar su nombre. Al preguntarse cómo la hablaría una vez que estuvieran casados, una vez que estuvieran solos en la intimidad de la cámara nupcial, se puso rojo y levantó la vista a tiempo de ver sonreír a Lavastine, tan rápido que puede que no lo hubiera visto.

—Y mejor pronto —dijo Lavastine con toda tranquilidad— que tarde. —A Alain le ardía la cara. ¿Era el pecado de la lujuria que se le notaba en la cara?—. Es esencial que asegures la sucesión lo más pronto posible. —El conde se volvió hacia los criados y les hizo una seña para que abrieran la puerta. *Pesar* ladró. *Gozo* gimió, agitando la cola contra la pared llena de tapices, mientras se abría la puerta y los criados se apartaban del camino que ocuparían los sabuesos.

Alain dejó a los criados que le ayudaran con las botas y después desenganchó a los perros y les dejó que bajaran por la escalera, para que salieran y pudieran correr... bajo su supervisión, por supuesto.

Se sentó en un banco. La nieve de la última semana se había derretido, aunque todavía hacía frío. El cielo nuboso tenía el aspecto de unas gachas. Se frotó las manos para calentárselas. Un criado, al verlo, entró corriendo en la sala y volvió rápidamente con guantes. Se puso unos guantes de piel de conejo suave que acariciaron sus manos al ponérselos.

En esos momentos, cuando los sabuesos corrieron, él tuvo tiempo para sí mismo. Todo el mundo se mantuvo apartado y Lavastine estaba a lo suyo, a lo mismo que Alain se dedicaría en cuanto pusiera a los sabuesos en la caseta. Cerró los ojos y dibujó una imagen de Tallia, toda rubia como la cosecha, débil, doblándose por el peso del viento, de la ambición de su madre y la ascendencia del padre de ella, y aun así, siempre volviendo a agitar. Ella parecía tan... inalcanzable. Tan limpia. Tan pura y santa, que comía poco más de una corteza de pan seco cuando los ricos se sentaban a comer.

Esa noche, cuando estaba tumbado en la cama al lado de su padre, cerró los ojos y pensó en ella otra vez. Nunca había estado tan lejos de sus pensamientos en todo el día. La idea de que podría casarse era tan increíble que también podría imaginar que era un chico bastardo huérfano de padre criado por gente corriente que de repente es elevado al rango de heredero de un conde poderoso.

Dios hace a los pobres y a los ricos.

Con este pensamiento reconfortante y la imagen de Tallia tan cerca como su nube de aliento en el aire helado, se durmió.

La lluvia con esquirlas de hielo aporrea las tiendas de lona de su campamento. Sus guerreros no necesitan las tiendas para esperar a que amaine, aunque hacen que la espera sea más agradable. Pero los esclavos humanos lo hacen. Otro jefe guerrero dejaría que los esclavos se sentasen bajo la lluvia heladora y la mitad de ellos morirían. Así se separa a los débiles de los fuertes. Pero él no es como los demás.

Toca el círculo que tiene en el pecho, pasa el dedo rodeándolo por su suave veteado en recuerdo del gesto que hizo el niño, a quien vio pero no olvidó, en la puerta de la cripta de la catedral de Gent. Tuvo que dejar libre a ese niño, porque le había recordado a Alain.

Los esclavos están sentados junto a la cálida nube de humo y calor del fuego que les ha permitido encender, junto a una roca aliado de la tienda de lona. Un hombre se le queda mirando fijamente y después aparta la vista rápido cuando se da cuenta de que ha atraído la atención de su dueño.

—¿Por qué miras? —pregunta. En su sueño, ha aprendido el idioma de los Débiles.

El esclavo no contesta. Los otros esclavos apartan la vista rápidamente, encorvando los hombros, intentando evitar destacar, ser invisibles como los espíritus del aire, del viento y el fuego lo son a todo menos a los magos.

—Dime —ordena él. El viento se clava en su cuello y dientes de hielo le destrozan la espalda cuando se agacha por el extremo abierto del refugio.

—Perdone, señor —dice el esclavo sin levantarla vista de nuevo, pero incluso así no puede evitar hablar con odio.

—Viste algo. —La larga noche de invierno les envuelve, cubierta por la

tormenta de hielo y acompañada por el ruido que hace el viento huracanado. En la sombría luz roja del fuego ve cómo los esclavos se miran las rodillas y las manos, incluso este, el que ha hablado. Al que él miró—. Lo sabré.

—Jefe, lleváis el Círculo de la Unidad —dice el esclavo al final, sabiendo que desobedecer significa morir—. Pero vos no adoráis a Dios.

Él toca el círculo, pasando el dedo por la curva con el mismo gesto.

—Yo no escondo el Círculo.

—Es la forma de tocarle, jefe. —La voz del hombre va recobrando algún tipo de fuerza—. Me recuerda... a alguien que conocí una vez.

Alguien de quien no está dispuesto a hablar. Harto de la tormenta, molesto por el retraso, porque ningún barco puede atreverse a adentrarse en el mar con esas condiciones, obliga al esclavo a seguir.

—¿Tienes una familia, como creo que es habitual entre los de tu especie?

—No, señor. —Aquí, finalmente, el esclavo perdió el miedo y dio rienda suelta a su odio—. Su gente los asesinó, a toda mi familia: mi mujer, mis hermanas e incluso a mi pobre e inocente hijo.

—Y aun así, me sirves a mí. —Este humano le interesa. Tiene fuego, quizá incluso alguna fuerza persistente de la tierra en su interior. Los esclavos encerrados que han vivido entre los niños de roca durante muchas generaciones son más parecidos a los perros que a las personas, pero estos nuevos esclavos a los que él ha entregado palos como armas, mejor comida y ropa decente provienen de las tierras del sur y piensan antes de gritar. Por esa razón, él cree que son útiles.

—No tengo otra opción que servirte —contesta el esclavo.

—Tienes la opción de morir.

El esclavo niega con la cabeza.

—Llevas el círculo, pero no conoces a Dios. La Señora teje y el Señor corta el hilo cuando ha llegado nuestro momento. Nosotros no elegimos morir. La muerte viene determinada por su voluntad.

Examina a los demás esclavos, que están agachados. Uno, al borde de la lona, tiembla por el frío, se da la vuelta una y otra vez hasta que otro esclavo, más cerca, ve su difícil situación y se intercambia con ella, allí al extremo del refugio donde el calor del fuego casi no llega y el viento azota con fuerza. Al instante siguiente, un tercer esclavo ocupa el peor lugar. Se ayudan a vivir unos a otros. ¿Es esa la misericordia de la que hablaba Alain?

—¿Tienes nombre? —pregunta.

El esclavo duda. No quiere decir su nombre. Los demás esclavos se quedan mirando, sorprendidos por su estúpido mutismo. Ninguno de ellos, a los que él ha concedido el favor, ni son mudos ni estúpidos, él ha estudiado a sus esclavos con cuidado, como estudia su ganado.

El criado sigue sin hablar.

Levanta una mano y desenfunda sus garras.

—Me llamo Otto —el esclavo por fin habla, pero con renuencia.

Los demás murmuran y después se callan. Puede notar el nerviosismo bajo el humo caliente del fuego y el frío azote de la tormenta.

—¿Todos tenéis nombres? —pregunta.

Para sorpresa suya, todos tienen nombres. Los dicen, uno por uno, un sonido extraído de cada uno como una flecha se saca de una herida, con cuidado, con respeto.

Entonces, ¿son todos magos? No —se recuerda a sí mismo—, simplemente son distintos. No son niños de roca. Son débiles y, aun así, sobreviven en su debilidad ayudándose unos a otros.

Vuelve a retraer las garras y se aparta lo suficiente como para estar fuera del refugio del toldo de lona atado y colocado para protegerles del acantilado. La lona ondea y gime con la fuerza del viento.

Sale de la esquina en la que está protegido afuera donde la tormenta azota con fuerza. El viento helado le da en la cara, como miles y miles de cuchillos que la mano del viento arrastra volando.

Escucha cómo el viento le golpea y el hielo le pincha en la cara. Vagamente distingue los barcos que están en una playa rocosa, ahora son cinco, porque él trajo dos nuevos barcos de la flota hakonina. Ve a los soldados agachados, esperando que amaine la tormenta con la paciencia de una piedra, y a los perros tumbados en montones mezclados como rocas caídas.

Escucha. Esta gente dice que en esta costa tan septentrional en la marea de invierno, cuando la tormenta sacude el mar y la tierra, se puede oír el lamento de los dragones, las Primeras Madres, quienes en tiempos remotos crecieron con los espíritus vivos de la tierra y fueron el origen de su especie.

Pero solo oye el viento.

TERCERA PARTE

EL ADORNO
DE LA
SABIDURÍA



CAPÍTULO 9



EL CIELO DE INVIERNO

En noches extremadamente claras veía las estrellas a través de algunos trozos de las ventanas de cristal sin pintar, trozos que en sí mismos tenían la forma de las estrellas, algunas de cinco puntas y otras de seis. Esa noche contemplaba cómo la luz de la luna atravesaba el abismo de oscuridad en que se sumía la catedral por la noche y su brillo era una luz temblorosa vacía, tan irreal como una quimera.

De golpe, le sobrevino el recuerdo doloroso del conde Hildegard y su séquito huyendo hacia las puertas. Todo había sido una trampa, una ilusión. Había visto lo que quería ver, lo que Corazón Sangriento quería que todos vieran, al conde y su menguado ejército huyendo, cuando en realidad Corazón Sangriento había proyectado una imagen sobre sus tropas de eikas para que tuvieran el aspecto de los humanos. Así habían conseguido entrar en la ciudad los eikas y el empate se había convertido en una matanza.

Solo Liath había tenido la agudeza de adivinar lo que había tras esa apariencia. Ojalá él la hubiera tenido también y así podría haber encontrado una forma de huir de su cautiverio. Pero los dones que su madre le había dado no incluían el ver más que el resto de la humanidad. Y en todo caso, las cadenas y los perros no eran una ilusión.

Aquí, en el frío glacial del invierno en la catedral, las lágrimas hacían que le dolieran los ojos, pero las contenía, luchando contra ellas. Solo los hombres podían llorar, pero los perros no. Los hombres podían llorar con honorabilidad si sentían pena, enfado o alegría. Él no se merecía esa distinción.

Con las lágrimas llegó la nube, una neblina gris que cubría su vista, un rugido en sus oídos tan fuerte como el ruido de cien eikas gruñendo, tan desesperante como un enjambre, tan seductor como el estruendo de la batalla lo es para alguien que está preso. Pero esa nube era la locura. Debía luchar contra esa locura.

Despacio, luchando con cada respiración, formo una imagen en su mente parecida a las imágenes que vio en las ventanas, escenas pintadas de la vida de Daisan *el Bendito* para elevar e iluminar a los fieles. No creó ninguna imagen sagrada, sino una corriente, una escena que había estado intentando formar hacía días o semanas, o meses, no sabía cuánto tiempo había pasado, solo que era invierno y que una vez, hace mucho, cuando era un hombre libre y capitán de los Dragones del rey, era primavera.

Construyó en su mente una casa solariega como en la que los dragones se

alojaban, cuando viajaban por el reino defendiendo al rey Henry y su soberanía. En esta estación, en invierno, se recogería la cosecha de los campos, en algunos de los cuales brotaba el trigo de invierno. Los viñedos y las huertas estarían vacíos; en los sótanos se acumularían barriles de manzanas, había que hacer la sidra. Ya se habrían matado los animales que sobraban y su carne se habría ahumado o salado para hacer frente a la falta de alimentos durante el invierno y el hambre contenido de la primavera.

Esta casa solariega construida por él no era para alojarse. La construyó, en su mente, como su refugio, su tierra, no la de otros. No tenía nada excepto su condición de hijo del rey, su espada y su lanza, su escudo y su armadura, su ropa y su tienda y, con el transcurso de los años, unos cuantos caballos. Todo lo demás lo recibía por la obligación que debían al rey o, de vez de cuando, algunos regalos de algunas mujeres. Pero en estos asuntos ponía especial cuidado, como en todo lo demás, en cumplir el deseo de su padre de que eligiera bien y con discreción y que nunca se diera ningún placer si eso podía causar problemas más adelante.

Ahora no tenía nada de aquello, por supuesto, ni siquiera la torques dorada que había llevado en el cuello, símbolo de su linaje real. Esa torques adornaba ahora el brazo de Corazón Sangriento, símbolo de su victoria y Sanglant llevaba un collar de hierro como el de los perros.

No debía pensar en la humillación. Debía pensar en todo lo demás o se volvería loco. Con la imaginación, caminaba por campos, bosques y pastizales. Sus tierras. Caminaría por esas tierras, ya no se vestiría para ir a la guerra, nunca más llevaría el tabardo y el escudo de dragón, ya nunca más llevaría el casco de dragón que indicaba que él era el capitán.

Ya no era un Dragón.

En este lugar, estaba vestido como cualquier otro caballero noble, con su séquito, con sirvientes y trabajadores del campo. Los edificios exteriores incluían, por supuesto, un establo para los caballos, colmenas, una forja y un telar.

Como cualquier otro noble caballero, se casaría. Eso era lo más difícil de imaginar. Toda su vida le habían dicho, en repetidas ocasiones, que el hijo bastardo del rey no se podía casar. Solo los hijos legítimos se casan. Si uno ilegítimo lo hiciera, desencadenaría intrigas infinitas cuya consecuencia podría ser tan exasperante como discordante. Ciertamente, nadie había esperado vivir tanto para atreverse a rozar lo prohibido: él había servido como capitán de los dragones del rey durante más tiempo que ninguno, excepto el viejo Conrad *el dragón*.

Pero el señor de una casa solariega debe casarse y tener hijos que hereden de él y de su dama. Siempre había sido un hijo obediente. Ahora, entre los perros, adornado con hierro en lugar de oro, ya no tenía que serlo.

¿Qué mujer del séquito de Henry, qué hija de qué dama noble podría ser la adecuada? ¿A quién elegiría? ¿Quién lo elegiría?

Pero cuando rodeó las cocinas en las que los sirvientes preparaban la fiesta de la

noche, al pasar por el salón de vigas anchas, en el cual entraba la luz de la tarde por las estrechas ventanas, cuando atravesó el umbral y salió al jardín en el que un caballero podía encontrar a su mujer recogiendo hierbas para curar malestares corrientes o dictando una carta a su clérigo, no vio a ninguna mujer noble del séquito del rey que estuviera esperándolo. Ninguna hija de conde o duquesa le sonreía, saludándolo con cariño.

Al abrir la puerta que llevaba a la habitación, la mujer que esperaba dentro, medio sorprendida, pero evidentemente encantada de que apareciera, era la joven Águila, Liath.

Hacía un frío glacial y aquí afuera, cerca del fuego mortecino, el viento cortaba y quemaba a Liath hasta que se estremeció de frío. Pero no se atrevió a entrar donde estaban los nobles sentados a la mesa, de juerga hasta las tantas de la noche celebrando la fiesta de santa Edana de las hogueras, con mucha bebida y buena animación. Hathui había vuelto de Quedlinhame y podía atender al rey. Para Liath era mejor quedarse fuera y lo más lejos que pudiera, aunque temblara expuesta al invierno que se avecinaba.

Aquí fuera, las estrellas brillaban con claridad. La luna menguante no había salido todavía. Este era quizá su cielo favorito, el de invierno. La Chica y sus Hermanas, la segunda y tercera casa del Zodíaco, estaban en lo alto del cielo; la Corona de Estrellas, pegada, situada fuera del alcance del Niño, estaba casi en su punto álgido. Abajo, el Cazador les protegía del Guivre, cuyo ojo amarillento brillaba sobre nuestras cabezas. Pero no era el Cazador quien estaba destinado a hacer desaparecer al temible Guivre, sino su compañera oculta, la Cazadora, la valiente Arteme. En Andalla se podía ver dónde se encontraba, descansando ante las estrellas de sur, y Liath vio una vez incluso su bota dorada, conocida por los jinna como la estrella Suhel, la guapa. Aquí, en el norte, solo se podía ver en el horizonte su estrella con el arco y la flecha con la punta de fuego, Seirios, azul y blanca.

Buscó los planetas y encontró tres. La sabia Aturna, la mayor y más lenta de las estrellas errantes, se movía a través de las hermanas, la tercera Casa y la majestuosa Mok a través del León. La roja Jedu, el Ángel de la Guerra, brillaba con un esplendor sombrío en el Penitente. Una influencia funesta, según los *astrologii*. Pero papá menospreciaba a los *astrologii*. Los llamaba mercaderes callejeros y diablillos ignorantes y decía que no sabían nada sobre el verdadero conocimiento de los cielos. Pero ese conocimiento no lo había salvado.

De nuevo, el viento frío la hizo temblar, por lo que volvió a echar más palos al fuego, uno encima de otro hasta que una llama prendió y se extendió. El humo se metía en la nariz y los ojos. Se frotó las manos para calentarlas y se ciñó más la capa, preparada para esperar que llegara la noche. Los establos estaban cerca, pero incluso allí, entre los caballos y los criados, no se sentía segura. Él podría acorralarla en cualquier lugar cerrado. Solo aquí fuera, bajo el cielo de invierno, tenía sitio para correr.



El debate entretuvo a Rosvita y en cierta medida la sorprendió. Por supuesto, el tema era poco original, ¿es mejor ser útil o bueno? En sus primeros días como soberano, el rey Henry había promovido ese tipo de debates; su hija más pequeña, Constance, que ahora era obispa de Autun, había destacado en ellos mientras estuvo en la corte.

No, en realidad, esta vez fueron los participantes los que la sorprendieron. Por primera vez, la princesa Sapientia demostró sabiduría y mantuvo la boca cerrada, dejando que otros discutieran mientras ella estaba en la silla de honor a la derecha de su padre y se deleitaba con la atención de los cortesanos. Su hermana más pequeña, Theophanu estaba sentada al lado de Rosvita en silencio, su expresión era tan suave como la crema; ella también estaba quieta, aunque nunca hablaba imprudentemente en ninguna circunstancia. El hijo más pequeño de Henry, Ekkehard, estaba escuchando el debate con la boca medio abierta. Como su hermana mayor, Sapientia, miraba fijamente con los ojos abiertos de par en par y con veneración al más joven de los dos participantes en el debate. Ekkehard se había quedado ensimismado mirando y esta vez Rosvita no podía reprobar su elección.

Tres años antes lo hubiera hecho, si Ekkehard se hubiera quedado mirando de esa forma a algún hombre en particular. Pero Hugh, abad de Firseburg e hijo bastardo de la margrave Judith, había cambiado tanto en los cinco años que él había estado ausente del avance del rey que solo lo conocía por sus facciones, su cara y su pelo de siempre.

—La norma de santa Benedicta ordena al abad y la abadesa que hagan el bien en lugar de gobernar —dijo Hugh en respuesta a la clériga Mónica, quien había enseñado durante muchos años a todos los jóvenes de la *schola* del rey, de la que fue alumna.

—Pero si se nos entrega la administración para beneficio de muchos, ¿no debemos aprender a gobernar con el fin de que nuestros súbditos se beneficien lo más posible? Mónica, una mujer mayor enérgica a quien no le gustaba Hugh cuando él era su estudiante, se iba ablandando mientras transcurría el debate. Rosvita reconoció el brillo en sus ojos y la peculiaridad de sus labios con la que favorecía solo a sus estudiantes más ejemplares. Hugh había estado brillante, pero él también sabía que era brillante y deseaba que otros lo reconocieran, y ese tipo de arrogancia nunca lo había tolerado una profesora como Mónica.

Ahora, sin embargo, Hugh sonreía amablemente.

—Por supuesto —dijo con delicadeza—, tengo que inclinarme ante la sabiduría de mi preceptor. ¿No es cierto que el maestro es un artista que moldea a sus estudiantes como la arcilla se moldea en vasijas de gloria? Un buen estudiante imitará

el ejemplo de su profesor y se esforzará por imitar sus cualidades excelentes y sensacionales. Aprendemos a gobernar y el primero a quien tenemos que gobernar es a nosotros mismos. Entonces la virtud crea la virtud en sí misma y así somos tanto buenos, como útiles.

¿Cómo se había convertido Hugh, con lo brillante, guapo y arrogante que había sido, en alguien tan misericordioso, sabio y encantador, sin haber perdido nada de su belleza? Su voz era moderada, sus gestos tranquilos, sus modales amables y elegantes. Solo esta mañana, cuando el séquito del rey había salido de la casa solariega en la que el rey había descansado por la noche, Hugh había distribuido pan con sus propias manos a una familia de mendigos que estaba en la calzada. No dejó ver en ningún momento que tenía un interés en la princesa Sapiaentia que no fuera el de un cortesano con buenos modales que cabalga en el séquito del rey.

—Las virtudes en sí mismas le convierten a uno en santo. —Mónica le sonrió con dulzura y empezó a citar extensamente el *Comentario sobre el sueño de Cornelia*, de Eustacia.

—Realmente bueno y útil —susurró Theophanu de repente a Rosvita—. Observo que mi hermana está embarazada de él, debemos suponer que ha aprendido ambas lecciones bastante bien.

—Teophanu —musitó Rosvita, escandalizada, y después, añadió—, alteza.

Teophanu no dijo nada más.

Mónica dio un extenso discurso sobre las virtudes que se citan en el *Comentario*.

—«Así, las virtudes se manifiestan de cuatro maneras, y estas se distinguen una de la otra conforme a las pasiones. Porque las pasiones son estas: miedos y deseos, penas y alegrías, enfado y envidia. Las virtudes políticas de la prudencia, la templanza, el valor y la justicia atenúan las pasiones. Las virtudes limpiadoras dejan de lado las pasiones. La mente purificada y serena ha olvidado las pasiones, y a la mente divina cuyas virtudes son ejemplares, las pasiones le repugnan».

Las antorchas y las velas parpadeaban, en la chimenea ardía el fuego constantemente alimentado por los criados. El rey Henry sonreía suavemente a los dos que debatían, aunque durante los meses pasados se le podía ver en algunos momentos con la mirada perdida, sin prestar atención a los asuntos que tenía entre manos. Ahora, finalmente bostezaba y hacía una señal a sus criados para que prepararan su cama. Rosvita, al terminar el vino, jugaba con la copa. Los otros se preparaban para dormir; Teophanu no se movía.

—No te gusta él —dijo Rosvita por fin.

—A ti no te gustaba antes de que se fuera.

—No —asintió Rosvita—. Pero ha cambiado mucho.

Ella miraba cuando el padre Hugh se retiró discretamente a la parte de atrás de la sala mientras Sapiaentia esperaba que se preparara su cama de campamento detrás de una pantalla, al lado de su padre. Los movimientos de Hugh eran decorosos y elegantes, y si fuera verdad que la virtud se irradiaba con más fuerza por la belleza de

sus formas, entonces él era verdaderamente virtuoso.

—¡Ay, Señora! —murmuró para sí misma al mirarlo. Había reflexionado hacía tiempo sobre esos anhelos a medio formar, pero quizá su mente no estaba tan serena como esperaba.

—Es muy guapo —dijo Rosvita para sus adentros mientras dejaba su copa de vino. Se levantó. ¿Le repugnaba el *frater* Hugh a la inteligente Teophanu o tenía envidia de la buena suerte de su hermana de encontrar un cortesano así? ¿De encontrar, para ser francos, un amante así? Pues sí, ¿cómo podía Sapientia haberlo aguantado, aunque sabía que era un clérigo y que estaba mal que lo deseara y que él accediera a esa seducción? Después de todo, era una princesa real y era necesario que la dejaran encinta para demostrar que era merecedora del trono. Se podría decir, como lo había hecho Teophanu, que él únicamente estaba cumpliendo con su deber y siendo útil.

Una por una fueron apagando las antorchas a medida que los nobles y los criados se fueron acomodando para dormir en un lugar de la sala del pabellón de caza al que habían llegado esta tarde.

Mañana, el rey saldría a perseguir ciervos.

Esta noche, unos durmieron mejor que otros.



Liath se quitó los guantes y, con sus dedos entumecidos por el frío, encontró la pluma dorada en su morral. El instinto la había prevenido para que no cogiera la pluma blanca que había encontrado al lado del cuerpo de papá la noche en la que fue asesinado. Ahora había visto qué tipo de criatura dejaba esas plumas. Pero esta pluma de oro, arrancada de las cenizas de un fuego moribundo en el cual tuvo la visión del viejo brujo Aoi, tenía una textura distinta, de promesa, no de dolor o miedo.

Se quedó mirando al fuego mientras deslizaba la pluma suavemente por sus dedos, pensando en Hanna, dibujando en su imaginación la cara y la expresión de Hanna, la curva de sus hombros, su pelo trenzado, el anillo del sello de las Águilas en su dedo corazón de la mano derecha. En otra ocasión, el pasado verano, también se había imaginado así a Harina y en la puerta que el fuego formaba había visto las sombras de un estrecho puerto que serpenteaba por las montañas azotado por la tormenta, de un derrumbamiento que había borrado la calzada. ¿Era solo el miedo, de imaginarse esa escena o había visto de verdad a Hanna en las montañas, amenazada por una tormenta impropia de la estación?

¿Dónde estaba ahora Hanna? Mientras se concentraba dando vueltas a la pluma entre los dedos, observó que dentro de las llamas había movimiento, imágenes que veía a través de un halo de fuego.

Una piedra de pie en medio de un claro, arde con un fuego en el que no hay astillas normales, porque arde sin combustible y no da calor. Nadie se sienta sobre la roca plana en la que una vez el viejo brujo Aoi se sentó y la habló. Hay tallos de una planta vigorosa amontonados a los pies de la roca, que esperan su regreso. Una cuerda de la longitud de su brazo está tendida sobre la roca. ¿Dónde ha ido él? ¿Cuándo volverá?

Pero la piedra ardiente es en sí misma una ventana, con las contraventanas abiertas a través de las que puede contemplar otro lugar.

Hanna cabalga con tres leones harapientos por una llanura en la que hay más hierba que árboles. El sol naciente brilla sobre su insignia de Águila de bronce. Se van de un pueblo, un grupo de cabañas de tierra cubiertas de hierba, algunos tejados están chamuscados. La empalizada de madera también está marcada por el fuego y las cicatrices de la batalla. Las tumbas recientes están fuera de la empalizada y nada más pasar estas, hay campos vacíos llenos de nieve recién caída.

El hielo escarcha las cejas de Hanna. En su mano izquierda enguantada sostiene una flecha rota con punta de hierro y emplumado de color gris acero que no se parecen a las de ningún pájaro que Liath hubiera visto o del que hubiera oído hablar. Los Leones, con expresión adusta cantan mientras caminan, Liath no puede oír las palabras, pero no es una canción alegre. Los aldeanos se agrupan en la puerta de la empalizada para despedirles. Un muchacho se va, con un hatillo en la espalda y corre detrás de ellos. Su madre llora, pero lo deja ir. Los Leones le hacen un hueco entre ellos. Hanna se queda mirando de frente, en dirección este, hacia dónde les lleva el camino...

¿Por qué no está Wolphere con Hanna? La rama roza la palma de la mano de Liath y el fuego chisporrotea y se reduce. Ahora ve una sala de techos altos iluminada por el cielo de invierno visto a través de enormes ventanas de cristal y por el resplandor de lo que parecen mil velas ardiendo a imitación de las estrellas. Un hombre entra con humildad, como una persona a la que presentan a una autoridad reinante, y al inclinarse ante una figura oculta, Liath lo reconoce, es Wolphere. En las paredes que tienen detrás ve frescos llamativos que representan los martirios de los siete discípulos: Tecla, Pedro, Matthias, Mark, Johanna, Lucía y Marian. ¿Es la cámara de las audiencias de la skopos de Darre?

Se endereza y levanta la vista, percibe la débil presencia de una persona sentada en una silla dorada con gran pomposidad. Sus losas nasales se dilatan por la sorpresa. Murmura un nombre entre dientes.

—Liath.

Liath se echa hacia atrás, acordándose de repente de que en la imagen que vio en

el fuego también había peligro. Estaban buscándola y podían verla cuando deambulaba por las llamas.

Pero era demasiado tarde.

Llegó a tocarla, tenía los dedos puestos con delicadeza sobre sus hombros.

¡Ay, Señora! Sus dedos no.

Los de él.

—Liath, preciosa —su mano se cerró sobre su hombro y, al agarrarla, la obligó a levantarse y darse la vuelta para apartarse del fuego. El viento no era más frío que su expresión—. Así que al final te encuentro sola —sonrió.

Ella se apartó, pero la sujetó sin dejarla marchar. Contuvo un lloriqueo. *¡Ay, Señora, no se atrevía a mostrar lo asustada que estaba! Agarró la pluma que tenía en la espalda, se quedó mirando el delicado brocado de su túnica y deseó convertirse en algo tan duro como la piedra.*

—Tienes buen aspecto, preciosa. Quizá sea mejor que te haya mirado poco en estos últimos seis días desde que llegué o habría estado terriblemente tentado.

No dijo nada, pero sabía que él todavía estaba sonriendo. Notaba, aunque su mano izquierda no la tocó, que su mano estaba cerca y después la abrió, doblándose. Su mano derecha la quemaba en el hombro como si le estuvieran presionando la piel con un trozo de hielo.

—¿No tienes nada que decirme, Liath?

No dijo nada. Estaba inmóvil, como las piedras, pesada, insensible.

—No me alegro de que me dejaras —dijo con su voz más amable—. Sí, estoy decepcionado. Pero te perdono. No sabías lo que hacías. Y no importa. Lo que pasó ese día no significa nada para nosotros. Todavía eres mi preciosa esclava.

—No —de un tirón, se soltó, casi cayéndose al fuego mientras con el talón esparció carbones y teas ardientes. Haciendo caso omiso, se paró a recoger el extremo de un palo ardiendo y lo cogió como si fuera una espada—. Soy libre de ti. Wolfhere me liberó.

Se rio de alegría.

—Esta es la Liath que recuerdo y la que la corte verá a mi lado, cuando llegue el momento, cuando pueda mostrarte como debes. Pero ahora nadie puede vernos. —Arrimó un dedo a sus labios para hacerla callar. A la luz del fuego, su bonita cara no era menos hermosa, embellecida por la luz y las sombras oscilantes—. Mírate Liath. —Levantó su mano izquierda, con dos dedos extendidos y murmuró una palabra. El palo ardiendo se extinguía como si una repentina ráfaga de viento lo hubiera apagado.

Su voz acalló la de ella y todo lo que salió de su boca fue un débil susurro, algo más parecido al aliento que a las palabras.

—Eso es un truco de un niño —dijo con modestia—, pero todos debemos empezar por algo. —Cogió con cuidado el palo de su mano y lo tiró—. Wolfhere no te liberó. Te robó. Todavía no he presentado una queja sobre Wolfhere ante el rey Henry, que dictará su sentencia. Da por seguro que lo haré, aunque,

desgraciadamente, debo esperar hasta que Sapiaientia tenga al niño, que viva y sea sano. Después de ese acontecimiento sagrado, mi puesto en la corte será irrefutable. Pero hasta entonces, Liath, no creas que has escapado de mí. Cabalgaremos juntos, hablaremos juntos, cantaremos juntos y celebraremos juntos, y tú estarás cerca de mí en todo momento del día.

—No soy tu esclava —repitió ella obstinadamente, resintiéndose del dolor de la tea sobre la mano—. Wolfhere me liberó.

Negó con la cabeza como un padre sabio contempla la estupidez de su hijo.

—¿Wolfhere? Él te quiere por sus razones. No creas que Wolfhere se quedó contigo por otro motivo que no fuera el de utilizarte en su provecho.

—No lo hizo por eso. —Entonces, horrorizada, también había hablado de ello cuando estaban solos, intentó echar a correr de nuevo.

Era demasiado rápido para ella y la agarraba fuerte por los brazos, sujetándola contra él.

—¿Cómo, Liath? No, no lo hizo por eso. Sin duda, él y los que eran como él tienen otros planes para ti.

—¿Qué sabes de Wolfhere y los suyos? —¡Ay, Señora! ¿Y si Hugh supiera de verdad algo y pudiera decírselo? ¿Cuánto estaría dispuesta a darle a cambio?

Pero solo suspiró profundamente y la besó en la frente. Ella se estremeció, paralizada por el miedo que notaba en el estómago. Él no la soltó.

—Seré honesto contigo, Liath, como siempre lo he sido yo. Solo sospecho que Wolfhere trabaja en coordinación con otras personas desconocidas. Él fue expulsado de la corte por algo, algún acto, alguna opinión y es bien conocido que ha llegado a dominar el arte de ver a través del fuego y de la piedra. Seguramente, debe tener otras habilidades o estar confabulado con los que las dominan. Sé que tu padre fue asesinado y sé que estaba intentando esconderte a ti, su tesoro máspreciado. Por lo tanto, alguien más debe estar buscándote. ¿No parece lógico? Si quieren asesinar a tu padre, ¿cómo puedes esperar amabilidad de su parte? Si te cogen, preciosa, desearás mucho más volver a mi cama, porque lo harán si no vuelves conmigo. Yo puedo protegerte.

—No quiero tu protección —se dio la vuelta intentando soltarse, pero él era demasiado fuerte y ella demasiado débil.

—Estás unida a mí —susurró—. Siempre lo estarás. No importa adonde vayas, siempre te encontraré. Siempre volverás a mí.

Vio una figura en la penumbra, una sirvienta en la noche, que quizá se dirigía a los retretes.

—Te lo suplico, amigo —lo gritó, ron la voz quebrada por el miedo.

Hugh le dislocó el brazo con fuerza podándose por detrás de la espalda, reteniéndola. El sirviente se volvió, no se podía ver su cara en la oscuridad, pero el fuego delataba su silueta con claridad.

—¿Cómo estás, amiga? —preguntó el hombre—. ¿Necesitas ayuda?

—Por favor... —empezó Liath, pero Hugh le apretaba la garganta con la mano que tenía libre y ya no podía hablar.

—No, hermano —contestó Hugh con firmeza—, no necesitamos ayuda. Puedes irte.

Ya fuera porque reconoció la voz de un noble, las ropas de un clérigo o porque simplemente obedecía a un tono concreto de la voz de Hugh al que no podía resistirse, el hombre se dio la vuelta y siguió su camino, dejándola allí.

—No —susurró, encontrando su voz otra vez cuando Hugh bajó la mano.

—Sí —sonrió Hugh—, eres mía, Liath. Al final me querrás.

—Quiero a otro —dijo con la voz quebrada. La pluma, todavía escondida, ardía como un carbón caliente en su mano libre—. Amo a otro hombre.

Supo lo amable que había sido antes porque ahora estaba pálido de rabia y la agitaba brutalmente.

—¿Quién? ¿Quién es?

Incapaz de controlarse, empezó a llorar.

—¡Ay, Señora, está muerto!

—Cualquier hombre al que quieras morirá, así lo afirmo. Haré que ocurra. No ames a nadie, ámame a mí, y estarás a salvo.

—Nunca te amaré. Te odio.

—El odio no es más que la otra cara del amor, hermosa mía. No puedes odiar lo que no puedes amar. Mi hermosa Liath. Me gusta oír tu nombre en mis labios.

Le creyó. Eso era lo peor. Él hablaba tan persuasivamente y su voz era tan suave... pero ella sabía lo que él era, había visto ya su ira.

—Siempre te trataré bien —dijo como si hubiera leído sus pensamientos—, mientras me obedezcas.

Empezó a llorar otra vez. Al verse obligada a llorar delante de él, como su miedo y debilidad eran tan evidentes, la dejó marchar. Corrió, como un conejo que milagrosamente se salva de las garras de un halcón.

—¿Adónde irás? —la llamó, burlándose de ella mientras corría—. Nunca escaparás de mí, Liath. Nunca.

Corrió hacia los establos donde había tantos animales y criados metidos que el aliento y el sudor casi calentaban el aire. Pero nunca volvería a sentir calor.

Anna tembló al notar el viento ululando entre los árboles; los copos de nieve caían al suelo girando; una delgada capa hacía que el suelo brillara y el viento zarandeaba las ramas de los árboles y agitaba la nieve que los cubría provocando repentinas cascadas de nieve.

Hacía tanto frío.

Aquí, cobijada por un abeto, por lo menos se sentía algo aliviada del miedo o de la tremenda hambre que sentía en el estómago como el temido abismo. Dos caballos también estaban cobijados bajo la cueva que formaban las ramas del abeto, con las riendas enrolladas sin apretar demasiado en un recodo de una rama gruesa, resoplaban en el lecho del bosque, intentando pastar.

—Vigila a los caballos —le habían ordenado dos soldados de *lord* Wichman después de que la encontraran merodeando por el bosque—. Suelta las riendas y huye si se acercan los eikas.

Ella no sabía que estaba tan cerca de los eikas. En sus expediciones diarias al bosque, se quedaba al cobijo de los árboles, pero todos los días tenía que buscar más allá de la maltrecha propiedad de Steleshame para encontrar algo de comer que echar a la cazuela compartida. Así, el joven caballero cada vez más hastiado de la poesía del maestro Helvidius y la señora Gisela que deseaba prescindir de todo aquel que no se ganase su sustento. Anna espantaba el agujazo frío del hambre. Si Matthias no hubiera muerto, esto no pasaría.

Se estremeció. No podía soportar pensar en Matthias. Puede que hubiera sido mejor haber muerto con él, dolía tanto estar sin él. Pero el viejo poeta y la niña confiaban también en ella; tenía que seguir.

Se frotó las manos y escuchó. Le habían dicho que se quedara al abrigo de la colina, para salvar los caballos si las cosas se torcían. En lo alto, todavía había hierba; bajo el cielo de invierno, se veía amarillenta y seca y suficientemente alta como para ocultarse entre ella. Si pudiera ver el ataque, ¿no se podría proteger mejor ella misma y a los caballos que la habían encomendado? ¿Y si el acero de las hojas de los soldados no pudiera atravesar la piel de los eikas? ¿Y si *lord* Wichman y sus hombres fueran asesinados y los eikas fueran a buscarla y ella no supiera que venían? ¿Y si no pudiera huir o las riendas no se soltaran de la rama del árbol? ¿Y si se cayera del caballo? No sabía cabalgar.

Puede que fuera mejor esperar aquí con los caballos a que volvieran los soldados, conducir delante de ellos al ganado capturado, pero si estuviera ciega y lisiada no podría soportar la espera.

Y en cualquier caso, no había nada que pudiera ver este día que fuera peor que lo que ya había visto ese año.

Subió por la ladera a gatas. La hierba crujía por su peso y ella se helaba de frío, después, poco a poco se fue arrastrando hasta la cima, asegurándose siempre de que los rabos de los zorros se movieran por encima de su cabeza. En lo alto de la montaña había una gran roca con líquen de color naranja seco pegado como si tuviera una piel escamosa. Allí, protegida se atrevió a mirar hacia el valle.

En el fondo, había un único establo andrajoso. El ganado pastaba con la misma monotonía de siempre, vigilado por tres esclavos vestidos con bastante menos ropa que ella. Apoyaba todo su peso sobre bastones. De vez en cuando, una vaca levantaba la cabeza de la hierba para mugir con nerviosismo. Las cabras paseaban por un altozano más allá del cual Anna podía ver bosquecillos de árboles e intuía el borde de las tierras que se inundaban con la crecida del río; si se movía lo suficiente, podía ver las torres de Gent en la distancia. Una mujer, tan débil que iba tambaleante, corría detrás de las cabras dispersas y las guiaba para reunirías. Anna no sabía contar hasta números muy altos, pero en este valle protegido en el que la hierba todavía cubría la ladera había mucho ganado bovino y cabras. Sin duda, este ganado había sido robado en Steleshame o en algún otro pueblo desafortunado. Según los informes que llevaban los soldados a caballo, en las tierras alrededor de Gent había muchos rebaños pastando, tierra buena para cultivar que bajo la administración de los eikas se había convertido en semillas.

Lord Wichman y sus soldados no estaban atacando, en realidad no, solo estaban recuperando lo que los eikas habían robado.

En el pastizal había pocos árboles, aunque seguramente en algún momento había sido un conjunto de campos largos y estrechos a juzgar por el paisaje lleno de hierba, alguna alta y moribunda, otra corta y nueva. Pero el ganado, la hierba y los esclavos no captaron su atención durante mucho rato. En el valle había otros objetos, a los cuales no pudo evitar observar con un terrible miedo que le ardía en el estómago.

Había unas cuantas piedras de pie que sobresalían de la hierba, a veces bajo un árbol, aunque más frecuentemente estaban encima de una pequeña elevación del mismo tono de la piedra al lado de la que estaba ella, pero más alta y monolítica que baja y fuerte. No había ningún eika con la piel brillante, el pelo de color blanco como el hielo, los dientes con joyas incrustadas y la punta de la lanza brillante, que vigilara a los esclavos y al valioso ganado. No había nada excepto esa docena de piedras, pero los esclavos no corrían al verse tan libres.

De *lord Wichman* y sus soldados no vio ninguna señal.

Conocía estas piedras, de alguna manera, le resultaban familiares, se parecían, cada una era... una amenaza.

La piedra que tenía más cerca estaba en la base de la ladera a cuya altura se arrodilló. Su superficie marcada se situaba un poco más lejos de un disparo de arco. ¿No parecía más lejana cuando miró la primera vez? ¿Por qué estarían las piedras allí en mitad de este valle, que no formaban ninguna figura evidente? ¿Por qué parecían diferentes de la roca que ella tenía detrás? ¿Por qué no crecía líquen sobre ellas?

Se quedó mirando a la piedra, asustada. Algo no iba bien. ¿Era lo que el maestro Helvidius la había dicho sobre la ilusión?

Pero solo era una piedra.

El morral se le clavó en el muslo. Era su escasa recompensa por las horas de búsqueda. Había encontrado unos puñados de bellotas que podía filtrar y moler para hacer gachas, ortivos marchitas y perejil para sazonar la sopa, y una ardilla muerta.

Su mente estaba en otro lugar, aquellos días en los que Matthias trabajaba en la curtiduría y Helvidius cantaba para el caballero todas las noches, cuando mendigaba trozos de comida de los soldados y comían todos los días. Ahora estaban terriblemente hambrientos de continuo y la pequeña Helen casi no tenía fuerza para llorar. Puede que hubiera sido más piadoso dejarla morir con su madre y su hermano.

Despacio, mientras miraba fijamente, aunque sin ver en realidad, la piedra cambió de forma igual que la ilusión juega con la forma de las cosas: la punta de una lanza, una cabeza, unos ojos que la miraban, la veían... Para nada era una piedra de pie, sino un soldado eika subiendo hacia ella un escalón cada vez, tomándose con calma la lenta subida.

El terror se apoderó de su corazón. Se le puso la piel de gallina en los brazos y el cuello. Quería gritar, pero de su garganta no salía ningún sonido.

—Si gritas te encuentran —había dicho Matthias cuando estaban en el fosoapestoso de la curtiduría mientras los eikas y sus perros merodeaban por los terrenos desiertos de la curtiduría—. Quédate quieta sin hacer ningún ruido.

Pero ¿podría un grito hacer que volviera a convertirse en piedra? ¿Podría un grito despertarla y liberarla de esta pesadilla? ¿Correrían los dos soldados a salvarla? Todavía estaban en algún sitio, escondidos, buscando a los guardas eikas...

¿O los habían asesinado ya los eikas?

¿Veían los soldados solo piedras y fallaban al golpear? ¿Los habían asesinado sin saber que ya se habían enfrentado a su enemigo disfrazado de roca estática?

En la entrada oscura al establo había movimiento, una figura se escabullía después de salir del tejado bajo. Más pequeña que las otras, su cojera y su cabeza inclinada la resultaban familiares.

Por fin el grito salió de su garganta, alto y penetrante.

—Matthias —No lo pudo evitar. Se puso de pie—. ¡Matthias!

La brisa hizo que el nombre se oyera en todo el valle. La mayor parte del ganado levantó la cabeza, seres torpes respondiendo por fin a este sonido desconocido.

El eika que la acechaba se quedó inmóvil sin dar un paso, como si estuviera intentando transformarse en piedra, pero era demasiado tarde. Los últimos rayos de

sol perfilaban todos los detalles de su forma, no era un sueño en absoluto, sino la ilusión que lo envolvía, la lanza de obsidiana con forma de hoja; lo prominente de sus labios y el brillo de los dientes; el tenue resplandor de las escamas teñidas de oro que conformaban su piel. Todo parecía sencillo ahora que la ilusión estaba desterrada. Una docena de eikas estaban clavados en el valle, como estatuas, y hasta que el primer soldado no salió de su escondite en la hierba y atacó con fuerza no se dio cuenta el eika de que su ilusión se había destrozado.

Se movieron, corriendo a luchar, pero el truco había funcionado en su contra. Mientras media docena de soldados entraron corriendo y el golpe de los cascos alertó a Anna de la llegada de *lord* Wichman, los eikas corrían por todas partes, casi al azar como si, separados, estuvieran desconcertados.

Los eikas que tenía a sus pies subieron por la colina en dos grandes pasos, entonces, dudando, se volvieron hacia el valle. Desde la ladera lejana, coronaron la montaña diez jinetes, a la cabeza de los cuales iba *lord* Wichman, y bajaron corriendo por la suave ladera al galope. Con las espadas en alto atacaron por parejas a sus enemigos dispersos. Otros seis soldados surgieron de la hierba con lanzas.

Un eika con una gran hacha de piedra se abalanzó sobre un lancero. Su enorme forma eclipsó al guerrero de forma que, cuando ambos se enfrentaron, Anna solo podía ver al eika. La punta de la lanza entró por la espalda de este; los dos luchadores se dieron la vuelta, y pudo verlos ambos. Mientras le tiraban al suelo, el mango de la lanza del lancero se inclinó cuando el hombre intentó desplazar al contrincante hacia un lado para esquivar un golpe del hacha de la criatura. El mango se rompió y el hacha cayó encima de la pierna del guerrero. Anna oyó algo, no sabía si el sonido procedía de la lanza rota o del hueso roto. Estando todavía en el suelo, el hombre seguía golpeando a diestro y siniestro, primero con el mango roto de madera y después con una daga en la cara y el cuello del eika hasta que al final se quedó quieto. Los eikas caían por todo el campo, la mayoría en silencio, algunos huían.

Matthias fue corriendo al refugio del establo. De los demás esclavos, uno le siguió al cobertizo destrozado mientras los otros dos corrían al verse libres.

—¡Matthias! —chilló ella. Ahora tenía que correr. ¿Y si los demás se retiraban y quedaba vivo algún eika?

Los eikas que estaban a los pies de su colina se volvieron al oír su voz y subieron corriendo por ella. No sabía si era para huir de la pelea o para darla alcance, pero eso daba igual. Un cuchillo en la mano de una niña muerta de hambre no se podía comparar con una lanza esgrimida por un guerrero eika.

Anna echó a correr. Se levantó, medio deslizándose, medio saltando pendiente abajo, para colocarse junto al árbol que le proporcionaba seguridad, donde debería haberse quedado todo el tiempo. En la distancia, escuchó los gritos de *lord* Wichman y sus hombres.

Si pudiera coger los caballos, tendría la seguridad que le habían proporcionado los soldados.

Pero el eika era mucho más rápido y rápidamente se acercó a escasos pasos. Oyó su aliento detrás de ella, sintió su presencia; su larga sombra se extendió para rodearla, para taparla, su leve sombra que bailaba por el suelo a medida que ella corría. Pero aunque era inútil, no podía dejar de correr.

Otro sonido ahogó el fuerte paso de los pies del eika, el ruido de los cascos. Una sombra más alta, un hombre subido en un caballo los rebasó a ambos y un grito vibrante de guerra desgarró el aire. Se tiró y rodó. El largo y delgado filo de una espada pasó por encima del amasijo de sombras que había sobre la hierba y luego disminuyó en la oscuridad. Detrás de ella se escuchó un ruido sordo. El jinete la adelantó, reduciendo la marcha y después cogió su montura. Ella extendió las manos y las rodillas y se detuvo, se levantó, con las manos y la cara arañadas, empezando a sangrar débilmente. Su respiración era tan entrecortada que pensaba que no podía tomar aire. Se dio la vuelta.

El eika estaba detrás de ella tumbado boca abajo, rajado desde el hombro hasta la espalda. Su fea cabeza casi completamente vuelta a la izquierda. Sus ojos perdían vida rápidamente. En el cuello no llevaba ningún círculo de madera colgado de ninguna correa. No había jurado lealtad a la humanidad. ¡Ay, Señora!, él y sus hermanos habían matado a tanta gente y probablemente a papá Otto también. Si le hubieran dado la oportunidad, habría matado también a Matthias.

Estaba allí de pie, se inclinó y escupió en su cara, pero ya estaba muerto.

—¡Ay, cuidado, niña! —El jinete se paró a su lado.

Se desabrochó el casco y se lo quitó. Asombrada, levantó la mirada hacia *lord* Wichman. Tenía una mirada enloquecida y en los labios una sonrisa de loco.

—Eres la que mis hombres encontraron en el bosque. ¿Por qué no te fuiste con los demás refugiados que mandamos hace meses a las zonas fronterizas? Eres un maldito fastidio, que casi echa a perder nuestro ataque.

Tenía las mejillas llenas de un hombre al que no le falta comida, incluso en tiempos difíciles. Aterrorizada, no sabía cómo hablarle. Ningún caballero se había dirigido a ella todavía.

Al final, tartamudeando, pudo hablar.

—El maestro Helvidius es mi abuelo, mi señor. —La mentira llegó a sus labios en el momento adecuado—. Tuve que quedarme con él, estaba demasiado enfermo para andar demasiado cuando los demás se marcharon.

Gruñó envainando su espada.

—Esta noche tendrá una historia victoriosa que relatar. Hoy hemos recuperado sesenta reses y el mismo número de cabras. —Su sonrisa era feroz y segura y parecía estar dispuesto a dirigirse inmediatamente a otra lucha—. Sigue, entonces —señaló hacia el oeste. A su alrededor, la nieve caía y resbalaba, los copos giraban con el viento—. Hay un buen paseo hasta llegar a Steleshame.

Después le volvió la espalda y se fue cabalgando para unirse a media docena de soldados a caballo. Se dirigieron al este. Anna corrió hacia lo alto de la colina y allí...

Había perdido todo el aire como si la hubieran dado un golpe en el estómago. ¡Allí! Al final encontró el aire suficiente para gritar.

—Matthias.

Con los otros esclavos, ahora liberados, había hecho una fila para ayudar a los demás soldados a guiar ni ganado y las cabras de vuelta a Steleshame. Al oír su voz, corrió tratando de encontrarla, entonces la vio y subió cojeando por la ladera.

Rompió a llorar y corrió a encontrarse con ella. ¡Ay, Señora!, estaba en los huesos y solo tenía una fina capa de piel con la que los sujetaba.

—Estás tan delgada —dijo, abrazándola con fuerza—. ¡Oh! Anna, creí que nunca volvería a verte.

Sollozaba tanto que no podía hablar.

—Calla —dijo él—, ya ha acabado todo.

—¡No ha terminado todo! ¡Nunca se acaba con ello! Nunca se irán. Siempre estarán aquí, cazándonos ¿no?

—Calla, Anna —dijo él, más serio. Porque ella había aprendido a obedecerle, se tragó los sollozos y se tranquilizó—. Estaba pensando en papá Otto —continuó—, creí que papá Otto podía sobrevivir incluso después de haber perdido a su familia, y después también sobreviví sabiendo que tú todavía estabas vivo.

—Pero todavía no sabías que estaba vivo, viste cómo atacaban.

—Tenía que creerlo.

Eso hizo que se callara.

—Ahora ven —le cogió la mano. El rebaño había empezado a trepar lentamente hacia el oeste—, cuando este grupo no vuelva al campamento principal, vendrán otros eika. Para entonces tenemos que irnos. ¡Señor de los Cielos!, Anna ¿por qué estabas con ellos? ¿Quedan tan pocos como vosotros en Steleshame que se están llevando a los niños?

Como el eika convertido en piedra por la ilusión, a ella le parecía que él era distinto de como era antes. Conocido, pero ya no era el mismo Matthias. Ya no era un niño.

—Aquí no hay ningún perro —dijo ella en voz baja, por decir algo y al final empezó a temblar. Le dolían los pies y tenía la nariz fría.

Cayeron en fila con los demás. Matthias utilizó su palo para empujar suavemente a una cabra extraviada.

—Los perros matan a las vacas y los eikas tendrán que pasar más tiempo protegiendo a las vacas de los perros que de un ataque como este. No vemos muchos perros con el ganado aquí fuera.

—¿Qué te ocurre en la pierna? —preguntó.

Pero él se limitó a mover la cabeza y no contestó.

Tardaron todo el día en volver andando a Steleshame. La cojera de Matthias empeoraba cada vez más, y al final uno de los soldados se apiadó de él y le permitió montar en su caballo.

La señora Gisela estaba embelesada, al ver que habían rescatado un buen número de cabezas de ganado de los eikas. Enseguida, ordenó a los sirvientes que prepararan una fiesta de agradecimiento.

Arma llevó a Matthias a una casucha del patio donde ella, Helvidius y Helen tenían su hogar. Esta minúscula cabaña, totalmente pecada a unas cuantas casuchas mal construidas después del ataque, tenía por lo menos el privilegio de estar dentro del muro de la empalizada recién reconstruido. Ahora, por supuesto, nadie dormía fuera de la empalizada. Steleshame ya no estaba poblada como lo había estado.

El maestro Helvidius envió a Anna a que se sentara con Helen mientras él se ocupaba de la pierna de Matthias, quejándose todo el rato de la señora Gisela y de sus aires de nobleza:

—Se pone a dar fiestas cuando no hay suficiente comida para los débiles. La obispa de Gent habría dado de comer a los pobres, bendita sea.

Matthias tenía fiebre, estaba demasiado impaciente para dormir, demasiado revuelto para tomar poco más que un sorbo de cerveza y un mendrugo de pan, pero al final se durmió sobre el único camastro que tenían, con la pequeña Helen acurrucada en su pecho. Anna amontonó las tres mantas para taparle y se resignó a tiritar durante toda la noche.

—No —dijo Helvidius—, tú vendrás conmigo al salón. No tiene sentido que te pongas enferma cuando tienes que atender a los dos. Y además apuesto a que habrá ternera asada. Puedes coger un hueso antes de que los perros lo hagan. —Así, convencida, pero a regañadientes, Anna dejó a Matthias y a la pequeña.

Pero esa noche, más tarde, mientras Anna estaba sentada, medio dormida cerca de la chimenea, después de que *lord* Wichman hubiera vuelto de su expedición, después de que él y sus hombres hubieran disfrutado de su celebración y de que a los criados afortunados les hubieran permitido engullir sus sobras, después de que Helvidius hubiera dado la serenata sin parar al joven caballero sobre sus hazañas, un trasfondo repentino y frío dejó helada a la muchacha como un grito de socorro sin palabras.

Bastante bebidos, los soldados cantaban una melodía subida de tono cuando la señora Gisela se retiró al extremo del salón que estaba oscuro. Anna escuchó palabras de enojo como si las susurraran bajo una manta. Pero al final el dueño volvió con el premio que *lord* Wichman no había obtenido hasta ahora.

Presentaron a la sobrina de Gisela, la mujer más hermosa que Anna había visto nunca, engalanada con alguna vestimenta delicada que había sobrevivido al ataque que en otoño sufrió la propiedad. La expresión de la joven estaba exenta de emoción; parecía, como los eikas, más una estatua que un ser vivo. Pero *lord* Wichman sonreía de oreja a oreja y brindaba por su belleza con una copa más de vino. Entonces la tomó de la mano y se fue, sin resistirse, a su cama separada por una cortina, mientras los soldados reían animados.

Un sirviente salió con un cubo de porquería para los cerdos. Cuando se abrió la puerta, el viento de la noche lanzó un repentino frío sobre la sala, como el frío que

hace en invierno, que hacía caer la escarcha sobre el suelo.

Entonces, la puerta se cerró y, como si todos respiraran al unísono, los soldados empezaron a beber y a cantar otra vez.

Mucho más tarde, cuando incluso hasta el más fornido compañero roncaba y Helvidius dormía con la cabeza apoyada sobre el brazo, oyó a una mujer llorar débilmente.

Como un síntoma de la persistencia de la lujuria en la humanidad, ajena a lo frío y gris del tiempo en el exterior y a las estrecheces del interior, la gente encontraba formas de continuar con sus aventuras amorosas, de manera más o menos secreta. Algunos de los clérigos más jóvenes de Rosvita tenían la costumbre, tan osada como divertida de enterarse de quién dormía con quién.

—... y Villam tiene una nueva concubina, lo que te aseguro que no es nada arañó, pero te juro que la he visto compartiendo sus favores, con *lord* Amalfred. —El hermano Fortunatus era uno de los muchos hijos de la robusta prolífica condesa de Herbaye así como la peor cotilla, con diferencia, entre los clérigos.

—Quizá cuando *lord* Amalfred vuelva a Salia, se lleve a la concubina y le ahorre al pobre Villam el dolor de la duplicidad —dijo la hermana Amabilia.

—Ah, bien, sin duda Villam tiene la vista puesta en una presa más succulenta. Seguro que lo vi mirando a la joven Águila.

—¿Nuestro amigo el halcón? —preguntó la hermana Odila, sorprendida.

—¡Por supuesto que no!, la morena. Pero sabes cómo son las Águilas y el código al que se comprometen. No se comprometen de esa forma, excepto entre sus camaradas. Pero he observado algunos cambios en otros sitios, manos que se encuentran y se acarician al tocar el cacharro en la mesa, ya sabes a lo que me refiero.

La hermana Amabilia suspiró profundamente y el hermano Fortunatus miraba al suelo al ver que su insinuación no provocó mayor reacción que esta.

—Incluso así —dijo Amabilia con voz cansada—, ahora no es tan interesante como cuando vivía el príncipe Sanglant.

—Os lo suplico —dijo Rosvita con severidad—, no habléis de los muertos irrespetuosamente.

El hermano Constantine miró desde donde molía bermellón como base para la tinta roja.

—Nunca he visto al príncipe Sanglant. Desapareció antes de que yo llegara.

—Ay, bien —dijo la hermana Amabilia—. La corte era mucho más alegre cuando el príncipe Sanglant la honraba con su presencia.

—Le agradeceré —dijo Rosvita, depositando su pluma— que no mencione su nombre en presencia del rey. —Comprobó la punta de la pluma sobre su dedo, suspiró y levantó el cortaplumas puní recortar la punta.

—Pero solo un guerrero —digo la hermana Constantine—. Seguramente no podía tener un porte tan fino, con modales tan elegantes y encantadores, y ser tan amable y benevolente, tan equilibrado, tan instruido como el *frater* Hugh.

Amabilia gimoteaba.

—El *frater* Hugh debería estar sirviendo en el monasterio en lugar de jugar a los cortesanos. Pero he estado durante ocho años en el avance del rey, Constantine...

—Siempre estáis recordándomelo —murmuro la joven clériga.

—Y me acuerdo del *frater* Hugh cuando estaba aquí, en la *schola*. Las plumas de un pájaro pueden cambiar de color, pero el pato es el mismo.

—Y estarás haciendo tu trabajo otros ocho años, hermana —dijo Rosvita en voz baja, si no te poner a trabajar.

Frente al agrio carácter de Amabilia, ella tenía una sonrisa muy agradable que utilizaba con buenos fines. También tenía la mano más delicada que Rosvita había visto jamás, profesora de *Litteras Gallia* y *Tulay-tilah* al igual que conocía la antigua *Scripta Actuaría*. Por esa razón, aunque no pertenecía a la más alta nobleza, ya formaba parte integrante de la capilla del rey. También enseñó a escribir a los estudiantes más prometedores en la *schola* del rey.

—Perdonad, hermana Rosvita. Tenéis derecho a reprocharme mi apego, impropio de mi condición, a los placeres de los que el mundo disfruta.

—A los placeres de los que el «el mundo» disfruta —dijo Constantine en señal de aprobación. En realidad era demasiado estricta dada la juventud de él, que no superaba los quince.

—Dios nos dio ojos para que pudiéramos ver y lengua para que pudiéramos expresar nuestros pensamientos.

—Y la humildad nos enseña a proyectar nuestros ojos hacia el suelo y a mantener silencio.

—Hijos míos —dijo Rosvita sin levantar la voz—. Haced vuestras tareas.

Constantine enrojeció y volvió a inclinarse sobre el almirez, mezclando clara de huevo con un poco de goma arábiga con el polvo bermellón. Amabilia no parecía escarmentada; por algo observaba con perversión las debilidades humanas, estaba en paz consigo misma. Afiló su pluma y volvió a su trabajo, hacer una copia de la valiosa *Vita de santa Radegundis* para la biblioteca de Quedlinhame. Los otros clérigo, algunos escuchando y otros no, trabajaban en un agradable silencio. Rosvita se volvió y siguió trabajando en su *Historia*.

Leyó la arte que acababa de terminar, la coronación del primer Henry, duque de Saonia, como rey de Wendar junto con su esposa, Lucienna, condesa de Attomar, como reina; su discurso ante los nobles y la aclamación de su mandato, algunas rebeliones y batallas pequeñas así como la lucha armada con la reina Warren, Gisela. Escribió con tinta roja la línea inicial de un nuevo capítulo, y después cambió a negro.

De Henry y su más celebre esposa Lucienna, nacieron estos niños, el primero llamado Arnulf, armado por todos, el segundo, valiente y trabajador, llamado Otto, mientras que la tercera, Kunigunde, madre del convento de Quedlinhame, era una mujer de sabiduría y autoridad singular. Henry también tenía otra hija, llamada Hadvidis, que se caso con Immed, margrave de Eastfall. Lucienna tuvo otro hijo, llamada Reginbern. Este cabalga como capitán de los dragones. Lucho contra los eikas, que estaban en ese momento arrasando Saonia e hizo la guerra sin misericordia contra ellos, de forma que fueron expulsados y durante muchos años les daba miedo incluso navegar por la zona de la costa wendiana.

Cuando pasaron todas estas guerras, entro en la zona este de Saonia un ejercito de jinetes qumanos, quemando ciudades, pueblos y monasterios. Hicieron tal matanza que es mejor pasar por alto esta destrucción en licencio en lugar de describirlo. Sin embargo, ocurrió que uno de los príncipes qumanos fue capturado. La margrave Immed lo llevo ante el rey, pero el monarca decidió por su parentesco que el qumano ofreciera al rey Henry en concepto de rescate del príncipe tanto oro y plata como cupiese en diez carros. Pero el rey desprecio su oro y pidió paz, que le dieron a cambio del prisionero y de otros regalos.

Oyó que volvían los cazadores, el escándalo de los caballos, los sabuesos y voces en el patio delantero. Se levantó, buscando una excusa para estirar la espalda y se dirigió a la puerta. En el patio, el rey Henry se reía por un comentario de su fiel compañero, el margrave Helmut Villam, mientras que el *frater* Hugh desmontaba y se volvía para ayudar a la princesa Sapientia. Detrás, los cortesanos se arremolinaban, más atrás, los sirvientes llevaban unos cuantos ciervos, varios pares de perdices, un bisonte europeo y un jabalí.

Sapientia salió corriendo hacia el *necessarium* y, con tanta facilidad como un vestido de seda se desliza por el cuerpo, Hugh se volvió para ayudar a la princesa Teophanu a desmontar, aunque, con lo buen jinete que era ella y con un sirviente preparado para coger su pie con las manos, no necesitaba su ayuda para nada. Pero Hugh era amable con todo el mundo, sin importarle el puesto que ocupara. ¿Se entretenía la mano de Teophanu más tiempo en la suya de lo que era necesario? ¿Estaba el rubor de sus mejillas producido por el viento o porque él la había tocado? Apartándose de la puerta, retirándose para dejar que entrara el rey, Rosvita se preguntaba lo que diría el hermano Fortunatus si hubiese presenciado la pequeña escena y después se sintió enfadado consigo misma por pensar en algo así.

Los cortesanos entraron en tropel, muy orgullosos por el éxito que habían conseguido en la caza. Ekkehard venía pisándole los talones a Hugh como un cachorro sumiso. El rey Henry estaba sentado en su silla. Los sirvientes le llevaron agua y trapos y le limpiaron las manos de suciedad y sangre. Por suerte, este salón, el

tercero en el que se habían detenido, era el más grande de los pabellones de caza reales del bosque de Thurin, y aunque entraba una inmensa cantidad de gente, no sobrepasaban la capacidad que tenía el salón con el tejado de dos aguas. Sapientia entró y se quitó la capa; después se sentó en el lugar de honor al lado de su padre. Ahora permitían que la pobre gente que había caminado medio día desde el extremo del bosque recibiera limosnas del rey. Al salir por una puerta lateral, Hugh ayudó a Ekkehard a repartirles pan, mientras Sapientia, cruzando el salón, miraba con ojos codiciosos.

Teophanu fue, como siempre, a sentarse al lado de Rosvita. Todavía sus mejillas estaban rojas.

—Espero que no te haya dado fiebre —dijo Rosvita, dejando a un lado su trabajo.

Teophanu la miró asustada y después, con la misma rapidez logró serenarse.

—Confío en no haber contraído unas fiebres de las que no pueda recuperarme. — Jugaba con la tela de la túnica que utilizaba para montar a caballo, enrollando la tela entre el pulgar y el índice.

En el otro extremo de la larga mesa, Amabilia levantó la vista de su tarea, pero, gracias a Dios, no habló.

—¿Dónde está mi clériga más apreciada? —preguntó el rey después de que todos los pedigüños hubieran sido conducidos afuera—. Rosvita —se levantó mostrando obediencia—. Leednos en voz alta, os lo ruego. Algo elocuente y agradable de oír que pueda instruirnos más.

Rosvita hizo una señal a Amabilia y la joven dejó a un lado su pluma para que Rosvita pudiera coger la *Vita*.

—¿Debería continuar leyendo la *Vida de Santa Rade Gundis*, majestad? —preguntó.

Él asintió con la cabeza.

Ekkehard, colocándose a los pies de su padre, dijo:

—Dejad que lea el *frater* Hugh, su voz es tan delicada. Estoy seguro de que así aprendo más de lo que haría solo escuchándole leer a su ritmo habitual.

Las mejillas de Teophanu enrojecieron. El rey miró sobresaltado. Sapientia se regodeó.

Hugh se quedó cerca de la puerta al lado de la joven Águila Liath; estaba limpiándose las manos de migas de pan, pero levantó la vista y sonrió amablemente, dando el trapo al sirviente antes de adelantarse.

—Vuestra presencia halagaría a cualquiera, alteza —le dijo a Ekkehard—, pero yo no soy digno de dicha alabanza. Nuestra estimada hermana Rosvita me ha eclipsado en todas las ramas del conocimiento, así como en buenos modales, de forma que a duras penas puedo compararme con ella. «Para alguien que está deseoso de saber por qué camino se alcanza la bienaventuranza, la respuesta es “conócete a ti mismo”». Se inclinó respetuosamente ante la clériga Mónica, que estaba sentada en un banco, al lado de una ventana con las contraventanas echadas, cerca de la

chimenea y aun así, lejos del humo más denso. Pero Rosvita imaginó por un momento que su mirada se detenía en la figura de la joven Águila Liath, que estaba cerca de la puerta, como si quisiera escapar afuera.

Curiosamente, la expresión del Águila parecía estar compuesta a partes iguales de odio, miedo y humillación aunque intentaba que su cara estuviera exenta de expresión. Nadie más la miraba, a estas alturas Hugh miraba hacia otra parte. Solo Rosvita seguía mirándola todavía con curiosidad por el libro, *¿lo había robado?*, y su habilidad para leer.

—Su humildad es un buen ejemplo para los demás, padre Hugh —dijo la clériga Mónica.

—Haga el favor de leer para nosotros —dijo Ekkehard.

Rosvita era demasiado lista para protestar. Dio el libro a Hugh.

—Yo también espero que lea para nosotros, padre Hugh.

—Sois demasiado generosa —dijo, pero cogió el libro.

—Ya lo creo —musitó la hermana Amabilia.

Rosvita volvió a sentarse. Teophanu, impaciente, todavía estaba jugando con su ropa, con la mirada fija en la cara de la hermana de mayor edad.

Henry hizo un gesto señalando el asiento que estaba a su lado, enfrente de Sapientia. Si le hubieran sorprendido en este cambio, no se le notaría en la cara: parecía tan contento con la presencia de Hugh como lo habría estado con Rosvita, fuera cual fuera el pensamiento desagradable que se reprochaba a continuación.

Hugh abrió el libro, se aclaró un poco la voz y empezó a leer.



Aquí comienza la vida. Radegundis, la más sagrada, nació en el seno de una familia de la clase más alta de la tierra. Procedía del linaje real de la nación bárbara de los Athamanni, la hija más joven del rey Bassir y la sobrina de la reina Hermingard, porque era costumbre en ese país que un hermano y una hermana gobernasen juntos. Pero el enemigo trabaja tan astutamente como cualquier ladrón que desea descubrir los tesoros más valiosos para robarlos en una casa, aunque trabaje en la más absoluta oscuridad. El ladrón realiza esta tarea agitando arena fina en cada esquina de la habitación para poder deducir el valor del objeto por el ruido que hace la arena al golpearlo. Así, también agitan las criaturas del enemigo la arena fina del mal entre los tesoros del corazón humano y con ello adivinan lo que pueden robar.

Así, súbitamente, perdió la reina Hermingard su sentimiento natural de fraternidad hacia su hermano. Al invitarle a él y a sus hombres a un banquete, los mató a todos. Ocurrió que entre sus invitados había varios caballeros salianos, y cuando llegaron noticias de su traición a Salia, su familia fue tan ultrajada que

eligieron a un representante, descendieron sobre los Athamanni y los exterminaron. Solo sobrevivieron unos cuantos niños entre los cuales estaba santa Radegundis. Fue su suerte, por la que pelearon algunos caballeros como parte de su saqueo, cada uno de los cuales quería que se quedara con ellos. Cuando el gran emperador Taillefer recibió las noticias de su terrible situación, la liberó de sus garras y la colocó bajo el cuidado de los guardianes de su villa real de Baralcha.

Aquí le enseñaron sus cartas y se familiarizó con los tratados sobre agricultura de Palladius y Columelina, aprendió a llevar inventarios y otras cuestiones pertinentes para que una mujer se encargase de la administración de una hacienda. Con frecuencia, hablaba con otros niños que se habían criado en la villa sobre su deseo de convertirse en mártir. Ella misma sacaba los restos que quedaban en la mesa a los pobres reunidos afuera y con sus manos lavaba la cabeza y las manos a todos los niños mendigos. A menudo sacaba brillo al Crisol con su vestido y recogía el polvo que se acumulaba en el altar en una servilleta y lo colocaba respetuosamente a la puerta en lugar de barrerlo.



De repente, Sapientia se tragó una risita y después dijo:

—Dios nos ayude. Se parece a *lady Tallia*. ¿Crees que Radegundis es la bisabuela de Tallia?

Henry frunciendo el ceño, se giró hacia su hija.

—No hables con tanta ligereza de una santa, Sapientia. De su matrimonio entre ella y el emperador no nació ningún niño y después de la muerte de él, se recluyó en el convento durante cincuenta años. Es indecoroso sugerir que pudo haber dejado sus votos.

Hubo un profundo silencio mientras todos en la sala intentaban no mirar al *frater* Hugh, cuyo error se hacía palpable en la hinchazón del vientre de Sapientia. El hermano Fortunatus chilló y gruñó, reprimiendo una carcajada.

Teophanu se levantó y se adelantó.

—Si lo deseáis, leeré ahora —dijo, y por haberle ayudado a cambiar de tema, recibió una sonrisa por parte de Hugh.

—¿Haciendo alarde de sus habilidades? —dijo Sapientia.

Teophanu no había tocado el libro todavía, pero sus mejillas ya habían enrojecido como si su hermana le hubiera dado una bofetada.

—Por lo menos tengo alguna.

—Niños —dijo Henry de pronto. Quitó el libro a Hugh, lo cerró con suavidad por la tapa e hizo una seña a Rosvita.

—Si queréis, hermana, leed para nosotros.

—No quiero escuchar nada más sobre ese tema.

Sapientia se puso una mano por la tripa con suavidad y se levantó impaciente para acercarse a la chimenea. Los caballeros y las damas se apartaron para dejarla pasar, unos cuantos de los más listos se habían ido, para escapar del calor, pero la mayoría estaban todavía allí. Una pelea pública entre las hermanas reales animaría en cierta medida cualquier tarde de invierno.

Ojalá caiga una peste sobre todas ellas, pensó Rosvita con tristeza cuando se adelantó para coger el libro, aunque después se reprochó a sí misma su mal carácter. Pero a la vez que el invierno enfriaba el aire en el exterior, también enfriaba su mente y su corazón, y con el cielo de invierno siempre surgían las peleas que el calor y la alegría del verano habían apaciguado. No obstante, en casi diecinueve años, Rosvita nunca había visto a Teophanu perder la compostura ni siquiera cuando era una niña. ¿Qué la había empujado a actuar así y por un motivo de tan poco peso?

—No tengo nada que hacer aquí —dijo Sapientia, retirándose a la silla de su padre—. Si me convirtierais en la margrave de Eastfall como prometisteis, tendría tierras que administrar hasta... —Se calló, se sentía ruborizada.

—Siéntate —dijo Henry. No miró a sus cortesanos, pero sabía que todos estaban escuchando.

—No quiero que te apartes de mi lado hasta que tengas el niño.

Sapientia estaba inquieta, miró al otro extremo del salón donde los sirvientes preparaban las mesas para la fiesta de la noche y esbozó un gesto que denotaba mal humor.

—Preguntaré a nuestros clérigos —dijo Henry, colocando una mano en su brazo, apaciguándola— por las copias que tenemos de estos tratados agrícolas, quizá incluso los que se mencionan en la *Vida de santa Radegundis*. Podéis hacer que os los lean.

Sapientia pensó en esto. Suspiró.

—Es una buena idea, padre. Pero también quiero un Águila o dos para mí, para que pueda enviar gente a mi entera disposición. Es lo que me merezco por mi nueva condición, ¿no?

—Sería adecuado —asintió él, consciente como siempre de que todos en el salón esperaban su opinión. Miró a Hathui, que acababa de volver de Quedlinhame de cumplir su misión y después a todos los demás. En ese momento, había cuatro Águilas mirándolo y muchos otros cumpliendo otras misiones como Wolphere y sus jóvenes compañeros que habían viajado al sur, hasta Aosta, con la obispa renegada Antonia.

Teophanu se había retirado en silencio y durante el intercambio había llegado hasta la puerta sin que nadie se diera cuenta. Cuando Henry miró, la vio justo en el momento en que salía bajo una lluvia suave. Liath estaba todavía de pie, obediente, al lado de la puerta.

—Hay alguien con quien me gustaría hablar —dijo Henry, y Hathui miró con acritud. Hugh ni siquiera miró.

—Es joven y fuerte, y ha demostrado su valía en Gent. También he oído que es muy hábil como Águila. Mis clérigos dicen que sabe leer.

Sapientia hizo una mueca.

—No quiero a alguien que sepa leer para que todos recuerden que yo no sé y Teophanu sí. Y de todas formas, ella es demasiado guapa. No me gusta. ¿Y qué te parece esta, padre? —señaló a Hathui.

Al ver que Henry arqueaba levemente una ceja, Rosvita dedujo que ya había tenido bastante, tanto respecto a la declaración que hizo Sapientia de su falta de ingenio y paciencia ante la corte allí reunida como de él mismo por permitirle continuar.

—Hija, o te quedas con quien te ofrecí o con nadie.

—Princesa Sapientia —interrumpió Hugh con dulzura—, ¿no es verdad que todas las Águilas son iguales como los ratones de campo lo son unos a otros?

—Pero ella es culta. Todos lo dicen. De eso hablaban todos los clérigos cuando llegamos. ¿No te acuerdas?

—¿De verdad hablas tanto sobre un Águila común y corriente? —preguntó. Su tono era de reprobación disfrazada de asombro.

Se encogió de hombros, recordando su dignidad y puesto.

—Permíteme descubrir si es verdad que es culta —dijo Hugh—. Le preguntaré —inclinó la cabeza ante el rey—. Con vuestro permiso, majestad.

Henry hizo una seña y la joven Águila se acercó y se arrodilló ante él. Miró a Rosvita como un ratón de campo que se siente obligado a mirar las garras de una lechuza. Las hermanas reales sintieron un mayor interés ante la perspectiva de dicho espectáculo, casi tanto como de la pelea, de la que ahora no podían disfrutar. Los que habían ido a calentarse al lado de la otra chimenea o a intentar conseguir camas para pasar la noche en una de las cámaras laterales, volvieron.

—Veamos —Hugh golpeteó con los dedos mientras pensaba. Liath mantuvo la mirada fija en las botas del rey—, sabes leer dariyano, ¿verdad muchacha? —preguntó amablemente.

—S... sí —murmuró, manteniendo la mirada baja.

—¿Sí?

—Sí, *frater* Hugh.

—¿Consideras que estás bien educada?

Dudó.

—Venga —dijo el rey—. No tenéis que temer decir nada con claridad y honestidad delante de mí.

—Eso me dijo mi padre —dijo al final, mirando todavía las botas del rey.

—¿Es eso un sí? —preguntó Hugh, evidentemente perplejo por su respuesta, o queriendo que ella lo dijera sin rodeos.

—Sí.

Y aunque lo dijo en voz baja, Rosvita se dio cuenta, quizá, de que no había ni un

ápice de orgullo en sus palabras.

—Ah, bien. ¿A qué obra de los antiguos podría estar refiriéndome? «Según se ha observado, hay raíces y arbustos que tienen muchos poderes que no solo afectan a los vivos, sino a los muertos».

De nuevo dudó. Los cortesanos se inclinaron hacia delante. ¿Había algo de renuencia en su expresión? ¿Tenía miedo de enseñar lo que sabía? ¿Dónde había conseguido ese libro y qué se escondía en él?

—Confío en que no te apetecerá mentir delante del rey —dijo Hugh con suavidad.

—Es de la *Investigación sobre plantas* de Teophrastus —contestó por fin, con una voz que casi no se oía.

Se alzó un murmullo entre la multitud, hubo empujones y guiños y unas cuantas miradas de malicia hacia Helmut Villam. Rosvita se preguntaba si era verdad que Villam había hecho una proposición a la guapa y joven Águila. Sí, el viejo margrave estaba mirando absorto a la joven.

—¿De dónde procede esta afirmación? «Para alguien que desea saber por qué camino se llega a la bienaventuranza la respuesta es: “Compruébalo por ti mismo”».

Asustada, levantó la vista.

—No lo sé —admitió.

Él asintió con la cabeza, esperando esta respuesta.

—Así escribe Eustacia, repitiendo las palabras del oráculo de Talfi: «Gnosi seaton», pero por supuesto tú no sabes arethousano, ¿verdad?

—El que me enseñó sabe tanto arethousano como yo —dijo con una inflexión tan rara que Rosvita se preguntaba quién le había enseñado arethousano y por qué.

Hugh levantó una mano con un gesto elegante que sugería que iban a ocurrir más cosas como esta.

—Sabes algo de dariyano. ¿Te dice algo la palabra «ciconia»?

—Significa «cigüeña» —dijo inmediatamente como si, al haber sido vencida en una ocasión, quisiera vencerle ahora a él.

—No, muchacha, me refiero a Tullia Marcia Ciconia, la gran oradora de la antigua Dariya. ¿Qué obras tuyas has leído?

—¿Que obras tuyas?

—¿*De officiis*? ¿*De amicitia*? ¿Puedes contarme algo de lo que contienen esos libros?

—No... No conozco esas obras. Quiero decir, he oído hablar de ellas pero... Titubeó.

Él asintió con la cabeza suavemente y miró a Sapiencia como si dijera:

¿Deberíamos dejar esto ahora? Pero continuó.

—Seguramente, tu formación sobre las escrituras de las madres de la iglesia es autodidacta.

—Conozco *Los actos de santa Tecla* —dijo en tono desafiante.

—Eso es verdad. Alteza —asintió con la cabeza mirando a Sapientia—. Conoces también los *Actos*, ¿verdad?

—¿No los conocen todos los niños? —preguntó Sapientia, que parecía ofendida.

—Los *Actos*, como *El pastor de Hermas*, es una obra que tanto los nobles como la gente corriente escuchan para instruirse. Pero ¿qué hay de las obras con las que el clérigo culto se forma a sí mismo? ¿*Las oraciones de catecismo* y su *Vida de Gregory*? Por supuesto, ¿habéis leído estas valiosas obras?

Negó con la cabeza. Se oyeron susurros entre algunos cortesanos. Algunos se rieron.

—¿La ciudad de Dios, de santa Augustina? ¿O su doctrina daisanita? La vida de santa Paulina, la ermitaña. Diálogo con Zurhai, la jinna de Justin Mártir.

Como atontada, negó con la cabeza justo en el momento en el que el rey levantó una mano, aburrido de esta demostración de ignorancia. Hugh se levantó. Su audiencia se tranquilizó, estaban expectantes. La pobre Águila bajó la cabeza como lo haría cualquier criatura avergonzada y miró al suelo.

—¿No se dice —pregunto Hugh a Sapientia y a los clérigos y laicos allí reunidos, como un profesor se dirige a sus estudiantes—, que el emperador de toda Jinna tiene un pájaro al que ha enseñado a hablar? ¿Habéis visto alguna vez a los animadores hacer que un perro ande sobre dos patas? Sin embargo, aprender eso no hace que un pájaro o un perro sean cultos. Si a un niño se le enseña, puede aprender pronto los significados de las palabras escritas en una página, o pronunciarlas, pero ¿significa eso que su entendimiento también ha recibido formación? Creo que tenemos ante nosotros un caso raro —sonrió con ironía, pero con un toque de diversión como un adulto que ante un niño incrédulo hace afirmaciones vanidosas—, no un prodigio. ¿Verdad? ¿Alteza? ¿Cómo juzgáis este caso?

Como se habían dirigido a ella, Sapientia negó con la cabeza.

—Por supuesto lo que decís debe ser verdad, *frater* Hugh. Entonces debe ser misericordioso que tome a esta criatura bajo mi protección.

Henry se levantó, y rápidamente todos los hombres y mujeres se levantaron, el joven hermano Constantine casi derrama su tinta roja por las prisas, para no mostrar descortesía hacia el rey.

—Hija, que eso sea una lección de que todos estamos bien atendidos por nuestros sabios consejeros.

—Y unos más que otros murmuró —Villam en voz tan baja que solo Rosvita y el rey pudieron oírlo.

Los labios de Henry se arquearon e hizo una seña a sus sirvientes. De repente, el otro extremo de la sala bullía de actividad. Dos sirvientes cogieron su silla y la llevaron al centro.

—Creo que podemos sentarnos a la mesa —dijo Henry y se dirigió hacia allí.

Rosvita se entretuvo mordida por la curiosidad. La joven Águila seguía de rodillas. Unas lágrimas cayeron por sus mejillas, pero no emitía ningún ruido, sin

moverse ni siquiera para limpiarse. Se limitó a quedarse mirando fijamente al frío suelo de piedra.

—¡Águila! —La llamó Sapia desde su asiento en la mesa central—. Sírveme.
Se levantó y en silencio, sirvió a su nueva señora.

CAPÍTULO 10



UN CIERVO EN EL BOSQUE

Sigue sin gustarme —dijo Sapientia a su compañera, *lady* Brígida, cuya posición social de actual favorita de Sapientia le concedía el privilegio de peinar a la princesa por la noche antes de irse a la cama—. Su piel, es tan... tan...

—¿Sucia? Se podía lavar más.

—No es suciedad, no sale. Me froté ayer —la princesa se rio—. Quizá es la hermana perdida de Conrad el Negro, o su hija ilegítima.

—Esto... es demasiado mayor para que sea su bastarda... pero quizá no, si se acostó con alguna niña cuando tenía la edad del joven hermano Constantine. Quizá una esclava jinna que escapó de su dueño.

—Entonces ¿cómo aprendió a hablar nuestro idioma? —preguntó Sapientia.

—La madre del duque Conrad no entró en el convento hasta después de que muriera Conrad el viejo ¿verdad? Quizá este es su segundo niño con otro hombre. —*Lady* Brígida tenía la desafortunada costumbre de gruñir cuando se reía, y se reía mucho. Había heredado muchas tierras, pero poco ingenio y sentido—. No creas que habría tenido que esconder al niño, a menos que ocurriera algo con el amante que había elegido.

—Creo que vive bastante lejos. En cualquier caso hay algo en lo que dices, Brígida, sobre que debe de tener sangre jinna, porque todos son así de morenos. Pero sigo diciendo que debe tener sangre wendiana, porque si no, no podría hablar nuestro idioma.

—¿No dijo el *frater* Hugh que a cualquier pájaro se le puede enseñar a hablar?

Liath afrontó esto sin rechistar. Su idiotez y arrogancia no la molestaban ni un ápice. En ese momento, Hugh no estaba en la habitación y después de tres días como Águila de Sapientia eso era por lo único por lo que vivía.

—Sigue cepillándome —dijo Sapientia—. ¿Con quién debo casarme, Brígida?

—*Lord* Amalfred —dijo Brígida inmediatamente—. Es muy guapo y mató a un oso la semana pasada y una docena de ciervos o más. Me gustaría tener un marido como ese. Cuando herede de mi madre, ampliaré mis posesiones hacia el este y necesitaré un hombre fuerte luchador a mi lado.

—Es el único hijo de una duquesa saliana. Debo casarme con un hombre con vínculos reales.

—¿No va a enviar el rey Henry a buscar un príncipe arethousano para que te

cases con él, dado que tu madre era una princesa oriental?

Sapientia suspiró profundamente y movió la cabeza, agitando la suave mata de pelo negro que *lady* Brígida había estado peinando.

—Incluso mi Águila sabe hacerlo mejor, Brígida. ¿No es así? Águila. ¿Por qué no puedo casarme con un príncipe arethousano?

En tres días, Liath había aprendido que a Sapientia le gustaba que ella fuera estúpida.

—No sé, Alteza.

Aunque, en este caso, lo sabía. Pero todavía le dolía la humillación de Hugh, porque había una parte de razón en sus palabras. Era verdad que leía y que papá la había enseñado mucho, pero cuando Hugh había hecho ostentación de su ignorancia públicamente, para torturarla, se había dado cuenta de repente de que papá la había enseñado mucho. Sabía más que Hugh y probablemente más que ninguna persona en la corte sobre los conocimientos que acaparaban los *mathematici* y aun así, ¿cómo podía juzgar cuánto sabía papá en realidad?

Era joven y había sido educada a la carrera e igual que un tiro de flecha hacia un enemigo oculto, disperso por todos lados y hacia ningún objetivo concreto. Había tantas cosas que ella no sabía y que, en cambio, sí sabría una persona educada en la *schola* del rey o en la escuela de una catedral o en los conventos y monasterios para que la consideraran culta. Aunque, a decir verdad, no tenía ningún interés en *Los discursos catequísticos de Macrina* o en las *Vidas de santos* anteriores. Se sentía atraída por la sabiduría de los antiguos, en lo relativo a los cielos, brujería o historia natural y las obras del mundo físico. El hecho de que papá la hubiera enseñado a construir su ciudad de la memoria y de esta forma recordara muchos hechos de esa ciudad, como las prácticas de herencia arethousana, no quería decir que fuera culta en el sentido en el que los demás lo entendían.

—Pobre —dijo la princesa—. Ves, mi querida Brígida, los príncipes arethousanos nunca podían salir del palacio porque son tan bárbaros que entre ellos solo un hombre puede ser emperador y solo uno de los hijos, sobrinos y primos del emperador que estaba reinando podía ser emperador después de él. Así que si alguno de ellos se va, podrían reclamar el derecho al trono y volver al palacio con su ejército y causar una guerra civil. Por esa razón, nunca hay guerras civiles en Arethousa, porque, una vez que se ha elegido al emperador, todos los príncipes regios de su generación son envenenados por su madre.

Liath sufrió la tentación de corregir a la princesa Sapientia pues, aunque tenía algo de razón, su relato estaba tan desordenado que parecía absurdo. En realidad, los arethousanos solo permitían que un macho fuese emperador, pero fue la infiel jinna *khshâyathiya*, quien hizo que su madre envenenara a todos los parientes que pudieran oponerse al derecho al trono.

—¿Es eso lo que quieres hacer, Teophanu? —preguntó Brígida con suavidad.

El grito retumbó en la garganta y la espalda de Liath a la vez y sus manos

agarraron con fuerza el cinturón. No podía evitar mirar hacia la puerta que estaba medio abierta; el humo salía de las antorchas embutidas en apliques en el pasillo del fondo. Él vino con sus ayudantes. La luz de la antorcha formaba un halo a su alrededor, tiñendo de color oro su delicado pelo rubio. Llevaba unas calzas largas, una túnica azul celeste bordada con motivos en forma de rayos de sol y una capa que colgaba de un hombro, cogida por un bello broche de oro y enjoyado con forma de pantera. Tenía el aspecto de un noble caballero recién llegado de cazar; solo por su barbilla afeitada se podía saber que era un clérigo.

Tanto los nobles como los demás que estaban en la cámara levantaron la mirada al mismo tiempo. Sapiaientia estaba radiante, Brígida sonreía como una tonta.

—Perdone —dijo Hugh con suavidad—, no era mi intención interrumpirla — Sapiaientia hizo una señal e inmediatamente le acercaron una silla y se pudo sentar a su lado. Los sirvientes trajeron toallas y agua para que pudiera refrescarse. No miró a Liath. No tenía que hacerlo.

—No hablábamos de nada importante —dijo Sapiaientia con demasiada rapidez.

—No, en serio, *frater* Hugh —dijo *lady* Brígida—. He oído que ahora vamos a ir al palacio del duque Burchard en Augensburg y luego al palacio real en Echstatt. Hay mucha y buena caza.

—Y hay una gran cantidad de soldados —añadió Sapiaientia, que siempre se ponía nerviosa al hablar de la guerra, para llevarlos al ataque sobre Gent.

—Me alegra oírlo —dijo Hugh.

A continuación, se prepararon para irse a la cama. En esta habitación de invitados había cuatro camas y cuatro catres. Liath sabía que en ese momento, en todas las habitaciones, se seguía su complejo ritual, como ocurre cuando había que sentarse para cenar, que se comprobaban categoría por categoría, estableciendo el orden de quién dormía dónde y al lado de quién, para que todos supieran quién tenía más privilegios y quién menos. Sapiaientia ocupó la cama de mayor privilegio en el centro de la habitación y Hugh la que estaba a su lado. Su proximidad a él no era motivo de comentarios, ya no. Brígida dormía al otro lado de Sapiaientia, las damas de menor rango por categorías, apartadas en las otras camas y los clérigos más privilegiados y más nobles en los catres que quedaban. Liath se retiró hacia la puerta, esperando la oportunidad de escapar para dormir en los establos o, al menos, como lo hizo las últimas dos noches, en el pasillo.

—Es una noche glacial —dijo Hugh—, y algunos de mis ayudantes se han ido para mantener calientes los establos. Toda vuestra gente puede dormir aquí con nosotros, alteza, para que nadie pase frío.

—Por supuesto —dijo Sapiaientia que deseaba parecer generosa. Se preparó todo.

—Aquí, Águila —continuó con indiferencia—, aquí hay sitio. —Hugh señaló un hueco libre en el suelo, al lado de su cama.

No se atrevió a decir nada. Se envolvió bien en su capa y se tumbó. Las antorchas se apagaron enseguida y se tumbó en la oscuridad, recibiendo de vez en cuando el

resplandor de una hebilla de oro de los cinturones o adornos que se habían colgado en las estructuras de las camas para ponérselos la mañana siguiente. No podía dormir, ni siquiera después de que las doce o catorce personas que había en la habitación se hubieran acomodado y las respiraciones se hubieran suavizado, y solo se oyera un suave ronquido o las largas cadencias del sueño. Notaba la presencia de él y el débil murmullo de su voz en un tono como de oración, tan dolorosamente como si estuviera tumbada sobre mil agujas punzantes. Notaba presión en el pecho, pero no podía resistirse a mirarlo. La sombra de su cuerpo estaba sentada sobre la cama, curvada sobre sus manos y de sus dedos colgaban trapos que brillaban. Parecía que estaba tejiendo.

Como si notara que le estaban mirando, se movió, escondiendo las manos.

—Alteza —susurró—, todavía no estáis dormida.

Sapientia bostezó.

—Hay tantas cosas que ocupan mi mente, amor mío. ¿Con quién me casaré? ¿Por qué no puedes ser tú?

—Sabéis que es imposible, aunque es mi mayor deseo. Si no fuera ilegítimo...

—¡Para mi corazón, no!

—*Shh*, no despertemos a los demás.

—¿Y que más me da si me oyen? Saben lo que hay en mi corazón como vos, igual que toda la corte, incluso mi marido, a pesar de lo tonto que es. Os quiero más que a nadie...

—Alteza —interrumpió él con suavidad—. Es vuestro destino, como heredera, casaros y el mío, como bastardo y clérigo, permanecer soltero. Debemos aceptar con alegría lo que Dios nos ha concedido. Con el tiempo encontraréis cariño y buena voluntad hacia vuestro marido.

—Nunca.

—Porque es el deseo de Nuestra Señora y Señor que la mujer sea fiel al hombre y el hombre a la mujer, todos excepto los que son fieles a Dios y se apartan de las vanidades, y tentaciones y placeres vacíos del mundo.

—¿Es eso todo lo que soy para vos?

—Alteza. Os lo ruego, no seáis dura conmigo, porque no lo soportaría. Ahora, ¿qué más os preocupa?

Liath no se atrevió a moverse, aunque se le estaba clavando una piedra en el muslo. La respiración de los demás se había hecho regular y uniforme como cuando se duerme plácidamente.

—Teophanu.

—No debéis tener miedo de Teophanu.

—Eso es muy fácil de decir, pero...

—Alteza. No debéis tener miedo de Teophanu.

Había algo en su tono que hizo temblar a Liath como si el suave movimiento de su capa de lana sobre la dura piedra del suelo alertara a la princesa, su voz se alteró.

—¿Estáis seguro de que todos duermen? —susurró.

—Nadie a quien tengáis miedo puede oírnos, alteza. —Se movió en la cama y Liath escuchó el ruido sibilante de los suspiros que hacen dos personas que se están besando apasionadamente.

—Ah —dijo un grito ahogado al final—. ¡Cómo deseo que llegue el día en el que me libere de esta carga!, vivo y sano, Dios mediante, para que podamos otra vez...

—Callad —se apartó de ella y de nuevo, escondido de todos menos de Liath, empezó a enrollar los hilos brillantes tan finos como la seda de una araña, entre sus dedos—. Dormid ahora, alteza.

Su respiración se suavizó, se calmó, y se quedó dormida. Liath estaba tan quieta como una piedra, pero se removió en la cama, rodando hacia atrás hasta que él se puso encima de ella como una roca al borde de un acantilado que hace sombra sobre las plantas que hay abajo. Contuvo el aliento.

—Sé que no estás dormida, Liath. ¿Has olvidado que pude observarte durante todas las noches, en las que estuviste a mi lado, pude estudiar tu cara mientras descansabas o cuando fingías que dormías? Sé cuándo estás dormida y cuándo no. Y ahora no estás dormida, hermosa. Todos duermen, menos tú y yo.

Solo podía hablar de esa forma si sabía que todos los demás dormían y ¿cómo podía saberlo? O quizá no le importaba. ¿Por qué iba a importarle? Era el abad de una gran institución, el hijo de una poderosa margrave, un clérigo culto de la *schola* del rey. Ella, comparado con eso, no era nada, era un Águila del rey, una fugitiva sin familia cuyos padres habían sido asesinados.

—Dime, Liath —continuó con el mismo tono de voz suave, persuasivo, hermoso—, ¿por qué me atormentas así? No está bien. No alcanzo a entender qué fuerza hay en tu interior que me molesta constantemente. Debes de estar haciéndolo a propósito, debes de tenerlo preparado, con algún objetivo pensado. ¿Cuál es? ¿Es este?

Él cambió de posición. Podía haber gritado, pero no pudo hacerlo, solo podía quedarse tumbada, enmudecida por el miedo, y entonces sus dedos acariciaron su mejilla, buscando sus labios, los exploró con suavidad, antes de dirigirse bajando por la barbilla a su vulnerable garganta. Notó cómo la bilis subía quemándole la garganta.

—Sube aquí —susurró, con los dedos hizo un dibujo en su garganta.

Si ella fuera a por él, quizá él dejara de atormentarla. Si le hiciera feliz, si le obedeciera, sería amable con ella.

Ese pensamiento salió rápidamente de su mente, igual que cae el agua por un tejado. Se apartó de él rodando, tropezando con un sirviente que estaba dormido. Sapientia murmuró, medio despierta, y afuera, en el pasillo un hombre se rio.

—Maldita sea —susurró Hugh. Ella se encogió esperando el golpe, pero él se limitó a apartarse de ella y por fin escuchó cómo su respiración se hacía más pausada y profunda. Todos los demás seguían durmiendo, tan tranquila, tan plácidamente. Solo ella no dormía.

La mañana pasó con rapidez y llegó el mediodía. Se levantó cuando vio que la oscuridad daba paso a la primera luz que se filtraba por las rendijas de las contraventanas. Unas cuantas antorchas ardían en la entrada a las cocinas mientras los sirvientes comenzaban a prepararse para la fiesta de la tarde. La niebla envolvía la empalizada y se pegaba a las esquinas, cubriendo el patio con un espeso manto de frío. En sus mejillas notaba cómo caían gotas de lluvia helada.

Las puertas se abrieron de golpe, pero nadie se había aventurado a salir a los retretes. La mayoría de los sirvientes no se habían levantado todavía y cualquier noble usaría sus orinales en lugar de aventurarse a salir tan pronto. Pero Liath podía ver perfectamente en la penumbra matutina y quería un momento de libertad. Se alivió y volvió, pero cuando las puertas se abrieron ante ella, en el borde hasta el que llegaba la niebla, se apoderó de ella tal terror que se quedó petrificada y cayó de rodillas. El suelo estaba helado, la humedad se filtraba por la tela de sus polainas.

No la vieron, pero ella los vio, escondidos de todo el mundo en el patio. Hugh se detuvo al abrigo de la puerta para ver a la princesa Teophanu. La princesa estaba dubitativa, demacrada, como una criatura semisalvaje, muerta de hambre, que respinga asustada, primero hacia delante, luego se aparta y después se echa hacía delante otra vez para oler la comida que alguien le ha dejado, desconfiada de que pueda haber una trampa, pero desesperada por saciar su hambre.

Le tocó la mano de forma íntima, enredando sus dedos con los de ella, pero sin tocarla más. Habló y ella contestó. Después le puso algo en las manos. Guiñó los ojos al filtrarse el sol por un hueco entre los árboles, disipándose una franja de niebla que ensombrecía la puerta, era su broche de pantera.

Furtivamente, Teophanu se apresuró a entrar otra vez. Él se entretuvo, mirando, buscándola, pero todavía estaba escondida en la niebla y el resplandor del sol naciente. Se volvió y fue hacia los retretes.

Liath se levantó y echó a correr tropezándose con Helmut Villam. La cogió con fuerza mientras ella se resistía y se tambaleaba. En el otro brazo, la manga colgaba vacía bajo el codo, la herida que había recibido en la batalla de Kassel cuando había defendido al rey Henry de las falsas reclamaciones de su hermanastra, Sabella.

—Perdone, *lord* Villam —dijo entrecortadamente Liath.

—Confío en que estés bien. ¿O vas con prisa a solucionar algún asunto de la

princesa?

—Solo he salido... disculpe, mi señor.

—No es necesario que te disculpes por nada —dijo, sin soltarla, sus ojos brillaban al mirarla. Era por lo menos quince años mayor que el rey Henry, pero todavía le quedaban fuerzas para ciertas cosas, como todo el mundo comentaba en el avance del rey jocosamente—. Soy yo quien debe pedirte consuelo a ti, porque estas frías noches he estado temblando en soledad.

En cualquier momento, Hugh volvería a aparecer por las puertas y la encontraría.

—Os lo suplico, mi señor, sois demasiado amable y yo llevo la insignia de Águila.

Él suspiró.

—Un Águila. Es verdad, ¿no? —La dejó ir y se puso la mano en el pecho—. Mi corazón está roto. Si alguna vez decides curarlo...

—Soy consciente del honor que me hacéis, mi señor —dijo rápidamente, retirándose—, pero he hecho un juramento.

—Y yo lo siento —se rio—. Habláis bien y sois bella. Estáis echándoos a perder como Águila, os lo juro —pero la dejó marcharse.

No podía obligarse a volver a estar bajo la supervisión de Sapientia. Y tenía que comprobar una cosa. Se fue a buscar a su camarada.

Encontró a Hathui sentada en un banco hecho con troncos fuera de los establos, sacando brillo a los arreos para el día de caza. Tenía el apero a sus pies; levantó la vista, sonriendo irónicamente a Liath, y la hizo una seña de que se sentara a su lado.

—Hay muchas cosas que puedes hacer —hizo un gesto señalando un montón de arreos salpicados de barro. La luz había cambiado, ahora era sobria y dorada aunque el sol no había iluminado los árboles de alrededor. Las manos de Hathui, sin guantes, estaban agrietadas y rojas por el frío.

—Debo volver —dijo Liath—. Su alteza va a empezar a buscarme cuando se levante. Solo quería...

—Lo sé —Hathui miró a su derecha, hacia donde estaban apiladas las alforjas—. Todavía en mi poder.

—Eres una buena camarada —dijo Liath.

—Soy tu camarada en las Águilas —Hathui gruñó—. Y no esperaré menos de ti, Liath, cuando te pida ayuda. Ahora, ¿me cortas el pelo otra vez? —Su pelo, corto, tenía las puntas desiguales.

Liath cogió su cuchillo, lo probó en un mechón de pelo y empezó a recortar las puntas con cuidado. Es tan suave como el tacto de un hermoso paño.

—Mi madre siempre decía eso —Hathui escupió en un trapo que utilizaba para sacar brillo a sus bridas—. Es una razón por la que dediqué mi pelo a santa Perpetua cuando juré estar a su servicio.

—¿Debería cortarme el pelo? —preguntó Liath de repente, acordándose de Villam.

—¿Qué quiere decir eso?

—Yo solo... es que... bueno, Hathui, cuando volvía de los retretes, el margrave me preguntó si... si, ya sabes...

—¿Te contó la triste historia de que su amada se ha ido con *lord* Amalfred y que por la noche tiene frío?

Liath gruñó y después, incapaz de evitarlo, se rio.

—¿También te lo propuso a ti, Hathui?

—No, en realidad, no, porque llevo el pelo corto, como dices. Pero lo hizo una vez, hace algunos años cuando acababa de llegar a las Águilas y pasaba el tiempo en la corte. Wolfhere me dijo que Villam es uno de esos hombres que sufren de lujuria o quizá pequeños daimones del fuego se han acomodado en sus entrañas y bailan de noche y de día. Se le conoce por su gusto por las mujeres jóvenes y por tener una cada poco tiempo. No me sorprende que haya tenido cuatro esposas, ¿o vapor la quinta?

—No quiero decir que agote a sus mujeres con sus atenciones físicas, sino que las hunde en la pena porque siempre está apartándose del buen camino; y aunque es un buen hombre, un general guapo y un sabio consejero en otros aspectos, el rey Henry al menos sabe hacer algo mejor que imitarle en este sentido.

—¿Cómo puedo evitarle?

—Es imposible evitar a alguien que está en el avance del rey. Pero Villam es un buen hombre, mejor que la media, y si eres modesta y respetuosa cuando estés cerca de él, para que sepa que pretendes seguir cumpliendo tus votos de Águila, no volverá a molestarte. ¿Qué llevas en la bolsa, Liath?

Casi agarra del cuello al otro Águila.

—Nada, nada. Es un libro.

—Sé que es un libro. Lo vimos en el Descanso del Corazón. ¿Qué tipo de libro escondes que parece que hubieras robado algo del tesoro del rey y quieres mantenerlo escondido por temor a que te maten si lo averiguan?

—Es mío. Era de papá. No puedo decírtelo, Hathui ni a ti ni a nadie. Hay ciertas palabras que no todo el mundo puede escuchar, hay que mantenerlas en silencio.

—Brujería —dijo Hathui—. ¡Ay!

—Disculpa —Liath tapó la herida con el extremo de su túnica—. No sangra mucho.

—¿Eso ha sido por mi curiosidad? —Pero parecía que Hathui iba a reírse, más que a enfadarse.

—Me acabas de asustar.

—Liath —suspiró Hathui, dejó sus bridas y se volvió. Por encima de su hombro, Liath podía ver los muros del pabellón de caza todavía envueltos en la niebla. Los sirvientes sacaban los caballos de los establos. Los hombres y las mujeres entraban y salían de los retretes. Cuando comenzaba el asado de la fiesta vespertina, empezaba a salir humo de las cocinas y los sirvientes, mugrientos por el humo y el hollín,

acarreaban cubos y calderas desde el río que estaba pasadas las puertas de la empalizada—, todos los pueblos de las zonas fronterizas tienen una sabia o un mago. Escuchamos lo que dicen porque siempre es bueno escuchar las palabras de los mayores, con los pocos que quedan. Algunos solo cuentan historias de la antigüedad, antes de que el Círculo de Unidad llegara a los extranjeros y las tribus wendianas. Ay, esos cuentos eran tan temibles y emocionantes que cuando los escucho temo por mi alma. Algunas veces todavía sueño con esas historias, aunque sus héroes y mujeres luchadoras son todos paganos. —Dio una palmada para ahuyentar a un pequeño y escuálido perro que se había colocado a su lado para olisquear sus arreos—. De todas formas, algunos de los más antiguos tienen poderes de los que nunca nadie habla. Pero cualquiera que viva al borde del páramo sabe que si pronuncias los nombres verdaderos de las criaturas que viven más allá de los muros y los campos, puedes hacer que vengan. En mi pueblo, a eso se le llama brujería.

—¡Ay, Señora! —dijo Liath, sin tener que darse la vuelta para saber quién estaba aproximándose.

—¡Ay, Señora! —los ojos de Hathui se abrieron más al mirar al lado de Liath. Se levantó, inclinando la cabeza—, el *frater* Hugh.

—La princesa Sapientia solicita los servicios de su Águila —dijo resueltamente. No dijo nada más, pero no se movió hasta que Liath guardó el cuchillo y se dio la vuelta para seguirle.

—¿Tiene el libro? —preguntó él en voz baja cuando cruzaban el patio—. Las Águilas son especialmente fieles entre ellas. Casi parece impensable que la gente corriente sea capaz de tanta lealtad. Pero ¿cómo puedes confiar en ella, una ciudadana sin más y no en mí, Liath?

No tuvo que responder porque Sapientia siempre estaba esperando, impaciente por ir a la caza. Se ocupaba de hacer cosas que no eran de un Águila, porque Sapientia tenía sirvientes a mansalva, pero al estar ocupada, estaba alejada de Hugh. Por fin, salieron, una gran cabalgata de jinetes nobles, con sus sirvientes a pie, los sabuesos y sus cuidadores y los leñadores del rey que vivían todo el año en el minúsculo pueblo que había junto al pabellón real. Entre el ruido, los gritos y el alboroto, Liath observó algo que la hizo sentirse inquieta de repente, Teophanu había prendido su capa de montar, que la llegaba a la cadera, con un broche de pantera de oro. Nadie pareció darse cuenta, ni siquiera Sapientia.

Al principio, el bosque que rodeaba el pabellón estaba bastante abierto. Los árboles crecían a la altura del hombro en la zona en la que los habían cortado para hacer leña para la chimenea del rey; había cerdos semisalvajes corriendo a refugiarse en la maleza y en los árboles jóvenes. Pero pronto los leñadores los guiaron hacia los árboles más viejos, más espesos. Soltaron a los sabuesos y siguió la cacería.

Su recorrido los hizo bajar por una quebrada y subir por una ladera empinada en la que la mitad de los jinetes tuvieron que desmontar y llevar a sus caballos por las riendas. Los abrojos se enganchaban en sus capas. Se hizo un hueco entre los que iban delante, los más duros y más imprudentes. Los sirvientes que iban andando quedaron rezagados. Liath casi no podía mantenerse a la altura de Sapia quien, a pesar de estar a mitad de su embarazo, estaba decidida a cabalgar a la cabeza del grupo.

Los robles y hayas habían perdido la mayor parte de sus hojas, aunque todavía quedaban algunas de color rojo y oro pálido en las ramas de los árboles. Había algunos árboles de hoja perenne dispersos, como rayos de verde fuerte. En los troncos de los árboles y en los agujeros o cerca de los charcos quedaban restos de la niebla matutina. Una lluvia fina caía intermitentemente.

El avance de los cazadores armaba un barullo constante al pasar por los restos y la madera muerta en el lecho del bosque. Cuando atravesaron un montón de helechos, levantaron una nidada de perdices. Los cazadores del rey atacaron y abatieron algunas, tirando de los perros que estaban todavía con el grupo, fuera del alcance de los pájaros. A lo lejos, se oían bramidos.

—¡Ciervos! —gritó un leñador. La caza seguía.

Ahora el grupo que iba delante se dividió en dos, el rey Henry y los nobles de mayor edad se quedaron detrás para dejar el orgullo de la caza a los adultos más jóvenes. Sapia iba en primera línea y Liath detrás de ella sobre un caballo castrado más fuerte que ágil. *Lord Amalfred*, *lady Brígida*, los caballeros y damas jóvenes gritaban y animaban entusiasmados, todos avanzaban en masa. Apareció Teophanu al lado de Liath, mirando fijamente. El broche de pantera brillaba con un rayo de luz del sol que se colaba entre las ramas. Miró hacia atrás por encima del hombro y, Liath, pensativa, hizo lo mismo. Hugh estaba detrás de ellos, pero, por raro que pareciera, Liath no le prestó atención como si por una vez, él no la hiciera caso.

Tenía la cabeza inclinada sobre la silla y los labios se movían sin emitir sonido alguno. Con la mano izquierda, cogió un minúsculo relicario de oro que colgaba de su cuello en una cadena de oro.

Sapientia desapareció entre los helechos. El caballo de *lord* Amalfred se echó hacia atrás asustado, negándose a atravesar la espesa masa de helechos y él, enfadado, lo espoleó para que siguiera.

—Alteza —gritó un leñador a Teophanu—. ¡Un camino! ¡Por aquí!

Ante sí tenía una densa masa de helechos o un sendero que, aunque estrecho, estaba despejado y Liath eligió ir detrás de Teophanu, pero el caballo de la princesa era mejor que el suyo para andar por estos bosques, era valiente y sabía muy bien el terreno que pisaba. Teophanu siguió adelante como si quisiera coger a su hermana y dejarla atrás. Como si quisiera para ella misma lo que su hermana quería tener.

—¡Apartad! ¡Apartad! —gritó un hombre detrás de ella, y Liath apartó a su caballo ante una docena más o menos de nobles jóvenes, incluido *lord* Amalfred, que pasaron por el camino—. Veo al ciervo.

—¡Un ciervo! ¡Un ciervo! —gritaron también los demás.

Liath lo vio, también, una bonita hembra de gamo saltando ante ellos, echó a correr entre los árboles. Amalfred y los demás se adelantaron apuntándola.

Excepto que no era un ciervo. Era Teophanu, cabalgando a lo lejos delante de ellos entre los árboles todavía envuelta en la niebla matutina. Era una ilusión. El recuerdo de Gent la golpeó con tal fuerza que soltó un poco las riendas y dio un grito. Una imagen a través de la cual solo ella podía ver. Incluso Sanglant, que quería creerlo, no se había atrevido.

Gritó.

—¡Para! ¡No dispires! —gritó tan alto como pudo—. Alteza, ¡diga algo! ¡Sujete su caballo!

¿Llegó su advertencia tan lejos?

Teophanu hizo que el caballo se parara y empezó a darse la vuelta como si hubiera oído...

—¡Ay, Señora! —gritó uno de los nobles—. Ahora va más despacio. ¡Es nuestra oportunidad! —se volvió para hacer una seña a otro jinete de que adelantara—. Princesa Sapientia. Siga adelante.

Pero *lord* Amalfred ya había bajado.

—Este es mío.

—Deténgase —gritó Liath, pero Hugh la adelantó y puso su mano en el hombro. Su voz se esfumó.

Teophanu ya se había dado la vuelta, levantando una mano dándose por enterada, hubo un instante en el que su cara reflejaba que se había dado cuenta de lo que ocurría. Se le heló la expresión por el miedo.

Amalfred disparó. Otro caballero también. Las flechas se dirigieron con rapidez a su objetivo.

Esta vez no se quedaría inmóvil. Se soltó de Hugh. Por favor, Dios, permite que pueda llevar fuego solo a sus ojos. Permite que el fuego de la imagen de la piedra ardiente pase a través de ella como a través de una puerta, como si un daimon de la esfera ardiente que estaba en lo alto hubiera descendido bajo la luna y hubiera impregnado la veloz madera de las flechas con su fuego abrasador.

Ambas flechas ardieron en el aire. Teophanu se tiró del caballo. Los llantos y gritos que ensordecieron a Liath fueron su combate.

—Dios mío, la princesa.

—¡Un milagro! ¡Un milagro!

—*Lord Amalfred*, ¿qué pretendíais con esto?

—Pero si he visto un ciervo. Estos otros...

Mientras todos decían que también habían visto un ciervo, Sapiencia empezó a sollozar ruidosamente. Liath pasó las riendas por la cabeza del caballo, desmontó y salió corriendo, se enganchó los dedos en un tronco, y con las prisas por alcanzar a Teophanu, al saltar sobre otro se le hundieron las botas en la espesa capa de hojas caídas y podridas.

El pelo de la princesa estaba totalmente alborotado, las trenzas sueltas, la túnica que utilizaba para montar a caballo la tenía retorcida en las caderas, las calzas bordadas en oro rasgadas hasta las rodillas, la cara rozada y manchada de porquería. Se levantó y fue a coger su cuchillo mientras Liath tropezaba y caía a su lado.

—¿Has venido a terminar el trabajo siguiendo sus órdenes?

Liath levantó las manos para mostrar que no tenía nada en ellas.

—Alteza, ¿estáis herida?

—Tu voz —los ojos de Teophanu brillaban de estupefacción—. Tu voz es la que me estaba avisando. ¿Qué traición es esta?

—Os confundieron con un ciervo cuando estabais cabalgando, Alteza.

—Yo no soy ningún ciervo al que poder cazar y asesinar. ¿Ha sido un accidente, Águila?

Pero en ese momento apareció un leñador y la multitud avanzó por el bosque para rodearlos como una criatura que se mueve sin sentido. Atrás en el camino, Hugh consolaba a Sapiencia, que lloraba.

El rey había llegado adonde estaban los demás y en el murmullo de voces, Liath oyó que repetían una y otra vez que aproximadamente una docena de ellos e incluso los leñadores no habían visto a Teophanu, sino a un ciervo.

—Es obra de las brujas —dijo alguien.

—Un milagro —dijo otro.

—Demasiados jóvenes tontos exaltados buscando premios y viendo visiones en la niebla —dijo Villam indignado.

—Este día de caza se da por terminado —dijo el rey Henry. Un mozo le ayudó a desmontar. Se acercó a su hija y alargó una mano. Ella la agarró y se levantó del suelo—. ¿Estás bien? —preguntó. A esas alturas Villam había mandado a la

muchedumbre que estaba detrás de ellos que se estuvieran quietos, apartándolos del caballo asustado. A lo lejos, los sabuesos aullaban con furia. Henry soltó la mano de Teophanu e hizo señas a un cazador para que se adelantara—. Sigue a los sabuesos — dijo— y trae a los pabellones la carne que cojas.

El hombre asintió con la cabeza. Enseguida, los leñadores y los cazadores siguieron solos, aunque era evidente que alguno de los jóvenes nobles deseaba ir con ellos.

—¿Puedo estar un momento a solas para poner en orden mis ideas, padre? — preguntó Teophanu antes de montar otra vez.

Hizo un gesto a los ayudantes de que se apartaran y él mismo lo hizo también. Liath empezó a retirarse, pero Teophanu le hizo una seña y Liath dudó, con miedo a que la vieran con ella, a no obedecer.

—¿Fue un accidente? —repitió la princesa, con una severa mirada, la boca era una fina línea—. ¿Es esta traición idea de mi hermana?

La idea de que Sapientia tramara algún tipo de intriga hizo que la boca de Liath se abriera mostrando una incredulidad sorprendente.

—¿Vuestra hermana? No. Pero no fue un accidente... —Entonces se calló. Ya había dicho demasiado.

Teophanu no dijo nada durante un buen rato. Lentamente, una mano arañada y sangrando apareció para tocar el broche de pantera que mantenía la capa cerrada.

—¿Era brujería? ¿Y de quién?

—No puedo probar nada, alteza. Solo sé lo que vi.

—O lo que no viste —levantó la vista para ver lo que ocurría detrás de Liath y la retiró rápidamente como si estuviera avergonzada—. ¿Soy mejor que los que vieron un ciervo en el bosque que es únicamente lo que querían ver? —De un tirón y con una mueca repentina, se quitó el broche de pantera de la capa y lo tiró detrás de ella hacia las hojas—. Te debo una, Águila. ¿Cómo puedo recompensarte?

Lo soltó, sin intención de decirlo, pero fue más apasionado por su pura honestidad.

—Apartadme de él, os lo suplico.

—«La docilidad de la paloma con la agudeza de la serpiente» —susurró Teophanu—. Pero necesito pruebas. —Todavía pálida, buscó a tientas entre las hojas hasta que encontró otra vez el broche. Con cuidado, como si fuese veneno, lo metió entre el cinturón y la túnica—. Haré lo que pueda. Vete ahora. No es bueno que te vean conmigo, si lo que sospecho es verdad. No digas nada a nadie hasta que yo te diga que puedes hacerlo.

Henry estaba furioso. Los que habían ido a cazar volvieron temprano, armando tal jaleo que alteraba la tranquilidad de un día que Rosvita confiaba en que fuera productivo para sus clérigos. Pero las historias que había oído, de fuentes tan diferentes, eran lo suficientemente alarmantes como para que al ver que la princesa Teophanu llegaba cabalgando ilesa se sintiera aliviada. Para su sorpresa, a pesar de que su vestido estaba desarreglado, su pelo alborotado y su piel arañada y manchada de suciedad y marga, la princesa se encontraba perfectamente.

—Son tan orientales —murmuro el hermano Fortunatus—. Sabéis que estos arethousanos son herméticos.

—Ahórrate estos falsos conocimientos —dijo la hermana Amabilia—. Pobre Teophanu, confundirla con un ciervo.

El rey no tenía intención de calmarse por el testimonio de todos los presentes. Todos, incluso los leñadores y los cazadores que iban delante con el grupo de Sapientia, habían visto un ciervo en lugar de una princesa.

—La lluvia nubló nuestros ojos. La niebla nos confundió. Fue por la forma que tenían las ramas por encima de su cabeza. —Dijeron todos profundamente consternados por el accidente.

—¡O había un ciervo detrás de ella en el bosque y con la precipitación disparasteis sin mirar de cerca! *Lord Amalfred, lord Grimoald*, ya no sois bien recibidos en esta corte. Al anoecer os habréis marchado. Mañana, todos nos iremos de este aciago lugar. Ya he perdido a uno de mis hijos y no tengo intención de perder a ningún otro.

Ninguna protesta, ni siquiera de Sapientia, pudo modificar la opinión del rey. Los dos jóvenes caballeros salieron de la sala deshonrados. Henry se pasó el resto del día en la misa que celebraba el *frater* Hugh. El rey estuvo rezando y dando gracias en especial a santa Valeria, cuya festividad se celebraba ese día y cuya milagrosa intervención había evitado que su hija sufriera un daño mayor que la caída. Antes de la fiesta repartió pan con sus propias manos a los mendigos habituales que se habían congregado fuera de la empalizada. Habían venido de los pueblos situados en el extremo del bosque al oír que llegaba el rey a esta zona de los pabellones de caza situada más al sur. Algunos habían andado varios días con los pies cubiertos por harapos confiando en conseguir comida o una bendición.

En la fiesta, Teophanu suplicó un favor a su padre.

—Os lo ruego, majestad, permitidme emprender una peregrinación al convento de santa Valeria para prodigarla un agradecimiento adecuado por salvarme la vida. Seguramente hoy me protegió.

Él era reticente a dejarla ir después de un incidente como ese, pero el milagro había sido presenciado por una docena de personas o más.

—Me llevaré un Águila —dijo— y así podré enviar cualquier mensaje rápidamente.

—Como señal de mi favor —dijo él—, puedes llevarte a la fiel Hathui, hija de Elseva, siempre que tú y ella volváis bien a mi avance a finales de año. No tardarás más de dos o tres meses en hacer el viaje.

—No me llevaría a una sierva tan leal hacia vos, majestad —contestó ella, tan tranquila como si esa misma mañana no hubiera habido ninguna flecha dirigiéndose a su cabeza y su pecho—. Pero si pudiera llevarme otro Águila... —su mirada se dirigió ala joven Águila que estaba unos pasos más atrás de la silla de Sapientia.

Sapientia se levantó, su contorno voluminoso hizo que su gesto de odio fuese torpemente exteriorizado.

—Solo quieres llevarte lo que es mío.

—Siéntate —dijo el rey.

Sapientia se sentó.

—Es verdad —dijo Henry— que Sapientia tiene un Águila, que yo puse a su servicio. Pero también es justo que tú, Teophanu, tengas un Águila. Dado que te vas de viaje, será mejor que te lleves dos. Cuando quiera Hathui, elegiré una entre mis ayudantes.

La fiesta continuó. Pero la paz de espíritu de Rosvita ya estaba alterada porque, de repente, se acordó de que Sapientia disfrutaba de la novedad de tener un Águila que la atendía constantemente. Liath había estado en esa cacería y seguramente lo había visto todo. Alguien había mencionado que la habían visto ir a ver a la princesa después de que se cayera. Pero nadie la había llamado para testificar, mientras que hasta los leñadores y los cazadores del rey habían dado testimonio una vez que los nobles acabaron de hablar. ¿Cómo era posible un fallo así?

¿Por qué debía darse cuenta ahora Teophanu, la inescrutable Teophanu, e incluso intentar que formara parte de su séquito? ¿Solo para provocar a su hermana?

Por esa razón, ¿por qué iba Teophanu a hacer una peregrinación en invierno cuando podía enviar sin problema a los sirvientes con regalos de oro y plata y lienzos para el altar, el adorno de la iglesia y el tesoro del convento?

Dos flechas estallaron en llamas en el aire. ¿Todo el mundo estaría de acuerdo en que era un milagro hecho por un santo? Pero Rosvita no creía en las coincidencias.

«Disfrazados de *estudiantes y magii* —le había dicho el hermano Fidelis la pasada primavera—, me tientan con la sabiduría». ¿Por qué recordaba ahora esas palabras?

Teophanu sabía tan bien como cualquiera la razón por la que era famoso el convento de santa Valeria. Sus madres abadesas eran conocidas por el estudio del arte prohibido de la brujería.

Otra vez estaba lloviendo. La lluvia hizo que Sapiaientia estuviera irritable, solo se sentía feliz cuando se ocupaba en hacer cosas.

—Tráeme vino, Águila —dijo ella, aunque tenía sirvientes que le podían dar el vino—, y leche, quiero leche. —Marcharse del bosque de Thurin había hecho que Sapiaientia estuviese irritable. Cabalgar hacia el sur camino del ducado de Avaria había hecho que Sapiaientia estuviese irritable. El hecho de que estuviese embarazada había provocado que Sapiaientia estuviese irritable—. Lee para mí, Hugh, estoy aburrida. No es porque que no me permitan salir a cazar solo porque tengo un poco de fiebre —bostezó—. Estoy siempre igual de cansada.

Hugh se dio la vuelta dejando a su espalda la gran chimenea del salón del rey en el palacio de Augensburg. Más impaciente de lo habitual, porque habitualmente era tan blando como la nata que queda en un cacharro sin tocar, había estado esparciendo hojas y agitándolas encima del fuego encendido. No miró hacia Liath ni siquiera parecía darse cuenta de que estaba allí. No lo necesitaba.

—Me gusta *lord* Geoffrey —continuó Sapiaientia, hablando sin parar a pesar de estar quejándose de que estaba cansada—. Es un buen cazador y siempre tiene buenos modales. A padre le gusta tanto que le pidió que cabalgara a su lado en la cacería de hoy. Pobre Brígida. Supongo que deseas que él no estuviera todavía casado.

—Es de Varre —respondió Brígida—. No sé si mi tío Burchard querría que me casara con un caballero de Varre, no después de lo que le pasó a mi primo Agius. Y no sé qué tipo de herencia traería Geoffrey como dote.

—Pobre hombre. Perdió su herencia frente a un bastardo —la princesa sonrió.

Hugh levantó la vista de golpe.

—¿No es *lord* Geoffrey el heredero al condado de Lavas?

—Claro que no. —Sapiaientia sonrió con la satisfacción de un niño parsimonioso que después de mucho tiempo gana una carrera contra sus rivales—. Pero tú no estabas en ese momento en la corte. Padre perdonó al conde Lavastine su traición y le permitió nombrar heredero a su hijo ilegítimo.

—Su heredero —murmuró Hugh con un tono tan raro que Liath se quedó quieta para mirarle fijamente.

Se arrodilló al lado de un cacharro de arcilla lleno de hierbas secas. Encima de

sus muslos tenía un trozo de tela marcado con una letra que no alcanzaba a leer, y al mirar Liath, ató con sus manos el trozo de tela con un complejo nudo.

Controla.

La palabra llegó espontáneamente a sus pensamientos. Un fragmento del *Libro de secretos*, que ella misma había copiado de un penitencial de la biblioteca de un monasterio en Salia, surgió de la ciudad de la memoria y lo tenía en la lengua. Lo murmuró entre dientes:

—«¿Has cumplido las tradiciones de los *mathematici* que dicen que deberías obtener energía al agarrar y soltar el tejido entrelazado conseguido mediante las fases de la luna y el sol, las erráticas y las estrellas, todos interrelacionados entre sí? Estas son las artes conocidas por los daimones del aire superior, y está escrito: “Lo que digas o hagas, hazlo todo en nombre de Nuestro Señor y Señora”. Si has hecho esto, deberías ser juzgado ante la skopos».

Pero había algo más que apuntar y que no se refería a las artes de la astronomía. «Si has hecho nudos y conjuros...».

Hugh levantó la vista hacia ella, como si pudiera saber en qué estaba pensando, y cuando él esbozó una sonrisa, ella enrojeció, temerosa. No la había dirigido una sola palabra desde el incidente en el bosque y eso era peor que nada de lo que había ocurrido antes..., porque ella subía y él también que solo estaba aguardando el momento oportuno.

—Este embajador húngaro es tan ordinario. —La princesa continuó sin hacer caso, igual que los demás parecían no hacer caso de lo que hacía Hugh cerca del fuego, como si se hubiera protegido de la curiosidad de ellos—. Tiene una forma de coger la comida que parece que no estuviera bien para que él se la comiera. No crees que padre quiera que me case con el rey húngaro, ¿verdad?

—No lo creo, alteza. —Hugh echó la última hierba al fuego y se apartó, quitando la ceniza blanca de su túnica, inmaculada hasta ese momento. El trozo de tela había desaparecido—. El rey húngaro acaba de convertirse a la fe de las Unidades, alaba a Dios y creo que desea a una mujer de familia wendiana para que se establezca allí y pueda traer sus conocimientos del Círculo de la Unidad y el ejemplo de su fe a su pueblo.

—Esa podría ser una ocupación útil para Teophanu cuando vuelva de su peregrinación. ¿Dónde está mi leche?

Un criado le dio vino y leche. Hugh salió de la sala hacia las habitaciones de invitados que estaban al fondo. Con las contraventanas echadas, el salón era oscuro y había humo. Los tapices que llevaron en el avance del rey se habían colgado en las paredes pintadas al fresco para que proporcionasen calor; así se había creado un mosaico raro de imágenes, pintadas y tejidas, entremezcladas. El suelo estaba suavizado por esteras recién cortadas. Había tres chimeneas encendidas y lámparas que iluminaban el otro extremo de la mesa donde trabajaban una docena de clérigos. Los demás, incluso la hermana Rosvita, se habían ido a cazar.

Había velas en cacharros de arcilla sobre todas las repisas de las chimeneas; las habían encendido por la mañana y estarían encendidas durante todo el día y la noche. Era el primer día del mes de Decial, llamado misa de la vela; el día más corto del año, el solsticio de invierno. Los paganos lo llamaban Dhearc, la oscuridad del sol, y este día era tradicional ir a cazar, hiciera bueno o malo, porque este día el sol y la luz, en la persona del regente, por fin vencían a la oscuridad y al desorden, representado por la pieza de caza que fuera abatida y festejada. San Pedro *el Discípulo*, cuyo día de fiesta era este, había sido martirizado, quemado vivo por los no creyentes.

En el *Libro de secretos*, papá había escrito: «Cuando el sol se queda quieto, se ven algunos caminos que de otra forma estarían ocultos y algunos tejidos que de otra forma están demasiado enmarañados resultan ser rectos. Por tanto, con qué poder puedes conseguir un pequeño hechizo los demás días, puedes dar vida a tu deseo en mayor medida en los cambios del año. Por lo tanto, sé prudente».

Controla tu deseo. Y por lo tanto, sé prudente. Se agachó junto al fuego. La chimenea estaba delimitada por dos postes de piedra, en los que estaban esculpidas las patas delanteras y las cabezas de los grifos; tocó el que estaba más cerca, siguiendo el perfil de las garras del león. En la base y sobre los ladrillos había minúsculos fragmentos de flores quemadas; los aplastó entre el pulgar y el dedo y olió. Lavanda. Sobre las losas de piedra quedaba una única semilla. El aroma del fuego era embriagador y espeso, y tuvo que dar un paso atrás para poder ver con claridad.

¿Estaba Hugh haciendo trucos de magia? ¡Ay, Señora!, no podía lamentar haber salvado la vida de Teophanu, pero si Hugh sospechaba, ¿y si los otros descubrían que había hecho que esas flechas se encendieran? ¿La llevarían ante la skopos para someterla a un juicio? Y ese recuerdo seguía machacándola, como un dolor persistente: si puedes atraer las llamas y tener visiones al mirar al fuego, ¿por qué no puedes realizar otros actos de magia? ¿Por qué mintió papá?

Ella no hacía oídos sordos a la magia. Estaba protegida contra ella, contra la magia de otros y, quizá, contra la suya. Pero no había forma de descubrir la verdad, no tenía a nadie en quién confiar, nadie a quién enseñar. De repente, los consejos y suaves sugerencias de Wolphere, sus intentos de convencerla para que confiara en él, parecían más siniestros y más bienvenidos. Ojalá estuviera aquí ahora.

Hugh volvió, llevando un libro. Reconoció la *Historia de Dariya* de Polixeno al instante. La cubierta era casi tan familiar para ella como su piel. Como todo lo demás, él se lo había quitado. Se sentó al lado de la princesa Sapia y dos sirvientes con lámparas se pusieron a su lado. La docena de clérigos que estaban en el otro extremo de la sala soltaron sus plumas y se dieron la vuelta como lo hacen las flores hacia el sol, deseosos de escuchar cómo leía.

—Hoy voy a leer a Polixeno —empezó.

—¿Por qué iba a importarme una historia tan antigua y escrita por paganos? —preguntó Sapia.

Arqueó una ceja.

—Alteza, seguramente sabéis que los dariyanos, de quienes se decía que eran mitad humanos y mitad elfos, conquistaron y gobernaron el imperio más grande del mundo. Solo en los mitos y cuentos de los antiguos arethousanos se habla de los imperios más grandes y antiguos, el de Sais que fue engullido por las olas, o el antiguo y sabio pueblo de Gyptos que estaba al otro lado del mar medio. Después de la destrucción del imperio dariyano, todas las tierras que tuvieron en su poder se convirtieron en guaridas de salvajes, y hubo paganos no civilizados que lucharon por el botín. Hace solo cien años el gran emperador saliano Taillefer recuperó el imperio, por cortesía de Nuestro Señor y Señora, Dioses de las Unidades. Se hizo coronar sagrado emperador dariyano, pero, a su muerte, el imperio se perdió por la contienda entre sus sucesores.

La expresión de Sapiencia se relajó y tenía aspecto de estar pensando.

—Padre cree que el destino de nuestra familia es recuperar el Sagrado Imperio de Dariya.

Liath tembló. ¿Fue por esto por lo que Hugh intentó matar a Teophanu? ¿Así Sapiencia no tendría rival en el trono imperial, no solo para el trono del reino de Wendar y Varre?

Se aclaró la voz, tomó un sorbo de vino y empezó a leer en voz alta con su hermosa y casi hipnótica voz.

—«El hecho es que solo podemos obtener una impresión de un todo de una parte y casi seguro ni un conocimiento profundo ni una comprensión exacta. Solo mediante la combinación y comparación de ciertas partes de un todo con otro y tomando nota de sus semejanzas y diferencias llegaremos a obtener una imagen global».

¿Es eso lo que estuvo haciendo papá durante toda la primera parte del *Libro de secretos*? En esa primera parte había apuntado tantos fragmentos de fuentes tan distintas, recopilándolos para que pudiera comprender el conocimiento escondido en los cielos. Bostezó, sintiendo una repentina sensación de lasitud abrumadora, y después volvió a moverse para sentir que estaba despierta.

—«No está dentro de mi competencia saber cómo y cuando llegó por primera vez a Aosta el pueblo que hoy conocemos como dariyano. En lugar de ello, tomaré como punto de partida la primera ocasión en la que los dariyanos se fueron de Aosta, cruzando el mar a la isla de Nakria».

Sapiencia roncó suavemente. Se había quedado dormida igual que dos de sus sirvientas, los otros sirvientes que estaban sentados a su alrededor, también se quedaron dormidos. De repente, Liath sintió un terrible miedo de que si no se levantaba y salía en ese momento, también se quedaría dormida.

El clérigo más joven habló desde el otro extremo de la habitación.

—Os lo suplico, *frater* Hugh, leednos el asedio de Kartiako.

La distracción le sirvió de tapadera. Al salir, se equivocó de dirección y enseguida se sintió desconcertada. El palacio de Augensburg se jactaba de tener dos salas de

recepción, un solárium, patios, cuarteles, habitaciones de invitados, cámaras para los reyes y para el duque de Avaria, una habitación segura para el tesoro del rey, y una docena de cabañas para los enviados y los sirvientes. Todo esto estaba construido con madera del bosque de los alrededores. Solo el complejo de los baños y la capilla estaban contruidos en piedra.

Liath había dejado sus alforjas en el cuartel, pero Sapiaientia la mantenía tan a raya que no tuvo tiempo de grabar el diseño del palacio en su memoria. Volvió sobre sus pasos. En la sala, todo el mundo estaba dormido y Hugh no estaba por ninguna parte. Al salir de la habitación, intentó otra vez encontrar los cuarteles atajando por un pasillo lateral, pero solo consiguió atravesar un minúsculo patio con fuente donde había un viejo jardinero, que estaba quedándose dormido con el aire frío al borde de una fuente cubierta de escarcha. No corría el agua.

Estaba ante la sala de recepción. Los frescos brillaban en las paredes, eran manchas de colores en la sombría cámara. El techo estaba cubierto de vigas de madera. En la pared estaba colgado un langur. Dos sirvientes, con escobas en la mano, roncaban en los escalones que llevaban al estrado y al trono del rey, astutamente tallado con leones en las cuatro patas, la parte trasera era como las alas de un Águila y los brazos como los cuellos serpenteantes y las cabezas de dragones. Una mujer se había quedado dormida cerca del fuego de la chimenea mientras arreglaba el asiento de una silla, se había pinchado con una aguja y salía una minúscula gota de sangre de su piel.

De repente, se sintió inquieta, Liath subió en espiral por unas escaleras de madera hasta un pasillo largo. Construido encima del grupo de edificios que estaba al norte, el pasillo estaba reservado para el rey, su familia y sus mensajeros; le servía para pasar de un lado del complejo a otro sin pasar por las habitaciones de la gente corriente que estaban abajo y pisar los callejones embarrados. Se apresuró a bajar por el estrecho pasillo, no más ancho que sus brazos abiertos al máximo. Se acordó; el cuartel estaba en la esquina nordeste del complejo del palacio.

El miedo de que algo la estaba siguiendo la consumía. Notó el aliento de alguien en el cuello, se dio la vuelta. El otro extremo del pasillo, por el que acababa de llegar estaba oscuro, excepto los reflejos de luz que se colaban por las rendijas de las contraventanas de madera. En el aire, se oyó el crujir de un paso.

—Liath —dijo con la voz acallada por la distancia y los estrechos muros—. ¿Por qué estás todavía despierta?

Echó a correr.

Corrió por todo el pasillo, pasó con dificultad, medio cayéndose, bajándose por las otras escaleras, golpeándose la rodilla, desgarrándose un dedo al agarrarse a una reja cuadrada y se impulsó hacia delante. El palacio estaba a oscuras, todas las contraventanas estaban cerradas para que no entrara el frío glacial del invierno. La mayoría de los nobles estaban de caza. En todas las habitaciones a las que llegaba, todos los pasillos por los que intentaba escapar, todos los que se habían quedado,

estaban dormidos.

Incluso en el cuartel descansaban los soldados roncando sobre colchones de paja en el suelo. Su amigo Thiadbold y un camarada estaban tirados en sillas, jugando a los dados y bebiendo sidra. Más allá, una escalera conducía a un desván en el ático, en el que ella y las demás Águilas dormían. Pero como el frío se colaba por las paredes de madera y solo había una chimenea en la que ardía un fuego bajo que parpadeaba, no pudo subir por la escalera. Si subía por la escalera, la cogería.

Corrió hacia Thiadbold. Su túnica de león estaba doblada de forma que hacía pliegues raros, estaba doblada por lo retorcido que estaba su cuerpo en la silla y la forma del brazo derecho que descansaba pasado por la parte trasera de la silla. Su cabeza estaba hacia un lado, con la boca abierta. Le agitó.

—Por favor, te lo suplico camarada. Thiadbold, despierta.

—Nada de lo que hagas los despertará Liath —dijo él detrás de ella. Estaba en la entrada, quizá a veinte pasos. Tenía una lámpara en una mano. Su débil luz le daba un tono dorado como el que el oro confiere a un cuadro o el favor del rey enaltece a un hombre virtuoso.

—Estoy enfadado contigo Liath —añadió con amabilidad, sin levantar la voz—. Me has mentido —parecía más dolido que enfadado—, dijiste que no sabías nada de brujería y... —levantó la mano que le quedaba haciendo un gesto de confusión—. ¿Qué se supone que debo pensar ahora? Flechas que arden en llamas en mitad del vuelo. No estás dormida como los demás.

—¿Por qué quieres matar a Teophanu? —preguntó.

—No quiero matar a Teophanu —dijo, como si estuviera decepcionado por lo que pensaba de él. Dio un paso hacia delante.

Había otra puerta en el otro extremo del barracón. Pero si salía corriendo, cogería el libro. Seguramente el libro era lo que siempre había querido.

—¡Liath! ¡Detente!

No se detuvo, pero cuando llegó a la escalera la subió a duras penas, jadeando, con el corazón tan paralizado por el miedo que notaba como si alguna bestia descomunal estuviera agarrando su pecho.

Se aupó hasta la parte de arriba, dobló las rodillas, agarró las patas de la escalera y tiró de ella.

Cuando Hugh cogió la escalera de abajo y tiró de ella hacia abajo, ella se venció hacia delante y casi se cae por el hueco.

—No luches conmigo, Liath. Sabes que eso me enfada.

Sin embargo, luchó con él y, aunque ella era físicamente fuerte, él tenía ventaja apoyado en el suelo. Fue una batalla perdida. Siempre había sido una batalla perdida. Una vez que consiguió volver a poner las piernas en los tirantes y colocar todo su peso en el primer travesaño, eso ya no importó. El hueco era demasiado pequeño para que pudiera soltar la escalera y tirarla.

Se abrió paso, rozándose las palmas de las manos con los tablones del suelo

toscamente labrados, levantándose y golpeándose la cabeza contra el techo bajo. Sus pies se enredaron con los aperos, pero sabía cuál era el suyo, lo conocía tan bien como el tacto de la mano de su padre cogiendo la suya cuando se levantaba de noche por un mal sueño. Cogió las alforjas de piel y se las colgó del hombro. Su carcaj se enganchó en una viga y se tambaleó.

—Liath —él no tenía luz, pero ella no necesitaba lámpara para ver cómo su sombra emergía en el desván y se balanceaba en el suelo.

Se inclinó, con la respiración entrecortada que parecía más un gimoteo, sacó su corta espada.

—Ahora vamos a terminar con esto. Y vas a apartar tu espada, hermosa —dio dos pasos adelante con una mano extendida—. No tengo ninguna duda de que puedes atravesarme con esa hoja, pero ¿qué dirán si me encuentran muerto? Te condenarán a muerte y te ejecutarán. ¿Es eso lo que quieres? Dame la espada, Liath.

—Les diré que utilizaste la brujería para dormir a todos con un conjuro y después intentaste violarme.

Sonrió.

—¿Por qué iba a creerte alguien? ¿Sabes lo que pasaría si una historia así llegara a oídos de mi madre y qué diría? ¿Un insignificante Águila acusando al hijo de una margrave?

Teophanu la creería, pero Teophanu le había pedido que guardara silencio sobre el asunto de la brujería. Teophanu tenía sus planes y, para una princesa real, un Águila era solo un sirviente más.

—Como sabes, tengo razón —añadió, intentando convencerla con su tono de voz—. Aparta la espada.

—Aléjate de mí —susurró ella—. ¿Por qué no puedes dejarme en paz?

—Esa es la elección que tienes después de que muriera tu padre. Ser mía o morir. ¿Cuál será? —Se paró, se movió y después buscó a tientas algo oculto. Un momento después, corrió el pestillo de la contraventana y la abrió. La escasa luz del cielo de invierno inundó el desván, quemándola los ojos. Y cuando había dejado de pestañear y finalmente, miró hacia él, él sonrió. Entró aire frío, un viento de hielo llegaba a su prisión, porque su prisión era cualquier lugar en el que ella estaba confinada con él. El frío eran en realidad las ataduras, que la confundían como si se enredaran alrededor de ella, congelando su corazón.

—Calla, hermosa —murmuró suavemente—. No te asustes de mí. No te haré daño. Encontré un libro en el monasterio de Firseburg, encerrado en un baúl que solo el abad puede abrir. Aprendí mucho de ese libro como puedes ver. «Lavanda para dormir». ¿Cómo conseguiste que las flechas ardieran en llamas? ¿Lo sabes? Te puedo enseñar lo que significa tener poder y a saber qué puedes utilizar de lo que hay en tu interior. Solo quiero lo que es mejor para ti. Para ti y para mí mismo.

Notaba la empuñadura de su espada como si fuera hielo en su mano. Cruzó el bajo ático hasta donde estaba ella, agachando la *cabeza*, y le quitó la espada de la

mano que estaba laxa. Su tacto era cálido, pero sus ojos eran fríos.

Al final, reconoció su peculiar tono de voz profunda; había aprendido lo que presagiaba en lo más crudo del invierno en el Descanso del Corazón.

—No puedo esperar más, Liath. Y no hay nadie aquí que lo vea.

—Te daré el libro —susurró, con la voz quebrada. ¡Ay, Señora, estaba suplicando! Estaba ofreciendo lo más valioso y lo único que él la había dejado, pero perderlo sería mejor que esto otra vez.

Negó con la cabeza con impaciencia.

—Ya me diste el libro y tu sumisión la primavera pasada, antes de que Wolphere me los quitara. He estado esperando mucho tiempo para recuperarlos.

Estaba demasiado entumecida para resistirse cuando él le quitó con suavidad el arco, el carcaj y las alforjas, cuando la tumbó en el suelo sobre los tablones de madera. Pero cuando él la besó, cuando la mano de él buscó y encontró su cinturón, y lo soltó, entre el terror y la debilidad se acordó de algo.

La madera arde.

El camino de vuelta al avance del rey había resultado ser tan malo y tan lleno de dificultades, desvíos terribles y frustraciones que Hanna había empezado a preguntarse si Wolphere había conseguido volver con las noticias de la obispa Antonia antes que ella. Nunca había visto el palacio de Augensburg, por supuesto, pero dos de sus tres Leones restantes habían dormido en el cuartel hacía solo dos años mientras servían al rey.

Ahora, con las nubes bajas pegadas a las montañas cubiertas con una delgada capa de nieve y habiendo atravesado el último bosque que ya habían dejado atrás, a lo lejos podían ver el pueblo del mercado y el complejo del palacio de Augensburg que se extendía a los alrededores.

—Eso —dijo Ingo, el mayor de los Leones— que se ve es mucho humo. Aunque hoy sea el día de la misa de las velas.

—Por la sangre de la Señora —juró Leo—, ¡fuego!

Hanna había ido caminando para dejar descansar a su caballo. Montó y dejó a los Leones atrás. Enseguida se encontró con un denso ir y venir de personas, lo que hizo que tuviera que aminorar la marcha porque había gente que salía de Augensburg y otros, granjeros y leñadores, entraban para ayudar al rey frente a un enemigo implacable. En medio del estrépito fueron abriéndose paso hasta llegar a ella como pudieron en medio del estrépito, pero a pesar de esto se vio obligada a pegarse al bajo muro exterior. Desde aquí, miraba al pasar por el río y el pueblo del mercado, que estaban a su izquierda y el palacio, situado en una pequeña colina protegido por su empalizada interna y el acantilado escarpado por el otro lado. Su caballo echó las orejas hacia atrás, intentando retroceder. El hedor que despedía el fuego resultaba casi cáustico al respirarlo.

Hanna había visto fuego antes, pero jamás nada como esto.

El fuego rugía. El viento caliente que extendía las llamas hacía que se muriese de calor donde estaba, aunque el día era frío y más allá de la ciudad había un fino manto de nieve que cubría el campo y el bosque. La mitad del palacio estaba ardiendo, cortinas de llamas que se alzaban hasta el cielo, un segundo muro a imagen del muro de madera de la empalizada. En la ciudad, la ceniza caía sobre las mujeres que estaban cargando sus cosas de valor en carros, sobre los niños que sacaban a los bebés de las casas, sobre los hombres y las mujeres que acarreaban cubos de agua por

la colina hacia el palacio en llamas. Boquiabierta, inmersa en la ceniza; el agudo pinchazo que sintió en la garganta la hizo retroceder.

—Es poca agua —gritó Folquin, el corredor más rápido entre los Leones. Jadeando con fuerza, subió a su lado y se apoyó, tosiendo sobre su lanza—. Nunca conseguirán apagarlo. Recemos a la Señora para que no alcance los tejados de la ciudad.

Hanna desmontó y lanzó las riendas a las manos del León.

—Deja que Stephen coja el caballo y nos lo sujete —dijo—, y tú, Ingo y Leo me seguís. Debemos ayudar a los que podamos.

—Ojalá el rey no esté dentro... —dijo, pero ella miró, sacó el Círculo de Unidad de su pecho y se calló.

Subió por la colina corriendo, adelantando con facilidad a la gente que iba cargada con cubos. Una procesión irregular que iba bajando pasó delante de ella, algunos con cubos vacíos, otros con carretillas cargadas con muebles, libros, arcones y todo tipo de artículos que habían salvado del fuego. Una clériga llevaba un antiguo códice en pergamino apretado contra su pecho; tenía la cara manchada de *ceniza* y le caía un ribete rojo de pus por su brazo derecho donde el hábito se le había roto. Otros clérigos la seguían, cada uno llevaba algo valioso. Un hombre había cogido hojas de pergamino sin atar y las llevaba pegadas contra su pecho, intentando mantenerlas juntas con las manos. Una mujer utilizaba su vestido como recipiente y lo llevaba lleno de plumas y tinteros, soportes, estilos y tablillas todo junto, la tinta goteaba por la delicada tela de oro de su bello atuendo. La más joven se tambaleaba detrás, con aspecto de estar atónita, con un magnífico cálamo hecho con una pluma de águila y un pequeño tintero con tinta roja que había manchado sus dedos al gotear. Un niño gritaba. Había sirvientes tambaleándose bajo montones de ropas de cama rescatadas del fuego.

—¡Abrid paso! —gritó un hombre con el tabardo de un león—. ¡Abrid paso a la princesa!

Hanna se apartó a un lado mientras la princesa Sapientia pasaba tumbada sobre un catre. Parecía semiconsciente, pero tenía ambas manos sobre su vientre hinchado y cuando pasó delante de Hanna gimió. Detrás de ella, sollozando o farfullando algo como si fueran ocas asustadas, venían más sirvientes con arcones, tapices que seguían sin desenrollar, incluida la espléndida silla tallada con leones y dragones y las alas de un águila que Hanna reconoció como perteneciente al rey Henry.

En la puerta del palacio, los guardas con gestos adustos echaban atrás a los curiosos y solo dejaban pasar a los que llevaban agua, como si esa insignificancia pudiese poner freno al infierno. El viento que soplaba en la dirección del fuego chamuscaba su piel y los ojos picaban por el calor y la ceniza ardiente.

—¡Abrid paso! —gritó empujando a los guardias—. ¿Dónde está el rey?

—De caza, gracias a Dios —gritó el que estaba más cerca de ella. No tenía casco, le faltaba parte de una oreja, pero era una vieja herida. Su pelo pelirrojo estaba

manchado de ceniza—. Había pocos dentro, gracias a la misericordia de nuestra Señora, pero seguramente han muerto.

—¿Puedo hacer algo? —gritó, tenía que hacerlo para hacerse oír por encima del rugido del fuego. Tenía la voz ronca por el calor y la ceniza.

—No, amigo. Con este enemigo no se puede luchar. ¡Ah! —exclamó, respirando aliviado—, hay una de tus camaradas que se ha vuelto loca. ¿Cómo puedes calmarla?

Al desplazarse para mirar alrededor, vio un grupo de unas veinte personas, un puñado de hombres con tabardos de león, sirvientes y un hombre con atuendo de noble que dirigía a los otros. Tenía el pelo rubio y mientras miraba él se estiró para ayudar a dos figuras que estaban luchando por salir del humo: una mujer joven de pelo moreno con una capa de borde rojo de un Águila que tiraba como podía de un hombre con un tabardo de León sucio y chamuscado.

—Liath —Hanna salió corriendo hacia el incendio.

Se oyó un repentino *¡pum!*, seguido de un estruendo en el aire, se oyeron mil respiraciones a la vez. La gente se apartó del patio corriendo, gritando, cuando el tejado de la parte trasera del palacio se derrumbó con un despliegue enorme de llamas y humo y ceniza caliente de rojo ardiente. Cuatro hombres cogieron el mango del arnés de un carromato cargado hasta arriba con arcones sujetos con hierro: el tesoro del rey.

—Liath —gritó el noble de pelo rubio cuando ella se dio la vuelta y desapareció otra vez en el humo, al palacio en llamas. Se fue detrás de ella. Tres soldados corrieron tras él, lo cogieron y le sacaron del fuego abrasador.

—Liath —Hanna gritó, corriendo detrás de ella. Saltó de forma extraña hacia un lado, para evitar ser arrollada por el carromato, que había ganado velocidad cuando los hombres que estaban en el eje tomaron impulso. Un pequeño arcón pegó una sacudida, rebotó y cayó, se abrió a los pies de Hanna derramando pasadores de fino esmalte y cubos al barro agrietado.

—¡Dios mío! ¡No se puede hacer nada! Debéis apartaros, señor. —Así gritaron los Leones al noble y él los maldijo una vez, sin sentimiento, y después empezó a llorar.

¡Ay, Señora! La sorpresa hizo que se quedase quieta mientras el fuego inflamaba las paredes de madera del palacio y cerró sus labios. Era Hugh. Se puso de rodillas como si quisiera rezar, y solo cuando los Leones levantaron su cuerpo pudieron persuadirle de que se apartara a un lugar seguro mientras el fuego chamuscaba el tejado en punta de la cuarta parte del palacio, el único cuarto que todavía permanecía intacto. Se perdería todo. Todo.

—Señora, perdóname —dijo Hugh mientras miraba el incendio—. Perdona mi atrevimiento al creer que había dominado todas las artes que me diste. Perdóname por esas inocentes almas que han muerto inútilmente. —Levantó la vista, vio a Hanna y guiñó los ojos durante un instante examinándola como si la hubiera reconocido.

Casi se tambalea por el peso de su mirada. En realidad había olvidado lo soberbio

que era.

Entonces movió la cabeza para despedirla y habló para sí, como si quisiera convencerse.

—Si hubiera sabido más, no habría ocurrido esto. Pero no puedo dejar que se vaya...

—Ven, mi señor —dijo un sirviente, pero Hugh se deshizo de él.

—*Frater* Hugh —Otro hombre había llegado corriendo, estaba evidentemente aterrorizado por estar tan cerca del incendio—. La princesa Sapientia os llama, mi señor.

Agotado, se tambaleó. Al levantarse, apenas podía seguir al sirviente.

—La princesa tiene dolores.

Apretando una mano, miró al fuego aterrador, maldijo entre dientes y tras mirar una última vez ¿implorando a Hanna?, se dio la vuelta y siguió al sirviente.

Liath había vuelto al infierno.

—*Usa la cabeza, Hanna* —se dijo a sí misma, recordando las primeras palabras del León: «*Tu compañera se ha vuelto loca*». Tirando de su capa para taparse la boca y la nariz, avanzó hacia el fuego.

—Vuelve —gritaron, los Leones que estaban atrás—, Águila.

Su piel estaba ardiente, pero no la tocaba ninguna llama. Entró en una gran sala llena de humo y de ceniza en el aire. El calor abrasaba. No veía nada, a nadie, ninguna figura luchaba por abrirse paso entre el humo. Las gruesas vigas que servían de soporte al techo eran puras ascuas, pero todavía no estaban en llamas. Una pared crujió, astillándose y explotó por el calor.

Oyó el grito. Era Liath.

—Socorro. ¡Dios nos ayude, despierta, hombre!

Hanna no podía tomar aire profundamente, ni para recobrar el valor ni para respirar. Pero en cualquier caso salió corriendo hacia el fuego. Sobre su cabeza llovían las cenizas. La explosión y la fuerza del fuego ardían a su alrededor con tal violencia como la tempestad de la batalla. El humo ardía en sus ojos y el aire tenía un olor acre.

Encontró a Liath en el pasillo que había detrás, tirando de un hombre, tan grande y cargado con su armadura que era un milagro que Liath hubiera podido moverle hasta allí.

—¡Hanna! —Era asombroso que tuviera fuerzas para hablar—. ¡Oh, Dios, Hanna, ayúdame a sacarle! Hay dos más, pero las vigas se han caído... —Estaba llorando aunque en teoría no podía, ¿no había secado el calor toda la humedad que había allí?

Hanna no pensó, se limitó a coger las piernas del León y juntas lo sacaron del pasillo mientras el fuego ardía cada vez más cerca. Acababan de sacarlo hasta la mitad de la sala cuando las vigas empezaron a caer y las paredes a crujiir y desintegrarse.

Nada más salir, junto a la puerta, sus tres Leones fieles estaban esperando junto

con el León pelirrojo; Ingo y Leo cogieron a su compañero y tío soltaron mientras Liath se giraba y volvía a entrar.

—¡Detenedla! —gritó Hanna. Folquin pasó su brazo alrededor de la joven Águila y la levantó, mientras ella daba patadas, se defendía y lloraba, intentando liberarse, pero él era un muchacho musculoso criado en una granja y tan fuerte como un buey.

—Liath —gritó Hanna.

Sin embargo, no había tiempo de razonar con ella, se retiraron con una prisa inusitada mientras las enormes vigas del techo se derrumbaban en el salón. Las puertas seguían abiertas, pero ahora no había nadie y se pararon para mirar atrás.

Todos habían huido a un lugar más seguro. Los habitantes del pueblo llevaban sus cubos con agua a las casas más cercanas al palacio, sofocando los tejados con agua para evitar que la ceniza en llamas prendiera otro fuego. El pueblo del mercado era todo lo que quedaba por salvar.

En el viento, como un contrapunto débil del incendio, escuchó el cuerno de la caza.

—¡Dejadme volver! ¡Dejadme volver! Hay dos más, por lo menos dos —Liath luchaba y peleaba, e incluso intentó morder al pobre Folquin, cuya armadura de piel le había protegido de otros ataques peores.

—Calla amiga —dijo el León pelirrojo con severidad—. Este está muerto aunque intentaste salvarlo con valor. Dudo que los otros no hayan muerto ya. No tiene sentido que te arriesgues para sacar sus cuerpos. Que Dios tenga misericordia de sus almas y que vayan en paz a la Cámara de la Luz —dijo, inclinando la cabeza.

Con cuidado, Folquin soltó a Liath, miró a Hanna y ella asintió con la cabeza, y él dejó que se fuera. Liath cayó de rodillas, pero no pudo hacer nada más que quedarse sentada, temblando, mientras el palacio ardía y la ceniza se movía de un lado a otro como una suave lluvia de nieve sobre sus cabezas. A pesar de sus incursiones en el enfurecido fuego, no tenía ni una sola marca ni quemadura.

—Todavía estamos demasiado cerca —dijo Ingo.

En la calzada de abajo había una gran conmoción. Hanna se dio la vuelta para ver a Hugh que venía hacia ellos. Al ver a Liath se quedó estupefacto. Esa expresión transformó su cara como si la hubiera dejado helada hasta los huesos y seguía queriendo llorar porque sentía compasión por su dolor. Pero él no dijo nada, solo miró. Quizá eso era peor. Entonces se estremeció al sentir dolor en el hombro, se dio la vuelta y se fue cojeando por el camino. Los sirvientes, los habitantes del pueblo y los clérigos se aglomeraron junto a él. Alguien llevó una silla para transportarlo, pero él los apartó. Ahora se oía más cerca el cuerno de la caza, fuerte y dominante.

Liath empezó a sollozar a impulsos tan incontrolables que casi no podía respirar. Hanna hizo una señal a sus Leones de que se echaran hacia atrás, y se dispersaron para ayudar a otros Leones y guardas a recoger cualquier resto que se pudiera salvar sin acercarse demasiado; artículos caídos de los carromatos o tirados desde el otro lado del camino pegado a la muralla: espadas, escudos, lanzas, ropa, alforjas, joyas

dispersas, un libro que estaba chamuscado y deformado, dos taburetes labrados, una sandalia, una bandeja de piezas de ajedrez de marfil. El fuego seguía ardiendo, pero las llamas ya parecían menos vivas o quizá es que se había acostumbrado al calor que chamuscaba su cara. Sus manos estaban rojas, sus labios tan secos que al chuparlos hacía que sangrasen.

—Liath —se agachó junto a su amiga—. Liath, soy yo, Hanna. Ya vale, Liath. No pudiste hacer nada para salvarlos, lo intentaste...

—¡Ay, Señora, Hanna!, ¡Hanna! ¿Por qué no viniste antes? ¿Por qué no viniste? Oh, Dios. He perdido todo. ¿Dónde está él? Por favor, Hanna, por favor apártame de él. No lo entiendes. Lo hice. Yo lo provoqué. ¿Por qué me mintió papá? —Y siguió hablando, con más sollozos que palabras, y todas incoherentes.

Sonó el cuerno, esta vez a su lado, y Hanna miró por encima de su hombro y vio salir del bosque, al oeste del incendio, el magnífico séquito del rey y su grupo de caza con la puesta de sol a sus espaldas.

El día más corto del año, Dhearc, la luz triunfó por fin sobre la inminente noche. A ese triunfo ayudaron las velas que se encendieron. Alguna vela caída, seguramente, había prendido este fuego, la amarga ironía no la abandonaba. Pero Hanna solo podía evitar llorar al sentir el calor del fuego ardiendo en su mejilla mientras sostenía a Liath e intentaba conseguir que dejara de temblar, balbucear y llorar, pero Liath no podía hacer otra cosa más que seguir hablando del fuego y de la violación, y del hielo, y del poder y del sueño, como si realmente hubiera perdido el juicio.

—Liath —dijo Hanna de repente—, ya vale. El rey ha llegado.

—El rey —susurró Liath. Cogió aire con los dientes apretados. Luchó con más fuerza de lo que lo había hecho para escaparse de los brazos de Folquin, pero al final consiguió salir de su histeria y recuperar algo de control—. Quédate conmigo, Hanna. No me abandones.

—No lo haré. —Hanna miró mientras saboreaba un nuevo olor que había en el viento—. ¿Está lloviendo? —Pero solo eran un par de nubes—. Mira el fuego. Es como si hubiera desaparecido toda la madera.

Era verdad, el fuego estaba disminuyendo, aunque todavía hacía demasiado calor para acercarse.

—No me dejes, Hanna —repitió Liath—. No me dejes jamás sola con él. Te lo ruego.

—¡Ay, Señora! —murmuró Hanna, temerosa de repente—. Él no...

—No —Su voz se tornó en un susurro, casi inaudible. Sus manos agarraron a Hanna con tanta fuerza que la dolía—. No, no tuvo tiempo de... —sus manos se retorcían, todo su cuerpo se movía al recordar ese horrible momento—. Llamé, busqué el fuego... —de nuevo empezó a temblar, no pudo seguir. Había empezado a soplar el viento, lo que había avivado el fuego. Al fondo, el rey y su séquito se acercaron. Ya había salido un pequeño séquito para buscarle y darle las terribles noticias, aunque seguramente lo adivinó desde lejos. El aire apestaba a quemado.

—Hanna, no me dejes —musitó Liath—, te necesito. —Dejó su cabeza sobre los brazos de Hanna. Su pelo estaba endurecido por el hollín, al igual que los brazos y las manos, todo su cuerpo. Estaba tan sucia que todo lo que tocaba quedaba manchado de hollín—. No lo sabía, no sabía de qué me estaba protegiendo papá.

—¿De qué te estaba protegiendo? —preguntó Hanna con perplejidad.

Liath levanto la vista y su expresión sombría dejó a Hanna totalmente destrozada.

—De mí misma.

La hermana Amabilia había salvado la *Vida de santa Radegundis*.

Ese pensamiento la atormentaba con tanta insistencia que le resultaba difícil prestar atención al consejo. El hermano Fortunatus estaba sentado a sus pies, todavía tenía en las manos las páginas sueltas de su *Historia*, que había cogido en lugar del cartulario en el que había estado trabajando. Le había dado las gracias pródigamente, como se merecía, pobre muchacho. Pero aunque hubiera sido un golpe duro perder la *Historia*, podía haberla escrito otra vez de memoria.

La hermana Amabilia había salvado la *Vita*. Si se hubiera quemado, nunca se podría haber sustituido. El hermano Fidelis estaba muerto. Solo quedaba esta copia, excepto el parcial que lo salvó Amabilia, que la joven había copiado del original.

A Rosvita le dolía el estómago solo de pensarlo. ¿Y si se hubiera perdido la *Vita*? ¿Perdida entre el humo para unirse a su creador, Fidelis, que descansaba en paz en la Cámara de la Luz?

—Pero no ocurrió así —murmuró.

Sus clérigos la miraron, sorprendidos al oír la hacer un comentario mientras el rey estaba hablando. Les sonrió irónicamente e hizo una señal de silencio cuando Amabilia abrió la boca para responder.

—Gracias a los esfuerzos de mis fieles clérigos que salvaron mi tesoro y una gran parte del negocio de la corte, y sobre todo al *frater* Hugh. Estuvo hasta el final, hasta que todo lo que podía salvarse del fuego estuvo a salvo. Arriesgó su vida sin pensar en él. ¿Dónde está el *frater* Hugh?

—Todavía está con la princesa Sapientia, majestad —dijo Helmut Villam.

Todos estaban colocados desordenadamente, unos levantados, otros sentados en la sala de un mercader adinerado. Incluso así, la mayor parte de la corte no cabía. Habían dormido fuera en el campo y el bosque la pasada noche, en establos y almiarés y en los refugios que encontraron, a salvo del fuego. Rosvita agradeció mucho la paja para cubrirse, la mayor parte de la corte y de los habitantes del pueblo arrancados de sus hogares se habían alegrado de tener por lo menos un techo para dormir. Había llovido toda la noche. Ahora, por la mañana, con el palacio ardiendo y una débil lluvia, Henry había creído que era seguro volver a la ciudad y cobijarse allí mientras duraba el concilio.

Burchard, el duque de Avaria, y su duquesa, Ida de Rovencia, estaban sentados al

lado del rey. Burchard tenía el aspecto de un hombre sobre quien la muerte ha puesto su mano, aunque todavía no lo haya abatido. Ida parecía seria, cansada y muy mayor, como corresponde a una mujer que ha visto morir a sus dos hijos mayores prematuramente.

El rey parecía cansado. Aunque su tienda se había salvado del fuego, no había pasado una noche tranquila. Fue el último en dormirse, sentado al lado de la cama de su hija embarazada, y el primero en despertarse y con unos cuantos ayudantes había entrado en el palacio para escudriñar los restos.

Todavía hacía mucho calor para entrar. Quedaban en pie unas cuantas columnas, lo que quedaba del tejado se inclinaba peligrosamente, a punto de caerse, y la capilla de piedra estaba chamuscada, pero por lo demás intacta. Todo lo que había de valor en la capilla, un relicario en el que estaban las cenizas del fémur de santa Paulina, las vasijas de oro para el agua sagrada y el paño del altar bordado, se había salvado.

—¿Cuál fue la causa? —preguntó el rey.

Se adelantó un criado de palacio. Evidentemente, había dormido con la ropa y había arriesgado su vida en el incendio, porque tenía las mangas rotas y manchadas con hollín y la capucha de su capa estaba chamuscada y ennegrecida.

—Nadie lo sabe, majestad. Todas las velas de la misa estaban bajo vigilancia. Siempre las colocamos en cacharros de arcilla para que si se cae algo no haya riesgo de incendio. ¡Ay! Los Leones han declarado que algunos se quedaron dormidos mientras jugaban en el cuartel. Quizá tiraron un farol.

Henry suspiró.

—No veo que tenga sentido buscar el culpable, dado que cerca de una docena de personas han perdido sus vidas, que Dios los tenga en su gloria. Consideremos esto una señal de que cuando estamos descansando debemos vigilar también, mientras Gent esté en manos de los eikas. Así, cuando estamos divirtiéndonos, no nos damos cuenta de cuál es nuestro deber. Pongamos más cuidado de aquí en adelante.

La hermana Amabilia había salvado del fuego la *Vita de Santa Radegundis*.

El libro estaba en su regazo, envuelto en una manta de lana de oveja, el envoltorio más suave que Rosvita había encontrado. Había dormido con ella sujetándolo firmemente contra el pecho durante la noche, aunque su presencia la había hecho tener sueños extraños, y hoy no se iba a despegar de él.

¿Era impropia su obsesión? Quizá fuera mejor dar el original al monasterio de Quedlinhame y quedarse solo con una copia, para librarse del pecado de la codicia, la avaricia que sentía conseguir conocimientos que habían muerto con el hermano Fidelis; su conocimiento, que se plasmaba en la *Vida* que había escrito.

Henry se echó hacia delante de repente, con la expresión iluminada.

—Aquí está el *frater* Hugh. ¿Qué nos cuenta?

Hugh se arrodilló ante el rey. Parecía desgredado y descuidado. Probablemente no hubiera dormido nada. Aunque su falta de preocupación por su aspecto, en estas circunstancias, obraba en su favor. De entre todos los nobles solo él había

permanecido en este incendio, había dirigido el rescate, se había asegurado de que todos los que pudieran salir sanos y salvos del palacio fueran libres.

Quizá había sido una elección sabia que la margrave Judith hubiera enviado a la princesa Sapientia de camino, ordenándola que visitara primero al joven abad de Firseburg, el hijo bastardo de Judith. La pobre Sapientia, cuyo nombre significaba sabiduría, nunca había demostrado demasiado poseer esa cualidad, quizá con un nombre así, hubiera estado obligada a ser más sensible en comparación con su hermana más joven e inteligente. Pero había elegido bien al estar con Hugh.

A decir verdad, como decían los sabios de la corte, ese era el adorno de la sabiduría. Incluso en su estado.

—La princesa Sapientia duerme, majestad —dijo, con la voz más tranquila y modulada que nunca—. Sus dolores han desaparecido, pero todavía se siente algo mal. Con vuestro permiso, enviaré un mensaje a mi madre. Su médico...

—Sí, conozco al médico de la margrave Judith. —El rey hizo una seña a Villam—. El hombre salvó la vida de mi buen amigo Villam, aunque no pudo hacer lo mismo con el brazo. Muy bien, envía a buscarla... o al arethousano, si ella está ocupada en las zonas fronterizas.

—¿Ocupada en qué?

—Oh, vamos —murmuró el hermano Fortunatus—. ¿No te acuerdas? Judith tuvo que volver a Olsatia porque se va a casar otra vez.

—¿Otra vez? —gritó el hermano Constantine.

—Calla —musitó la hermana Amabilia, pero al instante, ella tampoco pudo contenerse—. Creí que quería celebrar el matrimonio aquí con el séquito del rey.

—Ya lo creo —dijo Fortunatus con aire de suficiencia, seguro de sus fuentes de información y encantado de saber cosas que Amabilia no sabía—. Pero el joven novio no apareció jamás. Su familia adujo excusas extrañas, así que el margrave volvió para descubrirlo por sí misma.

—Callad niños —dijo Rosvita.

—... Sapientia se ha encariñado con su Águila —decía Hugh— y me temo que en este delicado momento le molestaría tener que prescindir de la joven. Si se pudiera encontrar otro Águila... —sonrió levemente.

El Águila del rey, Hathui, se inclinó hacia delante.

—Majestad. No tenéis la información que os trajo ayer el Águila.

El rey asintió con la cabeza. Hathui hizo una seña y la joven fue desde el fondo de la sala para arrodillarse ante el rey.

—Da tu explicación —la dijo Hathui.

La joven Águila inclinó la cabeza con respeto.

—Majestad, soy Hanna, hija de Birta y Hansal, del Descanso del Corazón.

¡El Descanso del Corazón! Rosvita se quedó mirando a la joven, pero no pudo ver ningún parecido con nadie que recordara de su niñez; habían pasado tantos años desde que había visitado su hogar y el salón de su padre. Quizá su hermano Ivar

conocía la familia, pero era poco probable a menos que el conde Harl hubiera informado a las Águilas sobre la joven.

—Me enviasteis al sur con Wolfhere, para escoltar a la obispa Antonia, a finales de la pasada primavera después de la batalla de Kassel.

—Lo recuerdo.

—Traigo noticias graves, Majestad. Mientras estábamos en las montañas Alfar, una tormenta azotó el monasterio de san Servitius, en el que nos cobijamos durante la noche —describió el desprendimiento de rocas y la destrucción de la enfermería del monasterio—. Wolfhere cree que no fue una tormenta normal. Cree que Antonia y su clérigo escaparon.

—¿No se encontraron los cuerpos?

—No pudimos encontrar ninguno, majestad. Las rocas estaban colocadas de forma demasiado inestable como para moverlas.

—¿Dónde está ahora Wolfhere?

—Se fue a Darre para presentar ante la skopos los cargos por los que se inculpa a la obispa Antonia. No cree que ella esté muerta, majestad.

—Eso ya lo has dicho.

Al decir esto, ella lo miró directamente.

—Y lo volveré a decir, majestad, una y otra vez, hasta que me creáis.

De repente, sonrió, la primera sonrisa que Rosvita había visto desde que volvió ayer de la caza y vio el caos que reinaba con el incendio.

—¿Crees que Wolfhere tiene razón?

Dudó, mordiéndose el labio y prosiguió.

—Yo misma lo presencié todo aquella noche... vi cosas, majestad, criaturas en la tormenta que jamás he visto y espero no volver a ver. No eran criaturas que andan por la tierra, a menos que hayan sido invocadas de otros sitios, otros lugares, lugares oscuros.

Se inclinó hacia delante. Aquello había llamado su atención.

—¿Brujería?

—¿Qué otra cosa podría ser? Vimos al guivre, que solo un mago puede capturar y controlar. Pero no eran criaturas hechas de carne y sangre. Wolfhere las llamó «galla».

Todos en la sala se estremecieron reflexivamente cuando la palabra salió de su boca. Rosvita jamás había oído algo así y un cierto tono, una cierta entonación, hizo que se estremeciera instintivamente. Pero, al observar la habitación, vio al *frater* Hugh mirar con acritud, con los ojos muy abiertos ¿con interés? o ¿con desagrado?

—No tengo ninguna razón —dijo el rey irónicamente— para desconfiar de Wolfhere en estos temas. Bueno, entonces, Águila, si esto ocurrió cuando cruzabais las montañas Alfar en verano, ¿por qué no has venido hasta el invierno?

Ella levantó una mano.

—¿Me permitís, Majestad?

Hizo una señal hacia detrás y tres Leones avanzaron y se arrodillaron a su lado con las cabezas inclinadas. Ellos también parecían cansados de viajar, con los tabardos y la armadura remendados, uno tenía un orno recién curado en su mejilla izquierda.

—Estos Leones eran mi escolta y todos atestiguan que es verdad. Cuando volvimos del monasterio, encontramos que el puerto estaba cerrado, bloqueado por otra avalancha. Por lo tanto, tuvimos que seguir hacia el sur hasta las zonas fronterizas de Karrone hasta que pudimos alcanzar la calzada que lleva otra vez al norte por el puerto de Julier. Pero allí, tampoco pudimos pasar.

—¿Otra tormenta? —preguntó Villam y el *frater* Hugh se inclinó hacia delante como si temiera que la respuesta del Águila fuera demasiado débil para que él pudiera escucharla.

—No, mi señor, el duque Conrad cerró el puerto.

Henry se levantó e inmediatamente todos los que estaban sentados en la sala se pusieron en pie también, incluido el pobre hermano Fortunatus, que se había hecho daño en la rodilla en el incendio de la víspera.

—¿El duque Conrad ha cerrado el puerto? ¿Con qué derecho?

—Desconozco los detalles, majestad, solo sé lo que me dijeron los agentes fronterizos. Parece que hay una pelea entre la reina Marozia y el duque Conrad y ninguno da marcha atrás. Así que para fastidiarla, el duque Conrad se negó a dejar pasar a nadie por el puerto.

—¿Para fastidiarla? —murmuró Villam—. El puerto une el ducado de Wayland con Karrone y Aosta —dijo negando con la cabeza, parecía indignado.

—Sin embargo —contestó, todavía ofendida al recordar el incidente—, no nos dejaron pasar aunque llevábamos un anillo y una insignia de Águila, los sellos de vuestra autoridad.

Hubo un silencio mientras Henry recapacitaba sobre estas noticias. Unos cuantos susurros se oyeron en la sala y después se callaron. De repente, se sentó. Rosvita no podía descifrar su expresión.

—¿Y entonces? —preguntó con la voz desapasionada.

—Tuvimos que cabalgar hacia el este hasta que llegamos al puerto de Brinne, incluso más hacia el este una vez que cruzamos las montañas. Llegamos a las zonas fronterizas de Westfall donde la margrave Wrinhar nos ofreció una comida magnífica, me dio un nuevo caballo y a todos nos repartió multitud de provisiones. Pero la fuerza de las lluvias que ha arrasado tantos caminos y calzadas nos obligó a ir más hacia el este, hacia la zona fronteriza de Eastfall para poder encontrar una buena calzada que fuera hacia el oeste. —Volvió a dudar y miró a Hathui, como para encontrar valor. El Águila de mayor edad que ella asintió con la cabeza resueltamente y la más joven siguió—. Todos me han encomendado, majestad, que os suplique que pongáis una margrave allí para protegerles. Los ataques de los qumanos han sido este año más fuertes que ningún otro desde que vuestro bisabuelo el primer Henry luchó y

venció a los príncipes gumanos en el río Eldar. —Se volvió e hizo una seña al León, el mayor de sus tres compañeros, el que tenía una cicatriz en la mejilla.

Él le ofreció al rey una flecha rota.

El emplumado era de color gris acero y la punta de hierro, parecía lo suficientemente inocua como para ser un instrumento destinado a matar, e incluso alrededor de ella colgaba algún tipo de miasma como si tuviera un olor repugnante o como si hubieran hecho algún tipo de hechizo con ella. Estas plumas no se parecían a ninguna de ningún pájaro que hubiera visto.

En la zona inexplorada del este estaban cazando los grifos. O al menos eso es lo que decían los libros y revelaban los informes. Pero en raras ocasiones confiaba Rosvita en las noticias que daba la gente crédula, que podía ver una cosa y creer que era otra, como lo que había ocurrido con las damas y caballeros que habían salido a cazar, que vieron un ciervo en vez de a Teophanu. Con tanta gente en el salón el aire estaba viciado, a pesar de que las ventanas altas estaban abiertas. Al ver la flecha todos se sintieron inquietos. Unas cuantos salieron, pero cuando se iban, otros entraban para ocupar su lugar.

Henry cogió la flecha de la mano del León y de inmediato se cortó un dedo con la afilada punta. Refunfuñó de dolor y se metió el dedo en la boca, chupándolo. Inmediatamente, el León cogió la flecha de la mano de Henry.

—Permitidme que os lo guarde yo, majestad —dijo el hombre—. Os lo suplico.

—¿Dónde habéis conseguido esta flecha? —preguntó el rey mientras se apretaba el dedo con el pulgar para detener la hemorragia.

—En un pueblo llamado Felsig —continuó el Águila—. Llegamos unas cuantas horas antes del amanecer, cuando habían repelido un ataque de los asaltantes gumanos. Ayudamos a vencer a los últimos, algunos de cuyos soldados de a pie os puedo asegurar que son tan feos que no pueden haber nacido de una persona, aunque no son como los eikas. Nuestro camarada Arthur murió a consecuencia de las heridas que le hicieron allí. Trajimos con nosotros a un compañero, llamado Stephen quien luchó con valentía en aquella escaramuza. Desea comprometerse a servir con los Leones.

—Y yo, por ser el mayor de todos, decidí que podía servir con nosotros —añadió Ingo.

—Haced lo que consideréis conveniente —dijo Henry—. Un luchador tan valiente siempre es bienvenido entre mis Leones.

—¿A quién nombraréis margrave de Eastfall? —preguntó *lady* Brígida entre la multitud. Como sobrina del duque Burchard y la duquesa Ida, podría confiar en que la nombraran.

Hablaron muchas voces.

—La princesa Teophanu. El príncipe Ekkehard.

Henry levantó una mano para pedir silencio.

—Pensaré en ello. No es una decisión que se pueda tomar precipitadamente,

duque Burchard —se volvió al viejo duque—. ¿Se puede enviar un ejército a las zonas fronterizas de Avaria?

Antes de hablar, el duque tosió, y su voz era débil.

—No tengo hijos de la edad necesaria para dirigir una expedición de este tipo —dijo lentamente y de forma significativa, recordando así a todos los que escuchaban que su segundo hijo Frederic había muerto luchando en las zonas fronterizas y que su hijo mayor, Agius la pasada primavera se sacrificó para salvar al rey del terrible guivre—. Mi experiencia me dice que para luchar con los jinetes qumanos hay que hacerlo con la caballería. Los soldados de infantería no pueden vencerlos. Debéis cambiar a los dragones, majestad.

—No tengo hijos de esa edad tampoco —dijo Henry con severidad, sin siquiera mirar al pobre Ekkehard que pasaba desapercibido, sentado en la esquina detrás de Helmut Villam—. Ya no. Ningún soldado tan valiente como estos que murieron en Gent.

Nadie habló ni se aventuró a dar una opinión, porque el duque Burchard había echado la carne a los perros y todos esperaban a ver la desagradable pelea por los restos. Pero nadie se atrevió a contradecir al rey ni siquiera a Burchard.

—¿Qué otras noticias me traéis, Águila? —preguntó Henry, volviendo a prestar atención a la joven mujer que estaba arrodillada ante él—. Ya hemos tenido bastantes noticias malas. Te lo ruego, no me cuentes nada más que no quiera oír.

Si antes estaba pálida, ahora aún más.

—Hay otra noticia —empezó, casi tartamudeando—. La oí cuando me detuve en el bosque de Thurin, al que habíamos llegado para buscarle a usted. Habían oído que había pasado en Quedlinhame —se calló.

—¡Sigue! —dijo el rey con impaciencia.

—Not... noticias de Gent —tartamudeó.

—¡Gent! —el rey se levantó de nuevo.

—¡Ay, Señora! —murmuró el hermano Fortunatus, estremeciéndose al levantarse.

—¿Qué noticias?

—Solo esta, que dos chicos escaparon de la ciudad. Los niños dijeron que un daimon encerrado por Corazón Sangriento los enseñó el camino a la cripta, pero cuando los leñadores de los alrededores fueron después a mirar, no había ni rastro del túnel.

—¿El túnel —dijo Villam— que los otros refugiados de Gent decían que habían usado para huir a un sitio seguro?

—No lo sé —dijo Hanna—, pero Liath...

—¿Liath? —preguntó el rey.

—Mi camarada de las Águilas. Ella lo sabrá. Estaba allí.

—Por supuesto —dijo el rey—, la preguntaré luego. Prosigue —tenía mucho interés y estaba muy centrado en prestar atención a la joven Águila.

—No hay mucho más que contar. La ciudad todavía está infestada de eikas. Han

llevado esclavos que trabajan en las forjas, en las armerías y curtidurías, eso dijeron los chicos. Vieron... —hizo un ruido como si tuviera hipo y consiguió decir lo que pensaba—. Según lo que yo he oído, vieron los cuerpos de los guerreros de la cripta que está bajo la catedral. En los tabardos estaba cosida la señal de un dragón.

—Ya es suficiente —el rey le hizo una señal para que se callara. Parecía aliviada por haberlo contado—. Estoy cansado. Hoy mis ayudantes organizarán el séquito. Mañana saldremos para Echstatt. Duque Burchard, me daréis cincuenta soldados para enviarlos a Eastfall. El joven Rodolfo de Varingia y diez compañeros me ayudarán. Él puede probar su lealtad hacia mí y limpiar el honor de la familia de la mancha que su padre el último duque dejó, si luchan bien y con valentía en el este. Se llamarán Dragones. —Las palabras sonaron duras, pero las pronunció—. Con el tiempo, otros se sumarán.

Cerró un momento los ojos, parecía que estaba rezando en silencio, pero se liberó de los recuerdos y siguió.

—Que Dios nos guíe en este momento difícil —se tocó el pecho con una mano en el punto en el que Rosvita sabía que tenía un antiguo trapo manchado de sangre, el trapo del nacimiento de Sanglant pegado a la piel—. Ahora debemos pensar en Gent. Nos hemos recuperado de nuestras pérdidas en Kassel. Hemos tenido tiempo de recoger la cosecha y gracias a la misericordia y la gracia de Nuestro Señor y Señora, ha sido buena. Sabella está segura custodiada por la obispa Constance. Solo necesito un ejército lo suficientemente grande para atacar Gent.

Mucha gente de la que había en la sala, jóvenes y hombres, gritó al unísono.

—Yo iré. Permitidme cabalgar, majestad. El honor de mi familia...

El último en llegar a la corte, el amable y capaz *lord* Geoffrey, se abrió paso a empujones hacia el frente.

—Concededme este honor, majestad —dijo arrodillándose.

Henry levantó una mano para acallar las protestas.

—El invierno es una estación mala para que cabalguen los Águilas, pero deben hacerlo para cumplir mis propósitos, Hathui. Enviad a alguien fuerte a la margrave Judith, para preguntarle si nos permitirá que se quede el médico a cuidar de mi hija hasta que dé a luz al niño. Enviad a alguien con la expedición a Eastfall. Enviad a otro al duque Conrad de Wayland con estas palabras: «Ayudadme en mi avance, para explicar vuestro comportamiento hacia mi Águila en el puerto de Julier. Y elegid cuidadosamente a un cuarto, para enviarle al conde Lavastine en Varre».

Lord Geoffrey levantó la vista, sorprendido.

—Vos, amigo mío —le dijo Henry—. Os mantendré a mi lado por lo menos durante algunas cacerías más. Permitid que el Águila cabalgue ahora para ir con vuestro pariente. Vosotros podéis volver más tarde.

—¿Por qué al conde Lavastine? —preguntó Burchard quejumbrosamente.

Villam, que había estado escuchando al rey con atención, sonrió levemente como en respuesta ante una broma que solo él hubiera entendido.

—Él ha ganado un hijo. Yo he perdido uno. Dejad que Lavastine pruebe su lealtad hacia mí reuniéndose conmigo con un ejército en Gent. Si Dios nos da la victoria sobre los eikas y recuperamos la ciudad, le concederé la recompensa que busca.

Al final había dado igual. Y además había matado a una docena de personas o a más. ¿Podría Dios perdonarla alguna vez? ¿Podría perdonarse a sí misma?

—Por favor papá —rezó, con las manos apretadas con fuerza contra sus labios—, por favor dime que debo hacer. ¿Por qué no me enseñaste, papá?

—Yo te enseñaré, Liath.

Se apartó antes de que él pudiera poner su mano blanca, limpia sobre su hombro. Se levantó rápidamente y se puso fuera de su alcance. Estaban cubiertos por la neblina, una niebla baja que envolvía los árboles y el pueblo del mercado, que quedaba fuera de la vista del campamento del rey. Hugh había hecho alguna terrible magia en la mente de Sapia para que la princesa no pudiera apartar a Liath de su vista como si fuera un talismán de la seguridad de su niño. Así que Liath se había levantado pronto y había salido a aliviarse, y después se entretuvo en el frío glacial de un amanecer de invierno lleno de niebla, esperando un momento de soledad, de respiro.

Pero Hugh no podía dejarla en paz. Nunca la dejaría. Él sabía antes que ella lo que papá estaba protegiendo. Y lo quería para sí mismo.

—¿Has aprendido tu lección, Liath? —continuó Hugh—. Tantos muertos. —Movi6 la cabeza, chasqueando la lengua en señal de desaprobaci6n—. Tantos muertos.

—Si tú no los hubieras hechizado para que durmieran... —gritó.

—Es verdad —dijo él, sorprendiéndola. Ella se call6—. Pensé muy bien en lo poco que he aprendido. Rogaré a Dios que me dé sabiduría. —Se le curvaron los labios. Durante un instante parecía que se estaba riendo de sí mismo, entonces pasó ese momento y con la rapidez con la que caza un búho, cogió a Liath por la muñeca—. No seas tonta. Cuanto más me ignores, menos podrás controlarlo. ¿Es eso lo que quieres? —Señaló la montaña en la que se veía la mole ennegrecida del palacio estaba marcada por su altura—. Liath, ¿en quién más puedes confiar?

—Le diré al rey que yo lo prendí.

Se rio de manera cortante.

—Imagina lo que el rey y sus consejeros dirán si descubren que han cobijado a un *maleficus*. Solo la skopos puede juzgaros a vos, a un monstruo.

—Me iré con Wolfhere.

—Wolfhere. Ya hemos tenido esta discusión en otras ocasiones. Confía en Wolfhere si puedes. Pero yo tengo ahora el *Libro de secretos*. He visto lo que puedes hacer y no te odio por ello. Te amo por ello, Liath. ¿Quién más te amará o confiará en ti una vez que sepan lo que eres? Yo tengo la confianza del rey y Wolfhere no. Puedo protegerte de la ira del rey y de la sospecha de la Iglesia. Y cuando Sapiencia dé a luz a nuestro niño, tendré garantizado el puesto de su más cercano consejero mientras reine.

—No ocurrirá eso si lo pierde.

La golpeó con fuerza, en la mejilla, con la mano abierta.

—Yo llevé a tu hijo dentro de mí —dijo entrecortadamente, apartándose, pero no podía liberarse—. ¡Ay, Señora, me alegra que lo sacaras de mí!

Volvió a golpearla y otra vez más, más fuerte y la cuarta vez se tambaleó y cayó de rodillas, pero esta vez ella sacó el cuchillo.

—Te mataré —susurró con la voz quebrada. Las lágrimas se clavaban en sus ojos y le salía sangre de la nariz.

Él se rio, como si su oposición le gustara.

—Mi señor padre —apareció un sirviente saliendo de la niebla y saltó entre el cuchillo y el cuerpo de Hugh. Saltó para luchar con ella, pero ella lanzó el cuchillo antes de que él pudiera tocarla. ¿Qué sentido tenía un cuchillo frente a la magia de Hugh..., si es que era magia? Hugh ejercía su poder terrenal con tanta efectividad como cualquier tipo de magia.

—Mi señor padre, ¿estáis bien? —Entumecida, escuchó como el sirviente adulaba a Hugh—. Dios del cielo. ¡Que un Águila os haya amenazado así! La llevaré ante el rey.

—No, hermano —Hugh esbozó una sonrisa amable—. Su mente está afectada por los adláteres del enemigo. Gracias por estar pendiente, pero Dios está conmigo y no debo tener miedo de ella porque mi intención es curarla. Puedes seguir, pero ten por seguro que te recordaré en mis oraciones. —Asintió con la *cabeza* mirando a Liath—. Igual que tú debes rezar por su alma.

El sirviente se inclinó.

—Como deseéis mí señor —movió la cabeza—. Sois todo lo generoso que se puede ser —chasqueó la lengua suavemente entre dientes como en señal de desaprobación disimulada y se fue.

El comportamiento amable de Hugh desapareció en cuanto dejaron de oír al hombre.

—No me provoques, Liath y no te burles de Dios —su tono era tan duro como las rocas que se le clavaban en las rodillas. Cogió el cuchillo y le puso la punta bajo la barbilla de modo que ella tuviera que mirarle—. Ahora entra, la princesa quiere verte. —Entonces, con un movimiento destinado a hacer alarde de su poder y la debilidad de ella, le dio la vuelta al cuchillo y se lo ofreció a ella, con la empuñadura por delante.

Todavía aturdida, lo envainó. Su nariz todavía sangraba. Apretó un seno nasal con una mano, para detener la hemorragia y volvió con frialdad a la tienda de la princesa; Hugh iba justo detrás de ella. Le picaban los ojos y notaba fuertes palpitaciones en la cabeza, pero su corazón estaba helado. Nada de lo que pudiera hacer importaba. No podía recurrir a nadie. Quizá era verdad que podía detenerle si intentaba violarla otra vez... pero todavía era su carcelero y en todos los demás aspectos, ella era su prisionera.

Sapientia ni siquiera se dio cuenta de que estaba Liath; estaba cotilleando con *lady* Brígida sobre quién iba a ser nombrada la próxima margrave de Eastfall. Pero la hermana Rosvita estaba allí, atendiendo a la princesa.

—Buena chica —exclamó al ver a Liath—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Me tropecé con un tocón. Perdona, hermana.

—No es necesario que te disculpes, Águila. Alteza, su padre me ha enviado a saber cómo os encontráis.

—Estoy mejor —dijo Sapientia—. Hoy puedo montar a caballo.

—Quizá no hoy —dijo Rosvita amablemente, mirando con curiosidad otra vez a Liath—. Vuestro padre desea que permanezcáis aquí descansando otra semana antes de hacer otro viaje a Echstatt.

—No quiero...

—Alteza —dijo Hugh con dulzura.

Sapientia se quedó helada, miró a Hugh con su expresión más asquerosamente exultante y sonrió.

—¿Qué aconsejáis, *frater* Hugh?

—Este es el consejo del rey, alteza. Debéis conservar toda vuestra energía para traer a este niño a buen término.

—Sí —asintió con la cabeza con sensatez—. Sí, debo —se volvió a mirar al clérigo—. Decidle a mi padre que cumpliré sus deseos.

—Lo haré. Hay otra cuestión. El rey Henry desea entrevistar al Águila sobre Gent.

Liath esperó como una tonta, sin ninguna determinación, hasta que Sapientia le dio permiso para ir. Hugh suplicó que le dejaran atender al rey. Juntos, Liath, Rosvita y Hugh salieron y cruzaron hasta la tienda del rey. Ni siquiera así podía dejar a Liath en paz. Henry estaba despierto, sentado en su silla mientras los sirvientes metían lo que quedaba de sus pertenencias en arcones para el viaje.

—Aquí está el Águila —dijo el rey mientras levantaba la vista después de hacer una consulta a un ayudante sobre la vestimenta de los nuevos dragones. Señaló a Hathui, quien estaba a un lado de la tienda con Hanna y un Águila pelirrojo cuyo nombre era, por supuesto, Rufus.

—Informarás a tus camaradas. Uno de ellos irá a ver al conde Lavastine. *Frater* Hugh ¿cómo puedo ayudaros?

Al llamarle el rey, Hugh casi no podía seguirla entre los demás.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —exclamó Hanna.

—Te lo suplico Hathui —susurró Liath, cogiendo las manos de Hathui—. Te lo suplico, si tienes alguna influencia con el rey, déjame que cabalgue al lado de Hanna, sácame de aquí.

—Lo siento, Liath. Ya se ha decidido.

—Pero si os vais todos hoy, si me dejáis sola... —de repente se sintió tan asqueada, el corazón latía con fuerza, la vista se le nubló, creyó que se iba a poner enferma.

—Por aquí —dijo Hathui con tono de eficiencia y se apresuró a salir.

La dieron arcadas y vomitó, pero casi todo era espuma porque no había comido ni bebido nada desde la escasa cena de la noche anterior. Tosió y se estremeció hasta que pensó que podría morir y librarse de este sufrimiento.

—Muchacha —apareció Rosvita de la niebla y le tocó en el hombro—, ¿qué te sucede?

Histérica de miedo, no se preocupaba por lo que decía o hacía. No podía soportar esto por más tiempo. Se tiró al suelo y se agarró a las rodillas de Rosvita como si estuviera orando.

—Os lo ruego hermana, vos tenéis influencia en el rey. Os lo suplico, pedidle que me envíe lejos, a cualquier sitio, a llevar cualquier mensaje, solo lejos de aquí. Os lo suplico, hermana.

—Sois del Descanso del Corazón —dijo Rosvita de repente en tono de sorpresa. Liath levantó la vista, pero la clériga estaba examinando a Hanna, no a ella.

—Lo soy.

—Y esta también —dijo Rosvita lentamente, mirando de Hanna a Liath y luego otra vez a Hanna—. ¿Es posible, Águila, que también conozcáis a mi hermano Ivar?

Hanna pestañeó, después se tiró como una piedra arrodillada ante la clériga.

—Mi señora, os suplico me perdonéis que no conozca...

—No importa —dijo Rosvita—. Responded a mi pregunta.

—Ivar es mi hermano de leche. Él y yo nos criamos del mismo pecho, el de mi madre. Mi señora, os lo suplico. —Al venir de labios de Hanna la petición sonaba rara. Hanna nunca suplicaba. Hanna siempre era capaz de solucionar cualquier tipo de imprevisto que se le presentara. Era tan tranquila—. Es impertinente por mi parte decir que somos familia, mi señora, pero os suplico que por el vínculo familiar que tengo con vuestro hermano, si me podéis ayudar, por favor, lo hagáis.

Liath se tragó un sollozo, estaba desesperada, esperanzada y a la vez despojada de esperanza.

—Pero ¿por qué tienes tantas ganas de abandonar al rey? —evidentemente Rosvita trataba de obtener respuestas y meterse en problemas para encontrar alguno—. Estuviste con Wolfhere en Gent. ¿Te ha puesto en contra de Henry de alguna manera? ¿Tuvo Wolfhere alguna discusión con Henry que no estuvo provocada por este último?

—No —dijo Liath ahogadamente—. No fue por nada que dijera Wolfhere. Nunca dijo nada contra el rey Henry.

—Palabras verdaderas —susurró Hathui.

—No es en absoluto por el rey. —¡Ay, Señora!, ¿cuánto podría decir? ¿Cuánto se atrevía a decir?

—Ven, hija, ahora mantén la compostura. —Rosvita colocó una mano, como una bendición, sobre la frente de Liath—. Si te crispa estar al servicio de la princesa Sapientia.

—¡Sí! —Liath saltó al decir esto—. Sí, no... no puedo... No encajamos, yo...

—Un Águila sirve donde el rey le ordena —dijo Rosvita con severidad.

Al haberse liberado del rey, Hugh salió de la tienda. Liath empezó a sollozar, había perdido.

Pero Rosvita tomó su mano y le ayudó a levantarse.

—Ven, hija, seca tus ojos y siéntate aquí, refúgiate aquí. Ha empezado a llover.

Era verdad, había empezado a llover. Liath solo lo notó porque el aguanieve se colaba por el cuello de su capa y descendía por su espalda.

—La llevaré de vuelta a la tienda de la princesa Sapientia —dijo Hugh con dulzura—. Me temo que la caída que ha sufrido ha alterado su mente.

—Déjala descansar un rato —dijo Rosvita. Milagrosamente, Hugh no siguió hablando del tema cuando Rosvita se separó de Liath y fue hacia la tienda del rey. Hathui siguió a la clériga, dejando a Hanna y a un desconcertado Rufus al lado de ella. Se tragó las lágrimas y, a través de la tela de la tienda, escuchó cómo Rosvita hablaba con el rey.

—¿No sería más inteligente, majestad —preguntó—, enviar al Águila que ha venido de Gent con el conde Lavastine, para que le pregunte directamente?

—Tus palabras son sabias, hermana —dijo el rey—. Pero mi hija le tiene mucho cariño al Águila, y deseo que esté animada.

—Confío en que el padre Hugh y sus compañeras puedan animarla, majestad. Pero sin duda, el conde Lavastine necesitará disponer de la mejor información si quiere tener esperanzas de retomar Gent con seguridad y vos no podéis permitir os dejar Gent en manos de los eikas. No, porque llega el momento de que ataquen de nuevo y tienen el control del río.

—Es verdad —dijo Hathui— que Liath condujo a los refugiados por el túnel oculto del que tantos hablan. Si hay alguien que pueda encontrarlo otra vez, es ella.

Liath no oyó que el rey contestase nada. A su lado, Hugh maldecía entre dientes.

—Águilas —dijo de manera cortante—, retiraos. —Rufus lo hizo inmediatamente, pero Hanna dudó—. ¡Vete! —y se fue—. Mírame —siguió con la cabeza agachada—. Liath —dijo él entre dientes, pero ella no miró. *Que te pegue donde todo el mundo pueda verlo, incluso sus compañeros nobles. Deja que por lo menos tenga esa satisfacción, aunque al final no sirva de nada.*

El rey habló desde dentro de la tienda.

—Es un buen consejo, hermana. Hathui, haz que la joven Águila que vino de Gent lleve un mensaje a Lavastine. De los demás podéis disponer a vuestro antojo.

—No creas que has escapado de mí —dijo Hugh con un tono moderado—. Entraré ahora y le diré al rey que el Águila quiere a Sapia a poner en tu lugar. Sabes qué Águila voy a elegir.

No podía levantar la vista. Había ganado de nuevo.

Sonrió.

—Tu amiga será mi rehén hasta que vuelvas. Ella y el libro. Recuerda, Liath, que todavía eres mía —se dio la vuelta y entró en la tienda. Así con sus palabras, tan dulces como la miel, convenció al rey.

—Liath —Hanna puso su mano sobre el brazo—, levanta.

—Te he traicionado.

—No has traicionado a nadie. Soy un Águila. Eso significa algo, que no puede hacerme daño...

—Pero Teophanu en el bosque...

—¿De qué hablas? Liath, basta. A él no le importo yo, solo le importas tú. Mientras me comporte, ni siquiera se dará cuenta de que estoy. ¡Señora y Señor!, Liath, he sobrevivido a Antonia, a una avalancha, a criaturas que no estaban hechas de carne ni de sangre, a dos puertos de montaña, a un ataque qumano, a ríos inundados y a tus gritos. Creo que puedo sobrevivir a esto.

—Prométeme que lo harás.

Hanna movió los ojos.

—¡Sálvanos de esto! —dijo con indignación—. Ahora ve a recoger tus cosas.

Liath se estremeció al recordar.

—Ardió —susurró—. Todo ardió en el ático.

—Entonces díselo a Hathui y ella encontrará un nuevo apero para ti. Oh, Liath, tú, al final, ¿perdiste el libro?

—No —cerró los ojos, escuchó algunas palabras pronunciadas dentro de la tienda que llegaba al exterior, escuchó a Hugh reírse de una broma que había hecho el rey, escuchó como Rosvita daba una respuesta ingeniosa—. Hugh me quitó el libro.

—Entonces —dijo Hanna bruscamente—, también está bien que me quede para vigilarlo ¿no? ¿No fui yo quien se lo quitó en el Descanso del Corazón?

Liath se limpió la nariz con el dorso de la mano y gimió con fuerza.

—Oh, Hanna, debes estar harta de mí. Yo estoy harta de mí misma.

—No tendrás tiempo de hartarte de ti misma cuando estés viajando todo el día e intentando seguir viva. ¡Eso es lo que necesitas! Ahora sigue. El rey quiere que sus Águilas salgan en cuanto los caballos estén ensillados.

Liath la abrazó y fue a buscar a Hathui.

Pero al final, al salir del campamento del rey, la calzada retrocedía, describiendo una curva al llegar al pueblo del mercado. Movida por la curiosidad, tomó un pequeño desvío para subir a la colina y ver el palacio quemado. Hathui no había

encontrado ningún arco para sustituir al que había perdido y después de todas las que habían perdido en los cuarteles quemados no había espadas de sobra. Tenía una lanza, una túnica de lana de repuesto, un morral para el agua, unas galletas para el camino y un pedernal para hacer fuego. No le había dicho a Hathui que no necesitaba nada para hacer fuego.

No podía controlarse. Desmontó al llegar a las puertas carbonizadas y condujo a su caballo al complejo en ruinas. Los carroñeros humanos ya habían revisado las maderas ennegrecidas que estaban más cerca del lugar al que llegó el fuego, aquellas que se habían enfriado, buscaron todo lo que estaba en condiciones de recoger. Liath tiró las riendas por encima de la cabeza del caballo y lo dejó ahí. Recorrió los restos, las botas se iban manchando de hollín, el olor hacía que le picase la nariz. Un hilo de sangre pegajoso que le caía por la nariz le hizo cosquillas en el labio, lo chupó y se sonó con fuerza, esperando que finalmente dejara de sangrar.

Sabía dónde estaban los cuarteles. Aunque en los primeros días que pasó en Augensburg, la disposición del palacio la desconcertaba, ahora conocía bien el camino gracias al incendio, cuando bajó por él más veces de las que podía recordar en su vano intento de sacar a cuantos Leones pudiera, para salvarlos.

Allí, en ese punto, en ese patio, ella y Hugh habían saltado y se habían salvado. Ella había tenido la lucidez de coger sus alforjas antes de que él saltara. El hecho de que él cojera algo todavía después de haberse torcido un tobillo le producía algo de placer, pero no el suficiente.

Estaba demasiado asustada para pensar. Las llamas habían subido tan rápido, con tanta fuerza, y no había sido su intención provocarlo. La habían alcanzado igual que el fuego alcanza todo lo que está seco a su alrededor. Se había puesto de pie para ponerse a salvo detrás de él y solo entonces se acordó de que todo el mundo en el palacio dormía.

—No me culparé a mí misma. Él fue quien hizo que se durmieran. Él me empujó a hacer algo, cuyas consecuencias no podía imaginar.

Pero eso no era excusa.

Papá había hecho bien al protegerla. Pero él la había enseñado también. Tenía que encontrar una forma de aprender por sí misma.

La luz parpadeó, era el destello de una joya que brillaba entre la ceniza y las maderas caídas. Dio un paso hacia delante pasando por el umbral desmoronado hacia la parte principal de lo que habían sido los cuarteles. Todo se había hundido y no podía decir qué tablones eran de las paredes, cuáles eran del suelo del ático y cuáles del tejado. Su bota atravesó un tablón y se cayó, golpeando el suelo con el pie a una anchura de un palmo por debajo. Tiró de la bota para sacarla del agujero y con cuidado pisó sobre las vigas caídas, bordeó un montón de espadas, puntas de lanza y de tachones de escudos, todos fulgurantes y todavía brillando, y se paró donde había tres tablones que parecían más de carbón que de madera que estaban alineados perfectamente, uno, dos y tres, en fila, como si fueran la tapa de un cofre. Empujó

uno hacia un lado con la bota.

Allí, entre la carbonilla y las cenizas y la madera ennegrecida, estaba su arco en la funda, intacto, igual excepto por la capa de hollín superficial que lo cubría. Sorprendida, lo levantó del suelo para encontrar a su buen amigo, la espada de Lucien debajo, todavía en buenas condiciones, como si juntos hubieran capeado la tormenta.

—Liath.

Se puso de pie, cogió el estuche del arco y la espada, y se dio la vuelta, tambaleándose sobre una viga caída y los restos del incendio.

Pero allí no había nadie.

CAPÍTULO 11



LAS ALMAS DE LOS MUERTOS

Antonia estaba hasta la coronilla de mirar al fuego. El humo hacía que le picaran los ojos y que tuviera rojas las mejillas. Pero sabía hacer algo mejor que quejarse. Mientras el calor chamuscaba su piel, miraba a sus cinco compañeros. Todavía no dominaba el arte de abrir así una ventana, obtener una imagen a través del fuego, pero podía verla con los otros. En sus primeros días en el valle ni siquiera podía hacerlo y Heribert, que lo había intentado muchas veces, todavía no podía ver a través del fuego o de una piedra.

Veía formas tan inconsistentes como las llamas, pero los demás le habían asegurado que esas formas eran las sombras de las formas reales, gente de verdad, edificios de verdad, le habían asegurado que todos los acontecimientos que veía a través de la ventana que dejaba el fuego ocurrían en algún lugar del mundo que estaba más allá de su pequeño valle. Así, con su poder, podía ver lo que pasaba en el mundo que había más allá, aunque su capacidad de visión tenía límites.

En ese momento, en un lugar apartado cuyos perfiles estaban dibujados por el fuego de la chimenea, una dama noble joven y su séquito llegaban a las puertas de un convento y solicitaban que les dejaran entrar a rezar y ofrecer regalos.

—Esta es la princesa Teophanu —dijo Antonia, sorprendida.

—Calla, hermana Venia —dijo la que estaba sentada al principio entre ellos, Caput Draconis—. Déjanos escuchar sus palabras mientras habla con el portero.

Antonia no quería admitir que no oía nada. Ella nunca oía nada a través de las llamas, solo veía formas y gente cuando se movían y hablaban en una escena parecida a un espectáculo mudo. En el interior del fuego, la conversación seguía y seguía mientras el guarda de mayor edad hacía preguntas a la princesa con detenimiento.

Antonia examinaba a sus compañeros.

No le gustaba su costumbre de dirigirse el uno al otro como lo hacían los clérigos, hermana y hermano. Parecía que eran de la misma categoría. Y además, en realidad, tenía que admitir que el hermano Severus era un hombre educado de sangro noble y formas ascéticas. La hermana Zoë hablaba con el acento del clero culto del reino de Salía, minucioso y limpio. Una belleza exuberante con evidentes encantos, que desgraciadamente había atraído a Heribert, parecía más una cortesana que una clériga. El hermano Marcus era mayor que Zoë pero más joven que Severus; pequeño, pulcro y arrogante, desgraciadamente había animado a Heribert en su

obsesión por la construcción y enseguida le había involucrado en un complicado esquema para reconstruir el ruinoso grupo de edificios que albergaban a su pequeña comunidad. La hermana Meriam parecía más una jinna pagana que una buena mujer daisanita, era vieja y minúscula, de huesos finos que parecían tan frágiles como los palos secos, y aun así, se desenvolvía con una fuerte dignidad que incluso Antonia respetaba.

Ninguno de esos nombres era real, por supuesto. Como Antonia, al llegar al valle todos habían adoptado otros nombres. No sabía cuál había sido su nombre ni quién era su familia, aunque cualquiera podía ver que la hermana Meriam venía del infiel este. No daban esa información voluntariamente, ni le preguntaban a ella por la suya. Ese no era el objetivo.

La imagen del fuego se esfumó con el chisporroteo del color azul anaranjado de las llamas y el chasquido de la madera. Antonia pestañeó para sacar el humo de los ojos y estornudó.

—Dios os bendiga hermana —dijo el hermano Marcus. Se volvió hacia los demás—. ¿Es posible que la princesa Teophanu fuera confundida con un ciervo? ¿Sospecha la princesa que en la corte del rey hay un brujo escondido? ¿Podría sospechar de nuestro hermano que entra en el mundo?

La que se hacía llamar Caput Draconis contestó.

—Llegó al convento de santa Valeria porque sospechaba que había brujería. Pero que tenga dudas sobre nuestro hermano, lo dudo, igual que dudo que la madre Rothgard sospeche que su fiel guarda sea en realidad nuestro aliado. No nos conocen, hermano Marcus. No os preocupéis por eso.

Él inclinó la cabeza en señal de sumisión a sus palabras.

—Como decís, Caput Draconis. ¿Qué pasa con este brujo sospechoso, entonces, del que la princesa Teophanu quiere hablar a la madre Rothgard?

—Esta princesa se precipita —dijo Caput Draconis—. ¿Cómo podemos estar seguros de que la joven en cuestión no vio simplemente lo que quería en su impaciencia y confundió las ramas por los cuernos y la niebla con el resplandor del cuerpo del ciervo? Eso es lo que el rey sugirió, ¿no?

—¿Y qué hay de las flechas ardiendo? —preguntó la hermana Zoë—. Vistos por separado, no daría demasiado crédito a cada uno de los incidentes, pero juntos, es para sospechar.

Estaba anocheciendo, pero no hacía frío, porque en el valle nunca hacía frío. La torques dorada que llevaba la Caput Draconis titilaba y deslumbraba a la luz del fuego. La cara de la mujer seguía tranquila; ella fue la única a la que Antonia no pudo calcular su edad. Esta dificultad la hacía cavilar y hacía que estuviese inquieta en algunos momentos, se despertara por la noche, preguntándose al igual que lo hacía por otras tantas razones.

En lo alto, el sol se escondía detrás de las montañas y las estrellas nocturnas emergían como fuegos brillantes que arden más allá de la séptima esfera, y había

luces que alumbraban el camino a la Cámara de la Luz. Las estrellas y las constelaciones tenían nombres y atributos. Como cualquier clérigo culto, sabía algo de lo que sabían los *astrologus*, pero si había aprendido algo en los últimos seis meses era esto: no sabía nada de las estrellas, comparado con sus nuevos compañeros. Ella y Heribert habían ido a descansar a un nido de *mathematici*, los brujos más peligrosos. Antonia había aprendido más sobre las estrellas y los cielos en los últimos seis meses de lo que jamás se había imaginado que pudiera existir.

Había pensado enseñarles, porque ¿no había admitido la Caput Draconis que ella, Antonia, tenía un don natural para la coacción? Pero sus primeras demostraciones no habían impresionado a su audiencia. La suya había sido un estudio de la magia utilizada para atraer a la gente a su poder, la magia nacida de la tierra de las criaturas caídas y antiguas que esperaban, escondidas, en la tierra o en las grietas profundas del alma o de la tierra misma. Dichas criaturas y espíritus estaban deseosos de servir, si se les imponía con audacia y se les daba un pago adecuado, normalmente en sangre.

—Cualquiera puede derramar sangre —había dicho el hermano Severus con desprecio—, o leer los huesos como un salvaje.

Después de haber restringido su estudio de la magia a cuando estaba sola.

Aunque a ella le molestaba que él dijera esas palabras en alto, incluso tuvo que admitir, de mala gana, que él tenía razón. Había otro poder superior a ese y sus compañeros habían estudiado mucho tiempo y con éxito cómo dominar la brujería en la que ella todavía estaba en una primera fase.

¿Por qué aquí en este valle el aire siempre olía a primavera a pesar de estar rodeada del cielo de invierno? ¿Cuántos años tenía en realidad, la Caput Draconis, que se paseaba con la circunspección de una mujer de gran sabiduría y edad y que aun así por su cara y su pelo podría estar entre los veinte y los cuarenta?

—Las flechas ardientes —reflexionó la Caput Draconis—. Nuestro hermano Lupus trajo a alguien que buscamos cerca de nosotros, pero no dentro de nuestras manos, como habíamos esperado. Hasta ahora hemos sido pacientes, pero esta noticia de las flechas ardientes me hace preguntarme si es el momento de actuar.

—¿Actuar cómo, hermana? —El hermano Severus levantó una ceja ligeramente sorprendido. Incluso por la noche, era el único que llevaba una fina túnica y nunca llevaba zapatos. Sus pies descalzos recordaban a Antonia a veces al pobre hermano Agius, cuyas nociones heréticas le habían llevado al final a la desafortunada muerte que había resultado ser de lo más inconveniente para ella. Pero Dios, sin duda, le perdonaría su error. Dios era piadoso con los débiles.

—Es el momento de investigar —dijo su líder—. Hay formas más suaves de persuasión, ahora que no hay ningún obstáculo, excepto la distancia entre nosotros y lo que debemos buscar. Hermano Marcus, viajaréis a Darre para ser nuestros ojos y nuestros oídos en el filudo de los presbíteros, dado que nuestro hermano debe marcharse para volver al norte. Entretanto, yo también debo aventurarme en el mundo para ver lo que puedo aprender allí.

—¿Es seguro? —preguntó Antonia.

—¿Por qué no iba a serlo, hermana Venia? —preguntó la hermana Meriam, hablando en último lugar.

Una buena pregunta, que Antonia no podía responder.

—No propongo que vayáis vos, hermana —continuó la Caput Draconis—. Vos no debéis ir todavía, sin embargo yo no tengo esas obligaciones. Puedo entrar anónimamente, como he pedido hacer.

—Un príncipe sin séquito no es un príncipe —dijo Antonia irritada, señalando la torques dorada que llevaba la otra mujer.

Pero la otra mujer solo sonrió, su expresión denotaba casi piedad.

—Tengo un séquito —levantando una mano, señaló el valle oscuro que había al fondo donde unas luces extrañas parpadeaban, ardían sin llama y las brisas perdidas tejían su camino inestable a través de los árboles y algunas flores en un esplendor inusual para la estación—. Y mi séquito es más poderoso que ninguno de este mundo. Vayamos, hermanos y hermanas. Pongámonos manos a la obra.

Se levantaron juntos, juntaron las manos en una breve oración y dejaron la chimenea.

Irritada, Antonia tuvo que reconocer la verdad de lo que había dicho la Caput Draconis. En este valle no vivía ningún sirviente humano, solo bestias, cabras y gansos, para los huevos y las plumas. No, en realidad, su pequeña comunidad no estaba atendida por sirvientes humanos.

Salió de la pequeña capilla detrás del hermano Marcus y cruzó al lado del nuevo y largo salón. Aunque estaba oscureciendo rápidamente, Heribert estaba todavía midiendo y claveteando, ayudado por algunos de los sirvientes más robustos. Curiosamente, se había acostumbrado a los sirvientes más rápidamente de lo que lo había hecho ella, quizá porque había trabajado con ellos todos los días cuando diseñaba y construía sus proyectos.

Todavía no estaba acostumbrado a ellos. A veces, a duras penas podía mirarlos.

Una cosa era utilizar las abominaciones cultivadas en el seno del enemigo para castigar a los malvados o aprovechar el poder de las criaturas antiguas que habían salido del foso días antes de la llegada de Daisan *el Bendito* para atemorizar a los débiles para que obedecieran.

Y otra era tratarlos como sirvientes honorables, utilizarlos como aliados, sin importar lo justos que algunos de ellos parecieran.

Cuando ella apareció por la obra, ellos se alejaron o se hundieron como el alquitrán en el suelo, o se plegaron como ellos solían hacerlo, desapareciendo de su vista. Uno, el más leal de los ayudantes, se hirió con los tablones que estaban machihembrados por la pared norte de la gran sala. Ahora parecía un nudo que había crecido en la madera.

—Heribert —dijo con desaprobación—. Tu trabajo finaliza con la puesta de sol.

—Sí, sí —dijo impacientemente, pero no estaba prestando atención. Estaba

colocando un tablón cortado en la hendidura de otro, chasqueando la lengua para mostrar su desagrado por lo mal que encajaba y desbastando el estrecho borde con cuidado.

—¡Heribert! ¿Cuántas veces te he dicho que no está bien que te ensucies las manos de esta forma? Esa tarea corresponde a los trabajadores, y no a un clérigo noble y culto.

Dejó en el suelo el tablón y la garlopa, mirándola, pero no dijo nada. Ya no era tan delgado y delicado como lo había sido, un adorno de la sabiduría como decía el refrán, que en lugar de aumentar la fuerza corporal, en los últimos meses sus hombros habían ensanchado. Sus manos estaban endurecidas por el trabajo, tenían callos y cicatrices de pequeños cortes y ampollas curadas. Todos los días se clavaba astillas y se las sacaba él mismo sin gimotear.

A ella no le gustaba cómo le miraba. Si hubiera sido un niño pequeño a eso le habría llamado desafío.

—Ahora vas a entrar a comer —añadió.

—Cuando haya terminado madre —dijo, y después sonrió, porque sabía que cuando la llamaba así a ella no le gustaba. Como buena clériga, no debería haber sucumbido a las tentaciones más abyectas y con el tiempo se vengó del hombre que la sedujo.

—Nunca me habrías hablado así antes de venir aquí.

En la brisa se oyó un susurro, él ladeó la cabeza escuchando. ¿Estaba escuchando algo? ¿Le hablaban las abominaciones? Y si era así, ¿por qué ella no podía escucharles?

Inclinó la cabeza.

—Perdone, su ilustrísima. —Pero ella ya no confiaba en su docilidad.

¿La había mentido la Caput Draconis? ¿La había engañado? ¿Quería despojarla de Heribert, no por ningún medio violento, sino solo permitiendo que se le enconasen en su mente algunos pensamientos deshonorosos, como la idea de que podría dar la espalda a sus deberes con sus mayores, su familia, su madre que le había traído al mundo con tanto dolor y sangre, y que había utilizado su considerable poder para protegerle contra todo lo que pudiera hacerle daño? ¿Desobedecería sus deseos solo para darse el gusto del deseo terrenal y egoísta de ser partícipe de unas tareas de baja categoría como la construcción y la arquitectura? ¿Era este el precio que tendría que pagar, la pérdida de su hijo? ¿No su pérdida física, sino que dejara de obedecer sus deseos? Tendría que quedarse a presenciar su transformación en un mero artesano, un constructor, ¡por Dios bendito! No se quedaría ahí sin hacer nada mientras hacían magia sobre él, incluso aunque fuera la magia superficial de los halagos y del falso interés en sus obsesiones impropias. Le estaban utilizando para su beneficio por supuesto, dado que seguramente los edificios en los que vivían no eran adecuados para las personas de su clase. Era exasperante ver que quienes parecían destinados a ser sus compañeros en el trabajo y aprendizaje animaba al joven a hacer estas tareas

inapropiadas como si fuera el hijo de un artesano.

Pero ella era sabia y paciente. Esperaba el momento oportuno. Sus compañeros también eran poderosos y no les ofendería mientras supieran más que ella sobre la brujería.

Heribert guardó sus herramientas en un arcón, pasó una mano con cuidado por el muro norte parcialmente terminado y sin ninguna otra demostración de desafío se fue a la antigua torre de piedra donde comían todos juntos.

Antonia esperó hasta que la puerta se abrió y entrara la luz y después de pasar él cerró. Se entretuvo un rato disfrutando de la agradable brisa vespertina, mirando al cielo. Este conocimiento no era fácil de adquirir, como todo lo demás de la vida, uno solo tenía que coger y apretar con la suficiente fuerza para conseguir que fuera lo que fuera, humano o de otro tipo, obedeciera.

Esta noche en lo más alto de las montañas corría una brisa de la primavera, brillaban en el cielo algunas constelaciones, algo que era impropio de esa estación, el invierno.

—Dime cómo se llaman, hermana Venia —dijo el hermano Severus, que había surgido de repente de la penumbra para ponerse a su lado.

—Muy bien —dijo. No se sentía intimidada por su tono solemne y su expresión adusta—. En esta estación, el Penitente, la duodécima casa del Zodíaco, está en lo más alto del cielo... —señaló por encima de su cabeza—, mientras que la décima casa, el Unicornio, se esconde con el Sol y las hermanas: la tercera casa, sale al anochecer. El guivre rodea el cielo y el Águila desciende sobre su espalda. El Cazador comienza a subir por el este mientras la Reina se pone por el oeste y su Espada, su Corona, y su Báculo están en la parte más baja del horizonte, el símbolo del declive de su poder.

—Eso está bien —dijo Severus—, pero cuando eras joven escuchaste a demasiados *astrologi*. El Cazador, la Reina, el Águila son solo nombres que damos a las estrellas que representan imágenes conocidas en el cielo. En el cielo en sí, tienen sus denominaciones cuyos nombres son un misterio para aquellos de nosotros que vivimos bajo la esfera de la Luna que siempre está en constante evolución. Pero al nombrarlas, incluso de esa forma primitiva, al ver nuestros deseos y miedos entre ellos como los jóvenes cazadores que confunden a la princesa Teophanu con un ciervo corriendo, recopilamos la suficiente información para ver las líneas de poder que les unen. Conociéndolas, podemos aprovechar la energía que discurre entre ellas a través de esa geometría que existe entre todas las estrellas. Cada alineación ofrece nuevas oportunidades o nuevos obstáculos, todos únicos.

Levantó una mano para señalar.

—Mira allí, hermana. ¿Cuántos planetas ves y dónde están?

Su vista no era lo buena que había sido cuando era joven, pero miró hacia arriba entrecerrando los ojos.

—Por supuesto, en el Penitente, veo a Somorhas, la estrella de la tarde; Jedu, el

ángel de la guerra, entró al Halcón hace diez días; y Mok, la señora de la sabiduría y la abundancia, debe de estar todavía en el León, aunque no podemos verla ahora.

Fuera cual fuera el orgullo que sintiera con esta observación, él se encargó de hacer mella en ella con las palabras que pronunció a continuación.

—También está Aturna, que se mueve retrocediendo a través del Niño, con sus líneas de influencia enfrente de las otras. Ahí, ¿lo ves?, casi invisible a menos que sepas dónde mirar, está la veloz Erekes, que acaba de entrar al Penitente. La Luna no ha salido todavía esta noche. El Sol, por supuesto, ya se ha ocultado. Y dentro de veinte días Mok y Jedu se retirarán para que solo se vean Somorhas y Erekes. Así, esta noche todos los demás planetas forman una nueva alineación en relación con las grandes estrellas de los cielos. Ahí se ve el ojo del guivre, y allí Vulneris y Rijil, el hombro y el pie del Cazador. Están las otras joyas, zafiro, diamante y falso topacio, que son las estrellas principales de la Copa, la Espada y el Báculo. La torques del Niño se eleva hacia el cenit, como lo hace la Corona de Estrellas. Mañana enviaremos a nuestro compañero a buscarla, a ayudarla en su veloz viaje a través de las salas de hierro con la energía que podamos sacar con estos alineamientos. Solo con sabiduría podemos usar la energía de los cielos. No creas que es un conocimiento adecuado para cualquier mortal que habita la tierra. Solo unos pocos pueden comprenderlo con detenimiento y actuar correctamente.

—Por esa razón, ordenó Dios a los obispos y presbíteros mediante su skopos, ¿verdad, hermano? ¿Para guiarlos y conducirlos?

En silencio, reflexionó sobre ello mientras estudiaba las estrellas, buscando algo, alguna señal, quizá algún presagio. Mientras esperaba, se quedó extasiada en la contemplación del Río del cielo, el sendero de polvo centelleante como una gran serpiente que rodea el cielo, cada luz tenue era un alma que se dirigía a la Cámara de la Luz.

Al final habló Severus, despacio, tanto en voz baja como hacia ella.

—Estás acostumbrada al poder, hermana Venia. Pero debes olvidar todo lo que has aprendido en el mundo. Debes dejarlo a un lado, separarte de ello como hicimos nosotros. Esa es la única forma de aprender lo que tenemos que enseñarte.

—Entonces, ¿cómo podemos dejar el mundo cuando Dios nos ha encomendado la tarea de guiar hacia el buen camino a los que se equivocan de nuevo, reprender a los débiles y castigar a los malvados?

—¿Es eso lo que Dios nos ha pedido que hagamos? ¿No? —Todos tenemos la mancha de la oscuridad que es la señal del enemigo, hermana Venia. Es arrogante creer que podemos ver a través de la oscuridad que nos cubre y entender la voluntad de Dios mejor que cualquier otra alma mortal. Solo allí —señaló el Río del cielo, que estaba encima de ellos—, se verá limpio de toda esa oscuridad y brillará solo como luz —bajó la mano—. ¿Entramos a cenar?

Papá siempre decía:

«Las tribus paganas que vivían aquí antes de que la Sagrada Palabra llegara a estas tierras llamaban al Río del cielo la Gran Serpiente».

—Papá, ¿por qué se le llama el Zodíaco al dragón del mundo —preguntaba ella— cuando en realidad son doce constelaciones y no un único ente? ¿Y si es un dragón, por qué se llama serpiente al Río del cielo?

—Tenemos muchos nombres para las cosas —respondía él—. La humanidad tiene por costumbre poner nombres a las cosas para que podamos tener poder sobre ellas. Los jinna denominan de otra forma al Río del cielo: el aliento del dios del fuego. En los anales de los magos babaharshan se llamaba el puente siempre brillante que abarca el abismo. Los antiguos sabios lo llamaron la calzada de la Dama Fortuna, porque donde pone el pie, nacen gemas.

—¿Qué crees que es, papá?

—Son las almas de los muertos, sabes Liath. Ese es el camino por el que suben a la Cámara de la Luz.

—Pero, entonces, ¿por qué no lo vemos moverse, quiero decir moverse de verdad, fluir, no solo moverse como las estrellas, sino salir por el Este y ponerse por el Oeste? Los ríos corren. El agua está en movimiento constante.

—Eso no es agua, hija, sino la luz de las almas divinas. Y en todo caso, las capas celestiales no siguen las mismas leyes que los elementos que están unidos a esta tierra, ni deberían.

—Entonces, ¿hay fuego en nuestras almas, que deberíamos encender como el que una vez subió a los cielos?

Pero al mencionar el fuego, se sentía molesto y cambiaba de tema.

Ahora se preguntaba ella.

—La sabiduría que da la experiencia es algo maravilloso —decía siempre papá—. Todo el mundo ve siempre retrospectivamente. —Ya había cepillado al caballo y estaba pasando el rato a la puerta, contemplando un cielo de invierno perfecto lleno de nubes. Hacía un frío glacial esta noche; ayer había nevado, caían suaves copos como plumas de las alas de un ángel, pero solo había caído lo suficiente para que dejara una fina capa en la calzada.

—Entonces, ¿hay fuego en nuestras almas?

Mientras estaba de pie, con las manos cruzadas y enfundadas en guantes, metidas bajo las axilas para mantenerlas calientes, construyó la ciudad de la memoria en su mente mientras miraba al cielo. La ciudad está en una isla y la isla es en sí misma una pequeña montaña. Siete muros rodean la montaña, cada uno sube más alto por la ladera, cada uno tiene el nombre de una puerta: Rosa, Espada, Copa, Anillo, Trono, Cetro y Corona. Pasada la puerta de la Corona, en la llanura de la cima, hay una explanada, y en ella hay cinco edificios. De los cinco, hay uno en cada punto cardinal: norte, sur, este y oeste. El quinto edificio, una torre, está en el centro, el ombligo del universo, como papá a veces decía bromeando.

Pero quizá no quería que fuera una broma. Dentro de la cámara de la torre que estaba en el punto más alto, había cuatro puertas, cada una daba a uno de los puntos cardinales. Pero en el centro de esa cámara hay una quinta puerta, que ni abre ni cierra porque está cerrada con llave; porque a pesar de estar en el centro de la cámara no conduce a ningún sitio.

Aparte de eso había algo al fondo. Si ella, con su mente, se arrodillaba y miraba por la cerradura, veía el fuego.

Papá había cerrado la puerta y no le había dado la llave. Quería enseñarla, estaba segura de ello, pero pobre papá, siempre corriendo, siempre sospechando, siempre temeroso de lo que podría salir de detrás, jamás pudo decidir cuándo era el momento adecuado. Por lo tanto, el momento jamás había sido propicio.

Algunas cosas no se pueden guardar bajo llave.

—Te echo de menos, papá —susurró al aire de la noche, su aliento era una nube de vapor. Levantándose, el río del cielo captó su atención y de repente se preguntó si eso también era una nube de vapor, aliento cálido sobre la fría esfera celestial de las estrellas fijas que estaban en el cielo tan lejos. Era un círculo que rodeaba el cielo, como el Zodíaco aunque cruzaba este de refilón, por los pies de las hermanas y ciento ochenta grados alrededor del círculo, en el arco que llevaba el arquero.

De repente, al ver el cielo claro encima de ella, se dio cuenta de que había sabido desde el primer momento lo que Eustacia había citado cuando la humilló ante la corte. Por supuesto conocía el *Comentario sobre el sueño de Cornelia*. Pero siempre había echado un vistazo a algunos fragmentos que hablaban sobre filosofía, la virtud y el gobierno adecuado para la humanidad. Aquellos capítulos no la interesaban. Había memorizado los capítulos en los que Eustacia hablaba sobre la naturaleza de las estrellas.

¿Dónde estaba almacenado? Buscó en el ojo de la mente, en la ciudad, encontró el nivel, el edificio, la cámara en la que residían los capítulos de Eustacia, los que ella había copiado hacía años a la librería de la obispa de Autun.

Respecto al Río del cielo, muchos trabajadores han ofrecido explicaciones de su existencia, pero hablaremos solo de aquellas que parecen vitales para su naturaleza. Theophrastus lo llamaba la Vía Láctea y dijo que era una

grieta en la que los dos hemisferios de la esfera celestial se unían. Democrita explicó que por sus estrechos límites se habían condensado incontables estrellas pequeñas en una masa y, por estar tan cerca, dispersan la luz en todas las direcciones y ofrecen la apariencia de un rayo continuo de luz. Pero la definición de Posidones tiene mayor aceptación. Porque el sol nunca va más allá de las fronteras del Zodíaco, lo que queda de los cielos no absorbe nada de su calor, por lo tanto, el propósito del Río del cielo, en posición oblicua respecto al Zodíaco, es llevar un flujo de calor estelar para suavizar el resto del universo con su calidez.

—Águila. No tienes por qué estar afuera. Adentro hay fuego y cena.

Dejó su reflexión y volvió adentro.

Una casa común con establos en un extremo y zonas para vivir en el otro, era tan cálido y acogedor como su señora.

—Admito, señora Godesti, que no siempre he encontrado una hospitalidad como la que usted me ofrece cuando he pasado por Varre por encargo del rey. —Su familia había estado en la comida que habían celebrado al anochecer cuando Liath había llegado cabalgando hasta esta aldea, pero habían reservado una buena ración para ella.

La mujer gruñó e hizo un gesto a los niños de su casa para que volvieran a la cama. Un único farol y la chimenea los iluminaban, todo lo que podían permitirse en una noche de invierno. Su hija mayor estaba cerca del fuego, apartando las chispas y carbones hacia dentro del círculo de ladrillo; otra niña servía el guiso.

—Aquí en Varre, a muchos les molesta que gobierne el rey Henry —contestó en voz baja.

—¿A ti no?

Uno de los hijos dejó el cacharro con el guiso y la taza de sidra caliente antes de que Liath hablara con su madre.

—Me temo que pueda haber guerra si los grandes caballeros luchan entre ellos. Así lo hacemos nosotros. Pero todavía temo más una mala cosecha. Y tengo miedo a las flechas invisibles de las sombras de los Perdidos, los que perduran cuando sus primos vivos se van de este mundo. Nos acosan con enfermedades e infecciones.

—¿Las sombras de los Perdidos? —preguntó Liath.

Esta aldea está en el borde del bosque y todo el mundo sabe que muchas criaturas extrañas y antiguas prefirieron el cobijo de los árboles.

—Venga, ahora come. Sería un mal anfitrión si te hiciera hablar en lugar de satisfacer tu hambre. No tenemos nada de qué quejarnos. Este ha sido un buen año para nosotros, desde que nuestro nuevo dueño asumió el poder de estas tierras.

—¿Quién es tu dueño?

—Pagamos el diezmo a la abadía de Firseburg.

Liath se atragantó con la sidra, tosió y dejó la copa a toda prisa.

—Perdone, estaba más caliente de lo que yo esperaba.

—No, perdona, Águila. Ten cuidado con el guiso.

Liath recuperó el aliento y soplaba el guiso, lo que fuera para distraerse. ¿Nunca estaría libre de las reminiscencias de Hugh?

—Quedan varios días para llegar a Firsebarg. Está al norte ¿verdad?

—Sí claro. En tiempos de mi abuela una dama entregó estas tierras al cuidado de los monjes, en recuerdo de su única hija. Por la misma razón, mi hermano entrega un diezmo adicional en recuerdo de su esposa muerta, para que los monjes recen por ella durante la Semana Santa. En cuanto a los demás, pagamos lo que nos toca dos veces al año, sin faltar jamás, y el abad siempre ha sido misericordioso cuando las cosechas han sido malas.

—¿Y este año?

—No, este año no ha habido ningún problema con nuestro nuevo señor abad. Dicen que es un buen padre porque es wendiano. Es generoso con los pobres, da de comer a siete familias cada día de Nuestra Señora en honor al discípulo de Daisan *el Bendito* y pone sus manos sobre todo aquel que está enfermo. Dicen que su gobierno es estricto, pero amable. Este año la cosecha ha sido muy buena, porque el tiempo ha sido perfecto, la dosis justa de sol y de lluvia, y ninguna tormenta, aunque oímos decir que al oeste hubo algunas granizadas que asolaron la cosecha de cebada. Debe de ser el favor de Dios, ¿no crees?

O magia meteorológica. Pero Liath no lo dijo en voz alta. En lugar de ello, cambió de tema. *Como siempre decía papá,* pensó irónicamente y con no poco disgusto. ¿Cuántas pequeñas costumbres había aprendido de papá, tanto para bien como para mal?

—¿Hay aquí algún resentimiento, señora, por el hecho de que el rey Henry derrotara a *lady* Sabella?

—¿Derrotarla? No han llegado esas noticias a nuestros oídos. ¿Cuándo luchó con ella?

—Ella dirigió una rebelión... —escuchaba absorta mientras les contaba la historia.

—¿Qué aspecto tiene el rey? —preguntó la hija que estaba situada al lado de la chimenea. Con el pelo atado atrás y con un chal sobre la cabeza, parecía modesta y tranquila, pero su voz era fuerte—. ¿Es muy fuerte y aterrador?

—Es un hombre bastante alto, de porte noble. Es piadoso en sus valoraciones, pero su odio es tan fuerte como el fuego del que tú te ocupas. —Entonces, al ver muchos pares de ojos brillando en los agujeros, tanto de niños como de adultos, procedió a contar cosas del avance del rey, y de las damas y caballeros nobles que cabalgaban con él. Les contó los lugares por los que ella había pasado en su camino hasta allí, lugares que nunca verían y de los que nunca habían oído hablar: Augensburg, el detallado palacio de Echstatt; los pueblos wendianos como este; el bosque de Sachsen; la abadía de Doardas; el convento de Korvei; las ciudades

mercado de Gerenrode y Grona: la ciudad de Kassel, en la que la duquesa Liutgard la había entrevistado respecto a la expedición propuesta a Gent para sacar a los eikas.

—He oído hablar de unos demonios llamados eikas —el hermano de Godesti acababa de venir de echar un vistazo a los animales. Se agachó junto al fuego para escuchar. Un niño pequeño se arrastró desde su cama y se deslizó sigilosamente a cobijarse en sus brazos—. Pero pensé que solo eran historias.

—No —dijo—. Lo he visto con mis propios ojos. Vi... —En ese momento se calló.

—¿Qué has visto? —preguntó el hijo, arrastrándose hasta su lado, con la cara iluminada por su interés.

Les contó todo sobre la caída de Gent, y de alguna forma, al contárselo a esta gente granjera sencilla, cuyo viaje más largo al mercado de la ciudad que estaba a dos días de viaje desde allí, se convirtió en algo más parecido a una historia de hazañas nobles y antiguas contada cien veces en una noche de invierno. De alguna forma, al contar la historia extrajo su dolor.

—Ay, el príncipe parece tan valiente y guapo —suspiró la hermana que estaba cerca del fuego.

Su joven hermano gruñó.

—Sería un amante frío para ti, señora estirada, demasiado buena para sus pretendientes.

—Ahora, tú —dijo la señora Godesti con acritud, dándole una palmadita en la barbilla—. Calla, no hables mal de los muertos. Su sombra podría oírte.

—Pero todas las almas ascienden a la Cámara de la Luz —empezó Liath, y después se calló, escuchando un susurro desde arriba y percibiendo una mirada furtiva que pasaba entre ellos.

La señora Godesti cogió el círculo que tenía en el pecho.

—Así es, Águila. ¿Tomas algo más de sidra para suavizar la garganta? La comida es un pago escaso por contar esas historias que nos has contado esta noche.

Liath aceptó la sidra y se la bebió, su trago fue como un fuego en su pecho. Después de comer un segundo plato de guiso, se enrolló en su capa cerca del fuego, sobre un montón de paja asqueroso, lleno de pulgas. El gato de la casa, la criatura más exquisita que había visto rondaba por la casa común buscando ratones, se hizo un ovillo sobre el estómago, disfrutando del calor de su cuerpo. Se despertaba de vez en cuando, impaciente y veía una o dos personas arrodillándose al lado de la chimenea, una mujer de la limpieza, un viejo, una mujer vestida incluso peor que las demás, vigilando la chimenea por turnos durante toda la noche.



Por la mañana, bajo una débil nevada, que caía tan escasa que casi no llegaba al suelo, siguió cabalgando. El hermano de la señora Godesti caminó con ella una hora larga más allá de la aldea, hacia el bosque, aunque intentaba disuadirle porque no tenía botas, solo sandalias con trapos atados para mantener los pies calientes. Pero cuando llegaron al lugar en el que las lluvias de otoño habían borrado el camino en el punto en que giraba para bajar por una ladera densamente arbolada, le agradeció que le sirviera de guía. Le mostró dónde estaba el nuevo atajo, un desvío que bajaba por una cresta describiendo una curva muy pronunciada y volvía de nuevo al camino. En ese punto, había abundante madera muerta y un montón de árboles talados que indicaban el lugar en el que los habitantes del pueblo salían para coger madera. Se despidió educadamente.

—No todos en Varre han sido tan amables —dijo dándole las gracias.

—Ayuda al viajero como desearías que te ayudasen a ti, eso es lo que mi abuela nos enseñó. —Dudó, parecía preocupado—. Espero que sepas que mi hermana no quería mencionar las sombras oscuras que caminan por el exterior.

—Llevo mensajes para el rey, amigo. No informo a los obispos.

Él enrojeció.

—Sabes cómo son las mujeres. Si la forma en que antes se hacían las cosas gustaba a nuestra abuela, entonces... —Impaciente, levantó su raída túnica por encima del cinturón.

—Vivís cerca del bosque. ¿Por qué no deberíais ir a ver a los viejos dioses de vuestro pueblo que todavía se utilizan aquí?

Esto le asustó.

—¿Creéis en el Árbol y el Dios Colgado?

—No —admitió ella—. Pero viajé a muchos lugares extraños con mi padre y... —se calló.

—¿Y? —¿Parecía curioso o solo cansado y agotado? Por la edad de sus hijos, supuso que tendría apenas unos diez años más que ella, aunque parecía tan mayor como papá al final, envejecido por el trabajo constante, las preocupaciones y la pena por la muerte de su esposa—. Godesti dice que si mi querida Adela ha hecho regalos a la Dama Verde del viejo altar de piedra, entonces no debería haber muerto, porque la Dama Verde ayuda a las mujeres en su trabajo. ¿Es porque hizo lo que ordenó la diaconisa del pueblo de Sorres y apartó su corazón de las viejas costumbres? Rezó a santa Helena cuando aparecieron los dolores de parto, pero quizá la Dama Verde estaba enfadada por no recibir ningún regalo, ¿murió por eso?

—No conozco a la Dama Verde. Pero viví en Andalia con mi padre. Allí, las mujeres jinna no rezan a Nuestro Señor y Señora, rezan al Dios del fuego, Astereos, aunque sobreviven y tienen niños sanos, al menos muchos lo están. Siento lo de tu mujer. Rezaré por su alma. Puede que no tenga nada que ver con Dios, excepto que Dios nos vigila a todos —añadió rápidamente—. Es posible que el niño no se moviera bien dentro de ella. Puede que viniera de nalgas y no pudiera salir. Puede que

en su sangre entrase alguna enfermedad y le debilitase. Podría ser cualquiera de estas cosas o algo más, o nada que tenga que ver con Dios, como —señaló tras de sí— este camino que fue borrado por la lluvia y los desprendimientos, no solo porque las criaturas del enemigo causaron daños para llenaros de problemas.

—Os lo ruego —cogió el Círculo de su pecho apresuradamente y después otra señal, algo que ella no reconoció, pero que evidentemente era pagano—. Las sombras podrían estar escuchando.

—¿Las sombras?

—Las almas de los muertos que están demasiado impacientes para subir al barco de la noche e ir al infierno. O peor... —levantó su bastón, lo giró, bajando su tono de voz hasta que solo fue un susurro— Las sombras de los elfos muertos. Sus almas están encerradas en una niebla espesa. No tienen cuerpo, pero tampoco se liberaron de la tierra. No se les permite ir a la Cámara de la Luz ni a otro sitio si les mataron en la tierra. Frecuentan lo más profundo del bosque. Seguramente lo sabéis, habéis viajado tanto.

—Las sombras de los ellos muertos... —se quedó mirando al bosque que estaba a su alrededor: en la oscuridad había árboles de invierno sin hojas, el cielo era de color gris blanquecino, los tonos del sotobosque eran el marrón, el verde y el amarillo pálido del material en descomposición que había en el suelo; los árboles de hoja perenne estaban en el extremo de las zonas abiertas. Todo estaba lleno de brotes, había ramas caídas y la maraña en la que está sumida la tierra virgen. ¿Había sido el destino de Sanglant? ¿Vagar por la tierra como una sombra porque no podía atravesar las siete esferas hasta el Río del cielo y desde aquí subir con las otras almas a la Cámara de la Luz? ¿Estaba él cerca de ella ahora?

Entonces se sacudió de manera violenta, y su caballo piafó y movió la cabeza como en señal de empatía.

—No, amigo —continuó—. Daisan *el Bendito* me enseñó que los Aoi están hechos de la misma sustancia que la humanidad. Algunos antiguos caballeros dariyanos se convirtieron a la fe de las Unidades. Por lo tanto, ¿por qué debería Daisan *el Bendito* expulsar del cielo a la familia de los elfos si sirven a Dios lealmente? E incluso si viven aquí, ¿por qué deberían preocuparse por nosotros? —De repente, Liath se dio cuenta de que no creía que las almas de los muertos merodeasen por el bosque. Y no tenía miedo de las sombras de los elfos muertos. Por supuesto, muchas otras cosas podrían merodear por el bosque, al menos lobos y osos. Papá siempre decía: «No tener miedo es ser imprudente y probablemente conseguir que te maten». Pero apartada de Hugh, no sentía el constante acoso del miedo.

—¡A saber quién anda por este bosque! —el hombre miró a su alrededor, nervioso, temeroso incluso a la luz de la mañana que teñía los árboles con ramas grises y las espesas nubes de la mañana con la luz bruñida de perlas—. Cerca del vado puede que haya bandidos. Pero mañana al anochecer llegarás a una ciudad llamada Laar.

Se despidieron. Él parecía aliviado, pero Liath no sabía si era por volver a la seguridad de su pueblo o por deshacerse de ella y de sus visiones incómodas. Ella no pretendía ofender a los viejos dioses o los santos. Pero no era Dios ni las sombras de los elfos muertos o las criaturas a medio formar que servían al enemigo lo que había hecho que tuviera un aborto el pasado invierno. Ya lo creo que no. Era el abad al que aquellos habitantes adoraban.

La nieve caía entre las ramas de los árboles desnudas. Caminó la mayor parte del día para mantenerse caliente y para que el caballo estuviera fresco. La calzada era buena, teniendo en cuenta el poco uso que se hacía de ella. Había dos surcos anchos hechos por las ruedas de un carro, estaba libre de maleza, y los charcos ocultos bajo una capa de hielo eran el mayor obstáculo.

¿Tenía algún sentido correr? Había tardado meses en llegar hasta donde estaba el rey. Nadie sabría por qué se había retrasado y, en todo caso, el conde Lavastine no estaría demasiado dispuesto a reunir un ejército antes del verano. La primavera no era el mejor momento para que un ejército se pusiera en marcha porque era cuando se sembraba, los ríos aumentaban su caudal y las calzadas estaban embarradas. Probablemente los eikas no pudieran atacar río abajo por el río Vesper con todo el deshielo.

Pero le debía al pueblo de Gent que el mensaje llegase lo más pronto posible. Se lo debía a la memoria de Sanglant, para que se pudiera vengar su muerte.

Al final del día, la nieve se volvió aguanieve y escapó del aguacero refugiándose bajo un abeto enorme; sus ramas, al arquearse hacia el suelo, hacían una especie de cueva. Ató al caballo castrado y acumuló ramitas y palitos sobre el frío suelo, rodeándolas con una pared de piedras. Entonces, mordiéndose el labio, se acercó a la ventana del fuego para poder ver el ojo de su mente e invocó el fuego.

Del pequeño montón de ramitas salió fuego, que hizo arder las ramas que tenía encima. Se echó hacia atrás. El caballo gruñó, dio una patada, partió una rienda y salió de su refugio.

—Maldita sea —juró. Corrió detrás del caballo. Por suerte se calmó rápidamente y la esperó. Empapada y tiritando, lo volvió a llevar al voladizo. El fuego se había estabilizado y ahora, medio avergonzada, lo atizó de la manera habitual. El caballo se comió las sobras que pudo recoger de la maleza cercana y ella masticó un pico de pan duro y un puñado de queso agrio.

Hacía frío esa noche, pero el fuego ardía sin parar. Las agujas del abeto caían sobre ella de vez en cuando. Aunque dormía de manera irregular, este rudo refugio de agujas de abeto que se pegaban en su capa y el soplo del viento de invierno que rozaba su cuello y helaba sus dedos era mucho mejor que cualquier habitación bonita, cálida, elegante que compartiera con Hugh. Si el invierno la hería, no sería porque quisiera, sino porque era indiferente a su destino. De alguna forma, esa gran e incomprensible indiferencia la reconfortaba. Las estrellas seguirían su camino tanto si ella moría como si vivía, sufría o reía. Frente a la eternidad de la esfera celestial y la

gran armonía que había en los cielos, ella era la mota más insignificante, con un transitar tan breve que quizá los daimones que recorrían la capa celestial que estaba encima de su cabeza no podían comprender su existencia mejor de lo que ella podía comprender la suya. Después de todos aquellos años con papá, después de lo que había pasado con Hugh, era un gran alivio pasar desapercibida.

No obstante, todavía no era libre. Necesitaba desesperadamente un preceptor, un maestro.

¿Podía Wolphere verla a través del fuego? ¿Estaba bien Hanna? Los carbones brillaban, y enseguida tendría que echar más ramas al fuego. Las llamas subieron, de color amarillo fuerte, sacó la pluma de oro.

—Hanna —susurró mientras daba vueltas la punta de la pluma entre el dedo pulgar y el índice, haciendo girar con ese movimiento el débil aliento del aire y consiguiendo que entre las llamas del fuego y las que salían de él se abriera una puerta por la que se podía ver...

Sapientia esta sentada impaciente en una silla, evidentemente incómoda. De todos sus ayudantes, el único al que ella tolera durante algún tiempo es Hanna, que habla con dulzura y hace que bebe de una copa plateada. No hay rastro de Hugh.

La pluma roza la palma de Liath. El fuego cruje y tiembla. Ve un desván oscuro alfombrado de paja. Un hombre se mueve y en su inquieto sueño le reconoce, es Wolphere. En su sueño, murmura un nombre y de repente como si una voz le llamara, se despierta abriendo los ojos.

—Alteza.

Liath ve borroso y enseguida su vista se agudiza, ve un camastro en el que yace una mujer con mucha fiebre, las ropas están empapadas de sudor. Ya no está en el desván. Aquí, tres mujeres atienden a la paciente, se ocupan de ella. Liath las reconoce por la ropa, son sirvientas, una monja de edad avanzada y la madre abadesa de un convento.

—¿Alteza? Soy yo, la madre Rothgard. ¿Me oye?

La madre Rothgard escurre un trapo y da la vuelta a la paciente para poner el trapo húmedo sobre la frente. A medida que se hace visible la cara relajada, Liath reconoce a la princesa Teophanu, pero está muy cambiada, ha perdido toda su vitalidad debido a la fiebre. La madre Rothgard frunce el ceño y habla con la sirvienta, quien sale apresuradamente. Desabrocha la túnica de la princesa y la abre para examinar el pecho de la joven. En sus pezones hay cuentas de ricas perlas; la humedad baja por la curva del hombro hasta desaparecer bajo sus axilas. Parece que el ruido del latido del corazón de Teophanu, desesperado, irregular, retumba en el interior de la pequeña cámara. Lleva dos collares; uno es un Círculo de Unidad de oro y el otro es un broche de pantera de una cadena de plata.

La madre Rothgard pone este broche en la palma de su mano y lo examina. Le da la vuelta con un dedo, se da cuenta de que hay algo escrito, pero es poco perceptible para que Liath lo pueda ver. La abadesa tiene cara de ser inteligente, pero como siempre está frunciendo el ceño, parece seria.

—Brujería —dice a su asistentá—. Hermana Anne, dame la copia del altar de los Versos Sagrados y la cesta de las hierbas consagrada bajo el Crisol. No hables de esto con nadie. Si este vínculo viene de la corte, incluso si la princesa Teophanu sobrevive, no podemos saber quiénes son nuestros aliados y quiénes nuestros enemigos. Esto denota la mano de alguien culto.

La madre Rothgard dice una bendición y Teophanu gruñe, y la visión se cubre con el brillo sombrío de los carbones que van apagándose.

La lluvia cae con menor intensidad y se ha convertido en un golpeteo silencioso, y mientras Liath se vuelve a poner la pluma de oro en el pecho y se agarra las rodillas para entrar en calor, el crepúsculo se diluye con el frío del amanecer.

Brujería. ¿Qué poder había llegado a conseguir Hugh? ¿Ya no era inmune a su magia? ¿Lo había sido alguna vez?

Con este pensamiento en su cabeza que producía una sensación de desasosiego, que era como una carga para ella, ensilló su caballo y lo preparó para irse. Cuando cogió las riendas para sacarle del refugio que le proporcionaba el alero, un dolor punzante la quemaba en su pecho. Se tocó con una mano en el punto donde la dolía... donde estaba la pluma de oro Aoi entre la túnica y la piel.

En esa pausa, inmóvil y medio escondida entre las ramas perennes, oyó cómo se rompía una rama. Se subió al caballo, cogió el arco y una flecha del carcaj. Dejó el arco sobre las piernas y se puso en marcha en dirección oeste por la calzada del bosque, con una mano en el arco y la otra en las riendas.

Una nidada de perdices alzó el vuelo, armando un gran barullo al salir de donde estaban escondidas. Pero seguía notando algo, alguien o algo la observaba escondido en los árboles.

Arreó al caballo para que cabalgara al galope. La ciudad más próxima estaba tan lejos que no podía arriesgarse a agotar al caballo, y de todas formas de vez en cuando la calzada estaba cortada a tramos con tajos profundos, agujeros del tamaño suficiente para atrapar la pezuña de un caballo. En la calzada del bosque que estaba a sus espaldas no había nada, y de frente tampoco. En el bosque, todo lo que vio fue una masa de árboles y cuando el viento agitaba las ramas caían pequeños chaparrones de nieve.

De repente, entre las sombras del bosque se vieron unas figuras borrosas, caminando rápidamente por entre los árboles como si fueran lobos que van rastreando.

Un rugido como el silbido de una brisa embravecida la rozó la oreja, se detuvo a

un lado. Su caballo se tambaleó. Una flecha se enterró en el tronco de un árbol cercano. Tan fina como una aguja, no tenía punta. La pálida luz de invierno reflejaba su mango dorado. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, se disipó en la niebla y desapareció.

El grito salió de ningún sitio y de todos a la vez: un temblor ululante, era más un grito de guerra que de auxilio. Vibró entre los árboles como si fuera un viento fuerte.

Puede que algunas veces sea mejor correr que quedarse y luchar.

Bajó galopando por la calzada forestal, llegó al claro de los árboles antes de darse cuenta de que habían cortado los árboles de ambos lados de un arroyo ancho. En el vado, un puente destartado cruzaba las aguas mansas.

Un grupo de hombres bloqueaba el puente y sus alrededores. Al verla levantaron las armas. Paró al caballo en seco y mientras él se movía nervioso, ella miró hacia atrás, después hacia delante, sin estar segura de cuál era la amenaza mayor que se cernía sobre ella. Los hombres parecían desconcertados, tan desesperados como los bandidos, porque probablemente lo eran. La mayoría solo llevaban trapos enrollados en los pies. Algunos llevaban trozos de armaduras, abrigos enguatados, cosidos con cuadrados de piel. Solo el jefe tenía casco, un gorro de piel moldeada y rígida atada bajo su esmirriada barba. Pero estaban delante de ella, huraños y preparados para correr; eran tangibles, reales. No tenía ni idea de qué criatura había dado aquel grito.

—¡Soy un Águila del rey! Me han encomendado cumplir una orden suya. Dejadme pasar.

A esas alturas, ellos ya sabían que iba sola.

—El rey de Wendar —dijo el más importante, mientras escupía en el suelo—, ahora estás en Varre. No es nuestro rey.

—Henry es el rey de Varre.

—Henry es el usurpador del trono. Nosotros somos leales a la duquesa Sabella.

—Sabella ya no es duquesa. Ya no gobierna en Arconia.

El hombre escupió otra vez, levantando su lanza con mayor seguridad. Echó una mirada a sus camaradas, que estaban armados con garrotes hechos con gruesos palos. Dos salieron del puente y empezaron a rodearla poniéndose a cada lado.

—Lo que diga el falso rey de la duquesa Sabella aquí no tiene ningún valor. Es un error por su parte enviar a su gente aquí y creer que su palabra les protege. Mujer, te vamos a tratar mejor si te das por vencida sin luchar.

—No tengo nada que os pueda interesar —dijo mientras levantaba el arco, pero se limitaron a reírse.

—Unas buenas botas, una capa cálida, y una cara bonita —dijo su jefe—, sin mencionar el caballo y las armas. Eso es todo lo que nos puede valer.

Tensando la flecha apuntó a su jefe.

—Di a tus hombres que se retiren, o te mato.

—El que tire al jinete de su caballo —dijo el jefe— será el primero en elegir.

Atacaron los dos hombres. El que estaba a su derecha cometió el error de cogerla

él primero. Ella le dio una fuerte patada en la barbilla y mientras este se retiraba tambaleándose, ella se dio la vuelta en el instante en que el otro hombre intentó cogerla. Tensó la cuerda del arco, tenía la punta de la flecha casi en la cara cuando intentó agarrarla de la bota. La soltó.

La flecha le atravesó la boca. Se tambaleó y cayó.

No había tiempo de pensar. Ellos no tenían flechas. Podía adelantarles.

Mientras volvía a montar bien, vio sombras en el bosque. Se movían como cazadores y enseguida supo que no eran hombres, no eran parientes de estos bandidos que venían a ayudarles. Llevaban arcos tan finos y ligeros como si los hubieran hecho con seda de araña enrollada y doblada mil veces para conseguir que fuera tan sólida como la madera.

Atrapada entre unos y otros. No tenía motivo para confiar en ninguno.

El hombre al que le había pegado una patada volvió a atacar, gruñendo y saltando para intentar cogerla.

La madera que hay en el frío y húmedo invierno arde mal... buscó el fuego y lo invocó para que prendiera el viejo puente.

Los troncos y tablones ardieron de golpe con una explosión, un chasquido y una fuerte llamarada. Los hombres que estaban en el puente gritaron, saltando a las frías aguas del río para salvarse, luchando por mantenerse en el agua o alcanzando la orilla. Su caballo relinchó y se desbocó. Una delgada flecha de plata le hizo un corte profundo en la ijada y cayó al suelo. El hombre que venía a por ella gritó de terror y después se hizo un ovillo mientras intentaba sacarse una aguja de plata de la garganta.

Corrió hacia el río. Los hombres se dispersaron, huyendo de ella, o de lo que la perseguía, medio escondidos en el bosque que estaba detrás. El agua fría que le llegaba hasta los muslos le produjo una fuerte impresión, mientras intentaba hacer que el caballo cruzara el arroyo. El animal no necesitaba que le metieran prisa, también era lo suficientemente inteligente como para correr. El agua le empapaba la grupa y lavaba el fino hilo de sangre que le salía por el corte que le había hecho la flecha. Durante un momento, Liath sintió que el caballo perdía el paso, después ellos estaban luchando en la otra orilla, atravesando la capa de hielo que había en el borde del río.

Oyó algo por detrás, no se paró a mirar. En el centro de la calzada, aturdido sin poder moverse, estaba uno de los bandidos mirando horrorizado el puente en llamas y a sus camaradas bajar por el otro lado o por el frío arroyo retorciéndose.

—¿Crees que el rey Henry deja a sus Águilas sin protección? —gritó. Salió corriendo hacia el bosque, escapando de ella, o de lo que venía detrás de ella. Ella se dio la vuelta.

El puente en llamas ardía como un faro. Del bosque no salía ninguna sombra y los bandidos se habían dispersado. El puente estaría impracticable. Mientras miraba, se dio cuenta de que no podía apagar el fuego, no sabía cómo. Lo intentó, se imaginó un fuego que se extinguía reduciéndose a ascuas y de ellas a carbón, pero el puente

seguía ardiendo con la furia de un fuego abrasador. Se sintió aterrorizada. No tenía forma de controlarlo.

Entonces ellos salieron del bosque. Sus cuerpos tenían forma humana, incluso indicios de una antigua armadura, petos claveteados decorados con mujeres con cabeza de buitre y leones moteados sin melena. Pero a través de ellos podía ver los árboles. Eran más parecidos a una densa niebla con forma de enemigo, parecida a los humanos y aun así no tenían nada que ver con ellos, y la perseguían. Uno levantó su arco y la disparó, pero la flecha de plata, como un guiño en el sol, desapareció entre las llamas. Llegaron a la orilla del arroyo, bastante lejos de las llamas que devoraban el viejo puente, pero no intentaron cruzar el agua.

Volvió con el caballo y huyó.



Cabalgó, caminó al lado del caballo, volvió a cabalgar, después trotó de nuevo junto a su caballo cansado. Pero aunque en invierno los días son cortos, este parecía no tener fin. El bosque era interminable.

Al anochecer, por fin y sorprendentemente, el bosque se convirtió en matorrales y maderas cortadas. Los cerdos corrían dispersándose. Los campos, que se convirtieron en grupos de árboles como enormes cicatrices, hicieron que el camino fuese más llevadero.

Al llegar a las puertas cerradas gritó.

—Os lo suplico. Soy un Águila del rey que lleva un encargo. ¡Dadme cobijo!

La puerta se abrió una rendija y la dejaron entrar. Los amables habitantes de Varre no eran favorables a Henry, pero era una muchacha que cabalgaba sola y cuando llegaba el momento, estaban deseosos de oír las noticias que traía.

La diaconisa del pueblo condujo al caballo a un lugar apartado y le aplicó un bálsamo de agua bendita, acederas y agrimonia en el corte que le había hecho el tiro del elfo mientras cantaba salmos sobre la bestia herida.

—Es evidente que has cumplido con tus oraciones, hija —dijo la diaconisa—, porque seguramente la intervención de santa Herodia, cuya festividad se celebra hoy, te salvó de sufrir daño alguno.

Liath dejó el caballo al cuidado de la diaconisa y permitió que la escoltaran a una casa común en la que todo el pueblo se reunía para verla tomar una cena fría. Los habitantes del pueblo conocían a los bandidos y estaban alegres por haberse librado de ellos y era evidente que los habitantes de Laar se habían resignado a sufrir los expolios de las criaturas sin nombre que poblaban el bosque.

—¿Sabes quién son? —preguntó Liath.

—Las sombras de los elfos muertos —dijo el dueño que la había acogido.

—Están condenados a vagar por la tierra —dijo un habitante del pueblo de mayor edad— porque no pueden ascender a la Cámara de la Luz.

—Mi sabia tía me dijo que aquí una vez gobernaron los Perdidos —añadió el dueño de la casa—. Sus sombras no pueden soportar dejar el escenario de su gran gloria. Así que nos persiguen e intentan echarnos para volver con su familia y gobernar otra vez.

Una historia condujo a la otra y por supuesto querían saber qué mensaje le llevaba al conde Lavastine, de quien habían oído hablar; sus propiedades situadas más al sur no estaban a más de diez días de camino de aquí. Algunos habitantes habían visto al conde y su ejército cuando volvía de camino el pasado verano de la batalla de Kassel.

—Iba con su ejército —dijo el dueño de la casa—. Un chico guapo, alto y noble. ¿Qué quiere el rey del conde Lavastine? Si él es de Varre y el rey es de Wendar. Puede que al rey no le gusten los condes de Varren.

Así que les contó lo de Gent.

—¡Ay, los Dragones! —dijo una mujer mayor—. Yo vi a los Dragones hace años. Era verdaderamente magnífico.

Esa noche, tumbada y enrollada en su capa ante el fuego de la chimenea, soñó con los perros eikas.

CAPÍTULO 12



LA INTERPRETACIÓN DE LOS HUESOS

A medida que avanzaba el invierno y los eikas que quedaban en Gent comenzaban a aburrirse, Sanglant empezó a perder sus perros. Lucharon por él como sus Dragones, cuando fue atacado y como sus Dragones también murieron. Hizo lo que pudo por salvarlos, pero nunca era suficiente.

Los eikas necesitaban luchar y era espantoso observar los combates que preparaban con los esclavos. Los pocos combates que organizaron contra él, los perdieron. Era algo degradante que tantos lucharan contra uno o con un arma mientras que él estaba desarmado, y había estado ensayando tanto durante tantos meses que ninguno, a pesar de lo fuertes y poderosos que eran, podía superarle.

Supo que algunos eikas todavía seguían atacando cuando uno de los principitos impacientes llevaba a unos cuantos esclavos patéticos o un puñado de bisutería como ofrenda para Corazón Sangriento, pero las ganancias que habían conseguido en los alrededores de Gent eran lamentablemente escasas en esos momentos después de tres épocas de asedio. Otros ofrecían reuniones durante las cuales algún salvaje contaba una historia de matanzas en su idioma chillón que algunas veces incluía horribles representaciones con esclavos vivos, pobres almas condenadas.

Esos espectáculos no impresionaban en absoluto a Corazón Sangriento. Él también estaba impaciente. Tocaba las flautas que había hecho con los huesos con los poderes que tenía, Sanglant tenía poca experiencia en la brujería y no sabía cómo interpretar lo que veía, membranas de luz que envolvían la catedral en la claridad; feroces dragones que llenaban la enorme nave con latigazos de sus rabos y fuego abrasador antes de deshacerse en la niebla; enjambres brillantes de abejas con aspecto de ácaros que atormentaban a Sanglant y le picaban hasta que se le hinchaban las manos y la cara, y después desaparecían todas, junto con la inflamación, cuando Corazón Sangriento se cansaba del juego y dejaba las flautas.

Cuando la locura amenaza con volver, se refugiaba en la casa solariega, construida tan minuciosamente durante el invierno como si hubiera serrado los troncos y levantado el tejado con sus manos. La visión de la casa solariega le salvó de la nube negra más veces de las que podía contar.

Pero nunca era bastante.

Olía a humo en el viento, de los incendios que había en la ciudad, y después al hedor acre de la madera chamuscada. Oyó cómo los eikas jugaban su juego, un día sí

y otro también, en la plaza que daba a la catedral. El equipo ganador siempre gruñía y reía mientras lanzaban su trofeo, el saco que tenía su horripilante contenido, delante de Corazón Sangriento. Quizá se movían más lentamente por el frío, pero ni el calor ni el frío, ni el fuerte frío glacial, ni el silencio de una fuerte nevada, ni el azote de la lluvia heladora o el dolor sordo que se cuela hasta los huesos les afectaban negativamente, no más de lo que afectaba a una roca.

A medida que el invierno se tornaba en primavera, se dio cuenta de que su aspecto había cambiado. Ahora había más con armaduras de piel de las curtidurías de Gent o llevaban lanzas, hachas y flechas con la punta de hierro fabricadas en la forja de Gent. Escuchaba los gritos de los esclavos de día y de noche, pero nada podía hacer para ayudarles.

No había nada que pudiera hacer excepto mirar, y pensar. La primavera llegaba. En breve, el caudal del río se vería incrementado al máximo. Pocos barcos navegarían río arriba hasta finales de la primavera. Pero Corazón Sangriento estaba reuniendo un ejército. Cualquiera tonto, incluso un tonto de remate se daría cuenta. Los eikas iban y venían a diario. Unos, porque Sanglant ya era capaz de distinguir a algunos del resto, no volvían, como si hubieran muerto al salir a cumplir su misión o quizá, se habían ido mucho más lejos. Seguramente ni siquiera los eikas se atrevían a cruzar los mares del norte en invierno, pero ¿quién se atrevía?

Encadenado como estaba, lo único que podía hacer era mirar. Si podía mantener a raya la locura, como los perros, sería capaz de pensar. Podía intentar elaborar un plan.

Corazón Sangriento no debe reunir un ejército fuera de Gent. El río Vesper se adentra en tierras wendianas y con barcos suficientes y el camino libre hasta Gent. Corazón Sangriento y su ejército de eikas podían causar estragos en las tierras de Henry.

Hasta Corazón Sangriento debe de tener algún punto débil. Solo tenía que ser perspicaz, como Liath, para averiguarlo.

Se dio cuenta de algunas cosas.

Por encima de la nave había una pequeña galería a cada lado de la catedral, pero ningún eika pasaba nunca por allí ni se quedaba para contemplar a sus hermanos.

Los perros nunca tenían crías, ni se les veía aparearse.

Igual que él estaba amarrado a la piedra del altar con las cadenas, también lo estaba el sacerdote eika a Corazón Sangriento. Si Corazón Sangriento estaba sentado en su trono, el sacerdote no se atrevía a salir. Si Corazón Sangriento salía de la catedral, como lo hacía cuatro veces al día, entonces el sacerdote hacía lo mismo, pisando los talones al jefe.

Los eikas no mostraban ningún interés sexual en sus esclavos, al menos que él hubiera percibido; quizá su desprecio por los enemigos humanos era tan profundo que no se planteaban el acto sexual.

El sacerdote jamás perdía de vista el arcón de madera y el morral de piel. Del morral sacaba los huesos que leía para predecir el futuro. Nunca había abierto el

arcón.

Sin embargo, en la nave había muchos eikas, nunca apestaban, y los humanos sí; Sanglant lo sabía bien porque había vivido tanto tiempo entre ellos. El séquito del rey apestaba al olor que expelían muchos humanos juntos. Los pueblos y las haciendas tenían cada uno su peculiar aroma a sudor, a moho y lana húmeda, los pozos negros y la carne podrida, la sangre bendita de las mujeres, el estiércol, todos los olores persistentes de la actividad humana en las forjas y las curtidurías, las carnicerías y las panaderías se mezclaban formando un conjunto fétido. Sospechaba que el eika pensaba que él apestaba, aunque solo era medio humano. Pero hacía mucho que no se lavaba; incluso los perros estaban más limpios que él.

¡Ay, Señora!, no era mejor que un animal salvaje que merodeaba por la marga del bosque, enmarañado y apelmazado por la porquería, aunque se cuidaba todo lo que podía. Pero nunca era suficiente.

¿Cuándo llegaría el rey Henry? Sanglant entendió en ese momento que no podía morir aquí entre los perros. Las geas de su madre eran también una maldición porque la muerte habría sido una bendición; lo había sido para sus fieles Dragones cuyos huesos se pudrían en la cripta, o pulidos y agujereados emitían música para disfrute de Corazón Sangriento. Sanglant creía que cualquier otro hecho hubiera evitado que Henry entrara el pasado otoño en Gent. No por el bien de Sanglant; la revancha era un lujo. Pero Henry tenía que recuperar Gent.

Y alguien tenía que detener a Corazón Sangriento.

Si uno miraba con claridad lo que había a simple vista, la respuesta era evidente. Estaba sorprendido de que hubiera tardado tanto en darse cuenta. Sabía cómo matar a Corazón Sangriento si se pudiera acercarlo lo suficiente.

Ivar era tan poco importante para la madre Escolástica que permitió que el profesor Labios Fruncidos entregase el mensaje, que podría haber sido un golpe mortal.

—No voy a escuchar más quejas tuyas, minúscula criatura —reprendió el maestro. No sonreía precisamente, pero notó un regocijo desagradable en las palabras que siguieron a continuación—. Tu señor padre ha contestado por fin a tu indecorosa petición de ser liberado de tus votos. Por supuesto, debes quedarte en el monasterio. Ofrecerás tus oraciones al servicio de tu familia, los vivos y los muertos. Ahora —golpeó fuerte a Ivar en los nudillos con su vara—, vuelve a tu trabajo.

¿Qué podía hacer? La ronda diaria en Quedlinhame era, a su modo monótono, tranquilizador para su corazón dolorido. Atrapado para siempre. Incluso Liath le había rechazado y después de todo lo que había prometido hacer por ella.

Solo una vez al día cesaba esta monotonía, se sentía algo apartado del aturdimiento en el que estaban sumidos su corazón y su alma. E incluso en esto había obstáculos.

—El problema —dijo Baldwin—, es que no podemos acercarnos lo suficiente a ella. Está muy bien escuchar lo que reza, pero hay una valla entre nosotros.

—¿Y qué importa una simple valla? —preguntó Ermanrich—. ¿Cómo puedes llegar a dudar de ella, Baldwin? ¿No puedes escuchar la verdad en cada palabra que pronuncia?

—¿Cómo sabremos realmente lo sincera que es si no podemos ver su cara excepto a través de un agujerito? ¿Y si la han puesto aquí para probarnos?

—Una prueba, seguro —murmuró Sigfrid, con la voz amortiguada porque tenía las manos apretadas contra los labios. Con la cabeza inclinada, cerró los ojos con fuerza y parecía que estaba haciendo muecas.

Desde que llegó Tallia a Quedlinhame, desde que empezó a hablar con su voz monótonamente fervorosa sobre la *Redemptio* de Daisan *el Bendito*, de su muerte y resurrección, el pobre Sigfrid parecía estar sumido en una lucha interna que le causaba mucho dolor.

Los cuatro chicos no eran su única audiencia. Todas las tardes justo después del oficio de Vísperas caminaba descalza desde la columnata a la valla que separaba el lado de las novicias del de los chicos. Todos los días, durante los últimos tres meses, sin importar lo horrible que fuera el tiempo, se arrodillaba, vestida solo con sus

hábitos de color marrón apagado, y rezaba. Solo unos pocos rezaban con ella cada día. Uno de ellos era Ermanrich, que se arrodillaba en el lado opuesto de la valla, temblando bajo la nieve, el aguanieve, con viento racheado, con el fuerte frío del viento del invierno, para oírla hablar. Algunas de las novicias también lo hacían, entre las cuales estaba la prima de Ermanrich, Hathumod.

Baldwin e Ivar iban a escuchar los días que el tiempo acompañaba. Muchas novicias también iban esos días más agradables o eso suponían los chicos por las respiraciones que oían durante el tiempo que duraba la declaración de *lady* Tallia, por el crujido y el murmullo que hacían las ásperas vestimentas, por los susurros de las débiles voces y, de vez en cuando, una risa. Pero las risas nunca eran por las palabras de Tallia. Nadie se rio nunca de *lady* Tallia, ni de sus oraciones herejes.

Lady Tallia jamás levantó la voz. Nunca hizo uso de su posición, al contrario que el hijo de la duquesa Rotrudis, Reginar, ni esperaba que la considerasen superior. Todo lo contrario.

Sus privaciones ya eran legendarias entre los novicios. Nunca llevaba zapatos, ni en invierno. Su dieta consistía básicamente en pan de centeno y judías. Nunca bebía vino, ni en los días festivos. Nunca permitió que pusieran al lado de su cama un brasero, daba igual el frío que hiciese, y no permitió que ningún sirviente la esperara, mientras las otras chicas nobles sí lo hacían, sino que insistió, cuando su tía Escolástica lo permitió, en servir a los sirvientes como si ella fuera de sangre corriente y ellos nobles.

Incluso circulaba un rumor de que llevó un cilicio bajo su hábito hasta que la madre Escolástica le prohibió que se diera el gusto de dar demostración de humildad tan llena de orgullo.

—¡Chist! —dijo Baldwin. De rodillas, con la cara pegada al agujero, miraba por él a lo que tenían prohibido—. Ahí viene.

Ivar se arrodilló. El frío suelo le quemaba la piel a través de la tela del hábito y se preguntó si debería volver adentro. Pero adentro estaba el profesor Labios Fruncidos, roncando al lado de la estufa, o *lord* Reginar y sus perros, esperando hacer la vida imposible a todos los que les molestaran mientras jugaban a los dados. Los novicios de segundo año, dirigidos por Reginar, siempre jugaban a los dados justo antes de las Vísperas, él único momento del día en el que los novicios podían estar ociosos durante un corto espacio de tiempo.

Solo en ese momento tenía Tallia la oportunidad y la intimidad para hablar.

—Entonces si dice la verdad, ¿por qué —susurró Baldwin, apartándose de la valla para dejar que Ermanrich apretara la nariz y el ojo contra el agujero— no testimonia ante la madre Escolástica? —como la mayoría de los chicos guapos que son tratados con favoritismo, Baldwin alimentaba la despreocupada convicción de que los adultos encargados cederían ante cualquier petición razonable o que se sintiera con pasión.

—¿Por qué no dijiste a tus padres que no te gustaba la mujer noble que quería casarse contigo en lugar de decir que tenías vocación para la Iglesia? —preguntó Ivar.

Los bellos ojos de Baldwin brillaron.

—Eso no hubiera importado. Sabes tan bien como yo que los asuntos de los gustos no importan cuando llega el momento de que una familia se alíe con otra. Especialmente si la familia busca sacar ventaja en el partido.

—Eres demasiado escéptico, Baldwin —dijo Ermanrich.

—¿Respecto al matrimonio de *lady Tallia*? —contestó Baldwin.

Le tocó el turno a Sigfrid. Al acomodarse las novicias que estaban al otro lado, la tela de los hábitos hacía ruido, se oían algunas toses y algunas se sorbían la nariz, él se echó hacia atrás para hablar.

—Por supuesto, la madre Escolástica y las demás autoridades; condenarían si la oyeran pronunciar una herejía así.

Sigfrid se apartó y dejó que Ivar cogiera su turno para mirar por el agujero. Ivar entrecerró los ojos, viendo primero una mezcla de caras y de tela hasta que se le acomodó la vista. Como las doce virtudes, todas vírgenes, en *El pastor de Hermas*, las novicias e incluso la sumisa profesora se había reunido con Tallia para escuchar. Ivar unió las virtudes con las caras. Tallia, la fe; Hathumod, la sencillez, la profesora mayor y dulce, la concordia. Las demás, chicas comunes y corrientes con el pelo tapado por chales y con la nariz rojo o blanca del frío y sus manos pálidas juntas con devoción ante ellas, serían la abstinencia, la paciencia, la magnanimidad, la inocencia, la caridad, la disciplina, la verdad y la prudencia. De todas, solo Tallia tenía una cara verdaderamente interesante, que estaba pálida debido a sus austeridades. Pero quizá era su único matiz de fanatismo lo que atraía de ella. No tenía nada de la belleza cálida de Liath, pero era lo único verdaderamente tentador que Ivar había visto en Quedlinhame desde que Liath había salido con el séquito del rey.

—La muerte es la causa de la vida —decía en ese momento—. Al sacrificarse Daisan *el Bendito* en ese ritual en el que los dariyanos le despellejaron estando vivo, la emperatriz lo salvó de su vestimenta terrenal. Así fue liberado para siempre de su cuerpo, que no necesitaría en la Cámara de la Luz.

—Pero ¿por qué tuvo que ser asesinado así? —preguntó una de las niñas—. ¿No sufrió?

—Ya sufrió por nuestros pecados —Tallia levantó las manos y puso las palmas hacia arriba para mostrárselas a la audiencia—. Esto solo es piel, modelada de la arcilla, nada más que eso. Como todo lo que está fuera de la Cámara de la Luz, está teñido de oscuridad. No volvemos a Dios en la carne, sino en el espíritu. Es nuestra alma la que asciende a través de las esferas a la Cámara de la Luz.

—Pero, entonces, ¿cómo pudo Daisan *el Bendito* volver a la tierra y caminar otra vez entre sus discípulos como dices, si no tenía cuerpo?

—¿Hay algún poder que no tenga Dios? Nos dio la vida. Dio vida al universo, ¡ah! —Tallia respiró entrecortadamente, balanceándose y Hathumod, una mujer tan robusta como lo era su joven primo, la ayudó para que no se cayera—. ¡Señora

bendita! —dijo Tallia con la voz cambiada, alta, entrecortada pero penetrante—. Veo una luz como la mirada cegadora de los ángeles. Entra en la niebla que envuelve la tierra sombría. —Con la cabeza caída hacia atrás, Tallia parecía que se iba a marear.

Ivar se apartó de la valla y se dio cuenta de que pegados a su hombro estaban Baldwin, Ermanrich y Sigfrid, volviendo a presionarle contra la áspera madera.

—¿Qué pasó? —preguntó Ermanrich.

Las campanas llamaban a Vísperas y los cuatro jóvenes se enderezaron, sintiéndose culpables, para ocupar su puesto en la fila.

Ivar desafió a la vara de arce del profesor Labios Fruncidos para mirar bien a las novicias cuando iban a entrar en la iglesia, pero no vio a *lady* Tallia entre ellas... Y ella nunca, nunca jamás se perdía una oportunidad de rezar.

Ni se presentó a las Vísperas en su sitio habitual al día siguiente.



Ermanrich tardó dos días en organizar un encuentro con su prima y las noticias que consiguió hicieron temblar de miedo a los cuatro chicos.

—Hathumod dice que Tallia ha sufrido una parálisis.

—Los diablos han estado dentro de ella por sus palabras herejes —dijo Sigfrid, mordiéndose las uñas—. Ha estado poseída por el enemigo.

—¡No digas eso! —la habilidad de Ermanrich para respetar los deseos de otro, en este caso a los de su señora madre, sin resentimiento le había permitido entrar en Quedlinhame con un corazón resignado y un espíritu en calma. Ahora parecía todo menos tranquilo—. Está como muerta, dice Hathumod, con un débil tono rosáceo en sus mejillas que indica que todavía vive. Es Dios el que la acongoja, para comprobar su fe con la enfermedad.

—La verdad es que come tan poco, que probablemente se haya desmayado de hambre —observó Baldwin, cuyo apetito era tan seguro como la promesa de que el sol salía todas las mañanas—. Mi tía dice que es una señal segura de inanición, cuando los granjeros están demasiado débiles para sembrar. El obispo nos impone que sembremos la caridad y distribuyamos grano en momentos malos por el bien de nuestras almas, pero mi tía dice que es mejor hacerlo por el bien de nuestras propiedades.

—Baldwin —el pobre Sigfrid parecía profundamente ofendido—. ¿Cómo puedes decir eso, y además en la casa de Dios? ¡Que te perdone por tu falta de respeto!

—No es una falta de respeto decir la verdad.

—Calla —dijo Ivar—. No nos ayudará pelearnos como los príncipes. —Pero un repentino miedo lo atormentaba, y no sabía por qué.

No sabía por qué, pero él y los demás se arrodillaban todos los días a la misma

hora al lado de la valla, en espera de noticias.

Y las noticias llegaron de la forma más alarmante cuatro días más tarde, cuando Tallia, recostada sobre Hathumod, salió despacio de su lugar de costumbre. Allí se arrodilló en la nieve fresca como si fueran flores de primavera, se puso las manos juntas en el pecho y rezó.

No tenía color en los labios. Sus manos estaban curvadas como garras, las uñas clavadas en las palmas. Aunque estaba débil, su voz era fuerte.

—¡Alabado sea Dios! Con la bendición de la madre bendita y de su bendito hijo todos tenemos vida eterna si testificamos la palabra sagrada del sacrificio y la redención. Me venció la luz, y mientras mi cuerpo estuvo tumbado sujeto por la mano de Dios, una imagen me envolvió.

Su cara tenía una palidez tan sutil y delicada que parecía casi etérea, como si su cuerpo se hubiera disuelto y todo lo que la mantuviera en este mundo fuera la fuerza de su alma inmortal. Su fragilidad se veía en su carne, con el enorme encanto de su mirada, aunque hacía que tuviera una belleza que antes no poseía, o eso pensaba Ivar, mirando embelesado hasta que Ermanrich le dio un fuerte golpe entre las dos escápulas y le pidió que le dejara mirar.

Pero no deberían haber estado mirando.

—Mi alma está dirigida por el espíritu del fuego al lugar de descanso de los ángeles. Allí me concedieron una visión de las recompensas que Dios prepara para aquellos que la aman, en la que los infieles y los que prestan atención a la Palabra Falsa de las Unidades no depositan ninguna fe. —Levantó los puños. Con gran esfuerzo, con la cara en tensión con el evidente dolor, fue estirando los dedos hinchados.

Ivar dio un grito entrecortado, al igual que lo hicieron las demás novicias que estaban agrupadas al otro lado la valla.

Sus palmas sangraron, cada una estaba marcada por una profunda línea encarnada hasta el centro, como si un cuchillo hubiera hecho los primeros cortes hasta despegar la piel del cuerpo. La sangre cayó de sus palmas y riñó la nieve de color carmesí.

Ivar se tambaleó hacia atrás, cubriéndose los ojos con las manos.

Ermanrich pegó la cara a la valla.

—Un milagro —musitó.

Sigfrid, después de mirar por el agujero, estaba demasiado impresionado para hablar.

Baldwin se limitó a refunfuñar.



Pero, al cabo de un mes escaso, cuando la nieve por fin se había derretido y las

primeras violetas florecieron, un rosal trepador creció en el mismo lugar en el que la sangre de Tallia había manchado la tierra. El día de la fiesta de santa Johanna, la mensajera, del único capullo salió una flor carmesí.

—Es una seña —murmuró Sigfrid y esta vez, Baldwin no hizo ninguna objeción.

Casi había pasado un año desde que Ivar se había arrodillado fuera de las puertas y se había comprometido como novicio. Por primera vez desde aquel día, entró en la gran iglesia de Quedlinhame sin pensar en sus problemas. Su corazón estaba lleno de misterio y sobrecogimiento.

Alain la vio desde lejos. Se paró, llamó a los perros y les hizo sentarse en un semicírculo a su alrededor.

—Fuera —dijo mientras sus acompañantes, su séquito habitual de cuidadores de perros debidamente protegidos, una media docena de hombres de armas y una clériga habían sido llevados al hogar para leer en alto a Alain varios tratados prácticos sobre buena administración y agricultura, se quedó mirando por la ladera abierta la inusual imagen de un Águila caminando, en lugar de cabalgando—. Ulric y Robert, bajad y escoltadla hasta mí.

Siempre era más seguro escoltar a alguien que llegaba de nuevas porque si se acercaba a ellos con los perros, podría pasar algo.

La delgada capa de nieve cambió el paisaje invernal a un blanco brillante, destacando solo la línea oscura de la calzada del sur y el pequeño huerto que se extendía a lo largo de ella por ambos lados. Desde esta posición podía ver la torre de Lavas que quedaba detrás de él, pero no veía nada de la ciudad excepto algunos retazos de humo que subían al cielo. Este día, el de santa Oya y el primer día de fevrua (eso le había dicho la clériga esta mañana), el tiempo seguía suave y claro. Era un buen presagio para las niñas que habían tenido su primera regla el pasado año; ahora se sentarían en los bancos de las mujeres en la iglesia y aquellas cuyas familias tuvieran el dinero suficiente podrían pensar en prometerlas en matrimonio a un hombre adecuado. En treinta días llegaría el primer día del mes de yanu, el nuevo año y el primer día de la primavera.

En ese nuevo año, si Dios quería, se decidiría su compromiso.

—¡Señora de los cielos! —juró la clériga y el resto de los hombres del séquito murmuraron, sorprendidos también. Alain miraba al Águila que venía con dos guardas y subía por la ladera con ellos. Nunca había visto a un Águila venir de alguna otra forma que no fuera a caballo, porque, por supuesto, las Águilas deben moverse rápidamente y ¿qué mejor forma que a caballo? Pero eso no era lo único extraño en torno a ella.

Era joven, con una complexión totalmente sorprendente, tan morena como si acabara de entrar en un amanecer pálido de invierno procedente de un lugar en el que el sol de verano lucía día y noche en todas las estaciones. Llevaba a la espalda un carcaj y un arco, una espada sujeta con una correa en un lado y, colgada del otro

hombro, una bolsa de piel con provisiones, y caminaba con tanta soltura como un soldado de infantería. Pero había todavía otra cualidad, algo que no podía nombrar. A su alrededor había una especie de halo, un calor... no era nada palpable y aun así le impactó como alguien que ve la sombra de la madre en la cara de su hijo.

—¡Autun! —exclamó súbitamente elevando la voz—. Era una de las Águilas que llegó a Autun después de la batalla de Kassel. Traía las noticias de la caída de Gent.

Los sabuesos comenzaron a gemir.

Se agacharon, con las cabezas inclinadas, gimoteando apartándose de ella a medida que se acercaba. Primero, *Buen Humor*, después *Miedo*, después los demás intentaron escabullirse, tan dóciles como cachorros aterrorizados por un trueno; solo quedaban *Pesar* y *Rabia*, aunque ellos también se removían inquietos.

—Sentaos —ordenó y, renuentes, los otros perros se sentaron. Pero como el Águila subió hasta llegar adonde estaba, el viejo *Terror* se dejó caer, rodó poniéndose boca arriba y abrió la boca.

—Que perro viejo tan dulce —exclamó el Águila—. Me encantan los perros. — Se acercó para acariciarlo.

Terror le mordisqueó la mano, aterrorizado, rodó y se volvió a poner a sus pies, y de repente todos los sabuesos estaban levantados y ladrándola con furia. Ella se echó hacia atrás. Su séquito hizo lo mismo imitándola.

—Siéntate —ordenó Alain—. Siéntate —tiró hacia debajo de *Rabia* y *Pesar*—. ¡Pánico! —Tiró del collar del viejo sabueso para que se agachara y calmó a los otros. Pero incluso así, ya tranquilos, gemían y gruñían y mantenían a Alain entre ella y ellos.

—Mi señor —ella se quedó mirando a los perros aterrorizada. Alain nunca había visto ojos tan azules como los de ella, tan brillantes como la ardiente Seirios, la punta encendida del arco de la cazadora en el cielo nocturno—. Perdone...

—No, no saques ninguna conclusión —Pero estaba desconcertado por la reacción de los sabuesos—. Tienes un mensaje para mi padre.

—Para el conde Lavastine, sí.

—Soy su hijo.

Estaba sorprendida.

—No tengo la intención de interrumpir vuestro paseo, mi señor. Si uno de vuestros hombres me lleva ante el conde...

—Lo haré yo mismo.

—Pero, mi señor...

Rechazó las objeciones del clérigo. Esta mañana, su objetivo era la pequeña abadía de Soisins, fundada por su bisabuelo después de la muerte de su primera esposa al dar a luz y que la segunda esposa de su bisabuelo había añadido a sus posesiones después de que él muriera luchando.

—Esto es más importante. —Nadie discutía con él—. Ven —dijo, dirigiéndose más a los sabuesos que a los demás, hacia donde él y los sabuesos se dirigieron, el

resto los siguió—. Camina a mi lado —le dijo al Águila.

Ella miró a los sabuesos.

—Siento haberles asustado. No parecen muy... acogedores.

Alain escuchó a los hombres de armas murmurar detrás de él y solo podía imaginar lo que estaban hablando.

—Algunas veces me sorprenden hasta a mí, pero no harán daño a nadie mientras yo esté con ellos. —Con una mínima duda se puso a su lado. De repente, cuando todavía gruñían levemente, los sabuesos se pusieron al otro lado de él, una masa de pelajes y patas negras apretujados. Estaban tan preocupados por evitarla que casi no se dieron cuenta de que los cuidadores y los hombres de armas se hicieron a un lado rápidamente para dejarles hueco.

—¿Qué le pasó a tu caballo? —preguntó.

—¡Ay, Señora! —Miró detrás de ella como si se estuviera preguntando si alguien más aparte de los guardas la seguía—. Un disparo de elfo, mi señor.

—¡Un disparo de elfo!

—A una distancia de quince días al sur. Casi perdí la noción de los días. —Contó una historia entremezclada con bandidos y figuras oscuras en lo más profundo del bosque—. Una de las flechas le dio en la ijada al caballo, solo una cicatriz, pero incluso aunque la diaconisa de Laar le bendijo, el pobre enfermó y murió.

—Pero eres un Águila del rey. Probablemente podrías haber pedido otro.

—Sí, podía, si hubiera estado en Wendar. Pero aquí nadie me daría un caballo de refresco a cambio de uno enfermo.

—¿Y esto ocurrió en las tierras de mi padre? —Estaba consternado—. ¡Así no tratamos a los mensajeros del rey! Me encargaré de que se recuerde a todos los de las tierras de la diaconisa cuál es su deber.

—¿Apoyáis al rey Henry, mi señor? —preguntó ella, evidentemente sorprendida.

Solo podía imaginarse la recepción que se le habría hecho a un jinete wendiano, aunque casi no parecía wendiano, con esa complexión, en esta parte de Varre.

—Espero no decepcionar nunca a mis mayores y que se diga que he escatimado hospitalidad a un extranjero.

Ella sonrió, un destello breve en su cara que él deseó, de repente, ver otra vez.

—Sois amable, mi señor.

—No decía Daisan *el Bendito*, «si solo amas a los que te aman, ¿qué recompensa esperas?».

Eso hizo que sonriera otra vez.

—A decir verdad, mi señor, muchos de los que me ofrecieron refugio y comida estos últimos quince días no tenían caballos que darme. Fueron los que los tenían, quienes fueron menos hospitalarios.

—Eso cambiará —prometió él—. ¿Cómo te llamas, Águila?

Asustada, dio un paso vacilante, tambaleándose para alcanzarlo mientras él se detenía para mirarla.

—Disculpe, mi señor. No se trata de, pocos nobles preguntan...

Por supuesto. Las Águilas eran gente corriente. Ningún caballero o dama noble se plantearía nunca preguntar el nombre de alguien. Había traicionado su educación, y aun así, ¿por qué tendría que estar avergonzado de la buena educación?

—Me llamo Alain —dijo para tranquilizarla—. No tenía ninguna intención al preguntar. Solo que es difícil llamarte Águila todo el rato.

Agachó la cabeza mientras pensaba en esta respuesta. Tenía un buen perfil, dibujado por el sol matutino que salía por el este. Pero con toda la evidente vitalidad física, bajo esa fuerza había un manto de fragilidad, como si pudiera desmoronarse en cualquier momento. Tenía miedo. La revelación le llegó con tal fuerza que sabía que era cierto, aunque apenas podía decirlo en voz alta. Vive atemorizada.

—Me llaman Liath —susurró, parecía sorprendida al escuchar su voz.

—Liath —este nombre tenía un significado para él. Lo recordó—. Liathano —dijo en voz baja mientras daba un paso adelante.

El peso del recuerdo le ahogaba.

Está en las viejas ruinas, las estrellas de mediados del verano brillan en lo alto con tal fuerza como si fueran joyas lanzadas a los cielos. El ojo rojo de la Serpiente brilla en lo alto. Una sombra se separa de la pared, entrando en la avenida de piedra. Vestido con una coraza, armado con una lanza, las llamas rugen mientras la avanzada arde bajo el asalto de los bárbaros. Busca a alguien pero solo ve a Alain.

—¿Dónde se ha ido Liathano? —pregunta la sombra.

Liathano. Sorprendido, Alain habla.

—No sé —dice, pero en respuesta solo escucha los golpes de los cascos de los caballos que pasan galopando, una nube de gritos lejanos, el débil sonido de un cuerno en el viento.

Su pie bajó.

—¿Qué has dicho? —preguntó el Águila.

Se estremece, y *Pesar* y *Rabia*, que trotan a su lado, vuelven bruscamente sus grandes cabezas para mirarlo. *Rabia* aúlla una vez. *Pesarle* da en el muslo con la paletilla y él se tambalea, se ríe y acaricia a *Pesar* con los nudillos, con cariño, en la cabeza.

—No sé —dice, guiñando a la luz del sol que de repente parece el doble de brillante—. Es solo que ya he oído ese nombre antes.

Durante un instante, pensó que se daría la vuelta y correría. En lugar de eso, se quedó sin moverse, mirándole mientras él también, se paraba, con los perros obedientes, sentados al fondo. *Gozo* gimoteaba débilmente. Su séquito se arremolinó en torno a él, manteniéndose lejos tanto del Águila como de los perros.

—No —dijo ella al fin, más para sus adentros que contestándole a él; su voz eran tan baja que solo él y los perros la escucharon. Parecía totalmente desconcertada—. No puedo conseguir tenerte miedo.

Pobre criatura. ¿Pensaba que tenía que tener miedo de alguien?

—Ven —dijo con amabilidad, mostrándole el camino—. Debes de estar hambrienta y cansada. Encontrarás un lugar en el que reposar en el salón de mi padre. Allí nadie te hará daño.

Y ella al oír eso, rompió a llorar.

«*Allí nadie te hará daño*».

El joven caballero se aseguró de que tenía algo que comer y vino para beber antes de llevarla escaleras arriba hasta donde estaba su padre. Ella también estaba desconcertada, demasiado confundida y avergonzada por ese repentino llanto en la calzada camino de la fortaleza Lavas para saber qué decirle, así que se quedó callada.

Al lado del conde, se sentía segura.

—¿Qué te trae a mis tierras, Águila? —preguntó. Por supuesto, no le pidió que se sentara ni le preguntó cómo se llamaba.

—El mensaje que os traigo del rey Henry es el siguiente: «La ciudad de Gent todavía está bajo el dominio de los eikas. Sus defensores están muertos. El conde de esa región y su familia más cercana están muertos y su ejército está disperso. Las tierras de alrededor están yermas. Es hora de recuperarla antes de que los eikas puedan causar daños mayores. Os recompensaron con un hijo por vuestra honestidad ante mí en Autun, después de la batalla de Kassel. Pero entonces no pude llegar cabalgando para ayudar a Gent a causa de la traición de Sabella, que vos apoyasteis en un momento dado. Dad fe de vuestra lealtad a mí llevando a cabo esta tarea. Reuníos conmigo en Gent con un ejército antes de la misa de Lucía a mitad del verano. Si conseguís volver a poner Gent bajo mi mandato, con o sin mi ayuda, recibiréis una justa recompensa así como mi favor».

Lavastine sonrió débilmente. Su sonrisa no era nada cálida; como la de Hugh, era fría, sencillamente práctica, como si fuera la respuesta ante una buena cosecha.

—Gent —musitó—. Ven, ven Alain. Siéntate. No te quedes ahí como un sirviente.

Gracias a Dios, los perros estaban en la perrera, todos menos dos, los cuales caminaban obedientes detrás del joven caballero, que estaba sentado en una silla de delicado tallado a la derecha de su padre. El otro bostezó con todas sus fuerzas y se dejó caer cerca de uno de los tres braseros que calentaban la habitación. Después de dos meses de viaje por el paisaje invernal, Liath agradecía el calor que hacía en esta habitación, siempre que se mantuviera apartada de las corrientes de aire. Los tapices cubrían las paredes. Tres alfombras cubrían todo el suelo. Tenía tanto calor que quería quitarse la capa y la túnica exterior, pero temía que eso pudiese parecer irrespetuoso.

—Gent —repitió Lavastine—. Está lejos de aquí, aunque la recompensa puede ser buena. —Levantó la vista hacia el capitán, que estaba con los demás sirvientes personales dispersos por toda la cámara. Liath reconoció a un soldado cuando lo vio; como el conde, este hombre tenía una fuerte energía en torno a sí y una gran fuerza en los hombros que le recordó, breve y dolorosamente, a Sanglant—. ¿Cuántos hombres de armas podemos reunir después de la siembra?

—Disculpe, mi señor conde —dijo Liath. Sorprendido, la miró, alzó una mano para decirla que ya podía continuar—, el rey Henry también envía este mensaje: «Puede pedir ayuda a mi familia, Constance, obispa de Autun y duquesa de Arconia, proporcionará tropas; Rotrudis, la duquesa de Saonia y Attomar, cederá tropas. Liutgard, duquesa de Fesse, entregará tropas. Yo estoy ahora cabalgando por las tierras del sur para reunir un ejército para la batalla que se acerca y me reuniré con vos en Gent a menos que los acontecimientos que se desarrollen en el sur o en el este me lo impidan. Solo un ejército fuerte puede vencer a los eikas».

—Ah —dijo Lavastine—. Capitán, ¿qué decís a esto?

—Hay una larga marcha hasta Gent —dijo el capitán—. No sé exactamente lo lejos que está, pero hay que internarse bastante en tierras wendianas, subiendo por la costa norte. Hemos oído muchas historias, en Autun de que el jefe eika es un mago, que llevó a Gent cien barcos y mil salvajes eikas.

—Estabais en Gent —dijo el joven caballero de repente. *Alain*. Ese era su nombre. La había ofrecido su nombre igual que lo había hecho ella. No podía dejar de mirarle furtivamente. Alto, ancho de hombros pero esbelto, con el pelo moreno y con una escasa pelusilla en la barba de color claro para que pareciera como si no le hubiera crecido la barba, no se parecía nada a su padre. ¡Ay, Señora! Se había dirigido a ella con tanta amabilidad, de la misma forma que uno convence a un animal herido para que se refugie.

—¿Estabais en Gent? —preguntó Lavastine, interesado de repente en ella. Antes, solo había sido algo parecido a una carta de pergamino, un medio a través del cual le llegaban las palabras.

—Estuve, al final.

Por lo tanto, otra vez tendría que contar la terrible historia de la caída de Gent. Y además contar lo de que en los últimos dos meses había dormido en casi todas las aldeas y así aliviaría su dolor. Contado una y otra vez, no podría ser de otra forma.

«Si golpeas tu cabeza contra la pared suficientes veces —decía papá con una sonrisa cuando ella estaba enfadada consigo misma por haber cometido un error—, al final dejará de doler».

Lavastine la preguntó de cerca sobre la disposición de la ciudad, la tierra de alrededor, los accesos desde el oeste, norte y sur, que ella no conocía muy bien, y del este, que nunca había visto. Le preguntó por el río, por lo cerca que estaba la ciudad de la desembocadura del río, la situación de la isla en la que estaba la ciudad, de los puentes que salvaban el agua y de qué forma estaban colocados las puertas y los muros en relación con la calzada y la línea de costa.

—Este túnel —dijo—. El granjero decía que la cueva terminaba en un muro.

—Sí, eso decía, mi señor. No tengo razón alguna para no creerle. Fue un milagro que sobreviviera alguien o que apareciera el túnel.

—Pero apareció un túnel —dijo Lavastine.

—Y vos sobrevivisteis —dijo el joven caballero, y se puso rojo.

Su padre lo miró con acritud, frunció el ceño y después jugó distraídamente con las orejas del perro que estaba repantigado en sus pies.

—Dhuoda —le dijo a la mujer que estaba sentada a su izquierda, la única persona de la sala que tenía ese derecho—. ¿Puedes estar sin tantos hombres durante otro verano? Si nos marchamos después de la siembra, no sé si podemos volver para la cosecha.

—Depende en gran parte del tiempo —dijo—. Pero a pesar de todo, la cosecha del último año no estuvo mal y este verano ha sido suave. Se podría hacer si os reunís después de la fiesta de san Sormas... si creéis que merece la pena.

—El favor del rey y una justa recompensa —tanto él como la dama noble miraron al joven—. Águila, ¿dónde está Geoffrey?

—*Lord* Geoffrey estaba detrás para cazar con el rey. Seguirá después y se reunirá con vos cuando reunáis vuestras tropas.

—¿Estaba el rey tan seguro de que estaría de acuerdo?

—Dijo, mi señor conde, que os concedería la recompensa que pedisteis.

El joven tenía propensión a ponerse muy rojo. Ahora lo estaba. Liath no podía imaginar a qué se debía. Pero en este momento, no le importaban demasiado las vergüenzas de los nobles. Solo quería estar en esta habitación, refugiarse en esta sala, estar a salvo durante el resto de su vida.

—Tallia —dijo Lavastine con el tono de un hombre que ha olido la victoria—. Nos dará a Tallia —se levantó—. Que así sea, Águila, volverás a decirle al rey que por la presente me comprometo a liberar a Gent de los eikas.

Sube por el viejo sendero atravesando un bosque de abetos, pinos y abedules. Enseguida, lo único que hay son abedules y al final incluso esos raquíticos árboles desaparecen cuando sube a la montaña, la gran planicie, agitando su pelo blanco como el hielo. La escarcha cubre el suelo.

La vieja madre, que es tanto su madre como su tía, le envió allí.

—Habla con ellos, impaciente —dijo—. Sus palabras son más sabias que las mías.

Encuentra a la madre sabia más joven que todavía está en el camino, su gran masa intenta ascender al lugar donde están las otras. Las ve ahora en la distancia como robustas columnas que rodean un hoyo bruñido con un destello claro por los hilos brillantes que marcan el lugar donde está el nido de los dragones de fuego. Pero hoy no quiere hacer frente a la picadura venenosa de los dragones de fuego.

En cambio, se detiene aliado del más joven, que todavía no ha llegado al terreno del concilio. Aunque entregó el cuchillo de la decisión a su vieja madre antes de su nacimiento, ella ha tardado todos estos años en llegar tan lejos como lo que él habría llegado después de dar un paseo algo complicado. Pero ella, como sus madres y las madres de sus madres antes que ella, creció de la misma sustancia de la que está hecho el interior de la tierra. No nene ningún motivo para desplazarse rápidamente por el mundo. Verá muchas más estaciones que él y mucho tiempo después de que sus huesos se hayan endurecido completamente, sus pensamientos todavía poblarán los caminos de la tierra hasta que, al fin, se vaya definitivamente a la montaña de los cielos.

Él se arrodilla ante ella, no le entrega nada duradero ni complicado, solo aquello que su fragilidad y fugacidad convierten en valioso: una minúscula flor que una vez estuvo escondida al abrigo de una roca; un rizo de pelo aterciopelado de uno de los niños de los Débiles que murió esa última noche; los restos de una cáscara de huevo del fiordo de Hakonin; los delicados huesos de un pequeño pájaro en los que un sacerdote como él hace marcas y sus compañeros los esparcen sobre la piedra para leer las huellas del futuro.

—Madre Sabia —dice—. Escucha mis palabras. Dame una respuesta a mi

pregunta. —Después de hablar, espera. Se debe tener paciencia para conversar con las Madres Sabias y no solo por los dragones de fuego.

Avanza, subiendo por el camino tan lentamente que en realidad no puede ver su desplazamiento hacia delante, pero si viniera otra semana, la roca con rayas de líquen que está al lado junto al paso de los cascos estaría a un palmo detrás. De la misma forma escuchan y hablan a una medida de años más larga que la suya. Quizá, cuando no están ligados al mundo de la tribu por el cuchillo, es en realidad más difícil para ellos comprender las palabras de sus nietos, quienes hablan y se mueven con tanta rapidez y viven tan poco tiempo, no más de cuarenta vueltas del sol.

Su voz suena tan bajo, como el extremo al que llega una avalancha, que debe esforzarse para oírla.

—Habla, muchacha.

—La vieja madre escuchó desde las tierras del sur. Corazón Sangriento reúne a un ejército, todos los niños de roca que vendrán a él, para luchar contra los Débiles. Si cojo esos barcos como los he reunido y navego hacia el sur cuando el viento cambie de sentido, ¿seguiré todavía castigado? ¿Es mejor permanecer aquí, arriesgando poco o navegar hasta allí, arriesgando mucho?

El viento ruge en la planicie rocosa. Las rocas adornan la tierra, el único adorno necesario para convertirla en una cámara adecuada para la sabiduría de las madres más mayores, todas excepto las primeras madres, que hace mucho desaparecieron. Debajo, los árboles callan y murmuran, un grupo de voces en el viento constante. Comienza a nevar débilmente. Con el deshielo vendrán las lluvias de primavera y entonces el camino para navegar hacia el sur quedará abierto.

Su voz resuena igual en toda la tierra bajo sus rodillas, aunque es débil para sus oídos.

—Permite. Que. Sea. Tu. Guía. Quien. Aparezca. Primero. Ante. Tus. Ojos.

Su mano de piel de cobre todavía está sobre la suya áspera. Siente un fuerte hormigueo, como un relámpago que cae en las cercanías, y retira la mano enseguida. Las ofrendas que ha puesto en la mano de ella que está boca arriba se derriten y humedecen en su piel como la miel se filtra en la tierra húmeda, despacio, pero inexorablemente. La audiencia ha terminado.

Se levanta, obediente. Ella ha contestado, así que no es necesario caminar el resto del día para subir a la montaña, expuesto a los dientes del viento, para arrodillarse ante los otros en la oquedad en la que todos van a descansar con el tiempo.

Se pone de espaldas al viento y baja por el verde y blanco sombrío del bosque de invierno. Por debajo de los árboles entra en zona de pastos, las

granjas de sus hermanos y tíos más mayores, los corrales de sus esclavos. Todo esto le parece familiar; lo ha visto muchas veces antes; las ovejas y las cabras apiñadas en el frío del invierno, rascando la nieve para encontrar pienso; las vacas arremolinadas en los establos, apartadas de los perros; los cerdos corriendo de acapara allá al cobijo de los árboles; los esclavos en sus miserables corrales.

Pero, al aparecer detrás de su granja, recién construida con tierra y madera, ve una extraña procesión que se aleja adentrándose en los árboles. En silencio, la sigue. Es un pequeño grupo de esclavos, seis; uno lleva un minúsculo hatillo envuelto en valiosa tela. Es difícil distinguirlos, pero reconoce a dos incluso desde la distancia; el hombre llamado Otto y la sacerdotisa llamada Ursulina. Estos dos se han convertido en jefes y la Vieja Madre para los demás Débiles que mantiene como esclavos, durante el invierno ha observado sus acciones entre los otros, formando una tribu con ellos, y le interesa. Igual que le interesa esto.

En los árboles hay un claro. En la tierra hay algunas marcas de piedra colocadas de pie, talladas de modo rudimentario. Es el lugar de un esclavo y lo deja solo como hacen todos los niños de roca. Los esclavos tienen sus costumbres, aunque sean inútiles. Ahora, ve cuál es su significado. Han cavado un agujero en el suelo y en la tierra colocan el cuerpo del niño que murió por la noche. La sacerdotisa canta con su delicada voz mientras los otros gimen. Él ha probado las lágrimas de los Débiles, son saladas, como las aguas del océano. ¿Es posible que su dios del Círculo les haya enseñado algo de la verdadera vida del universo? ¿Por qué si no, cubrirían a los muertos en la tierra aunque derramen agua a la tierra? ¿Es esto lo que le dan como ofrenda? No lo sabe.

Pero observa. ¿Es este acontecimiento el que debe utilizar como guía? ¿Qué presagia el funeral? ¿Su muerte, si vuelve al ejército de su padre? ¿O la muerte de los Débiles cuando ataque Corazón Sangriento?

Arriesgar mucho o poco.

Al final, se queda mirando entre las ramas la pequeña ceremonia del duelo, sabe que siempre conoce la respuesta a su pregunta. Está demasiado impaciente para quedarse. La muerte es solo un cambio en su existencia, no es fin ni principio, no importa lo que los Débiles puedan pensar. Volverá a Hundse, a Gent.

Los dolientes pasan en fila delante de él por el estrecho camino. Uno de ellos, una hembra joven de ojos hundidos y un cuerpo completamente frágil, llora todavía sus lágrimas saladas aunque los otros intentan consolarla. ¿Es el niño hijo suyo? ¿Y si es así, cómo lo dejan aquí? ¿Son igual que las bestias que también dejan a sus crías y las alimentan fuera del cuerpo de la madre? Pero aunque los Débiles parecen animales, piensa que no puede ser

completamente verdad. Hablan como lo hace la gente. Miran por encima de ellos hacia la montaña de los cielos y se preguntan lo que les ha llevado a caminar sobre la tierra. Esto, también lo hace la gente. Y hacen algo que él no ha visto hacer a ninguna otra criatura, ni a los niños de roca, ni a los animales, ni a los pequeños sobrinos de la tierra ni a las bestias caídas del agua del océano.

Lloran.

Alain se despertó en el profundo silencio de la fortaleza Lavas, en la oscuridad y el frío de una noche de finales del invierno. Pero justo encima de él oyó un ruido, como un sabueso arañando la puerta. *Rabia* seguía dormido. Al levantarse, *Pesar* bufó suavemente y se revolvió entre sus pies, siguiéndole. Los otros sabuesos estaban hechos un ovillo, dispersos sobre la alfombra o cerca de la cama. *Pánico* estaba tendido encima de los pies de Lavastine y ambos dormían roncando al unísono. Alain se puso una túnica. Había oído algo, o quizá solo era el resto de su sueño.

Corrió el pestillo de la puerta con cuidado detrás de él y puso una mano sobre el hocico de *Pesar*. En la sala y en las escaleras hacía frío. Siguió su aroma y, al final, en el silencio de la respiración de la sala y la piedra, escuchó el ruido que había percibido: un llanto.

Era tan débil que solo supo de dónde procedía cuando estuvo a mitad de camino del salón, atraído por el destello rojo del fuego de la chimenea. En los huecos dormían los sirvientes y los hombres de armas; otros habrían vuelto a sus cabañas fuera de la empalizada o en el pueblo. Pero al lado del fuego había una única sombra amontonada más parecida a un fardo olvidado destinado a la lavandería, temblando.

El Águila lloraba sola sobre su camastro áspero cerca del fuego.

Pesar gemía nervioso.

—Siéntate —susurró Alain, dejando al sabueso sentado en mitad del suelo con el rabo golpeando las esteras. Se acercó al Águila.

No se dio cuenta de su presencia hasta que casi estuvo encima de ella. Entonces, jadeando, se tragó un sollozo, se levantó y fue a coger un palo del fuego.

—Calla —dijo él—. No te asustes, soy yo, Alain. No vayas a quemarte.

—¡Oh, Dios! —murmuró ella, pero apartó la mano del fuego y se limpió la nariz con ella. Él no consiguió ver mucho de su cara, pero pudo oler la sal de sus lágrimas en el aire cargado de humo.

—¿Por qué estás llorando? —preguntó.

—¡Ay, Señora! —susurró—. No ha estado mal salir a cabalgar. Pero ahora debo irme.

—¿Volver adónde?

Negó con la cabeza, intentando secar las lágrimas, pero sin querer, seguía llorando.

—No importa.

—¡Por supuesto que importa!

Se quedó callada durante tanto rato que él empezó a pensar que tenía que decir algo, o que de alguna forma la había ofendido.

—¿Por qué debería importarte? —preguntó por fin, con voz entrecortada.

—Debería importarnos a todos cuando vemos a alguno de nuestra familia sumido en la pena.

—Tú y yo no somos familia. —Las palabras salieron de su boca entrecortadamente—. No tengo familia.

—Todos somos hijos e hijas de Dios. ¿No es eso suficiente para ser familia?

—Yo... yo no sé —se revolvió impaciente y extendió las manos hacia los carbones para calentárselas. De forma reflexiva, alcanzó algunos palos del montón de leña que estaba nada más entrar por la puerta y avivó el fuego. Ella lo miraba, todavía en silencio.

—No quieres volver —dijo, colocándose al lado de ella y poniendo sus rodillas pegadas al pecho. *Pesar* gimió débilmente pero se mantuvo apartado—. Te vi —añadió—, cuando llegaste cabalgando a Gent, cuando el rey estaba en Autun. Tú y el otro Águila. No sé cómo se llama.

—Wolfhere.

—¿No son las Águilas familia tuya?

—En alguna medida.

—¿No tienes a nadie en absoluto?

—Mi madre murió hace diez años. Y papá está muerto.

Él se dio cuenta de lo amargo que le resultó decirlo por el estricto control de su voz al hablar.

—¡Ay, Señora!, casi hace dos años ya. Era todo lo que tenía.

—Y a mí me concedieron más de un padre —dijo él, sorprendido de repente por la enorme suerte que había tenido.

—¿Cómo puedes tener varios padres? ¿Cómo puedes tener más de uno?

Inclinó la cabeza, avergonzado al pensar lo enfadado que había dejado al mercader Henri en su última reunión, lo mal que se había portado. ¿Le perdonaría Henri alguna vez por esa demostración de orgullo y enfado?

—Me acogió uno, un buen hombre, y crecí llamándole padre. Después me fui con el segundo.

—¡Oh, sí! —se volvió hacia él, su expresión casi se podía ver en la oscuridad—. El rey Henry le concedió al conde Lavastine el derecho a nombrarte heredero suyo, ¿verdad?

—Y yo era antes un bastardo —dijo suavemente, pero incluso aunque los soldados y sirvientes de Lavastine le habían aceptado, la memoria de su visita a la casa de *lady* Aldegund y *lord* Geoffrey todavía dolía.

—¿Quién era vuestra madre? —preguntó, y dijo, avergonzada—. Perdone mi señor. No tengo ningún derecho a preguntar esto.

—No, no. Yo te he hecho preguntas. Tú también, puedes hacerme preguntas. Ella era una sierva, se quedó embarazada de mi padre y fue apartada cuando él se casó.

—Esa historia es ya conocida —dijo ella de repente—. Los caballeros nobles nunca preguntan si sus atenciones son bienvenidas. Eso es lo último en lo que piensan. Entonces... —mientras él se mostraba tan sorprendido por esta acusación que no podía ni pestañear, con los ojos llorosos por el humo, ella se apartó de él, encogiéndose de miedo porque esperaba que la golpearan—. Perdona, no tenía intención de decir algo así. Perdóneme.

Pero él se quedó boquiabierto, al haber recibido un impacto tan fuerte por esta nueva y desagradable noticia que solo cuando una pulga que saltó de la alfombra y le subió por el tobillo, reaccionó y se rascó para ahuyentarla.

—Nunca se me ocurrió —dijo avergonzado—. Quizá le amaba también, es posible, o quería algo de él. Pero puede que ella nunca le importase en absoluto y no tuviera otra elección. —Destrozado por este pensamiento, le sobrevino otro totalmente nítido—. ¿Hay un caballero noble en el séquito que os atormenta de esta forma? ¿Hay algo que el rey o el otro Águila pueda hacer para evitarlo?

—¡Ay, Señora! —susurró, y como empezó a llorar otra vez, él supo que su suposición era cierta—. No hay nada que los Águilas podamos hacer. Y nada que el rey haga, porque él es más listo que el rey y todos los demás caballeros y damas de la corte. No pueden ver más que lo que él les permite ver. No hay nadie que pueda ayudarme de ninguna manera. Él es el hijo de una margrave, no tengo a nadie que me proteja.

—Yo te protegeré —dijo Alain—. Después de todo, soy el heredero de un conde. Eso significa algo.

De repente apretó las manos. Aunque el aire era frío, su piel estaba caliente.

—Os ruego, mi señor, si puedes hacer algo, si puedes conseguir que me quede aquí, enviar a alguien en mi lugar para que vuelva al séquito del rey...

—¿Entonces qué? —preguntó Alain, sorprendido por la intensidad de su voz—. ¿Es este caballero noble tan odioso contigo?

De repente, se apartó de él.

—No lo entiendes —dijo ella con fiereza—. No tengo familia, solo las Águilas. Aunque sintiera cariño por este hombre, que no lo tengo, si me convirtiera en su concubina me echarían de los Águilas. Entonces, si se cansara de mí, ¿adónde iría? Ni siquiera tendría la protección de los Águilas. Que Dios me ayude, no importa. Nunca se cansará de mí. Nunca me dejará en paz.

Tenía miedo de que empezara a llorar otra vez. Ahora, el Águila segura de sí misma que él había encontrado en la calzada por la mañana parecía un recuerdo lejano. Ahora era una mezcla de lágrimas y miedo.

—Lo que estabas diciendo no tiene sentido. En primer lugar, dices que tienes miedo de que te abandone y luego dices que tienes miedo de que nunca lo haga. O lo uno o lo otro, seguramente, y en realidad, amiga mía, creo que tienes razón al tener

más miedo de lo primero. Si te da un trato de favor durante unos años hasta que encuentre una mujer más bonita y joven, entonces, cuando te deje de lado, no tienes familia ni ayuda. Si nunca te deja de lado, entonces seguramente vivas en buenas condiciones el resto de tu vida y si tienes hijos estarán bien atendidos.

Al oír eso, empezó medio a llorar medio a gruñir, pero riéndose. ¿Se había vuelto loca?

—Os parecéis a la señora Birta, siempre calculando lo que es más práctico.

—Eso es lo que mi tía Bel, la mujer que me crio, me enseñó. No tiene sentido preocuparse por el zorro que roba los pollos cuando el gallinero está cerrado y a salvo y es tu casa la que está ardiendo.

Sus sollozos y risas dieron paso a risas con hipo.

—Eso suena como lo que diría papá. Pero no lo entiendes, no entiendes. Lo siento, siento haberte impedido descansar esta noche.

—Quiero entender —dijo, enfadado porque ella pensara que no le importaba. Buscó y encontró sus manos donde las tenía escondidas en un extremo de la capa—. Hay mucho miedo en ti, Liath. ¿De qué escapas?

Se inclinó hacia delante sin pensarlo y la besó en la frente. Unos pelos sueltos le hicieron cosquillas en la nariz. Todo su cuerpo se puso rígido y, de repente, dejó caer sus manos y se echó hacia atrás. *Pesar*, detrás de ellos, gruñó suavemente y escarbó en el suelo, pero no demasiado cerca.

—¡Perdona! —dijo Alain. ¿Qué le había pasado? Pero lo que ahora sentía no tenía nada que ver con el anhelo intenso y pecaminoso que le invadía cuando pensaba en Tallia. Solo sabía que debía encontrar alguna forma de proteger a Liath, como había sabido que tenía que hacer para salvar al príncipe eika esa horrible noche en la que Lackling fue sacrificado en lugar del eika.

Sus ojos ya se habían adaptado lo suficiente al brillo para poder verla bastante bien, sentada rígida, con la capa doblada en pliegues hasta llegar al suelo, su única trenza metida dentro de la capa. Cuando giró la cabeza para mirar al fuego, los ojos tenían un reflejo azul.

Solo necesitaba valor.

Él le contó su historia con voz entrecortada, esperando animarla con su sinceridad, le contó su historia. Lo fue contando todo de forma confusa, iba saltando de una cosa a otra, mientras miraba la luz del fuego para ver cómo respondía. Le contó lo del Quinto Hijo y los sabuesos, el asesinato de Lackling perpetrado por la obispa Antonia, lo del guivre y la muerte de Agius. Lo de la visión que había tenido de las antiguas ruinas dariyanas, la sombra que pronunció el nombre «liathano» y después se desvaneció en una mezcla de fuego, humo y batalla. De los sueños que todavía tenía, su vínculo con el príncipe eika.

Cuando terminó, ella extendió una mano hacia los carbones para calentarla.

—Artemisia describe cinco tipos de sueños: el sueño enigmático, la visión profética, el sueño del oráculo, la pesadilla y la aparición. Es difícil juzgar lo que te

ha tocado pasar. «Enigmático», porque el significado de tu sueño está escondido entre extrañas formas y halos...

—Pero en absoluto parecen sueños. Es como si lo viera a través de sus ojos, como si yo fuera él.

—Los eika no son como nosotros —dijo con suavidad—. Ejercen una magia que nosotros ni conocemos.

El comentario le sorprendió y soltó una idea sin pensarla.

—¿Sabes algo de magia?

Durante un momento hubo un silencio tan real que pareció un ser vivo que, escondido en las sombras, no sabía si salir corriendo a la oscuridad interior o avanzar hasta la luz clara y limpia. De repente, en voz baja, casi monótona, y a ráfagas cortas salpicadas de silencios, empezó a hablar.

Le habló de su infancia, le refirió lo que recordaba vagamente, la repentina y obligada huida de ella y su padre después de la muerte de su madre. Le relató los muchos años que había estado vagando por tierras lejanas, y aunque hablaba como alguien que ha vivido todos los días con miedo, a él le dolía escucharla hablar con total naturalidad de todos los lugares lejanos y curiosos que él había soñado con visitar. Curiosamente, parecía que dentro de las palabras de ella, él escuchaba su deseo de encontrar un refugio seguro, como las paredes de un monasterio al que se pudiera retirar, mientras había vivido la aventura que él siempre había soñado con hacer y que sabía que no lograría. Había visto Darre y la costa salvaje de la Aosta oriental. Había navegado hasta Nakria y paseado por las ruinas de la yerma Kartiako. Había explorado el magnífico palacio del gobernador de Qurtubah en el reino jinna de Andalla y paseado por los puestos del mercado de la agitada Medemelacha en Salia. Con sus propios ojos había visto criaturas y maravillas de las que él nunca había oído hablar, ni siquiera de los mercaderes de la aldea de Osna, las personas que más viajaban de las que había conocido.

Pero había pagado un precio por ello. Había perdido a su padre, asesinado de noche por la brujería sin ninguna señal en su cuerpo. Incluso ahora, criaturas malignas la acosaban, algunas inhumanas y una totalmente humana. Al buscar el conocimiento de la magia del *Libro de secretos*, así como los secretos que escondía en su interior, un hombre sagrado de la iglesia la había hecho su esclava y algo peor.

Después de tanto sufrimiento, que había hecho que Alain se estremeciese al escucharlo, había sido rescatada por los Águilas. Aun así, no podía confiar en ellos, sobre todo en Wolfhere. No podía confiar en nadie excepto en un Águila llamada Hanna que era ahora, de alguna forma, prisionera del *frater* Hugh. Excepto en el príncipe Sanglant, a quien se había encontrado en Gent, y estaba muerto. Excepto quizá en un mago Aoi que veía a través del fuego, cuyo paradero desconocía. Al final, atormentada otra vez por el *frater* Hugh, había descubierto lo más terrible de todo: en sus huesos y su sangre estaba atrapado un poder de brujería sobre el que no tenía control alguno.

—No sé qué hacer con ello. No sé lo que significa ni lo que es, cuánto guardó papá bajo llave y cuánto no llegó a saber nunca. Solo sé que intentaba protegerme. ¿Y si vuelvo al avance del rey? Hugh tiene a Hanna como rehén para hacerme volver. Y si no vuelvo, ¿qué pasará con ella? ¡Ay, Señora!, no sé qué hacer. No sé que va a ser de Hanna. Pero si vuelvo al progreso del rey, Hugh me encerrará otra vez. Me temo que ya no puedo escapar a ningún sitio.

—Entonces, puede que tengas que dejar de correr —dijo con razón.

Ella respondió con una sonrisa cortante.

—¿Y dejarles que me encuentren? ¿Dejar que Hugh me atrape?

—Encuétrate a ti misma. —La respuesta no fue limpia; las respuestas raras veces lo eran. Pero notó que se acercaban cada vez más a la pregunta y solo cuando descubrieran la respuesta podrían averiguar el camino que le condujera a la respuesta que buscaba.

—*Gnosi saeton* —murmuró—. «Conócete a ti mismo». Eso es lo que los profetas de los antiguos dioses decían en el templo de Talfi.

Su mano. El recuerdo de su sueño le envolvió tan rápidamente que tuvo que taparse los ojos.

—«Deja que sea tu guía el primero que aparezca ante tus ojos». No fue el funeral en absoluto. Fue su mano. Eso es a lo que ella se refería.

—¿Qué funeral?

Él se liberó de las vueltas del sueño olvidado.

—Mi sueño del Quinto Hijo, el que tuve esta noche.

—Yo solo tengo pesadillas —dijo Liath en voz tan baja que incluso las ramas al romperse y los troncos ardiendo la acallaban—, y esa no es en realidad una visión, sino una vía de entrada.

Antes de que supiera a lo que se refería, había tirado de la cuerda de piel que tenía en el cuello y abrió la pequeña bolsa de tela. Dejó en la palma de su mano la delicada rosa roja para que ella la viera. Brillaba asombrosamente a la luz del fuego.

Ella se quedó mirando.

—La rosa de la curación —susurró. Su voz se contuvo, se quebró y evitó derramar lágrimas. No tenía intención de tocarla.

Los pétalos ardían en la palma de su mano. De inmediato, volvió a colocarla en el morral. Entonces, temblando suavemente, cogió otro tronco y lo puso encima de los carbones ardientes. Ardió, prendió y se incendió, las llamas subían muy altas.

Se limpió la nariz otra vez con el dorso de la mano y levantó la vista para mirarle. Se echó hacia delante, dudó y puso una mano sobre su brazo. El tacto era tan suave que podría no haber estado allí, y aun así, con ese sencillo gesto, Alain comprendió que, como con los sabuesos, él había ganado su confianza para siempre.

Subió por las escaleras cuando llegaron las primeras luces del día. Ella se había dormido hacía horas. Pero él no podía soportar dejarla y se había quedado durante toda la noche mirándola a ella y al fuego.

Arriba, su padre estaba despierto y esperándolo.

—Alain. —Empujó suavemente a *Pánico* apartándolo y sacó las piernas de la cama, se levantó, se estiró y después se dio la vuelta y vio a su hijo frunciendo el ceño—. Abre las contraventanas.

Alain obedeció. El dolor del aire frío le picaba en la piel como si fuera una nube de mosquitos.

—Ciérralas otra vez —dijo Lavastine después de mirarle—. ¿No hemos hablado de esto? De todos, el que más cuidado tiene que tener eres tú.

—¿Cuidado de qué?

—Espero que no estés a punto de decirme que fuiste a los fosos a aliviarte cuando tienes un orinal aquí que se lo lleva un sirviente por la mañana. —Alain se puso rojo, al darse cuenta de dónde pensaba su padre que había pasado la mayor parte de la noche—. ¿Dónde has estado?

—Abajo en el salón, hablando con...

—¿Hablando con?

—Eso es todo.

—Quizá no sea justo esperar tanto de ti. Es raro aquel que en su juventud se puede resistir a un bocado tan succulento si se lo ponen delante. Si Dios hubiera querido que permaneciéramos tan puros como los ángeles, nos habría hecho distintos, supongo.

—Pero no...

—¿Es el Águila? Sabes que hacen juramentos. No les permiten reuniones de esa naturaleza con nadie que no sea de su familia, a riesgo de ser expulsados de la orden. Pero tú eres un chico guapo y, es justo decirlo, ella está lejos del rey. Todos tenemos debilidades.

—Pero si no hemos...

—Así que era el Águila.

—Hablé con ella. Sabes que siempre digo la verdad, padre. La oí llorar y fui a verla, la consolé, eso es todo. ¿Puedes enviar a otro mensajero en su lugar?

—¿Por qué no debería volver a la corte? Es su deber.

—Tiene un enemigo en la corte.

—¿Un Águila tiene un enemigo en la corte? ¿Por qué iba alguien de la corte a fijarse en un Águila como este, a menos que ella misma haya disgustado al rey?

—No se trata de eso en absoluto. Hay un noble en la corte, un abad, que quiere obligarla a que sea su concubina.

—Claro —Lavastine fue hacia las contraventanas y las abrió de nuevo, recibiendo toda la ráfaga de aire frío. Se quedó mirando afuera, examinando algo que vio en el patio que había abajo. Nadie podía dudar de que Lavastine gobernaba allí. No tenía la altura ni la corpulencia del rey Henry ni de su primo Geoffrey, pero incluso descalzo, vestido solo con una camiseta de lino con aquel frío, tenía autoridad, esa confianza absoluta de que todo lo que miraba estaba bajo sus órdenes. En su pelo había algunas canas; ya no era joven, ni viejo como los hombres que entran en la decadencia de sus vidas. Alain deseaba poder sentirse tan seguro de sí mismo, poder proclamar su capacidad de estar en el lugar predestinado para él en el mundo solo con abrir una cortina. La tía Bel tenía esa seguridad y su padre adoptivo también—. Quizá es hasta comprensible que el noble sea lo suficientemente insistente. Si se convierte en su concubina, perderá su puesto como Águila. Entonces, si él se cansa de ella, no tendrá otro recurso que volver con su familia, si la aceptan.

—No tiene.

—Entonces es doblemente razonable que se resista a ese compromiso. Admiro su pragmatismo. Está mucho mejor con los Águilas. —Cerró y echó el pestillo a una de las contraventanas, dejando que una corriente de aire se colase en la habitación mientras llamaba a *Fénico*, *Fervor*, *Miedo* y *Gozo* y los ataba a una argolla que había en la pared—. Pero todavía estoy intrigado. ¿Por qué confió en ti?

Alain dudó. Por un instante, quiso decir: Porque es una criatura salvaje, como los sabuesos, y confía en mí, pero la idea sonaba tan rara que sabía que no podía decir algo así en voz alta.

—No sé.

Lavastine había notado la duda.

—Si has cogido cariño al Águila... entiende que no debe ocurrir nada, Alain. Tú más que nadie debes tener cuidado...

El que él no había tenido cuando la sirvienta en la casa de *lady* Aldegund le había salido al paso. Solo la ferocidad de los sabuesos lo había salvado de que se entregara a su deseo más básico. ¿No había aprendido de aquello?

—No lo haría, si voy a casarme con *lady* Tallia. —Pero eso era demasiado. Se dejó caer en el banco y metió la cara en la ijada de *Pesar*. El fuerte olor del perro le hizo sacar de su mente todos los pensamientos impuros, en realidad todos, aunque no podía olvidar la imagen de Tallia. ¿Y por qué eran impuros esos pensamientos? ¿No era verdad que el deseo procedía de la Señora y el Señor, que ellos se lo habían concedido a la humanidad para que las mujeres y los hombres tuvieran hijos entre

ellos?

—¿Qué no harías si vas a casarte con Tallia? —preguntó Lavastine, cuyas palabras parecían más motivadas por la curiosidad que por otra cosa.

—Ella es tan sagrada, tan pura. No estaría bien que yo no llegara tan... puro como ella.

—Un sentimiento devoto, Alain, y estoy orgulloso de ello. Es justo igualmente que el Águila se vaya hoy. Si la has tomado cariño, puede que sea una prueba dura mantener tu compromiso con tu futura novia.

Alain tardó un momento en asumir esto. Después, levantó la cabeza. Los sabuesos, que no estaban atados, se arremolinaron a su alrededor, lamiéndole las manos.

—Fuera —dijo, irritado con sus atenciones—. Pero no... no pensaría en —tartamudeó hasta que se calló. Con la ventana abierta, pudo ver claramente la expresión de su padre y leyó lo que quería decir: no era Alain quien estaba tentado por la joven Águila, sino Lavastine.

¿Fue así como Alain fue concebido? ¿Por un joven que, al ver a una mujer joven, decide meterla en su cama sin importarle si ella quiere o no?

—¿No dicen las madres de la Iglesia que todos debemos llegar limpios al lecho del matrimonio? —preguntó horrorizado al ver a Lavastine a una luz poco favorecedora. Nunca había manchado el honor de Henri el mercader ninguna palabra de escándalo.

Lavastine inclinó la cabeza y apartó la vista.

—Así me recuerdan mis errores.

—Perdona, padre.

¿Cómo había llegado a hacer una afirmación tan horrible, incluso aunque fuera verdad?

Pero Lavastine solo sonrió con ironía y cruzó la habitación para tocar el pelo de Alain como un hombre que reza puede tocar un relicario.

—Nunca pidas perdón por decir lo que es verdad. Puedes estar seguro de que he aprendido mi lección en esas cuestiones. He aprendido a confiarme a prostitutas y mujeres casadas, a las que se puede acceder con discreción.

—¡Padre!, pero las mujeres de la Iglesia nos encarecen que...

El conde se rio de repente y llamó a *Incólume*. Desde hacía poco, estaba más impaciente; lo más probable era que fuera a ponerse en celo. Los machos ya habían empezado a ponerse más irritables de lo normal.

—No soy tan fuerte hijo. Todos debemos aprender a medir nuestra fuerza. Si no, nos agotamos intentando lo que nunca conseguiremos. —Ató a *Incólume* apartada de los demás y frunció el ceño mirándola, después silbó a *Pesar* y *Rabia*. *Buen Humor* estaba como siempre escondido bajo la cama—. Deja que entren los sirvientes, Alain —añadió de manera cortante, desplazándose hacia la puerta.

—Pero, padre, ¿qué hay del Águila?

Lavastine estaba ahora de rodillas. Cogió a *Buen Humor* por las patas delanteras, tirando de su cuerpo para sacarla de donde estaba escondida, mientras ella gemía e intentaba lamerle con indulgencia. Gruñó, la levantó y luchó con ella para poner en la pared mientras se inclinaba con fuerza contra él, lo que fuera para impedir su avance.

—Maldito perro cabezota —la acarició con cariño en la grupa, después se dio la vuelta.

—Bueno, entonces, muchacho, nos quedaremos al Águila con nosotros, que es la única elección práctica, ¿no? Conoce Gent. Anduvo por la ciudad y recuerda sus calles y muros. Atravesó ese túnel oculto. ¿De qué nos sirve que conozca Gent si está con el rey Henry cuando atacemos? —levantó una mano, con el dedo índice levantado, como la diaconisa hacía cuando quería regañar a su congregación—. Pero no habrá...

—Nunca he pensado en ello.

Lavastine sonrió débilmente.

—Quizá no lo hicieras. Todavía no, a cualquier precio.

—Entonces tú tienes que hacer la misma promesa —contestó Alain que todavía estaba esperando en la puerta.

Incólume ladró, y todos a la vez empezaron a aullar y ladrar.

—¡Callad! Dejad de hacer ese ruido, miserables criaturas —dijo el conde con brusquedad, pero en realidad no estaba enfadado con ellos. No podía estarlo. Al igual que no estaba enfadado por lo que había dicho Alain. Le había concedido ser el heredero, lo que deseaba desde hacía tiempo y por lo que estaba desesperado, y no podía regañarle. Quizá ni siquiera quería hacerlo, aunque la petición había sido impertinente.

—Muy bien. Se quedará con nosotros... a salvo. Saldremos hacia Gent después de la fiesta de san Sormas. Una vez que hayamos recuperado la ciudad, recogeremos a Tallia y volveremos a casa.

Recoger a Tallia. Parecía que era un arcón de oro o una copa cubierta de joyas, un tesoro valioso que tenía el rey y le iba a entregar como premio. ¿No lo era ella ahora que sus padres la habían castigado y la habían despojado de su posición? Pero su castigo no la impediría recibir la herencia de su madre ni los linajes reales que la vinculaban con la casa reinante de Wendar y la magnífica casa que una vez gobernó en Varre.

Un sirviente arañó suavemente la puerta.

—¿Y si no podemos recuperar Gent? —preguntó Alain.

Lavastine se limitó a mirarle como si hubiera pronunciado palabras en un idioma que el conde no conociera.

—Son salvajes, Alain. Nosotros somos gente civilizada. La ciudad de Gent cayó porque no estaba preparada y se desbordó. A nosotros no nos ocurrirá lo mismo. Ahora ven. Hemos pasado tanto rato hablando de un simple Águila que, sin duda, nos es más útil cuando vuela, como por naturaleza debe hacer, que cuando se deja atada a

un poste para admirar su belleza. Sigamos adelante con nuestros quehaceres.

No había pronunciado palabras en mucho tiempo excepto para responder a los insultos o calmar a los perros. En realidad tardó bastante rato, horas, quizá días, en encontrar las palabras que servían para decir lo que quería que hicieran.

Pero le costó decirlas todas juntas. Que no se dijera nunca que él no luchaba hasta el límite de sus fuerzas. No dejaría que Corazón Sangriento y los perros le vencieran.

—Corazón Sangriento.

¿Era esa su voz? Bronca y áspera, sonaba brutal comparada con los tonos suaves, fluidos de las voces de los eikas, quienes, a pesar de lo horrible de sus cuerpos metálicos, tenían voces tan suaves como las flautas que tocaba Corazón Sangriento.

Este se revolvió en su trono, recobrando la vida.

—¿Es este mi príncipe de los perros que se dirige a mí? Pensé que habías olvidado cómo se hablaba. ¿Qué favor pides?

—No vas a matarme, Corazón Sangriento. Ni tus perros tampoco.

Corazón Sangriento no contestó, solo pasó los dedos por el hacha que tenía en los muslos y las delicadas flautas de huesos que llevaba metidas en su cinturón de eslabones brillantes de plata y oro. Quizá parecía enfadado.

—Enséñame tu idioma. Deja que tu sacerdote me enseñe a leer los huesos, como él lo hace.

—¿Por qué? —preguntó Corazón Sangriento, pero podía haber estado entreteniéndose. Podría haber estado enfadado—. ¿Por qué debería? Solo eres un perro. ¿Por qué querrías?

—Incluso los perros ladran y mordisquean los huesos para entretenerse —dijo Sanglant.

Al oír eso, Corazón Sangriento se rio a carcajadas. No contestó. Es más, se fue poco después a dar una vuelta por las armerías y curtidurías de Gent en su excursión diaria hasta el río.

Pero al día siguiente, el sacerdote se sentó justo en el límite al que llegaban las cadenas de Sanglant y empezó a enseñarle el lenguaje de los eikas, a enseñarle cómo hacer rodar e interpretar los huesos delicadamente tallados que llevaba en el morral. Y todos los días, acunado por la voz apagada y el denodado interés... porque ¿en qué otra cosa podría estar interesado el príncipe? El sacerdote se acercaba un poco más.

Incluso un perro podía ser paciente.

CUARTA PARTE

EL BUSCADOR
DE
CORAZONES



CAPÍTULO 13



UNA MISIÓN MÁS ALLÁ DEL VELO

Debido a lo escarpado del terreno y la disposición de las montañas no había un camino adecuado para el avance del rey entre el ducado de Avaria y el de Wayland. Un águila había cabalgado sin parar al oeste del palacio de Echstatt por caminos que eran impracticables para los pesados carros que constituían el séquito del rey. Así pues, al cabo de varias semanas en Echstatt, la corte se desplazó hacia el norte por la antigua calzada avariana que lleva a la ciudad y el obispado en Wertburg. Aunque no era una vía tan transitada como el Hellweg, el camino claro, que atravesaba lo más profundo de Saonia y Fesse, la calzada sirvió para que el rey y su séquito se desplazasen sin demasiado esfuerzo por parte del grupo de la realeza, aunque lentamente.

Las viejas fortalezas, las casas solariegas reales y las haciendas bajo el mandato de los conventos y los monasterios proporcionaban alojamiento y comida. La gente común formaba una fila en el camino para ver pasar al rey y su séquito. Según Ingo, el rey no había ido por este camino desde hacía cinco años, lo cual explicaba su entusiasmo. A los ojos de Hanna, su bienvenida se parecía a las que ya había visto, porque esta tierra era como las demás, con colinas, espeso bosque, y la agradable imagen de los campos y los pueblos, las iglesias y las haciendas. Pero las colinas estaban empinadas y eran altas mientras que en el Descanso del Corazón las zonas inexploradas daban paso a los brezos; los abedules y los abetos dominaban en los campos abiertos a los que estaba acostumbrada a una espesa cubierta de robles, olmos y tilos; y la gente del pueblo hablaba un dialecto que a ella le resultaba difícil de entender.

Cada día, había algo fascinante para Hanna en el avance del rey. Los heraldos iban por delante para gritar las noticias de la llegada del rey al siguiente lugar de parada. Un grupo de soldados y sirvientes iba delante del grupo principal para limpiar la calzada de nieve y desperdicios. Al frente de la procesión principal iba el rey y sus compañeros nobles con todo su esplendor. Detrás de ellos venían las filas engrosadas de un ejército, que crecían cada día con los nobles que se unían a Henry o enviaban soldados. La multitud de sirvientes los seguía y, detrás, iban los carros, avanzando pesadamente y traqueteando por la calzada llena de surcos, resbalando sobre el hielo, atascándose en los ventisqueros. Una centuria de Leones marchaba en la parte trasera.

Pero, por supuesto, siempre había rezagados, mendigos que iban detrás a la zaga,

mujeres y hombres que esperaban encontrar empleo como trabajadores. Vendedores ambulantes, prostitutas, sirvientes sin hogar, personas con motivos de queja para presentárselos al rey y jóvenes anónimos esperando encontrar empleo o un botín en los restos de la batalla, todos iban por detrás en el avance del rey, unos se sumaban y otros abandonaban el grupo.

—¿Siempre es así? —preguntó Hanna a Hathui. Hacía quince años que habían salido de Echstatt. Ella y el otro Águila tiraban de sus caballos por una colina que parecía bajar hacia el norte sobre la ciudad episcopal de Wertburg y al sur por la calzada que se alejaba serpenteando entre los rastrojos de los campos y las filas de setos antes de perderse en el bosque. Al cabalgar en primera fila, tenían una buena vista del séquito del rey, una larga y vistosa procesión que se desplegaba por el paisaje que se veía abajo. La fila de rezagados todavía se veía salir del bosque. A sus pies, el rey subía por la colina. Sapientia, de proporciones enormes dado su embarazo, cabalgaba a su lado, sobre una yegua dócil, con Helmut Villam, la hermana Rosvita y el *frater* Hugh asistiéndoles de cerca. A las puertas de la ciudad de Wertburg, un gran grupo comandado por el obispo y el conde local ya había empezado su procesión para recibir al rey.

—Llegaremos a Mainni con el deshielo —dijo Hathui—. Hay varios palacios en los que podemos esperar a que pasen las inundaciones. Es difícil viajar en primavera. ¿Cómo lo llevas, Hanna?

Hanna pensó en la pregunta en serio; sabía muy bien a qué se refería Hathui.

—Bastante bien. La princesa Sapientia no tiene ningún problema que no puedan curar unos compañeros inteligentes y la propiedad de unos campos listo para labrarlos, como decía mi madre.

—¿Eres ahora su paladín?

—Es verdad que es imprudente, orgullosa e irreflexiva, pero por lo que he oído, vivió durante mucho tiempo a la sombra de su hermano, el príncipe Sanglant...

—Cierto —observó Hathui.

—Y si ahora tiene compañía, me temo que se debe en gran parte a que esperan que el rey Henry la nombre su heredera, no por sí misma. Así que no es extraño que ella, bueno como diría mi madre, si crías a un niño con las sobras de la comida, entonces seguramente se atiborre hasta ponerse malo cuando lo lleves a una fiesta.

—Una sabia mujer, tu madre —dijo Hathui con una sonrisa adusta—. Pero mi intención no era obtener información sobre la princesa. ¿Qué tal con el *frater* Hugh?

—A él le doy igual yo —dijo Hanna al final, pero sabía que estaba enrojeciendo—. No me hace caso. —¿Por qué entonces, sabiendo lo que sabía de él, por qué a veces deseaba que lo hiciera?

—Si no hubiera tenido el testimonio de Liath, sería difícil que creyera las cosas de las que le ha acusado.

—Quizá haya cambiado.

Hathui le lanzó una sutil mirada.

—¿Eso crees?

—Es tan... amable y dulce, de voz tan suave. Tan inteligente y trabajador. Lo has visto tú misma, tocando a los enfermos, dando limosnas a los pobres. Sirve a la princesa Sapiencia con lealtad y la aconseja con prudencia.

—Como es su deber.

Hanna tuvo que sonreír.

—Si es un niño que él ha concebido no es extraño que esté tan pendiente de ella. Pero no parece... La misma persona que la del Descanso del Corazón.

—Ahora está con su gente.

—Eso es verdad. En el Descanso del Corazón, nosotros solo éramos gente corriente como para que nos hiciera caso.

—Excepto para Liath.

—Excepto para Liath —contestó Hanna como un eco.

—¿En algún momento has pensado que podía estar mintiendo? —preguntó Hathui con indiferencia. Delante, la procesión del obispo había desplegado banderines y los brillantes estandartes que representaban a la ciudad y al conde local. Detrás, los jinetes de la procesión del rey empezaron a cantar.

Las nubes cubrían el cielo y hacía frío, pero nadie podía ser pesimista al observar ese esplendor. Hanna volvió la cara para que le diera la brisa y se quedó mirando, recibiendo el viento en los labios. Incluso las manos, que iban enguantadas, estaban frías, pero no habría estado en ningún otro lugar del mundo que no fuera este cuando el rey y su grupo subían por la montaña, llegando a la cima que estaba detrás de ellos. Se oía su canción transportada por el viento.

—No está mintiendo, Hathui. Vi cómo la llevaban aquel día, cuando perdió al niño. Sé lo que le hizo. Y le robó su libro.

—Algunos dirían que el libro pasó a poder de él cuando compró las deudas de su padre. Ella era su esclava.

—Y como el hombre o la mujer de muchos que usan un esclavo a su antojo, y nadie les culpa por ello. Sigue sin parecerme bien. Ella nunca recibió con agrado sus atenciones. ¿Está bien que la fuercen a aceptarle solo porque él es el hijo de una margrave y ella no tiene familia que la proteja? —Su tono parecía más fuerte de lo que ella quería.

—Algunos dirían que lo es —puntualizó Hathui—. Tú y yo no lo haríamos. Pero tú y yo no gobernamos en este reino.

Hanna quería decir más cosas, pero se sentía avergonzada de decirlo en alto: Hugh era un caballero egoísta, arrogante, con los ademanes perfectos de un clérigo y la voz de un ángel, pero algunas veces las flores son las más venenosas.

—Y a pesar de ello no podemos dejar de admirarlas —murmuró.

—¿Qué? —Hathui miró a su lado, y después gracias a Dios, apartó su caballo a un lado—. Ven, ahí está el rey.

Abrieron paso, permitiendo que pasaran primero los porteadores habituales del

rey y después el rey delante de ellos, y formaron filas detrás, cantando.

El rey y la corte celebraron la fiesta de santa Herodia en Wertburg presidida por la obispa de Wertburg. Después de comer durante una semana en la mesa del obispo, continuaron en dirección norte durante tres días hasta Hammelberg, en el río Malnin, donde se albergaron en una propiedad monástica. Desde allí atravesaron por tierra el camino Helfelstene, un viaje de cuatro días, hasta que volvieron a retomar la calzada Malnin en Aschfenstene. Viraron al noroeste y siguieron el río durante cinco días hasta que llegaron a la ciudad de Mainni, en la que la lengua brixia del reinado de Salia hacía de frontera del ducado de Arconia y daba la vuelta frente al ducado de Fesse. Una vez, la obispa Antonia había gobernado en Mainni, Al llegar, el rey Henry puso como obispa a la hermana Odila, un familiar del conde local.

Su llegada a la ciudad coincidió con el día en que se celebraba la conversión de santa Thais. Antes de abrazar la fe del *Dios de las Unidades* y emparedarse en una celda, de la que no salió en diez años, y solo para morir, había sido prostituta. Hanna escuchó a más de un clérigo comentar que Henry había ofrecido el obispado antes a la hermana Rosvita, pero la clériga había dicho que ella no estaba preparada para meterse entre cuatro paredes cuando había tantos sitios que tenía que visitar para escribir su *Historia*. Había sugerido a la hermana Odila como candidata adecuada, y Henry había aceptado su consejo en este caso al igual que en otros tantos. Por supuesto, el nombramiento estaba sujeto a la aprobación de la skopos, aunque todavía no había noticias de Darre sobre el caso que se había interpuesto contra Antonia.

—Me pregunto cómo le va a Wolfhere —preguntaba Hanna a Hathui muchas noches bastante después de la fiesta en la que se celebraba el milagro de santa Rosa; la santa, una pintora de un humilde pueblo fuera de la ciudad de Varre había pintado un conjunto de murales que representaban la vida de Daisan *el Bendito* que había agradado tanto al Señor y la Señora que, desde entonces, brillaba una luz sagrada que iluminaba dichas imágenes.

—He descubierto que a Wolfhere le va bastante bien. —Hathui amontonó los restos de pienso que quedaban en los establos de la obispa para hacer una buena parva sobre la que tiró la capa, envolviéndose en su manta. Con tantos animales estabulados abajo, el pajar era un lugar cálido para descansar, pese a su olor acre—. Me pregunto cómo le va a Liath. Ya estamos casi a finales de año y no sabemos nada del conde Lavastine.

—No crees que el conde se negará a marchar sobre Gent.

—Lo creo poco probable. La pregunta es si el rey será capaz de reunirse con él allí. —Hathui se acomodó en la paja—. Desde Mainni podemos seguir por la calzada del norte hasta Gent, o por la del sur hasta Wayland.

—¿Por qué iba a querer el rey ir a Wayland?

—Encuentra tú misma una respuesta, Hanna.

—Los soldados del duque Conrad no me dejaron pasar por el puerto de Julier. ¿No es eso una ofensa suficientemente grave como para que el rey vaya a enfrentarse

al duque?

—¿Buscar pelea, sin el permiso del rey, con la reina y el rey de Karrone? Recuerda que el rey de Karrone es el hermano pequeño de Henry. Y el duque Conrad también lleva la torques dorada que indica que tiene sangre real. Su bisabuelo era el hermano pequeño del primer Henry.

—¿Crees que tiene intención de rebelarse, como hizo Sabella? Seguramente cualquier reclamación al trono que pudiera hacer no es para nada tan fuerte como la de ella.

—No sé lo que pretenden los nobles. Sus preocupaciones son diferentes de las que tenía yo cuando era una niña. Espero —añadió— que el rey Henry encuentre una buena margrave para Eastfall, una mujer o un hombre que puedan parar los ataques de los qumanos y proteger a los propietarios. Una persona que no esté preocupada por las intrigas de la corte.

—¿No están preocupados los nobles por las intrigas de la corte?

Hathui solo sonrió.

—No les he preguntado. Ni me contestarían aunque lo hiciera. Ahora calla, charlatana. Quiero dormir.



Por la mañana llegó un mensajero del conde Lavastine, un mensajero que no era Liath. Sapientia se recostó en un sofá mientras sus ayudantes daban vueltas alrededor de ella y su nuevo médico, prestado por la margrave Judith y recién llegado, le tomaba el pulso con dos dedos justo debajo de la mandíbula. Hanna había observado que a la princesa le gustaba el alboroto, como si el barullo de la charla y el movimiento que había a su alrededor dieran cuenta de su importancia. Detrás del sofá, estaba Hugh, parecía más un animal enjaulado que un cortesano sabio y amable. Tenía el libro de Liath bajo el brazo. En los dos meses y medio que habían pasado desde el desastre de Augensburg, Hanna le había visto en raras ocasiones sin el libro en sus manos; si no lo tenía, estaba en un pequeño arcón cerrado con llave que llevaba un sirviente.

—¿Por qué no volvió? —preguntó a todos en general. Al levantar la vista, vio a Hanna.

Hanna se quedó helada. No podía moverse, sin saber si alegrarse porque la había visto o tener miedo.

Sapientia bostezó mientras se frotaba su enorme tripa con una mano.

—De verdad, *frater* Hugh, prefiero a Hanna. Su voz es tan tranquilizadora... La otra es voluble. Realiza un trabajo mejor cabalgando con el conde Lavastine que con nosotros.

Hugh miró a Hanna frunciendo el ceño durante un rato más y después, con un evidente esfuerzo, volvió a centrar su atención en la princesa.

—Sabio consejo para vuestro consejero, alteza —dijo con la voz algo cambiada.

Sapientia sonrió, parecía encantada.

—Parece más conveniente pensar si cabalgamos hacia el sur a Wayland con el duque Conrad, o al norte para reunimos con Lavastine en Gent. ¿Y qué esconde mi querida Teophanu? Quizá se haya hecho monja en el convento de santa Valeria. — Sus favoritas que estaban con ella se rieron. Hugh no se rio, pero cuando el cotilleo se centró en las últimas noticias sobre el duque Conrad, se unió a él con sus habituales ademanes elegantes, reprendiendo ligeramente a aquellos que tenían espíritu mezquino y animando a los que suponían que el rey Henry encontraría una solución pacífica a cualquier malentendido que pudiera haber.

—Es verdad —comentó—, que a veces la fuerza es necesaria para ganar lo que es tuyo por derecho, pero Dios también nos dio partes iguales de elocuencia y sabiduría a los que tenemos que recurrir a él para recibir su sabio consejo. Es mejor que acumulemos lo básico, para poder luchar contra las incursiones de los qumanos y los eikas, a que lo malgastemos entre nosotros.

El rey Henry estuvo obviamente de acuerdo con esta afirmación. La corte no se movió hacia el sur a Wayland. Pero en cuanto las primeras lluvias de la primavera comenzaron a caer y los ríos vieron aumentado su caudal con el deshielo, sus consejeros consideraron que viajar al norte hacia Gent era una alternativa difícil. Mientras esperaban a que las calzadas se abrieran, visitaron las pequeñas haciendas reales que estaban situadas en un amplio radio en los alrededores de Mainni, cada una de las cuales estaba a tres días cabalgando de la anterior. La corte celebraba la misa de Matthias y el nuevo año en Salfurt, ayunaron en Semana Santa en Alsheim y se desplazaron al norte para celebrar las fiestas de santa Eirik y santa Bárbara en Ebshausen. En la calzada de Besasen al palacio de Thersa, Sapientia sintió los primeros dolores de parto.

—Pero Thersa es tan confortable —se quejó; parecía contrariada y asustada cuando el rey declaró que, en lugar de allí, irían al convento cercano de san Hipólito para el parto—. ¡Quiero ir a Thersa!

—No —dijo Henry con esa mirada que cualquiera que fuera observador sabría enseguida que quería decir que no iba a dejarse influenciar—. Las oraciones de las sagradas hermanas te ayudarán.

—Pero pueden rezar por mí allí donde esté.

Hugh cogió la mano de Sapientia en la suya y miró al rey.

—Majestad, es verdad que el palacio de Thersa es mucho mejor con diferencia, más adecuado para un parto real...

—No. El asunto está zanjado.

Sapientia empezó a lloriquear, sujetándose el vientre, y el rey parecía a punto de perder la compostura. Hanna se adelantó y se inclinó para susurrar algo al oído a

Sapientia.

—Alteza. ¿Qué importa en qué cama estéis mientras Dios os proteja? Las oraciones de las sagradas monjas os fortalecerán y vuestra obediencia os hará quedar bien a los ojos de vuestro padre.

El llanto de Sapientia cesó y, una vez que pasó el dolor de parto, cogió las manos del rey con las suyas.

—Por supuesto que tenéis razón, padre, iremos a San Hipólito. Con un patrón como él, seguramente el niño crecerá fuerte y grande y con un fuerte valor, adecuado para un soldado.

Henry se animó mucho y, durante el resto del húmedo camino hasta el convento, fue mimando a su hija, cuya cara permanecía impasible cuando los dolores empeoraron.

Sapientia fue llevada al interior de los muros del convento solo con dos ayudantes y la hermana Rosvita como testigos; el médico era un eunuco y se le consideraba como una mujer. Todos los demás esperaron en el salón, que era la única estancia que quedaba de un antiguo palacio de la época de Taillefer, ahora habitado por las hermanas como convento. Henry paseaba de un lado a otro. Hugh estaba sentado en una esquina y pasaba las páginas de un libro ociosamente.

—Es estrecha de caderas —dijo Hanna con nerviosismo, acordándose de los partos que atendió su madre. No todos tuvieron resultados felices.

—Mira aquí —Hathui examinó los tallados de las vigas del salón. Ennegrecidos con capas de hollín, agrietados por el peso de años de humedad y sequedad, representaban las pruebas de san Hipólito, cuya fuerza y valor habían conseguido llevar la sagrada palabra de Dios a las tribus paganas que habitaban en estos bosques cien años antes—. Un buen augurio para el niño que dará fe de la capacidad de Sapientia para gobernar y cabalgar como capitán de los Dragones cuando crezca.

Hanna recorrió el antiguo salón de parte a parte. Los sirvientes barrían las molduras de las esteras a la puerta. La ceniza se amontonaba en las dos chimeneas y había que sacarla en cubos antes de encender otro fuego. A pesar de toda la gente que había en el salón, el frío la entumecía. En un momento como ese, los establos proporcionaban un refugio mejor. Todavía podía oír, como un eco, los débiles gritos de la hermana encargada de la bodega lamentándose de la pérdida de tan escasas provisiones, hacía falta una ingente cantidad de comida y bebida para satisfacer las necesidades del rey y su séquito.

—¿Por qué no quiso el rey que la princesa Sapientia fuera llevada a Thersa? Todos dicen que Thersa es un lugar con mucha más clase y los sirvientes son más adecuados para servir a la corte.

—Mira aquí —Hathui dio unos cuantos pasos para alejarse de los clérigos más jóvenes, quienes estaban agrupados por allí, hablando entre dientes. Se mojó los dedos y se estiró para quitar la suciedad y el polvo de una talla. Había una escena tallada a todo lo largo de la vieja viga de madera. Una figura cubierta con telas

avanzaba, con una lanza en una mano, la otra levantada con la palma para arriba para enfrentarse a los de la tribu que se estaban retirando ante ella: una llama estilizada ardía justo donde acababa su mano. Detrás de ella caminaban muchas criaturas grotescas, que evidentemente no eran humanas, pero estaba claro que asediaban a la santa o pisaban en sus sagradas pisadas, buscando su bendición.

Cuando los clérigos se fueron, Hathui bajó la voz.

—Es mejor no hablar en alto de esos asuntos. El hijo bastardo de Henry, Sanglant nació en Thersa. Eso me dijo Wolfhere. La mujer elfa, que era la madre del príncipe, estuvo tan enferma después del parto que algunos temieron que podría morir. La corte no se pudo mover en dos meses, pero cuando por fin se levantó de la cama, desapareció y nunca se la volvió a ver. Dicen que desapareció para siempre de esta tierra.

—Pero ¿adónde podría haberse ido? —preguntó Hanna—. ¿Adónde más puede irse una criatura así? ¿A la isla de Alba?

—Es solo lo que oí. Eso no significa que sea verdad.

—Eso no significa que no sea verdad —contestó Hanna reflexivamente, examinando la siguiente talla. Era la misma figura; reconoció la vestimenta y la marca del fuego antes que la mano de la santa, se acerca a un arco del cual sale una criatura del tamaño de un hombre con un círculo estilizado de plumas detrás del cual parece haber alas; también lleva un cinturón de cráneos. Después de la escena siguiente, Hanna vio el mismo arco, ahora pequeño, entre un círculo de piedras de pie que, al parecer, estaban cayendo al suelo, habiéndolas despojado de su poder el valor sagrado de la santa.

—¿Cómo fue martirizado san Hipólito? —preguntó Hanna.

Hathui sonrió forzosamente.

—Aplastado por una roca, como puedes ver. —Señaló la última talla. Ahora estaban de pie en el otro extremo de la sala. En el otro extremo, el fuego ardía y Villam por fin suplicaba a Henry que se sentara y bebiera un poco de vino.

La princesa estuvo de parto hasta bien entrada la noche. Al amanecer, al día siguiente, en la fiesta de san Sormas, el decimotercer día del mes de Abril, dio a luz a una hija sana.

Y hubo gran regocijo.

Henry llamó a Hugh para que se presentara ante él.

—Has demostrado ser un buen consejero para mi hija —dijo. Le regaló una bonita copa de oro de su tesoro—. Ahora tengo esperanzas de que pueda gobernar después de mí.

—Dios ha bendecido vuestra casa y vuestro linaje, majestad —contestó Hugh, y aunque los halagos siguieron llegando durante el resto del día, en ningún otro acto ni palabra mostró un orgullo tan impropio en un hecho que él había contribuido a que ocurriera. No parecía ser consciente de la nueva situación que este nacimiento sano le concedía.

Esa tarde, en la exhortación de la hermana Rosvita, leyó en alto un pasaje de la *Vita de santa Radegundis*, la historia feliz, en cierta medida era sorprendente encontrarla en la vida de un santo, de cómo la joven y piadosa mujer, tan decidida en su voto a seguir siendo casta y por lo tanto más cerca de la pureza celestial, fue abrumada por la gran nobleza del emperador Taillefer. La cortejó y superó su renuencia. El amor de ella por las grandes virtudes de él y el honor imperial derritió su corazón y se casaron en cuanto alcanzó la mayoría de edad.

—Es el momento de pensar en el matrimonio para Sapientia —dijo Henry cuando acabó de leer—. El rey de Salia tiene muchos hijos.

—Podría estar bien —sugirió Villam— enviar a la princesa Sapientia a Eastfall una vez que se haya recuperado. Así ella conseguiría algo de experiencia para gobernar.

—Es mejor que esté a mi lado mientras viajamos —dijo Henry en un tono que indicaba que no iba a permitir que ninguna razón le hiciese cambiar de opinión—. Pero Eastfall necesita una margrave. Quizá deba enviar a Teophanu a Eastfall... — Así, mientras reflexionaba el rey, la fiesta pasó rápidamente. Por primera vez en meses, por primera vez desde que oyó la terrible noticia de la muerte de Sanglant, Henry parecía contento.

La celebración en la corte duró tres días: era necesario celebrarlo así para agradecer a Dios debidamente su bendición sobre la casa real. Sapientia estaba todavía demasiado débil para aparecer y, en todo caso, era tradicional que una mujer estuviera aislada durante una semana antes de recibir visitantes. Así, durante ese tiempo sagrado no podía contaminarse por ninguna mancha traída de fuera ni por ningún pensamiento impuro.

Hanna volvió a sorprenderse por la exigua cantidad de comida y bebida que la corte consumía. No podía imaginarse lo que diría su madre, pero en aquel momento diría que en la medida en que el rey prospera así lo hace su reino.

¡Ay, Señora!, en estos momentos el año pasado Liath y ella acababan de dejar atrás el Descanso del Corazón, cabalgando con Wolfhere, Hathui y el pobre valiente Manfred. Tocó su insignia de Águila. ¿Dónde esta Liath ahora?

Liath se agachó, cogiéndose las rodillas con los brazos. El suelo estaba demasiado mojado para sentarse. El barro cubría las ruedas de los carros y saltaba en terrones por los bajos cuando iban traqueteando por los caminos. Las ramas desprendían humedad al tocarlas. La hierba rezumaba agua y los árboles goteaban todo el día aunque no estaba lloviendo.

Aunque habían esperado hasta el primer día del mes de sormas para partir, todavía había demasiada humedad para ir a la guerra. Pero eso no detenía a nadie, no cuando había un premio tan cerca.

—¿Puedes hacerlo? —susurró Alain. Por precaución, se mantenía tres pasos más atrás de donde estaba ella. *Pesar y Rabia* estaban sentados, jadeando, a un tiro de piedra.

Ella no contestó. El hecho de que los perros siguiesen sin acercarse a ella le hizo preguntarse si notaban el terrible poder que albergaba en su interior. La *madera arde*. Tembló. ¿Conseguiría controlarlo alguna vez? Tenía que intentarlo.

—No tenemos mucho tiempo —dijo—. Pronto vendrán a buscarme.

—Calla —levantó una mano, y dio un paso atrás. Los perros gemían. La propensión, el recuerdo de la llama reside en la madera. Quizá, como decía Demócrito, minúsculas partículas indivisibles, enganchadas y unidas para que se puedan sujetar unas a otras, componen todos los elementos del universo; en la madera, algunos deben estar formados por elementos como el fuego. Si pudiera mirar a través de él e invocarlo para que les alcance, recordarían las llamas...

Y arderían.

La madera ardió con un estallido. El fuego subió por las ramas del árbol más cercano. Liath se apartó del fuego abrasador. Los perros dieron un aullido y se escabulleron gruñendo.

—¡Señora de los cielos! —juró Alain. Dio otro paso apartándose de ella e hizo la señal del Círculo en su pecho, en señal de protección.

Al caer sobre una rodilla, Liath se quedó mirando el fuego. Había gotas de llamas que subían al cielo. Las ramas silbaban. La hierba que estaba justo al borde de donde llegaba el calor chisporroteó y se ennegreció. Solo se atrevía a invocar al fuego cuando estaba tan húmedo; solo así era seguro intentar hacer algo cuyas consecuencias no podía controlar.

Empezó a llover débilmente. Alain se puso la capucha sobre la cabeza y dio un paso titubeante hacia ella. Liath se quedó mirando al fuego y en su mente imaginó las llamas saltarinas doblándose para que formaran un arco que la permitiría ver otra parte del mundo.

—Hanna —susurró. Allí. La imagen era más un susurro que una escena que tenía lugar ante ella. Hanna está al lado de Hathui, todo lo demás es sombra. Pero Liath pudo ver, por la forma que tenían los hombros de Hanna, la repentina sonrisa que lanzó cuando el Águila de mayor edad hizo un comentario: que estaba bien. Hugh no la había hecho nada.

Buscó dentro de su capa y sacó la pluma de oro. Reflejaba el fuego, echaba chispas brillantes, un reflejo del incendio. Alain murmuró un juramento. Los perros gruñeron.

—Que los que se parecen se junten —murmuró—. Que esto sea un vínculo entre nosotros, vieja amiga.

Al retirar una cortina, dejando ver la cámara que hay detrás, el rugido del fuego sin aplacarse se movió y cambió de sitio. Un estruendo débil, como el de una tormenta lejana se estremece a su alrededor. El velo desapareció y en su interior, al fondo, vio al brujo Aoi.

Sobresaltado, levanta la vista. De su mano cuelga el lino, medio retorcido para convertirlo en una cuerda.

—¿Qué es esto? —pregunta—. Eres a quien he visto antes.

Mira a través del fuego que arde ante ella, que está alimentado con madera, pero también ve a través del fuego una columna de piedra que está de pie. Este misterio atrae su atención. Debe hablar, aunque pudiera atraer a aquellos que la buscan. Pero sus primeras palabras no son las que quiere pronunciar.

—¿Cómo consigues que arda la piedra? —pregunta ella.

—Es una pregunta precipitada —contesta él. Empieza a enrollar el lino contra su muslo para formar una cuerda. Pero parece que está pensando. Él observa su expresión adusta a través del velo que forma el fuego, pero no es hostil con ella.

—Pertenece al género de los humanos —dice él—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? Veo que has recibido mi regalo.

Ella agarra la pluma de oro con fuerza, al igual que aquellos que adornan sus guantes de piel.

—Has tocado lo que yo he tocado. No sé cómo interpretar estos presagios.

—Te lo suplico —dice ella—. Necesito ayuda. He hecho fuego...

—¿Que has hecho fuego? —sonríe breve y sarcásticamente—. El fuego existe en la mayor parte de las cosas. No se provoca.

—No, no. —Habla rápidamente porque no sabe de cuánto tiempo dispone antes de que les interrumpen a Alain ya ella, y este hombre, bueno no un hombre, este brujo Aoi es la única criatura a la que puede preguntar—. Yo lo invoco. Es como si el elemento del fuego estuviera inactivo dentro de la madera y, de repente, recuerda su poder y recobra la vida.

—El fuego nunca está inactivo. El fuego reside dentro de la mayor parte de los objetos, en algunos más profundamente que en otros.

—Entonces, reside en la piedra a mayor profundidad de la que yo puedo alcanzar. ¿Por qué puede arder esa piedra?

Se para, con la cuerda de lino enrollada en el muslo.

—¿Por qué haces preguntas, muchacha?

—Porque necesito respuestas, viejo amigo. Necesito un profesor.

Levanta la cuerda y la enrolla entre los dedos. Las conchas blancas de su capa que le llega a la cintura rozan unas contra otras emitiendo un sonido tan sutil como el susurro de las hojas sobre el lecho del bosque. Se vuelve, mira una vez detrás de él y luego de nuevo a ella.

—¿Me estás pidiendo que te enseñe?

—¿Quién, si no tú, podría hablarme? ¿Lo harás? —El fuego no arde con más fuerza que la esperanza que late en su corazón.

Lo piensa. Las conchas, las piedras y las cuentas titilan y deslumbran a la luz del fuego. Lleva un carrete de jade redondo en cada oreja. Su pelo, atado solo con un nudo alto, es tan negro como la noche, y no tiene barba. Sus ojos oscuros la contemplan sin pestañear.

—Encuéntrame, y lo haré.

Al principio no puede encontrar su voz, como si le hubieran despojado de ella.

—Atraviésalo. El arco ya existe.

Se levanta, da un paso hacia delante, pero el calor es demasiado fuerte. No se puede acercar más.

—No puedo —dice ella medio llorando—. No puedo. ¿Cómo llego hasta allí?

—Un filamento de lino no tiene ninguna fuerza. —Enrosca una sola hebra de lino sin desenrollar alrededor de un dedo. Estirándolo al máximo consigue romperlo. Después envuelve la cuerda terminada en una mano—. Con los dos juntos se forma una cuerda fuerte. Pero lleva tiempo hacer una cuerda, al igual que lleva tiempo enroskar filamentos de conocimiento para conseguir sabiduría.

De repente, se pone de pie, mirando a su alrededor mientras escucha algo.

—Vienen.

En ese instante, más allá de donde está él ve un camino que serpentea de

forma extraña a través de los árboles. Una corta procesión avanza por el camino, que parece más bien el séquito del rey Henry pero con menos gente. Los colores claros la molestan tanto que no puede adivinar quién va andando por allí. Ve algo: un estandarte redondo sobre un palo, una sábana redonda de oro con el borde de penachos verdes iridiscentes tan anchos como los brazos de un hombre estirados al máximo. Gira como una rueda dando vueltas. Su brillo la deja estupefacta.

—Debes ir —dice el brujo con firmeza. Se chupa un dedo y avanza con él hacia el fuego como si fuera a sofocar una mecha. La humedad chisporrotea y resuena con fuerza, saltando hacia la cara. Se echa hacia atrás, pestañea y con un grito se inclina de nuevo hacia delante. Pero el velo se ha cerrado.

No vio nada excepto un fuego ardiendo con furia y la neblina de agua que sube como el vapor que sale con el aire fresco de la primavera.

—Liath —sintió que una mano se acercó a su codo, pero solo era Alain, que se estaba arrodillando a su lado—. Pensé que ibas a meterte en el fuego.

Se chupó el dedo, se estiró hacia el fuego como si quisiera extinguirlo, pero no pasó nada.

—Ojalá pudiera.

—¡Venga! —Empezó él queriendo calmarla mientras detrás de él, los perros gruñían a las llamas.

Se soltó y dio un paso atrás. Notaba cómo se le cocía la piel de la cara; al tocarla escocía.

—He visto al viejo brujo Aoi. Me ha dicho que me enseñaría, si podía encontrar una forma de llegar a él.

Miró al fuego con desconfianza.

—¿Puedes confiar en un Perdido? Ni siquiera creen en el *Dios de las Unidades*.

—Quizá por eso —dijo despacio, intentando comprenderse a sí misma—. Para él soy algo rara, eso es todo. No quiere nada de mí, como los demás.

—Pero ¿puedes verlo a través del fuego?

—No lo sé.

—Es un misterio, como mis sueños —él estuvo de acuerdo, dejando caer gracias a Dios la pregunta irrefutable. Levantó una mano delante de la cara, absorbiendo algo de calor—. ¡Cómo arde! —exclamó, y ella dejó caer la cabeza avergonzada, pensando que se daría cuenta de lo monstruoso de su acción y sería rechazada por él ahora que sabía que era la hija de un brujo, sin formación, ignorante, e incontrolable—. ¡Piensa solo lo que podrías hacer con ese fuego!

—¿No he hecho ya bastante? —preguntó amargamente, pensando en los Leones que había matado.

—Ninguno de nosotros está libre de pecado —afirmó él—. Pero si pudieras aprender a hacer algo útil con ello...

—Invocarlo para que caiga sobre los eikas —contestó mordazmente—. Quemar Gent y todos los pobres muertos que se están pudriendo allí.

—No, no digo eso. Si pudieras asustarlos, lo suficiente para hacerles huir.

—¡Ay, Alain! Tú has luchado con los eikas. El fuego no les asusta.

—Y en la ciudad hay esclavos, o eso es lo que se dice. Si la ciudad ardiera, se quemarían también —él frunció el ceño y luego la miró—. Debemos contárselo a mi padre.

—¡No! —sobre esto no tenía ninguna duda—. Si el rey supiera que he quemado el palacio de Augensburg, si los obispos lo supieran ¿qué crees que me harían?

Preocupado, estaba ocupado en sacudir las cenizas de las astillas de madera que caían en su capa.

—Te condenarían como *maleficus* y te enviarían a un juicio ante la skopos —dijo con renuencia—. Pero yo declararía en tu favor. Confío en ti.

—Solo me acusarían de engatusarte con artimañas. No, nunca confiarían en un *maleficus* que puede invocar al fuego. Y ¿por qué iban a creer que puedo controlarlo? Solo que no quiero... o que soy más peligrosa por mis vicios.

—¿No puedes controlarlo? —miró nervioso hacia el fuego que ardía con furia.

—Ni siquiera puedo apagarlo —dijo enfadada—. Solo puedo prenderlo.

—Pero tengo que contárselo a mi padre, Liath. Él no te condenará. Tiene mucho más en qué pensar que tirar piedras sobre otros.

—Pero podría ordenarme que invoque el fuego sobre Gent, ¿no? Si lo hiciera y yo pudiera, ¿cuántos esclavos inocentes morirían en la deflagración?

Dudó. Por su expresión era evidente que tenía razón. El conde Lavastine sacrificaría unos cuantos esclavos, aunque antes hubieran sido honestos propietarios, con tal de tomar Gent. Con tal de conseguir una novia noble para su heredero.

En medio de la niebla, la lluvia y el vapor, escucharon un grito.

—Han descubierto que he desaparecido —dijo Alain—. Sal por detrás. Así no sabrán que te has ido. Si encuentran este fuego, no lo van a relacionar contigo.

—Sí, mi señor. —No estaba segura de si debía estar agradecida o sorprendida por su prepotencia. No tenía nada de la arrogancia de un noble, pero, como ocurría con papá, estaba rodeado de una inexplicable dignidad que hacía imposible no respetarle.

Avanzó, cogió una tea del fuego en cada mano y saltó hacia atrás.

—No tiene sentido dejar a los pobres soldados temblando bajo la lluvia. Podemos hacer otros fuegos como este. Vamos.

—¿Cómo vas a explicarlo después? —preguntó, pero él se limitó a reírse, burlándose de sí mismo más que de ella.

—Soy el heredero del conde. Nadie me pondrá en entredicho, excepto mi padre, y no hay razón por la que tenga que enterarse. Vamos. No diré nada de lo que he visto hoy.

Se fue corriendo hacia el bosque en la dirección de donde provenía el grito. Los perros se fueron trotando detrás de él.

Ella se quedó cerca del fuego, pero sabía que si ahora miraba en su interior, no saldría ningún velo, no se abriría ninguna puerta. Suspiró y se puso en marcha dando un rodeo de vuelta al campamento. ¡Ay, Señora! Su rodilla estaba chorreando de humedad, algunos trozos de la tela ancha de sus calzas se pegaban a la piel y al andar volvía a despegarse, fría y viscosa.

Pero esa incomodidad la importaba poco después del ofrecimiento que la había hecho el brujo Aoi: «Encuéntrame».

Rosvita creía que sabía qué libro llevaba consigo el padre Hugh. Pero tenía una forma tan elegante de llevarlo pegado a él o metido en el arcón tallado que uno de los sirvientes portaba detrás de él, de cerrarlo con suavidad, como si lo hiciera sin pensarlo o poner la mano sobre la cubierta para ocultarlo a medias, que nunca alcanzaba a verlo. No estaba demasiado segura de si en realidad era el mismo libro que le había visto a Liath el pasado otoño, el mismo día que la princesa Sapientia había vuelto al séquito del rey.

Rosvita odiaba ser curiosa, pero había empezado a aceptar su defecto y quizá a aceptarlo con demasiada naturalidad.

A los siete días, la niña fue ungida con agua y perfume y se le dio el nombre que sugirió su padre: Hipólita, en recuerdo del santo. Era una niña robusta, lloró con fuerza, indignada por el contacto del agua fría con la piel, y se puso totalmente roja de la cabeza a los pies. Sapientia salió de su aislamiento y suplicó a Henry que permitiera que la corte se desplazara a Thersa en el viaje que duraba cuatro días, donde había mayores comodidades que las que había allí.

El buen humor del rey Henry apenas podía ser mejor de lo que ya lo era. Pero Rosvita se había dado cuenta de que un hombre o una mujer que tenían en brazos al hijo de un hijo sentían un cierto triunfo, como el que se siente en una victoria, sobre la fragilidad de la vida en esta tierra mortal. Sin discutir, transigió. Toda la corte recogió y preparó sus pertenencias otra vez, y partió. Dios era misericordioso, durante este corto viaje el tiempo fue suave y soleado. En Thersa se acomodaron para pasar tres semanas en las que la nueva madre y el niño pudieran coger fuerza antes de continuar en dirección norte a Gent.

—Quizá sea ya hora de dejar de lado los recuerdos —dijo Henry en voz baja una tarde, y Rosvita se limitó a murmurar palabras de ánimo.

Así se hizo. A la mañana siguiente, salió un pequeño grupo en el que iban el rey Henry, Helmut Villam, Rosvita y tres clérigos y el *frater* Hugh con una compañía de Leones y un Águila a su servicio. Por una pista que atravesaba los campos que estaban reverdeciendo llegaron a un pueblo cuyos habitantes se apresuraron a saludarles. El *frater* Hugh entregó *sceattas* a los propietarios; el rey Henry bendijo a los pequeños que sostenían sus madres y padres para que él pudiera tocar sus sucias cabezas. Un camino poco trillado conducía al borde de un arroyo. Aquí, en el tumulto

de las aguas ondulaban algunos macizos de hierba. Las abruptas orillas se habían desbordado un poco, pero solo se mojaron los Leones; el vado parecía adecuado para que pasaran los jinetes.

Las ruinas estaban en un montón revuelto en la ladera de tierra que tenían ante sí, coronada por un círculo de piedras de pie. En su momento, allí hubo edificios. ¿Los habían construido los mismos que habían erigido el círculo de piedras, o era una fortaleza más tardía, destinada a proteger o protegerse de la influencia de la corona de piedras? Con la corriente cercana y la tierra cultivable, era un buen lugar, como demostraba la persistencia de los habitantes del pueblo. Poca gente viviría voluntariamente teniendo cerca un círculo de piedras a menos que tuvieran una razón de peso que les obligara a permanecer allí.

Henry desmontó y, con Villam a su lado, subió solo por las ruinas.

—Ahora hay dos hombres que todavía lloran la pérdida de sus hijos —dijo el hermano Fortunatus, observando la escena con interés—. ¿Es ahí donde se esfumó la mujer Aoi?

—Supongo que arriba en el círculo de piedras —dijo la hermana Amabilia—. Y el pobre Villam perdió su hijo en un anillo de piedras.

—¿Sí? —preguntó el hermano Constantine—. Nunca había oído esa historia.

—Ocurrió antes de que llegaras tú —dijo Amabilia con dulzura, nunca se resistía a recordar al joven serio que no era solo un joven, sino el hijo de una dama Varren fiel a Sabella—. El joven Berthold era un hombre joven y guapo, un verdadero erudito, creo, aunque es una vergüenza que lo sacaran de la Iglesia para que pudiera casarse.

—Pero ¿qué le pasó?

El hermano Fortunatus dio media vuelta, entusiasmado por el cotilleo.

—Cogió a un grupo de criados para explorar el círculo de piedras que estaba encima del monasterio de Hersfeld... —se calló, porque la mirada con los ojos abiertos de par en par de Constantine no le hizo ninguna gracia, y bajó el tono de voz hasta que solo fue un susurro—... y nunca se les volvió a ver.

—Calla —dijo Rosvita, sorprendida por su amabilidad—. Berthold era un buen chico. No es justo que convirtamos su pérdida y el dolor de su padre en un juego. Venga —vio que Hugh se sentaba en lo que quedaba de una pared algo alejada de los demás y abría su libro—. Puedes mirar por aquí todo lo que quieras. Hermano Constantine, puede que quieras descubrir si hay alguna inscripción dariyana en las piedras y si las puedes leer. No te acerques al rey a menos que él lo solicite. —Junto con Villam, el rey había desaparecido en el círculo de piedras, y media docena de Leones y su Águila favorita los perseguían con ahínco—. Seguid.

Se dispersaron como abejas en busca de néctar. Rosvita se serenó y después comenzó a pasear entre las ruinas, y eligió ir por encima de la piedra caída y los montículos de tierra hasta que llegó donde estaba Hugh.

—*Frater* Hugh. —Le saludó mientras se sentaba sobre un trozo de muro liso—.

Debéis de estar encantado con la lealtad de vuestra madre, al enviar al médico tan lejos de sus tierras para atender a la princesa Sapientia.

Cuando se volvió para sonreír, cerró con suavidad el libro, solo consiguió echar un vistazo a una mano fornida que garabateaba en columnas desiguales por toda la página.

—Sí, hermana. Pero creo que mi madre pretende volver al séquito del rey en cuanto haya terminado los asuntos que la retienen en Austra.

—Ah, sí, su matrimonio. ¿Habéis tenido alguna noticia reciente? —Dado que cualquier noticia reciente habría llegado a oídos de sus clérigos en el momento en que se hubiera sabido, esto era una mera táctica, y ella lo sabía. Quizá él también, pero ella no sabía interpretar con facilidad lo que pensaba, y nunca dejaba de ser amable y de tener buenos modales.

—Ninguna, desgraciadamente, pero quizá —sonrió con una repentina y encantadora perspicacia— el hermano Fortunatus haya oído algo que nosotros no sepamos.

Eso la hizo reír. Hugh se parecía bastante a su padre. El esclavo albano que la margrave Judith tenía como amante todavía era parte integrante de la corte cuando Rosvita llegó en los últimos años del rey Arnulf. A ninguna mujer joven, ni siquiera a una comprometida con la Iglesia, podía haberle pasado desapercibida su presencia, aunque tras mirar con mayor detenimiento había resultado ser estúpido y vanidoso. Pero al final murió en un accidente de caza y el niño que había llegado de su unión algunos años antes había sido entregado a la Iglesia. Hugh no tenía la belleza imponente de su padre, pero era tan guapo que no era raro que Sapientia le hubiera seducido. Rosvita dudaba de que en realidad la seducción hubiera sido unilateral. Debido a su arrogancia, Hugh siempre había sido considerado un hijo obediente hacia su madre, pero al convertirse en el favorito de Sapientia y su consejero, aumentó el poder de su madre entre los grandes príncipes del reino.

—Es un buen día, ¿verdad *frater* Hugh? —Levantó la vista hacia el sol.

—Solo lamento que el rey pueda sentir tristeza en un día tan feliz como hoy —señaló el círculo de piedras que había arriba. Henry y Villam estaban por allí moviéndose entre las piedras. Henry sostenía un trapo viejo contra la cara, dándose pequeños toquitos de vez en cuando en los ojos.

—Debe dejar tranquilo el recuerdo del príncipe en su corazón —dijo ella, olvidándose por un minuto de su objetivo— antes de que pueda subir a su descanso allí arriba —señaló el cielo.

—¿Puede? —preguntó Hugh de repente—. Es medio pariente de los elfos y se dice que vagan como sombras oscuras en esta tierra después de morir.

—Solo Dios puede contestar esa pregunta. Tú y Sanglant erais de la misma edad ¿verdad?

—Esto..., sí —dijo brevemente.

—Pero fuiste a la *schola* del rey y él no.

Hugh apartó la vista y miró hacia las piedras. Era alto aunque no tanto como Sanglant, y de pelo claro, mientras que Sanglant era moreno. Cuando era clérigo se quitó la barba, y eso le asemejaba al príncipe muerto, en todos los demás aspectos eran bastante diferentes. Claro que Rosvita sabía muy bien que, cuando era joven, Sanglant había sido favorito en la corte; Hugh, aunque lo soportaba, le envidiaba y a veces a regañadientes le admiraba, nunca había despertado la simpatía de nadie, al menos hasta ahora.

—No es ninguna virtud hablar mal de los muertos —dijo por fin. Su mano se movió en el libro que sostenía, volviendo a atraer la atención de ella.

—Sabias palabras, *frater* Hugh —dijo, al ver una oportunidad—. ¿Qué libro lleva?

Él pestañeó. Después miró al libro, lo agarró con los dedos con más fuerza por la cubierta de piel rasgada y volvió a mirarla.

—Es un libro que vengo estudiando desde hace algún tiempo.

—Qué curioso. Yo juraría que he visto ese libro antes de que la princesa Sapientia regresara al séquito del rey. Antes de que volviera con ella. Sí —hizo que pensaba y después apartó la vista, mirando las ruinas y la bonita imagen de los árboles, el arroyo y el pueblo distante como si el libro solo tuviera un interés pasajero. Después de un rato de deleitarse en el agradable silencio del sol de primavera, como si acabara en ese mismo momento de recordar su conversación, se dio la vuelta hacia él—. Debo de haberme confundido. Vi un libro parecido a este que era de uno de los Águilas. ¿Cómo se llamaba? Estos Águilas son iguales uno que otro.

Levantó la vista hacia ella, pero no dijo nada. Ella encontró un grupo de flores blancas que crecían en una grieta dentro de las piedras llenas de tierra. Al arrancarlas, se dio con el rústico ramo en la nariz.

—Liath —dijo al final tan abiertamente que se sobresaltó y lo enseñó.

—Ah, sí, Liath —lo consiguió, bajó las flores—. Un nombre curioso, de origen arethousano, según creo —no contestó—. ¿No sirvió como *frater* en el norte *frater* Hugh?

—Sí, en esa región llamada el Descanso del Corazón, al sur del emporio de Freelas.

—¡Qué extraña coincidencia! El Águila Liath y su camarada, Hanna, que también es Águila de Sapientia, ambas vinieron del Descanso del Corazón.

—De ahí venís vos también, ¿verdad, hermana?

—Sí.

—Sois el segundo vástago del conde Harl, según creo.

—Por supuesto que si vivió allí, conocería a mi padre y su familia.

—Sí los he visto —dijo con algo de condescendencia, algo que normalmente nunca mostraba hacia ella, la clériga mejor tratada por los consejeros más cercanos de Henry, su miembro del consejo de la Iglesia, y una mujer.

—¿Presentó a las dos mujeres jóvenes a las Águilas del rey? Fue un acto

generoso.

Su agradable expresión no flaqueó, pero en sus ojos había algo de brillo.

—No. No tuve nada que ver con eso.

Si hubiera caído un relámpago no se habría sorprendido más. El recuerdo de su visita a Quedlinhame el pasado otoño la sobresaltó tanto que soltó las flores y cayeron dispersándose por la ropa, las piedras y el suelo.

Ivar está hablando con Liath en el refugio oscuro de una habitación trasera en la biblioteca del convento. Liath había dicho: «Quiero a otro hombre». Y eso hizo que Ivar se enfadara. ¿Qué nombre había pronunciado?: «Hugh».

Liath no lo había negado, solo había dicho que estaba muerto. Ahora con Hugh mirándola tan inocentemente como una paloma, estaba enfadada con ella misma por no preguntar a Ivar con detenimiento por el incidente.

—Estoy confusa, y os suplico me perdonéis, *frater* Hugh —dijo por fin—. Había pensado que debéis de haber conocido a las dos mujeres jóvenes, así como a mi hermano Ivar, cuando estuvisteis en el Descanso del Corazón. De ahí mi curiosidad sobre el libro, que se parece a uno que vi que llevaba Liath.

Jugueteó con el libro, lo cogió con más fuerza apretándolo contra su muslo y suspiró profundamente como si fuera una decisión difícil de tomar.

—Me lo robó. Pero ahora, como veis, lo he recuperado.

—¡Que os lo robó! —El hecho de que ella hubiera sospechado tanto que Liath había robado el libro de algún sitio no hizo que la realidad fuese más agradable de oír—. ¿Cómo lo robó? ¿Por qué?

Cerró los ojos un momento. Era difícil para Rosvita imaginarse qué pensamientos podrían estar pasando por su cabeza. Como el libro, como un velo dispuesto para esconder la cámara que había detrás, estaba cerrado frente a ella. Había renunciado completamente a las vestimentas de abad y ahora vestía como cualquier caballero de clase con una túnica bordada, una capa corta con un broche de oro, calzas con rayas doradas, y una espada; se sabía que era un clérigo solo porque no tenía barba y por su elocuente discurso.

—Me cuesta hablar de esto —dijo al final—. Duele mucho. El padre de la joven murió dejando una fuerte deuda. Yo la saldé porque era lo más caritativo que se podía hacer, como podéis imaginaros dado que también sois una clériga piadosa, hermana. En pago por aquello, se convirtió en mi esclava. No tiene familia y, por lo tanto, ninguna perspectiva, así que a tuve a mi lado para protegerla.

—Ya lo creo —murmuró Rosvita, pensando en la declaración de amor de Ivar. Por supuesto, el hijo de un conde nunca debería casarse con una chica sin parientes que, además, es la esclava de otro hombre. Ni siquiera debía haberlo pensado nunca—. Es una chica guapa, muchos se han dado cuenta, y tiene unas curiosas nociones de cultura. Suficiente para atraer la atención de quien no debe.

—Ya lo creo. Que me devolviera el favor de esa forma... —se calló.

—Entonces, ¿cómo consiguió entrar en los Águilas?

Dudó, con clara renuencia a continuar.

—Wolfhere —dijo ella, y supo que había acertado cuando los labios de él se estrecharon visiblemente.

—Wolfhere —admitió él—. Se llevó lo que no debía.

—Pero solo las mujeres y los hombres libres pueden entrar en los Águilas.

Elegante, confiado, por un instante Hugh parecía un hombre que ha recibido el azote de la pena.

—Me obligaron.

—¿Por qué no se lo contasteis al rey? Seguramente él escuchará vuestra queja.

—No acusaré a un hombre que no está a mi lado para responder —dijo Hugh razonablemente—. Entonces, tendría la misma ventaja que Wolfhere me quitó, en cierto sentido, cuando reclamó a la joven en cuestión para ponerse al servicio del rey sin permitir que el rey juzgue el hecho por sí mismo. Tampoco quiero que me vean como alguien que se aprovecha de una forma impropia de mi... —Sonrió con ese mismo brillo sagaz—. Seamos francos, hermana Rosvita. De mi estrecho vínculo con la princesa Sapientia.

—Nadie os acusaría ahora si presentaseis este asunto al rey. Es de todos sabido que vuestro sabio consejo ha mejorado su temperamento.

Pero él se limitó a inclinar la cabeza con modestia.

—Me culparía a mí mismo.

Vio cómo reunieron un ejército sin poder hacer nada. Supuso que la primavera por fin había llegado al ver el rayo de luz que se colaba a través de las ventanas de la catedral y la sombría calidez que entraba por las enormes paredes de piedra durante el día, cuando las puertas se abrían para permitir que entrara la luz del sol. Al disminuir la cantidad de agua del deshielo, los vientos serían favorables para que los eikas saliesen del norte a navegar.

Vinieron del norte en oleadas y se reunieron a los pies del trono de Corazón Sangriento como multitud de desechos arrastrados por la marea.

Ese día, cuando volvieron los hijos rebeldes, supo que tenía que actuar. Cuando hasta los hijos rebeldes vuelven al redil, eso significa que se avecinan grandes cambios, tan grandes como para atraer a los que una vez fueron condenados a irse. Hasta el sacerdote, agachado justo en el borde al que llegaban las cadenas de Sanglant mientras le enseñaba a leer los huesos, se volvió a contemplar la visita inesperada del joven principito eika que llevaba un Círculo de madera en el cuello.

—¿Por qué has venido? —rugió Corazón Sangriento en la lengua humana, delante del esbelto eika que estaba de pie, orgulloso e inmutable ante él.

—Traigo ocho barcos —dijo el hijo, señalando a algunos eikas que estaban detrás de él, que quizá representaban a los soldados que estaban afuera. A estas alturas, en Gent había demasiados eikas para que todos estuvieran metidos en la catedral. Podía olerlos, su aroma metálico impregnaba el aire—. Estos dos, de Hakonin, estos dos, de Skanin y este de Valdarnin. Tres más navegaron conmigo desde Rikin. Estos incrementarán tu ejército.

—¿Por qué debería creerte, cuando fueron mi voz y mi orden las que te enviaron a casa deshonorado?

Sanglant midió la distancia entre él y el sacerdote, dio unas pataditas a los harapos en los que estaba enrollado que en su momento constituyeron su ropa. Deslizó una mano bajo la ropa y sacó la insignia de Águila de latón. Con un giro de muñeca, la agitó enseñándosela a uno de los perros que estaba a su izquierda. El repentino movimiento de uno de los perros gruñendo y saltando sobre la insignia sobresaltó al sacerdote lo suficiente para que se apartara a un lado.

Al saltar, el sacerdote estuvo durante un instante al alcance de Sanglant.

Saltó. Cuando su mano apretó el huesudo brazo del sacerdote eika, sacó el

cuchillo que tenía bajo la túnica. Tirando del sacerdote con fuerza, soltó el brazo de la criatura y cogió el pequeño arcón de madera de la parte interior del codo.

Entonces, volvió a saltar entre los perros que le protegían, que ahora ladraban y se revolvían agitados. Un rugido de furia salió de la garganta de Corazón Sangriento y todos los eikas en la sala empezaron a gritar y aullar a la vez, los perros repetían los sonidos hasta que Sanglant ensordeció. Solo tuvo unos momentos para actuar antes de ser arrollado.

No había tiempo para andarse con finuras, pero entonces hubo una batalla campal.

Dio un golpe al cierre del arcón. El cuchillo, que estaba poco usado, todavía tenía un buen filo. El broche saltó y la madera se astilló cuando la golpeó una y otra vez, con todas sus fuerzas; después arrancó la tapa abriéndolo y echó el contenido sobre el suelo.

No sabía qué aspecto tendría el corazón de un eika, pero ¿dónde podría guardar Corazón Sangriento su corazón si no era cerca de él? ¿Por qué otra razón iba a llevar el sacerdote el arcón día y noche sin soltarlo nunca?

Pero todo lo que tiró al suelo fue un manojito de plumones y una criatura blanca sin pelo más pequeña que su mano. Con orejas y oídos rudimentarios, un nudo por rabo y cuatro miembros, parecía la prole prematura de una madre impura, una cosa espantosa exenta de color, sin rasgos definidos y sin parecidos reconocibles. Cayó haciendo un terrible *plof*, sobre el suelo de piedra y se quedó allí, coja, inmóvil.

Muerto.

Nunca te fíes de algo que parece muerto.

Levantó su cuchillo.

El mango de una lanza le golpeó en un costado y después, mientras se giraba, notó cómo le perforaban una segunda vez la espalda, justo debajo de las costillas. Se echó hacia delante, bajó el cuchillo mientras los perros se arremolinaban para agredir a sus atacantes. Pero veía borroso, el mundo giraba y se tambaleaba a su alrededor.

Un cambio en la luz hizo que se iluminara el suelo de piedra, su toques dorada iluminó el minúsculo cuerpo. Después de temblar, la criatura embrionaria se removió, se enrolló.

Recuperó la vida.

Desapareció justo en el momento en el que la punta de su cuchillo se clavaba y resbalaba sobre el suelo de piedra donde estaba.

Corazón Sangriento gritó de rabia.

Le sacaron la punta de la lanza de la carne y se tambaleó hacia delante para mantenerse derecho, su cuello se recuperó y entonces en el extremo al que llegaban las cadenas, el collar de hierro de esclavo tiró de él. El sacerdote lloraba amargamente y salió disparado detrás de la escuálida criatura pálida como la muerte, que ahora escapaba entre los pies de los soldados eikas que se habían lanzado a atacarle en grupo.

Corazón Sangriento, que todavía rugía, tenía sus perros pegados a los talones, apartó a un lado a sus soldados que estaban dando alaridos mientras se abría paso. La sangre caía a chorros por la espalda de Sanglant, recorriendo sus nalgas y bajando por los muslos. Se tambaleó y cayó de rodillas con el cuchillo levantado ante él.

—¡Perro! ¡Hijo de los perros! El corazón que buscabas con ese ataque está lejos de aquí, escondido entre las piedras de la montaña Rikin. Pagarás con sangre este sacrilegio.

Corazón Sangriento atacó, pero Sanglant fue más rápido. Se puso de pie y hundió el cuchillo en el hombro del jefe eika y se quedó ahí mientras dos grupos de perros se arremolinaban a su alrededor. De repente, él y Corazón Sangriento se vieron rodeados por una vorágine de dientes, rabos y zarpas.

En este remolino, Corazón Sangriento agarró a Sanglant por el collar de hierro y lo levantó en el aire. Con la otra mano, cogió la muñeca de Sanglant, donde todavía tenía el cuchillo, y la retorció con fuerza.

El chasquido del hueso y el fuerte dolor que no cesaba casi le hicieron perder el conocimiento. Pero no soltó el cuchillo, no hasta que Corazón Sangriento se lo sacó del hombro y lo liberó de la muñeca de Sanglant. Tiró a Sanglant hacia atrás, levantó el cuchillo para agarrarlo cogiendo la empuñadura enjoyada con su enorme mano de escamas, golpeó con fuerza por ambos lados a los voraces perros, y saltó entre ellos.

Sanglant buscó a tientas, encontró el latón de la insignia de Águila y se agachó. Este minúsculo escudo que sostenía delante de él como un talismán, no servía de nada. La furia de Corazón Sangriento había pasado la fase de la reflexión. El eika clavó una y otra vez el cuchillo en el pecho de Sanglant.

Algunas veces, los restos de su malla de cadenas hacían que se doblara la punta, pero en los extremos que estaban harapientos no podía protegerle. El cuchillo le desgarró en repetidas ocasiones, destrozándole en su interior, haciéndole pedazos, hasta que los perros saltaron gruñendo y mordiéndole, y Corazón Sangriento tuvo que defenderse de ellos. Dejó a Sanglant, que no podía tenerse en pie ni arrodillarse, solo podía tirarse al suelo, mientras sus perros hacían retroceder a la muchedumbre que había venido para verle morir. Solo pudo ver cómo las lanzas y las hachas caían sobre sus perros y los otros perros indiscriminadamente, partiéndolos en dos, salpicándole de vísceras, de sangre de color verde y del interior del cerebro a él, al suelo y a todo. Solo podía sentir la presión de los cuerpos y el escozor que le producían sus faldones de tralla cuando su último perro se pegaba a él, defendiéndole hasta el final, como sus Dragones.

Habría llorado por su lealtad, pero no tenía lágrimas.

Corazón Sangriento todavía estaba gruñendo de rabia, gritando a su sacerdote, pidiendo a los eikas que se callaran, que se tranquilizaran para poder cazar a la horrible criatura que había escapado del cofre astillado. La muchedumbre se tranquilizó, se calló y se fue.

De esta forma, abandonado por una presa más importante, dejaron solo a

Sanglant. El dolor le azotaba igual que el agua, una marea que alcanzaba su punto álgido mientras se le nublaba la vista y luchaba por mantenerse consciente, y después disminuía haciendo palpables todos los puntos de terrible dolor que notaba en su cuerpo.

Escuchó el aliento de los perros, los que jadeaban tratando de recuperar el último aliento y los pocos que todavía quedaban en pie. Los últimos seis estaban a su alrededor formando un círculo protector para enfrentarse a su enemigo común. Rodeado por esta fortificación hecha por perros, estaba tumbado respirando superficialmente y esperando el dolor cegador hasta el final.

Casi no podía abrir los ojos. Pero sabía que estaba rodeado de cuerpos desparramados. Algunos perros todavía estaban vivos y gruñían cuando notaban un movimiento cerca de él. Era difícil despertarse y quizá era mejor no hacerlo. Quizá era mejor pasar desapercibido sin resistirse.

¡Ay, Señora! ¿Sería admitido en la Cámara de la Luz? ¿O estaba, por la sangre de su madre, condenado a vagar siempre por el mundo como una sombra sin cuerpo?

En la distancia o en un sueño, escuchó las voces aflautadas de los eikas hablando en wendiano, dos voces acompañadas por el contrapunto burlón y áspero de los eikas llamando y gritando en su idioma ronco. Solo conocía unas cuantas palabras. En su sueño reconoció más cosas que nunca, pero esa era la naturaleza de los sueños, ¿no?

—He visto este ejército en mis sueños —dijo en wendiano fluido.

—No mejor que los perros, ¿por qué te atreves a hablar así ante el más poderoso? —dijo en el lenguaje de los eikas.

—Mis sueños son más honestos que tu jactancia, hermano. No apartes los regalos que las Madres Sabias te dieron solo porque no están hechos de hierro ni de oro.

—¿Cómo puedo creer que tus sueños son verdaderos, Débil? —dijo Corazón Sangriento.

—Soy más fuerte de lo que parezco y mis sueños no son solo sueños, son la vida que despierta de un humano. Va con este ejército y cuando va, yo voy con él, viendo a través de sus ojos.

Uno de los perros le empujó suavemente, a ver si estaba vivo y jadeó tan alto que su eco hizo que el dolor le traspasara el cráneo, pero no emitió ningún sonido. La oscuridad desapareció. Durante un momento eterno, se sintió ahogado en la bruma negra del dolor constante que giraba y brillaba como el cuchillo que le habían clavado incontables veces en su cuerpo. Al final, la oscuridad cedió y se transformó en el gris de las primeras horas de la mañana. Estallaron destellos de luz por todos lados en la niebla que alcanzaba todo.

El velo desapareció.

La mujer parece joven y es cierto que es guapa. Lleva una falda de flecos cosida en piel tan delgada y suave que se mueve con ella como una segunda

piel. Una raya doble de pintura roja sube por el dorso de su mano izquierda rodeando la curva del codo hasta el hombro. Su pelo tiene un tinte pálido, aunque su complexión es tan oscura como el bronce, como lo es la suya; apartado de la cara, está atado en la nuca con tiras de piel pintada con cuentas incrustadas y lleva una elegante pluma verde. Una corona de oro y turquesa, y collares con cuentas de jade cuelgan de su pecho casi hasta la cintura. No lleva ni camisa ni capa, solo los collares, ocultando y dejando ver sus pechos cuando se mueve.

No obstante, a pesar de su belleza y su gracia, trabaja con paciencia para conseguir un objetivo cruel; con un instrumento de hueso curvado, afila los robustos trozos de madera para conseguir mangos para las espadas. Las puntas de obsidiana están en una estera de juncos que está por allí, con una cuerda amontonada al lado.

¿Hace ruido? Ella levanta la vista como si le hubiera oído y en ese momento como una lanza de sol cae entre los árboles y cae pasándola por los hombros, reflejándose en los collares y ella le ve.

—¡Sharatanga protégeme! —exclama ella—. ¡El niño! —se resiste a verlo, suelta el mango de madera y la herramienta de hueso e intenta buscar a tientas las puntas de piedra que hay sobre la alfombra.

—Todavía no es el momento de que muera —dice para sus adentros, aunque él puede escuchar todas las palabras claramente en el idioma que no debería saber pero que entiende perfectamente. Coge una de las delgadas hojas, la levanta y la alza por encima de ella, y grita con una voz clara y fuerte—. Acepta esta ofrenda. La-que-no-tendrá-marido. Devuelve la vida a sus miembros.

Tira de la hoja con la palma de su mano. La sangre brota, cae goteando por todo el corte y cae al aire y ella agita la mano, la sangre le salpica. A su lado, una voz hace una pregunta repentina y desesperada. Un sabor a humedad salpica sus labios, y se disuelve, y a medida que se extiende el fuerte sabor a la parte de atrás de su garganta, el velo se cierra haciendo un dibujo en espiral de estrellas brillantes y grises.

—Te conozco —susurra.

Pero su voz se pierde entre los gemidos de los perros y el toque de familiaridad se disipa en el último zarcillo de neblina.

La amplia nave de la catedral está sumida en la tranquilidad tan omnipresente como la piedra.

Pánico es golpeado con una fuerza súbita. ¿Se ha muerto? ¿Ha visto, más allá del velo de los vivos, a uno de sus parientes o solo es la sombra de un alma que para siempre vagará así en la memoria de la vida?

Siempre había pensado que la maldición de su madre lo protegía de la muerte. ¡Ay Señor!, no era verdad. Nunca lo había sido. Solo había tenido

suerte.

Si se le podía llamar suerte a eso.

Se estiró para escuchar, pero no oyó nada excepto a los perros. ¿Se habían ido todos? ¿Habían abandonado la ciudad, para atacar río abajo en el corazón de Wendar? ¿Durante cuánto tiempo había estado ahí tendido, muriendo y viviendo sin solución de continuidad?

Se le acercaron unos pasos tan suavemente como una brisa que se desliza por las hojas dispersas en el suelo del bosque.

Que nunca se dijera que no luchaba mientras le quedaba un último aliento.

Se revolvió, pero no podía mover las manos. Sus perros gruñeron, amenazando al visitante. El olor a carne rancia le golpeó con fuerza, le produjo náuseas y tragó de forma convulsiva. Escuchó el golpe húmedo de la carne lanzada al suelo y de repente todos los perros se apartaron corriendo, resbalando, arañando el suelo con las uñas y lucharon por conseguir los restos. Los pasos se acercaron. Él estaba ahí paralizado y desprotegido, intentando emitir algún sonido con su garganta como si el movimiento pudiera llegar a sus manos entumecidas y permitirle defenderse por sí mismo.

Consiguió abrir los ojos, justo cuando el escuálido principito eika que llevaba el Círculo de madera se agachó a su lado. Los movimientos del eika tenían la arrogancia sencilla de una criatura que tiene la confianza de tener una salud perfecta.

—¿Me vas a matar ahora? —preguntó Sanglant. Al oír su voz, débil y ronca, se sorprendió. Intentó levantar la mano, para mover los hombros, y notaba hasta el más mínimo movimiento en su cuello. Se movió una mano, la que tenía la muñeca intacta.

Pero el principito eika solo pestañeó. Su cara de cobre carecía de expresión. Sus ojos eran tan puntiagudos como hojas de obsidiana, tenía delgados orificios nasales y una barbilla estrecha. Su pelo, tan blanco como el hielo, era tan brillante como el sol que se colaba por las ventanas de la catedral.

—No. Eres el rival de mi padre, no el mío. Yo solo quiero saber por qué todavía estás vivo. No eres como los demás Débiles. Ahora estarían muertos a causa de esas heridas. ¿Por qué no estás muerto tú?

Sanglant gruñó. El dolor era agudo y seguiría sintiéndolo durante algún tiempo, pero estaba acostumbrado al dolor. Consiguió que se moviera un codo y, con un segundo gruñido, se levantó apoyándose en el codo. Se quedó mirando al eika, cuyo aspecto mostraba simplemente... ¿curiosidad? Sanglant también mostraba curiosidad.

—¿Qué era? —susurró—. Lo que estaba en el arcón.

El eika miró a los perros, pero seguían masticando los huesos. Uno

levantó la cabeza para gruñirle, pero como no parecía que se avecinase ninguna pelea, volvió a centrar su atención en aprovechar las últimas sobras de carne.

—¿No llevan todos vuestros líderes el trofeo de su primer asesinato con ellos? —levantó una mano cubierta de escamas de cobre, girándola despacio para mostrar los copetes de su garra de hueso, afiló las puntas que surgían de sus nudillos—. Esa es la señal de la fuerza de sus manos.

—¿Ese fue su primer asesinato? —Se sintió abrumado por el asco, y olvidó por un momento el dolor bajo un ataque de náuseas.

—Así ocurre con todos nosotros. Los que tienen que madurar hasta convertirse en hombres prueban su madurez matando a uno de sus hermanos de carnada. ¿No hacéis vosotros lo mismo?

—No estaba muerto. Corrió.

El eika mostró una repentina y asombrosa sonrisa, dientes blancos afilados que destellaban con joyas brillantes.

—Lo que está muerto puede recuperar la vida mediante la brujería. Así se protege Corazón Sangriento de sus hijos y de otros que puedan intentar matarle.

Había empezado a notar sus piernas y consiguió mover un talón, deslizándolo por debajo. Su muñeca rota estaba rígida, pero sana.

—¿Protegerse? ¿Cómo?

—Es la maldición que pesa sobre todos, incluso el jefe más poderoso.

—Una maldición sobre todos vosotros —murmuró Sanglant entre dientes. Se echó hacia delante, moviendo la muñeca.

Pero el eika se rio y con agilidad se apartó de donde estaban los perros, se puso sobre aviso, echó a correr apartándose de la comida y fue hacia el principito.

—¡Deteneos! —dijo Sanglant y los perros se quedaron sentados, aullaron irritables y volvieron a las sobras—. ¿Has venido a quitarme lo poco que me queda? —Ya podía moverse lo suficiente como para señalar su ropa destrozada.

El eika retrocedió.

—Ningún eika querría esas cosas tan nauseabundas. —Dio una patada a algo que había en el suelo y la insignia de latón de Águila resbaló por la piedra y fue a parar al muslo de Sanglant. La sangre seca se había endurecido en su piel o por lo menos la suciedad que manchaba su piel. Estaba lleno de tierra y apestaba, excepto donde los perros habían intentado lamerle para limpiarle. Los fragmentos de su túnica interior eran translúcidos, casi cristalinos, porque durante meses estuvieron empapados de sudor. Lo que quedaba de su tabardo tenía tanta sangre seca y fluidos que con cada movimiento caían escamas e incluso la tela estaba llena de porquería.

El principito eika se quedó mirando, después negó con la cabeza mientras daba un paso atrás.

—¿Eras el orgullo del ejército humano del rey? —preguntó—. Si eres su mejor soldado, entonces ningún ejército que puedan traer será lo suficientemente fuerte para vencernos.

—Ningún ejército —murmuró Sanglant, las palabras sonaron fuertes.

—Incluso el que ahora ha acampado en las colinas donde se pone el sol probablemente no pueda ser lo suficientemente fuerte para vencernos.

—¿Es verdad? ¿Ha venido el rey Henry a Gent con un ejército?

—Henri —meditó el eika, nombrando al rey a la manera de Sailan. Se marchó después, sin responder.

—¡Ay, Señora! —murmuró Sanglant, gateando—. ¿Cuánto habéis tardado? Señor, ten piedad de mí. No soy un animal para revolverme en mi porquería. Sálvame de esta humillación. Siempre he sido tu fiel sirviente.

Intentó ponerse de pie, pero no tenía fuerza. Uno de los perros volvió y al ver su debilidad le mordisqueó. Casi no tenía fuerzas para empujarle, gimió y se escabulló, quiso morder a los otros perros que habían ido a molestarle por sus signos de debilidad.

¿Qué había hecho mal? Estaba seguro de que Corazón Sangriento tenía su corazón en el arcón de madera; era el sitio más probable. Era el único sitio. Pero Corazón Sangriento había dicho: «El corazón que buscas está escondido entre las piedras de la montaña Rikin».

¡Ay, Señora!, daba las gracias porque la catedral estaba vacía, porque se hubieran ido los eika. Porque no le vieran humillado. Porque no pudieran verle llorar de dolor cuando intentaba ponerse derecho como un hombre.

CAPÍTULO 14



UN REMOLINO DE CORRIENTES PELIGROSAS

1

La diaconisa de *lord* Wichman cantaba misa todas las mañanas y aquella mañana clausuró la ceremonia con su oración habitual: «Dios nos libre de la furia de los eikas».

Esa mañana después de misa, Anna se paró delante de la curtiduría para alcanzar a ver a Matthias, como hacía todas las mañanas para recordarse que realmente estaba vivo.

Quizá no bien, pero al fin y al cabo vivo. No pronunció ninguna palabra de queja; nunca dijo que le dolía la pierna, aunque casi no podía apoyarse en ella. Ella nunca supo que se había roto la tibia. Nunca hablaba del tiempo que los eikas lo tuvieron prisionero. Había sufrido terriblemente de fiebre e inflamación después de que le rescataran, pero al final se había recuperado, aunque la pierna había quedado torcida al curarse, con una inclinación antinatural, fea y descolorida. Ahora cojeaba como un hombre mayor, apoyándose con fuerza sobre un palo robusto y su pierna buena, y cargaba su peso sobre un taburete, mientras raspaba el pelo y los restos de carne de las pieles que estaban colgadas de una viga de madera. Tenía una especial habilidad para realizar este trabajo y lo hacía rápidamente por lo que le habían permitido volver a la curtiduría reconstruida, a pesar de su atroz herida. Por este trabajo le daban de comer dos veces al día.

Anna se escabulló antes de que él la viera, a él no le gustaba que buscara por el bosque, pero con lo que ella rebuscaba y las sobras que le daban al maestro Helvidius por sus canciones y su poesía, habían sobrevivido al invierno y hasta principios de la primavera. Ahora, cuando la primavera se convertía en verano, se recogían las primeras bayas y champiñones en huecos húmedos y en los claros, praderas y sombras de los árboles se recogían plantas de todo tipo. Algunos bichos eran también comestibles y Anna había descubierto que si tenías mucha hambre hasta podían saberte bien.

La pequeña Helen había crecido, pero no había pronunciado una sola palabra. El maestro Helvidius se quejaba sin parar, pero, con una dieta que aunque escasa era constante y una cama áspera para dormir todas las noches, se había hecho más fuerte y ya no necesitaba tanto como Matthias un palo para andar.

Matthias no era el que más le preocupaba a Anna.

—Es una bendición de Dios que yo haya sobrevivido. —Eso era todo lo que él

decía sobre el tema.

Fuera de la empalizada bajó corriendo por senderos que se dirigían al oeste a través de campos en los que había hombres y mujeres trabajando bajo el cálido sol. Muchos, tanto hombres como mujeres, se habían quedado tan solo con un exiguo calzón para estar más cómodos; no había lugar para el recato religioso bajo el sofocante sol. Anna se habría quitado la túnica con sumo gusto, pero en el bosque necesitaba la protección de la ropa para evitar los abrojos y los bichos. Sin embargo, el calor y las últimas lluvias, eran la recompensa de la naturaleza y este día la diosa de la fortuna la sonreía. Encontró bayas dulces y un tesoro oculto de champiñones. Recogió hinojo, perejil, cebollana, así como musgo para hacer el lecho. A mediodía su paseo la condujo a la calzada que iba en dirección oeste.

A esa hora, el ancho camino estaba tranquilo, agradable y despejado.

Esos días había poco tráfico entrando y saliendo de Steleshame aunque la señora Gisela hablaba con frecuencia de los grandes días de Steleshame, antes de que los eikas llegaran a Kent, y de cómo los nobles se habían cobijado en la casa común y los mercaderes regateaban el precio de las delicadas telas tejidas por sus mujeres. Nadie, que viera Steleshame ahora, podía recordar sus momentos de gloria pasados. Ni Anna estaba segura de si la señora Gisela decía la verdad o solo era una historia, como las que contaba el maestro Helvidius. Pero las historias del maestro Helvidius eran verdad, o al menos eso decía él, solo que habían pasado hacía mucho tiempo.

Anna estaba de pie al sol. Esos momentos de paz eran escasos y tenía que disfrutarlos mientras la amenaza de los eikas pesara sobre ellos como una espada de Damocles. Anna suponía que al final los eikas conseguirían un ejército y borrarían completamente Steleshame, porque eran tan innumerables como las moscas que se comen la carroña. *Lord Wichman* aguantaba todos los días para hostigar a los eikas, pero había perdido quizá un tercio de los hombres que habían llegado con él, y aunque los jóvenes de los pueblos distantes se habían unido a él con la esperanza de compartir el botín, no podía confiar en resistir a los eikas para siempre, porque él era un mortal y su enemigo no solo era un salvaje, sino que además era un brujo.

Pero ¿qué sentido tenía alargar ese horror? Suspiró y abrió los ojos para mirar el arcén con gusto.

Nadie había recogido nada allí en el arcén de la calzada y del bosque. Encontró hierba de Santa María en abundancia, la cogió y la ató, porque podía mezclarla con las esteras que alfombraban el suelo del salón para ahuyentar a las pulgas.

Encontró ortigas muy juntas en una cuneta, se empapó los pies en el agua estancada. Se envolvió la mano con tela y cogió tantas hojas como podía almacenar en su chal, se ató la falda, metiéndola bajo el cinturón y cogió hojas de diente de león y bistorta. Estas, y el delicado trébol, las amontonó en los pliegues que le hacía la falda.

Dado que iba tarareando de forma poco melodiosa, al principio no oyó nada de lo que debía de haber oído. Primero lo notó en las plantas de los pies que habían

aplastado la áspera tierra que a ella le resultaba agradable: era el ruido que hacía un ejército al avanzar. Los oyó demasiado tarde, el chirrido de las armaduras, el murmullo de las voces, los golpes de los caballos y el repentino ladrido de aviso de los perros. Los eikas habían rodeado totalmente Steleshame y ahora se acercaban por el flanco oeste, que estaba desprotegido.

Apretó contra su pecho los tesoros y echó a correr para cobijarse en los árboles.

—¡Ajá!, ¡allí! ¡Una muchacha!

La voz se calló, una voz humana, y dudó, mirando hacia atrás por encima de su hombro.

—«Nunca dudes» —decía siempre Matthias.

Pero por una vez, Matthias estaba equivocado.

Se tambaleó al pararse dejando caer unos cuantos tallos de hierba lombriguera y se quedó mirando.

—¿Cuánto queda para Steleshame? —preguntó la voz, pero no era un fantasma, sino un hombre de carne y hueso vestido con un chaleco de piel y una capa gruesa, igualmente de piel. Llevaba escudo y lanza. Había muchos más con él. Estaba demasiado atónita para responder.

Soldados. Dirigidos por un caballero noble que iba montado en un bonito caballo gris, avanzaban sin temor y solo la primera fila percibió levemente su presencia cuando pasaron delante de donde estaba ella, justo al borde de la cuneta de ortigas. Tres banderines ondeaban al frente: dos perros negros y un campo dorado; un Águila rojo y una torre sobre la cual había un cuervo negro.

Por fin había llegado un ejército.



Esa noche, ni ella, ni Matthias ni Helen pudieron entrar al vestíbulo a ver a los grandes nobles, por la cantidad de gente que había; algunos eran soldados que acababan de llegar y otros eran residentes de Steleshame que querían ver al caballero noble y su hijo. Se tuvieron que conformar con estar en la esquina del gran vestíbulo y escuchar por los huecos de la pared.

En medio del rumor de una fiesta, Anna pudo oír a Helvidius recitar las frases de la *Heleniada* que ya le resultaban conocidas.

«Entonces los invitados del rey Sykaeus se quedaron en silencio y todos se dieron la vuelta para mirar a Helen. Así esperaron atentamente a que hablara, a que contara el relato de sus sufrimientos y de la caída de Ilios».

—Mira —susurró Matthias.

Una mujer joven salió de la sala. En la oscuridad, su complexión reflejaba una sombra extraña, como si hubiera frotado su piel con hollín. Llevaba una capa gris con

el borde escarlata con una insignia prendida que denotaba cierto parecido a un Águila.

—Un Águila del rey —murmuró Matthias, con un tono entrecortado por la admiración—. Es un mensajero del rey. Igual que lo que yo quiero ser, si tengo oportunidad. —Su tono parecía amargo—. Si no estuviera lisiado.

Al escapar de la aglomeración, el Águila se apartó de donde estaba la muchedumbre y fue a descansar al aire libre unos cuantos pasos más allá de donde estaba la sobrina de la señora Gisela, que también había salido.

—¡Ay, Señora! —juró el Águila—. ¡Otra vez está destrozando a Virgilia!

—¿Quién es ese de quien hablas? —preguntó la sobrina, limpiándose una mancha de tierra del ojo y volviéndose para mirar a la otra mujer.

—El viejo poeta. Pero supongo que no debo quejarme de él. Es un milagro y una bendición que sobreviviera a Gent.

La sobrina observó a la joven Águila primero con arrepentimiento y duda, y al final habló.

—Estuviste allí al final.

De repente, la mirada del Águila era tranquila, como las estatuas eikas, como la de la sobrina cuando la habían entregado a Wichman en concepto de premio.

—Sí, lo estuve, desgraciadamente. El príncipe murió con valentía.

—Por supuesto —contestó la sobrina. Se mordió el labio, entonces, se estiró para tocar el delicado bordado que bordeaba la capa.

—Es un trabajo excelente —dijo el Águila—. Las cosas han cambiado aquí en Steleshame.

—Sí, es verdad —la sobrina miró primero hacia un lado y luego hacia el otro y después, al ver solo los tres chicos lo suficientemente cerca, se inclinó hacia delante—. ¡Ay, Señora! Si supiera cómo unirme al ejército y marchar con ellos, fuera de aquí... —Se calló, dejando el resto de la frase sin acabar.

El Águila levantó una ceja, sorprendida al oír ese deseo.

—El conde Lavastine no ha dejado que haya seguidores del campamento, ni retaguardia, nada que pueda impedir el avance de la marcha o que pueda hacerle vulnerable cuando vaya a reunirse con los eikas en el campo.

—Puedo disparar un arco, lavar la ropa, cocinar para veinte hombres, arreglar la ropa rasgada...

—¿Qué es eso?

La pregunta directa impresionó a la sobrina, que se quedó en silencio. Entonces, de sus ojos salieron lágrimas que corrieron por sus mejillas.

—Mi tía me ha entregado a *lord* Wichman para cumplir sus deseos —dijo en un tono de voz ronco—. Águila, te suplico, líbrame de esto si puedes.

El Águila se quedó de pie como sin habla, pero en un momento consiguió liberarse de su parálisis.

—Te veo libre de él antes de que nos vayamos mañana.

La sobrina se dejó caer hacia delante, dejando una mano sobre el abdomen.

—¡Ay, Señora!, llevo a su hijo dentro. ¿Qué será de él?

—No temas —dijo el Águila con seriedad. Colocó una mano sobre la de la otra mujer, sus dedos sujetaban las faldas descoloridas de la sobrina—. Hablaré con *lord* Alain. Si lo deseas, el chico será entregado a la Iglesia. Estoy segura de que la madre de *lord* Wichman aportará una dote, sabiendo que es su nieto.

—Será un gran honor —murmuró la sobrina, pero sus hombros siguieron inclinados aunque soltó su mano de la del Águila—. Y un mejor futuro para el niño del que yo le pueda dar o del que pueda esperar para mí misma. ¡Ay, Señora!, ¿qué será de mí?

—¿No te hizo ningún regalo?

—Quieres decir un regalo matutino. Si no vamos a casarnos, ¿por qué iba a regalarme nada?

—Un caballero o una dama noble bien podría regalar a su amante alguna señal de su favor, ¿no es así?

—¿No son sus atenciones una señal suficiente? —La sobrina rio amenazante, doblándose como si de repente sintiera dolor en el costado—. No, amiga Águila, yo era el regalo para él. Un caballero noble de su clase solo haría un regalo así a su novia, para celebrar la consumación del matrimonio. Ni siquiera el príncipe me hizo a mí ese regalo —en ese momento se calló y por un momento no pudo seguir hablando.

El Águila cerró los ojos.

—Pero la amabilidad y el temperamento son sus regalos —dijo finalmente con dulzura la sobrina. Entonces se pudo oír la voz de la señora Gisela gritando el nombre de su sobrina desde el vestíbulo atestado de gente—. Te doy las gracias —añadió, con la voz enjugada en lágrimas, se apresuró a volver al vestíbulo.

El Águila se apoyó en la pared con los ojos cerrados todavía. El anochecer le había cogido en aquella actitud, una figura pegada a la pared que era más una sombra que una mujer. Anna podía pensar que el Águila era más un trozo de pared o de madera. Entonces, de repente, la joven se movió, recuperó la vida y se hizo a un lado. Cuadró los hombros bajo la capa, tomó aliento y se metió de nuevo entre la multitud, que se apartaba para dejarla entrar en el vestíbulo lleno de gente.



Al principio pensó que estaban solos en el pabellón y en ese instante sintió una súbita subida de adrenalina más que de miedo. ¿Qué quería? Era muy tarde. La fiesta acababa de terminar.

Los sabuesos deambulaban alrededor de su silla gruñendo y se apartaron para mantenerse a distancia de ella; vio cómo él levantaba las cejas, sorprendido por su

comportamiento. Entonces su capitán salió de las sombras para atender a su señor.

—Mi señor conde —dijo—. He venido, como vuestro ayudante me ordenó. — Todavía desaliñado porque acababa de despertarse. No añadió ese pensamiento, sabiendo que él lo consideraría una impertinencia. No toleraba las impertinencias.

—Siéntate, *Pánico* —dijo. El viejo perro, una criatura bella a pesar de su aterrador tamaño y su envergadura, se sentó obedientemente. Llamó a los otros para que hicieran lo mismo, con firmeza, pero sin crueldad ni dureza. Por este tono podía decir que los contemplaba no solo con el cariño que uno siente hacia el hijo querido, sino con la atención total e irreflexiva que uno siente hacia su descendencia.

Dos faroles iluminaban la tienda, lo justo para que pudiera ver un amplio camastro en una esquina de la tienda, cubierta por un velo de gasa, una mesa de campo con cántaro y pila encima de ella y su cota de malla, que brillaba débilmente donde estaba colgada de un poste de madera y otro que lo cruzaba en la otra esquina. Un sirviente entró a toda prisa llevando una vela que destellaba y ardía en sus ojos. El conde levantó una mano y, de repente, el sirviente se lamió dos dedos y con ellos apretó la mecha y apagó la llama. El sirviente cogió el cántaro y salió.

El conde levantó la vista para mirarla. Su expresión la desconcertó. Había llegado a reconocer esa mirada en los ojos de un hombre, que dejaba ver su interés en ella como mujer, pero destelló y desapareció tan rápidamente como se había apagado la vela. No era un hombre que actuara por impulsos o que permitiera que sus deseos y obsesiones consiguieran sacar lo mejor de él. Nunca había conocido a nadie como él. Si papá hubiera tenido esas cualidades, quizá podrían haberse quedado en Qurtubah en lugar de haberse visto obligados a huir por su locura; quizá su temperamento no les habría metido en tantos problemas en Autun; quizá pudiera haber escondido mejor sus pistas, haber visto venir al asesino y haberse salvado, y a ella misma, en el Descanso del Corazón.

De repente, se sintió abatida al tener esos pensamientos de traición hacia papá. Papá fue quien fue. Había hecho lo mejor que había podido. La había protegido todo el tiempo que le había sido posible.

Y si todo no hubiera ocurrido como desearon el señor Destino y la señora Fortuna y Dios, entonces nunca habría conocido al príncipe Sanglant, a pesar de lo breve que fue ese momento.

—Águila —el conde le hizo una seña para que se acercara—. ¿Qué quieres de mi hijo?

Demasiado impresionada para dar un paso hacia delante, se quedó boquiabierta mirándole.

—No quiero nada de vuestro hijo, mi señor.

—Pero a mí me parece evidente que os ha puesto bajo su protección —el conde se inclinó hacia delante y la miraba con dureza—. No quiero que esta situación se complique por un bastardo que ha concebido él.

Era posible que un pez borboteara así, con la boca abierta de golpe.

Uno de los perros aulló.

—Calla, *Pasión* —ordenó. Su mirada volvió a dirigirse a ella—. Mis sirvientes dicen que antes te dio una moneda.

—No es para mí.

Levantó una mano como para decir: *¿Y entonces para quién?*

Se puso roja.

—Es para la sobrina de la señora Gisela.

—Es la amante de *lord* Wichman, ¿verdad?

—No porque ella lo haya querido.

Pánico gruñó y el conde le acarició su blanca piel tranquilizándolo con la mano.

—¡Ah! —dijo el conde, cayendo en la cuenta de algo—. Te ha recordado tu situación en la corte del rey.

La vergüenza la hizo enfadarse y ser imprudente.

—Vuestro hijo es la persona más honesta que he conocido. No deberíais sospechar de que os esconde lo que ya le habéis prohibido. A ese respecto no tenéis nada que temer de mí. Hace tiempo que he dedicado mi corazón a un hombre que ahora está muerto. Y he hecho los juramentos que hacemos las Águilas.

—Eso bastará —dijo con un tono en su voz tan bajo que casi no lo oyó. Pero ella entendió su intención e inclinó la cabeza para mostrar que no iba a hablar más.

—No tenemos mucho tiempo —miró a su capitán—. Alain volverá pronto y debemos acabar antes de que vuelva. Este túnel, que lleva a Gent... —hizo una señal a su capitán de que se adelantara. El soldado tenía en su mano pequeños bloques de madera. Se arrodilló ante su señor y los colocó: aquí hay dos torres que representan una ciudad y una tira de un cordón de piel es el río.

—Ahora, Águila, adelántate y sitúa el túnel en relación con la ciudad, por lo que recuerdas. *Lord* Wichman dice que aquí hay una fila de acantilados... —El capitán colocó palos en fila de forma desigual para fijar los acantilados—. Y la desembocadura del río, aquí, con dos canales, pero solo uno de ellos es navegable y quizá por ello vulnerable...

Ella debió de hacer un ruido con la garganta, un pequeño gruñido.

Él gruñó con una sonrisa de impaciencia.

—¿Tienes una pregunta? Hazla.

—Perdonad, mi señor —miró al pabellón, pero ella, el conde, Sus perros y el capitán eran los únicos ocupantes—. ¿No deberíamos esperar a que volviera *lord* Alain antes de hablar de esos planes?

La irritación iluminó su expresión, pero en vez de hablar, cogió trozos de madera de la mano del capitán y los colocó debajo de los acantilados y a la vista de la ciudad, en forma de terraplén ovoide como un fuerte. Al fin y al cabo, él no tenía que darle explicaciones de lo que hacía. En cuanto pensara un momento, ella sabría la respuesta. Alain compartía sueños con un príncipe eika. Si el uno podía soñar la vida del otro, ¿por qué no iba a poder ocurrir lo contrario? Lavastine no podía arriesgarse

a que Corazón Sangriento conociera sus pensamientos, incluso aunque eso significase engañar a su hijo de esa forma.

—Águila —le entregó un trozo de filamento rígido—. ¿Puedes ver esto en tu mente y grabar esta imagen?

Ella cogió el filamento y se agachó para contemplar el paisaje que tenía ante sí.

—He visto mapas en el palacio del califa en Qurtubah. Sé cómo leerlos.

—¡Qurtubah! —Pero la exclamación del conde fue hecha en voz tan baja que creyó que era mejor no responder. No estaba segura de lo que Alain le había contado a su padre, y no podía arriesgarse a revelar al conde que, al menos en un aspecto, Alain había escondido sus secretos para que su padre no los supiera.

Después de una larga pausa, colocó un extremo del filamento entre las dos torres que representaban a Gent y lo estiró hacia el este, y el otro extremo lo puso pasados los palos que señalaban las tierras altas que había encima de la llanura del río. Entonces frunció el ceño y movió la fila de palos un poco hacia atrás.

—Aquí la planicie del río es más ancha, *lord* Wichman debe conocer el terreno mejor que yo, dado que ha estado asaltando esta zona durante meses.

—*Lord* Wichman es valiente, pero tonto. Le utilizaré como estime oportuno. —El conde examinó el pequeño mapa y después desplazó el lugar del fuerte para que quedara en la planicie, pero algo más arriba, hacia las tierras altas, cerca del lugar en el que al parecer terminaba el túnel—. La desembocadura del río —dijo, tocando el lugar y olvidando evidentemente, u omitiendo, al joven *lord* Wichman—. Gent. Un campo fortificado. Un túnel secreto. Los eikas tienen barcos, soldados de infantería y tropas. El último explorador de Wichman informó que había cuarenta y siete barcos atracados cerca de Gent. Sé por experiencia que en cada barco vienen unos treinta eikas. Con *lord* Wichman tendré alrededor de setecientos soldados, un tercio de los cuales son de caballería.

—Pero eso significa que ellos tienen el doble de soldados que yo. ¿No deberíamos esperar en Steleshame al rey Henry?

—¿Quién sabe cuándo llega el rey Henry? —preguntó el capitán—. ¿O si le distrae otro conflicto? No, muchacha, no podemos esperar a un el ejército que puede que no llegue nunca. Y desde luego no en un lugar como esta propiedad, en la que no tenemos provisiones suficientes y con los eikas arrasando a su antojo, en la que podrían hostigarnos si quisieran. Puedes estar segura de que tienen exploradores en estos bosques que nos vigilan, igual que los que hemos mandado nosotros a que les vigilen.

—Dejaremos aquí a un mensajero para decir a Henry dónde estamos si llega —añadió el conde. Un extraño resplandor de entusiasmo brilló en la expresión de un hombre que ha visto el anhelo de su corazón y al final sabe qué camino le conducirá a él—. Puede que Corazón Sangriento cuente con muchos soldados, pero yo cuento con un plan.



—¿Viste cómo alaba el conde Lavastine anoche mi canción? —Era por la mañana y el muestro Helvidius no pudo contener su emoción—. Los condes de Lavas son grandes propietarios en Varre; en la práctica son duques, dado el poder que ejercen. Por supuesto, no tienen parentesco sanguíneo con el linaje real. Aun así, un caballero de su categoría querrá tener en su séquito a un poeta de mi talento.

Anna se quedó de pie, atónita.

—¿Te vas a marchar?

—Doña Gisela no valora mi poesía. Y ha perdido la mayor parte de su riqueza con esta guerra. Estaré mejor junto con un nuevo propietario —dudó.

Las hojas de la ensalada recogidas ayer estaban en un cuenco de esteatita desportillado, recogido de las ruinas de la curtiduría después del ataque de los eikas. Anna había cambiado su hierba de Santa María por una taza de cebada de la última y escasa cosecha, y ahora Helen masticaba contenta una pequeña porción de un pudín de primavera; cebada mezclada con bistorta cortada, hojas de diente de león, y puntas de ortigas, hervidas al fuego en una bolsa y después fritas en tocino en una hoja de lata abollada.

—Por supuesto, puedes venir conmigo —dijo al final, pero sus palabras dejaban ver su renuencia.

—Pero Matthias no puede andar, no para seguir a un caballero como ese. Ni siquiera sé dónde está Varre. Pobre Helen, probablemente tampoco pueda andar hasta tan lejos y no creo que nos vayan a dejar un hueco en un carromato.

Helvidius gruñó, ahora enfadado y se mordió las uñas. Siempre tenía las manos limpias, lo cual sorprendía a Anna.

—Eh ¿qué pasa? Probablemente todos morirán luchando en Gent. Pero quizá pueda cantarles esta noche. Supongo que empezarán a irse por la mañana.

Después de todo lo que ella y Matthias habían hecho por él, ¿cómo podía pensar el maestro Helvidius en dejarles? ¿Cómo podría ella buscar provisiones en el bosque si no había nadie que cuidara de Helen? Pero estas reflexiones no las hacía en voz alta. Cogió tres de los pastelillos y dos puñados de las hierbas frescas, las envolvió con el extremo de su chal y caminó hasta la esquina de Steleshame, que apestaba a la curtiduría.

El gran patio interno de Steleshame ya estaba lleno y con el ejército de Lavastine se acabó de llenar. Habían acampado donde habían encontrado sitio, haciéndose con el pozo, y ni siquiera había podido acampar todo el ejército dentro. Muchos se quedaron fuera para cavar una zanja alrededor de las empalizadas como primera línea de defensa en caso de que los eikas atacaran otra vez.

Pero ninguno de los soldados de Lavastine le prestaba atención, excepto para evitar tropezarse con ella mientras se abría camino entre sus filas o intentaba pasar

entre los habitantes de Steleshame que habían llegado a ofrecer bayas o pan a cambio de noticias. En la curtiduría, encontró a Matthias sentado en un taburete. Se detuvo para mirarle. Su cara estaba tan pálida como el cielo de invierno despejado, pero trabajaba con fuerza. Esperó hasta que terminó de restregar la parte de la piel que tenía pelo que habían marcado ante él y después pronunció su nombre.

Se volvió, sonrió y después frunció el ceño cuando abrió su chal y le ofreció la comida.

—Esta noche habrá pan y gachas. Tú misma deberías comértelo.

—Yo ya he comido mucho —dijo, y por una vez era verdad—. A ti nunca te dan suficiente. Sabes que es verdad, Matthias. Ahora, no discutas conmigo.

Estaba lo suficientemente cansado y hambriento esta vez como para discutir, así que se limitó a comer. Casi no había acabado la escasa comida cuando, al mirar por encima de su hombro, sus ojos se abrieron, cogió su palo y se levantó.

—¡Matthias! —exclamó, pero hizo una señal con su mano y bajó la cabeza. Se dio la vuelta.

¡Ay, Señora! Ella tocó su Círculo, lo rodeó con el dedo y se quedó boquiabierta. *Lord Wichman* podía ser el hijo de una duquesa, pero ni de lejos eran tan elegante como este caballero noble y su hijo, quien, a pesar de acabar de llegar de la marcha, parecía tan estupendo como Anna pensaba que debía de serlo el rey. El caballero noble no era tan alto ni robusto como *lord Wichman*, que caminaba a su lado, pero tenía el mismo tipo de orgullo enérgico y natural que ella había detectado en el jefe de la tintorería de Gent, cuando Matthias empezó a trabajar de aprendiz en los trabajos de la curtiduría: ese hombre o mujer conocía su oficio, el cual dominaba absolutamente. Sin duda el jefe de la tintorería ahora estaba muerto, ella nunca le había visto entre los refugiados en Steleshame y supuso que se había quedado atrás durante el ataque final para defender sus amadas tierras.

Este caballero tenía el pelo de un color tan claro como la arena; la cara estrecha; los ojos azul pálido y una mirada intensa. Se detuvo para hablar a uno de los trabajadores, señalando alguna piel que estaba colgada de una viga y preguntó si la curtiduría tenía algo de piel curada y terminada para que sus soldados pudieran utilizarla para arreglar su armadura. *Lord Wichman* se inquietó, porque no tenía nada de paciencia para este tipo de conversación práctica y se volvió para hablar al joven caballero que estaba al lado del conde Lavastine.

—¡No te quedes mirando! —susurró Matthias, tirando de ella con la mano que le quedaba libre.

El maestro Helvidius había dicho que el conde viajaba con su hijo. Además, este hombre joven era media cabeza más alto que el conde y tenía el pelo negro en lugar de claro. Llevaba una cota guateada cuyo borde tenía un hilo de oro y plata con un perro, y por supuesto dos enormes perros negros con aspecto fiero que caminaban dócilmente pegados a sus talones. Él y su padre estaban también atendidos por el Águila. A la luz del día, Anna podía ver que su piel no tenía para nada el tono del

hollín, sino más bien el de una piel suave del color de la miel que era muy valorada entre los comerciantes.

Un mensajero del rey; un caballero noble y su hijo; incluso *lord* Wichman, que después de varios meses metido en escaramuzas constantes tenía aspecto descuidado junto a sus compañeros nobles. La reunión casi deja a Anna sin aliento, pero no tanto como cuando el joven caballero se volvió como si se hubiera percatado de su mirada y la mirara fijamente.

Ella se encogió, sabiendo que no debía mirar.

—¡Anna! —Pero el aviso del murmullo de Matthias llegó demasiado tarde.

El joven caballero se dirigió a ella, con los perros pegados y se inclinó para tocar su Círculo de madera con el dedo.

—Pobre muchacha —dijo amablemente—. Creo que te vi al borde de la calzada cuando llegábamos. ¿Venías de Gent?

No pudo hacer otra cosa más que asentir con la cabeza.

—¿Eres uno de los niños que escapó por el túnel?

—Sí, mi señor —dijo Matthias animosamente, haciéndose oír. Anna había perdido su voz. Los perros negros jadeaban, con las lenguas colgando, tan cerca de ella que esperaba que repentinamente salieran disparados dejando atrás a su señor y la destrozaban. Pero no hacían ningún movimiento, ni gruñían o ladraban. Se limitaban a estar sentados mirando a su señor con los ojos del color de la miel derretida.

El joven señor levantó el Círculo del pecho y la miró socarronamente.

—Yo también llevaba un círculo como ese, pero ya no lo tengo.

—¿Qué pasó con él? —preguntó *lord* Wichman quien, más impaciente que los perros, había aparecido al lado del joven caballero. Miró con indiferencia a Anna; no la reconoció como la niña a la que había castigado en el ataque de ese invierno hacía meses.

La boca del joven caballero se curvó al esbozar una sonrisa tan fugaz como la atención de Wichman.

—Se lo di a un príncipe eika —soltó el Círculo y Anna, jadeando, se tambaleó un poco como si al haber perdido contacto con él ya no estuviera anclada a la tierra.

A un príncipe eika.

No podía ser. Quería preguntar, pero no se atrevía. Debería preguntar, pero tenía miedo de hacerlo.

El joven caballero ya había dejado de mirarla y ahora observaba a Matthias.

—Señora de los Cielos —dijo suavemente—, según creo, tienes alguna herida ¿verdad?

Matthias inclinó la cabeza en señal de respeto, intentando conseguir mantenerse en pie sobre su muleta.

—Me llevaron como esclavo entre los eikas durante un tiempo, mi señor. —Su voz era sorprendentemente firme—. *Lord* Wichman me liberó en uno de sus ataques, mi señor. —Añadió, sabiendo que era bueno halagar dado que había muchos

caballeros lo suficientemente cerca.

—¿Resultaste herido entonces, entre los eikas? —preguntó el joven caballero. Tenía los ojos oscuros y una cara expresiva, que ahora mostraba compasión, mientras dejaba su mano sobre el pelo asqueroso enmarañado y apelmazado de Matthias—. Pobre niño, ojalá tengas la cura que mereces.

—¡Ahora soy un hombre! —respondió Matthias de repente.

Anna se estremeció.

Lord Wichman resopló y rio con fuerza.

Pero el joven caballero se limitó a asentir con la cabeza.

—Así que lo eres, las dificultades te conservan joven. ¿Cómo te llamas, amigo? Esto era demasiado incluso para Matthias, que había perdido su audacia.

—M... M... Matthias, mi señor.

—¿Y esta es tu hermana? —El caballero quitó su mano de la cabeza de Matthias y sonrió a Anna.

—Mi hermana, Anna. Es la abreviatura de Johanna, mi señor, la discípula de Daisan *el Bendito*.

—Sí, es cierto. ¿Cómo pudisteis permanecer aquí cuando la señora de este lugar ha dicho que la mayoría de los refugiados, los niños, fueron enviados al sur?

—Nuestro abuelo estaba demasiado débil para hacer el viaje, así que nos quedamos aquí después de que los demás se fueron.

—Entonces rezo a Nuestro Señor y Señora para que os vigile.

Solo cuando se fue, empezó a llorar Anna, con lágrimas tan silenciosas como la lluvia que cae por una pared.

—¡Anna! —Matthias colocó su mano sobre su hombro—. ¡Anna! ¿Qué ocurre? ¿Te ha asustado? Los perros eran grandes, ¿verdad?, parecían fieros, pero no tienen nada que ver con los de los eikas. No debes llorar.

Había enmudecido.

Abrió la boca para hablar, pero no podía formar palabras ni pronunciarlas. Había algo que debía haber dicho, pero que no había preguntado, algo que debía haber hecho, pero no lo hizo, algo que tenía la intención de hacer, pero había apartado la mirada igual que el mercader bien alimentado aparta la mirada de un mendigo hambriento, no queriendo verle.

—¡Anna! —Matthias la agarró por los hombros, dejando caer su peso sobre ella, y asustado, la zarandeó—. ¡Anna! ¿Qué ocurre? ¡Ay, Señora!, han sido los perros ¿verdad? Tiró de ella apretándola con fuerza contra él. Los caballeros nobles se perdieron de vista, dirigiéndose al vestíbulo.

No fueron los perros. Pero no podía hablar para decírselo.

Aterrorizado, cogió su palo y volvió cojeando a la cabaña tirando de ella, pero Helvidius y Helen se habían ido.

—¡Anna! ¡Dime algo!

A diferencia del Águila la pasada noche, después de poner una excusa que sentía

de verdad se había quedado callada. No había actuado. Como un pez al que sacan del agua a la tierra, solo podía arrastrarse por el suelo sin conseguir nada. Estaba muy avergonzada y asustada, muy asustada.

—¡Que Dios nos proteja! —susurró Matthias—. Tengo que llevarte a la curandera. Un diablo ha entrado en tu garganta y se ha llevado tu voz.

Cogió su muño y la agarró con fuerza hasta que lloro. Ella movió la cabeza con fuerza para que comprendiera. Se había quedado muda por la mano de Dios, no a causa del enemigo o sus adláteres que recorrían el mundo causando daños.

Pero Matthias siempre había sido cabezota.

Por la mañana el conde Lavastine y su ejército salieron, el conde y su hijo a la cabeza, y lord Wichman y su séquito indisciplinado detrás. La sobrina de Gisela estaba en las sombras y contaba lo que llevaba en su morral lleno de *sceattas*.

Después de que el ejército desapareciera por la calzada del bosque, Matthias cogió a Anna para ir a ver a la curandera. La mujer mayor escuchó sus problemas y cogió un cuchillo en pago por su tratamiento: un ungüento de olor nocivo que le untó a Anna en la garganta y un té, más agradable, hecho con hierbas y raíz de menta que Matthias insistió en probar primero. Anna se tragó el resto diligentemente, pero el día pasó y su estado no cambió.

Esa tarde, Matthias llevó a Anna a la diaconisa de lord Wichman que se había quedado en lugar de ir a la batalla. Los miraba con recelo como era normal hacerlo en su clase noble, debido a la mugre que tenían y el aspecto típico para unos niños corrientes que buscan un favor.

—No puede hablar, diaconisa —dijo Matthias mientras empujaba a Anna hacia delante.

—Hay muchos niños que están débiles para hablar o hablan más tarde —dijo la diaconisa con paciencia—. O ha contraído una enfermedad, aunque eso es más habitual en invierno. O puede que le hayan dado un golpe en la cabeza en una de las escaramuzas.

—No, estimada diaconisa. —Otra cosa no sería Matthias, pero insistente, sí. Si no, no habrían sobrevivido en Gent—. Hasta ayer hablaba como yo.

—Id a ver a la curandera, entonces.

—Ya lo hemos hecho.

—Entonces eso está en manos de la Señora.

Una chica muda entre tantos heridos de diversa consideración, no preocupaba en absoluto a la diaconisa, a pesar de que era una buena mujer. Rezó por Anna, la tocó en la cabeza, y le indicó que debería seguir.

—No te vayas todavía muchacho —le dijo a Matthias, que ya se iba con Anna—. Me acuerdo de ti. Te hirieron los eikas, ¿verdad? Yo fui a rezar por ti hace meses, pero sobreviviste gracias a la misericordia de Dios, y de hecho creo que debes vivir el resto de tus días como un lisiado. Veo que Dios te ha curado entretanto. Es una bendición, por la cual debemos dar las gracias, que algunos hayan escapado a este

momento terrible con el cuerpo y la mente intactos.

Anna había estado tan asustada al perder la voz que casi no tenía tiempo de darse cuenta de cómo estaba Matthias. Había estado tan ocupado mimándola, que se había olvidado de ocuparse de sí mismo. Pero al salir el sol la luz la alumbraba ya. Matthias ya no cojeaba.

Rápidamente se desenrolló las calzas manchadas y gastadas de su pantorrilla y ahí se quedaron de pie, ambos, boquiabiertos, mientras la diaconisa miraba con dulzura, sin ser consciente del destacable y, por cierto, increíble aspecto de su pierna.

Ninguna herida purulenta decoloraba la piel, no había ninguna curva antinatural que torciera su pantorrilla en el lugar en el que se había roto el hueso y había soldado mal. La pierna estaba recta, suave y fuerte.

Ya no era un lisiado.



Pero todavía les esperaba otra sorpresa maravillosa.

Cuatro días más tarde el grito llegó por la calzada del oeste.

—¡El rey! ¡El rey llega a Steleshame!

Anna y Matthias como todo el mundo de los alrededores de Steleshame, corrieron para formar una fila en la calzada para ver llegar al rey Henry cuando él y su séquito, armados para la guerra, entraron en la maltrecha propiedad.

La magnificencia de aquellas huestes habría dejado a cualquiera sin habla. El rey, por supuesto, no notó su presencia. Solo era una niña más, descalza sobre la tierra al lado de la calzada.

¡Qué hombre tan guapo, enhiesto y orgulloso, fuerte y serio! Iba vestido casi igual que los otros caballeros, con el mismo lujo que ellos, pero nadie podría haberle confundido con nadie que no fuera rey.

Seguramente algún día, su voz volvería. Seguramente algún día, si vivía para ser abuela, podría contar esa historia a un grupo de niños reunidos a sus pies y sorprendidos al escuchar que alguien tan humilde como ella hubiera tenido el privilegio de ver al rey en persona.

—¡Será mi ruina! Después de enviar suministros con el conde Lavastine, mis existencias se han visto reducidas. Y ahora, ¿debo alimentar a sus huestes, y renunciar también al resto de mis provisiones?

La señora de Steleshame estaba exaltada y, desgraciadamente, Rosvita se había entregado a la tarea de calmar sus nervios. Afuera, en el interior de la empalizada y la zanja, el ejército preparaba el campamento para la noche. Evidentemente, con el conde Lavastine y su ejército delante de ellos y el propietario histérico, no podían confiar en quedarse en Steleshame más de una noche. Rosvita tenía que admitir que se estaba cansando de la silla.

Después de la recuperación de Sapientia tras dar a luz, habían cabalgado al norte a un ritmo constante, pero implacable, los carromatos se tambaleaban, el ejército ampliaba sus filas con nuevos reclutamientos en la propiedad de cada dama en la que se alojaban y festejaban.

—Y ahora sin *lord* Wichman —continuó la señora Gisela mientras su preciosa sobrina estaba a su lado de pie escuchando cómo despotricaba con la cara tranquila de una mujer que ha aprendido a sobrevivir siendo flexible—. ¿Quién nos va a proteger de los eikas?

—Yo diría —dijo Rosvita— que con dos ejércitos enviados a luchar contra los eikas y con la margrave Judith y la duquesa Rotrudis que pueden llegar en cualquier momento por el sudeste, no debéis temer las incursiones de los eikas.

Pero la dueña se limitaba a gemir agarrándose al brazo de su nieta.

—¡Ay, Señor! Pero el conde y su ejército están a unos días de aquí, hermana. Se tardan cuatro días cabalgando hasta Gent porque la calzada principal está descuidada y es peligrosa. A estas alturas, los eikas podrían haberles matado a todos y estar comiéndose sus huesos celebrándolo en su fiesta vespertina.

—Entonces será una fiesta para la que vos no tenéis que entregar provisiones —dijo la sobrina de manera cortante, retirando el brazo para librarse de su tía.

La hermana Amabilia y el hermano Fortunatus, rondando la espalda de Rosvita, ambos hicieron de repente ruidos como de cerdo y Rosvita se dio la vuelta para ver cómo se tapaban la boca con las mangas de sus vestimentas. Fortunatus empezó a toser. Amabilia gruñía sin éxito en un intento de evitar reírse y después, con suerte, el hermano Constantine se adelantó para discutir acaloradamente con la joven por hacer

una broma de lo que no tenía ninguna gracia.

—Os suplico hermano —interrumpió Rosvita rápidamente—, aliviemos los temores de la señora Gisela. Solo necesitamos una sopa, creo, dado que la buena señora no es una buena administradora de una gran hacienda para poner una delicada mesa.

Pero esto era demasiado para el propietario. Provocado para que actuara por este ataque a su dignidad y posición, se volvió hacia su nieta y ordenó que mataran cincuenta vacas inmediatamente, así como cien pollos y...

Rosvita y sus clérigos se retiraron rápidamente a la mesa que estaba en la sala apartada a un lado para ellos.

—Suenan como si quisiera matar a todos los pollos de la propiedad —dijo la hermana Amabilia—. Me pregunto si quedará algo para los que aguardan aquí.

—No quedará nadie aquí —respondió el hermano Fortunatus—, si el rey Henry no saca a los eikas de Gent.

Rosvita les dejó con sus riñas y salió.

Allí se encontró a Villam que estaba sentado en un banco, viendo que el patio se había rastrillado para que el pabellón del rey pudiera ponerse en el lugar donde no había desechos en el suelo. Tenía una mano sobre un muslo. La manga vacía del brazo que había perdido estaba cogida hasta el hombro para que no quedara colgando. Sonrió y señaló el banco que estaba a su lado. Ella se sentó.

—Hoy estáis serio, *lord* Villam —dijo, al ver que tenía el ceño fruncido.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—Es duro para un hombre, incluso para uno de mi edad, ver cómo se acerca una batalla sabiendo que no puede luchar en ella, y que no tiene ningún hijo para mandarlo en su lugar.

—Tenéis razón —no miró al brazo que había perdido en la batalla de Kassel, pero seguramente no lamentaba la pérdida de su brazo tanto como la de su hijo, Berthold, hacía meses, ¡más de un año!, en las colinas encima del monasterio de Hersfeld. Entonces ella siguió su mirada y no pudo evitar soltar un grito ahogado—. ¿Seguramente ella no tiene intención de ir a la guerra nada más dar a luz?

Sapientia estaba sentada en una silla de campo bajo un toldo, atendida por el *frater* Hugh, sus favoritas, su Águila, los sirvientes y la apocada niñera que se encargaba de la niña Hipólita. Una niña fuerte, que incluso ahora lloraba con fuerza mientras un armero le medía el abrigo rígido de piel a Sapientia que ahora era más robusta después de su embarazo.

—Han pasado casi dos meses desde el nacimiento —dijo Villam.

—¡Casi dos meses! —Rosvita se sacudió el polvo del dobladillo de su ropaje y lo volvió a colocar—. No me gusta, lo admito, aunque ha ganado bastante fuerza. —Dado que Sapientia casi no hacía nada con la niña, se había adaptado rápidamente a su nuevo estado: el de un heredero no coronado.

Villam asintió con la cabeza.

—No es suficiente que haya probado capacidad para el trono por derecho de fertilidad. Todavía debe demostrar que es capaz de mandar y dirigir, y esta es una prueba tan válida como cualquier otra.

—Y fácil de manejar —Rosvita sonrió con ironía.

Era verdad. Henry no había coronado ni ungido a Sapia, pero se la veía ir con él a todas partes, cabalgaba a su lado en el séquito, se sentaba a su lado en los festejos y en el Consejo, y se le daba la palabra cuando había que pedir a las damas y caballeros de Wendar que entregaran tropas para el asalto de Gent. Al bebé, a quien daba gusto ver por lo fuerte que estaba, igual que ella, lo señalaban en todos los lugares a los que iban y Sapia lo llevaba con ella en todo momento, excepto por la noche, como para recordar a todos su logro... y su nuevo puesto de heredera por derecho de fertilidad.

—Creo que no debemos tener miedo, hermana —añadió Villam, leyendo su silencio con su habitual sagacidad—. En los últimos meses se ha convertido en alguien más estable. Y el *frater* Hugh es lo suficientemente inteligente para aconsejarla.

—¿Lo es?

—¿Le ponéis en entredicho? —preguntó, sorprendido realmente—. Ha cambiado mucho.

—Supongo —asintió, pero distraídamente, porque al mirar a Hugh, que estaba atendiendo con absoluta humildad a la princesa, no pudo evitar preguntarse otra vez por el libro.

¡Ay, Señora!, no podía dejar de pensar en ese libro. Estaba inquieta por este deseo permanente de saber, día y noche e incluso esa tarde, mientras estaba sentada en el Consejo de guerra que se celebraba bajo el ancho techo del pabellón del rey. El vestíbulo, pequeño y mal preparado, de Steleshame había sido considerado adecuado para un propietario, pero evidentemente no para un rey y su séquito de nobles, así que habían pasado al pabellón, que ahora estaba saturado de personas.

Sapia estaba sentada a la izquierda de Henry, Villam a su derecha. A su alrededor estaban todos esos nobles suficientemente importantes para exigir o pedir que les dejasen entrar al Consejo de guerra nocturno: su líder, la joven duquesa Liutgard de Fesse, que se había unido a ellos desde el nordeste de Kassel hacía unas semanas; el *frater* Hugh; el último conde de Hesbaye, un hombre tranquilo, bajo y fornido de quien se decía que era un aguerrido guerrero; *lady* Ida de Vestrimark, quien, como prima de la última condesa Hildegard, estaba deseosa de vengar personalmente la muerte de su prima, así como de reclamar sus tierras; y todos los hijos, maridos o sobrinos de las mujeres nobles propietarias que habían enviado a sus parientes masculinos como representantes.

Sapia era la única de los hijos de Henry que ahora cabalgaba con el rey. Teophanu no había vuelto todavía del convento de santa Valeria ni habían sabido nada de ella, aunque bien podía estar buscándoles en Wayland si había oído al

mensajero que se envió al convento con noticias sobre el avance hacia Gent. Ekkehard se había marchado con los demás niños a la Gent del palacio de Weraushausen, que estaba a cargo de los monjes de Eben, a unos diez días cabalgando al suroeste de Steleshame. El chico había pedido que le dejaran ir a la marcha; después de todo, casi era mayor de edad y la experiencia le ayudó a moderar su temperamento, pero Henry lo había dejado atrás con los demás por su seguridad.

Un criado llevó vino y pasó la copa entre los nobles impacientes.

—¡Solo estamos a cuatro días del conde Lavastine! —exclamó la duquesa Liutgard con sus habituales modales impetuosos—. ¡Yo propongo que salgamos esta noche!

—¿Y que lleguemos allí totalmente agotados? —preguntó Villam.

—¡Es mejor que llegar y encontrarnos al conde muerto y a su ejército destrozado! Vemos lo suficiente como para avanzar de noche, la luna está casi llena.

—Pero nuestro camino atraviesa el bosque —dijo Henry, terminando así la discusión—. Yo también siento la necesidad de correr, pero no la de ser imprudente. He enviado escoltas para alertar al conde Lavastine. Seguiremos a un ritmo constante sin perder las fuerzas.

Con las vueltas que le estaba dando a la cabeza, Rosvita estaba demasiado impaciente para quedarse, así que se levantó y salió afuera. Fuera del toldo estaba el Águila del rey, Hathui, mirando hacia arriba para el ver el cielo.

Fue una medida radical, pero Rosvita lo hizo. Miró alrededor para asegurarse de que podía hablar sin que la oyeran y entonces preguntó a la mujer si sabía algo sobre eso.

—¿El libro? —dijo el Águila, evidentemente sobresaltada—. Por supuesto que conozco la existencia del libro. Liath siempre lo llevaba consigo y por lo que yo sé era suyo. Imagino que es verdad que puede habérselo robado al *frater* Hugh.

—¿Pero no crees que lo hiciera?

—Wolfhere no creía que lo hubiera robado, aunque siempre lo tenía escondido, incluso de él. Todos sabíamos que lo tenía, pero Wolfhere nunca le pidió que nos lo enseñase. Una vez me dijo que tenía derecho a esconderlo de nosotros porque así lo deseaba.

Wolfhere. A Rosvita le parecía que gran parte del halo de misterio estaba en torno a un simple Águila, aunque Wolfhere no era en absoluto alguien sencillo.

—¿Estabas viajando por el Descanso del Corazón cuando te encontraste con Liath y Hanna? El rey siempre está deseoso de encontrar Águilas, es verdad, y supongo que Wolfhere podría haber creído que eran candidatas adecuadas.

—No, hermana. Wolfhere estaba buscando a Liath. A ambos, a Manfred y a mí nos habían enviado a buscar a una chica que respondiera a su descripción, pero hasta que no volvimos a vernos no nos dijo que la había encontrado. Eso fue cuando llegamos juntos al Descanso del Corazón.

—¿Manfred?

Rosvita no podía leer la expresión de la cara del Águila, pero el habitante de la zona fronteriza hizo un movimiento encogiendo un hombro como si sintiera un dolor molesto.

—Nuestro camarada. Lo mataron en Gent. Así nos recordó Dios que incluso la vida del fuerte es corta y la pena es duradera.

—Lo incluiré en mis oraciones.

—¡Gracias hermana! —Por un momento, Rosvita pensó que el Águila quería en realidad agarrarla de la mano como lo haría un compañero, pero, en lugar de ello, metió los dedos bajo su cinturón y con la otra mano se sacó algo de los ojos—. Que sea recordado en la tierra y se cante en su nombre para que ascienda a la Cámara de la Luz.

Pero el destino del Águila anónimo, aunque trágico, no ocupó la mente de Rosvita durante mucho tiempo. Ya había empezado a reorganizar el testimonio en su cabeza. ¿Empezó a formar una idea nueva y quizá más interesante?

—Wolfhere fue al Descanso del Corazón para encontrar a Liath, ¿lo sabía ella?

—Eso no lo sé, hermana.

—El *frater* Hugh me dice que ella robó el libro cuando era su esclava —dijo Rosvita, más irritada que nunca. La historia de Hugh era fácil y cómoda de creer, y no era totalmente distinta de la que el Águila le había contado, y él era el hijo de una margrave. Pero el relato de los hechos de Hathui tenía la perspectiva de un águila y un cierto halo de verdad simple y pura—. ¿Por qué debería creerte, una mujer de origen humilde, en vez de al hijo de una margrave?

Hathui sonrió con astucia.

—Dios hace que el sol salga igual tanto para la mujer noble como para la de origen humilde. El Señor y la Señora nos quieren por igual a todos en sus corazones, mi señora.

—Aunque Nuestro Señor y Señora obran según su voluntad al repartir entre los individuos lo que quieren. A algunos les dan más y a otros menos. ¿No podríamos decir que nos merecemos lo que recibimos? Que, en su elección, entregan esos dones de gracia que los diferencian de otros.

Pero el Águila se encogió de hombros y su expresión era imperturbable.

—Dios nos da todos los dones. Sin ellos, no importa la categoría nobiliaria, somos polvo. Así pues, somos iguales ante Dios, y la palabra honorable de una mujer de cuna humilde no es diferente de la de un hombre de origen noble.

Era asombroso escuchar a alguien de origen humilde hablar tan rotundamente, pero Rosvita no podía discutir la verdad de sus afirmaciones.

—Tus palabras están llenas de sabiduría, Águila.

Hathui se puso un dedo en los labios como para evitar decir algo más que pudiese ser inapropiado. El viento levantó el polvo del suelo que ya estaba revuelto por el paso de tantas personas y tanta actividad. Pronto, demasiado pronto, la noche estará llena de eikas y muchos de aquellos que marchaban en este ejército morirían. Rosvita

se estremeció, aunque no hacía frío.

—Diría una cosa más, si me lo permitís, hermana.

—Tenéis mi permiso.

—¿Qué ganaría yo con mentir?

—Tus votos, para proteger a tu hermana Águila.

—Cierto. Admito libremente ser una mujer que es fiel a sus votos. Hacedos esta pregunta: ¿Qué gana el *frater* Hugh al mentir sobre el libro?

—Eso dependería de lo que contenga el libro. ¿Lo sabéis?

—No. No sé leer, y Liath nunca enseñó el libro a nadie, excepto a Hanna.

Hanna. Ivar se había criado del mismo pecho que Hanna, lo cual los convertía a él y a la joven mujer en hermanos de leche. En cierto sentido, entonces, Hanna era pariente de Rosvita aunque la joven Águila era de origen humilde y Rosvita de un linaje antiguo y noble.

Hanna podía saberlo. Pero para hablar con el Águila, Hanna, tendría que conseguir que se liberara de la estrecha vigilancia a la que la sometía Sapientia porque esta tenía a todos sus seres bien amarrados, como si temiese, que si les diera mucho espacio, salieran corriendo en busca de libertad o de alguien que mereciera más la pena.

Pero no había nadie más, nadie más digno de convertirse en heredero de Henry. Sapientia se había estabilizado en los últimos meses. Quizá el consejo del *frater* Hugh la estaba guiando hacia la sabiduría que estaba predestinada para ella. Todavía podía convertirse en reina.

Pensativa, Rosvita volvió al consejo a tiempo para escuchar cómo Henry anunciaba lo que todos sabían que iba a decir:

«Saldremos por la mañana, preparados para la batalla. Si nos atacan mientras caminamos, ocuparemos inmediatamente nuestros puestos en la calzada. La duquesa Liutgard irá a la vanguardia, en la que nosotros ocuparemos el flanco izquierdo. Su alteza la princesa Sapientia estará al mando del grupo de las filas que formarán el flanco derecho. Yo iré en el centro y la margrave Villam irá en la retaguardia con la reserva».

Así se decidió. Entre los nobles reunidos se alzó un murmullo tenso, una determinación total. Enseguida, y por fin, se enfrentarían a los eikas.

El conde Lavastine envió a un contingente de infantería al nordeste, por delante del resto de su ejército. Al mando del sargento Fell y reforzado por una tropa de caballería ligera de Autun, protegían cuatro vagones en los que había algunas máquinas de guerra, así como trozos de una enorme cadena hecha en la forja por los herreros de la fortaleza Lavas en primavera.

—El Águila también —había dicho el conde— para que pueda volver a contarme el éxito de vuestros esfuerzos.

Avanzaron rápido durante tres días sin ver nada, excepto la desolación de contemplar tierras de labor abandonadas, y después establecieron el campamento al abrigo de un acantilado sobre el canal occidental del río Vesper. Este era el canal por el que pasaba todo el tráfico fluvial desde que el canal oriental, separado del occidental, demasiado profundo, por tierra rocosa, se extendía hacia las marismas antes de llegar al mar.

Se trabajaba con rapidez. Primero, Liath y los demás soldados a caballo habían revisado la zona, sin encontrar nada más que unos cuantos pueblos quemados, franjas de tierras espesamente pobladas y hierba sin que aparentemente se viera ganado y una torre del homenaje caída construida por alguna stirpe antigua que había protegido el río en otra época. Las máquinas iban tomando forma.

Al día siguiente los ingenieros trabajaron todo el día en sus máquinas. Hacía tanto calor que se quedaron en calzones mientras trabajaban, tanto los hombres como las mujeres que sudaban bajo el sol. El sargento Fell y unos cuantos hombres que habían luchado contra los eikas en la costa norte de Varre exploraron el río cuando la marea bajó. Hacia el mediodía, el río estaba poco profundo cerca de la desembocadura, y las llanuras que se inundaban con la marea estaban marcadas por los canales más profundos que iban hacia el mar.

Bien avanzada la noche, bajo la luz de la luna que estaba a punto de desaparecer, cuando la marea volvió a bajar, salieron los grupos de trabajo. En el extremo al que llegaba la tierra firme, desmontaron y empezaron la larga caminata por las tierras y las rocas desprotegidas, tirando de troncos afilados en un extremo. El calor del día había impregnado el aire nocturno, haciéndolo tan pesado y cálido que Liath agradeció el agua fría sobre la piel cuando se dirigieron al lecho principal del río. Los guijarros rodaban con suavidad bajo sus pies al ir río abajo. Olió la sal del mar. El

agua corría marrón por el cieno y hacía un ruido como un murmullo en su viaje desde su nacimiento en las montañas lejanas del sur. Una rama la rozó en el muslo y siguió su camino formando remolinos.

En las zonas llanas, donde con la marea baja el agua no les llegaba más allá de la rodilla, se podían arrastrar fácilmente los troncos para ponerlos en montones, aunque la corriente era tan fuerte que requería un buen esfuerzo para conseguir que fueran con la inclinación adecuada. Al igual que las estacas se colocan hacia delante para detener el ataque de la caballería pesada, hacía falta mover y sujetar esos montones apilados para que la proa de un barco solo pudiera hundirlo más. El sargento Fell había dicho que si los montones sobresalían la mitad de la longitud de un brazo por encima del agua en marea baja, un barco eika no podría pasar ni con la marea alta.

—¡Aquí, camarada! —la llamó una mujer. Al precipitarse hacia delante, al agua subió por sus muslos y tembló cuando la fría corriente la arrastró, sumergiéndola hasta sus caderas y tirando de ella hacia el mar al adentrarse más. Un hombre, al verla luchar contra la corriente del río, la agarró con sus brazos y juntos salieron a una plataforma anclada contra la corriente por un trozo de cadena fuerte. Ayudó a cinco trabajadores mientras intentaban coger un tronco tan grande como su cintura para meterlo en el agua y darlo la vuelta. Otros transportaban piedras de la orilla y las utilizaban para lastrar el tronco en la zona del mar mientras un hombre fornido con brazos fuertes de herrero martilleaba el tronco para sujetarlo. Siguieron llevando piedras hasta que Liath, de pie en esta base, pudo tocar la parte superior del tronco; el agua solo le llegaba a la cintura, las rocas sumergidas estaban bajo sus pies desnudos.

Desde esta posición estratégica, la luz de la luna iluminaba la escena: inundaba las aguas con un destello plateado incesante mientras el río dirigía sus aguas hacia el mar. En lo alto, muchas estrellas se habían dejado de ver por la luz de la Luna, pero con solo un vistazo, pudo identificar las tres joyas del cielo de verano que brillaban encima de su cabeza, diamante, zafiro y falso topacio. El Río del Cielo, al contrario que el río terrenal que corría a su alrededor en ese momento, era una débil neblina. En una noche sin luna se habría visto de un lado a otro como un faro brillante cruzando el cenit, y cayendo en las espirales de la Serpiente del cielo del sur. El Penitente y el Águila, con las alas desplegadas, se alzaba al este; en el oeste, estaba el Dragón. Cerró los ojos. La corriente tiró de ella como la pena.

—Todo está sujeto —dijo el sargento Fell, devolviéndola a la tierra. Se había adentrado para ver su trabajo—. Entonces vamos. Hay que colocar más por todos lados. La marea ha alcanzado su punto máximo, así que solo tenemos unas horas hasta que suba otra vez para hacer el trabajo que nos ha encargado el conde Lavastine. No podemos hundir montones en los canales profundos porque estos de aquí tienen que sostener con fuerza el peso que deben soportar.

Al final, mientras la marea subía y la desembocadura se convertía en un remolino de corrientes peligrosas, terminaron la fila por toda la desembocadura del río, toda excepto los canales más profundos en los que la corriente era demasiado fuerte y

profunda para meter esas estacas. Entonces se reunieron todos como focas lampiñas, empapados por el trabajo y temblando por el frío y con todos los complementos y los muchos gruñidos y quejidos, tiraron de la cadena de un lado a otro del río y la agarraron a los pilotes.

Al amanecer, el trabajo estaba terminado y las máquinas colocadas, bien escondidas por el acantilado por las empalizadas hechas con maleza, troncos y roca, pero cerca del canal. Agotada, Liath se secó con la túnica, se vistió y se hizo un ovillo al sol al lado de las ballestas con la cabeza apoyada sobre las manos. Se durmió inmediatamente.

Y se despertó todavía más rápido cuando una mano movió su hombro. Se puso de pie tambaleándose, agarrando la espada, pero el sargento Fell se puso los dedos en los labios para que no hiciera ruido y la hizo una señal de que avanzase.

—Prepárate —le dijo antes de despertar al siguiente hombre, en voz tan baja como si temiera que los eikas pudieran oírle con la brisa del verano—. Veamos cómo funciona la trampa.

Se puso de pie del todo y entrecerró los ojos ante el sol que estaba saliendo. En el otro lado, la luna se alzaba sobre los acantilados situados al este.

Liath preparó su caballo y después se colocó el carcaj y se puso boca abajo para acercarse sigilosamente y vigilar si se acercaba el barco eika. Iba empujado por la marea, pero en contra del viento. En cada lado había una docena de remeros que remaban lentamente hacia los postes que ahora estaban sumergidos. La luz del sol daba un tono dorado al agua como si fueran reflejos de fuego.

—Tranquilos, compañeros —dijo Fell desde abajo hablando a los que estaban al mando de las ballestas—. Tened paciencia. Esperad. Está en el lugar perfecto y... ¡ajá! —la llamada de Fell para que atacaran resonó como el martillo de un herrero.

El aire reverberó al soltar la ballesta mientras una gran jabalina con la punta de hierro rasgó el aire. Todos se quedaron inmóviles. La proa del barco dejó de desplazarse hacia delante al golpear la cadena y la popa osciló, dando bandazos por la fuerza de la corriente. La jabalina dio en el agua y desapareció; enseguida, Fell hizo unos ajustes mientras la balista lanzaba por segunda vez y se hundía al caer, esta vez más cerca del barco indefenso. El primer grupo volvió a ajustar su máquina para disparar una segunda vez. Esta jabalina dio en el medio del barco, atravesando a un remero y desapareciendo en él. El sonido de la madera crujiendo y los gritos de los eikas llegaban a la orilla cuando la cuarta jabalina dio al barco en una esquina, rebotando en los tablones de madera. Escuchó cómo la catapulta saltaba y por fin dio un grito ahogado. Parecía que el sol hubiera soltado un hierro ardiendo, una flecha lanzada que brillaba desde las alturas llevando nubes de humo en la punta... pero no era una flecha del sol, sino una bola de brea ardiendo lanzada desde la catapulta. Al caer sobre el barco, prendió tanto sobre los remeros eikas como sobre las maderas del barco.

Fell hizo el ajuste de la segunda ballesta mientras el grupo cargaba otra vez y el

barco zozobraba. Otra jabalina seguida de otra bola de brea ardiendo golpeó al barco. La vela, cayó sobre la cubierta y se prendió. Los eikas abandonaron el barco. Saltaron al agua, nadaron hacia la orilla y lucharon por mantenerse a flote en la corriente. El sargento Fell se apartó del grupo y bajó por el acantilado para unirse a los soldados que esperaban abajo. Liath corrió a su caballo, montó y siguió a una docena de jinetes hacia la orilla. Allí encontró a Fell que estaba esperando con seis lanceros y cinco arqueros.

El primer eika se fue hacia las aguas profundas mientras un arquero ponía especial cuidado y, a una distancia no mayor de un tiro de piedra, atravesó el ojo del eika con una flecha mientras el salvaje pestañeaba por el sol. Un trío de perros salió del río dando tumbos, gruñendo y ladrando, y enseguida los lanceros los alcanzaron, pinchándolos y tirando hacia ellos con lo que las criaturas gruñeron y se revolviéron y, finalmente, se quedaron quietos.

—¡A la izquierda! —gritó un jinete. Liath se apartó de los otros y encontró a dos eika saliendo del agua río abajo. Rápidamente ajustó una flecha y disparó mientras cabalgaba, dando a un eika en el corazón. El segundo cargó después de ella con el hacha lista para darla un tajo. Dio una patada a su caballo para que galopase mientras el frustrado eika bramaba y luchaba por mantenerse en pie. En instantes, el eika, que andaba con dificultad por la resistencia del agua, aminoró la marcha para buscar otra presa. Liath se volvió en la silla y tensó otra flecha, aflojando el caballo para que fuese al paso. Fue un tiro fácil. Lo consiguió.

Detrás de ella, una docena de muertos ocupaban la línea del agua, el agua pasaba por encima y alrededor de ellos, mientras los restos flotantes se metían en la arena. El sargento Fell derribó lo que parecía ser el último eika vivo, esta vez desarmado. Levantó el hacha, Fell gritó mientras aplastaba al confundido eika. La imagen era casi divertida. Los hombres de Fell daban gritos de ánimo, pero nadie llegó para ayudar. Por fuerte que tuviera la piel el eika; el hacha de Fell le rajó el cráneo y también cayó al suelo dando un grito horrible.

Al otro lado del río, bajo la luz del sol naciente, Liath miraba mientras unos pocos eikas se tambaleaban alcanzando la orilla oriental para encontrarse con la patrulla que se quedó allí la pasada noche. En cuanto a los demás y a sus perros... ardieron con su barco o se ahogaron.

A su alrededor y más allá, escuchó los gritos de júbilo de los artesanos, los herreros y los soldados. El flujo de la marea golpeó el barco de los eikas repetidamente contra la cadena y los pilotes, hasta que se astilló y empezó a romperse, escupiendo llamas y cayendo mientras el agua inundaba la cubierta. Abajo, en la orilla, media docena de soldados de Fell desmontaba otra vez y tiraba de los cuerpos de los eikas hasta el lado de la barricada que daba al mar donde rodaron hacia el agua. Los muertos cayeron como piedras.

La duquesa Liutgard iba en cabeza a un paso agotador y la primera tarde que estuvieron fuera de Steleshame el séquito se había rezagado, los carromatos quedaron empantanados donde la calzada giraba atravesando un barranco embarrado. Los hombres de la reserva de Villam salieron corriendo deprisa para ayudarles a desenterrarlos, y mientras Rosvita esperaba en una franja de terreno más alto y seco, vio pasar cabalgando a un Águila conocido.

—Os lo suplico, Águila —la llamó—. ¿Qué noticias traes?

La joven frenó al caballo y lo apartó.

—El grupo que va delante ha establecido el campamento para la noche, mi señora. El rey ha ordenado que el ejército no se separe a menos que los eikas nos ataquen por partes —miró con nerviosismo hacia atrás por donde había venido—. Llevo un mensaje para la princesa Sapientia, mi señora.

—No te entretendré mucho —por la expresión del Águila se dio cuenta de que quería seguir, pero no se atrevía a desobedecer—. Unos momentos de tu tiempo no entorpecerán tu camino, te lo aseguro; Hanna ¿verdad? —la joven asintió con la cabeza. Tenía una cara limpia y fuerte, y un pelo asombrosamente claro del color de la paja vieja—. Me acuerdo de tu camarada, Liath, que tenía un libro...

Hanna palideció.

—¡El libro! —Miró alrededor como un animal que busca un sendero seguro para salir de un bosque en llamas. El caballo caminaba con afectación y ella lo frenó otra vez con la decisión estudiada aunque rara de una mujer que ha empezado a cabalgar tarde y quiere aprender a hacerlo perfectamente.

—Veo que sabes de que libro hablo. ¿Se lo robó al *frater* Hugh?

—¡Nunca! —Rosvita no conocía a nadie que pudiera fingir este tipo de pasión y de seguridad—. Nunca fue suyo. Él se lo robó a ella, igual que le robó la libertad cuando ella estaba indefensa.

—¿Indefensa?

—Su padre murió dejando deudas por pagar y entonces...

—Eso no puede llamarse indefensión, si ella tenía la edad suficiente para asumir las deudas como heredera. Pero no te he preguntado eso, Águila.

—Siempre el libro —murmuró Hanna. El libro tiene evidentemente una larga e interesante historia, y la reacción de Hanna no hizo sino impulsar más a Rosvita a

descubrir la verdad—. Os juro por Nuestro Señor y Nuestra Señora y por el honor y la virtud de Daisan *el Bendito* que el libro es de Liath y no del padre Hugh. Antes que a ella, perteneció a su padre y él se lo dio a ella.

Fue un juramento impresionante.

—Pero si Liath era la esclava de Hugh porque él pago su deuda a cambio, entonces todo lo que era de ella pasó a ser de él.

—No lo tenía cuando él la compró. No estaba incluido en la cuenta de deudas y propiedades. Yo lo tuve escondido para ella. ¡Ay, Señora! —Blasfemó, con palabras sin duda aprendidas de los soldados y después enrojeció—. Perdonadme mi señora.

—Debes dirigirte a mí como hermana Rosvita, hija mía.

—Sí, mi señora. ¿Puedo haceros una pregunta, mi señora?

Rosvita casi se ríe en voz alta. «¿Puedo haceros una pregunta?». Aunque al mismo tiempo renunció a reconocer la ecuanimidad de la ley. ¿Cómo podía alguien discutir que el *frater* Hugh había robado la libertad a Liath si él había pagado el precio que debía por ley?

—¿Por qué te preocupas por...? —Y después, temblando de repente, creyó que ya sabía la respuesta.

¿Se había cometido una injusticia? Sin embargo, la historia que el *frater* Hugh había contado no era distinta, excepto en lo relativo a la justicia. ¿Quién tenía razón? ¿Qué petición defendería Dios?

Al hermano Fortunatus le costó salir de los carromatos enfangados, iba con la vestimenta resbaladiza por el barro.

—Aquí tenéis un taburete, hermana Rosvita.

—Me sorprendéis hermano. A pesar de vuestro cotilleo, tenéis un corazón amable en vuestro interior —ella se sentó agradecida, y él se limitó a reírse y volvió para vigilar a los soldados que intentaban despegar los carromatos.

Después de un rato, los carromatos seguían tambaleándose, todos excepto uno que quedó empantanado sin remedio, hundido hasta los ejes en el estiércol. Su contenido se dividió entre los otros carromatos o se puso a la espalda de los sirvientes. Al anochecer, ya habían alcanzado al grupo principal.

Los centinelas llenaban el bosque por cada lado de la calzada. Los árboles habían sido derribados para formar muros en caso de ataque, pero, aparte de eso, Rosvita podía ver poco de la disposición del campamento. Ella y los demás clérigos fueron llevados al pabellón del rey, que estaba ubicado cómodamente en el centro del campamento disperso, mientras la princesa Sapiencia atendía a su padre, hablando animadamente sobre la próxima batalla. El padre Hugh no lo hacía. No le costó mucho trabajo a Rosvita apartarse del grupo allí congregado para conseguir las instrucciones de esa parte del campamento en la que aquellos soldados al mando de Sapiencia habían mantenido vigilado un puesto. A esas alturas ya era de noche, pero tenía un único ayudante con una antorcha y además la luna estaba casi llena, ahora se alzaba por encima de las copas de los árboles. Su luz se extendía por entre los árboles

hasta un amplio claro en el que los sirvientes de Sapiaientia habían establecido su tienda de viaje.

El padre Hugh se arrodilló bajo el toldo. No estaba rodeado más que por unos cuantos guardas lejanos que hablaban alrededor de una fogata. Aquí estaba calmado y tranquilo.

Hugh se arrodilló sobre una alfombra, la vegetación exuberante crujió. Estaba rezando.

Escondida en la oscuridad, permanecía anónima. Cualquier dama o capitán era atendido por un criado y una antorcha en un lugar como ese y, además, ella se ocupó de quedarse justo afuera de la corona del fuego para que él reconociera las ropas de clérigo. Ella miró y buscó... Y vio que lo tenía escondido debajo de la rodilla izquierda, casi oculto por un pliegue de su ropa.

Terminó sus oraciones, se sentó otra vez, y deslizó el libro hasta la luz que daban dos faroles iguales. El croar lejano de las ranas en un estanque oculto llenaba la noche con un parloteo no menos intenso que el de cientos de soldados murmurando hablando de la próxima batalla y de la furia de los eikas.

Lo abrió con cuidado.

Dentro había algo, algo que ella no debía ver. Tenía ese presentimiento. ¿Se robó Liath a Hugh o Hugh a Liath? ¿Debería creer en el testimonio de los Águilas o en el del hijo de una margrave que ahora había jurado su fidelidad a la Iglesia?

De repente se movió, cerró el libro, volvió a sentarse y miró hacia ella a través de la oscuridad.

Un remolino de viento sopló a su alrededor, tan de repente como una corriente hace girar un barco en el agua. La sensación de que Hugh podía verla, de que sabía que ella, Rosvita, estaba allí, cuando eso en condiciones normales no era posible, la acuciaba con tal fuerza que, sin ninguna razón, rozó a su ayudante en el brazo y se retiró.

Así de rápido.

Solo cuando volvió a la tienda del rey, cuando el primer sorbo de cerveza refrescó su garganta, se preguntó por qué había huido.

A Ivar se le engancharon los pies debajo del banco y bostezó. Si deslizaba los pies hacia delante en las sandalias se podía rozar los dedos con la superficie granulosa de la madera del suelo. El sudor le caía por el cuello y empapaba su espalda. En la parte delantera de la habitación, el maestro seguía con la cantinela de las *Homilías* de la ilustre skopos Gregoria, llamada la Grande.

La lánguida calima del calor del verano hacía que el ambiente en la habitación fuese asfixiante. Detrás, las novicias nuevas del primer año estaban sentadas totalmente quietas; puede que incluso se hubieran dormido. Ivar no se atrevía a darse la vuelta para mirar porque eso atraería la atención del profesor Labios Fruncidos. En los bancos del otro lado, *lord* Reginar y su grupo estaban volcados en su tarea concienzudamente.

Habían perdido a uno cuando la pasada primavera la desgraciada muerte de las dos hermanas mayores de un muchacho en una calzada qumana le había dejado como único heredero de su madre. *Lord* Reginar había llorado amargamente por el destino que le había llevado al claustro mientras que a sus hermanos mayores los había dejado libres para luchar contra los bárbaros, una diatriba que por primera vez había hecho que Ivar le cayese simpático al joven caballero arrogante. Pero sus quejas solo habían precipitado una entrevista privada con su tía, la madre Escolástica, después de la cual había salido escarmentado y tan dócilmente humilde que Ivar y sus compañeros se preguntaban si la madre abadesa había hecho alguna magia con él.

Ivar bostezó otra vez. El calor minaba toda la energía de sus miembros y la voz del profesor le hacía daño al oído, igual que le irritaban los cosquilleos omnipresentes de las moscas. De fuera, escuchó el ladrido de unos perros y el relincho de un caballo. El monasterio tenía pocos caballos, así que quizá los visitantes habían llegado a quedarse en la casa de invitados, a rezar en la iglesia o solo a pasar la noche antes de continuar viajando. Pero no podía evitar ponerse nervioso, como en su momento lo estuvo al pensar en que aquella gente a la que no veía tenía permiso para salir al mundo cuando quisiera.

¿*Qué es el mundo* —había preguntado Tallia—, *comparado con el sacrificio que hizo Daisan el Bendito*? ¡Qué poco significan nuestras pequeñas envidias y deseos egoístas comparado con esta agonía sufrida en nuestro nombre!

A veces le perseguía una voz conocida aunque lejana, su voz hace un año. ¿Qué

pasa con Liath? *¿Qué pasa con la promesa que le hizo a Liath?* Pero no había nada que pudiera hacer por Liath, no podía recurrir a ninguna instancia superior a la autoridad de su padre, su madre había muerto años antes de que cualquier herencia que pudiera entregarle hubiera sido confiscada por sus hermanos nada más morir ella.

Como Ermanrich, se había resignado a su destino.

Miró de soslayo a sus camaradas.

Baldwin estaba sentado con la barbilla sujeta con la mano y miraba fijamente con atención al profesor aunque Ivar lo conocía lo suficiente a estas alturas como para darse cuenta de que esa mirada denotaba que estaba soñando despierto. Ermanrich estornudó, después se limpió la nariz con la manga y volvió a jugar con su pluma. Incluso Sigfrid estaba impaciente; tenía la costumbre de jugar con la punta de la oreja con su mano izquierda cuando estaba pensando en algo distinto de lo que estaba ocurriendo delante de él.

¡Ay, Señora! Ivar sabía que en lo que estaban pensando. Sabía en quién estaban pensando todos ellos.

La puerta que daba al aula chirrió y se abrió. Cuando el maestro titubeó, todas las cabezas se inclinaron para ver quién había interrumpido. El hermano Methodius entró en la habitación, con la expresión tan adusta que Ivar sintió de repente un terrible miedo de que la vieja reina, cuya enfermedad se había agravado, hubiera muerto ya.

Methodius llamó al maestro para que se apartara a un lado. Hablaron durante largo rato. Ivar estiró los hombros y después miró las palabras inscritas en la tablilla que tenía ante él: *docet, docuit, docebit*. Al pensar en Tallia escribió: *nos in veritate docuerat*. «Ella nos enseñó el camino de la verdad».

Baldwin le dio una patada en el pie. Ivar se puso de pie y levantó la vista para mirar al hermano Methodius que les estaba señalando:

—Venid en silencio.

Con obediencia, se levantó y siguió a los demás para salir de la habitación y bajar por la escalera, pero enseguida fue evidente que solo le habían señalado a él en particular, Baldwin, Sigfrid y Ermanrich. Quizá Sigfrid supiera por qué, o Ermanrich hubiera oído algo de su prima, pero Ivar no se atrevía a preguntar, no cuando el hermano Methodius ya los había instado a que guardaran silencio.

Pero al instante empezó a temerse lo peor: Methodius los condujo al estudio de la madre Escolástica y les hizo pasar; él se colocó al lado de la puerta como un carcelero que bloquea una vía de escape para sus prisioneros. No había nadie más en la habitación.

Ambas contraventanas de la habitación estaban totalmente abiertas y las motas de polvo se veían entre los rayos de sol. Afuera, una monja trabajaba en el herbario. Desde este ángulo, Ivar no sabía si estaba arrancando hierbas o recogiendo algo, solo se veía que tenía la espalda doblada y los movimientos calculados y majestuosos de alguien que está en paz con el lugar que ocupa en el mundo y su visión de Dios.

Ivar no estaba en paz.

Baldwin tiró subrepticamente de la ropa de Ivar y señaló con la *cabeza* a la derecha. Allí, a través de una puerta abierta, se podía ver otra habitación con una cama sencilla. En ella estaba tumbada la reina, consumiéndose rápidamente, o eso se decía. Una figura con hábito, con un chal sobre la cabeza, estaba arrodillada a los pies de la cama con las manos agarradas, rezando. Ivar hizo un ruido con la garganta, sorprendido. Incluso con el chal tapándole el pelo del color del trigo, ya conocía su postura de rezo; soñaba con ella por las noches.

De repente, apareció la madre Escolástica y cerró la puerta al entrar. Se oyó el *cheque* hizo el pestillo. Los cuatro novicios se hincaron de rodillas en actitud de humildad. Ivar oyó cómo atravesaba la habitación y se acomodaba en su silla. Afuera, los grillos dormitaban, sus ritmos perezosos se vieron interrumpidos por el repentino canto de un reyezuelo.

—Herejía —dijo la madre Escolástica.

Levantaron la vista hacia ella todos al unísono sintiéndose culpables. Pero no dijo nada más y su cara seguía tan tranquila, como si estuviera esculpida en piedra mientras les miraba callada. Detrás de ella, un mirlo revoloteaba para posarse en el alféizar. Llevaba su plumaje negro con tanto atrevimiento como un soldado orgulloso lleva su tabardo, destacaban su pico color naranja brillante y un anillo del mismo color alrededor de su ojo vivaz. Saltaba por el alféizar mientras ellos miraban fijamente. Ermanrich tosió, y el pájaro salió volando.

—Las palabras de una niña que ni siquiera ha jurado sus votos a la Iglesia os han envenenado a todos. ¿No es así? ¿Juraréis ante mí que no habéis sido contaminados por sus falsos rezos? ¿Juraréis que su falsa visión de Daisan *el Bendito* no os ha tentado?

Cada palabra sonaba como los cascos de la herradura de un caballo de guerra que carga para la batalla. Ivar se encogió de miedo bajo el peso de su indignación. Ermanrich lloriqueó. Con las manos agarradas delante y la cabeza inclinada con pudor, Baldwin miró la imagen del cuadro de un penitente piadoso, su bondad manifiesta por su belleza, rezando ante Dios para que perdonase sus pecados, que eran pocos y todos de escasa importancia.

Pero ninguno, ni siquiera su alumno más favorecido, Sigfrid, prometido a la edad de los seis años a una vida de aprendizaje en la Iglesia, se adelantó para jurar lo que había preguntado ella.

No podían.

Habían oído hablar de las visiones de Tallia. Habían visto con sus ojos las señales de tener la piel desollada, los estigmas que adoptaban las heridas que llevaba Daisan *el Bendito* en su prueba de agonía.

Habían presenciado el milagro de la rosa.

La madre Escolástica se levantó de la silla como un ángel de Dios se levanta para abatirse sobre los malignos.

—¿No me digáis que creéis en lo que os ha dicho? ¿Qué vosotros mismos

profesáis la herejía? ¡Que la Señora y el Señor nos salven!

—Os suplico, madre —empezó Sigfrid, tartamudeando débilmente. Su voz era dubitativa y estaba pálido—. Si escuchaseis lo que enseña Tallia, si hubierais visto el milagro como nosotros... Seguramente los obispos del Sínodo de Addai no entendieron bien la cuestión cuando emitieron un juicio sobre ello. Ocurrió hace más de trescientos años. Fueron engañados por...

—¡Silencio!

Incluso Baldwin se estremeció.

—Chicos —asilos puso en su sitio—, ¿no entendéis que el castigo por la herejía es la muerte?

Pero Sigfrid tenía algo de cabezota, difícil de distinguir bajo su genuina modestia. Iba por el mundo sin prestar atención a cualquier otra cosa que no fueran los libros y el aprendizaje. Una vez que se aferraba a una idea, no la dejaba tan fácilmente.

—Es mejor decir la verdad y morir, que callar y vivir.

—¡Un milagro! —dijo de repente el hermano Methodius y, con profundo desdén, aunque la madre Escolástica no le había dado permiso para hablar—. En ese patio ya había rosas antes de que las arrancáramos para dejar hueco para la valla. ¡Que no ha cumplido su objetivo, por cierto!

—No, hermano, no culpes a la valla. Hasta ahora ha cumplido su objetivo y ha servido a Dios y continuará haciéndolo. Es una herejía que haya plantando su semilla en las filas de estos novicios. Pero ahora que sabemos hasta dónde ha llegado, podemos arrancarlo. De los jóvenes, solo se han visto afectados estos cuatro. Están a punto de ir ni aislamiento. Hermano, tú los vigilarás, asegúrate de que no hablan con nadie más, hasta que los enviemos al aislamiento.

—Claro, lo haré —dijo el hermano Methodius con tal énfasis que Ivar notó en su corazón el frío temblor de la condena. El hermano Methodius, un hombre pequeño de mediana edad cuya erudición era muy respetada aunque solo era un hombre, y cuya seriedad y calma en casos de emergencia eran legendarios, podía contarse para cumplir sus promesas.

—¿Enviarnos? —preguntó Baldwin, deshaciendo su pose devota—. ¿Nos va a enviar a casa? Os lo suplico, madre...

—El momento de la obediencia llegó y ya ha pasado —fue su aguda respuesta, acallando su súplica.

Ermanrich gruñó, sin dejar traslucir sus pensamientos. Sigfrid tenía la cabeza tan inclinada que Ivar no podía verle la cara.

Ivar pensaba en su casa, pero eso no significaba nada para él. ¿Qué iba a hacer allí? ¿Ir a cazar? ¿Luchar con los eikas? ¿Casarse con una heredera? ¿Buscar una finca para él en las tierras fronterizas?

Después de escuchar las palabras de Tallia, después de ver el milagro, estas ocupaciones parecían tan... superficiales. No importaba lo que el hermano Methodius había dicho sobre los rosales, Ivar creía en un milagro cuando lo veía. Y lo había

visto. Por supuesto, la madre Escolástica y el hermano Methodius no querían que este milagro fuese cierto porque invalidaría las bases de la fe.

Creían en el éxtasis, cuando Daisan *el Bendito* había ayunado y rezado durante siete días para buscar la redención de toda la humanidad y el Señor y la Señora en su misericordia lo habían llevado directamente al cielo. No querían creer que Daisan *el Bendito* hubiera sufrido y muerto en esta tierra y hubiera sido redimido por el poder de la Señora porque de todas las cosas sobre la tierra, solo él no tenía la mancha de la oscuridad, por ser hijo de Dios, ella que es la madre de todo lo vivo.

—No te enviarán a casa —dijo la madre Escolástica sin suavizar su expresión ni su tono en absoluto—. Cada uno será enviado a un lugar distinto. Esta mancha es una enfermedad que os ha afectado a todos vosotros a la vez. Un rebaño de ovejas se pierde con más facilidad cuando entre ellas hay una criatura imprudente y tonta, preparada para saltar por el acantilado mientras las demás la siguen. Lo que ahora sientes es solo una fantasía pasajera. Con trabajo duro en abundancia, aislamiento y oración encontraréis el camino de vuelta a la verdad. Podéis estar seguros de que los padres de dichos establecimientos a los cuales os enviaré estarán advertidos de la mancha que lleváis con vosotros. Os vigilarán cuidadosamente, y compasivamente, para comprobar que no contagiáis la enfermedad y que al final os curáis.

Ermanrich había empezado a lloriquear otra vez.

—¿Y qué pana con mi prima, Hathumod? —Se le había puesto la nariz de color rojo fuerte.

—Ella tiene su destino. No es cosa tuya. —Asintió con un gesto hacia Methodius, que levantaba la cabeza pidiendo silencio. Ermanrich se tragó sus gimoteos, estornudó y se limpió los ojos, Baldwin estaba temblando. Ivar no sentía nada excepto un cosquilleo en las rodillas; un lado de su pie izquierdo se le había dormido.

—Ermanrich irá a la abadía de Firseburg. Baldwin será uno de los hermanos de San Galle —Baldwin suspiró aliviado—. Ivar será destinado al monasterio fundado en recuerdo de san Walaricus, el mártir.

Ermanrich dio un grito ahogado.

—Pero eso está muy lejos en el este, en las zonas fronterizas.

—No —murmuró Baldwin—, está todavía más lejos. Está en el territorio Rederii, fuera del reino.

—Calla —dijo la madre Escolástica, con un tono más amenazante por lo bajo de su tono de voz—. No se os ha dado permiso para hablar.

—Sigfrid —continuó el hermano Methodius con el mismo tono de voz frío— se quedará aquí en Quedlinhame, bajo nuestra supervisión.

Enviados a los cuatro vientos: Ermanrich al oeste, en lo más profundo de Varingia, Baldwin al sur a las montañas de Wayland y él al este más allá de las zonas fronterizas en zona de los bárbaros, una zona peligrosa en el mejor de los casos.

—¿Y qué pasa con Tallia? —preguntó Sigfrid. Levantó la mirada de sus manos, su expresión era firme. De todos, Sigfrid era el más escéptico y el que estaba más

afectado, y sin embargo la fe que tenía era probablemente inquebrantable. ¡Ay, Señora!, pensó Ivar con una fuerte aprensión, ¿qué sería del pobre Sigfrid sin que sus tres camaradas lo cuidaran?

Sin embargo, en este momento, la madre Escolástica miraba con buenos ojos a su novicio favorito, a pesar de que había desobedecido su orden de guardar silencio. Por muy austeramente que mirase a los demás, con su pelo tapado y su vestimenta esplendorosamente blanca rozando el suelo, con su torques dorada en el cuello para recordarles su poder terrenal y el anillo de abadesa en el dedo como señal del favor y la autoridad de Dios, su adusta cara se suavizaba cuando miraba a Sigfrid.

—Su destino no es asunto tuyo, muchacho. Ella no tiene cabida en este lugar. El rey puede decidir qué hacer con ella.

Sigfrid bajó la vista al suelo otra vez y no dijo nada más.

Ivar no sabía lo que pensar. Intentó pensar en Liath, pero el pensamiento se desvaneció. Hacía tiempo que ella había desaparecido, pero Tallia había permanecido. Tallia había querido quedarse y Liath no; ni siquiera había querido escapar con él. No tenía fe. Cuando pensaba en ella, recordaba con nitidez su misterio, porque su belleza era como ninguna otra que hubiera visto hasta ahora. Recordaba la calidez que irradiaba su mirada; sabía que todavía la amaba. Pero ¿no decía Daisan *el Bendito* que la lujuria era una forma de falso amor y que solo era el verdadero amor aquel cuya paz duraba hasta el final de los días? No era el cuerpo de Tallia con el que soñaba por las noches, sino la fiereza de su pasión. Quería agarrarse a un amor tan intenso.

Al otro lado de la puerta se oía murmullo de voces. La puerta crujió, se abrió y salió el hermano Methodius. Un momento más tarde, volvió junto con la hermana encargada de los huéspedes, una mujer normalmente imperturbable que ahora parecía nerviosa.

—Os suplico perdonéis esta interrupción, madre —dijo la hermana encargada de los invitados, mirando a las novicias con el ceño fruncido.

—No vendrías si no tuvierais una razón para ello. ¿Qué ocurre?

—¿Tiene conocimiento de que sus invitados enviaron a un criado esta mañana para que avisara de su llegada?

La madre Escolástica asintió con la cabeza. Cogió su pluma de búho y la colocó paralela a las hojas de pergamino en las que había estado escribiendo.

—¿Todo estaba preparado para ellos, como corresponde a su posición?

—¡Por supuesto, madre!

La abadesa levantó la vista, evidentemente sorprendida al ver que la encargada de los huéspedes estaba tan nerviosa por el tumulto que la había llevado allí, a este estudio, que no pudo responder con humor a esta pequeña misión.

—Descansa tranquila, hermana, no tengo ninguna duda de que ellos y su señora volverán al séquito del rey ¡Seguro! —miró al hermano Methodius y como una sola mente y dos cuerpos, ambos miraron a la puerta cerrada que conducía a la sala de la

vieja reina enferma—. Puede llevarse a Tallia con ella de vuelta.

—Y a Ivar también —añadió Methodius—, ya que al final volverá al este. Entonces podemos encargarla a ella que vele por la seguridad de la señora y su gente se asegurará de que llega a San Walaricus sano y salvo.

—Sí. Yo misma la prevendré de la herejía, y ella sabrá vigilarlo y mantenerlos aislados de los que son débiles de corazón que podrían verse tentados.

Ivar seguía oyendo voces afuera, una más alta que las demás, impaciente y asombrosamente alta en la quietud del claustro, en el que reinaban el silencio y la humildad.

La hermana encargada de los huéspedes señaló inútilmente hacia la puerta, incluso ahora que se abría otra vez.

—Pero ella espera afuera. Madre. Ahora. No pude disuadirla, aunque le dije que estabais hablando de un tema de suma importancia. Aunque nadie tendría más desparpajo... —al decir eso titubeó recordando la prudencia y las restricciones de una mujer cuya vida estaba dedicada a la Iglesia—. Dice que tiene otro asunto, un asunto urgente, con vos.

—¿Conmigo? —Era tan raro ver a la madre Escolástica sorprendida que Ivar se olvidó por un momento de sus problemas y sus deseos. ¿Asunto urgente?

La puerta se abrió. Ella no había esperado afuera. ¡Ay, Señora!, ¿no tenía ningún respeto por la autoridad de la Iglesia?

Entró a la cabeza de un tropel de sirvientes, caballeros, damas y ayudantes con magníficas vestimentas, una auténtica muchedumbre. Todos reían y parloteaban y entonces, demasiado tarde, recordaron el respeto debido a una temible abadesa que era también la hermana del rey. Todos se inclinaron de la misma forma, o se arrodillaron como debían. Todos menos ella. Ivar miraba fijamente con la boca abierta.

—¡Oh, Dios! —susurró Baldwin a su lado, con la voz casi inaudible—. Dios, por favor, líbrame de esto.

Era una gran dama de mediana edad, una mujer noble y delicada, vestida con gran pompa, casi como si fuera la hermana del rey. Tenía altura, fuerza, vigor y mucha plata en el pelo; sin duda tenía hijos mayores que el joven que estaba arrodillado en el suelo, y quizá un nieto además. No era feo y se movía con la arrogancia de un gran príncipe del reino con la misma facilidad que llevaba su ligera capa de verano, cuya orilla tenía un ingenioso bordado de pájaros y flores, sobre su túnica para cabalgar y sus mallas de trenzado dorado, pero no tenía un aspecto especialmente agradable. Sin duda le importaba poco si gustaba o no; los nobles como ella exigían respeto y el honor debido a su posición, ni más ni menos.

—¿Quién es? —musitó Ermanrich por el otro lado de Ivar.

—La margrave Judith —dijo la madre Escolástica de manera cortante. No inclinó la cabeza para saludar. La margrave Judith no hizo ninguna reverencia.

Baldwin hizo un ruido suave, como un grito ahogado, como si tuviera un hueso

en la garganta. Se había quedado pálido, aunque a Baldwin ni siquiera el miedo podía menoscabar su desafortunada belleza.

—Os saludo —continuó la madre Escolástica con la misma frialdad— y os ofrezco la hospitalidad de Quedlinhame. ¿Estáis aquí de camino al séquito del rey Henry? Me temo que la reina Mathilda está demasiado enferma para recibir visitas.

—Me entristece oírlo y rezaré por su pronta recuperación —la margrave Judith habló con el tono de una mujer que siempre obtiene lo que quiere cuando lo quiere—. Pero tengo otro asunto pendiente en Quedlinhame. En realidad, es un asunto que significa mucho para mí porque tengo suficiente edad, poder y herederos para hacer lo que me plazca en un asunto así.

La madre de Hugh. Ivar no veía ningún parecido con ella excepto la altura y la imperiosidad casi despectiva con la que se dirigía a la abadesa.

Baldwin se movió a su lado como una hoja zarandeada por un fuerte viento.

La madre Escolástica levantó una mano, con la palma para arriba, para animar a la margrave a que siguiera, sin embargo la margrave se volvió y, con la mirada fatídica con que un basilisco paraliza a su presa antes de atacarla, miró directamente a Baldwin.

—He venido —dijo— por mi novio.

Baldwin rompió a llorar.

Lavastine había elegido acampar en una colina baja aproximadamente a una legua de Gent. Se levantó con una mano sobre el hombro de Alain mientras ambos miraban los campos que hacía tiempo que se habían perdido con el trigo y la cebada a medio crecer intentando levantar las cabezas por encima de las malas hierbas y el césped. A lo lejos se veían rebaños de vacas y ovejas, pero todo se había desplazado bastante del lugar en el que estaba Lavastine. Los eikas sabían que estaban allí.

—¿Crees que los eikas nos harán esperar?

Lavastine no contestó inmediatamente. Abajo, los soldados habían empezado a cavar una zanja aproximadamente a mitad de la colina. Por encima de donde estaban ellos se oía el ruido de las hachas, a la altura de la colina, estaban cortando un bosquecillo de árboles.

—Mira allí —Lavastine señaló la disposición de las tierras que estaban ante ellos y los rebaños que se veían a lo lejos—, esas tierras se han dedicado en gran medida a pasto. Los eikas han convertido todas estas tierras de labranza en pastos. Es raro que se parezcan a nosotros en tantas cosas y al mismo tiempo sean tan distintos. —La costa oriental era azul grisácea, con nubes surcando el horizonte y retazos de niebla que subían por la orilla del río, rodeando los muros de la lejana ciudad y la torre cuadrada de la catedral—. Ven.

—Padre, ¿es acertado que asista a un Consejo de guerra? ¿Y si el príncipe eika ve mi vida en sus sueños como yo veo la suya cuando duermo?

A espaldas de Lavastine se ocultó el sol por el horizonte, delimitado por las copas de los árboles que se veían en lo más alto de las crestas que señalaban el comienzo de un país montañoso que estaba por encima de la planicie del río. Los fuegos ardían, el humo subía en espiral hacia el cielo, un faro evidente que indicaba su presencia. Alain olió la carne que estaban cocinando y, al recibir esa aguda llamada en sus sentidos, podía oír el silbido del fuego y saborear los jugos que goteaban y hacían crepitar la madera, que ardía convertida en carbones al rojo vivo. Las moscas se arremolinaban sobre los restos de la matanza del ganado y él se movía e intentaba quitárselas del brazo antes de pararse; el montón de basura estaba bastante alejado de la vista del pabellón del conde. El Quinto Hermano le había otorgado el don de tener unos sentidos prodigiosamente agudizados, como los que tenía, con ese intercambio de sangre de hace tantos años, otorgando a Alain la capacidad de soñar fragmentos de

su vida.

Lavastine había estado mirando hacia el este, examinando la ciudad, que ahora estaba casi perdida dentro de una calima compuesta a partes iguales de niebla y penumbra. Su sonrisa era tan escasa como el brillo del lejano río.

—Asistirás al consejo como corresponde a un joven caballero que algún día tendrá la responsabilidad que detenta el conde de Lavas. —Al hablar en este tono, Alain supo que era mejor no discutir.

Caminaron juntos de vuelta al pabellón, donde los capitanes de su ejército lo esperaban bajo el toldo. Lavastine se sentó e hizo una seña a Alain para que se sentara en la silla de campamento que estaba a su derecha. Todos los demás estaban de pie, incluso *lord* Geoffrey, cuya sosa mirada ponía nervioso a Alain.

Alain estudiaba a los hombres, y una mujer, que estaban alineados ante ellos. El capitán de Lavastine estaba sin moverse a la izquierda del conde, por supuesto, era un hombre digno de confianza y un buen soldado. *Lord* Geoffrey se había desenvuelto bien junto a su primo hacía dos años cuando vencieron la amenaza de los eikas en la costa noroeste; seguramente pudiera hacerlo todavía ahora que había mucho en juego. *Lord* Wichman tenía meses de experiencia luchando contra estos eikas, aunque era impaciente y arrogante y estaba irritado por el gobierno de Lavastine, bajo cuya autoridad aun así se encontraba. El capitán de la obispa Constance, enviado en su lugar, era un hijo de la condesa de Autun; *lord* Dedi era un hombre de edad similar a la de Lavastine, de aspecto cansado, lacónico, y con mano firme sobre sus soldados. La duquesa Liutgard de Fesse había enviado a una prima lejana con una tropa de soldados de caballería. Esta joven mujer tenía una mirada aguda como el filo de una espada y se había metido al menos en tres peleas de puñetazos de camino aquí; en una de ellas le rompió la nariz a un joven caballero borracho, perteneciente al séquito de Wichman, que la había preguntado por qué luchaba en lugar de dedicarse a criar hijos. Alain sospechaba que *lord* Wichman la admiraba, aunque por supuesto no podía importunar a una dama noble con un tema tan nimio en cuanto a las consecuencias como podía hacerlo a una hija de un patrón.

En un segundo plano había algunos sargentos que comandaban unidades de *milites*, hacendados concentrados como infantería. Uno intentó matar una mosca.

Lavastine silbó y los grandes perros negros se acercaron. El viejo *Pánico* se tendió sobre los pies del conde mientras *Fervor*, *Gozo*, *Miedo* e *Incólume* dieron con el hocico en sus manos para que les hiciera una caricia en la cabeza antes de que finalmente se acomodaran. *Pesar* y *Rabia* se sentaron cada uno a un lado de Alain, y *Buen Humor* se tumbó dejándose caer sobre las botas de Alain. Así dispuestos, parecían un séquito formidable.

El conde miró a Alain, quien había colocado sus manos sobre las rodillas vestido de malla, callado durante un momento, mientras encontraba la mirada de cada uno de los capitanes que estaban en su consejo. De corazón fuerte, o por lo menos insensato, ninguno de ellos se resistió nunca a esa mirada... Solo Alain.

¡Ay, Señora!, ¿era prudente para él sentarse en este consejo y escuchar los planes de Lavastine? Pero no se atrevía a ir en contra de los deseos de su padre, incluso aunque significara que el Quinto Hijo pudiera usar lo que él había aprendido aquí en contra de Lavastine y su ejército. Incluso si eso significaba que el príncipe eika podía ver la mirada inteligente, equilibrada de sus sueños de esta noche.

Después de haber tomado la medida a sus capitanes, Lavastine siguió.

—Sabemos que un grupo de los clanes eikas mantienen la ciudad bajo el liderazgo de su jefe, Corazón Sangriento. Después de lo que hemos oído de *lord* Wichman, que ha luchado contra ellos con valentía durante estos pasados meses... — se calló para señalar al joven caballero, quien se acicaló al ser mencionado y miró de soslayo a *lady* Amalia para asegurarse de que ella había oído— y por el testimonio de los refugiados y de nuestros exploradores, debemos asumir que los eikas nos superan en efectivos. También debemos asumir que Corazón Sangriento también lo sabe.

—No hemos visto ningún explorador eika —contestó *lady* Amalia— porque los habría alcanzado y los habría atravesado como perros que son, si hubiera visto alguno.

Wichman gruñó.

—No os habéis encontrado con ningún eika, ni con sus perros. Que no hayamos visto ningún eika no significa que no haya ninguno.

—¡La magia y la ilusión! No he visto algo así, ni creo que exista. Los salvajes no pueden controlar la magia.

—¡Pronto lo verás, *lady* Dida!

Lavastine levantó una mano y pidió silencio, aunque Wichman se movió impaciente, escuchando solo a medias, mientras pensaba amargamente en la atrevida y orgullosa *lady* Amalia, quien no se dignaba mirarle. Su atención estaba reservada para el conde.

—Corazón Sangriento también sabe que esperamos al huésped de su majestad, el rey Henry, que llegará pronto a buen paso, Dios mediante. Creo que Corazón Sangriento no retirará su ejército mientras todavía crea que podemos explotar estas tierras y por todas estas razones debemos estar atentos y confiar en que nos esperan grandes hazañas.

Miró a sus capitanes y después a los sargentos que estaban de pie callados a sus espaldas.

Durante la noche, debemos cavar una empalizada. Quiero que todos trabajen por turnos durante la noche, hasta que tengamos una empalizada de tierra y una zanja bien profunda que nos proteja contra un ataque de los eikas. Los que no estén trabajando deben descansar. Nuestra victoria vendrá de la solidez de nuestro corazón, la fuerza de nuestros brazos y la bendición de Dios, que nos sonría en nuestra empresa y nos conceda el triunfo en este lugar. —Al decir esto, Lavastine se levantó en señal de despedida—. Id a vuestros puestos. Me dirigiré otra vez a vosotros antes de que acabe la noche.

Lord Geoffrey dudó cuando se marcharon los demás.

—¿Es adecuada esta forma de proceder? Deberíamos atacar por sorpresa o retirarnos y esperar al rey Henry. Eso sería prudente.

El conde esperó en silencio, reprochándole hasta que Geoffrey empezó a tener aspecto de no sentirse a gusto.

—¿Reconoces mi liderazgo, primo, o lo rechazas? —preguntó de repente.

Sonrojado, Geoffrey se arrodilló.

—Cabalaré a vuestro lado, mi señor.

—Entonces ve por donde yo diga.

Geoffrey asintió con la cabeza en señal de aquiescencia y, mirando por última vez a Alain, se fue. Solo quedaron Lavastine, su capitán, y Alain.

El capitán se acercó al conde con cuidado, vigilando de cerca de los perros, pero estos solo le gruñían débilmente y no se movían.

—Sabéis, mi señor, que cuando habla mi cabeza lo hace desde la honestidad de mi corazón.

—Por esto confío en vuestro consejo —contestó Lavastine, y con una mueca mínima levantó las comisuras, tan cerca como nunca lo estuvo de mostrar que se divertía—. Seguid.

—Os aconsejo que os retiréis a Steleshame, y esperéis allí al rey y su ejército. Entonces, si unís vuestras fuerzas, los eikas no podrán luchar contra nosotros.

Lavastine y su capitán tenían una buena estatura, aunque el capitán tenía los hombros anchos y la complexión robusta de un hombre que ha andado mucho y extraído mucha madera. El viejo *Pánico* se puso a su lado, gimoteando en la mano del capitán, y Alain supo entonces lo valiente que era realmente el capitán, porque no se resistió.

—Siéntate, *Pánico* —dijo Lavastine—. Creo que debes estar en el consejo. Siento gran respeto por vuestro conocimiento sobre la guerra, capitán, pero no sabemos lo lejos que está de nosotros el rey Henry, ni si se dirige a Gent. He pedido que por algún milagro podamos dar la bienvenida al rey aquí en el campo, pero dado que eso es bastante poco probable, debemos esperar aquí hasta que venga o hasta que triunfemos con nuestra fuerza. He dado mi palabra de tomar Gent.

—Mi señor —el capitán tosió, parecía estar incómodo, quizá porque los perros esperaban tan cerca de él. Miró a Alain, entonces pareció que enrojecía y apartó la vista. *Buen Humor* gimió y golpeó con el rabo—. Mi señor, os suplico que no sea su cabeza la que salude al rey desde los muros de Gent. Un voto se puede romper si la vida y la tierra están en juego.

—No —Lavastine se volvió para echar un vistazo sobre la planicie del río. Estaba lo suficientemente oscuro para ver el brillo del río o los lejanos muros de la ciudad, pero la luna salió, llena, brillando en la neblina que envolvía el Este—. El valor de un juramento es mucho mayor que los regalos mundanos de la vida y la tierra. Te diré más cosas antes del amanecer. Ve ahora a tu campamento y ten fe.

En ese momento, el capitán inclinó su cabeza obedientemente.

—Mi señor conde —dijo a Lavastine, y entonces, se dio media vuelta y dijo—. Mi señor Alain. —Sin más palabras, se marchó.

¿Era sensato en realidad sentarse ahí a esperar al rey habiendo innumerables eikas en Gent? El consejo del capitán parecía prudente a medida que caía la noche y la brisa procedente del río comenzó a soplar. Una esquina del pabellón se soltó y empezó a ondear; un sirviente se apresuró a atarla de nuevo.

Pero el conde parecía saber lo que estaba haciendo. Siempre lo sabía. Tenía el don de la conciencia clara y la convicción absoluta en su opinión; y en la mayoría de las cosas, comprobó que tenía razón.

Lavastine se volvió a Alain como si se le hubiera olvidado completamente la conversación previa.

—Alain, quiero que supervises las defensas aquí en la zona central del campamento. Desde lo más alto de la colina todas las tropas a mi mando pueden ver mi banderín. Todos se reunirán aquí si el día se malogra.

—¿Si las cosas se ponen mal para nosotros? Pero pensé que querías que esperáramos hasta que llegara el rey Henry.

—Así es —la expresión de Lavastine se envolvió mientras miraba la neblina de la tarde. La enorme luna había sobrepasado la neblina baja y ahora bañaba el cielo oriental con su luz. Alain solo pudo reconocer unas cuantas estrellas brillantes—. Pero los eikas saben que estamos aquí y no les faltan los recursos necesarios para la batalla. Debemos estar preparados por si nos atacan. Si caigo, entonces nuestros soldados os seguirán a vos.

—¡Si tú caes!

Lavastine hacía como si no le hubiera oído.

—Si golpean en el centro y se rompen la muralla y la zanja, entonces formad con la infantería en un muro de escudos, lanzas y hachas. Contra un muro así, los eikas entrarán como lo hace el oleaje en un acantilado. Si el muro protector se rompe, ¿me oyes, Alain?

—S... sí padre. —Estaba escuchando, pero con horror más que nada.

—¿Tienes miedo hijo? —preguntó el conde, más amable.

—S... sí padre. No te mentaría, incluso en ese aspecto.

El conde tendió la mano y con un gesto raro, extraño, tocó a Alain en la mejilla, fue un roce más que una caricia, casi como si estuviera acariciando a uno de sus amados perros.

—No hay que avergonzarse de tener miedo, Alain. Solo hay vergüenza cuando dejas que el miedo empañe tu buen juicio. Ahora, escucha atentamente. Tú y los hombres que están aquí en el centro, protegeréis el banderín. Si la señora nos acompaña, sabrás que estoy siempre contigo. Dejaré que montes a *Graymane*. Yo cabalgaré con el ruano castrado.

—Pero ¿dónde estarás? —preguntó Alain, confundido y preocupado por estas

órdenes.

—Ahora voy a inspeccionar los campamentos y el trabajo en la zanja y la muralla.

Las antorchas ardían abajo en un círculo a mitad de camino, rodeando la colina que se alzaba como una burbuja desde los campos que había abajo. Los hombres cortaban las piedras para reforzar la muralla de tierra a conciencia, en un silencio salpicado de órdenes breves, una risa repentina o un gruñido ocasional. Alain oyó, lejano como las moscas, el golpe de las palas sobre la tierra, como se dispersaba la tierra lanzada sobre la muralla que sería su primer baluarte frente al ataque de los eikas.

—La zanja y la muralla nos protegerán —murmuró Lavastine colocando una mano sobre el hombro de Alain y la otra en la gran cabeza de *Pánico*—, pero son nuestros corazones, nuestra firmeza y nuestra inteligencia lo que nos conducirá a la victoria. Recuerda eso, Alain.

Dejó a Alain con los perros, llamó a sus sirvientes y fue a inspeccionar su ejército.

Alain llamó a los perros y los ató en un círculo fuera alrededor del pabellón, a todos menos a *Pesar* y a *Rabia* que estaban sentados tranquilamente a su lado. Después, se quedó de pie durante un instante, mirando la luna llena. ¿Eran esas formas desiguales que se veían por el este el perfil de las murallas y las torres de Gent? Si se dormía volvería a ver la ciudad. ¿Qué aprendería de él el Quinto Hijo? ¿Qué le había dicho Lavastine que Corazón Sangriento deseara saber?

—Perdonadme mi señor Alain —el capitán de Lavastine apareció ante él e inclinó la cabeza en señal de respeto—. Los hombres trabajarán por turnos toda la noche. Cuando amanezca, deberíamos haber terminado la muralla y el foso, aunque no estoy seguro de que podamos confiar del todo en que esto sea así. Ya habéis visto a los eikas, mi señor. Y también habéis luchado con ellos y habéis matado a unos cuantos. —Sonrió al recordar la escaramuza del otoño pasado, y sus alabanzas reconfortaron el corazón de Alain y le infundieron valor. El capitán no había estado mucho tiempo al lado de Lavastine porque quería ganarse el favor para sí mismo devolviéndole las alabanzas. Lavastine no toleraba a los tontos y los aduladores; no le hacían ningún bien—. Aunque suplico a nuestro Señor que eso no ocurra. No estoy seguro de que los eikas no se reúnan alrededor de esa muralla como los ratones en el granero. Bueno, vuestro padre el conde sabe lo que hace. —No lo dijo para tranquilizarse, sino con completa confianza—. Dejaremos tres puertas para las tropas a caballo, cada una bloqueada por carromatos. Todo se está desarrollando según lo previsto. Os aconsejo que descanséis un poco, mi señor. Cuando llegue la batalla, necesitaréis, sobre todo, tener la cabeza despejada.

Alain asintió con la cabeza.

—Muy bien, capitán —dijo, pero las palabras sonaron pobres. Se sentía indefenso y, lo que era peor, inútil. Muchos de los hombres eran veteranos de numerosas

campañas contra los eikas. Aquí, después de una única batalla en la que había matado a un guivre que ya estaba herido y probablemente muriéndose, y una escaramuza en la que había sido incapaz de asestar un golpe y encima le habían elogiado por el que mató, era el segundo al mando, si bien estaba supervisado por un viejo veterano.

Como la cota de malla que llevaba, el peso de esta responsabilidad recaía con fuerza sobre sus hombros. Pero no tenía a nadie en quien confiar, excepto el Águila, y Lavastine la había enviado a ella y a un pequeño grupo de vuelta a buscar al rey Henry. ¡Ay, Señora!, no podía ni siquiera proteger a la pobre Liath.

—Vamos, mi señor —dijo el capitán, quien no se había movido todavía—. Recuerdo cuando era un muchacho. No tiene sentido preocuparse por la marea que se acerca, porque vendrá lo quieras o no. «Limitate a irte de la playa», eso es lo que mi viejo padre me decía siempre.

Alain no podía evitar sonreír.

—Como decía mi tía... —se calló porque todavía le dolía hablar de la tía Bel, que ya no era su tía, pero el soldado solo asintió con la cabeza y señaló a Alain que la entrada al pabellón estaba abierta y los sirvientes lo esperaban para atenderle.

Ahora tenía esta responsabilidad. Era el hijo y heredero de Lavastine y esta noche y en los días venideros, si los eikas atacaban o esperaban, ese era su deber.

Se despidió del capitán y entró con *Pesar* y *Rabia* pegados a los talones. Se tumbó en un camastro, todavía con la malla y el tabardo, con el yelmo, la espada y el escudo a su lado. Detrás del pabellón escuchó cómo resoplaban los caballos, ese grupo de jinetes al mando del capitán que se quedaría con él en la colina. Su mano, que caía por un lado fue a descansar sobre la cabeza de *Pesar*. *Rabia* gimió, dio unas vueltas y se acomodó.

Quizá no hubiera ninguna batalla. Quizá si Henry llegaba a tiempo, si pudiera conseguir la paz mediante un trato entre Henry y Corazón Sangriento. Quizá el Quinto Hijo soñara también con la paz.

Pero la paz no llegó a sus sueños.



Maltratado y todavía débil por la pérdida de sangre, estaba sentado tan en silencio como la piedra, atado con las cadenas y escuchaba el consejo de guerra que mantenían los eikas. Sus seis perros lo rodeaban. Arañaban el suelo de piedra, notando el alboroto. Sangre y muerte. A veces, como en esta ocasión, Sanglant, se preguntaba hasta qué punto tenían entendimiento los perros, lo inteligentes que eran. Aunque no tenían voz, no actuaban de forma mecánica, pero no tenían la inteligencia de los hombres o de los dueños eikas.

Corazón Sangriento consultaba con su hijo, el que estaba castigado.

—Un ejército —dijo Corazón Sangriento.

—Mucho menos numeroso que el nuestro, si mis sueños son realidad, y creo que lo son.

—Eso crees —dijo Corazón Sangriento—. ¿Qué estandarte lleva este ejército a la cabeza? ¿El del rey? —Se inclinó hacia delante con las garras extendidas, su enorme cara con cicatrices era un reflejo de hierro y sombras. El olor de su anticipación empapaba la asamblea de soldados eikas.

—Perros negros sobre un campo plateado —dijo el hijo—. Un águila roja. Una torre con cuervos.

Sanglant cerró los ojos tratando de aguantar el dolor. Si se movía en el suelo para encontrar una postura más cómoda, la piedra rozaba su piel en carne viva. Sus heridas se habían curado, los perros las habían limpiado chupándolas, pero el toque de la magia Aoi había erosionado sus sentidos de alguna forma, de manera que cada vez que su piel tocaba la piedra o la áspera piel de los perros, o el duro metal de sus cadenas ardía como el fuego por su cuerpo. Cada olor, incluso el suyo, le hacía tambalearse; cada olor de la comida que podía recoger de la basura que Corazón Sangriento y sus hijos tiraban a un lado le producía náuseas.

Perros negros en un campo plateado. Debía de ser el conde de Lavas. Eso lo recordaba todavía. Un águila roja, Fesse. Una torre llena de cuervos, su tía Constance, si todavía presidía el obispado de Autun.

Pero no el rey Henry.

Movió los hombros para probarles. Al notar este movimiento, los perros gruñeron suavemente.

Corazón Sangriento suspiró y volvió a sentarse.

—Eso dicen también mis exploradores. Entonces el jefe de este ejército no es el rey. No está mal. El rey viene o eso es lo que dices. Y yo lo noto, como una podredumbre que respiran mis huesos —al sonreír, sus dientes con joyas incrustadas refulgieron con la luz que entraba por las ventanas de la parte occidental. Miró al prisionero—. Pero no llegará a tiempo. Un pequeño ejército, el primero que nos molesta —tocó la flauta de hueso de su cinturón y la sacó poniéndosela en los labios—. Me comeré poco a poco cada pequeño ejército, mientras vayan llegando y dejaré a los perros que luchen por los restos.

—Todos menos tú. —De repente dio en el brazo al hijo, el cual dio un salto hacia atrás y después tuvo que apartar a los perros que estaban gruñendo, el grupo de Corazón Sangriento, que seguían siendo leales a él y no a Sanglant.

Los perros del príncipe eika se echaron hacia delante, enseñando los dientes, pero él les dio una patada y todos fueron sentándose despacio mientras Corazón Sangriento los veía jugar entre sí con júbilo.

—¡Tú! Volviste sin mi permiso y por lo tanto no olerás la sangre en la próxima batalla. Así que te quedarás aquí, todavía castigado, para vigilar mientras tus hermanos de carnada se lanzan a la gloria de la matanza.

El hijo no cuestionó esta opinión, pero la expresión de su cara afilada era reveladora antes de que se retirara con el acompañamiento de los alaridos y abucheos de sus hermanos.

Corazón Sangriento se rio, acomodándose bien en su trono. Levantó la flauta y empezó a tocarla mientras, a lo lejos, en la amplia nave, el roce, el canto y gruñido de los eikas preparándose para la batalla llenaban la bóveda que retumbaba con sonidos tan complejos como los de una congregación cantando un himno.

Fuera, como un eco cadencioso, los tambores empezaron a sonar.

Al amanecer Liath y diez jinetes más armados con lanza y escudo se dirigían al sur la mañana después de la destrucción del barco eika en la desembocadura del río. Cabalgaban por el bosque y las tierras en barbecho, muchas convertidas en pastos y otras perdidas después del incendio del pasado año. Junto a un arroyo que caía por la ladera al río Vesper pararon a beber, para que pastaran los caballos y a comer.

Enseguida se extendieron hacia el interior para evitar encontrarse con las patrullas de eikas. El áspero terreno que estaba por encima de la llanura fluvial era una zona en la que se hacía difícil andar. Se adentraron demasiado en el bosque, que ahora estaba separado del fondo del río por los acantilados, para ver el río o cualquier señal que les indicara que se aproximaban a Gent.

Cuando se pararon al caer la noche, el capitán de caballería lo llevó a un lugar apartado.

—¿Cuánto queda hasta Gent? —preguntó.

—No lo sé. Un día o dos de la desembocadura del río, eso es lo que nos dijo la señora Gisela, pero en Steleshame nadie que haya hecho el viaje solo ha sobrevivido y ahora estoy pensando que la excursión de un día que mencionaron de Gent al mar era en barco, a favor de la corriente.

Los que hicieron las escaramuzas habían venido del condado de fuera de Autun, y juraron lealtad a la obispa Constance. Ahora, sonriendo con astucia, el capitán Ulric señaló la luna llena que estaba saliendo por un agujero entre los árboles.

—Si podemos ir por donde haya suficiente luz para ver, quizá podamos avanzar algo más esta noche. No me gusta cabalgar solo. Dios sabe que los eikas podrían salir de detrás de cualquier árbol.

Así pues, después de descansar, continuaron su camino, nerviosos y vigilantes.

Fue una noche larga.

En la calma que precede al amanecer, cuando la luna se va ocultando bajo los árboles, avanzaron a tientas por una pista llena de maleza y llegaron a una vivienda de un granjero que había ardido.

—Reconozco este lugar —dijo Liath, murmurando entre dientes. Los condujo a una pradera que estaba más allá de lo que quedaba de los edificios y allí, en el claro, tuvo la luz suficiente para distinguir el paisaje.

—¡Esta es la entrada de la cueva! —Exclamó—. ¡Mirad allí! —La luz que se veía

por el este bordeaba el acantilado con un débil resplandor pero su ladera rocosa todavía estaba cubierta por la oscuridad—. Desde lo alto se ve la ciudad. ¿Quién viene conmigo a la cueva? Necesitaré una tea para entrar.

Ninguno de los hombres parecía tener ganas de seguirla a la cueva, pero el capitán Ulric eligió un voluntario, dejó a seis hombres con los caballos y cogió otros dos para subir por el risco con él.

—Vamos Erkanwulf —dijo a su compañero, un hombre joven escuálido con el pelo claro—. No puedo creer que te dé miedo la oscuridad.

—¡Ay!, bueno, señora —dijo educadamente, aunque la voz le temblaba débilmente—. No me da miedo la oscuridad. Pero mi buena madre me dijo que los antiguos dioses huyeron a las cuevas cuando los diáconos y los *fraters* llegaron a nuestro país y los echaron de los pueblos y los cruces de los caminos y los círculos de piedra. ¿Cómo puedo saber que eso no ocurrió en esta tierra también?

—No vi que te estremecieras al luchar con los eikas, amiga. Te las arreglaste tu sola en la orilla del río.

—Lo hice, pero ellos son salvajes ¿no? Y pueden morir como tú y yo, así que no hay ningún motivo para temer a los que son mortales. —Notó que su tono era algo risueño, pero era difícil de ver—. Supongo que a menos que tenga un hacha y tú no. —Se rio, quizá al recordar al sargento Fell. Pero siguió a Liath animosamente mientras ella se abría paso entre los arbustos y encontraba la entrada a la cueva.

Golpeando con el pedernal sobre la roca, Erkanwulf hizo una chispa y encendió la tea empapada en brea al entrar. Contuvo el aire, viendo cómo la llama se encendía chisporroteando. ¿Podía haberlo encendido ella tocándolo con la mano? Todavía era demasiado peligroso intentarlo.

El joven ya se había adelantado, haciendo uso del fuego.

—Mira aquí —la llamó por encima de su hombro para que se acercara, su sombra se retorcía por las paredes a medida que iba adentrándose en la cueva—. No hay ninguna salida. No debe ser esta la cueva.

—No —se liberó de esta preocupación inútil, no podía revelar el misterio de su magia hasta que encontrara un maestro. Como papá decía siempre: «Recoge el trigo que está maduro, en vez de ver cómo crecen los brotes»—. Sé que este es el sitio. —Subía detrás de él y se paró. Todo era roca, una áspera pared de piedra que describía una curva por encima de ellos, cerrándolos en...

—... y aun así, ¿no se notaba en la pared ninguna vibración, una alteración en el muro de piedra?

—No —dijo mientras se desvanecía ante ella—. Mira, allí se puede ver la grieta en la pared. —Dio un paso adelante mientras Erkanwulf daba un grito ahogado.

—¡Estás atravesando la pared!

Encontró el primer paso con el pie, se colocó allí donde el aire soplaba en dirección contraria como un eco de las corrientes del río donde el Vesper se unía con el mar. Olió los pasadizos fríos y húmedos, la humedad de la antigua tierra, los restos

sagrados de los muertos que estaban en la cripta de la catedral y seguramente el repugnante olor de los eikas en la catedral junto con el de la sangre de todos los que habían muerto.

Sanglant y el pobre Manfred. El calor de la antorcha ardía a su espalda, miró de soslayo cuando él llegó a su lado.

—¡Por nuestro Señor! Nunca lo habría visto con las sombras tan adentro ¡Por la Señora de los cielos! ¿Crees que los viejos espíritus lo estaban escondiendo de nosotros?

Se dio la vuelta a tiempo para ver cómo él se echaba hacia atrás, con la cara dorada a la luz de la tea. Miró a su alrededor como si esperara a un desagradable duendecillo que descendiera en picado sobre él tras derribar al elfo y dispuesto a dejarle pasar volando. Ella se rio.

—No, amigo Erkanwulf. Recuerda, yo tuve la visión de santa Kristine y mientras viva no lo olvidaré. Creo que se escondió en la entrada para que solo los que lo necesitaban pudieran encontrarlo. Entonces, vamos. Tenemos noticias que llevarle al conde Lavastine...

—Y todavía tenemos que encontrar a su ejército —replicó el joven mientras la seguía al salir. Apagó la tea, la agitó para que la vieran sus compañeros que estaban esperando, y subió por el risco que estaba tras ella. Ella le oía cómo resoplaba y gruñía mientras se abría paso, resbalando por las piedras sueltas. ¿Era ese golpeteo su paso cansino?

Cuando llegó a la cima, se sintió afectada por el sonido que notaba alrededor como el soplo de la brisa lejana procedente del río. No era el retumbar de los pies, sino más bien el de los tambores de los eikas. ¿Cómo podía oírlos desde tan lejos, si no era porque la batalla ya había comenzado?

El capitán Ulric y sus dos compañeros se arrodillaron en el risco, mirando hacia el este, todos en la misma postura, con las manos tapándose para cubrirse los ojos del reflejo del sol que estaba saliendo. A sus pies, la colina caía abruptamente a la llanura fluvial. Al este, brillante como un cordel de joyas, estaba el río, pero aunque Liath sabía dónde debía de estar Gent, el brillo cegador del sol lo escondía.

—Mira, allí —dijo Erkanwulf, señalando el sudeste—. ¿Ves esa colina?

Esa colina. Estaba algo más al sur de donde estaban ellos y a menor distancia sobre la llanura fluvial. Desde esta altura parecía más un túmulo que una colina, sin árboles y desnuda en lo más alto, exceptuando los banderines y un puñado de casetas brillantes.

—Ese es el banderín de Lavas, y la torre de Autun —dijo Erkanwulf.

—¿Estás segura? —preguntó Ulric levantándose.

—¿Qué podría ser, si no? Como usted ya sabe, capitán, tengo una buena vista.

—Da gracias a Dios por ella —musitó el capitán.

La colina estaba lo suficientemente cerca para que aunque las figuras que se arremolinaban a su alrededor parecían pequeñas, pudiera ver con claridad los

terraplenes, como una diadema que lo rodeaba caía a medias por la ladera. El campamento de Lavastine estaba a más de una legua en dirección oeste-sudoeste de Gent. Ahora, a medida que el sol subía más por el horizonte, pudo ver la ciudad y el río que serpenteaba a su paso por ella, minúsculos botes como juguetes de niños aparcados en la orilla oriental.

—¿Gracias a Dios que todavía están aquí —preguntó—, o por que por lo menos estén? —Liath se tapó los ojos. Los tambores retumbaban en sus oídos como una tormenta que se avecina en el mar, como el latido del corazón del ejército.

Ulric se rio.

—Gracias a Dios que Lavastine no ha tomado la ciudad sin nosotros porque si no, se habría llevado él toda la gloria, y los impuestos de la ciudad en concepto de diezmo como recompensa.

Erkanwulf dejó escapar un suspiro.

—Me temía algo peor. Pensé que era igual de probable que hubiéramos visto al ejército muerto en la...

—Calla, muchacho —interrumpió Ulric, cogiendo el círculo de su pecho—. No da buena suerte hablar de esas cosas.

—Por lo menos, es un día pacífico —respondió Erkanwulf—. No puedes haber esperado eso.

—La calma antes de la tormenta —dijo Ulric en tono alarmante.

—¡Algo más como el trueno antes de la tormenta! —dijo Liath.

Nadie dijo nada más. Todos la miraron, confundidos, y después al cielo claro que tenían sobre sus cabezas.

—¿No lo oís? —preguntó de repente.

—¿Oír qué?

—¡Los tambores!

—¿Tambores?

Ninguno de ellos oía ni veía nada: en el lejano Gent, a una legua, las hormigas se arremolinaban en las puertas de la ciudad. Excepto que no eran hormigas.

En ese momento cerró los ojos y se tambaleó, movida por la sensación escalofriante de un mal presentimiento. Erkanwulf la cogió por el codo, y ella abrió los ojos, se soltó de él y habló con firmeza al capitán.

—Por mi ojo de Águila, os juro, capitán que veo lo que vos no podéis. Los eikas están saliendo de su ciudad para atacar al ejército de Lavastine. Debemos correr para prevenir al conde. ¡Ahora!

Quizá era el tono de su voz. Quizá eran las historias que habían oído en Steleshame de las horribles ilusiones que habían acompañado a los soldados eikas cuando los salvajes atacaron la propiedad. Quizá la habían oído contar la historia de Gent y luego la habían escuchado innumerables veces.

Nadie discutió, aunque Erkanwulf miraba fijamente al este, intentando ver lo que ella vio hasta que Ulric le cogió por el brazo y tiró de él.

—¡Vamos chico! ¡Ya has oído al Águila!

Nadie escuchó los tambores. Nadie vio venir a los eikas, nadie excepto ella. Era la única que podía prevenir a Lavastine y hacer que él se lo creyera.

CAPÍTULO 15



LA FURIA DE LOS EINAS

1

Alain se despertó al amanecer y salió afuera con dificultad, para encontrar a su padre relajado bajo el toldo y bebiendo vino. El conde había soltado a *Pánico* y el viejo perro descansaba la cabeza sobre la rodilla de Lavastine, mientras miraba con adoración a su dueño.

—¿Has descansado bien? —Lavastine le ofreció la taza a Alain.

—Muy bien —El vino le entonó el estómago y le dio fuerzas. *Rabia* gimió, olfateando hacia el este.

—¿Has soñado?

—Solo pesadillas de los eikas armándose. Como las langostas, estaban por todas partes. Pero el Quinto Hijo no se fue de la catedral.

—Parece que los eikas no tienen intención de atacar. Al menos no esta mañana. Todo está en paz.

—¡Mi señor! —El capitán se apresuró—. Se ha avistado un grupo de unos doce jinetes cabalgando con rapidez desde el norte.

Lavastine se levantó y se dirigió al extremo norte de la colina a grandes zancadas. Subió gateando a la áspera plataforma y desde allí pudo ver con claridad el terraplén que se veía abajo, rodeando la montaña y, hacia el norte, una docena o más de jinetes que galopan dirigiéndose a su posición. A medida que este grupo rodeaba a un par de escoltas que esperaban, un jinete aminoró la marcha para contar sus novedades. De repente, los exploradores se volvieron y siguieron al resto hacia la colina.

—Llevan algo de prisa —dijo Lavastine con tranquilidad. Hizo una seña a un sirviente—. Mis armas... y otro vaso de vino. —Al igual que Alain ya llevaba espada y malla.

—¡Es Liath! —Alain vio un reflejo de color escarlata en su capa de Águila.

Lavastine se inclinó hacia su capitán.

—Haz que el Águila se presente ante mí en cuanto entre en el campamento. Haz que los demás capitanes se reúnan —cuando se dio la vuelta hacia Alain, miró al joven con una seriedad que hizo que Alain se pusiera rojo por algo más que el vino, con una anticipación temible, un revoltijo en su estómago—. No importa lo que se diga o lo que se deje de decir, debes confiar en mí, Alain. Tu papel es defender esta colina. —Su mirada se volvió para abarcar los campos que se extendían hacia el este, hacia el río y Gent, que estaba en silencio y tranquilo bajo el nuevo sol—. ¡Qué

tranquila está esta mañana! —añadió con suavidad.

Abajo, aumentó el griterío, un alboroto de discursos animados y gritos. El capitán subió la colina, con Liath pegada a él. Su caballo estaba dando traspies y en cuanto desmontó, un sirviente se lo llevó.

—¡Mi señor conde!

Levantó una mano para pedir silencio y contó sus capitanes: *lord* Geoffrey, *lord* Wichman, *lady* Amalia, *lord* Dedi de Autun. Los sargentos ya se habían reunido.

—Águila, danos tu informe.

Lo dijo con tanta rapidez que Alain casi no pudo encontrarle sentido: ¿era una ilusión que parecía no serlo?, ¿atacaban otra vez los eikas? Al decir cada frase miraba al este, su expresión era tan transparente que Alain pensó que podía leer cada mínima mueca o apertura de ojos. No tenía tanto miedo de lo que decía que veía como de la repercusión que las noticias tendrían sobre los que la escuchaban.

Todos miraron. No podían evitarlo, su mirada atrajo la de ellos con fuerza hacia la llanura brillante y vacía entre su posición y la lejana ciudad de Gent.

No había nada allí, no había ningún ejército que corriera hacia ellos, no se oían tambores que avisaran de su avance.

Nada excepto la tierra en calma bajo el sol matutino.

—¡Ay, Señora! —dijo por fin, al ver sus expresiones escépticas.

Alain dio un paso adelante.

Al verlo, ella se dirigió hacia él como si estuviera suplicando. *Rabia* y *Pesar* gruñeron débilmente y se retiraron detrás de él, y el viejo *Pánico* gimió y huyó escondiéndose detrás de Lavastine.

—¡Lord Alain! Debéis creerme. Están a mitad de camino, al otro lado de las llanuras. Nos arrollarán si no estamos preparados, si no nos arrollan solo por el número de hombres. —Cogió el brazo de Alain. *Rabia* quiso morderla justo cuando Lavastine empezó a protestar ante esta libertad, pero Alain instó a *Rabia* a que se tumbara y con una mirada a su padre, consiguió que se callara—. ¿No lo ves? —Gritó, mirando al este.

Dijo algo entre dientes.

—Os lo ruego, Dama de las Batallas, dejadme ver con su vista. Dejadme ver con lo más profundo del corazón, no con la apariencia externa.

Con el calor de finales del verano, a menudo entraban olas de calor que hacían que los campos y las rocas parecieran ondulados. Como ahora, una deformación de los campos, una imagen borrosa y cambiante, polvo que subía en una neblina para empañar el sol...

¡Allí! Corriendo a un ritmo trepidante llegaban los bandos de la guerra de los eikas, los tambores resonaban en sus espaldas, sus escudos eran una mezcla de azul y amarillo. Ya habían cubierto tres cuartos de la distancia que había de la ciudad al campamento; la neblina de polvo señalaba su paso. En total había una docena de unidades o más, cada una estaba marcada por lanzas decoradas con plumas, huesos y

tiras de tela hechas jirones trenzadas en serpentinas. Cada unidad tenía muchos más de cien eikas y todos tenían perros que trotaban junto a ellos.

—¡Que Dios tenga piedad! —exclamó Alain—. ¡Son al menos tres veces más que nosotros!

—¡Allí no hay nadie! —se burló *lady* Amalia.

—Y no hay ninguna ilusión —añadió *lord* Wichman.

—Esa es la ilusión —dijo Liath, su tono era irregular cuando miraba a Alain con la esperanza brillando en los ojos.

Wichman gruñó.

—¡Ay!, tengo experiencia con estos eikas —empezó—, y siempre hubo alguna vista aterradora... —él titubeó cuando el conde Lavastine se puso al lado de Alain.

—¿Qué ves, hijo? Como los demás, no veo nada.

Alain solo podía susurrar.

—Es verdad. Lo que dice es verdad.

—Esto no es lo que yo había planeado —dijo el conde, como si hablara para sí mismo. Entonces, sin cambiar la expresión, se volvió a su capitán—. ¡A las armas! ¡Tocad el cuerno! —El capitán hizo una seña, y enseguida se oyó el estruendo del cuerno, una nota alta reflejada en débiles ecos a poca distancia de los lejanos acantilados. El campamento recuperó la vida mientras los soldados se preparaban para la batalla y guarnecían tanto la muralla externa de la base de la montaña, como la interior cerca de la cima que hacía uso de la ladera para conseguir mejores resultados.

Entonces, y solo entonces, los ojos del conde se abrieron atónitos mientras miraba hacia el este. Su expresión se endureció al examinar la marea de eikas. Colocó una mano en el hombro de Alain y en lo que duran tres inspiraciones permanecieron así juntos, mientras los eikas salían en tropel pasando por los campos. Al final, se dio la vuelta incluso mientras los capitanes pronunciaban juramentos o contenían los gritos ahogados, por fin vio a través de la ilusión. Ya podían oír el gruñido de los perros eikas y los aullidos de los eikas gritando. Los tambores se estremecían como los truenos que atraviesan el aire.

—¡Mis capitanes! —Lavastine llamó su atención y la mantuvo con su mirada y su postura. Un sirviente subió al lado de la plataforma y le entregó su casco y una copa de vino. Él pasó esta copa a todos los reunidos allí.

—Hay más eikas de los que esperaba, pero no está todo perdido. Nuestro plan sigue siendo el mismo. Alain, quédate en la colina. Tú y el grueso de nuestro ejército, que está en la colina, sois el yunque. Yo y la caballería seremos el martillo. Si lo hubiéramos sabido antes, tendríamos más oportunidad de cogerlos desprevenidos por detrás, pero nuestra única esperanza es utilizar la caballería para destrozarnos en el campo. Reúne a nuestros jinetes. —Todos bebieron un sorbo de la copa, prometiendo su valor y su fuerza, y partieron. Solo el capitán de Lavastine y el Águila se quedaron, junto con los sirvientes personales de Lavastine, que estaban armados y

preparados con escudos enganchados a la espalda y las lanzas en la mano.

—Alain —tocó la copa con sus labios y se la entregó a Alain—. Volveré contigo con el grupo de los eikas y me reuniré contigo allí. La gracia de Dios esté contigo, hijo. Confía en nuestro capitán, que estará a tu lado. Confía en tus instintos. Has nacido para ser soldado.

Se inclinó y besó a Alain en la frente. Aturdido, Alain solo pudo ponerse de rodillas ante el conde y cogerle la mano para besarla.

—No te arrodilles ante mí —dijo el conde irritado, levantándole—. Eres mi heredero y no debes arrodillarte ante nadie que no sea Dios.

—No te fallaré, padre —dijo Alain, sorprendido de poder emitir alguna palabra.

—¡Por supuesto que no lo harás! Águila, ayúdame.

Liath miró por encima del hombro, pero solo una vez, y se apresuró a correr detrás del conde. Los perros ladraron, agitando las colas de alegría, se agruparon alrededor de Alain mientras veía cómo partían.



La caballería se reunió en la cara occidental de la colina, escondida del asalto de los eikas, o eso dijo Liath. Intentó calcular cuántos eran, quizá trescientos en total. Detrás, la infantería que se había quedado en la colina como mucho duplicaba este número. Mientras bajaba por la colina con el conde, él le preguntó por el otro tema.

—La desembocadura del río está cortada. Un barco eika ya ha sido destruido. Encontramos el túnel.

Lavastine observaba cómo las unidades formaban bajo sus estandartes: los perros negros de Lavas detrás de él, el águila rojo de Fesse detrás de *lady Amalia*, *lord Wichman* y sus hombres a la cabeza del león de oro de Saonia, *lord Dedi* con la torre del cuervo de Autun y el guivre de Arconia.

—¿Cuánto hay de aquí hasta el túnel?

—Vi a los eikas salir por las puertas de Gent y aun así yo he llegado antes que ellos. —Al acercarse al lugar donde estaban los eikas escuchó el ruido de los tambores y un pequeño estruendo estremecedor—. Está justo al pasar ese risco. —Levantó la mano para señalar— Pasado el pequeño bosque.

—Lo has hecho bien, Águila.

Levantó una mano, viendo cómo se colocaba su caballería.

¡Ay, Señora! Si el conde hubiera esperado en Steleshame, quizá Henry habría venido. Tuvo un plan y, aun así, como ocurre a veces con los planes, se había malogrado. Había planeado encontrarse con los eikas en la batalla en el campo, obligándoles a actuar al colocar las máquinas de guerra y después cortándoles la retirada con su caballería mientras su infantería utilizaba el túnel para entrar en la

ciudad, pero ahora ocurría lo contrario. Su infantería estaba inmovilizada; abandonar sus caballos y dirigir a sus soldados de caballería a pie, a través del túnel hacia Gent condenaría a los que estaban en la colina a ser aniquilados. Sin embargo, seguramente la ciudad se había vaciado de eikas. Un ataque por sorpresa desde atrás podría tomar la ciudad y probablemente aguantar frente a un ejército eika que estaba colocado a las puertas, pero, para entonces, ese ejército habría llevado a cabo su horripilante tarea en el campamento de Lavastine, un campamento dirigido por su único hijo.

Su gente miraba expectante, cuando él se paró antes de salir a cabalgar. Esperaron, trescientos caballos fuertes desplazándose, agitando las lanzas contra el cielo y la colina que se avecinaba.

Bajó la mano y, en silencio, excepto por el ruido de los cascos, avanzaron moviéndose mucho para comprobar que tenían todo el espacio posible para maniobrar. Encima de ellos, desde la colina, un ruido de gritos seguido por el choque del movimiento de las armas que resonaba por todo el valle como un trueno.



El rugido del grupo de los eikas superó incluso al repiqueteo enfurecido de sus tambores mientras iban acercándose. Alain se quedó en lo alto de la colina para poder ver a todo su ejército.

—¿Qué es eso? —preguntó, entrecerrando los ojos mientras miraba a Gent. A él le parecía que ardía una cúpula de fuego sobre la ciudad que la ocultaba, pero seguramente no podía existir algo así; debía de ser el sol brillando en sus ojos.

Desde abajo llegó la llamada para que dispararan, pero la primera descarga de flechas tuvo poco efecto frente a los enormes escudos redondos o las duras pieles de los eikas. Solo tumbaron a unos pocos, entre ellos a un puñado de perros. Las flechas se alojaron en sus brazos o cuellos o vibraron en sus cinturones de malla brillantes, las «faldas» metálicas tejidas con cientos de anillos de bronce o hierro entrelazados, pero a pesar de ellas siguieron adelante.

En respuesta lanzaron una descarga de lanzas, hachas y piedras desde las filas traseras incluso en el momento en el que las unidades de los primeros eikas trepaban por las murallas. Los hombres estaban preparados detrás de la tierra y los escudos.

Los eikas que iban en primer lugar saltaron la zanja hacia los muros de tierra y la emprendieron a golpes con los palos de la empalizada. Unos cuantos camaradas intentaron deslizarse entre los palos, poniendo los escudos de soslayo, pero las lanzas atravesaron sus axilas o sus estómagos y murieron sentados a horcajadas en la muralla de tierra. A la izquierda un grupo de eikas empujaba con fuerza las estacas de madera, con las lanzas con la punta de hierro obligando a retirarse de la muralla a los escuderos. Los hombres de armas con lanzas volvían a batirse en duelo y un pequeño

grupo de arqueros se reunieron detrás de los hombres de armas y acribillaron a los eikas con flechas.

Otros grupos de eikas salieron por todas partes, intentando cubrir la muralla en todas direcciones. Dado que la ladera sur de la colina estaba empinada, los eikas tenían dificultades para maniobrar ladera arriba. Desde su plataforma, fuera del alcance de las flechas y las lanzas, Alain vio a los hombres lanzando rocas y tirando troncos para que rodaran y tiraran las filas de eikas. La ladera norte tenía un grado de inclinación más suave y en ella los eikas avanzaban presionando con fuerza contra la puerta norte, hecha con carromatos tumbados en un hueco de la muralla. Un eika armado con un garrote provisto de una hoja de piedra dio un brinco al carromato que se interponía ante la puerta y golpeó a un hombre con tanta fuerza que el golpe destrozó el escudo del hombre y lo tiró al suelo de rodillas. Del pecho del eika ya sobresalían dos flechas. Una docena de lanzas y de espadas lo hirieron. La criatura saltó de nuevo, con los brazos abiertos como si volara. Un soldado levantó su lanza y el peso de la caída del eika hizo que la lanza entrara limpiamente en el pecho mientras el lancero caía bajo su peso muerto. Detrás de él se encaramaron más eikas, gritando y bramando.

—¡Allí! —gritó Alain cuando se abrió un hueco en la defensa oriental, pero el capitán ya había actuado enviando reservas para tapar el hueco. ¿Había algo que él pudiera hacer? ¿Solo ver cómo los demás luchaban, sangraban y morían?

Por el muro norte, al mando de lo que quedaba de la infantería de *lord* Wichman, un sargento hábil con una gran lanza estaba apostado cerca de la puerta. Su portaestandarte saltó hacia delante y atrás gritando palabras de ánimo de las Sagradas Escrituras y en un momento dado lanzó el estandarte a la cara de los eikas para confundirlos mientras los otros se lanzaron con hachas y espadas sobre él.

Parecía una eternidad el tiempo que Alain estuvo allí, conteniéndose. Su padre le había dicho que esperara hasta el momento propicio. Si actuaba demasiado pronto, no habría reserva cuando realmente fuera necesario. Era peor quedarse allí y mirar. Si estos hombres que estaban muriendo para protegerlo sabían que no podía asestar ningún golpe en la batalla y que en la guerra era un cobarde, ¿darían sus vidas tan gustosamente por su estandarte? ¿Se merecía su respeto y confianza?

Desde la muralla oriental el sonido de la madera astillándose indicaba que se había roto el muro de la empalizada. Muchos troncos, debilitados por los golpes de hacha y espada o sacados por los eikas, se rompieron o cedieron cuando el peso de la carga de los eikas presionó para entrar en el campamento. Al sur todavía se mantenía la fila, pero en la ladera norte los carromatos que bloqueaban la entrada habían sido destrozados. Un grupo de perros de los eikas saltó entrando por el hueco y sobre estos hombres, que ahora formaban un muro protector mientras intentaban cerrar el hueco.

Dos perros cargaron contra el estandarte del león dorado de Saonia. El portador del estandarte lo tiró para utilizarlo como lanza y con una maza en su mano derecha contraatacó, pero un perro lo esquivó con destreza y derribó al hombre mientras el

otro cogía el estandarte con los dientes y lo agitaba sin parar. El hombre seguía negándose a ceder el estandarte. Estaba tumbado, indefenso, con su mano izquierda agarraba el palo del estandarte y con el brazo derecho repelía.

—Lord Alain —el capitán subió a la plataforma. El caballo de Alain, el caballo castrado gris favorito de su padre, llamado *Graymane*, esperaba pacientemente a su lado—. Coged a vuestros hombres e id a la puerta norte. Yo los echaré de la puerta situada al este.

Al final se había tomado una decisión. Alain montó y levantó una mano, la única forma de comunicarse en medio de la batalla. Cargó con una docena de hombres y dos perros.

En la puerta norte, el peso de los eikas rompió la fila de escudos. Los hombres se tambalearon hacia atrás dejando un amplio hueco lleno de eikas y sus perros. Entonces llegó un eika, sonriendo a Alain con la furia de la batalla, los dientes tenían gemas incrustadas y su pelo, blanco como los huesos, estaba trenzado con una espesa cuerda. Alain le apuntó con la lanza y atacó, pero fue como un juego, como un sueño sin furia, sin fuego; cargó por sus hombres que morían repeliendo a los eikas, nada más y nada menos.

El eika se mantuvo firme y en el último instante golpeó la lanza echándola a un lado y fue a clavarle la lanza con la punta de piedra en el cuello del caballo.

Alain dio un fuerte tirón de las riendas hacia un lado y la punta de la lanza le pasó por las crines al caballo, golpeando el hombro derecho de Alain en su cota de malla. El mango de la lanza se astilló. El golpe dejó a Alain temblando, su escudo dio en la cara al eika mientras caía. Cayó, golpeando el suelo, sacando el aire de los pulmones. Un grupo de perros saltó sobre él, mordiéndolo, rompiéndole el escudo, arañándose y saltando sobre él. Solo su malla lo salvó. Intentó alcanzar su espada, pero estaba enredada debajo de él. Intentó rodar, pero un enorme perro baboso aterrizó sobre su pecho, tumbándole y arremetiendo sobre su garganta. *Pesar* llegó el primero. El peso de la inercia de la carrera hizo que golpeará al perro eika apartándolo a un lado y *Pesar* siguió atacando, mordiéndolo y arañándolo, haciendo caso omiso de un corte profundo que tenía en su gran cabeza negra. Entonces *Rabia* entró rápidamente, silencioso e infalible, y el perro eika cayó herido de muerte, temblando, con la piel abierta por una docena de sitios, su vida se iba perdiendo en la sangre que caía a la tierra.

Pesar ya había tomado medidas drásticas y atacó la garganta de otro perro, retorciéndole su gran cuello hacia delante y hacia atrás, hasta que el perro eika murió de un espasmo.

Entonces cargaron los demás perros, una masa de pieles negras y fieras que nublaron la vista de Alain. Consiguió ponerse de pie, sacando su espada. Tenía el rostro surcado de lágrimas bajo su casco.

—Dama de las Batallas, no me abandones. Te lo suplico.

Nunca había tenido tanto miedo. *Pánico* ladró para advertir de algo y Alain casi

no pudo volverse, estaba de rodillas y se levantó justo a tiempo de parar el hacha de un eika con su escudo, pero volvió a caer de rodillas. Una lanza le pasó rozando, venía de detrás, y golpeó la cara del eika, destrozándole los dientes de gemas engarzadas. Llegó su guardia, formando alrededor de él, gritándose los unos a los otros, llamando a Alain para que volviera. Con un golpe de hacha uno de los hombres amputó la mano de un eika por la muñeca, y aunque la criatura intentó retirarse, gritando de dolor, la presión de los demás escudos le obligó a volver hacia Alain.

Alain lo golpeó débilmente, de forma más irreflexiva, que en su defensa. ¡Ay, Señora!, el salvaje estaba indefenso, desarmado, con la sangre de color verdoso saliendo por la herida. El lancero atacó de nuevo, golpeando al eika en la garganta y acabando con él. Al caer, con la sangre chorreando sobre los pies de Alain, atacaron dos más. Alain solo podía esquivar los ataques, aguantar con fuerza el ataque de los eikas mientras sus hombres con las lanzas y las hachas atacaban a su alrededor.

—Atrás, *Lord Alain* —gritaron—. ¡Detrás de nosotros!

Llorando de vergüenza, fue hacia atrás tambaleándose, los perros lo siguieron entre las piernas de su guardia. El muro de escudos se abrió para dejarle entrar entre sus filas.

Por toda la cara norte, la fila que había en la muralla cedió hacia el centro, y en todo el campamento las tropas de Lavastine cedieron desde el muro para hacer frente a la marea de los eikas.

Alain rezó por que su padre llegara pronto.

La caballería pesada formó en tres filas abiertas, a veinte pasos una de otra, con Lavastine y su banderín en el centro de la fila principal. Una fila de casi cien jinetes se abrió, rodeando la colina. Liath iba detrás de Lavastine. Al principio avanzaron al trote por la cara norte de la colina. Cuando se vio totalmente al enemigo, se lanzó a la carga la primera fila y a continuación la segunda y la tercera.

El estandarte de Lavas fue todo el camino hasta las filas de atrás de los eikas. Las lanzas iban en lo alto, golpeando escudos y cabezas, atravesando la fila de los eikas por un centenar de sitios. El Lavastine, que iba al frente, cargó hacia delante, el acero de su espada brillaba iluminada por el sol matutino cuando la levantaba entre un ataque y otro. La segunda y tercera filas se desplazaron con gran estruendo a sus espaldas, asesinando a los eikas, que ahora, tras el primer ataque, estaban más desorganizados. Liath seguía a Lavastine y a su guardia y, cuando la carga disminuyó, envainó la espada y sacó su arco. Al principio cayeron pocos jinetes, pero, a medida que la carga disminuía, los eikas empezaron a concentrarse alrededor de cualquier jinete que se hubiera separado de sus compañeros en el ataque y estas pobres almas eran arrancadas de sus caballos y desaparecían en las garras de los horribles eikas.

Lord Wichman seguía adelante, habiendo aprendido esta lección de los eikas. Había pequeños grupos de sus hombres, bajo el banderín de Saonia, que siguieron presionando para avanzar más, hasta que llegaron a rodear el lado oriental de la colina. *Lady Amalia* y el que llevaba su estandarte también habían continuado adentrándose en el ejército eika; pero, a medida que las tropas de Fesse se paraban por la fuerte resistencia, ella y su portaestandarte siguieron adelante hasta que se quedaron solos luchando, una isla en medio de un mar de eikas.

Allí, Liath los vio, el estandarte del águila rojo de Fesse con un pequeño grupo de soldados que rodeaban a *lady Amalia*, todos golpeando con furia mientras, uno por uno, sus caballos se tambaleaban y caían o ellos mismos eran derribados de sus caballos. Su caballo negro atizaba y golpeaba tanto a eikas como a perros; *lady Amalia* estaba sentada con firmeza detrás de ella. Había perdido tanto la lanza, como el escudo, y ahora golpeaba a diestro y siniestro con su espada, con tanta fuerza que su ataque era su escudo.

El banderín de águila rojo se tambaleó y se arrugó, ahogado por la marea, y un rugido de triunfo se alzó en el grupo de los eikas. Al fondo, el león dorado de Saonia

no paraba, mientras Wichman y sus hombres atravesaban los pequeños huecos que había entre los grupos de eikas, asesinando a su paso; y después volvían y cargaban de nuevo en el medio, para rescatar al águila rojo.

Lavastine había conseguido recuperar a sus jinetes y ahora se habían reagrupado. Detrás de ellos, *lord Dedi*, con un tabardo negro y bajo el estandarte de la torre de los cuervos, lanzó una carga entre las filas de los eikas que intentaban volver a formar, tambaleándose cuando el peso de los caballos los llevó a retirarse.

Dado que Liath no tenía armadura, se mantenía alejada de lo más intenso de la lucha. Unos pocos eikas cargaron contra ella, pensando quizá que un arquero era una presa fácil, pero todos cayeron muertos con el pecho atravesado.

Al este estaba Gent, silenciosa. Sus puertas permanecían cerradas, bien cerradas, y con su ojo observador vio cómo el corazón triunfante de Corazón Sangriento se regodeaba. Los estandartes eikas que ondeaban por el campo no eran los suyos; no caminaba por esta tierra sangrienta. Ella lo sabía. Él esperaba y observaba con su magia, mientras los eikas luchaban por él. ¿Qué necesidad tenía de probar su fuerza en el campo de batalla? Ya había matado al príncipe Sanglant, el mejor de ellos. Eso eran nimiedades, ratas que podía aplastar con el pie mientras esperaba a su verdadera presa, el rey.

A su izquierda algo se movió. Se libró de estos pensamientos desmoralizadores y rápidamente apuntó, tiró y mató a un eika que iba a atacar. ¿Formaba esto parte de la magia de él, para desanimar a sus enemigos cuando notaban que se regodeaba por su triunfo inminente? ¿No era todo una ilusión, poder proyectar tu voluntad sobre otros para hacerles ver lo que quieres que vean?

En la colina, el grupo de eikas era el más grande. No vio ni rastro de Alain ni de su guardia excepto el estandarte de infantería que todavía dominaba lo más alto de la colina. ¡Ay, Señor! Las murallas estaban plagadas de eikas. La caballería no había roto las filas de atrás de la carga de los eikas, solo la habían detenido en algunos puntos. Incluso cuando Lavastine dio la señal de volver a cargar, ella sabía que su ataque había perdido las fuerzas, que los que estaban atrapados en la colina no podían recibir ayuda.

La carga avanzó pesadamente, ganó velocidad y Liath se agachó mientras pasaba con gran estruendo por las filas de la retaguardia. Al fondo, un contraataque de *lord Dedi* había dejado libre un claro, y Lavastine cabalgaba de prisa hacia él con su primo a su lado y sus hombres detrás de él.

El estandarte de Fesse había desaparecido bajo el mar agitado de los eikas. Al fondo, el león dorado de Saonia se reagrupó y cargó de nuevo, solo para retirarse rápidamente, reagruparse, cambiar de posición, y cargar de nuevo, lentamente, siempre hacia el este hasta que el banderín estuvo entre los eikas y la ciudad.

El estandarte de Lavas junto con el de *lord Geoffrey*, Liath y la mayoría de los hombres finalmente llegaron a terreno abierto, pero cuando Liath se dio la vuelta para mirar respiró entrecortadamente. Lavastine, quizá involuntariamente, quizá forzado

por la presión, estaba detrás con media docena de hombres, atacando como un loco a su alrededor. *Lord* Geoffrey lo llamó, pero su voz no era más que un ruido insignificante en medio del alboroto, como el ruido que hace el agua al verterlo en una taza comparado con el ruido que hace una cascada.

Un perro eika cargó bajo el caballo de Lavastine, rasgándole el vientre, y el caballo saltó al aire, momento en el que tres lanzas le dieron en el pecho. Lavastine se hundió bajo las olas.

Sin dudarle, Geoffrey y sus hombres cargaron precipitadamente contra los eikas, su ataque fue tan fuerte que la fila exterior de eikas fue pisoteada. Los eikas que rodeaban a Lavastine, lanzados sobre su presa, cayeron bajo una lluvia de cortes y pinchazos.

Liath miraba fijamente con una flecha suelta en su mano, mientras Geoffrey cogía a su primo detrás de él e iba a un lugar seguro. El casco de Lavastine tenía dos profundas abolladuras. Lavastine se deslizó, cayendo por detrás del caballo, forcejeó con su casco, y después se lo quitó y lo lanzó al suelo enfadado. Tosió y cogió aire. En la parte izquierda de su cara, donde la almófar de malla le cubría la mejilla, le corrían riachuelos de sangre allí donde los aros metálicos le habían golpeado en la piel con el acaloramiento del golpe.

Un soldado trajo un caballo sin jinete y el conde se subió a él.

Lord Dedi, que ya se había reagrupado, fue hasta él.

—¡Conde Lavastine! Que Dios se apiade. Pensé que os habían cogido.

Dos tropas de eikas formaron en unidades bajo sus temibles estandartes y se fueron al galope detrás de los jinetes que se batían en retirada.

Lavastine echó un vistazo a todo el campo.

—¿Dónde está Corazón Sangriento? —preguntó. En su expresión se notaba que estaba enfadado, después se fue calmando para concentrarse profundamente mientras estudiaba el caos que tenía ante él. De la caballería, solo los dos grupos que estaban con él ahora y el lejano estandarte de Saonia seguían cabalgando.

—Ay, Señor —respiró—. ¿Está todavía mi estandarte en la colina?

Todos, Liath, *lord* Geoffrey, *lord* Dedi, los hombres que estaban a su alrededor y el último de todos, Lavastine, limpiándose la sangre de los ojos, se dieron la vuelta. En lo más alto de la colina, el palo del estandarte que estaba encima de su caseta se partió en ese instante y cayó en medio de un ataque eika.

Lord Geoffrey se echó hacia delante.

—Primo, el día es de Corazón Sangriento. Reunamos a nuestros efectivos y retirémonos para unirnos a Henry. Podemos evitar una derrota aplastante de los hombres que todavía quedan en la colina y proteger su retirada hacia el oeste si nos desplazamos hacia allí.

—¿Dónde está Corazón Sangriento? —preguntó Lavastine otra vez, y miró a Liath.

Ella señaló Gent.

—Que el día está perdido es una ilusión —dijo con la voz quebrada—. Una ilusión obra de Corazón Sangriento, que es un mago. —Le caía sangre de la cabeza, tiñendo su pelo, y una de sus manos chorreaba de sangre de una herida que tenía en el brazo—. Debemos tener fe.

—¡Fe! —gritó Geoffrey—. La prudencia nos habría venido mejor. ¡Si hubiéramos esperado al rey en Steleshame!

—¿Durante cuánto tiempo? ¿Con qué provisiones? Nuestras provisiones se acaban, y esta tierra está agotada por la guerra y la negligencia. No, Geoffrey, hice lo que en su momento me pareció lo mejor. Ahora debemos hacer lo único que podemos. Debemos atacar desde atrás o todo estará perdido, incluido lo que más me importa. —Miró otra vez a la colina, donde la lucha se había recrudecido y el estandarte ya no estaba, y después apartó la vista como para quitarlo de su cabeza. Solo mediante ese pequeño gesto, Liath pudo darse cuenta de lo importante que era su hijo para él. *Lord* Geoffrey se estremeció como si le hubieran echado una reprimenda.

—*Lord* Dedi —continuó Lavastine. Su voz tenía la confianza enérgica de un hombre que no tiene nada de qué preocuparse en este mundo y ningún tiempo que perder.

—Coge a tus hombres y rodea la colina para unirte a Saonia. No dejes que los eikas vuelvan a las puertas de Gent. Geoffrey, coge la mitad de los hombres de Lavas, el estandarte y a los de Fesse que puedas reclutar y reúnete con *lord* Dedi. Los demás, conmigo. —Su mirada, tensa como la cuerda de un arco tensada, se encontró con la de Liath—. Águila, ¿cuándo tiempo deben mantener a raya a los eikas para que nosotros podamos tomar las puertas desde dentro?

Miró al cielo, calculando la altura del sol.

—Como mínimo, hasta el mediodía.

—Que así sea. Espéranos en las puertas. Si no aparecemos, salva a los que puedas y reúnete con Henry. Que Dios te acompañe.

El ruido de los jinetes que marchaban a cumplir su nueva orden pasó rodeándola como el agua del río aquella noche en el Vesper.

—Águila —dijo Lavastine. La sangre manchaba su cara y su pelo. En su mejilla había cardenales. Detrás, el sonido de los tambores vibraba con fuerza en el campo, mientras el golpeteo de las armas, y los gemidos y gritos tanto de los hombres como de los eikas se alzaba como un espectro intangible, que provenía del campo de batalla. El conde levantó una mano para preparar a sus tropas, las que se iban con él, pero no retiró la vista de Liath.

—Adelante, Águila. Encomendamos nuestra victoria a tu vista.

Poco después del mediodía, un mensaje se extendió por la columna que formaba el ejército de Henry, originando un murmullo perceptible de alegría y miedo.

—¡Hai!, ¡hai! —gritó el mensajero, que no era otro que el Águila preferido de Henry, Hathui, al bajarse del caballo, al lado del carromato en el que iba todo el avituallamiento clerical. Tenía una voz fuerte que se oía con facilidad en todo el séquito de carromatos, que ahora tambaleaban al pararse, mientras sus conductores detenían a los bueyes y los caballos, y se inclinaban para escuchar. El sirviente de Rosvita se paró y puso una mano en la nariz de la mula en la que iba. Los demás clérigos, montados en burros o caminando al lado de ella, también se pararon.

—Un escolta ha dicho que ha empezado la batalla a las afueras de Gent. El séquito debe seguir viajando hasta allí tan rápido como pueda antes del anochecer, mientras el ejército va por delante.

—¡Águila! —Rosvita llamó la atención antes de que pudiera seguir cabalgando—. ¿A qué distancia estamos de Gent?

La aguda mirada del Águila examinó a la clériga y después, de repente, la mujer de la zona fronteriza se rio con astucia.

—Me temo que demasiado lejos. El explorador que llegó cabalgando había cogido un caballo de su camarada, para que pudiera cambiar de uno a otro y llegar antes. Aun así, al llegar, ambos caballos venían dando traspiés. Ella supone que la batalla comenzó sobre las Tercias y desde entonces, ha tardado ese tiempo en llegar hasta aquí con dos caballos. —El águila miró al cielo de forma reflexiva. Rosvita entrecerró los ojos, haciendo un gesto de dolor por el fuerte resplandor del sol. La Sexta ya había pasado, aunque no se había parado para cantar los salmos—. Hace más de tres horas —murmuró. Y en verano había más horas de luz.

—¡Cuando era niña, manejaba un bastón torcido! —dijo la hermana Amabilia de repente. Hizo girar su bastón en las manos de forma bastante convincente para ser una mujer que había pasado los últimos diez años de su vida como clériga estudiosa.

—Entonces es mejor que os quedéis atrás con el séquito —dijo el Águila, que ya estaba mirando al frente, intentando avistar la reserva que iba detrás de los carromatos detenidos—. Si por alguna funesta casualidad, los eikas escapan a nuestra red y giran para atacar a los que os habéis quedado detrás del ejército principal, la niña Hipólita necesitará defensores robustos. Debo partir, hermana —saludó con la

cabeza a Rosvita y siguió cabalgando.

Había agitación por todas partes, con los conductores, los sirvientes y los guardas hablando al mismo tiempo. Pero al final, la fila se puso en marcha de nuevo. Enseguida volvió a pasar el Águila con gran estrépito a la cabecera de la fila. Después de ella, pasó Villam y la reserva de caballería. Se detuvo cuando pasó al lado de Rosvita y, una vez más, su sirviente tranquilizó a su mula para que pudiera hablar con la margrave.

—Dejo a mi infantería, unos cien hombres para que os protejan. Poned vuestros carromatos en un círculo si no habéis llegado a Gent al anoecer y por la mañana, seguid. No continuéis bajo ningún concepto a la desbandada. La princesa Hipólita estará a vuestro cuidado.

—Id con Dios, *lord* Villam —dijo Rosvita, haciendo la señal de las Unidades para bendecirles a él y a sus soldados—. Que la victoria llegue antes de que se ponga el sol.

—Ojalá lleguemos allí antes de que se ponga el sol —murmuró Villam. Hizo una seña al capitán, quien dio la orden de ponerse en marcha. Enseguida, Villam y su caballería se adentraron también en el bosque mientras los carromatos seguían avanzando. La infantería de reserva avanzó y su capitán los desplegó por el séquito del carromato, de la forma que Rosvita imaginaba que los arrieros rodearían un gran rebaño de ganado en las tierras salvajes, protegiéndolos de los lobos.

Inmediatamente, la soledad se convirtió en algo extraño, inquietante y molesto. A dos días de viaje, pasado Steleshame, había dejado de oír los lejanos ruidos que delataban el paso del grupo que iba en vanguardia y los de la reserva de detrás. En ese momento al dejar de oírles, se dio cuenta de que no estaban.

—¡So! —Un grito que provenía de los exploradores de la avanzadilla—. ¡Hay un grupo delante!

Un grupo inquieto de sirvientes los esperaba a ambos lados de la calzada. Así pudo darse cuenta Rosvita de lo lejos que la duquesa Liutgard y la princesa Sapientia habían hecho que llegaran sus grupos, incluso marchando a un ritmo normal. Los hombres y mujeres allí reunidos los saludaron con alivio y explicaron que su grupo constaba de aquellos que no eran combatientes, que por una razón u otra habían ido en el grupo de cabeza con el ejército principal. Y lo que es más importante, incluía a los sirvientes personales de Sapientia, con su pabellón ambulante, y su hija, la valiosa niña cuya existencia le concedía a Sapientia el derecho a gobernar después de Henry.

El *frater* Hugh no estaba entre ellos.

Rosvita encontró a uno de los sirvientes de repente, un monje llamado hermano Simplicus quien había llegado con él desde la abadía de Firseburg. Se apoyó en un árbol un poco apartado de los demás y se peinó con nerviosismo su fina capa de pelo. En el suelo, a sus pies, había un arcón de hermosa talla con una piedra metida bajo una esquina, para que pudiera cogerlo con facilidad por un lado cuando llegara el momento de levantarlo.

—Hermano —le llamó ella, indicándole que debería acercarse a ella. Le costó algo de esfuerzo avanzar hasta llegar a ella; no era un hombre grande y tenía también los ojos de conejo de un hombre a quien las pequeñas preocupaciones han hecho de él alguien nervioso.

—¿Dónde está el padre Hugh? —preguntó amablemente.

Con un gruñido volvió a soltar el arcón, haciendo una mueca mientras lo levantaba sobre un pie.

—Se fue con el ejército —moqueaba. Miró alrededor y después se limpió con la manga y se movió con nerviosismo bajo su mirada—. Le supliqué que no lo hiciera, hermana. Soy consciente de que una clériga debería estar en paz y... —En ese momento flaqueó, llegando evidentemente a la conclusión de que no quería reprenderle por su fracaso al no evitar que este noble de clase alta hiciera lo que ya había decidido hacer—. Pero se puso la cota de malla, el casco y su espada a la espalda, y se fue cabalgando al lado de la princesa.

—Sin duda, el *frater* Hugh sabe manejar las armas —dijo, intentando reconfortarle. Con algo de dificultad apartó su mirada del arcón—. Incluso en la batalla su presencia puede servir de contrapeso a la princesa, si necesita consejo. Más de un clérigo o clériga han luchado cuando la necesidad así lo ha requerido.

Pero sus pensamientos no estaban en la batalla, al menos no en ese momento. Por alguna extraña razón, se le vino a la cabeza el comentario que la hermana Amabilia hizo hace algunos años: «¡Las plumas de un pájaro pueden cambiar de color, pero el ave es la misma!». Y sonrió.

—Hermano Simplicus, espera el momento oportuno mientras cabalgamos. Coloca tu arcón en el carromato para que puedas caminar más ligero. Parece que es una pesada carga.

¡Ah!, estuvo tentado. Reconoció la mirada. Miró al arcón y se estremeció cuando se desplazó más pesadamente sobre su pie, mientras el otro extremo estaba sobre el terreno arcilloso. Primero se pasó la mano por su escaso pelo, después se rascó con nerviosismo la barbilla afeitada mientras miraba el bosque con cautela y finalmente jugó con las dos delgadas cadenas de oro que colgaban de su cuello.

—Me pregunto —comentó Rosvita de manera informal— si tras esos árboles se esconden guerreros eikas. Desgraciadamente, me temo que podrían abalanzarse sobre nosotros en cualquier momento.

Él se puso en marcha, con un miedo que casi daba risa; no, se reprendió a sí misma, por no tener ninguna buena razón para sentir miedo.

—No, no me atrevo hermana —dijo por fin—. El padre Hugh me encargó que no lo soltara en ningún momento.

—Bueno, entonces —dijo señalando al capitán. El séquito dio un bandazo hacia delante.

Pero, por supuesto, se cansó después de un rato. No parecía ser un hombre fuerte, quizá estuviera mimado por el escaso servicio que debía hacer como criado personal

de Hugh. Al final, mientras se tambaleaba mirando de un lado a otro y su cara transmitía un miedo incomprensible de que si se quedaba atrás, iba a sufrir una muerte terrible a manos de los eikas o los bandidos o cualquiera de las otras criaturas que pueblan los bosques por la noche, con paciencia intentó que metiera el arcón en el carronato. Siempre iba pegado allí con una mano agarrando siempre el borde, algunas veces para comprobar que el arcón no había desaparecido, otras para descansar su peso y tener algún respiro mientras iba resoplando. No le ofreció subirse al carronato o a uno de los ponis aunque sobraban unos pocos.

Así siguieron a un ritmo constante, pero la pista estaba en mal estado y era estrecha, y, después de todo, los carronatos no podían moverse tan rápidamente como los soldados y los caballos.

Llegó el anochecer, y el capitán encontró un claro adecuado para pasar la noche. Supervisó los carronatos mientras los arrieros los colocaban en círculo, consiguiendo una robusta fortaleza con ellos. El ganado se metió en el centro y entre el olor fétido del estiércol de los bueyes y los caballos, los arrieros, los mozos de cuadra y los criados aterrorizados por estar tan lejos, pero aliviados por estar en un valle de paz relativo, montaron un campamento espartano. Rosvita dirigió a los clérigos en la oración de las Vísperas.

Los sirvientes de la princesa Sapientia trabajaron eficazmente y con rapidez para preparar su pabellón. En este cobertizo instalaron al niño. En el breve espacio de tiempo entre las Vísperas y las Completas, Rosvita fue a presentar sus respetos.

La pequeña Hipólita descansaba plácidamente en los brazos de su apocada cuidadora. Tenía una mirada demasiado expresiva para ser tan pequeña, el pelo oscuro como su madre y los ojos tan azules como los de su padre. Tenía un gorjeo alegre en el que se notaba a partes iguales su satisfacción y algo de salivación. Tenía una especial predilección por agarrar cosas como dedos, joyas, rollos de tela, mangos de las cucharas y una vez el de un cuchillo, que le quitaron rápidamente antes de que pudiera agitarlo enérgicamente, mientras su sosa cuidadora chillaba, sus criadas se reían y Rosvita, finalmente y con suavidad, le quitó el peligroso cuchillo de sus dedos pequeños y gorditos.

—¡Eso, ella acabará con los eikas! —se reían los criados.

—Recemos por su seguridad —dijo Rosvita con seriedad y el ceño fruncido. Estaban lo suficientemente contentos para arrodillarse con ella mientras cantaba un breve oficio de Completa por la niña, para que tuviera la protección de la bendición de Dios durante la noche.

Entonces se disculpó y se retiró, viendo que sus órdenes se habían cumplido y su pequeña tienda de viaje ya estaba montada. Un criado había encendido un farol y lo había colgado del palo central desde el cual proyectaba sombras distorsionadas en las paredes de tela y la alfombra que estaba bien extendida sobre la pradera de hierba. La hermana Amabilia ya se había tumbado en su camastro y ahora roncaba débilmente. Los demás clérigos estaban fuera de la tienda reservada para ellos, sentados o de pie

alrededor del carromato mientras hablaban en voz baja, no exentos de nerviosismo.

Rosvita se abrió paso hacia los curanderos y pidió una infusión a una de las encargadas de las hierbas, algo para calmar los nervios y dormir. Solo tuvo que decir unas palabras para convencer al hermano Simplicus de que se la bebiera, y todavía quedaba algo para el hermano Fortunatus. Lamentaba engañar al hermano Fortunatus, pero, al contrario que Amabilia y Constantine, él no dormía profundamente.

Volvió a su tienda y se arrodilló ante su camastro durante un largo rato mientras rezaba a Dios para que la perdonara por lo que iba a hacer.

Cuando por fin salió de la tienda, el campamento estaba tan tranquilo como cualquier otro y la luna brillaba en el cielo.

El hermano Simplicus había elegido dormir fuera cerca del carromato, encima de su abrigo que estaba en el suelo. La noche era agradable y cálida. Con cuidado, se arrodilló a su lado y sacó sus dos collares: uno era un bonito Círculo de la Unidad de plata y el otro un minúsculo saquito de tela atado con una ramita de saúco y que olía a regaliz y a una especia cuya fragancia llegaba a la nariz de Rosvita, pero cuyo nombre no podía recordar. ¿Por qué iba a llevar un amuleto pagano un monje de la iglesia daisanita? Volvió a meter los dos objetos bajo sus hábitos.

No había ninguna llave. Hugh la llevaba consigo.

El cofre era realmente pesado, pero Rosvita era una mujer robusta, aunque su espalda ya no era tan ágil y fuerte como lo había sido. Lo arrastró al interior de su tienda y lo dejó caer sobre su camastro; el fuerte respaldo absorbió el golpe de algo pesado que golpeó el suelo.

Miró detrás de ella. La hermana Amabilia seguía roncando. Comprobó el asa. Por supuesto, estaba cerrado, pero ya se lo esperaba.

Con la luz del farol metió el cuchillo entre el asa y la cerradura. No se movió. Examinó la cerradura haciendo una mueca. Habían empujado una ramita de enebro hacia el interior como una llave. Escarbó con los dedos, agarrando las agujas resbaladizas, y la sacó. Al tocarlo la dolieron los dedos así que lo tiró blasfemando levemente y se llevó sus fuertes dedos a los labios, chupándose los hasta que cedió el dolor.

Se quitó el broche de la capa y probó a meter el alfiler en la cerradura. Era paciente y al final encontró el sitio adecuado en el que debía presionar. Se abrió con un suave *pum*. Enseguida volvió la vista, pero Amabilia seguía dormida sin moverse. Rosvita levantó la tapa.

El libro.

Estaba guardado en un hábito de lino sin teñir, encima de todo lo demás que había en el airón: una delicada túnica de hombre bordada y una elegante de seda de oro claro, algo raro para un clérigo, así como otros dos libros.

No obstante, no tenía tiempo de descifrar los títulos con esa escasa luz que le daba el farol. En ese momento, en ese lugar, no podía permitirse ser curiosa. Levantó el libro y lo dio la vuelta para que lo que estaba escrito en el lomo se viera a la luz del

farol: *Libro de secretos*.

Amabilia roncó y se movió en su sueño. Rosvita dio un respingo y se asustó. Con una mueca, envolvió el libro en el trapo de lino y lo metió debajo del camastro, después cerró el arcón y se puso un guante en la mano antes de coger la ramita de enebro y volver a meterla en la cerradura.

¿Había hecho magia precipitadamente? Sabía algo de magia y de hierbas, pero no lo suficiente para saber si el padre Hugh usaba su poder. ¡Que Dios sea misericordioso si lo hace!

Después se castigó por pensar algo así de un clérigo como Hugh. Él había demostrado su valor, si no como alguien casto, sí como buen consejero. Era erudito y de habla educada.

Y había robado un Libro de secretos.

—No es mejor que yo —murmuró. Se preparó, con las piernas dobladas y gruñó débilmente mientras cogía el arcón y salía afuera tambaleándose. Por alguna razón, ahora parecía que pesaba más.

Lo volvió a poner en el carromato, pasó la mano rozando por la cerradura y la madera para asegurarse de que no hubiera señales de que lo habían abierto, como podría comprobarlo el hermano Simplicus, y se volvió a su tienda.

No vio a ningún guarda, pero estarían apostados por todo el perímetro. El campamento permanecía en silencio, con los únicos ruidos de cualquier bosque por la noche; el suspiro del viento rozaba los árboles, el chirrido de los grillos, el misterioso ulular de un búho.

Solo la luna presenció su pecado.

Cuando Rosvita volvió a entrar en la tienda, la hermana Amabilia pestañeó mirándola y se frotó los ojos empañados, como para ver mejor.

—¿Qué hacéis, hermana?

—Solo estoy algo inquieta —dijo Rosvita—. Y he vaciado la vejiga, que la tenía llena. Vuelve a dormirte. Mañana tendremos que estar fuertes.

Amabilia bostezó, buscando a tientas su bastón para andar que estaba en el suelo a su lado y cuando lo encontró, tranquila, volvió a dormirse.

Solo estaba inquieta. Solo era una mentirosa.

Solo una ladrona.

Había pasado más de la mitad de su vida en la Iglesia y sirvió fielmente, y ahora estaba temblando a la sombra de un farol, en una tienda, de noche en medio de un bosque. ¿Era solo su imaginación o podía oír los aullidos de los eikas y los gritos de los hombres que morían transportados por el viento que movía los alerones de las tiendas y se enroscaban en los palos de la tienda?

—¿Hermana Amabilia? —susurró, pero no la contestó nadie.

Sacó el libro de debajo de su camastro y lo abrió sobre la manta, en el lugar en que daba la luz con su brillo color miel. Era difícil de ver, especialmente porque su vista ya no era aguda como cuando era joven, pero con las manos fue pasando las

páginas del libro y descubrió enseguida que la encuadernación no incluía un libro, sino tres juntos. El tercer y último libro estaban escritos como los infieles lo hacían, en papel, y en el idioma de los jinna, que ella no sabía leer. El segundo, encuadernado en el medio del volumen era de un papiro tan frágil que dudó si debía tocarlo por miedo a que se pudiera romper entre los dedos. También estaba escrito en un idioma que no sabía leer, pero en este caso ni siquiera reconocía las letras. «Esconde esto» estaba escrito en arethousano en la parte superior de la primera página del manuscrito del medio y parecía haber otras glosas, también en arethousano, pero la tinta era ilegible con esta luz.

Se volvió a la primera página del libro, una hoja de pergamino de buena calidad y escrita en dariyano, lo notó incluso antes de advertir el fundamento de las palabras o la extraña letra. Quien lo hubiera escrito había recibido una buena formación en la Iglesia porque la escritura se extendía por la página con un toque de formalismo aostano. Pero la «q» se enroscaba de forma rara y la «s» tenía la inclinación saliana, mientras que las «t» y las «th» tenían la rigidez y la parte trasera sólida, propias de la escritura de un clérigo formado en una institución wendiana. Sabía leer la mayor parte de las caligrafías en las que había sido formado el escriba; pero esta persona escribía en una mezcla de estilos tal, que ella o él podría proceder casi de cualquier sitio, o de todos a la vez.

Era raro.

Pero nada tan extraño e inquietante como las palabras.

Cada vez más aterrorizada, pronunció la primera frase.

«Mediante el arte de los mathematici leemos la alineación de los ciclos y extraemos la energía de las esferas en constante movimiento para que hagan nuestra voluntad en la tierra. Ahora voy a escribir todo lo que sé sobre este arte. Tú que lees esto, ten cuidado, o acabarás cayendo, como me ha pasado a mi, en las trampas de aquellos que quieren utilizarnos para sus fines. Protéjete de los Gista Durmientes».

Al oír cómo se quebraba una rama afuera, se levantó violentamente, cerrando de golpe el libro y metiéndolo bajo la manta. ¡Que Dios tenga misericordia! Temblaba como un pecador afligido por la sentencia divina.

El arte de los *mathematici*.

La más prohibida de todas las brujerías.

Dejaron los caballos con media docena de hombres del capitán Ulric, la caballería ligera de Autun. Había unos pocos de la caballería ligera que llevaban antorchas en su equipo; Lavastine ordenó que se cogieran otras ramas de la maleza, lo suficiente para que cada hombre llevara dos palos fuertes.

Liath entró en la desembocadura de la cueva con una antorcha. Ya no había tiempo de preocuparse del don que tenía en su interior, contra el que su padre la había protegido. La vida de Alain estaba en juego.

La madera arde. La antorcha se encendió, las llamas se movían y humeaban con olor a resina. Lavastine había entrado detrás de ella, y se dio la vuelta para ver cómo la miraba fijamente.

—Es un truco —dijo rápidamente—. Es un truco de Águila.

—Nunca he oído hablar a nadie de esto —contestó, pero se limitó a llamar a los cuarenta soldados que iban detrás de él, la mayoría de la caballería ligera recogida en el campo, y cada cuatro hombres encendían una antorcha o un palo.

Ella se colocó en las escaleras. Lavastine iba justo detrás de ella, después algunos de sus hombres, y al final, el joven Erkanwulf y los demás soldados de Autun. El capitán Ulric iba al final. A cada paso que se adentraban, la luz del día disminuía y se debilitaba hasta desaparecer. La áspera piedra se agarraba a sus botas con fuerza y manaba un hilo de agua de alguna rendija imposible de localizar e iba goteando por una veta de la roca. Colocó la antorcha delante para ver los escalones. Había la misma distancia de uno a otro por lo que tuvo que evitar bajar demasiado deprisa. ¡Ay, Señora!, ¿estaba Alain todavía vivo en la colina o destrozado por la furia del ataque de los eikas a él y a sus tropas? En una ocasión oyó que un hombre se tropezaba y gritaba a su espalda por lo que bajó más despacio, esperando, al igual que Lavastine, quien la imitaba escalón por escalón. Notaba la tensión como una segunda piel e iba silbando entre dientes con impaciencia, pero se mantuvo en silencio cuando el hombre que estaba detrás llegó a su altura y siguieron bajando.

Sin embargo, después de bajar más de cien escalones que estaban a la misma distancia incluso el hombre más prudente se volvía atrevido y su paso aumentaba a medida que descendían más y más.

Llegaron a la base de las escaleras y el túnel continuaba sumergiéndose en una oscuridad tan profunda que parecía cobrar vida. Ella se fue lo suficientemente lejos

para dejarles espacio para que se reunieran detrás, de dos en dos. Hubo empujones y susurros, y después de un rato apareció Erkanwulf, estaba a la luz de la antorcha de ella.

—Me han dado permiso para ir rastreando a tu lado —dijo—, porque todos saben que tengo muy buena vista.

—Te lo agradezco.

—¡Ay, Señor! ¿Estás segura de que no hay zanjas ni abismos por los que nos podamos caer?

—Antes no había ninguno. Pero eso no quiero decir que desde entonces no se haya abierto ninguno.

Gruñó.

—Gracias por tranquilizarme, Águila.

—Adelante —dijo Lavastine detrás de ella—. Avancemos rápidamente. Mantened algo de distancia entre vosotros, pero no demasiada, para que si nos atacan no nos cojan a todos juntos.

Al principio caminó con prudencia, pero ante ella el camino estaba en silencio y como boca de lobo, a su paso solo se notó que el aire tranquilo se movía y se aligeraba, pero no había ninguna otra señal de vida. Todos estaban bajo la luz titilante de las antorchas tal cual lo recordaba ella: las paredes suaves, el suelo de tierra batida como si miles de personas hubieran pasado por allí hacía mucho tiempo, el techo estaba al alcance de la mano. De vez en cuando escuchaba el roce de la punta de metal de la lanza sobre la roca y se oía jurar brevemente a su portador para bajarla a continuación. Su arco y carcaj se desplazaron con facilidad sobre la espalda. Cogió la antorcha con la mano izquierda y la espada de su buen amigo Lucien en la derecha. La antorcha ardía sin parar, como las demás. Erkanwulf caminó por su izquierda para que la antorcha iluminara el camino de manera uniforme entre ellos. Pero, después de un rato, empezó a avanzar delante de él, segura de dónde pisaba. Detrás de ella, Lavastine caminaba con rapidez, y sus tropas iban al mismo ritmo únicamente porque él quería que lo hicieran.

—¡Ay, Señor! —susurró Erkanwulf—. Ahí abajo está totalmente oscuro, Águila. ¿Y si todas esas rocas se nos caen encima?

Pero ella solo percibía el olor penetrante de la tierra, un lejano tufillo de la forja, y la humedad fría de un lugar que hacía mucho tiempo al que no llegaba el sol.

—¿Por qué iba a caer ahora? ¿Después de tanto tiempo ahí?

—Las antorchas arden con mucha fuerza —dijo Erkanwulf—. Es extraño, lo es.

—Calla —dijo Lavastine desde atrás, aunque el ruido que hacen tantos hombres armados caminando por el túnel no podía esconderse, o al menos no era posible con ninguno de los dones que ella tenía.

Caminaban sin cesar y sin desfallecer, como las antorchas. En ese momento se dio cuenta de que el viaje al salir de Gent había durado tanto sobre todo porque habían ido despacio y porque los refugiados eran en su mayor parte niños asustados,

o los débiles y heridos. Con cuarenta soldados fuertes a sus espaldas, podía caminar a la cabeza a un paso rápido y enérgico.

—¿Qué hay ahí? —susurró Erkanwulf justo en el momento en el que se dio cuenta que a lo lejos se podía ver el rastro del débil resplandor del fuego. Y a medida que se acercaban vio que en realidad era fuego: desde el suelo hasta el techo se levantaba una columna de fuego, de pared a pared, que saltaba y ardía en el túnel con todo el frenesí de un grupo de daimones llenos de júbilo mientras bailaban.

—¡Se defienden! —dijo Lavastine enfadado.

Liath se quedó perpleja mirando. Pero, entonces, ¿por qué no habían utilizado los eikas el túnel para tender una emboscada al ejército de Lavastine cuando llegaron por primera vez?

—Atrás —le dijo a Erkanwulf. Ella se adelantó con la antorcha extendida hacia delante para defenderse, pero a medida que se acercaba a la pared del fuego, fue disminuyendo ante ella hasta convertirse en un susurro, una calima, un recuerdo del fuego, nada más.

—¡Águila! —Notó cómo Erkanwulf se lanzaba a cogerla cuando se metió en el fuego. Él gritó. Ella se detuvo y se dio la vuelta para ordenarle que se volviera solo para ver la cara que ponían igual que podía ver las expresiones a la luz de la antorcha. Solo Lavastine miraba sin inmutarse. Erkanwulf se tambaleó hacia atrás, protegiéndose del calor con una mano. Los demás murmuraban o gritaban o se tapaban con los ojos para evitar la terrible visión de la mujer quemándose viva.

—Es una ilusión —dijo ella.

Erkanwulf cayó de rodillas, respirando entrecortadamente y tosiendo.

Lavastine dio un paso adelante para ponerse a su lado. Ella no podía imaginarse lo que le costó hacerlo. ¿Haría ella lo mismo, si solo tuviera que fiarse de la palabra de otro para seguir adelante? A su alrededor, el fuego fantasma brillaba y saltaba, quemando tanto la roca como el aire.

—Si Corazón Sangriento ha protegido este túnel mediante una ilusión —preguntó el conde—, ¿no quiere decir eso que debe de conocerlo?

—Quizá. Pero, entonces, ¿por qué no habría hecho uso de él en una emboscada? No, conde Lavastine, creo que arriba en la llanura hay fuego y su ilusión viene toda de la misma grieta. ¿Habéis visto alguna vez un planetario? ¿Un modelo de las esferas celestiales?

—Continúa —dijo Lavastine con aspereza.

—Encima hay lo mismo que debajo. Su ilusión puede ser una parte de una pieza, de forma que bajo el suelo existe lo mismo que encima de él. Es posible que esas ilusiones las vea cualquiera que intente llegar a la ciudad, que Corazón Sangriento las haya proyectado sin saber que llegarían hasta aquí también.

—O quizá sus soldados nos esperan más allá al otro lado.

En respuesta a aquello, pasó a través del fuego. Un hombre gritó y le mandaron que se callara con brusquedad. Más allá de la muralla de fuego estaba el silencioso

túnel, oscuro y tranquilo. Se volvió y desde el otro lado no se veía fuego en absoluto, solo una neblina borrosa y los hombres que esperaban al otro lado.

—Nada —dijo—. A menos que Corazón Sangriento ordenase a sus hombres que nos esperaran en las escaleras. Sería muy difícil subir luchando por esas escaleras y ganar.

—Entonces es un buen lugar para preparar una emboscada —dijo Lavastine—. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer que no sea seguir adelante? —Empujó suavemente con la punta de la bota al pobre Erkanwulf que estaba asustado—. Ven. Ella ve lo que ocurre en realidad. Debemos confiar en ella.

—Debemos confiar en santa Kristine —dijo de repente— porque sin su intercesión nunca habríamos encontrado el túnel. El calor no os quemará.

—Yo no puedo pasar —sollozó Erkanwulf, quien todavía se tapaba los ojos con una mano.

—No, muchacho —dijo Ulric desde la parte de atrás del grupo—. Piensa en *lord* Wichman y en sus historias. Vieron visiones en Steleshame, pero solo eran eso.

—Yo iré primero. —Lavastine agarró su espada con más fuerza y caminó hacia el fuego.

Incluso así, cuando se paró a su lado, Liath vio que temblaba un poco. Uno a uno, cada vez con más confianza, fueron pasando sus tropas. Solo algunos cerraron los ojos al atravesar la visión.

Siguieron adelante.

Después de un rato, ella se tambaleó y cayó a un abismo sin fondo, demasiado ancho para saltarlo. Pero en el momento en el que miró, el abismo de aire se solidificó en el suelo de piedra, lleno de guijarros y marcado por viejas huellas indelebles ante el viento o cualquier otra causa, incluso las minúsculas criaturas que pueblan la oscuridad.

Esta vez, al avanzar para cruzar el abismo abierto, Lavastine fue justo detrás de ella, aunque cuando él dio el primer paso al profundo abismo, ella se dio cuenta de que cerró los ojos.

Ella gritó por encima del hombro.

—¡Cerrad los ojos! Cerrad los ojos y seguid caminando. Vuestros pies no os traicionarán.

Así siguieron los soldados, caminando, arrastrando los pies hasta que dejaron atrás el abismo. Siguió adelante cada vez con más confianza. Las antorchas ardían permanentemente sin consumirse.

—¿Eres maga? —preguntó Lavastine en voz baja, a su lado—. ¿Por qué tienes ese poder para ver a través de las ilusiones? ¿De dónde procede? ¿*Cómo puedo usarlo en mi beneficio?* —Eso no lo dijo en alto, pero ella lo escuchó por su tono de voz.

—Mi padre me otorgó el poder de un mago —dijo, confiando en decir lo más aproximado a la verdad para que Dios la perdonara por mentir.

Lavastine no dijo nada. Ni siquiera podía imaginar lo que estaba pensando; le comprendía menos que a nadie a quien hubiera podido conocer hasta ahora.

Continuaron, adentrándose en la oscuridad que les llevaría a la cripta, y a los eikas. Y a Corazón Sangriento.

Liath iba dirigiéndoles sin mirar atrás.

Obligado a replegarse más y más cada vez, Alain continuaba en su sitio en la segunda fila de escudos, manteniéndose agachados para que los lanceros que estaban detrás pudieran tirar por encima de él. Estaba apoyado firmemente con los pies para sostener la primera fila que era la más castigada por el asalto de los eikas. Su fuerza era todo lo que tenía, porque a todos les parecía evidente que él no podía luchar.

Los eikas retrocedieron y en el breve período de calma, observó la colina. Las filas del oeste y del sur todavía guardaban la muralla, pero al este, la que daba a Gent, y en la puerta norte, en la que Alain había puesto sus reservas, el ejército se había replegado y ahora presentaba un muro de carne y acero en lugar de murallas de tierra para enfrentarse a la piedra eika. Alain confiaba en que alguien asumiría ese lugar en las filas para que pudieran tener una posición estratégica desde la que observar el campo que tenía ante sí y el avance de su padre, pero los que tenían escudos ya estaban delante y ninguno subió para liberarlo.

Los eikas aunaron sus fuerzas. Ellos también presentaban una fila de escudos, con los círculos pintados con ingeniosas serpientes entrelazadas en espirales entrecruzadas. Veinte pasos separaban las dos filas. Aparte de una flecha o alguna piedra lanzada ocasionalmente, o los eikas que se agachaban para apuñalar a algún pobre herido que quedaba detrás en la retirada, o los perros que se comían los muertos espantosamente, los eikas estaban quietos.

¡Que el Señor tenga piedad! Un perro negro estaba tumbado en un montón extraño y, justo cuando ella miró horrorizada, los perros saltaron sobre él para atacar con fiereza su cadáver. Él no sabía quién era. Sintió la presión de los otros perros a su alrededor, pero no se atrevió a quitar los ojos del enemigo para contarlos. Los tambores de los eikas se habían desplazado a la segunda fila y tocaban con el ritmo de un latido lento. El ritmo se hizo más rápido y los eikas se impacientaron, al igual que los perros, oliendo a su presa, pero todavía sujetos por una fuerte correa. El sonido de los tambores se hizo cada vez más alto y rápido y entonces, como un trueno, empezó a tocar con ruidos ensordecedores mientras arremetían los eikas.

Los soldados que rodeaban a Alain se prepararon extendiendo sus posiciones. Los lanceros se abrieron paso al lado de Alain, metiendo las lanzas entre los escudos de primera fila, una línea de puntas para que los eikas se las clavaran con su impulso al atacar.

Atacaron los eikas. Alain se tambaleó, se contuvo y se fue hacia atrás. Reforzó su escudo con el pomo de su espada, pero, incluso así, junto con los demás, fue cediendo terreno lentamente. Los escudos redondos de los eikas presionaron en la lucha, primero superponiéndose a él a su izquierda y después a su derecha. Luchó mientras cogía el escudo de un eika con el borde del suyo. Si pudiera aprovechar la fuerza de la tierra en sus piernas... Un perro se apoyó en él, aumentando su fuerza; a pesar de ello, sus botas resbalaron en la tierra mientras era empujado hacia atrás. El perro escarbaba y gemía y al final se retiró.

Por encima de su cabeza las hachas y las lanzas hacían su trabajo, pero los enormes escudos de los eikas también participaban en la refriega. La fila retrocedió hacia atrás al centro del campamento, hasta que el estandarte con los perros negros de plata, colocado cerca de lo más alto de la colina, desapareció con la presión.

Ahora los eikas infestaban el extremo del campamento y por extraño que parezca, esto les dio algún respiro, dado que unos cuantos eikas simplemente se pararon y se retiraron de la lucha para saquear todo lo que pillaban.

Las filas del este y del norte se unieron y entremezclaron, y en medio del estruendo Alain escuchó de repente la voz del capitán que gritaba las órdenes. El capitán llevaba el estandarte, ahora que se había perdido el banderín y volvió a formar las tropas con él, levantándolo en alto donde la lucha era más violenta y la causa parecía perdida.

—¡Mantened la posición! —gritó Alain, pero solo los que estaban a su derecha pudieron oírle, y seguramente ya estaban dirigiéndose hacia su señor para proteger su vida.

Por fin el estandarte indicó que se acercaba el capitán.

—¡*Lord* Alain! —gritó—. ¡Quédese en la retaguardia! ¡Quédese en la retaguardia! Ahora cubridle, chicos. Formad a la derecha... —Mientras Alain se tambaleaba, apartándose de la lucha hacia el suelo polvoriento de lo que quedaba de la reserva, el capitán se dio la vuelta hacia él—. ¡Os he perdido la pista! ¡Ay, Señor, qué no me diría vuestro padre el conde!

—¿Dónde está mi padre? —gritó Alain.

El capitán hizo un leve gesto con la mano hacia el este.

—Allí fuera. He visto el estandarte de *lord* Wichman, pero un grupo de eikas corría entre ellos, y la colina y el sol brillaban tanto como para esconder la tierra. Debemos confiar en nuestras espadas y en la Señora.

Desde esta posición estratégica, Alain miró la llanura. Estaba llena de eikas arremolinados como moscas. A la derecha un pequeño grupo de jinetes que llevaba la torre de los cuervos de Autun estaba formando o preparándose para retirarse. No vio ninguna señal de *lord* Wichman, ni del león de oro de Saonia ni del estandarte de Lavas.

Una cúpula de fuego sobrenatural ocultaba Gent, tan brillante como el sol que estaba sobre sus cabezas. Ya había pasado el mediodía mientras seguían luchando en

la colina y el sol había comenzado su constante declinar por el horizonte en el oeste. Pero tenían ante sí una larga tarde y un crepúsculo infinito de invierno.

Silbó y, aun por encima del estruendo de la batalla, los perros le oyeron y fueron a arrimarse a sus pies. *Pesar* y *Rabia*, ambos heridos y sangrando pero enteros, golpeaban sus piernas con los rabos; *Miedo* se estiró hacia delante, ladrando como loco mientras la sangre goteaba de una herida que tenía en sus cuartos traseros; *Gozo* tenía un corte profundo en el lomo y una de sus orejas se la habían hecho trizas; *Pasión* cojeaba, la mandíbula del viejo *Pánico* goteaba de sangre de color verdoso de un eika. Por extraño que parezca, *Incólume* no tenía ninguna marca. Pero faltaba *Buen Humor*. Y *Graymane* había desaparecido.

No había tiempo de lamentarlo.

Acarició con rapidez a todos y ellos le lamieron con fuerza. ¿Quién estaba tranquilizando a quién? Mientras se enderezaba, intentó ubicarse en el campo de batalla.

Las filas del este y del norte habían desaparecido y las murallas habían cedido al avance de los eikas. De momento, solo había algunas refriegas hacia el sur y el oeste, donde los eikas habían tenido poca suerte hasta ahora. Aquí abajo, lejos de la cima de la montaña, Alain y su compañía esperaban y observaban cómo los eikas saqueaban el campamento de Lavastine. En el lugar en el que la noche anterior los jefes habían estado discutiendo la estrategia de la batalla, ahora se deleitaba el enemigo. Alain podía saber quiénes eran.

Los eikas eran en cierta medida más altos que los demás e iban vestidos con cotas de malla de oro y plata brillantes, desde la cadera hasta la rodilla, que refulgían y brillaban a la luz del sol. Todos, y no había muchos, caminaban entre la carnicería con un paso cadencioso. Cada uno llevaba un estandarte, un mástil engalanado con plumas, huesos y pieles así como otros artículos irreconocibles. Había principitos como el Quinto Hijo, los numerosos hijos de Corazón Sangriento.

Gruñeron y el lento redoble de tambores se hizo más rápido. Los eikas abandonaron su saqueo, los perros recibieron patadas y golpes para que obedecieran y volvieron a formar.

Al recibir la orden mediante un gruñido atacaron. Un enorme principito eika levantó su garrote con la punta de obsidiana y saltó hacia delante a su cabeza. El capitán de Lavastine salió disparado hacia delante para preparar la fila ante el impacto, pero no sirvió de nada. La fila de hombres se rompió cuando dos escuderos fueron derribados por los enormes eika. El capitán atacó con el poste del estandarte y le dio al principito eika en la frente clavándole la punta en la frente escamosa. La criatura se sacudió, agitando las piernas, y derribó con su garrote el poste del estandarte, rompiéndolo, y después agarró el extremo astillado y empujó al capitán con el cuerpo haciéndole caer al suelo. Con la punta del poste todavía clavada en la frente y el estandarte de Lavastine sobre sus hombros como una capa, el eika cayó rugiendo.

Los hombres gritaron y se retiraron y la fila se deshizo de forma caótica. Alain dio un paso adelante para enfrentarse a él dándole un golpe con todas sus fuerzas. El eika lo cogió con la mano que tenía libre, la punta de la espada solo le rajó la piel y, entonces, tiró de Alain para adelante y para abajo, y levantó su garrote para asestarle el golpe final.

Alain intentó mover su escudo, pero era demasiado tarde. Era demasiado pequeño. Pasaron más eika hacia las tropas destruidas. Los perros habían desaparecido en medio de la vorágine.

Estoy contigo, Alain. Has mantenido la promesa que me hiciste.

El garrote bajó, pero él era una sombra y ella era la vida que vivía en la luz. Allí estaba ella, con una belleza natural y atroz, blandiendo la espada que significa tanto la guerra como la muerte.

Ella rodó y el golpe mortal del principito eika dio en el suelo, haciendo que saltaran al aire terrones de tierra hasta los dientes de Alain. Dio un corte por la parte trasera de la pierna del eika, paralizándolo, y el eika cayó. Cuando ella rodó poniéndose de pie, parecía solo un baile, y de un segundo golpe, tan rápido como el relámpago presagia el trueno, decapitó al salvaje.

Alain se retiró con ella, pero solo para formar la fila alrededor de él y de ella. Cuando los escudos se separaban, la fila se hundía o los espíritus de los hombres flaqueaban, solo tenía que avanzar, la sombra hacia su luz y ella también iría. A su paso, el ánimo de los hombres se incrementó, y lucharon con ferocidad renovada, gritando su nombre: «¡Lord Alain! ¡Lord Alain!».

Porque donde estaba ella, estaba Alain y ningún ataque podía aplastarles. Pero ni la Dama de las Batallas podía vencer a los miles de salvajes eika, su eterna matanza y sus voraces perros.

Los eika avanzaron en tropel.

Los tambores resonaron hasta que ya no pudo oír nada más que eso, ni siquiera el choque de los escudos y las espadas, ni los gritos de los heridos o los gruñidos de los perros. No podía estar en todas partes a la vez, y donde no estaba, la fila cedía terreno.

Los eika seguían llegando, subiendo por la colina, venían de todas partes y enseguida se comenzó a notar la presión. Los tambores resonaron. Con un repentino cambio de ritmo, la fuerza del retumbar de los tambores le ensordeció y la colina tembló, mientras el muro de escudos caía en una docena de sitios y a partir de ese momento la batalla se transformó en algo caótico.

Se convirtió en una *melé* mientras los hombres se amontonaban, luchando desesperadamente solo para mantenerse con vida. Los eika llegaban por todas partes. El miedo atenazaba a Alain en la garganta cuando se dio cuenta de los pocos que quedaban en pie y que los que caían no tenían ninguna oportunidad debido a los perros.

Incluso la Dama se tranquilizó y se quedó mirando. Los perros se estaban

preparando a su lado, aullando. *Pesar* cogió su tabardo hecho jirones con los dientes y tiró de él hacia el este y así, con la Señora y Alain justo detrás de ella, fueron en dirección oeste poco a poco desesperados bajando la montaña hacia el lejano refugio del bosque occidental.

Los hombres caían al lado y por detrás de él, buscando refugio y seguridad los pocos que habían quedado, otros hombres formando en cuña atravesaban la matanza de los eika. Luchaban a cada paso mientras los eika bramaban mientras avanzaban. No podían hacer otra cosa más que escapar a los bosques porque daban por perdidos su colina y campamento, y el día.

Ya no podía ver la llanura, solo las hordas de eikas que los rodeaban.

En el lugar en el que formaron en cuña, la Señora acertó por un camino hacia el oeste hasta que estuvieron en la puerta este, con sus carromatos aplastados y los cuerpos muertos esparcidos. El ruido del tambor se hizo más fuerte y a cada golpe aumentaba la decisión de los eika de cortarles la retirada. Allí, en la puerta destrozada, la cuña que formaban se detuvo. El sol calentaba con fuerza, asestando su golpe de calor.

De un enorme impulso, como una bestia tan enorme que su voz era como la de más de mil bocas, los eika se movieron, se estabilizaron y gruñeron hasta que el rugido hizo que los hombres se pusieran de rodillas bajo la mirada brillante y despiadada del sol.

Al ver esto, solo la Señora resplandecía con fuerza. Y solo Alain podía verla mientras, detrás de ella, él, desesperado, levantó su espada.

—¡Aguantad! —Gritó—. ¡Dios está con nosotros!

Pero nadie podía oírle.

No contó los escalones, solo blasfemaba cada vez que oía el ruido metálico y los crujidos y susurros de los hombres que estaban detrás de ella. Pero no les esperaba ningún eika donde los escalones de piedra giraban subiendo y daban a la cripta. Se tambaleó al tropezar con una tumba y cayó sobre una rodilla; mientras, el resto iba detrás de ella, saliendo uno por uno al silencio oscuro.

Erkanwulf la ayudó a levantarse.

Cada mínimo movimiento o comentario susurrado parecía un enorme estruendo, lastrado por la tierra humedecida y magnificado por la quietud de los muertos.

—¡Calla! —dijo Lavastine—. Escucha.

Escucharon, pero no oyeron nada excepto su respiración.

—Ahora —no tenía que hablar en voz alta. Con la escasa luz que le proporcionaban las antorchas, los oídos oían mejor—. Debemos abrir las puertas de Gent. Y si podemos debemos matar a Corazón Sangriento. Mi experiencia con los eika me dice que siguen a un jefe guerrero y lucharán como perros entre ellos si su líder muere.

Las tumbas a su alrededor acentuaban el silencio. La luz de la antorcha dejaba una neblina en el aire. En la parábola que describía la sombra que había más allá del resplandor cargado de humo, Liath vio un reflejo de color blanco, reconocible, pero poco claro.

—Capitán Ulric, llevareis quince hombres. Yo me llevaré quince. Debemos ir por rutas distintas hacia las puertas de Gent situadas al occidente, Águila —asintió con la cabeza—. Te dejo estos siete hombres a tus órdenes. Como dicen las viejas historias: envía a un mago para matar a un mago.

—¡Mi señor conde...! —protestó.

Levantó una mano para que se callara.

—Tu trabajo es dar caza a Corazón Sangriento y matarlo.

—Sí, mi señor conde —dijo con obediencia. En ese momento el que llevaba la antorcha se volvió y el reflejo que daba se extendió e iluminó la lejana entrada a esta esquina abovedada.

Huesos. No estaban sepultados en la inviolabilidad de una tumba, sino esparcidos como las hojas en el suelo del bosque, los huesos estaban tirados en las cámaras de la cripta, todos amontonados. Mientras se movía con prudencia hacia la siguiente

cámara, sabía que eran los huesos de los Dragones. El olor a cal la picaba en las fosas nasales. Los eika echaban cal encima de los restos. El suelo arcilloso y la humedad... y el hecho de que ya hubiera pasado un año desde la caída de Gent hacía que la putrefacción fuera escasa. Los cráneos la sonreían, por los agujeros abiertos de los ojos se veían charcos de negrura. Bajo los tabardos raídos, las costillas se veían blancas y los gambesones estaban hechos trizas por las ratas. Los dedos de los esqueletos agarraban sus botas y un hueso del muslo rodó a sus pies haciéndole resbalar.

—¡Que Dios tenga misericordia! —musitó Erkanwulf a su lado—. ¡Mira! ¡La insignia de los Dragones del rey!

Razón de más para matar a Corazón Sangriento.

Fueron pasando por entre los sobrecogedores restos de la caballería de élite del rey. Por lo menos los eika, por sus e incomprensibles razones, los habían llevado hasta allí abajo para que se pudrieran entre los restos de los muertos sagrados.

Ella no se atrevía a mirar muy de cerca por temor a ver la cabeza de un dragón que fuera la de Sanglant. El recuerdo que guardaba de él era tan nítido, tan fuerte cuando la miraba en el silencio de la cripta, cuando tocó su barbilla era tan suave como la de una mujer; el recuerdo de él tan orgulloso y confiado en medio de la multitud que había amenazado con atacar en grupo el palacio; de su último envite en la batalla cuando todo parecía perdido. No podía soportar ver su belleza reducida a polvo. Así que dejó de mirar los restos que estaban esparcidos a su alrededor, excepto lo mínimo para ver dónde ponía los pies para no pisar a demasiadas pobres almas.

A cada paso se sentía más presionada por el objetivo que tenían que cumplir. Se podría convertir en el instrumento de la venganza por lo que le había hecho a él y a sus Dragones. Aquello la animó mientras se acercaba a los escalones que subían hasta la catedral.

Sus botas rozaron la escalera del fondo y miró hacia arriba. Vio las telarañas en la pared inclinada y la luz de la luna como una red plateada por encima de su antorcha. Entonces, se dio la vuelta.

—Permítame que me adelante para mirar —susurró.

—Tu grupo irá detrás de ti —dijo Lavastine—. No podemos permitirnos que nos cojan aquí.

—Permítame que vaya sola primero —dijo—. Si me cogen y saben de dónde he venido, todos estarán en igualdad de condiciones. Los eika no ven en la oscuridad mejor que los humanos... —aunque no tan bien como ella, pero eso no lo podía decir en voz alta— y tendréis una mejor oportunidad de esquivarlos... y escapar por el túnel.

—¿Qué hay de los perros? —Susurró Erkanwulf—. ¿Y si nos huelen?

—Entonces también estaréis aquí más seguros, donde el olor a cal y humedad ocultará el rastro en cierta medida.

—¿Y si no conocen el túnel —dijo Lavastine en voz baja—, entonces no tendrán

ninguna razón pura buscar aquí? Si os descubren, podrán mirar en cualquier otro sitio y eso nos dará tiempo para salir e ir hacia las puertas —contestó de manera cortante—. Continúa.

Continúa. Así de fríamente contemplaba él su muerte y pensaba que podría beneficiarle.

Pero Liath solo sonrió forzadamente, le dio su antorcha a Erkanwulf y se fue escaleras arriba.

La curva hizo que los soldados que esperaban abajo la perdieran de vista, pero incluso el rastro de la luz de la antorcha era suficiente para iluminar su camino. Escuchó los pasos de los hombres que iban detrás de ella. Enseguida un estrecho haz de luz iluminaba la puerta que conducía a la nave, pero la dejó atrás y subió por un tramo de escaleras de piedra más angosto que llevaba al coro.

Allí, en un descansillo con poco sitio, puso una mano sobre una gruesa aldaba de una puerta y pegó la oreja a los ásperos tablones. Había oído algo muy débil, una melodía burlona tan ligera como el aire. El polvo cubría la aldaba de hierro, la alisó con sus dedos. Empujó suavemente con el hombro y la puerta se abrió. La luz del día la cegó y tuvo que esperar a que sus ojos se adaptaran a la escasa luz que llegaba hasta la columna de piedra, alrededor de la cual serpenteaba el hueco de la escalera. Desde la nave escuchó el sonido de flautas.

Se pegó bien la espada al cuerpo y abrió la puerta. El pasillo del coro estaba vacío, una galería que no era más ancha que su brazo extendido al máximo, iba hasta el extremo opuesto de la nave. El suelo estaba cubierto por una capa de polvo. En la pared había tapices, colgados bajo la segunda hilera enorme de ventanas a través de las cuales entraba el sol, cuyas historias estaban tejidas con esplendor, pero enmudecidas por el polvo; a la luz se veía cómo flotaban motas de polvo por todos lados. En el lugar en el que algunos tapices rozaban el suelo, combados o medio caídos, las ratas o los ratones habían mordisqueado la parte inferior, quedando los extremos deshilachados.

Dio un paso adelante y se desplazó lentamente por el camino en silencio. Un movimiento rápido la asustó y se quedó parada. Pero solo era un ratón lo suficientemente atrevido para merodear por el coro a plena luz del día. Al verlo, se sintió animada. Si los ratones se paseaban tan libremente, entonces era probable que nadie merodeara por allí.

Siguió avanzando, pegada a la pared, y lentamente fue cerrando la puerta hasta que solo quedó una rendija. A medida que avanzaba iba dejando huellas marcadas.

Se agachó y se abrió paso por la sólida reja. En lo alto, el techo se alzaba en forma de bóveda por toda la nave. La música de la flauta reverberaba por debajo, al lado y por encima de ella. No se atrevió a mirar a las ventanas por miedo a que un reflejo de luz solar estropeará sus ojos, porque los necesitaba para mirar abajo. El carcaj rozó la reja y se levantó un poco para mirar.

Allí, bajo un rayo de luz del sol que entraba por las ventanas de la parte

occidental, estaba Corazón Sangriento sentado en su trono.

Tocaba música con las flautas hechas de hueso, y al oír cómo la música flotaba en el aire y se enroscaba ondulándose como si fuera un ser vivo, se estremeció. Entonces lo supo. Con su flauta urdía la ilusión que le protegía.

A su lado, casi en la sombra, estaba agachado el huesudo sacerdote eika que ella recordaba. Iba desnudo a excepción de un taparrabos y bailaba sobre los talones hacia delante y atrás al ritmo de la melodía. Un arcón de madera estaba pegado a sus pies y tenía puesta una de sus manos con garras sobre la tapa pintada, protegiéndolo.

Y había perros, grupos de perros por todos los lados, jadeando, en montones, con las lenguas colgando y la saliva cayendo al suelo de piedra. Corazón Sangriento había dejado que la zona del altar sagrado se convirtiera en un estercolero: trapos, basura, huesos y antiguas cadenas oxidadas amontonados en el lugar más santo de la catedral. Pestañeó para ver el Crisol sagrado profanado de aquella forma, pero sin duda a Corazón Sangriento le agradaba profanar el Crisol sagrado de la Señora.

Se arrodilló, dejó la espada sobre el pasillo polvoriento y con su corazón aterido de miedo y una decisión ardiente e implacable, sacó su Buscador de Corazones. En un momento sacó una flecha y sin tensarla la puso en la cuerda.

La luz fluía a su alrededor, Daisan *el Bendito* escenificaba sus siete milagros, todos representados en cristal. La luz se difundía por todos lados, se veían arco iris en toda la nave; aunque, si ella se movía, se desvanecían y reaparecían; si volvía a echarse hacia atrás. Se enderezó, tan en silencio como la llegada de la mañana, o la mano implacable del destino.

El recuerdo de la belleza de la catedral la afectaba con más fuerza. Allí, la obispa había cantado misa, se había reunido la congregación, de pie para cantar; Sanglant y sus Dragones se habían arrodillado ante el altar, esa mañana en sus últimos breves momentos de vida antes de que acabaran con todos.

Voces. Se quedó quieta inclinando la cabeza hacia atrás para escuchar. *¡Que Lavastine y sus hombres no salgan todavía!*

Abajo, en el frío vacío de la nave, un eika se puso a su alcance. Llevaba las señales que identificaban a un principito, una falda de malla de eslabones de oro y plata que le colgaba de las caderas hasta las rodillas, que titilaba cuando la daba la luz al caminar por el suelo entre rayos de luz, y un torso pintado con una mezcla del mismo modelo de cruz que adornaba el pecho de Corazón Sangriento. Por raro que pareciera, llevaba un Círculo de Unidad de madera en el cuello.

¡El príncipe de Alain! ¿Podría ser él?

Movida por su sorpresa, debió de rozar la bota en el suelo.

El principito eika se tambaleó y, durante ese instante, presa del pánico, no se movió y su mente estuvo cerrada como una puerta, en blanco y vacía. Pero se tambaleó al quedarse mirando al montón de basura que había al lado del altar, que ahora se movía, al despertarse por el roce o por el olor de su secreto o la música de las flautas, y dejó ver a los perros y algún tipo de criatura espantosa, seguramente no

humana, encadenada con fuerza y vestida con los restos raídos de un tabardo marcado con un dragón negro. Pero su materia y su peso, no tenían nada que ver con un daimon; su pelo estaba tan despeinado y con tantas greñas como un asceta mugriento que ha jurado dejar las ropas normales con las que viste un humano. Tenía brazos y piernas, manos y pies, con un aspecto muy humano y una coraza de piel que estaba oscura por la suciedad. Era algo espantoso, tan apelmazado, enmarañado y asqueroso que podría perfectamente ser una ilusión grotesca de la asquerosa magia de Corazón Sangriento. O al menos eso creía ella. Entonces se dio la vuelta, preparándose con los hombros como para defenderse de un ataque, y le vio la cara.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —susurró, el sonido que emitió al asustarse fue tan profundo que se olvidó de todo, de todos, de su objetivo. El jefe eika que estaba sentado, sin quererlo justo debajo de ella, era un objetivo fácil—. ¡Sanglant!

Se apartó completamente del estercolero y en ese momento su cabeza se levantó como la de un perro que huele algo en el aire, ella sabía que la había oído.

Ella sabía que él reconocía su voz.

¡Que la Señora y el Señor tengan piedad! Atrapado. Prisionero de Corazón Sangriento durante más de un año.

Parecía más un animal que un hombre.

Le quemaba la garganta y pensó que iba a ponerse mala.

Se levantó.

—¡No! —gritó, arremetiendo contra Corazón Sangriento o contra el sacerdote, no podía distinguirlo, hasta el límite que le permitían las cadenas. El sacerdote cogió el arcón y saltó hacia atrás en el momento en el que las cadenas tiraron de Sanglant, saltó hacia atrás dolorido por la fuerza de su arremetida. Sus perros gruñeron y saltaron hacia la nave. Ellos no estaban encadenados.

Corazón Sangriento bajó sus flautas y pronunció una orden, como un ladrido en su áspero idioma. Varios soldados eika avanzaron hacia el príncipe, aullando y burlándose con sus voces inhumanas.

Ella levantó su Buscador de Corazones y lo dirigió a Corazón Sangriento, tirando fuerte de la cuerda, mirando por la flecha a la cruz retorcida de pintura que marcaba su pecho encima de su corazón.

Solo tenía un tiro.

Escuchó por detrás y por debajo el estallido de los gritos y los pasos, el sonido metálico del acero y un hombre gritando, después el grito de los eika llamando a la batalla.

Lavastine no la había esperado o quizá había oído el grito de Sanglant. Ya no importaba.

Un tiro. Se colocó, preparada para soltar la flecha, un objetivo perfecto, una muerte perfecta allí, en su corazón...

El arco tiró hacia la izquierda.

Resistió durante ese instante en el que una persona jadea, amenazada por el

peligro, inspira y espira.

Y después cedió.

—Buscador de Corazones, guía mi mano —murmuró. Le dejó que apuntara, y miró otra vez mientras la punta de la flecha pasaba de largo al lado de Corazón Sangriento, dejando atrás el arcón de madera que tenía en las rodillas el sacerdote, y se levantó un poco para fijar en el centro, un poco a la izquierda, de su arrugado y escamoso torso.

Allí.

Soltó la flecha.

La punta se enterró en la carne. El sacerdote agarró el arcón con las dos manos y se tambaleó hacia atrás mientras el arcón de madera que tenía en las rodillas caía hacia delante y se rompía sobre el suelo de piedra.

Con un gran rugido que destrozaba los oídos, Corazón Sangriento se tambaleó fuera de su trono, y tambaleándose, cayó de rodillas. Sus flautas de hueso se esparcieron a su alrededor. Una se astilló y se rompió.

—¡Sacerdote! ¡Traidor! —Volvió a rugir, un grito de dolor y furia que retumbó y restalló en la nave, resonando y rebotando en la bóveda. Una ventana se abrió y se quebró y los fragmentos de cristal llovieron desde lo alto.

—¡Hermano de carnada! —Gritó. Un líquido verdoso le salió por la boca mientras caía hacia delante y gateaba intentando coger el arcón de madera, o al viejo sacerdote, ambos estaban dentro de los límites de las cadenas del príncipe. Pero Sanglant llegó primero, justo cuando el viejo sacerdote se cayó tambaleándose, rompiendo el mango de la flecha metida en su pecho, y consiguiendo ponerse fuera del alcance del príncipe y del mago. Sanglant dio una patada al arcón de madera para apartarlo de las manos de Corazón Sangriento que lo buscaban a tientas.

—¡Hermano de carnada! —La voz del jefe eika era ahora irregular con una cadencia líquida, como si la sangre le ahogara en su pecho sin dejarle marcas. Los perros echaron a correr para morderle al notar su debilidad, pero él los apartó y se puso de pie mientras en su barbilla había burbujas de sangre—. Por el vínculo que nos une te pido que me vengues. Que tu maldición caiga sobre el que...

Se puso la garra en la garganta, se tambaleó otra vez hacia delante mientras el viejo sacerdote se escabullía hacia atrás y hacía algún tipo de señal de conjuro con su mano mientras pronunciaba palabras que Liath no podía oír. El polvo se arremolinaba en el suelo del coro, como en un repentino torbellino, y un enjambre de criaturas ocultas la rodearon como mosquitos; después se apartaron, como si un fuerte viento se los hubiera llevado. Sacudiéndose a ciegas, Corazón Sangriento hizo una última embestida desesperada...

Solo para caer muerto, a los pies de Sanglant.



Y allí sobre el flanco oeste de la colina, mientras la horda de los eika recuperaba aliento para hacer la última arremetida y aniquilar a los últimos de la infantería de Lavastine, los tambores sonaron una vez.

Y ya nunca más.

CAPÍTULO 16



LA CADENA OCULTA

1

—¡Capitán Ulric, a la puerta! —gritó Lavastine por encima del repentino alboroto de los gritos y lamentos que rompieron el silencio que causó la muerte de Corazón Sangriento. De repente, el sonido de la lucha reverberó en la nave mientras Lavastine y sus hombres salieron corriendo de su escondite.

Tiró otra flecha justo a tiempo de ver a Lavastine luchar desesperadamente, con el escudo levantado mientras un trío de eikas enfurecidos lo acorralaban. Un soldado cayó a su lado, abatido. Lavastine fue el siguiente, apaleado hasta que cayó de rodillas por su ataque.

Sanglant atacó al ver al noble atrapado y luchando. Liath se estremeció preparándose para la sacudida cuando él llegó al límite que alcanzaban las cadenas y después dio un grito ahogado.

No había cadenas. Todo, excepto el collar de hierro que vibraba en el suelo, estaba allí desmoronado, como si tuviera cien años y se estuviera convirtiendo en polvo. Todos se convirtieron en polvo y cayeron en montones alrededor del cuerpo de Corazón Sangriento.

Tensó la flecha, pero Sanglant y una media docena de perros eika se unieron a la refriega antes de que ella pudiera disparar. Él no tenía nada, solo sus manos con las que luchar. Sin pensar, pasó una pierna por encima de la reja con la intención de saltar abajo para salvarlo...

Su ataque fue tan rápido y brutal como el de los perros eikas. Había dejado tumbados a dos perros eikas y les había rajado la garganta con sus dientes mientras ella se quedaba boquiabierta mirando horrorizada. Un eika intentó pegarle fuerte, pero un perro saltó entre ellos y se llevó el corte que iba dirigido al príncipe a tiempo que los demás se arremolinaban alrededor del aspirante a asesino y lo derribaban sobre el suelo de piedra. El otro eika se retiró. Los perros se comieron a los muertos hasta hartarse, tres eikas y un humano. Lavastine se puso de pie de un salto, y él y Sanglant desaparecieron de su campo de visión mientras corrían hacia las grandes puertas. Ella volvió a meter la pierna por entre la reja y se quedó de pie, jadeando, medio asustada, intentando calmarse.

—¡Águila! —Erkanwulf la llamó desde la puerta—. ¡Tienes que correr! ¡Somos muchos menos y tenemos que retroceder por el túnel!

—¡Abajo! —gritó mientras se retiraba. Erkanwulf se puso a gatas y disparó al

eika que amenazaba a la muchacha. El eika cayó con un gruñido, se tambaleó y cayó por las escaleras. Ella corrió, tiró de Erkanwulf hasta acercarle sus pies y sacó su espada, manteniendo el Buscador de Corazones en su mano izquierda.

—Sígueme —dijo ella. Tuvieron que pasar por encima del soldado eika muerto para bajar por las escaleras. No sabía lo que les esperaba abajo, pero a medida que bajaban por la última curva antes de la puerta que llevaba a la nave, su nariz percibió un leve olor.

Nada más pasar la puerta abierta, encontraron a Lavastine y sus hombres en formación. Una fila de eika esperaba al fondo entre la basura que cubría la amplia nave, pero nadie se movía. Formaban una amplia curva para cortarles el acceso a las puertas de la catedral, así como para que Lavastine y sus hombres no tuvieran espacio para maniobrar en la nave.

Junto a la puerta, la criatura en la que se había convertido Sanglant consiguió echar atrás a cinco perros, golpeándolos hasta que se tumbaron, gimieron y se rendían ante él. De los hocicos les goteaba la sangre del festín que se habían dado.

El príncipe apestaba. No se podía decir de forma más amable; el hedor la golpeó como una sustancia tangible, algo que se podía tocar. Se echó hacia atrás al verla aparecer por la puerta. La sangre le caía por los labios. Sus ropas, o lo que quedaba de ellas, colgaban hechas jirones; la tela dentro de la malla, estaba rígida por la porquería; ella había visto muchos pobres y mendigos en sus viajes, pero nadie tan desgraciado como este. Era difícil creer que todavía fuera un hombre o recordar que alguna vez lo había sido. Estaba tan asqueroso que tuvo que retirar la vista, pero incluso así pudo percibir la expresión que tenía. Fuera lo que fuera ahora, parecía avergonzado.

—¡Que Dios tenga piedad! —susurró Erkanwulf, detrás de ella—. ¿Qué es eso?

—¡Calla! —dijo ella y salió por la puerta.

Los perros la gruñeron, pero se mantuvieron a distancia, mordisqueando a Erkanwulf cuando pasó por delante de ellos echándose a un lado. Sanglant los bajó los humos, pero no dijo nada. ¿Era capaz de hablar?

—Nos retiramos —dijo Lavastine—. Hay cien o más al otro lado de la puerta. Pero el capitán Ulric y su grupo salieron delante de mí. Debemos confiar en que consigan salir por las puertas.

—Corazón Sangriento está muerto —dijo Liath.

Lavastine solo asintió con la cabeza de manera cortante.

—Preparaos para iros —les dijo a sus hombres. Ella ya había notado que faltaban tres, pero no veía por encima de la fila de eikas para contarlos entre los que habían caído en la escaramuza inicial—. Príncipe Sanglant, debéis ir en primer lugar, con el Águila. Debemos llevaros a un lugar seguro.

La fila de los eika se movió y se fue, dejando ver al príncipe eika que llevaba el Círculo. En la áspera lengua de los eikas, emitió un gruñido que era una orden y la fila dio varios pasos atrás mientras el principito daba unos pasos hacia delante, al

hueco.

Erkanwulf dio a Liath otra flecha de su carcaj y apuntó al principito, a su corazón.

Habló otra vez, todavía en la lengua de los eikas y los soldados eikas empezaron a retirarse ordenadamente de la catedral. Liath se quedó mirando, totalmente desconcertada.

Despacio, con prudencia, Lavastine dio un paso hacia delante.

—Os he visto a ambos en los sueños de Alain —dijo el principito en un wendiano perfecto, apuntando con la punta de su lanza primero a Lavastine y después a Liath.

—¡El Quinto Hijo! —musitó Lavastine.

—Una vez me cogisteis, pero él me dejó ir. Por ese motivo, ahora os perdono la vida. —Colocó el extremo de la lanza sobre las piedras e inclinó la cabeza con arrogancia, o como si tuviese un pensamiento repentino y absorbente. Comparado con Sanglant, era una bestia maravillosa; no era guapo, aunque Liath supuso que era porque nunca podría encontrar belleza en sus caras afiladas, brillantes como el metal, pero impactantes. Sus ojos tenían la claridad de la obsidiana. De sus brazos colgaban pulseras de oro como si fueran serpientes. Les sonrió; las joyas que estaban engarzadas en sus dientes titilaban y, con el más mínimo movimiento de su peso, el cinturón de malla que llevaba resplandecía débilmente como campanas lejanas que susurran secretos—. Decidme conde de Lavas. ¿Me mintió Alain? El rey Henry no vino, ni vos pretendíais esperarle como le dijisteis que haríais.

Lavastine dudó, pero después de todo le debía algo al principito eika a cambio de perdonarles la vida.

—Las visiones no pueden mentir. No le dije todo lo que pretendía.

—¡Ah! —El Quinto Hijo silbó y sus perros saltaron para arremolinarse a sus pies. Ellos, también habían estado dándose un festín con los muertos, quizá incluso con Corazón Sangriento. Tenían pegados en la lengua trozos de tela y la saliva que les caía de las mandíbulas tenía un color ocre. La mayoría de los soldados habían salido de la catedral, dejándola vacía a excepción de los muertos—. Sois un enemigo listo, conde de Lavas. Desgraciadamente para vos, el ejército de Henry no llegó antes.

No se dio la vuelta para irse; no confiaba mucho en ellos. Fue saliendo de lado sin dejar de mirarlos hasta que estuvo junto a las grandes puertas, cegado por la luz del sol. Después desapareció.

Sanglant echó a correr. Lavastine se fue detrás de él, pero el príncipe no corría detrás del principito que había huido, sino al altar, donde estaba el cuerpo de Corazón Sangriento. El antiguo sacerdote había desaparecido, solo quedaba el mango de la flecha rota. Sanglant puso el arcón de madera en vertical y unas cuantas plumas aterciopeladas volaron por el aire como una neblina turbia. ¡En nombre de Dios! ¿Qué pretendía hacer? Tosió y toqueteó el grupo de plumas con desesperación, no encontró nada, y después se rindió y se arrodilló al lado del cuerpo de Corazón Sangriento. Con un gruñido arrancó la torques de oro de la familia real del brazo del mago muerto.

Los cinco perros que estaban a sus pies, gimoteando y escarbando en el cuerpo, levantaron las cabezas y respondieron gruñendo con furia.

—Nos ha salido de la mejor manera que podía salir —dijo Lavastine—. Iremos a las puertas.

—¿Es esa... criatura... en realidad el príncipe Sanglant? —preguntó Erkanwulf, y otros hombres murmuraron lo mismo.

—¡Calmaos! —dijo Lavastine con brusquedad y se callaron porque ahora el príncipe caminaba hacia ellos con su séquito de perros mordisqueando y ladrando, pegados a sus talones. Ahora llevaba una lanza y una espada corta, que había quitado a los muertos. Liath no podía soportar mirarlo y a pesar de ello, le miraba. No podía creerse que estuviera vivo y aun así, aunque lo estaba ¿podía esa... cosa... ser en realidad el hombre que había caído en Gent hace más de un año?

Antes de llegar a Lavastine y sus hombres, se separó como si no quisiera acercarse tanto y fue a las enormes puertas abiertas de la catedral. Allí, se paró enseguida, como si unas cadenas hubieran tirado de él. Como si no se atreviera a ir más lejos.

—Ven —le dijo Lavastine al príncipe mientras iba con su grupo a su lado, pero no cerca de los perros. Unos cuantos hombres se taparon la nariz con la mano, los que podían llegar a ella bajo el yelmo. El conde se dirigió hacia los escalones que estaban a la entrada de la catedral. La plaza que había al fondo estaba vacía por la calima de la luz del sol de la tarde—. Debemos darnos prisa, hijo mío...

Pero ya no pudo decir nada más. A lo lejos, Liath escuchó el sonido de los cuernos y los gritos frenéticos de los eikas.

Sin mirar, solo por el hedor, supo que Sanglant había salido del refugio de la catedral. Ahora habló, con una voz áspera, como si se hubiera oxidado por no utilizarla, pero entonces se dio cuenta de que su voz siempre había sonado así.

—Los cuernos —dijo volviendo la cabeza para escuchar—. Son los que anuncian a llegada del rey.

Golpe a golpe fueron cayendo los eikas. A medida que la Señora se abría camino entre ellos, algunos miraban a los ojos de Alain, notando la maldición que caía sobre ellos, y otros solo tiraban sus armas y huían. Ni su furia salvaje podía durar ante la ira de la Señora y seguramente no sin el vibrante resonar de los tambores, que ahora no se oían.

Pero incluso desorganizados, eran más que los del grupo de Alain. Cuando un principillo eika volvió a formar su ejército, y llevó a sus soldados otra vez a la división de infantería que quedaba, ella persiguió a aquel principillo por lo más encarnizado de la batalla y lo asesinó. Sus efectivos se tambaleaban y corrían escapando de ella, mientras los hombres de Alain gritaban de alegría y volvían a su trabajo, pero incluso así, seguían llegando eikas. Había tantos y su piel de escamas era tan difícil de atravesar...

No podemos confiar en salir adelante.

Entonces llegó la llamada, resonando desde la última fila hasta lo más alto de la colina.

—¡Fesse! ¡El estandarte de Fesse!

Y se escucharon los cuernos y el estruendo de la caballería.

—¡Henry! —gritó otro hombre, y todos exclamaron gritando a coro—: ¡El rey!
¡El rey!

Con las fuerzas renovadas avanzaron, partiendo y despedazando a los eikas. Los estandartes de los eikas ondearon y se retiraron, o cayeron. Los soldados eikas dudaban. Algunos se retiraron de forma organizada, otros siguieron luchando, pero poco a poco la colina se vio libre de ellos, y Alain consiguió liberarse de la presión y pudo subir más arriba.

¡Era verdad! A lo lejos, atravesando los campos, venía el estandarte de Fesse y el estandarte personal de la duquesa de Liutgard. A lo lejos, una fila de caballería bajo el estandarte de la princesa Sapientia, perseguida por los eikas que huían hacia sus barcos se dirigía al este, se retiraba hacia la orilla del río. En la calzada del oeste se veían las sombras alargadas al sol del atardecer. Y todavía más, otro grupo de soldados salió del bosque bajo el estandarte del rey Henry.

A Alain le fallaron las piernas y se tambaleó, cayó y solo reaccionó ante la oleada súbita de perros que se apretaban pegados a él, gimiendo. Se resbaló en un terrón de

tierra y cayó con fuerza sobre su trasero.

—Mi señor Alain. —Un soldado lo cogió del brazo y se inclinó preocupado por él—. ¡Mi señor! ¡Aquí, aquí! ¡Agua para nuestro señor!

Se arremolinaron a su alrededor y de repente los perros se quedaron quietos y dejaron a los soldados que le trajeran agua a Alain, para quitarse el casco y limpiarse la cara con el frío líquido.

—¡Nunca he visto a un hombre luchar con tanto coraje! —gritó uno de los soldados.

—Ay, si no hubiera sido por vos, estaríamos muertos, mi señor. ¡Realmente destacasteis en el ardor de la batalla!

Él hizo un gesto de dolor y se levantó.

—¡Una victoria! —gritaron en son de celebración alrededor de él con gritos de ánimo. Alain bizqueó, pero gran parte de la lucha escapaba a su ángulo de visión. Habían echado a los eikas.

Y la Dama de las Batallas había desaparecido.

—Venid —les dijo a los perros. Empezó a subir a lo más alto.

—¡Victoria! —cantaban sus soldados mientras sonaban los cuernos a lo lejos para anunciar la llegada del rey al campo.

Los muertos eikas estaban esparcidos por la ladera, pero por cada eika muerto, había también uno de los suyos muerto.

Unos pocos aún vivían, algunos se movían, quejándose, y otros pocos morirían enseguida, sin haber tenido una muerte rápida. Sus perros insistían a su alrededor. *Pesar, Rabia, Pánico, Incólume, Ardor, Gozo y Miedo*; maltrechos y sangrando, aunque por lo menos vivían cuando tantos otros habían perecido, incluido el pobre *Buen Humor*.

Por fin alcanzó la cumbre de la montaña y vio que el campamento había sufrido una carnicería total, las tiendas estaban derribadas y rotas por el paso de los guerreros y por la lucha que no distinguía a unos de otros, pechos abiertos de golpe, bolsas cuyos contenidos estaban desperdigados tanto entre los muertos como por la tierra revuelta. No quedaba nada del pabellón de Lavastine. De la plataforma de observación de madera construida ayer con tanta rapidez, solo quedaban unos pocos troncos. Alain trepó a ellos.

Desde esta posición estratégica en lo más alto de la colina, Alain podía ver los estandartes de los ejércitos de Henry, pero ninguno de los que se habían ido con Lavastine al amanecer.

—Os lo ruego, bajad de ahí, mi señor —le llamó uno de los soldados—. Todavía merodean por ahí algunos eikas y tienen arcos.

Al bajar, Alain se cayó sobre el mango de una lanza. Se contuvo, se agarró y cogió la tela de un tabardo. Un hombre muerto rodó un poco hasta que quedó visible. Era el capitán de Lavastine, El estandarte de Lavas estaba pisoteado a su lado.

Alain lo cogió de la tierra y lo levantó alto, pero cuando sus hombres gritaban de

júbilo a su alrededor, él solo podía llorar.

Cabalgaban como demonios, pero los que estaban en la vanguardia al mando de la duquesa Liutgard iban por delante de ellos y así tuvieron el honor de llegar los primeros al campo de batalla.

Sin embargo, no se iba a disuadir a la princesa Sapientia de conseguir su justo reparto de la gloria. Después de la primera y horrible vez en la que atravesaron el campo de batalla cuando parecía que todos los eikas caían bajo los cascos de sus caballos sin oponer resistencia, Sapientia tiró de las riendas de su caballo y, en señal de clemencia, tardó un instante en coger aliento y echar un vistazo al caos.

Porque a los ojos de Hanna lo único que había era caos. Nunca había visto a tanta gente en el mismo sitio a la vez, ni había oído un barullo de gritos y alaridos mezclados con el sonido del choque de las armas. Pegada a Sapientia, por lo menos podía considerarse bien protegida. El padre Hugh, al igual que otros pertenecientes al séquito, obligados por el juramento, estaban cerca de la princesa formando un círculo que la protegería de la muerte.

Hanna no estaba segura en ese momento de si era peor presenciar el horripilante desarrollo de una batalla desde lejos o ser lanzado a sus corrientes mortíferas y giratorias. Con gusto habría renunciado a esto y se habría arriesgado a pasar por otra avalancha en las montañas Alfar.

—¡Los barcos! —gritó Sapientia de repente. En sus palabras había un regusto a triunfo—. ¡A los barcos! ¡Los detendremos allí!

Y hacia allá partieron, retumbando de nuevo al atravesar el campo de batalla. Los estandartes lejanos marcaban la fila de las otras unidades, algunas flaqueando, otras presionando hacia delante. Pero Sapientia no prestaba atención al resto de la batalla. Quería evitar que los eikas llegasen a los barcos. Y así fue. Cuando llegaron al río esperaron apartados de la batalla principal que se libraba alrededor de la colina lejana y el tramo plano de la llanura que estaba más allá; solo tuvieron que luchar con unos grupos aislados de eikas que huían. A estos pudo matarlos fácilmente.

Los barcos estaban en la orilla tanto en la oriental como en la occidental, pero era esta última, la que ellos protegían, la que les preocupaba ahora. Ya se habían lanzado ocho barcos al agua, estabilizándose en su huida río abajo. Una media docena de cuerpos flotaban en la estela que dejaban río abajo.

—¡Enviad hombres a que quemem todos los barcos que puedan! —ordenó la

princesa, señalando a uno de sus capitanes.

—¡Alteza! —gritó el *frater* Hugh—. ¿Es sensato romper nuestra formación? Y no debemos dejar que los caballos se queden atascados en el río. Perderemos nuestra movilidad.

—¡Pero todos están tan desorganizados! —contestó Sapiaentia—. ¿Qué más da eso si somos más que ellos? —Se hizo lo que había ordenado. Alrededor de los barcos surgieron refriegas y enseguida salió humo de un puñado de barcos, el fuego subía rápidamente hacia los mástiles.

Una advertencia, el sonido de un cuerno, se alzó entre las filas exteriores. Hanna se puso sobre los estribos para echar un vistazo, pero lo que vio la dejó helada y tembló a pesar del calor que hacía en el campo de batalla.

Los eikas huían de la batalla, pero en grupos desorganizados, aunque no todos, no los que estaban heridos, muertos o muriéndose, no los que habían andado con ojo al ver el desastre. Un grupo de eikas, varios cientos, bien organizados y con diversos estandartes avanzaban con fuerza y determinación hacia la orilla del río. Con los escudos en alto formaban una pared y en los huecos que quedaban brillaban las lanzas que les habían quitado a los soldados humanos que les hostigaban por detrás. ¿Eran huesos lo que colgaba de los estandartes? Gracias a Dios, desde esta distancia, no podía asegurarlo.

—¡A formar! —gritó Sapiaentia, pero era demasiado tarde, con su exceso de confianza, había dejado que sus tropas se desperdigaran.

—¡Enviad al Águila a por ayuda! —gritó Hugh—. Que ataquen por detrás mientras nosotros cargamos por este lado.

—¡No! —gritó la princesa, mirando por encima del hombre para ver cuántos jinetes quedaban con ella. Otros montaron rápidamente y volvieron galopando hacia la línea de la orilla. Un hombre cogió una flecha de los barcos y cayó tambaleándose de su caballo—. No quiero que se diga que he suplicado ayuda al primer problema. ¡Que santa Perpetua nos acompañe este día! ¿Quién está conmigo? —Con la espada levantada espoleó al caballo directamente contra la fila de eikas. Entrenado para la guerra, no se asustó al ver cómo brillaban las filas de lanzas y las hachas de piedra.

—¡Maldita sea! —juró Hugh mientras los componentes de su séquito la seguían. Cogió a Hanna por el brazo antes de que pudiera cabalgar detrás de ellos—. ¡Ve a buscar al rey! —Después, desenvainando la espada, salió corriendo detrás de la princesa hacia el fragor de la batalla.

La fila de los eikas ya había girado hacia el norte junto al río, cortándole la vía de escape a Hanna en esa dirección. La princesa Sapiaentia se metió en la vorágine de la batalla mientras el grupo de los eikas engullía sus tropas. Algunos jinetes huyeron de la escaramuza, abandonándola; otros presionaban por detrás en dirección a la marea de los eikas, ambos lados cogidos en una lucha desesperada, una por la vida y otra por el honor. En un momento, Hanna también estaría atrapada en lo más álgido de la batalla cuando llegaran a la orilla del río.

Picó al caballo para que fuera al sur, bajando por la línea de costa hacia las ruinas de Gent, y mientras cabalgaba y la lanza rozaba su muslo arriba y abajo, empezó a rezar.

Sanglant los condujo a través de las calles a un trote continuo. El Quinto Hijo había retirado sus tropas, pero otro eika se paseaba por Gent, huyendo de la batalla ahora que los tambores no tocaban y Corazón Sangriento y sus ilusiones estaban muertos.

Bajo el implacable sol, el príncipe tenía un aspecto quizá más patético que atroz. Aunque la visión era bastante espeluznante, con cinco perros monstruosos como si eso fuera lo único que le quedara de sus orgullosos Dragones. Él había sido un Dragón del rey. Ahora, excepto por su forma y la autoridad principesca de su porte, había pocas diferencias entre él y los perros.

Pero no se había olvidado de cómo matar.

Sus escaramuzas eran breves y aunque Lavastine había perdido tres hombres en la lucha de la catedral, ahora no perdía ninguno, no con Sanglant a la cabeza.

Los eikas eran tan proclives ahora a escapar de ellos, al ver al príncipe en su locura, como a unirse en la lucha.

Las puertas estaban abiertas y encontraron a Ulric y a la mayoría de su grupo en el puente, mirando la llanura fluvial más allá de donde todavía se libraba la batalla. Esta quedaba oculta por nubes de polvo así como por la disposición de la tierra.

—¡Mi señor conde! —gritó el capitán Ulric cuando reconoció al grupo.

—¡Cuidado! —exclamó uno de sus hombres. Una descarga de flechas llovió sobre ellos. Dos soldados cayeron, uno con una mano agarrándose el muslo y otro con la garganta seccionada.

Sanglant gruñó, los perros detrás de él, y saltó a un punto cubierto de maleza por el que momentos después Liath vería a cuatro eikas merodeando. Se preparó para disparar...

Pero no había necesidad. Sanglant abatió a dos, mientras sus perros derribaban y desgarraban a los demás, aunque uno de los perros fue golpeado con tanta fuerza que sus compañeros inmediatamente se volvieron sobre él y le mordieron en la garganta.

—¡Allí! —gritó Lavastine. Liath apartó su mirada de Sanglant y vio un grupo de jinetes que cabalgaban saliendo de la penumbra polvorienta en que se había convertido el terreno de batalla. De repente, los hombres gritaron y agitaron los brazos en el aire, y en breves instantes, *lord* Geoffrey tiró de las riendas. No le quedaban más que veinte hombres y algunos caballos de reserva.

—¡Primo! —llamó, y se tiró del caballo golpeando a Lavastine con fuerza en el

hombro—. ¡Ay, Señor! Te había dado por muerto.

—¿Alguna noticia de los que se quedaron en la colina?

Lord Geoffrey solo pudo encogerse de hombros. Después, con los ojos más abiertos, se quedó mirando a la aparición que, silenciosa, pero por ello más aterradora, ahora reclutaba a los caballos sin jinetes y se dio la vuelta hacia él.

—¡Que la Señora tenga piedad! —musitó—. ¿Qué es esto?

El príncipe tiró la lanza y galopó hacia el noroeste en dirección a la nube más espesa de polvo.

—¡Águila! Coge un caballo y cabalga detrás de él. El rey me cortará la cabeza si lo matan. Dudo que esté en su sano juicio —con esta fría aseveración, Lavastine se volvió hacia su primo—. ¿Ha llegado el rey?

—No lo sé primo. Es una locura lo de ahí fuera y hace tiempo que hemos perdido a la mayoría de nuestros hombres.

—Lo habéis hecho bien para conseguir seguir vivo hasta ahora —pero Lavastine no quería que sus palabras sonaran como una alabanza, no más de lo que quería decir con su primer comentario, diciendo que Sanglant no estaba en su sano juicio, como una censura—. ¡Águila! —Su mirada tropezó y cayó sobre ella donde estaba todavía, boquiabierta, helada incapaz de actuar—. ¡Ve!

Era más fácil obedecer que pensar. Cogió el caballo que le ofrecieron y partió justo cuando un grupo de eikas llegaba corriendo y comenzaba una nueva escaramuza.

Caos.

Pasó cabalgando por el centro de la batalla mientras perseguía a Sanglant, quien a su vez también estaba desplegando una actividad febril. Los eikas huyeron desconcertados o se retiraron en grupos disciplinados, y la caballería cargó, se recolocó y volvió a cargar, dispersándose; derribaban a los que corrían y golpeaban una y otra vez a los que quedaban en pie.

Sanglant llevó su caballo a la zona donde la batalla era más encarnizada. Era valiente, quizá de una forma algo alocada. Después reunió a un grupo de jinetes que se habían separado de su capitán, ella escuchó su nombre por encima de la lucha como un talismán. Intentó estar apartada de los eikas, porque en esta tempestad tenía pocas oportunidades de disparar a objetivos fijos y muchas de que la despedazaran por detrás, aunque la mayoría de los eikas parecía estar intentando salvar sus vidas. Es todo lo que pudo hacer para mantener a Sanglant dentro de su campo de visión.

A través de la neblina de polvo, vio el estandarte de Fesse. Después desapareció, agitándose en el viento como si su portador se hubiera ido galopando en otra dirección con la duquesa de Fesse y sus tropas.

Habían ido tan lejos por el camino que no supo dónde estaba. Le lloraban los ojos por el polvo que había en el aire y por el reflejo del sol que le deslumbraba desde el oeste. Al fondo, un soldado se inclinó hacia delante apoyándose en el caballo y abatió a uno de los perros que iban detrás de Sanglant por encima del cual siguió

cabalgando, con la lanza lista para matar al siguiente que, trotando detrás del príncipe, estaba ajeno a la amenaza que se cernía sobre él.

Pero Sanglant no estaba ajeno. Tiró con fuerza de las riendas del caballo para dar la vuelta y puso la parte plana de su espada contra el hombro almohadado del soldado. El hombre cayó al suelo y los perros saltaron hacia delante, para volver a levantarse enseguida. Liath no podía oír lo que gritaba el príncipe, solo veía al soldado aterrorizado, que se levantó corriendo para ir a su caballo.

Después, se oyó cómo sonaron los cuernos.

—¡A la princesa! ¡Está rodeada!

—¡A mí! ¡Formad filas! —ordenó el príncipe, su voz grave resonaba por encima del caos. Brillando con el fragor de la batalla, no tenía esa apariencia tan aterradora como la primera vez que lo vio cuando era prisionero de Corazón Sangriento, una bestia encadenada, salvaje. Los hombres llegaron cabalgando para formar a su alrededor, y a medida que su compañía se reunía, gritaron de júbilo, seguros de la victoria. Llegaron Sanglant y su recién reagrupada caballería y dispersaron al enemigo que tenían ante sí en el lugar en el que el estandarte de la princesa Sapientia se había enganchado en un denso grupo de eikas que luchaban por conseguir llegar al río.

—¡El rey! ¡Viene el rey!

Liath no podía ver a la princesa porque todo el flanco se había desmoronado. Pero a medida que la fila eika se disolvía en una derrota aplastante, vio a Sanglant liberarse de la aglomeración y cabalgar en dirección nordeste a la zona en la que los campos abandonados estaban tranquilos iluminados bajo el sol vespertino. Consiguió liberarse de la presión y salió galopando tras él.

Él siguió cabalgando sin mirar atrás. Tres perros eikas lo persiguieron mientras dejaba atrás la batalla, y ella estaba demasiado lejos para advertirle. A su espalda, escuchó jinetes y miró hacia atrás para ver una docena o más de hombres con tabardos de los que se habían concentrado en el campo.

Al fondo, una fila de árboles y de maleza marcaba el curso de un afluente. Allí le perdió de vista al meterse entre los árboles. Cuando encontró a su caballo abandonado, desmontó y esperó prudentemente hasta que llegó adonde estaba él.

—¡Dios mío! ¡Águila! —dijo el hombre, un capitán por su porte y armadura—. ¿Era el príncipe Sanglant? Creíamos que estaba muerto.

—Cautivo —dijo ella.

—Y sobrevivió un año. —Alrededor de él, sus hombres murmuraban. Ella escuchó en sus voces el tono del sobrecogimiento, que imaginaba sería el comienzo de otra historia del valor, la astucia y la fuerza de Sanglant—. Pero ¿adónde ha ido?

Siguieron su pista, que se veía claramente por los jirones del tabardo, la túnica y la malla, cosas que en su momento formaron parte de su atuendo, pero que ahora solo eran trapos sucios. Había tirado la espada y la torques de oro al borde del río. La corriente todavía llevaba palos, hierba y un guante sangriento que había arrastrado

por la otra orilla, pero en el punto en el que el arroyo describía una curva y un árbol caído formaba como un estanque, él se había tirado de cabeza al agua.

Cuando llegaron adonde se encontraba, estaba rasgando metódicamente todos los trozos de tela que todavía le colgaban, algunos de los cuales estaban adheridos a la piel. Los tres perros eikas se habían revuelto detrás de él y ahora estaban arremolinados en torno a sus olorosos restos, los que podían coger en sus mandíbulas antes de que se fueran río abajo.

—¡Mi señor príncipe! —El capitán avanzó, y a su exclamación, los perros gruñeron e intentaron ir a la orilla.

Sanglant los ladró. No dijo ninguna otra palabra; no era una orden pronunciada en palabras. Sin embargo, obedecieron y se contentaron con sentarse medio en el agua, medio fuera sobre una orilla en la que había más guijarros que arena, gruñendo a todo aquel que se acercaba demasiado, mientras el príncipe cogía puñados de arena y se restregaba la piel y después el pelo como si quisiera quedarse en carne viva.

—¡Que la Señora nos bendiga! —murmuró uno de los soldados hablando por boca de todos—. Está tan delgado.

Pero como si en la áspera *arena* del no residiese la verdad, después de restregarse con ella, surgió algo, algo reconocible: el hombre que recordaba, aunque su cuerpo solo estaba cubierto por el agua y solo hasta la cintura.

«Nunca querré a ningún hombre excepto a él».

Dicho desde hace tanto tiempo, tan impacientemente, ¿a qué se había comprometido cuando hizo esa declaración ante Wolfhere?

Él se dio la vuelta. No dio ninguna señal de haberla distinguido entre los otros, si es que lo había hecho. Extendió una mano.

—Un cuchillo.

Pero el capitán se quitó su armadura y su túnica y con la túnica y el cuchillo avanzó con cuidado. Los perros le mordisquearon, pero Sanglant salió de lo más profundo del agua y los llamó para que se alejaran.

Liath no podía evitar mirar. Ahora que estaba algo limpio, pudo ver que aunque su pelo estaba largo y enmarañado, todavía no tenía barba, incluso después de un año sin nada para afeitarse. Tampoco tenía pelo en el pecho, pero más abajo en todos los aspectos era igual que los humanos. Ella apartó la vista rápidamente, porque este no era el tipo de trabajo que ella y los soldados de Fell habían hecho en la desembocadura del río, todos eran iguales en el trabajo y ninguno tenía tiempo de mostrarse tímido con todo lo que tenían que hacer. No era algo que hubiera que mirar o al menos no debería serlo.

Cuando levantó la vista de nuevo ya tenía puesta la túnica, una vestimenta sencilla de tejido bueno y fuerte, manchada de sudor en el cuello y bajo los brazos, pero, comparada con lo que había llevado antes, parecía adecuada para un príncipe. Le quedaba colgando suelta para su envergadura, aunque era algo corta. Le sacaba media cabeza al robusto capitán y a pesar de su delgadez, seguía siendo un hombre

grande. Entonces, cogió el cuchillo y comenzó a cortarse el pelo.

—Os suplico, mi señor príncipe —dijo el capitán. El tono de su voz era como el de un llanto lastimero, como si estuviera a punto de romper a llorar de lástima—. Dejadme que os lo corte yo.

Sanglant se detuvo.

—No —dijo. Entonces, y finalmente, como si solo al restregarse y limpiarse del aire de la cautividad se atreviera a reconocerla, miró adonde estaba ella medio escondida entre el resto. Él sabía que ella había estado allí todo el tiempo—. Liath.

¿Cómo no iba a dar un paso adelante? El cuchillo tenía un buen filo y ella le había cortado el pelo a papá más de una vez, aunque esto era bastante diferente.

Se arrodilló de repente y dio un suspiro profundo. Un aroma fuerte, el hedor de su encarcelamiento, todavía se aferraba a él, y sin duda seguiría así durante algún tiempo, pero estar tan cerca no era un castigo. ¡Ay, Señora!, su pelo estaba tan áspero y demasiado enmarañado para que ya estuviera limpio, pero cuando algunas veces tenía que moverle para coger un ángulo mejor para cortarle, le tocaba la piel y se mordía el labio para dejar de temblar y poder seguir.

—¿Qué es esto? —Se rozó el reverso de la mano con el áspero collar de hierro que rodeaba su cuello. Debajo, la piel se había levantado y aparecía en carne viva en incontables ocasiones e incluso ahora empezaba a sangrar.

—Déjalo.

Lo dejó. Nadie se atrevía a adelantarse para coger la espada y la torques porque los perros estaban protegiendo los tesoros.

Los difusos rayos del sol se separaban en destellos sobre la corriente que llevaba el arroyo. El suelo iba cubriéndose de marañas de pelo negro mientras ella lo cortaba. Los pájaros se habían callado, cautelosos por el ruido y el golpeteo del agua, todos menos una curruca que había entre los juncos que cantaba con fuerza para quejarse por el ruido que la molestaba. A lo lejos, se oyó un cuerno fugazmente. Los caballos se movieron y bufaron. Un hombre susurró. Otro hizo pis, aunque ella solo le oía, no le veía, porque se había puesto frente a los árboles.

—Su corazón —susurró Sanglant de repente—. ¿Cómo supiste que tenía el corazón encerrado en el cuerpo del sacerdote? Entonces, ¿de quién es el corazón que reside en la montaña Rikin? Debe ser el del sacerdote.

—No entiendo. —Pero quizá estaba empezando a entender. Lo dijo más para que continuara hablando que para oír su voz. Había pensado que nunca más oiría su voz.

—No podía morir porque no tenía corazón. Lo tenía escondido. Él... —Se calló de repente como si hubiera perdido el habla entre una palabra y la siguiente.

—Ya está —dijo rápidamente, por decir algo, dividida como estaba entre la promesa de esta intimidad que él había tenido con ella y su absoluto desconocimiento sobre el tipo de hombre que ahora era y lo mucho que había cambiado desde que se enamoró de él en la sitiada Gent—. Tendrá que valer así a menos que quieras que lo peine porque espero tener en mi bolsillo todavía el peine. —Entonces se puso roja,

maldiciendo sus ásperas palabras; solo las madres, las esposas o los criados peinaban el pelo de un hombre si él no lo hacía.

En lugar de contestarla se puso de pie y se dio la vuelta, pero no la miró. Después se giró ella también cuando escuchó el crujido en los árboles. Se acercaba otro grupo.

Los soldados ya se estaban arrodillando. Ella era demasiado tonta, estaba estupefacta para hacerlo y solo en el último momento, cuando el rey apareció entre los árboles, se arrodilló como debía.

El rey dio un paso adelante y se quedó impávido a unos diez pasos del príncipe. Todo estaba en silencio, excepto el ruido que hacía el arroyo y el borboteo del agua cayendo por encima del tronco caído, y un susurro que procedía del séquito del rey, que le siguió saliendo de los árboles y que estaba mirando la escena que tenían ante sí.

El sol bajaba por detrás de los árboles más altos. Todos estaban bañados por el brillo suave de la tarde ya avanzada, la hora en que comenzaba el largo ocaso. Cuando el silencio se hizo omnipresente, la curruca se calló, pero ahora otros pájaros, atraídos por la tranquilidad, comenzaron a llamar y cantar; un débil *pío, pío* entre las copas de los árboles y la monótona canción de la curruca en la maleza. Salió un carpintero, se elevó, cayó en picado y volvió a subir, con el amarillo de su parte trasera centelleando en contraste con el verde follaje. Liath todavía tenía el cuchillo en una mano y un último mechón de pelo de Sanglant en la otra.

Por fin habló el rey.

—Hijo mío —sorprendentemente las palabras parecían duras, pero cuando vio que empezaban a caerle lágrimas de los ojos y por las mejillas, comprendió que la dureza salía de lo más profundo de su angustia y la alegría que nacía ahora.

No dijo nada más, pero se quitó su capa corta de fino bordado, desabrochando el broche de oro y zafiro y la echó sobre los hombros de Sanglant con sus propias manos, como un sirviente. Así de cerca, Liath pudo ver sus manos temblando bajo el peso de tanta emoción, el increíble y casi abrumador dolor de ver vivo al querido hijo que pensaba que estaba muerto.

De repente, Sanglant se puso de rodillas, agotado o vencido por la emoción, y dejó su cabeza húmeda en las manos de su padre igual que un pecador que pide la absolución o un niño que busca consuelo.

—Ven, hijo, levanta —dijo el rey con voz irregular. Después se rio levemente—. He oído muchas historias sobre tu valor en la batalla y cómo reuniste las tropas que se habían desorganizado.

El príncipe no levantó la vista, pero cuando habló, de él brotó tanta animadversión que solo con la fuerza de su emoción podría haber destruido una compañía de eikas entera.

—Habría matado más si hubiera podido.

—Que Dios tenga misericordia de todos nosotros —murmuró Henry. Tomó a Sanglant por el codo y le ayudó a levantarse—. ¿Cómo sobreviviste?

En respuesta, la única que sabía dar, Sanglant se volvió a mirar a Liath.

Los perros fueron los primeros en darse cuenta de que venía. Se apartaron de Liath, todos, incluso *Pesar y Rabia*, para bajar por la colina dando alegres ladridos, agitando los rabos que formaban una nube borrosa. Al fondo, una compañía de soldados a caballo se aproximaba al campamento destrozado. Alain se abrió paso entre los muertos y los que agonizaban para reunirse con el conde Lavastine.

En las murallas había montones de eikas muertos y los pocos sobrevivientes cavaban entre los muertos para encontrar algún herido que pudiera tener alguna esperanza de sobrevivir. Alain le dio a Lavastine el estandarte hecho jirones.

—Creí que debías estar muerto —dijo, y después se puso a llorar.

Lavastine levantó una ceja.

—¿No dije que volvería pasando por entre el grupo de los eikas y me reuniría contigo aquí? Ahora ven, hijo. —Le cogió por el brazo y le llevó abajo, apartado del espantoso trabajo que quedaba por hacer, desnudar y después quemar a los eikas muertos y dar un entierro digno a los cientos que habían caído. En la llanura fluvial que se veía a lo lejos había una escena igual de desagradable. Era como si la crecida de las aguas hubiera inundado los campos y las trincheras, y hubiera arrastrado una marea de muertos depositándolos en remolinos o en arroyos invisibles por los que circulaban fuertes corrientes.

—*Buen Humor* está muerto —Alain ahogó las lágrimas para poder coger aire y confesar su debilidad—. Y el buen capitán también. He perdido a *Graymane*. Nos superaron los eika. Así que quedan pocos...

—Es sorprendente que quede alguno. Así que no hables así. Indemnizaremos bien a la viuda del capitán, te lo aseguro y lloraremos su pérdida como se merecía. Y, *Graymane* fue encontrado en el campo y me lo devolvieron desarmado. En cuanto a *Buen Humor*... —Se entretuvo acariciando a los perros, frotando sus nudillos sobre sus grandes cabezas dejándoles que le lamieran mientras saltaban a su alrededor y, finalmente, se colocaron allí. ¿Había una lágrima en sus ojos? Pero con la brisa que se levantó del río la pizca de humedad desapareció sin que se supiera si había sido un efecto de la luz.

Los que quedaban de la infantería de Lavastine se adelantaron para ensalzar a Alain y hablar de sus grandes hazañas al conseguir que los eikas retrocedieran cuando todo estaba perdido, que había derribado con una sola mano a un enorme principillo

eika, que había brillado en la batalla con una luz sobrenatural, que seguramente le había sido concedida la Mano de la Señora.

Alain escuchaba avergonzado, pero Lavastine asintió con gravedad y colocó una mano con ademán posesivo sobre el hombro de su hijo. Solo *lord* Geoffrey se impacientaba porque él había desmontado también y ahora atendía a su primo.

—Debemos cabalgar hacia donde el rey tiene su campamento —dijo Lavastine—. Nos queda mucho por hacer.

—¿No es suficiente lo que hemos hecho? —Alain señaló a su alrededor.

—¿Que hayamos matado a Corazón Sangriento y derrotado a los eikas? Era lo que yo esperaba y en realidad todo se ha desarrollado como preveía.

—¡Como deseabas, primo! —*Lord* Geoffrey dio un paso hacia delante. Detrás de él merodeaba lo que quedaba de la caballería de Lavastine, unos ciento cincuenta hombres cuando habían marchado hacia la llanura fluvial hacía dos días. Alain no contó más de treinta hombres, salpicados de sangre y sucios como Geoffrey.

La cara de Lavastine estaba manchada de polvo y en una mejilla tenía cortes circulares desiguales y un círculo de minúsculos hematomas rasgaban su piel en el lugar en que le habían estrellado su almófar de malla en la cara. Encontró un casco vacío en el suelo y puso una bota sobre él. El viento sonaba al colarse por entre el pelo e hizo que el estandarte de Lavas crujiera y subiera un poco, como si los perros negros bordados hubieran olfateado algo. Cogió una ramita de su escasa barba y con una expresión de desagrado la tiró al suelo. Con el viento llegó el aroma a sangre y muerte. Las cornejas volaban en círculo, pero todavía había demasiados soldados merodeando por el campo buscando eikas heridos o quitándoles las faldas de malla para que los pájaros bajaran a darse un festín.

—No mis queridos soldados —dijo el conde, pensando—. Como siempre, lamento la pérdida de sus vidas. Pero conseguimos recuperar Gent sin la ayuda de Henry. Así, será mi privilegio ofrecérselo al rey como regalo cuando nos veamos.

—¿Qué ambición es esta? —preguntó Geoffrey.

—No es ninguna ambición personal, es para mi hijo.

A nadie le habría pasado desapercibida la palidez de Geoffrey, pero él no dijo nada.

—Mi ejército tomó Gent —continuó Lavastine—. Eso me concede un derecho.

—Pero seguramente los hijos de la condesa Hildegard heredarán estas tierras —protestó Alain.

—Si tiene hijos. Si han sobrevivido al invierno con los eikas asolando estas tierras. Si su familia tiene el poder suficiente para que el rey cambie de opinión. Pero si Henry está en deuda conmigo, Alain, entonces, ¿por qué no íbamos a tomar Gent, que, como recordaréis, está dentro de su ámbito, y concedérselo a Tallia como dote? Así volverá a nuestras manos, por el acuerdo matrimonial, o regalo matutino, si te hace alguno. Alain, recuerda que como hija de una duquesa, tiene derecho a obsequiarte a ti, como hijo de un simple conde... —cualquiera podía percibir la

ironía— con un regalo matutino. Por supuesto, tú también puedes hacerle un pequeño obsequio. ¿Verdad, Geoffrey?

Geoffrey se limitó a hacer una mínima inclinación dándole la razón, dado que las tierras y herencias de su esposa Aldegund tenían una mayor categoría de lo que él podía esperar, a menos que heredase, como esperaba, el condado de Lavas de Lavastine.

—Más de una enemistad mortal entre familias ha empezado cuando una novia y un novio de igual categoría intentaban superar al otro con un regalo matutino elaborado. Se puede considerar un insulto que un noble de menor grado haga un regalo de mayor valor a su esposa recién casada del que ella le regala a él, si la posición y la familia de ella son superiores a la de él. Por esa razón no pediremos Gent de forma manifiesta. Pero a través de Tallia todavía podemos reclamar estas tierras y nuestros derechos a una parte de los aranceles que se cobran a los mercaderes y al puerto.

Eran una procesión irregular, pero orgullosa: treinta jinetes y de infantería habría unos sesenta. Así, a la luz del prolongado crepúsculo de mediados del verano, avanzaron con mucho cuidado por el campo de batalla hasta donde el rey había establecido su campamento. El estandarte real ondeaba con fuerza movido por la brisa vespertina desde lo más alto del pabellón real.

Delante, se habían colocado las mesas y sobre ellas se había preparado una fiesta para celebrar la victoria: sobre todo cordero y ternera de la infinidad de rebaños de ganado y ovejas que habían crecido bajo la protección de los eikas en las tierras de cultivo que se habían convertido en pastos el año pasado. Pero también había pan, no demasiado duro, traído de Steleshame, y alguna que otra exquisitez reservada para ese momento. Un rey debe recompensar a sus seguidores, sobre todo en el campo después de un triunfo como ese.

Con Alain a su lado, Lavastine se arrodilló ante el rey y con gran desenvoltura, incluso presuntuosamente, le ofreció Gent al rey, las manos de Lavastine lo ofrecían porque sus tropas habían ganado atravesando las puertas. Sin embargo, Henry se había anticipado a Lavastine. El rey hizo una señal al conde para que ocupara la silla que estaba vacía a su derecha, otorgándole el lugar de privilegio.

Un hombre desconocido con una cara delgada angustiada y la piel como el bronce estaba sentado a la izquierda del rey. Estaba vestido tan lujosamente como cualquier otro noble y Alain oyó a los sirvientes susurrar que era el hijo perdido del rey. En lugar de llevarle la torques dorada que señalaba su ascendencia real, llevaba un collar de esclavo de hierro en el cuello. No hablaba.

Le dieron a Alain el honor de estar de pie al lado derecho del rey, y echarle vino. Desde su sitio, pudo ver y oír a los nobles discutir entre ellos, ponerse nerviosos por el hambre y el alivio de la batalla ganada a gran coste.

Desde su sitio a la derecha de Lavastine, desplazada de su sitio habitual de honor, la princesa Sapientia se quejaba a su lejana prima, la duquesa Liutgard.

—¡Me ha robado la gloria!

—¡Eso es lo que oí decir! ¡Oí que todo vuestro flanco se desmoronó... y que él llegó a tiempo para reunir a vuestros efectivos cuando vos no podíais!

Del consejero de Sapiencia y el torturador de Liath, el padre Hugh no había rastro. Liath estaba en las sombras cerca de uno de sus compañeros Águilas, una mujer de aspecto duro que iba y venía de vez en cuando a susurrar mensajes que traían los exploradores al oído del rey. Liath había pasado un brazo por los hombros de un joven Águila de pelo del color de la paja que Alain había recogido en la batalla de Kassel. Ella y su compañera escudriñaban la reunión para ver quién faltaba.

El ejército de Henry había tenido pocas bajas, todas menos el flanco que estaba a las ordenes de la princesa Sapiencia que al parecer había tenido la desgracia de recibir un ataque enormemente despiadado de los eikas al quedarse entre un principillo que se estaba batiendo en retirada y sus barcos.

Aparte de Lavastine y su primo, había pocos nobles que hubieran sobrevivido del ejército que Lavastine había llevado a Gent. *Lord Dedi* fue asesinado. El cuerpo de *lady Amalia* no se había encontrado. A *lord Wichman* lo habían sacado vivo de una verdadera aglomeración de muertos, los desechos de su última resistencia, pero estaba gravemente herido en una tienda y no se sabía si viviría. El capitán *Ulric*, de *Autun*, había conseguido sobrevivir, junto con gran parte de su compañía de la caballería ligera.

Pero era el destino de los hombres normales, sin nombre y que no eran mencionados en esta reunión, lo que le remordía a Alain. Criado en un pueblo, sabía la pena que llegaría a sus hogares al conocer estas noticias, todas invisibles para los grandes señores, que lo consideraban una victoria. ¿Quién labraría los campos? ¿Quién se casaría ahora con sus novias? ¿Qué hijo ocuparía el lugar del que había caído y nunca volvería?

A pesar de que todavía había luz para poder ver las fuentes con comida que le ofrecían al rey y a su compañía, al fondo se encendieron las primeras antorchas. La luna había aparecido por el este sobre las ruinas de Gent, y ahora cuando el crepúsculo cubría la tierra, la luna derramaba su luz sombría sobre los lejanos campos en los que estaban los muertos sin nombre, tanto eikas como hombres.

Pusieron una bandeja delante del rey y de su hijo perdido.

Sin más, el príncipe se abalanzó a la comida como si fuera un perro muerto de hambre al que le echan las sobras. En la reunión se oyeron gritos entrecortados, y risas, que rápidamente se contuvieron. Desde atrás, los perros empezaron a ladrar y a gruñir con fuerza y en respuesta, los perros de Lavas, que habían estado vigilados y apartados, gruñeron y ladraron en señal de desafío.

De repente, el príncipe saltó. La grasa le goteaba de los labios. El rey puso una mano sobre su manga con fuerza. A Alain le atenazó tal sentimiento de pena que se puso entre Henry y *Sanglant* e hizo un gran ademán para servir vino con la intención de que la atención se dirigiera hacia él y se apartara de ellos.

Todo quedó ahí. Haciendo un esfuerzo que era más evidente por el temblor de sus manos, el príncipe empezó otra vez a comer, muy, muy despacio y con un cuidado tan extremo que cualquiera sabría que casi no podía evitar comer como un salvaje.

—Majestad —dijo Lavastine, captando la atención de Alain y señalando con una inclinación de la cabeza que el joven podía retirarse ya. Su estratagema había funcionado—. Con un gran esfuerzo mío y de mi gente, he liberado Gent de los eikas y he matado a la criatura que había hecho prisionero a vuestro hijo durante tanto tiempo.

—Lo habéis hecho —dijo el rey, apartando la vista de su hijo con alguna dificultad para mirar al conde.

—Hemos hablado de una unión entre mi hijo y *lady Tallia*.

—Sois francos conmigo, conde Lavastine.

—Siempre lo seré, majestad. Sabéis lo que quiero y el precio que he pagado por ello.

—Pero ¿sabéis lo que yo quiero —respondió el rey— y lo que necesito que hagáis para conseguirlo?

—No, Majestad, no lo sé, pero estoy deseando saberlo.

El rey levantó la vista a Alain.

—Un muchacho bien parecido. He oído hablar de su gran valor y habilidades para las armas que ha demostrado tener hoy. Es increíble que protegiera una pequeña colina frente a una marea de eikas. No tengo ningún problema en que se case con mi sobrina Tallia... si con esto juráis que vos y vuestro heredero me apoyaréis con lealtad en todas mis empresas.

Antes de que Lavastine pudiera responder, el príncipe se levantó de la silla y se fue hacia la oscuridad. El rey hizo ademán de levantarse.

—No, majestad —dijo Alain, quien se dio cuenta de repente de lo que ocurría—. Si me lo permitís, yo iré a por él.

No se había alejado ni seis pasos, cuando apareció Liath a su lado.

—¿Qué ha pasado? —susurró. Estaba tan inquieta como un perro en una tormenta.

—No es nada grave —dijo con tranquilidad, tocándola el hombro para calmarla—. Es mejor que vaya solo. ¿Crees que querría verte si no está bien? —Y se fue.

Al instante, asintió con la cabeza y se volvió a su sitio.

Alain y unos pocos hombres de armas encontraron al príncipe vomitando justo en el borde del campamento. Cuando terminó, empezó a temblar, apoyándose sobre las manos.

—Ay, Dios —susurró para sus adentros—. No permitas que me vean.

Alain se adelantó y le puso una mano en el hombro. Enseguida, el príncipe se levantó, gruñendo igual que un perro.

—Calla ahora —dijo Alain con firmeza, como lo haría a sus perros, y el príncipe se sacudió y pareció volver a recuperar la normalidad—. Si has estado sin comer no

puedes ingerir comida rica de repente, o al menos eso me decía mi tía Bel. —Todavía se estremecía al pronunciar el nombre—. La que era mi tía —añadió, pero este comentario lo hizo para sus adentros.

—¿Quién eres? —dijo el príncipe. Tenía una voz insólitamente ronca que le hacía parecer afectado por la pena, cuando en realidad probablemente solo estuviera agotado y enfermo. Pero se había calmado lo suficiente como para limpiarse la boca con el dorso de una mano.

—Soy el hijo de Lavastine.

Los perros empezaron a ladrar otra vez, y el príncipe levantó la cabeza para oler, se puso de pie y de nuevo fue un hombre.

—¡Que Dios se apiade de mí! —susurró—. ¿No voy a liberarme nunca de las cadenas con las que me ató Corazón Sangriento?

—Es el collar —Alain no sabía por qué hablaba con tanta franqueza, solo que, a diferencia del rey, este príncipe medio salvaje no le sobrecogía—. Mientras lo lleves en el cuello no te liberarás de la mano de Corazón Sangriento.

—Mientras lo lleve, me recuerda lo que me hizo. Me recuerda lo que era y lo que me llamó —su voz era tan amarga. Alain sufría por él y compartía su dolor.

Pero Alain tampoco era inmune a la curiosidad.

—¿Qué te llamo?

El príncipe se limitó a negar con la cabeza.

—Voy a volver adentro. No olvidaré la amabilidad que me has mostrado.

Volvieron donde estaban el rey degustando su vino y su compañía comiendo con apetito, muertos de curiosidad, pero sabiendo que su rey no iba a permitir que le hicieran preguntas. El príncipe se sentó con un extremo con cuidado y con más cuidado aún bebió vino con moderación y comió una mínima cantidad de carne y pan. Pero en algunas ocasiones, sus senos nasales se abrían y levantaba la cabeza y buscaba en la reunión como si hubiera oído un comentario que le enfadara. El resto de la fiesta transcurrió sin incidentes. Comieron y bebieron animadamente, sin escatimar el vino que quedaba.



—Has sabido desenvolverte bien, hijo —dijo Lavastine después cuando ya se habían retirado a una tienda, requisada a los nobles de menor importancia del séquito de Henry—. Estoy orgulloso de ti. ¡Ay, Señor! El príncipe Sanglant se parece más a un perro que a un hombre. Pero supongo que es por la sangre de su madre. —Rascó las orejas a *Pánico* y el viejo perro gruñó extasiado. Alain curó el corte profundo que tenía *Miedo* en la ijada. Ya le había vendado la pierna a *Pasión* y había lavado las heridas a *Pesar* y *Rabia*. *Incólume* estaba dormida, mientras *Gozo* esperaba con

paciencia su turno a manos de Alain.

Ahora que las heridas de Lavastine se habían curado, Alain, Lavastine y los perros estaban solos en la tienda. Desde fuera escuchó la escasa actividad que se oía a medida que se llevaban a los heridos, los exploradores iban y venían, los hombres saqueaban y quemaban a los eikas muertos a la luz de la luna, y los centinelas gritaban dando el alto.

—Debe de haber sufrido muchísimo —dijo Alain mientras rascaba bajo la mandíbula a *Miedo*.

—Pero está vivo. Dicen que le cuidaron los perros eikas, tan leales a él como lo fueron en su día los Dragones. ¿Qué piensas tú de eso?

Alain se rio.

—¿Tengo que pensar algo cuando estoy aquí con estas bestias fieles?

Lavastine gruñó.

—Pues es verdad —se estiró, haciendo un gesto de dolor—. Cuando yo tenía tu edad, no me dolían los huesos, incluso después de un día como este. ¡Qué criatura más extraña era el príncipe eika, nos dejó irnos a todos en la catedral cuando podía habernos matado! ¡Qué previsor fue por tu parte liberarle, Alain!

—¿Aun habiendo sacrificado a Lackling? —Todavía le dolía la vergüenza.

—¿Quién es Lackling? —Lavastine bostezó, volvió a estirarse y ató a los perros, después llamó a un sirviente para que le quitara las botas—. ¿Sabes qué le pasó al Águila?

Alain vio que no tenía sentido recordarle a su padre lo de Lackling.

—Se ha ido a hacer sus tareas.

—Fuiste hábil ganándote su lealtad, hijo. Parece que cuando te cases, la importancia de *lady Tallia* va a permitirte contar con Águilas en tu séquito. Debes pedir a esa. En su interior reside algún tipo de poder. Estaría bien que pudieras contar con ella, si puedes.

Casarse con Tallia. No prestó atención al resto de lo que dijo Lavastine, igual que la brisa nocturna, el resto de sus comentarios le pasaban desapercibidos. *Casarse con Tallia*.

Lavastine siguió hablando sobre los planes de Henry de enviar a buscar a Tallia y traerla a su séquito, pero las palabras pasaban como envueltas en una neblina. Cuando los perros se calmaron, colocaron un áspero camastro, Alain se tumbó al lado de su padre y cerró los ojos. Entonces aparecieron las terribles imágenes del estallido de la batalla como fuego en sus ojos. La rosa le ardía en el pecho como un carbón caliente. Pero lentamente, el dolor cedió. Con el ronquido de los perros y el aliento tranquilo de su padre en su oreja, las terribles imágenes se esfumaron transformándose en una imagen de Tallia, su pelo suelto del color del trigo y su cara solemne que se volvía para mirarle. Su mujer. Unida a él por los juramentos mutuos que hicieron ante los testigos y bendecidos por un obispo.

Se durmió y soñó.

Tanto la corriente como el viento le ayudan esta noche. Puede oler el mar y el estuario antes de acercarse demasiado. Ancla sus ocho barcos en la orilla occidental y envía exploradores hacia el oeste para protegerse de una incursión de los soldados de los Débiles por si han enviado alguno en esta dirección a buscar a los niños de roca. Sin duda, están demasiado ocupados enterrando a los de su especie para olvidar su pena.

El desastre que causó la muerte de Corazón Sangriento hará daño sin duda a los niños de roca, pero solo un tonto sería incapaz de encontrar una ventaja en ello. Ninguno de los hijos ambiciosos de Corazón Sangriento podía haber matado al mago sin atraerla venganza de Corazón Sangriento sobre él. Ahora ese destino estaba reservado para otro.

Ahora, después de la derrota aplastante, ¿cuántos hijos de Corazón Sangriento sobreviven? ¿Cuántos han llevado a sus seguidores a luchar en dirección este y no lucharon en Gent? Debe tener en cuenta todo esto antes de saber cómo y cuándo actuar.

El viejo sacerdote está sentado en el casco de un barco y canta tonterías mientras se limpia la sangre que le sale de la herida de su pecho y se la chupa de los dedos.

—¿Cómo lo hiciste? —le pregunta a la marchita y vieja criatura—. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Por qué te interesa? —pregunta el viejo sacerdote, quien habla siempre haciendo preguntas.

—Corazón Sangriento encontró tu corazón escondido en la montaña Rikin. Te hizo aceptar el trato de que escondieras su corazón en lugar del tuyo.

—¿Encontraré alguna vez mi corazón? —Se ríe socarronamente el sacerdote.

Sin duda está medio loco. Su especie lo está habitualmente; es el precio que pagan por su poder.

—¿Qué pasó con tu corazón? —pregunta otra vez—. ¿Cómo conseguiste esconder el corazón de Corazón Sangriento en tu pecho cuando se supone que debía estar escondido en la montaña?

—¿Creía que era más inteligente que yo? —El viejo sacerdote gruñe y por un instante sus ojos legañosos chisporrotean de inteligencia. La criatura es muy mayor, el hombre más viejo que nunca he visto—. ¿Creía que iba a sacarme mi viejo corazón a un lugar en el que podría haber guerra? ¡Me podían haber matado!

—Entonces, ¿temes a la muerte? La maldición del hermano de carnada...

—¡La maldición! ¡La maldición! ¿Tengo pinta de recién salido del cascarón? Le devolví la maldición. Robé la voz de Corazón Sangriento y ya no pudo hablar más. ¡Hai! ¡Hai! —Empieza a cantar, pero la canción tiene

un ritmo inquietante, como un río que sube montaña arriba—. Deja que esta maldición caiga sobre aquel cuya mano lleva la hoja que destrozó su corazón. ¡Ailailai!

Ya no tiene sentido que te coja la vieja criatura, así que solo prueba las cadenas con las que ha atado al viejo sacerdote antes de dar órdenes a sus soldados. De estos primos que le quedan, deja la mitad para que vigilen los barcos. La otra mitad se la lleva consigo en su camino hacia el norte, justo por encima de los acantilados hasta la misma desembocadura del río.

El quinto hijo de la quinta carnada sabe cómo hacer uso de la lección. Una vez, fue capturado por un hombre llamado conde Lavastine cuando su barco se quedó atrapado en la desembocadura del río Vennu. No volverá a pasar. Si le espera una trampa en la desembocadura de este río, estará preparado para ella.

Huele a los soldados humanos antes de verlas filas reveladoras de un pequeño fuerte situado encima de un acantilado y algo escondido por una capa ingeniosa de ramas y maleza. Algunas de las plantas que están entrelazadas en las murallas de troncos todavía están vivas aunque puede notar el frágil deterioro de las otras en su lengua cuando saborea el aire.

Sus primos se remueven y gruñen impacientes detrás de él, porque no les dejaron luchar cuando huyeron de Gent. Puede saborear su insatisfacción, pero no han aprendido a ser pacientes. Esta noche lo aprenderán o morirán.

Levanta una mano y les hace una señal para que se abran en abanico. El terreno se desliza ante sus pies: la tierra, la áspera hierba y las plantas que pueden estar en un lugar permanentemente batido por el viento. Golpea la lanza sobre el escudo y de las profundidades del fuerte escuchad ruido frenético de los hombres que luchan para prepararse para la batalla.

—¡Escuchadme! —les llama—. Enviada vuestro líder a dialogar, porque mis efectivos superan a los vuestros en número. —Olfatea las esencias en el aire—. No sois más que treinta, y yo tengo más de cien. Te doy esta opción: lucha con nosotros y muere esta noche o repliega tu fuerte hacia el sur y el oeste al campamento de los de tu especie y vive.

—¿Cómo podemos confiar en ti? —grita uno de ellos, que aparece solo como una sombra oscura del yelmo en el cielo y un cierto olor a empecinada resistencia cabezota en el aire.

—Soy al que lord Alain liberó en la fortaleza de Lavas. Por el honor de aquel caballero, juro que no haré ningún daño... siempre que te retires de inmediato y me dejes a mí este lugar.

El hombre escupe, aunque no llega tan lejos.

—¡Tú, un eika que jura por el honor de nuestro querido lord Alain!

¡Qué criatura más cabezota! No tiene tiempo que perder. Enseguida vendrán los demás barcos.

—Entonces si entre los tuyos cuentas con un hombre valiente, envíale y yo seré su rehén, que quedará bajo su cuchillo, mientras los demás se van. Cuando estén bien lejos, puede seguir sin que le molesten. Pero ahora debes actuar o atacaremos.

Consultan entre ellos. No puede escucharlos, pero su miedo es un aroma vigorizante en la brisa que resulta cáustico en la lengua. Ahora deben saber que están rodeados y que son menos.

Al final, por supuesto, accederán. No tienen otra elección más que esa o morir, y los Débiles siempre luchan para vivir incluso cuando deben vivir como perros para hacerlo. Como el viejo sacerdote, temen a la muerte y al paso a la montaña de los cielos, y ese miedo se puede utilizar contra ellos.

Uno de ellos sale. Se adelanta y deja que el hombre esté con el cuchillo colocado en su garganta, mientras los otros marchan de forma rápida, pero ordenada hacia una noche que es gris, porque la luna está bajando. Sus soldados asaltan el fuerte detrás de ellos y lo rodean bajando hasta la playa. Le ladran. Hay máquinas en el fuerte y con algo de impaciencia, se queda mirando fijamente al hombre que está ante él, quien al final retira el cuchillo y se aleja lentamente.

—Te recuerdo —dice el hombre, y después se da la vuelta y corre como si sospechara que le van a lanzar una Hecha por detrás. De repente, uno de sus primos alza su arco y tensa una flecha para tirar más fácilmente, él se lanza hacia delante y le tira el arco y la flecha.

El imprudente primo jura.

—¡Eres débil dejándoles ir!

Solo tarda un momento en matarle por ser irrespetuoso. Después se vuelve a los otros.

—Cuestionadme, si os parece, pero no me desobedezcáis. Pretendo cumplirlo que Corazón Sangriento no pudo, porque no quería utilizar las lecciones de las Madres Sabias como guía.

Espera mientras la sangre gotea sobre sus pies y el fuego que animó al primo se derrama sobre la tierra y empapa el suelo. Nadie habla.

—Entonces, ve —le ordena, porque ya ha visto a quién ha colocado aquí el conde. Es un hombre inteligente, el conde, un enemigo que merece la pena.

Enseguida, los demás barcos comienzan a llegar, escapando de la muerte de Corazón Sangriento y el hundimiento de su ejército y su autoridad. Observa sin apasionamiento cómo zozobran en la marea negra.

Enseguida, la desembocadura del Vesper está inundada de restos, mientras algunos, libres de la cadena que los ata a los pilotes, nadan para alcanzar la orilla occidental. Aquellos que no se inclinan ante él serán asesinados por sus soldados.

Enseguida, tendrá que quitar la cadena para que pueda navegar a salvo

él mismo y volver al fiordo de Rikin con su premio, pero al menos esta noche, destrozará a tantos rivales como pueda.

No habrá muchos supervivientes de los que se reunieron en Gent, y los que sobrevivan le pertenecerán a él.

Sus seguidores hacen bien y con eficiencia su trabajo. Trepa al pequeño fuerte y desde esta posición estratégica mira, con el corazón del hombre viejo, como la luna, se hunde por el oeste y las estrellas, los ojos de las Madres más mayores, miran con su luminosa indiferencia a las aguas corrientes y la tierra silenciosa. En la montaña de los cielos, el valle del hielo negro, solo el frío prevalece y sus conversaciones susurrantes tardan vidas enteras en terminar. Sin embargo, son bellas.

Era de noche, pero Liath no podía conciliar el sueño.

Había enviado a Hathui a dormir y se había ofrecido a hacer la guardia de medianoche como siempre hacía un Águila, para vigilar el pabellón del rey junto con los guardas.

La noche anterior había habido luna llena, y solo se veían aquellas estrellas más brillantes. Pero no se podía concentrar lo suficiente para ver esas estrellas e interpretar sus movimientos secretos en el idioma que papá la había enseñado, el idioma de los *mathematici*.

Sanglant estaba vivo.

Vivo.

Pero tan cambiado.

Aunque en realidad no tanto.

—Águila.

El susurro salió de las sombras, enredado en la continua brisa nocturna que azotaba la gran cantidad de pabellones que había a su alrededor. Se enderezó y se dio la vuelta para buscar la procedencia de la voz.

Dos guardas con antorchas aparecieron en la penumbra. Un tercer hombre conducía una mula y allí, a lomos de la mula, había una mujer sentada con la vestimenta de un clérigo. Pero no se atrevió a ir demasiado lejos donde los guardas que estaban al lado de la tienda del rey le pudieran ver la cara.

Con prudencia, Liath salió para encontrarse con ella.

Era la hermana Rosvita, que parecía demacrada y nerviosa.

—¿No estabais con el séquito?

Rosvita permitió que el sirviente la ayudase a desmontar y después le hizo una señal a él y a los guardas para que se apartaran. Se retiraron y se quedaron apartados a unos pasos.

—Lo estaba, pero tuve que irme y venir aquí. La luna me ha guiado con su luz.

—¡Pero todavía hay algunos eikas escondidos en el bosque!

—No estaba tan lejos como yo pensaba. No hemos visto ningún eika. Debo hablar contigo, Águila. La bendición de la Señora ha hecho que haya venido directamente hasta ti.

Para sorpresa de Liath, la clériga cogió un hatillo envuelto en lino de una bolsa

atada en la silla de la mula y se la ofreció. Liath supo inmediatamente lo que era.

—¿Cómo pudisteis? —susurró, casi no podía ni pronunciar palabra.

—¿Sabes lo que es? No, no te molestes en contestar, ya veo que sí. Sé que sabes leer dariyano —la clériga habló con impaciencia, claramente nerviosa aunque Liath siempre la había visto tranquila—. ¿Por qué debería devolvértelo?

Tenía la mitad de años que la clériga. Podía perfectamente coger el libro y salir corriendo. Pero no lo hizo, aunque tampoco podía dar una respuesta elocuente y convincente.

—¡Es todo lo que mi padre me dejó!

—¿Era *mathematicus* tu padre?

No tenía sentido mentir. Era evidente que Rosvita había leído el libro.

—Sí.

—¿Y tú que eres, Águila? —preguntó la clériga.

—No tengo familia —dijo rotundamente—. Todo lo que tengo son los Águilas. Os lo ruego, hermana, no soy ninguna amenaza para nadie.

Rosvita levantó la vista a las estrellas como si quisiera preguntarlas si era verdad o estaba fingiendo bien. Pero las estrellas solo hablan a los que saben interpretar su idioma así que no lo hizo.

—No debo quedarme con esto —dijo en voz baja.

—¿Cómo lo conseguisteis?

—Eso no importa.

—¿Podéis? ¿Cuánto...? —Pero tenía miedo de preguntar. Se movió. Al fondo, los tres sirvientes que habían escoltado a la clériga estaban apiñados, compartiendo algo de una botella de cuero. Le pareció oler a aguamiel, pero se mezclaban tantos olores difíciles de distinguir en el aire que no podía estar segura de si era la dulzura de la miel fermentada o el regusto de la sangre seca.

—Yo no sé leer jinna, pero tú sí —no era una pregunta—. Y la cuarta lengua es desconocida para mí. Solo tuve un momento para ver el arethousano y el dariyano, pero eso me bastó para identificarlo. ¡Que la Señora te proteja, muchacha! ¿Por qué cabalgas como un Ángel corriente?

—Es lo que me ofrecieron.

—Wolfhere.

—Me salvó de Hugh.

La luz de la luna iluminó la expresión de la cara de Rosvita, pero negó con la cabeza y después se limitó a ofrecer el libro a Liath.

Liath lo agarró y lo apretó contra su pecho.

—Creo que te pertenece —dijo Rosvita con dulzura, dudando—. Pido a Dios que tenga razón. Pero debes venir a hablar de esto conmigo, Águila. Tu alma inmortal está en riesgo. ¿Quiénes son los Siete Durmientes?

—Los Siete Durmientes —murmuró Liath, rebuscando en su recuerdo— «Ten cuidado con los Siete Durmientes». O al menos eso escribió papá. Solo sé lo que él

escribió en el libro.

—¿Nunca has oído la historia según la *Historia eclesiástica* de Eusebç?

—No, no he leído a Eusebç.

—Cuando el emperador Tianothano perseguía a los daisanitas, siete jóvenes de la ciudad sagrada de Saïs se refugiaron en una cueva para coger fuerza antes de presentarse como mártires. Pero, milagrosamente, la cueva se selló y allí les dejaron que durmieran.

—¿Hasta cuándo?

—Eusebç no lo dice. Pero ese no es el único sitio en el que he oído ese nombre. ¿Conoces al hermano Fidelis del monasterio de Hersford?

—No.

—«Los diablos me visitan disfrazados de eruditos y de *magi* —citó Rosvita, recordando la conversación con gran nitidez— tentándome con ofrecirme sabiduría si les digo lo que sé sobre los secretos de los Siete Durmientes».

—¿Eran ellos los...? —Liath se calló. El viento hacía crujir la tela de las tiendas, y de repente se acordó del daimon que la había acosado en la calzada vacía. Tembló—. No sé qué hacer —murmuró, asustada otra vez—. Papá siempre decía: «El peor enemigo es el que no puedes ver».

Rosvita extendió una mano como solía hacerlo, como una diaconisa a punto de echar una bendición.

—Hay otros que te pueden aconsejar mejor que yo. Debes pensar seriamente en ir al convento de Santa Valeria.

—¿Cómo? —Liath susurró, acordándose de su visión de la severa madre Rothgard—. Las artes de los *mathematici* están prohibidas.

—Prohibidas y condenadas. Pero sería absurdo que la Iglesia no entendiese una brujería como esa. La madre Rothgard de Santa Valeria no es una preceptora de la que me gustaría ser discípula. Tiene poca paciencia y menos corazón. Pero nunca he oído decir que haya estado tentada por su saber. Si no puedes confiar en mí, entonces ve allí, te lo suplico —miró detrás hacia sus sirvientes—. Ahora debo volver con el séquito o se preguntarán por qué no estoy. La mañana llegará pronto.

Se calló y se quedó mirando a Liath como si pudiera leer su alma. Después se marchó.

Liath estaba demasiado aturdida para moverse. Le dolían los brazos justo por donde estaba sujetando el libro y el borde se le clavaba en el estómago, hundiéndose en las costillas. Se quedó ahí respirando, inspirando y espirando, en medio de la noche. Un reflejo blanco la asustó y se volvió, vio venir un búho sin hacer ningún ruido para posarse en el suelo despejado un poco más allá de la aureola de la luz del farol que iluminaba el toldo del pabellón del rey Henry. La miró fijamente con sus enormes ojos dorados y después, de repente, se echó a volar hacia el cielo y desapareció en la noche.

—Liath.

Por supuesto, lo sabía.

No se dio la vuelta para mirarle. No lo podía soportar.

—Has robado el libro —dijo él, con un tono más de sorpresa que de acusación—. Me fui del campo en cuanto estuvo claro que habíamos ganado la batalla y volví cabalgando con el séquito, y en ese momento, me di cuenta de que no estaba. ¿Cómo conseguiste llegar hasta él? ¿Qué magia empleaste?

No se volvió a mirarle ni le contestó, así que la cogió por el hombro y le dio la vuelta, golpeándola con tanta fuerza que los guardas miraron desde su puesto cerca del toldo.

Pero se dieron cuenta de que era la silueta de un caballero noble por su porte y su vestimenta y de que ella era solo un Águila. Tosieron unas cuantas veces y después apartaron la vista otra vez. No era asunto suyo.

Furioso, la cogió por el codo para echarla a un lado, pero sus pies estaban anclados a la tierra. No podía pelear, ni luchar ni huir. Le dolía la mejilla.

¡Ay, Señora!, ¿estaba usando la brujería con ella? Pero entonces ¿de qué la había protegido papá, si no de esto? La había protegido de otras formas de magia. ¿Por qué nunca la había protegido de Hugh?

—Maldita seas Liath —dijo empezando a enfadarse—. Es mi libro y tú eres mi esclava. Dímelo, repítemelo Liath. Soy tu esclava, Hugh. Nunca huirás de mí.

¿Había analizado Hugh su alma con detenimiento y había encerrado su corazón con tanta fuerza en la torre helada para poder controlarla a su antojo?

Ella estaba indefensa. Nunca se liberaría.

Al agarrarla más fuerte, sus botas se movieron en el suelo, perdió fuerzas, se cayó, y empezó a deslizarse en la oscuridad.

—Dilo, Liath.

Demasiado aturdida por el miedo para poder llorar, susurró la única palabra que pudo pronunciar:

—Sanglant.

Las ratas salían por la noche a roer los huesos. El chirrido susurrante de sus mandíbulas sobre la piedra le sacó rápidamente de su sueño.

Pero no quería abrir los ojos. ¿Por qué le atormentaba Dios de esta forma, haciendo que tuviera esos sueños? ¿Por qué le había echado esa maldición su madre de por vida? Era mejor morir que soñar que Corazón Sangriento estaba muerto y que él estaba libre. Así, lastrado por la desesperanza, Corazón Sangriento le encadenó más fuerte.

Los perros gemían en las cercanías, los rabos golpeaban el suelo. Uno gruñó.

—Calla, hijo —dijo una voz parecida a la de su padre. Una mano le tocó el pelo, acariciándolo con suavidad como hacía su padre hacía años cuando era un niño y enloqueció por la pena al perder a su niñera, la mujer que le había cuidado y le había ayudado a criarlo. Había muerto de una fiebre virulenta y aunque había estado sentado junto a su cama durante días a pesar de que ella le rogaba susurrándole que se fuera y su padre le ordenaba que la dejara o se arriesgaría a contraer la enfermedad, no se había ido y no había caído enfermo.

—«Ninguna enfermedad conocida puede afectarle».

La mano que le acariciaba ahora pesaba y era cálida.

Se incorporó de golpe, gruñendo y después se estremeció cuando vio que no era la fría nave de la catedral, sino el interior de un pabellón, el perfil estaba suavizado por el brillo cálido de un farol. Su padre estaba sentado en una silla de campamento al lado del camastro en el que había estado durmiendo. Dos sirvientes dormían en el suelo; aparte de ellos, estaban solos.

El rey no quitó la mano, sino que la mantuvo extendida y sacó un extremo del pelo que estaba rozando el ojo de Sanglant.

—Calla, hijo —dijo con suavidad—. Vuelve a dormir.

—No puedo dormir —susurró—. Me matarán si me duermo.

Henry movió la cabeza un poco, un minúsculo gesto en la penumbra.

—¿Quién va a matarte?

—Los perros.

El rey suspiró profundamente y colocó una mano con determinación y firmeza en el hombro de Sanglant.

—Ya no eres el prisionero de Corazón Sangriento, hijo mío.

Sanglant no respondió, pero se tocó el collar de hierro con la mano. Henry le agarró esa mano y se la apartó del áspero collar de esclavo.

—No, no, hijo. Mandaremos que te lo quiten —mojó un trozo de lino blanco limpio con su saliva y le dio unos toquecitos por todo el cuello en la zona en la que el collar le había rozado y pellizcado. La torques dorada que él llevaba en el cuello brillaba al inclinarse para acercarse a examinar a su hijo y después, cuando se apartó, el brillo se desvaneció. Pero a los ojos de Sanglant destellaba como un relámpago deslumbrador: símbolo de la ascendencia real que había dado a Henry el derecho de poder heredar el trono; como a Sanglant, el que él naciera sano y salvo había otorgado a Henry el derecho a gobernar después de su padre, el joven Arnulf.

—Vamos —dijo Henry—. Si no puedes dormir, come un poco. Hice que te trajeran algo de comer...

—¿Puedo comer en privado y no avergonzarme? —Pero no tenía intención de saltar como lo hacen los perros mordisqueándose entre ellos. Gruñó y metió la cabeza entre las manos.

Pero Henry se limitó a reírse en silencio.

—Cuando eras niño, Sanglant, a veces no eras tan diferente de ellos. Después de todo, no está tan mal estar alerta como un perro. Algunas veces creo que los príncipes no son mejores que los perros que te siguieron al salir de Gent, luchando entre ellos. Algunos me destrozarían la garganta si pudieran o si mostrase algún tipo de debilidad ante ellos.

—Un perfecto caballero con su precioso séquito —dijo Sanglant con amargura, recordando el insulto de Corazón Sangriento.

—Aunque bien podríamos cortarles el cuello ahora que están encadenados.

—¡No! —Se levantó. Totalmente de pie, era mucho más alto que su padre—. Me han sido fieles. Como mis Dragones.

—¡Siéntate! —Pidió Henry. Sanglant se tambaleó, todavía agotado y desorientado, y se dejó caer en la otra silla. Bajo su codo había una mesita con una cesta de pan y un cuenco de bayas recién cogidas—. Pero no vamos a matarles porque si podemos mantenerles encadenados, atraviesan la piel mordisqueándola, eso me dicen los sirvientes, así que pueden servirte como recordatorio.

Sanglant cogió el cuenco y se lo acercó a la nariz, pero la exuberante fragancia de las bayas hizo que su estómago se encogiera. Lo volvió a dejar y partió un trozo de pan. ¡Ay, Señor, estaba tan hambriento!, pero no debía comer en exceso. Debía empezar tomando pequeñas porciones y aprender a comer otra vez.

—¿Recordarme? ¿El qué? —preguntó, para dejar de engullir el trozo de pan.

—Los príncipes y los nobles del reino.

—¿Por qué tendría que acordarme de ellos? —Todavía seguía retorciendo el pan entre sus dedos. Se sintió fascinado al ver la comida y poder decidir él mismo si la cogía o la dejaba.

Henry se inclinó hacia delante y bajó la voz como si todo el mundo pudiese estar

conspirando. Sanglant se tranquilizó, con el pan a medio morder en la boca.

—Debemos movernos despacio y planificar con cuidado cada paso si queremos que tú reines después de mí.

Sanglant dejó el pan.

—¿Por qué iba a querer ser rey?

Henry empezó a contestarle, pero el viento atrajo un sonido que le distraía más: la voz de Liath, su miedo, su desesperación. Le estaba llamando.

Se levantó tan de golpe que la silla se ladeó y perdió el equilibrio. Antes de oírlo ya había salido, como el eco de su paso, un ruido sordo sobre el suelo. Los guardas se apartaron, sobresaltados pero él sabía adonde iba.

Algún caballero noble le había puesto las manos encima.

Antes Sanglant le había cogido el brazo y le había arrancado de ella, al oír su grito ahogado, se contuvo y se paró para ver quién era.

Habían pasado años, pero nunca olvidaría esa cara.

—Hugh —abrió la mano y el otro hombre se deshizo de él dando un paso rápido hacia atrás. Estaba furioso; Sanglant podía oler su rabia.

—Os suplico, mi señor príncipe. Este Águila sirve a la princesa Sapia y solo la estaba escoltando para que volviera.

—¿Tirando de ella contra su voluntad?

La voz del otro hombre cambió, se suavizó, se tranquilizó, pero el tono solo hizo que Sanglant se enfureciera.

—No, ella quiere venir conmigo. ¿Verdad? ¿Verdad, Liath?

En respuesta, ella se hizo a un lado para acercarse suavemente al pecho de Sanglant. El hatillo que llevaba le apretaba las costillas causándole dolor.

—Liath —dijo Hugh, con una orden. Entonces, incluso en aquellos días en que estaba en la *schola* del rey, el joven caballero Hugh esperaba que le obedecieran y le molestaban aquellos que no lo hacían o que no tenían que hacerlo—. Liath ¡Vas a venir conmigo! —Ella emitió un sonido que se parecía más a un gimoteo que a una petición y volvió la cara hacia el pecho de Sanglant.

No podía evitarlo. Salió de su garganta y se oyó como un eco de los tres perros que estaban con él, detrás del pabellón del rey: un gruñido en voz baja.

Hugh, sobresaltado dio otro paso atrás, pero entonces se contuvo y se rio con dulzura.

—Ya sabes lo que te llaman ahora algunos ¿verdad? El príncipe de los perros.

—Mantente alejado de ella —dijo Sanglant.

Pero Hugh se limitó a mirarlo de arriba a abajo y arqueó una ceja con ironía.

—No des lo que es sagrado a los perros —se volvió, encogiendo los hombros con arrogancia, y se fue.

Ella no se movió. Sin pensarlo, puso una mano en su hombro y la atrajo hacia él. Asustada, levantó la vista.

Durante bastante tiempo había estado pasando hambre. Había soñado con ella,

pero solo era una sombra, una sombra recordada con lucidez en su desesperanza y necesidad. Entonces la tocó en la mejilla, como una vez lo hizo ella en el silencio de la cripta. Ella no respondió, no se echó hacia atrás, pero sentía el ritmo de su respiración. La suya no era tan constante.

—Cásate conmigo, Liath —dijo, porque ahora era lo único que sabía decirla. ¿No le había cortado el pelo en el arroyo? ¿No le había liberado de las cadenas de Corazón Sangriento? ¿No había sido el recuerdo de ella lo que había evitado que se volviera loco?

El alerón de la entrada al pabellón se movió y el rey salió. De repente, la noche quedó ensombrecida por los primeros indicios del amanecer: un pájaro silbando, un árbol que iba adoptando el color gris en lugar del negro en el cielo nocturno, la luna que se había ocultado y las estrellas que desaparecían.

Henry se paró, justo cuando Liath le vio y se echó hacia atrás, dando un gran paso para apartarse de Sanglant.

—¡Majestad! —lo dijo en el tono de un ladrón al que cogen con una mano en el arcón del tesoro real.

Su cara se quedó congelada como si fuera de piedra. Pero su voz era clara, tranquila y dominante.

—Águila, es hora de que informe a mi hijo Ekkehard y a aquellos de la *schola* del rey que se quedaron en mi palacio de Weraushausen de que estamos sanos y salvos y que Gent ha sido recuperada. Ahora puedes irte.

—Mi señor rey —empezó Sanglant.

Pero ella se movió y dio otro paso atrás.

—Es mi deber e iré.

La dejó ir. No la retendría contra su voluntad, no ahora que había sido prisionero durante tanto tiempo. En ese momento sentía un fuerte odio hacia sí mismo por lo que había llegado a ser. El príncipe de los perros: así es como le llamaban ahora, eso era lo que Corazón Sangriento le había llamado. ¿Por qué tendría que recordar nada de lo que había sentido antes o lo que suponía que ella había sentido, cuando se habían encontrado en Gent por primera vez?

Siempre había sido un hijo obediente.

Ella dudaba todavía, y miró una vez con nerviosismo al rey, y después repentinamente lanzó el hatillo que llevaba en los brazos.

—Guárdamelo, te lo suplico —susurró para que solo él pudiera oírlo. Después se dio la vuelta y se fue andando camino del crepúsculo.

Él se quedó mirándola fijamente. Levantó una mano para levantarse la trenza y volver a ponerla sobre el hombro de donde cayó por la espalda con un movimiento tan sinuoso y atractivo que él no podía dejar de mirarlo.

—Vuelve a entrar hijo —dijo Henry, una orden y también una petición. Había un tono en la voz de su padre que al principio no pudo interpretar, pero lentamente los viejos recuerdos y los antiguos enfrentamientos sirvieron para que lo pudiera

descifrar.

Celos.

—No —dijo—. No puedo volver adentro. He estado adentro demasiado tiempo...

¿Cuánto tiempo había pasado desde que había oído por última vez los sonidos aflautados y los trinos de los pájaros al amanecer? ¿Desde que había visto cómo se desvanecía el brillo de las estrellas hasta transformarse en gris? ¿Desde que había olido el aire fresco, incluso aunque estuviera impregnado del olor lejano del fuego y la muerte?

En cuanto ella se perdió de vista a lo lejos por entre las tiendas, se detuvo y se dio la vuelta para mirarle, y después desapareció en el bullicio del despertar del campamento.

—He olvidado lo brillante que es el sol —dijo sin quitar la mirada del lugar en que la había visto por última vez—. Lo dulce que huele el aire.

—¿Qué te ha dado? —preguntó Henry.

Una promesa. Pero no lo dijo en alto.

EPÍLOGO

No vinieron solo de Steleshame, sino de lugares más distantes, gente que vio una oportunidad de reconstruir en Gent o cultivar los campos vacíos de sus alrededores. Empezaron a dejarse caer por las calzadas en cuanto se extendió la noticia de que el mago eika estaba muerto y su ejército derrotado. Y cuando se extendió el rumor de la victoria y la oportunidad de hacer fortuna, la noticia pareció extenderse con la misma rapidez que el vuelo de un pájaro, haciendo llegar el mensaje a todos, cualquiera que fuera su condición.

—Volveremos —dijo Matthias—. Necesitarán trabajadores en la curtiduría. ¡Señor y Señora de los cielos, no sé lo que vamos a hacer contigo y con Helen! ¡Dos mudas! —Después la abrazó para demostrar que no estaba enfadado, sino asustado; Anna lo sabía, igual que sabía que él tenía razón. Tenían que volver a Gent. Tenían que encontrar a papá Otto, quien les había salvado hacía tanto tiempo.

—El maestro Helvidius hablará por ti, ¿verdad, maestro Helvidius? —continuó el joven—. No importará que no puedas hablar.

Pero el viejo poeta estaba inquieto.

Se sentaron sobre un tronco, que era lo que quedaba de un edificio anexo medio quemado y abandonado, expuesto a la podredumbre después del ataque de los eika a la propiedad del pasado otoño, desde donde observaron el movimiento de gente. Había hombres tirando de los carros, mujeres cargadas con pesados paquetes, dos diaconisas harapientas, burros cargados y de vez en cuando, una mujer rica con bueyes que tiraban de su carromato y con un pequeño séquito de sirvientes detrás. Ahora, la reclamación de la señora Gisela de que Steleshame había sido una propiedad que bullía de actividad situada en una calzada principal parecía verdad y no una exageración hecha por su deseo frustrado de conseguir posición y riqueza.

Sus pequeños hatillos estaban recostados en el tronco a su derecha, pero Matthias, a pesar de las ganas que tenía, casi no podía incorporarse a la marcha por la calzada y el maestro Helvidius ni siquiera se había llevado los escasos bienes de su cabaña.

—El ejército se irá de vuelta —dijo Helvidius—. Hay muchos caballeros y damas nobles entre ellos que me oyeron declamar hace menos de cuatro días. Seguramente querrán tener en su séquito un poeta con mis habilidades.

—¡Nos dejarías! ¡No vas a venir con nosotros!

Anna colocó una mano en la manga raída de Matthias.

—¿Qué podría hacer en Gent? —Se quejó Helvidius—. El alcalde y su familia han muerto. No se que señora podría reclamar el derecho a recoger los pagos de la aduana allí o si el rey se quedará con ellos. He oído que el rey pretende fundar un monasterio real allí y dedicarlo a santa Perpetua, la Dama de las Batallas, en señal de gratitud por devolverle a su hijo. ¡Los monjes no querrán oírme cantar a Waltharia o a la orgullosa Helen! —Quitó los dedos sucios de Helen de su rodilla y se la pasó a Anna, pero perdió el interés y se agachó en la tierra para rescatar una mariquita que estaba a punto de ser aplastada por las sandalias del viejo poeta—. No, Gent no será lo mismo. Debo buscar mi fortuna en otro sitio.

—¡Y nosotros qué! —preguntó Matthias, poniéndose de pie—. Si no te hubiésemos acogido nosotros, en invierno te habrías muerto.

Anna cogió su mano e hizo una señal con la mano que le quedaba. No. Uno de los clérigos más humildes del séquito de *lord* Wichman había visto su difícil situación y la había enseñado unos cuantos signos con la mano, los que utilizaban los monjes, con los que se comunicaban.

Matthias gruñó y volvió a sentarse, parecía malhumorado.

Escucharon una nueva voz.

—¡Ve, entonces! Después de todo lo que he hecho por ti, te crie cuando tu madre murió, te enseñé todo lo que sé sobre el hilado y el tejido, te alimenté con mi propia...

—¡Y cuando te conviene me dejas de lado!

La escena a las puertas de Steleshame tenía todo el volumen y el dramatismo que faltaban cuando Helvidius cantaba *The Gold of the Hevelli* ante una audiencia dispersa y en estado de embriaguez.

—¡Ya no diré que eres familia mía, niña desagradecida! ¡No esperes recibir hospitalidad en esta sala! ¡Robándome!

—No he cogido más que lo que heredé de mi madre —con estas palabras, la sobrina de Gisela se volvió, dando la espalda a su tía, y empezó a bajar por la colina. Llevaba un hatillo enrollado de tela y ropa a la espalda y ella, como la mayoría de los viajeros, contaba con un séquito: tres mujeres que Anna sabía que eran de la sala de tejidos y un hombre joven que acababa de casarse con una de ellas. El joven transportaba un carromato cargado con un tanque de tinte, pieles de oveja, vigas para un telar y unos cuantos artículos guardados en morrales, cazuelas y cestas pequeñas; las mujeres llevaban a veces un niño, algunas partes de un telar y vellones enrollados.

—¡Te vas a morir de hambre! —gritó Gisela de mala gana tras ellos.

Anna tuvo la repentina intuición de que era el momento de marcharse. Se levantó, cogió el hatillo, e hizo una seña a Matthias para que hiciera lo mismo. Ahora estaba tan fuerte que no le causaba ningún problema llevar un hatillo al igual que a la pequeña Helen, quien a pesar de sus sonrisas joviales y sus miembros desgarrados, todavía no pesaba casi nada. Anna pensó que quizá había entregado su voz a cambio de su pierna lisiada; no estaba mal el cambio.

Helvidius no les siguió. Helen empezó a llorar.

El grito de la pequeña atrajo la atención de la sobrina, quien se adelantó un poco a ellos. Paró a su grupo y se dio la vuelta, para estudiar a los niños.

—Os reconozco —dijo ella—. Fuisteis los últimos que escapasteis de Gent. Venid, caminad con nosotros. —Luego se dirigió a Matthias—: Quizá conozcas bien Gent para poder aconsejarme.

—¿Aconsejaros sobre qué? —preguntó Matthias con prudencia.

—Tengo la intención de crear una tejeduría. Hay buenas tierras para criar ovejas al este de la ciudad así que será bastante fácil comerciar con lana. Y los barcos

siempre han llegado y han salido navegando de Gent, para ir a comerciar a otros puertos.

Matthias se quedó pensando.

—Podría ayudaros —dijo al final—, pero tendríais que dar algún trabajo a mi hermana Anna y dejar que nuestra pequeña, Helen, pueda jugar con los otros chicos del salón. —En ese momento señaló a una niña que dormía, acunada, envuelta en tiras y atada a la espalda de su madre.

Anna tiró con fuerza del brazo de Matthias pero él no le hizo caso.

Sin embargo, la sobrina se limitó a reír.

—¿Y tú, maestro comerciante? Ahora me acuerdo de ti, trabajas en la curtiduría.

—Sí.

—Muy bien, entonces creo que podemos conseguir un buen trato que nos beneficie a los dos. ¿Vendrás caminando con nosotros? —Sonrió a Anna de forma tan encantadora que Anna no pudo evitar devolverle la sonrisa. Era una mujer realmente bella, pero en su interior había algo más, un cierto brillo en sus ojos que irradiaba fuerza y hacía pensar que era una mujer que se abriría camino sin importar los obstáculos que el mundo la pusiera.

Matthias miró inquisidoramente a su hermana. Anna simplemente hizo ademán de decir que sí.

Pero no pudo evitar que sus lágrimas cayeran al salir de Steleshame. A pesar de todo, le entristecía dejar atrás al maestro Helvidius y sus historias.



El segundo día cuando iban por la calzada del bosque, escucharon una canción que procedía del este.

Es bueno dar gracias a Dios.

Su amor es eterno.

Cuando estaba en peligro, invoqué a la Señora,

Su respuesta fue liberarme.

Cuando fui a la guerra, invoqué al Señor,

y aunque el enemigo me rodeó como las abejas acuden a la miel,

aunque me atacaron como el fuego ataca la madera,

con el nombre del Señor las ahuyenté.

Delante, los viajeros se apresuraron a quitarse de la calzada. Su grupo lo hizo también rápidamente, apiñándose al borde. Anna miró las plantas que había en el extremo del bosque, pero lo que se podía recoger ya lo habían recogido, los que

estaban delante de ellos o los dos ejércitos que habían pasado recientemente por aquí. Podía adentrarse más en el bosque mientras esperaban, encontrar bayas y setas, pero cuando dio un paso atrás para hacerlo, una luz débil y tenue brilló entre los árboles, y dudó mientras la gran procesión doblaba una esquina. Al ver tal esplendor se detuvo y no pudo hacer otra cosa que quedarse mirando fijamente como los demás.

*Ábreme las puertas de la victoria.
Alabaré a Dios,
porque se ha convertido en mí libertador.
Es bueno dar gracias a Díos
porque su amor dura eternamente.*

Seis estandartes iban al frente de la columna principal. Ondeaban esporádicamente y solo pudo ver las miradas de criaturas asombrosas e inquietantes bordadas en su rica tela: un dragón negro, un águila rojo, un león dorado, un halcón, un caballo y otra bestia cuyo fiero perfil no reconocía. Detrás de ellos cabalgaba un hombre que llevaba un estandarte dorado marcado con perros negros gemelos.

¡Anna nunca había imaginado que podría ver al rey dos veces! El paso de la cabalgata retumbaba en el suelo y subía por las suelas de sus zapatos. Se quedó boquiabierto por respeto cuando el rey, a cuyo lado iban sus delicados compañeros nobles, pasó cabalgando por delante de ella. Al lado del rey iba el joven caballero que había hablado con ellos en Steleshame. Aunque los otros reían y hablaban jovialmente, *lord* Alain parecía triste, pero al menos no había sufrido ningún daño. Se inclinó a un lado y durante un instante pensó que la vería, pero solo estaba hablando con el hombre delgado y de piel oscura que estaba a su lado.

—*Sawn-glawnt* —musitó la sobrina de Gisela, lo que parecía más un juramento que una palabra. Tiró de una esquina de su bufanda para ocultar su cara, escondiéndose, pero Anna no vio a *lord* Wichman entre los ayudantes del rey. No pudo distinguir a ninguno excepto al rey y a *lord* Alain; eran tantos y sus delicados ropajes y ricos arreos brillaban demasiado para sus ojos.

Detrás del rey iban los soldados y, después de ellos, el largo séquito de carromatos que iba traqueteando por la calzada llena de surcos. Tragó algo de la tierra que las ruedas hacían saltar y se protegió la boca del polvo. Sin embargo, después de que pasara ese ejército, la calzada se hacía mucho más fácil de transitar y se les dio bien, con lo que llegaron a Gent a los cuatro días, a primera hora de la tarde.

Se hacía raro cruzar el puente para entrar en Gent cuando nunca lo había cruzado en la otra dirección para marcharse. Una vez dentro de las murallas, Gent había cambiado tanto en estos últimos meses en los que habían vivido escondidos que era como si nada de esa pesadilla hubiera ocurrido. Por sus calles caminaba poca gente comparado con la gran cantidad de gente que había vivido allí, pero el sonido de los martillos ya reverberaba extendiéndose por fuera de las murallas de la ciudad. Los

carpinteros y los albañiles trabajaban para reconstruir todo, los muchachos sacaban la basura. Las mujeres lavaban los tapices enmohecidos o colgaban el lino amarillento y las ropas comidas por la polilla en cuerdas para airearlos. Los chicos sacaban el mobiliario de las casas abandonadas mientras las cabras que les habían encomendado que cuidaran, pastaban en las huertas abandonadas.

Gent olía a vida, a verano y al sudor del trabajo. Fueron primero a la curtiduría, pero estaba desierta, igual que la armería que estaba por allí, salvo un puñado de hombres que buscaba entre la escoria las armas utilizables. Se quejaban de que el ejército del rey había saqueado la armería para buscar puntas de lanza, mallas y cabezas de hacha. Había unos cuantos perros eikas muertos, con moscas volando a su alrededor. Los cuervos ya les habían sacado los ojos.

Matthias encontró el cobertizo en el que habían dormido los esclavos, pero aunque habían dado la vuelta a los ásperos camastros y examinado todos los trozos de tela que quedaban, no encontraron rastro de papá Otto. Escucharon voces afuera y corrieron, pero solo encontraron a la sobrina de Gisela hablando con un hombre descuidado, con las manchas evidentes de haber trabajado la piel en sus dedos.

—Imagino que algunos propietarios muertos tienen familia que vendrá a reclamar su herencia —estaba diciéndola—. ¡Ay!, pero ¿quién va a saber si dicen la verdad? ¿O si se puede saber algo de lo que dejaron detrás?

—Por esa razón, pensé que merecía la pena arriesgarse —contestó, mirándola con interés. A pesar de la suciedad, Anna vio que era un hombre joven, ancho de hombros y sin la expresión monótona y desesperada que había visto en tantos esclavos—. Puedo quedarme con una casa aquí en la ciudad sin preocuparme de que me echen por mis esfuerzos. He visto los pocos que escaparon de Gent, ¡ah! —Vio a Matthias y Anna y los señaló. Helen se colgó de las faldas de Anna y se chupó su sucio dedito—. Estos son los niños de los que hablé.

Chasqueó la lengua e hizo una expresión de asombro casi cómica.

—¿Os escondisteis aquí, en esta curtiduría? ¡Uy! es un milagro que sobrevivierais y escaparais. Al final había muy pocos...

—¿Trabajasteis aquí? —preguntó Matthias—. ¿Cómo esclavo de los eikas?

El hombre escupió.

—Sí. Salvajes. Me escondí cuando comenzó la batalla. Supongo que los demás huyeron, supongo. Pero yo no tengo ningún sitio al que volver —miró a la sobrina de Gisela y movió los hombros en cierta medida de forma casi inconsciente bajo su túnica gastada y manchada—. He pensado que podría empezar de nuevo, aquí en la curtiduría. Entonces, compañero, ¿conoces el oficio?

—¿Alguna vez...? —Matthias tartamudeó, mientras Anna le pellizcaba para que siguiera—. ¿Viste a un esclavo llamado Otto?

—No, muchacho. Nunca he oído hablar de alguien con ese nombre, pero llegué hace poco. Por eso sobreviví.

Matthias suspiró y cogió a Helen, abrazándola con fuerza mientras escondía sus

lágrimas en su mugriento vestido.

Pero Anna se limitó a cerrar la boca con fuerza, decidida a no perder la esperanza. Eso no quería decir que papá Otto estuviera muerto. Podía haber huido, podían haberle llevado a cualquier otro sitio.

—Ven —dijo la sobrina de Gisela con brío—. Sabías que la esperanza de encontrarle era escasa, pobre hombre. Pero será mejor que nos pongamos en marcha —miró a su nuevo conocido—. Aunque volveremos con Matthias. Es un buen trabajador y muy inteligente. Pero hay tanta gente que vuelve. Será mejor que reivindicemos el derecho a quedarnos con uno antes de que se acaben los mejores talleres.

Justo detrás del palacio del alcalde, al lado del antiguo mercado abierto, encontraron un taller de tamaño adecuado con un patio de proporciones considerables, un pozo y un acceso a la avenida principal. Las sirvientas iban a sacar el barro y el limo para arreglar las paredes. Anna sacó el agua del pozo y llenó la gran cuba de teñido mientras la sobrina de Gisela iba a ver qué tipo de cacharros y utensilios podía coger de las cocinas del palacio.

—Vamos —le dijo Matthias al oído a Anna. Había estado revolviendo el patio con un rastrillo que había desenterrado de un montón de instrumentos olvidados y oxidados, pero bajó el rastrillo y se subió la manga—. Solo quiero ver si el daimon está todavía aquí o si podemos encontrar el túnel. Volveremos enseguida.

Ella se quedó pensando. Todos los demás estaban ocupados. Nadie los echaría de menos y ¿qué más les daba a los demás si iban a la catedral a rezar por el alma de papá Otto que les había salvado la vida?

El camino para llegar a la catedral era corto, mucho más rápido que la vuelta que habían tenido que dar hacía meses, esa noche en la que escaparon de Gent. Ahora podían subir por los escalones a la luz del día. El largo crepúsculo daba un *glamour* brumoso a la escena. Cuando subían hacia las grandes puertas vieron la sombra alargada y directa de la torre de la catedral que se proyectaba a ambos lados sobre los escalones. Al lado de las puertas había un montón de basura reciente y cuando entraron con cuidado, vieron a dos diáconos que barrían con paciencia toda la basura que había convertido el suelo de la nave en un bosque lleno de marga y escombros. Del daimon no había rastro y estaba demasiado oscuro para bajar a la cripta. Anna descubrió que no tenía ninguna gana de ir y Helen empezó a lloriquear, al ver el enorme hueco de la escalera.

—Puede que sea mejor —murmuró Matthias—. ¡Ven, volvamos, eh, allí! —Helen después de apartarse de la puerta de la cripta salió corriendo y cuando Anna y Matthias corrieron detrás de ella vieron que estaba toqueteando una nube suave de plumones que había surgido de uno de los montones de basura.

—Aprenderá algo, pobre —dijo Matthias—. Puede que estés muda, Anna, pero por lo menos tú tienes la capacidad mental intacta. Me temo que no ocurre lo mismo con nuestra pobre Helen. —La levantó en brazos y empezó a bajar los escalones

mientras la pequeña gorjeaba una protesta incoherente.

En el fardo aterciopelado había algo. Anna lo dio un golpecito con el dedo del pie y de repente el bulto de plumas se inclinó, rodó y se abrió. Una criatura sin pelo del tamaño de su mano saltó a un escalón inferior.

No era una rata, ni siquiera una rata deforme. Allí estaba, con esa palidez de las cosas que nunca se calientan con la luz solar, sus miembros, grotescamente pequeños, se separaron en todas las direcciones. No tenía ojos, en su lugar, donde los ojos habían intentado crecer, había nudos.

Pero por lo menos estaba muerto.

El sol y la sombra cambiaron de sitio y el intenso brillo dorado del sol que se ponía por el oeste alcanzó al pequeño y espantoso cadáver.

Se estremeció. Se removió. Se curvó. Y revivió.

Anna dio un grito de pánico.

Como si el sonido lo asustara o le diera fuerzas, se apartó. Ella pestañeó y lo perdió de vista en un instante.

Matthias se volvió, diez pasos más abajo, y la miró. Helen se quedó quieta en sus brazos.

—¿Qué es eso, Anna?

Pero no podía hablar para decírselo.

**NOTA
BIBLIOGRÁFICA**

Me he tomado algunas libertades, califiquémoslas así, respecto a la historia como la conocemos todos, pues esto también forma parte de la literatura fantástica. Sin embargo, me gustaría mencionar algunas fuentes, sin las cuales el mundo de *Crown of Stars* sería mucho más pobre.

Los pasajes, citas o adaptaciones de la Biblia se han extraído de *The New English Bible* (Oxford University Press, 1976). Algunos dichos de Daisan *el Bendito* se han tomado del Nuevo Testamento, otros se han extraído de *The Book of the Laws of Countries: Dialogue on Fate of Bardaisan of Edessa* (Van Gorcum Co., 1965), traducido por H. J. W. Drijvers. Además, *Bardaisan of Edessa* (Van Gorcum Co., 1966) de Drijvers me ha servido de incommensurable ayuda en la creación de la estructura de la iglesia de las Unidades.

Para la *Historia* de Rosvita he consultado la *History of Saxons* de Widukind of Corvey, a la que he podido acceder gracias a la traducción de Raymund F. Wood (tesis en la UCLA, 1949).

La vida de la verdadera santa Radegunda, reina merovingia, se encuentra en *Sainted Women of the Dark Ages*, editada y traducida por Jo Ann McNamara y John E. Halborg con E. Gordon Whatley (Duke University Press, 1992).

También me he inspirado en la obra de Macrobius, *Commentary on the Dream of Scipio*, traducida por William Harris Stahl (Columbia University Press, 1952); la *Eneida*, de Virgilio, traducida por W. F. Jackson Knight (Penguin Books, 1958); Polybius, *The Rise of the Roman Empire*, traducido por Ian Scott-Kilvert (Penguin Books, 1979); y la obra de autor desconocido, que probablemente fuera Einhard, *Karolus Magnus et Leo Papa*, traducida por Peter Godman en *Poetry of the Carolingian Reanaissance* (University of Oklahoma Press, 1985). *Medieval Handbooks of Penance*, de John T. McNeill y Helena M. Gamer (Columbia University Press, 1938), y *The Liturgical Context of Early European Drama* (Scripta Humanística, 1989), de Salvatore Paterno, me proporcionaron perspectivas adicionales de documentación sobre la Iglesia y la sociedad medievales.

Asimismo, debo mencionar *The Rise of Magic in Early Medieval Europe* (Princeton University Press, 1991), de Valerie J. J. Flint, y *Popular Religion in Late Saxon England* (The University of North Carolina Press, 1996), de Karen Louise Jolly, de los cuales extraje una gran cantidad de información sobre la magia y sus usos, y *Roads to Paradise: Reading the Lives of the Early Saints* (University Press of New England, 1987) de Alison Goddard Elliott, con su fascinante estudio de las vidas de los santos de finales de la época Antigua y Alta Edad Media. *The Origins of Courtliness* (University of Pennsylvania Press, 1985), de C. Stephen Jaeger, y *The Envy of Angels* (University of Pennsylvania Press, 1994) me permitieron —confío en que haya sido así— comprender mejor la vida de la corte y del clero dentro del periodo otoniano, la cual, por supuesto, he adaptado a mis propósitos escabrosos.

Por último, debo mencionar la obra de Karl Leyser, en especial su maravilloso *Rule and Conflict in an Early Medieval Society* (Basil Blackwell, 1989), que

constituye por sí mismo un filón de inspiración para un escritor de literatura fantástica.

APÉNDICES

Los Meses del Año:

Yanu
Avril
Sormas
Quadrii
Cintre
Aogoste
Setentre
Octumbre
Novarian
Decial
Askulavre
Fevrua

Los Días de la Semana

Día de la Luna
Día Segundo
Día de la Señora
Día del Hijo
Día Quinto
Día del Señor
Día del Cielo

Las Horas Canónicas

Vigilias (03.00 a. m. aprox.);
Laudes (primera luz del día);
Prima (amanecer);
Tercia (tercera hora, 09.00 a. m. aprox.);
Sexta (sexta hora, mediodía aprox.);
Nonas (novena hora, 13.00 p. m. aprox.);
Vísperas (cántico vespertino);
Complina (puesta de sol);

Las Casas de la Noche (el zodiaco):

El Halcón;
El Niño;
Las Hermanas;
El Perro de Caza
El León;
El Dragón;
La Balanza;
La Serpiente;
El Arquero;
El Unicornio;
El Sanador;
El Penitente;

Los Grandes Príncipes del reino de Wendar y Varre:

Duques de Wendar:

Saonia
Fesse
Avaria

Duques de Varre:

Arconia
Varingias
Wayland

Margraviatos de los Territorios Orientales:

La Marca de los Villams
Olsatia y Austra
Westfall
Eastfall

Otros reinos conocidos por los wendianos

Salia
Aosta
Karrone
Alba
Imperio arethousano
Andalla (pagano)
Imperio jinna (pagano)
Polenia (pagano)

Concilios eclesiásticos importantes

77 Concilio de Darre. Se nombra al obispo de Dariya (que más tarde se denominó Darre) obispo presidente, o skopos, de la iglesia daisanita.

243 Concilio de Nisibia. Prohíbe la adopción que tenga como finalidad nombrar un heredero.

385 Segundo Concilio de Nisibia. Con una fuerte oposición, los presbíteros obtienen la misma categoría en honor que los obispos. La skopos Johanna II niega que su insistencia en este tema tenga algo que ver con un presbítero joven, de quien se dice que es su hijo ilegítimo, cuya vocación en la Iglesia ella ha defendido.

327 Concilio de Kellai. Bajo la dirección de la skopos Mary Jehanna, los obispos y presbíteros reunidos proclaman que Nuestro Señor y Nuestra Señora no prohíben lo que es necesario, y que, por lo tanto, la hechicería puede existir en la Iglesia, siempre que esté supervisada por la misma. Solo se condena y declara ilegal la hechicería relacionada con el destino y la adivinación del futuro.

407 Gran Concilio de Addai. Se declaran herejía la creencia en la Redención, el martirio de Daisan *el Bendito* para expiar los pecados de la humanidad y su ascensión a los cielos, junto con la revelación de que él es el verdadero Hijo de Nuestra Señora, tanto divino como humano. En términos más contundentes, la skopos Gregoria (llamada «La Grande») declara que la única doctrina correcta es la del Penitire, según la cual, Daisan *el Bendito* ayunó seis días y que, habiendo llegado al Éxtasis, en estado de comunión absoluta con Dios, en el séptimo su cuerpo ascendió a la Cámara de la Luz (el Translatus) y que Daisan *el Bendito* no reclamaba para sí otra maternidad distinta que la que tiene cualquier otro ser humano: un alma divina compuesta de luz pura confinada en un cuerpo mortal hecho de oscuridad.

499 Concilio de Arethousa. El emperador de Arethousa se niega a aceptar la primacía de la skopos Leah I en Darre. Se nombra patriarca a un sobrino del emperador. Creen en la mayor de las herejías Addaianas, la que acepta la Divinidad

parcial de Daisan, aunque no reconocen su martirio.

626 Concilio de Narvone. Presidido por la skopos Leah III, cuya predecesora Leah II coronó en el año 600 al rey saliano Taillefer, emperador del Sagrado Imperio Dariyano reconstituido. El sínodo de Narvone confirma el gobierno del Concilio de Kellai, pero, como rechazo deliberado hacia las poderosas hijas de Taillefer, condena expresamente las artes de los *mathematici*, *tempestates*, *augures*, *haroli*, *sortilegii* y *maleficii*, así como todo tipo de brujería practicada fuera de los auspicios de la Iglesia.



KATE ELLIOTT, seudónimo de la escritora estadounidense de fantasía y ciencia ficción ALIS A. RASMUSSEN (Junction City, Oregon, Estados Unidos, 1958).

Rasmussen se trasladó a Oakland, California, para asistir a Mills College. Allí conoció a su futuro esposo, Jay Silverstein; viven en San José, California, y tienen tres hijos (incluyendo gemelos). Ha recorrido Europa y América empapándose de las culturas primitivas. Es una experta en esgrima medieval, cinturón marrón de karate y se dedica a tiempo completo a la escritura.

Sus novelas funden la magia, las intrigas políticas, el suspense, la aventura, mundos sólidos y trabajados y cuidadas historias de personajes de una manera memorable.

La talentosa serie *Corona de estrellas*, que ahora se presenta en España, cuenta con millones de seguidores en todo el mundo; ha sido traducida también al alemán, francés, italiano, ruso y al polaco.

Kate Elliott es una inquieta y cuidadosa escritora que aborda sin miedo la fantasía. En sus novelas recrea un mundo rico y sugerente, de bases históricas y gran profundidad, donde ubica historias llenas de emoción, suspense y personajes atractivos.